This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

LIBRERIA RIVADAVIA
DE
G MENDESKY É HIJO
359-CALLE FLORIDA-359
BUENOS AIRES

Span
5691
10.20

HARVARD COLLEGE LIBRARY
SOUTH AMERICAN COLLECTION

THE GIFT OF ARCHIBALD CARY COOLIDGE, '87
AND CLARENCE LEONARD HAY, '08
IN REMEMBRANCE OF THE PAN-AMERICAN SCIENTIFIC CONGRESS
SANTIAGO DE CHILE DECEMBER MDCCCCVIII

OBRAS ESCOGIDAS

DE

D. JUAN DE COMINGES

D. JUAN DE COMINGES

OBRAS ESCOGIDAS

DE DON

JUAN DE COMINGES

CON SU BIOGRAFÍA

POR EL DOCTOR

D. MATIAS ALONSO CRIADO

BUENOS AIRES

CASA EDITORA DE JUAN A. ALSINA, MEXICO, 1422.

1892.

Span 5691.10.20
✓

HARVARD COLLEGE LIBRARY
GIFT OF
ARCHIBALD CARY COOLIDGE
AND
CLARENCE LEONARD HAY
Dec. 11, 1920

DOS PALABRAS.

Pocos días después del fallecimiento de mi querido padre, al guardar los diversos apuntes y libros que ojeó él, en sus últimos días, encontré una hoja de papel escrita de su puño y letra dirigida á mí, y que dice así:

«Antonio: no resistiré otro golpe de tós. Tengo una
« sola voluntad que cumplirás. Gasta en un hoyo de cinco
« ó seis varas de hondo lo que habías de gastar en un
« nicho.
« Modestia suma en conducirme al hoyo.
« Nada de sufragios.
« Pompas y misas son vanidades.»

Cominges.

Estas cortas líneas confirman por escrito las últimas disposiciones que recibí de sus labios, y retratan la sencillez de su carácter y la firmeza de sus ideas, hasta el postrer momento de su vida.

Sus últimos deseos han sido cumplidos. Un grupo de amigos íntimos le acompañó por última vez hasta el cementerio de La Chacarita, y una modesta inscripción señala allí solamente el lugar dónde descansan sus restos mortales.

Pero sus hijos han sentido como una necesidad imperiosa de su espíritu, el deseo de honrar su cariñosa memoria, ya que no con pompas suntuosas ni con lujoso mausoleo, imprimiendo

en un modesto libro algunos de sus escritos, de sus poesías y de sus exploraciones, que recuerdan constantemente sus virtudes y los delicados sentimientos de su alma; que encierran la historia de su laboriosa vida; que son la expresión fiel de su profundo amor á este país hospitalario, de su entusiasmo y su fe por su progreso, de su pasión por la Agricultura y de su cariño fraternal y entrañable á los inocentes indígenas de las selvas del Chaco, á cuya defensa y servicio consagró los últimos años de su existencia.

Dedicarle este humilde homenaje de cariño y respeto filial, es el único objeto de este libro; y no podemos dejar de hacer presente aquí nuestra gratitud hacia los dos queridos amigos de nuestro inolvidable padre, que con tanto amor se han asociado á este pensamiento, el Dr. D. Matías Alonso Criado, escribiendo una sentida biografía, y el Sr. D. Trinidad Sbarbi Osuna, encargándose del orden y de la corrrección del libro.

Buenos Aires, Junio 1.º de 1892.

Antonio de Cominges.

D. JUAN DE COMINGES

El siglo XIX, que pasará indudablemente á la historia como el más útil á la humanidad por los grandes adelantos y mejoras que ha obtenido en todas las esferas de la vida, resolviendo grandes problemas que eran un secreto para los siglos precedentes, ha dado en compensación de estos beneficios una vejez prematura á la generación contemporánea, factor principal en tan notable progreso.

Período de transición en la historia del mundo, las luchas de ideas antagónicas, de intereses opuestos y de sentimientos contrarios han creado preocupaciones que, variando los rumbos de la vida, han acortado la duración de ésta, por la influencia de la agitación constante, del movimiento contínuo, de la oposición sin tregua y de la aspiración sin límites que caracterizan la existencia personal en nuestra época.

Si España, en el apogeo de su grandeza y poderío, dió las joyas de sus monarcas y la sangre de sus capitanes más ilustres para descubrir y poblar el continente americano, en los siglos XV y XVI, en nuestro siglo, no obstante las vicisitudes políticas de la ex-metrópoli, desangrada por haber engendrado diez

y ocho naciones de su estirpe é idioma en América, ha dado también á ésta un buen contingente de hijos ilustres, que no han venido en son de guerra, sino con bandera de paz, á difundir en el nuevo continente la ciencia y experiencia adquiridas en Europa bajo obstáculos tradicionales, asociándose al progreso americano é identificándose con sus aspiraciones con tanto entusiasmo, y aún á veces con mas pasión, que los hijos naturales de este suelo. Desde el golfo de Méjico al estrecho de Magallanes, no existe nación alguna que, después de su independencia, haya dejado de recibir de España un contingente poderoso de hombres competentes en el profesorado, en las ciencias, en el comercio y aún en la milicia.

Confirma esta verdad, el móvil que nos guía á escribir estas líneas á impulsos de doble simpatía, de recuerdo y homenaje al padre, y de aplauso y felicitación al hijo que consagra este libro al sentimiento mas puro, al deber filial mas honroso, perpetuando en el Río de la Plata y Europa la memoria de uno de los caractéres mas honrados y de los génios mas activos y universales que ha recibido América en su seno.

Hemos visto á Cominges en muy diversas situaciones de esta vida, múltiple en sus faces, como el diamante hábilmente pulido que reverbera en cada uno de sus córtes las cambiantes siempre distintas, pero también siempre intensas.

Con frases expresivas y honrosas para su memoria, la prensa del Río de la Plata dió cuenta del fallecimiento del cumplido caballero cuyo nombre sirve de epígrafe á estas líneas, ocurrido en Buenos Aires el dia 13 de Enero de este año: El *Boletín Industrial*, la *Revista Ilustrada*, *La Patria* de Dolores, *El Correo Español*, *La España*, *La Nación* y algunos otros diarios publicaron artículos biográficos ó necrológicos que demuestran la general simpatía que Cominges supo conquistarse; y nosotros, que nos honrábamos con su amistad, por que le conocíamos bien de cerca y á fondo, fuimos los primeros en rendirle el último tributo, ó mas bien en pagarle una deuda de la conciencia y del corazón, ya que no con lágrimas vertidas

oportunamente sobre su fosa, con el reconocimiento y la confesión pública de sus virtudes y méritos. No deja otra herencia á su familia que su buen nombre, como todos, ó la mayor parte de los hombres consagrados á la ciencia por amor á la divina verdad, y atentos á sus conclusiones como único medio de cumplir con el deber universal humano que impone la justicia. Los que viven, como Cominges, la vida espléndida y rica de la dignidad subjetiva, vida llena de placeres íntimos, pero neutralizados casi por los males positivos del infortunio, mueren por lo general en el desamparo y en la pobreza; pero dejan en el mundo huellas perdurables bien diferentes de aquellas de los egoistas afortunados, que pueden compararse en lo efímeras con las estelas que dejan los buques sobre la inconstante superficie del mar.

Si D. Juan de Cominges no hubiera sido un carácter digno de servir de ejemplo en esta época de mercantilismo y de sórdido interés, la fortuna le hubiera sonreido; pero entonces su nombre se sepultaría, como sus restos mortales, en el silencio, y los defensores de los intereses morales del presente, centinelas avanzados de las futuras generaciones, no tendríamos nada que hacer. Hombres de su talla, temple é ilustración tienen el privilegio de perpetuar sus nombres con el recuerdo de sus eminentes servicios á la causa del progreso, que es la sacrosanta de la humanidad, y especialmente los que, como Cominges, mueren tal vez prematuramente á causa de sus mismos afanes.

Por muchas consideraciones, sin embargo, nos es imposible hacer la biografía completa de este mártir, como homenaje á su memoria y á la amistad con que nos honraba; pero no podemos ménos de dar á conocer á nuestros lectores una parte de su agitada vida, consagrada por entero á la libertad de su patria, al trabajo moralizador y al progreso de América.

*
* *

Nació en Madrid el 9 de Enero de 1833, siendo sus padres D. Pedro de Cominges, oficial del ejército francés que, habiendo ido á España durante la invasión de Napoleón, se había retirado después de la carrera militar, contrayendo matrimonio por dos veces en España y fijando allí su residencia definitiva, como lo habían hecho también sus demás hermanos (1) y doña Mariana Prat y Prim, natural de Reus, de una familia antigua y distinguida de Cataluña (2). Era nuestro biografiado el hijo menor del segundo matrimonio, teniendo una hermana, Matilde, y un hermano, Francisco. Del primer matrimonio tenía dos hermanos, D. Antonio y D. José.

Siendo aún muy niño (á los siete años) Cominges perdió á su padre. En su hermano mayor, don Antonio, que era ya un hombre y gozaba de una posición desahogada, encontró la infortunada viuda un protector generoso, y Cominges otro padre cariñoso y un maestro ilustrado que encaminó sus primeros pasos, cuidando de su primera enseñanza y esmerada educación, haciéndole ingresar en el colegio de los P. P. Escolapios, donde comenzó á cursar los primeros estudios que luego

(1) Entre éstos, ha sido célebre en España y de grandes tradiciones en el ejército, el mayor, llamado Cárlos, ascendido por Fernando VII á capitán general con el título de *Conde de España*, hombre de carácter duro y enérgico, que fué por algunos años capitán general de Barcelona, hombre que, impresionado siendo casi un niño ante el sacrificio sangriento de su inocente y desgraciado padre el Conde de Cominges, efectuado en París por las hordas desenfrenadas que mancharon con inauditas crueldades la revolución francesa del 89, no gozó desde entonces del equilibrio completo de su razón, y que, sustituyendo á su noble carácter la rigidez mas inflexible y las extravagancias mas descabelladas, fué abandonado por todos sus hermanos; llegando á tal punto su locura que cierto día declaró, como fuera de sí, que odiaba al pueblo catalán, sobre el cual hacía pesar su implacable autoridad, porque los gorros colorados que usaba le parecían aquellos que llevaban en París las turbas que asesinaron á su padre. El Conde de España murió asesinado por los carlistas en 1839.

(2) Á ella perteneció el general don Juan Prim y Prat—Capitán General y Ministro de la Guerra en España en 1869.

continuó con notable aplicación hasta el Bachillerato en la Universidad Central de Madrid.

Era entonces su hermano D. Antonio gentil-hombre de Cámara del palacio real, y gozaba por sus bellas prendas de la estimación de los reyes y de toda la córte (3). Distinguiéndose por su carácter franco y generoso y como amante y protector de las letras, don Antonio de Trueba le dedicó su primera obra literaria titulada «El cantar de los cantares», llamándole cariñoso maestro y protector.

Bajo tan docta y cariñosa dirección, hizo el jóven Cominges todos sus primeros estudios, aficionándole su hermano mayor, desde muy niño, á la literatura y la poesía, formando su estilo y su gusto, apartándole de los malos escritores, y poniendo en sus manos los mejores autores antiguos y modernos, que el niño Cominges devoraba con pasión entusiasta. Dotado de una memoria pasmosa, sabía recitar de memoria dramas enteros, comedias y buenas poesías de todas clases que no olvidó jamás después.

Creada por doña *Isabel II* la Real *Escuela de Agricultura y Horticultura* en Madrid, Cominges, á la sazón de 14 años de edad, fué de los primeros alumnos que ingresaron en ella, demostrando en los seis años de estudio sus aptitudes y su grande afición á la Botánica al obtener seis notas de sobresaliente en los seis años de curso y el título de Ingeniero Agrónomo á los veinte años de edad, en 1853.

El mismo año en que terminó sus estudios, fué nombrado Ayudante del Jardín Botánico del Buen Retiro, al lado del sabio naturalista don Fernando Boutelou, pasando poco después con el mismo cargo á los Jardines del Real sitio de Aranjuéz. En esta época, Cominges empezó á distinguirse por algunas sentidas poesías á la vez que por su carácter franco y en extremo jovial y bullicioso, haciéndose querer en el acto

(3) Don Antonio de Cominges falleció en 1890 en Madrid siendo decano de los Gentiles Hombres del Palacio de los Reyes de España.

por cuantos le trataban, y siendo el alma y la animación de las alegres fiestas de la juventud de aquella época; resaltando más estas prendas y siendo mas apreciables por cuanto el jóven Cominges era ya entonces, en sus ideas y sentimientos, el polo opuesto de la sociedad en que vivía. De condición sencilla, ingénuo, despreocupado, enemigo de ceremonias y de ostentaciones, Cominges era demócrata en medio de los cortesanos, demócrata de corazón, y emitía con naturalidad y energía sus ideas, censurando los vicios y costumbres de la córte y hablando con verdad y franqueza á los mismos monarcas.

En 1855 ingresó en la Milicia Nacional, donde pronto fué ascendido á cabo y después á sargento primero en el batallon Ligeros de Madrid, tomando parte activa en todos los movimientos populares de aquel tiempo. En la sangrienta jornada de 1856 en Madrid, cuando una intriga palaciega derribó por segunda vez á Espartero, el batallón á que pertenecía ocupaba el palacio de Vista Hermosa, esquina al paseo del Prado y frente al Retiro. Á poca distancia, el general Dulce estableció en una altura del mismo Retiro una batería, cuyos cañones dominaban el palacio convertido en baluarte de las libertades públicas. Cominges nos ha narrado los episodios de aquel triste día. El mencionado general envió un mensaje proponiendo la rendición con honrosas condiciones, supuesto que toda resistencia sería inútil. Rechazada la intimación, batió la artillería el palacio durante algunas horas hasta convertirlo en ruinas; cesó el fuego y el general Dulce en persona, con bandera de parlamento, se acercó al palacio, en cuyo interior habían muerto heróicamente el comandante del batallón, un capitán y varios oficiales, cuyos nombres sentimos no recordar. Los nacionales que quedaban vivos, reunidos en consejo, resolvieron enviar á Cominges, aunque tenía un brazo fracturado por una bala, para hacer saber al general que estaban dispuestos á todo ménos á rendirse. El palacio fué entónces asaltado por tres veces por varios regi-

mientos de infantería que fueron otras tantas veces rechazados por sus bravos defensores. De noche ya, el general mandó otro parlamentario para hacerles saber que no quedaba ya en todo Madrid un solo miliciano nacional con las armas en la mano; que concedía todos los honores de la guerra con tal que desocuparan el palacio; y que le causaría honda pena el tener necesidad de acabar de derribar aquellas ruinas, enterrando bajo de ellas aquel puñado de valientes. Reunidos por segunda vez en consejo y aceptada por fin la capitulación, unos cuantos soldados, todos heridos, mandados por un teniente con la cabeza vendada, único jefe que quedaba, y el sargento Cominges, también herido, desocuparon el palacio saliendo de él ya muy entrada la noche, en formación y á tambor batiente.

Antes de ésto, por real órden de fecha 15 de Noviembre de 1855, Cominges fué comisionado para dirigir las nuevas plantaciones que se iban á ejecutar en el terreno que fué huerta de San Jerónimo, al lado del histórico templo del mismo nombre; y terminadas estas plantaciones, por real órden de 5 de Octubre de 1857, volvió á desempeñar su antiguo destino en Aranjuez.

En 1858, fué nombrado director de los reales jardines y bosques de San Ildefonso, y en 1860 fué pensionado por el gobierno español durante un año para visitar y estudiar los jardines botánicos de Francia, Inglaterra y Alemania y los adelantos agrícolas de estas naciones.

En San Ildefonso, durante las temporadas de verano en que se reunía allí toda la Córte, Cominges, en compañía de las principales familias de la población, organizó y dirigió excelentes representaciones de comedias y dramas en el teatro de aquella localidad, tomando parte en ellas, debiendo advertirse que también representaban muchas veces los actores mas notables de España, como eran Julián Romea, Matilde Diez, Teodora Lamadrid y el jovencito Rafael Calvo, que empezaba entonces á aparecer en las tablas; siendo Cominges muy aplau-

dido por la vida que daba á sus papeles, por su naturalidad y por su fina y desembarazada elegancia.

Por entonces y para ser representadas en aquel teatro á beneficio de los heridos de la guerra de Africa, escribió Cominges varias comedias de costumbres en verso, tales como: «*El paralelo*» «*El Tesoro,*» y «*D. Rufo Pajares, Alcalde perpétuo del pueblo de Tabanera*», que fueron muy aplaudidas y celebradas por la gracia y la facilidad de su estilo.

Es memorable el atractivo, y la animación que Cominges con su alegre carácter supo dar en aquella época á las temporadas de verano en que la Córte de España pasaba algunos meses en la Granja, ya en frecuentes paseos y meriendas campestres, ya en expediciones á las sierras viajando en burros, ora en cacerías por los bosques de Balsain y Río Frío, ora en originales fiestas de todo género en los jardines reales. Por sus bellas prendas morales, por su ameno y amable trato, por la ternura y delicadeza de sus sentimientos juntamente con la viveza de su alegre génio, fué Cominges como el niño mimado de aquella sociedad y mereció señaladas pruebas del aprecio de los Reyes, á quienes siempre respetó y profesó leal cariño, no obstante sus convicciones democráticas y republicanas.

Para conocer hasta que punto rayaba en franco y original su carácter, narraremos el siguiente hecho: Paseaba una tarde la reina doña Isabel II por los jardines de San Ildefonso, acompañada de las personas mas distinguidas de la Corte, grandes de España, generales, prelados y demás altas dignidades, y rodeaban al príncipe Alfonso, muy niño entonces, muchas señoras de edad, monjas, frailes y sacerdotes. Iba Cominges bastante atrás en la comitiva, en el puesto que por etiqueta le correspondía, cuando la reina le indicó que se acercase para hacerle algunas preguntas sobre los jardines, como solía hacerlo muy á menudo. Aproximóse Cominges, que en aquel momento llevaba de la mano á su hijo.

—Dime, Cominges—le dijo la reina—¿por qué tu hijo, sien-

do dos años menor que Alfonso, está mucho más desarrollado y robusto?

—Señora, respondió en el acto Cominges, «*por que no se cría entre frailes ni viejas.*»

Hizo reir á la reina esta ocurrencia, y á muchas de las personas que la acompañaban y que alcanzaron á oirla.

—« Señora, continuó Cominges, la educacion que recibe el niño príncipe está matando la grandeza de su alma y el vigor de su cuerpo. Eso de que « S. M. no se aparte de la sombrilla, que S. M. no salte ese reguero », encadenando, por decirlo así en una palabra, todos los actos propios de su edad, le convierten en un autómata, en un esclavo sin voluntad ni alegría. Por otro lado, con un celo de piedad mal entendida, se llenan las paredes de su estancia con láminas de santos, de purgatorios con llamas, de demonios y horribles suplicios, y ocupando su imaginación constantemente con estas ideas y con este género de vida, están fabricando, señora, un nuevo Cárlos II. Dad al niño una educación científica y varonil; dejadle la libertad que requiere la infancia para su desarrollo físico y proporcionadle distracciones y ejercicios marciales que ensanchen su espíritu.»

El día siguiente se encargaba un distinguido general de la educación del príncipe, y como principal entretenimiento, se formaba en San Ildefonso un batallón de niños que él mandaba, haciendo ejercicios y maniobras militares y ejercitándose en la construcción de fortificaciones.

Tal era Cominges en la sociedad aristocrática. Veamos ahora como era apreciado entre la gente humilde del pueblo.

Después de una ausencia de más de veinte y cinco años, le recuerdan aún todos los días en la Granja como al padre cariñoso, como al amigo sencillo, como al protector en todas sus desgracias.

El vecindario de San Ildefonso se compone en su mayor parte de los obreros que cuidan sus sobérbios jardines y montes reales. Cuando Cominges fué nombrado Director, era cos-

tumbre durante el riguroso invierno, que allí dura ocho meses, el suspender los trabajos casi todos los días por causa de las nevadas, perdiendo, por tanto, los obreros sus jornales y sufriendo con los rigores de la estación una miseria espantosa. El primer día que Cominges tomó posesión de su cargo, modificó radicalmente este inhumano procedimiento: ordenó que cuando nevara, se ocupasen todos los obreros en los invernáculos; ideó la construcción de grandes edificios destinados á fábricas de canastería, macetas, caños de barro para las aguas de las fuentes, etc. etc., con el solo objeto de entretener á los obreros cuando el tiempo no permitiese otras labores; dispuso que cada jornalero llevase diariamente á su casa un haz de leña de los resíduos de la poda de los árboles, y con tales arbitrios Cominges tuvo el placer de acabar en un solo día con el frío y las miserias de aquel pueblo trabajador y morigerado. Añádase á ésto la sencillez y afabilidad con que Cominges trataba hasta al mas ínfimo de los obreros, demostrando la delicadeza y bondad de su alma, y la tierna amistad que estrechó con todos, asistiéndoles personalmente en cuantos casos le necesitaban, y se formará idea del modo de ser de Cominges y del cariño que le profesaron.

No satisfecho con ésto, en su casa particular instaló con sus propios y cortos recursos una cátedra de matemáticas y una academia de dibujo lineal que él personalmente dirigía y á la que asistía todas las noches la juventud del pueblo.

*
* *

Cominges, aunque pertenecía á una familia monárquica, aunque educado en la Córte y en una escuela realista, aunque verdaderamente sentía cariño y gratitud hácia las personas de los reyes, era por organización de su naturaleza demócrata y republicano ardiente. Veía con amargura las miserias y dolores de una nación en otro tiempo grande y feliz; veía, por estar cerca de la Córte, la vana ostentación, el lujo, el derroche

de inmensos caudales por parte de una clase privilegiada de la sociedad, mientras que existía un pueblo digno de mejor suerte, que con el trabajo rudo y constante de todo el año no obtenía lo necesario, no ya para el preciso sustento y la educación de sus hijos, sino para pagar siquiera los impuestos y las contribuciones. En el buen camino en que desde su niñez se hallaba, hubiera encontrado vasto espacio para su actividad, ámplias recompensas y los honores que mas estima la vulgaridad de las gentes, con solo conformarse con las condiciones del medio social en que fatalmente se había desarrollado y educado; pero, dotado naturalmente de clarísima inteligencia y de corazón invariablemente inclinado á la rectitud y á la honradez, no pudo transigir con los principios que allí prevalecían; el uniforme brillante, que los grandes de España lucían con orgullo, lo llevaba Cominges con dolor, viendo en él, según sus palabras, solo la servil librea del lacayo; y antes que vivir ostentosamente haciendo traición á sus convicciones y sentimientos, prefirió abandonar su carrera. Tenía fé y entusiasmo por la causa republicana y no pudo dejar de tomar parte activa en la revolución del 22 de Junio de 1866 en Madrid, revolución que fué enérgicamente reprimida, y por cuyas consecuencias fué condenado á la pena de muerte, que en seguida se la conmutó Isabel II por la de destierro á la ciudad de León, saliendo muy luego para ella custodiado por la guardia civil.

Cominges se encontró de repente en una población apartada y desconocida, sin dinero y sin relaciones, como preso, pues tenía la ciudad por cárcel, vigilados por la policía sus menores movimientos, mirado de reojo por las personas de aquella población que veían en el jóven forastero al revolucionario, al demagogo, al republicano, y sin saber en que ocuparse para sostener á su familia.

Pero Cominges era uno de esos caractéres enérgicos que no se acobardan ante ninguna desgracia, y, hombre de fé, confiado siempre en una Providencia justa. Su carrera estaba cortada: sus estudios de veinticuatro años aparecían inútiles

en aquel terrible momento; pero era jóven, tenía fuerzas para trabajar, sabía entre otras cosas, hacer jabón; y, ayudado con algunos recursos por su constante y generoso amigo, el Sr. D. Ramón Aranáz, diputado á Córtes y rico banquero y propietario de Madrid, estableció una pequeña fábrica, donde trabajando él y su esposa por la noche al lado de la caldera, y vendiendo por el día el jabón en el mercado, ganaban lo suficiente para sostenerse.

Fuertes emociones conmovieron entonces el alma de Cominges. ¡Qué contraste aquél, tan repentino como tremendo; Pocos días antes, querido, mimado, rodeado de todas las comodidades en medio de la sociedad mas distinguida de la córte de España, con una carrera brillante, por la cual tenía pasión profunda y en una posición envidiable en atención á su edad entonces; poco después, solo, en un lejano pueblo de provincia, vestido como un lugareño del país y vendiendo á gritos su jabón en medio de la plaza de una féria semanal para mantener á su familia. Solo un espíritu de su temple pudo soportar aquel infortunio y adaptarse á tal género de vida, y lo que es más aún, sin perder su característico buen humor.

Pronto se hizo célebre entre las gentes de todos los pueblos inmediatos á León, que solían ir á comprar á las férias: todos le conocían y le designaban con el sobrenombre del *Tío Cuatro ojos*, á causa sin duda de que siempre usaba gafas por ser muy miope, y las mozas de aquellos lugares preferían su puesto por la razón, según declaraban, de gustarles mucho las cosas que les decía el *Tío Cuatro ojos*.

La desgracia, la pobreza, (4) el rudo trabajo diario y la so-

(4) Careciendo de recursos Cominges se dirigía á las Ferias de la provincia de León, conduciendo tres ó cuatro burros cargados con jabón—hacía noche debajo de los depósitos de agua en las estaciones del ferro-carril y una vez, al entrar en *La Bañeza,* por haber equivocado la calle en que estaba el fielato ó inspección de impuestos municipales, se le decomisó la mercancía y estuvo preso algunas horas.

ledad en que vivía en León, contribuyeron, sin duda, á arraigar cada vez más sus ideas democráticas. Los momentos que su trabajo material le permitía, los ocupaba Cominges en distraer su espíritu estudiando los monumentos y preciosas antigüedades que existen en aquella ciudad. Sacó copias de los dibujos y relieves de su hermosa catedral; visitó el cadáver de la reina doña Sancha que se conserva en una iglesia de aquella capital. Está el sepulcro en el centro de una oscura nave lateral cerrada por una espesa verja de hierro y fabricado de macizo granito. Descorrida por varios hombres su pesada tapa de piedra se vé allí intacto el cuerpo de doña Sancha, que se conserva admirablemente después de algunos siglos, con el severo traje de tupida seda negra usado en aquella época. Solo le falta un pié, que se conoce ha sido cortado y, según se crée vulgarmente, fué robado por un viajero inglés.

Contrajo Cominges en León relaciones amistosas, (y esto es verdaderamente curioso,) con los padres Jesuitas que ocupaban el histórico convento de San Márcos, dirigiendo allí un colegio. (5) Este convento es famoso por haber estado preso en él en el siglo XVII don Francisco de Quevedo y Villegas, célebre poeta, y su fachada principal es de una belleza y un mérito notables.

Algún tiempo después, con permiso del gobierno, trasladó su fábrica de jabón á la ciudad de Astorga, capital de los Maragatos, fundadores de San José en la República Oriental y de Patagones en la Argentina. En Astorga también se ocu-

(5) Estos sabios jesuítas pusieron á la disposición de Cominges su magnífica biblioteca y demostraban particular agrado en que les acompañara á comer algunos días, y sobre todo, en las conversaciones y discusiones á que daban lugar de sobre mesa sus opuestas ideas. —Cominges, esta vez, supo también hacerse querer, de aquellos ilustrados jesuítas y estrechó con ellos una tierna amistad. Poco tiempo después, triunfante la revolución del 68, Cominges recibía encargo del Gobernador Acevedo de comunicar á sus amigos, la órden de destierro y entonces hizo con su influjo que se les guardara todas las atenciones que merecían por parte del nuevo gobierno.

pó en la construcción de la carretera que vá desde dicha ciudad á la estación del ferro-carril, y fué destagista de la vía férrea de Astorga á Brañuelas.

Por real órden del 26 de Septiembre de 1867, se le reconoció el derecho á la jubilación por los diez y ocho años y algunos meses que le resultaban de servicios abonables á la real casa como Director de los reales jardines de San Ildefonso. Esta medida, era impulsada por la bondad de Isabel II, que apreciaba y quería á Cominges á pesar de sus ideas republicanas.

En León se relacionó estrechamente Cominges con el distinguido patricio don Mariano Alvarez de Acevedo y otros caracterizados jefes de los partidos liberales, y con el entusiasmo de siempre trabajó y luchó valerosamente á su lado por el triunfo de la revolución de 1868, que derrocó á doña Isabel II y acabó por el pronto con la dinastía de los Borbones. Allí fundó Cominges y redactó con valentía el primer diario que en España se tituló *La República.*

Tomamos los siguentes párrafos de una carta escrita después de la revolución por D. Mariano Alvarez de Acevedo, siendo Gobernador de León, y que, refiriéndose á Cominges, demuestran el aprecio y la estimación que le merecía: «Al « hacer una tentativa para sublevar la ciudad de Astorga y « los obreros del ferrocarril del Noroeste, cuando el alzamiento « de Agosto de 1867, me hubiera visto solo, abandonado de « todos mis amigos y lleno de amargura, á no ser por la es- « pontánea presentación de don Juan de Cominges y Prat, « quien con sus criados, armas y dinero me acompañó desa- « fiando todos los riesgos, hasta que, frustrados mis planes, « y estando en terreno conocido, le mandé retirarse y aguar- « dar ocasión más favorable.

« Desde aquella época estoy en relación con él, y en quien « deposito mi confianza porque me consta su abnegación y « patriotismo. En esta última tan corta como penosa campa- « ña le he privado del placer de acompañarme algunas veces,

« por considerarle indispensable para el desempeño de comi-
« siones de la más alta importancia, cuales han sido comuni-
« car mis órdenes por terrenos escabrosos y llenos de enemi-
« gos y sublevar el pueblo de la Magdalena de donde sacó
« diez voluntarios armados».

Perteneciente á esta época, recordaremos un hecho que revela el modo de ser y de sentir de Cominges en todos los actos de su vida. Una mañana recibió carta de Madrid en la que su hermano D. Francisco le comunicaba la triste noticia del fallecimiento de su querida madre, y al mismo tiempo le remitía en una letra de cambio la parte que le correspondía de su corta herencia, rogándole que por esta vez, aunque no fuese muy de acuerdo con sus ideas, hiciera un funeral y ordenara misas durante algún tiempo por el alma de la finada, haciendo además algunas limosnas á la iglesia; para cumplir así sus últimos deseos, del mismo modo que en Madrid lo habían efectuado todos sus hermanos.

Cominges, que adoraba á su anciana madre, terminó la lectura de la carta, rodando algunas lágrimas por sus mejillas: salió silencioso á la calle y en seguida recorrió sin descansar durante todo el día las calles y plazas de León en busca de los pobres mendigos para citarles á su casa á las ocho de la mañana del día siguiente. Antes de la hora indicada, la calle de su domicilio se hallaba atestada de centenares de indigentes, pues fué aquel un año en que, habiéndose perdido las cosechas, familias enteras de labradores pedían limosna por los pueblos. Cominges, haciéndoles pasar uno á uno y ocupado en esta faena todo el día con su familia, distribuyó entre los pobres el importe de su pequeña herencia y con el sentimiento de que no fuese más cuantiosa para remediar mejor tan grandes necesidades. Los socorridos se pusieron de acuerdo para quedarse en la calle y rezar después todos juntos, según costumbre piadosa en la provincia de León; pero sabido que fué por Cominges, bajó en seguida á la calle y les rogó con dulzura que cada uno fuese á su casa y allí, solos y sin testigos,

rezaran particularmente cuanto quisieran por el alma de la más virtuosa de las madres.

¡Madre mía—exclamó Cominges cuando se vió solo—tú que, ya libre de las miserias y de las preocupaciones de este mundo, gozas en este momento de la verdad eterna en premio de tus virtudes, aprobarás complacida, seguro estoy de ello, que honre con la santa caridad tu sagrada memoria!

Cominges era verdadero creyente y sincero religioso: creía en el Ser Supremo, en un Dios de infinita bondad y perfección que preside la harmonía del universo y todo lo dirige con sus sabias é inmutables leyes; pero era un franco é implacable enemigo del fanatismo, de las supersticiosas ceremonias y de las vanidosas ostentaciones. Para admirar y venerar la grandeza de Dios, hallaba solo digno el gran templo de la naturaleza, y así es que exclamaba en una de sus poesías, que el hombre . . . . . .

Podrá doquiera levantar altares,
Que Dios se manifiesta por doquiera,
En los astros que brillan á millares,
En la gentil palmera,
En el profundo abismo de los mares;

Ya sin trabas la humana inteligencia
No encerrará en un mísero palacio
De Dios la omnipotencia,
Cuyo palacio y templo es el espacio;
Que allí donde la vida está sembrada,
Allí de Dios existe la morada.

Enemigo del orgullo y de la vanidad humana, sencillo por naturaleza, al visitar algunos años antes el magnífico cementerio del Padre Lachaisse en París, miraba con desprecio los lujosos mausoleos ó monumentos . . . . . .

Que alzó la humaua sobérbia
Para llevar sus locuras
Más allá de la existencia.

Su alma solo se conmueve ante la modesta tumba de un niño, abandonada y cubierta de yerba, en la que . . . . .

Solo una cruz de madera
Nos dice que allí reposa
Un querubín de la tierra.

Solo entonces, ante tan humilde sepultura, siente Cominges vibrar las delicadas fibras del sentimiento, y dice su natural ingenuidad:

Del corazón á los ojos
Subió una lágrima tierna;
Se doblaron mis rodillas,
Tocó mi labio la tierra,
Y exclamé: ¡Si aquí hay dolores
En el cielo hay recompensa!

El año 1869, estando Cominges ya en Madrid, supo que en León se había levantado una partida carlista bajo las órdenes del coronel Balanzátegui, de gran prestigio en aquella provincia y que contaba con grandes ramificaciones en toda España; partida que, apesar de las persecuciones por las tropas del gobierno, engrosaba cada día sus filas, sin ser alcanzada nunca, favorecida por las asperezas de aquellas montañas y las simpatías de causa en aquellos parajes. D. Mariano Alvarez de Acevedo comprendió desde luego que aquél era el principio y el centro de la formidable rebelión carlista que siguió después; que las tropas regulares del gobierno tardarían mucho en alcanzar á las carlistas; y que era necesario dar un golpe de mano atrevido, con gente de las mismas montañas, cosa que solo á él le era posible. Telegrafió á Cominges, ordenándole que

en el día pidiera al general Prím las armas y recursos necesarios para tal campaña.

—Ya he mandado tropas, le dijo Prím.

—Que están dejando á Balanzátegui que organice las suyas, le contestó Cominges con energía.

Aquella misma tarde salió Cominges de Madrid en un tren especial con las armas y elementos requeridos, llegando pocas horas después á León, donde le esperaba D. Mariano Alvarez de Acevedo con los voluntarios leoneses y otras numerosas personas, entre las cuales recordamos á su intrépido sobrino D. Emilio Reyero y Acevedo y al distinguido ingeniero D. Luis Perié.

Al día siguiente, organizada una división de unos trescientos voluntarios, subdividida en tres compañías, una de las cuales mandaba Cominges, y después de marchar día y noche trepando por las fragosidades de la montaña del Norte de la Provincia de León, se acercó una madrugada á la altura del pueblo de Prioro donde muy tranquilos acampaban los carlistas sin sospechar la llegada del enemigo.

Había dividido Acevedo su gente de tal manera que mandó á Cominges que se acercara por la ladera izquierda de la montaña, mientras que otra compañía se aproximara por las alturas de la derecha, y él, con el resto de la fuerza y la caballería que había podido reunir, siguió por el centro que era la parte baja del terreno. Los carlistas acampaban descuidados, como hemos dicho, al lado de Prioro en una pequeña meseta que solía servir de era para trillar las mieses. El jefe liberal había ordenado acercarse con el mayor sigilo antes de amanecer, y á cien metros de distancia comenzar el ataque por los tres puntos indicados. La sorpresa y la confusión fueron tales que Balanzátegui, á pesar de su arrojo y prestigio, no pudo mantener la disciplina y gran parte de su gente se desbandó batiéndose el resto en retirada. Acevedo entónces ordenó desplegar en guerrillas las dos alas de su gente hasta rodear por completo á los carlistas, logrando después de algunas horas

de fuego y de lucha encarnizada hacer prisioneros á la mayor parte, pues pasaban de quinientos, entre ellos muchos sacerdotes. El general Prím recibió con grán satisfacción la noticia de este brillante hecho de armas. Cominges, dijo el bizarro general á su regreso: «Aquí tiene usted la cruz del mérito militar para todos los que han tomado parte en el ataque de Prioro.»

—General, contestó Cominges, ninguno la acepta, por que todos son demócratas y republicanos.

El gobierno provisional, presidido por el general Serrano Dominguez, estuvo muy lejos de corresponder á las esperanzas de los partidos que llevaron á cabo la revolución que reivindicó para el pueblo español la plenitud de la soberanía y que sucesos posteriores han demostrado que fué traicionada desde su principio por algunos de sus principales caudillos, hasta que, no tanto á fuerza de violencias cuanto de intrigas, llegó á fracasar en la época misma de la República á principios de 1874.

En Madrid Cominges fué repuesto á fines de 1868 en su antiguo destino de San Ildefonso, destino que no aceptó; prefiriendo ganar por riguroso concurso de oposición la cátedra de Prácticas Agrícolas en la Escuela de la Florida en la misma capital; pero muy luego renunció esta cátedra cuando, como empleado del gobierno, se le quiso obligar á jurar la Constitucion monárquica de 1869, que no era por la que había derramado su sangre y sacrificado su carrera y su familia, según dijo con energía en pleno Congreso en el solemne acto de la jura. Entre sus numerosos papeles y documentos se conserva la nota en que el gobierno aceptó su renuncia, firmada por don José Echegaray, ministro entonces de Fomento y después célebre poéta dramático.

Tal era el cariño que profesaban á Cominges los alumnos de la Escuela de Agricultura, hombres ya todos, que al saber su separación dejaron de asistir á las clases en masa. Avisado de ésto por el Director D. Pedro Muñoz y Rubio, puso

todo su empeño en que sus alumnos volvieran en seguida á las clases para no perder su carrera. Hacerse querer siempre por cuantos le trataban era el don principal que Dios concedió á Cominges y el que produjo la satisfacciones más dulces de su vida.

Poco después salió de Madrid para encargarse de la construcción de más de treinta kilómetros del ferro-carril que vá de Orense á Vigo, empresa importante que le fué proporcionada por su consecuente amigo el señor Aranáz y en cuyo punto permaneció hasta fines del año 1870; pero siempre perseguido por sus ideas republicanas y decepcionado por la próxima reacción monárquica de Amadeo de Saboya, resolvió por fin emigrar á América con toda la familia y se embarcó para Montevideo.

*
* *

Al pisar Cominges por primera vez las hermosas playas de Montevideo, creyó respirar con placer el aire puro de la democracia, que había sido la ilusión de toda su vida. Al contemplar su espléndida naturaleza, escribió su carta á don Lucio Rodriguez, titulada «Impresiones de un extranjero», carta que publicó «El Siglo» y la reprodujeron los demás diarios de la República Oriental.

"Cumplo con un deber de gratitud (decía) al manifestarle mis primeras impresiones ante el sublime panorama de esta naturaleza vírgen, cuyos encantos nunca fueron empañados con el aliento de los hombres".

Y, después de describir con elegancia la frondosa vegetación de aquellas comarcas, la feracidad de su suelo y la benignidad de su clima, exclamaba:

"¡ Vengan aquí, pués, los que confiados en sus merecimientos, esperan en vano la hora de la justicia; vengan aquí, pués, cuantos no pueden respirar en la corrompida atmósfera del

viejo mundo, vengan aquí, y bendicirán como yo el día en que por vez primera pisen las playas del rico continente americano."

Pocos días después de llegar á Montevideo visitó al presidente Batlle, quien, lleno de amor por la agricultura y el progreso de su patria, le encomendó la fundación y dirección de la Escuela Central de Agricultura, que Cominges estableció en Nueva Palmira á principios de 1871, con la valiosa cooperación de otro héroe del trabajo, del doctor D. Domingo Ordoñana. En la misma época efectuó un estudio de canalización en la barra del Río Negro y en el arroyo de las Vacas, hizo un estudio del río Cebollati y la laguna de Merín por órden del barón de Mauá, levantó planos de algunas colonias, y efectuó un estudio de ferro-carril entre Fray-Bentos y Mercedes.

Desafiando Cominges todos los peligros ó más bien quizás atraido por éllos, efectuó una expedición el mismo año de 1871 por las Pampas Argentinas, entonces en pleno dominio de los salvajes, con el objeto de hacer el estudio de un canal de navegación que, partiendo del Carcarañá fuera en línea recta á desembocar á la laguna de Junín. Á pié, con solo diez hombres y dos muchachos y acompañado por dos soldados *baqueanos* que le dieron en la Guardia de la Esquina, atravesó la pampa haciendo un estudio exacto de nivelación. No causó poca admiración á los jefes de algunos fortines de la frontera el ver semejante puñado de hombres atravesando á pié el desierto. En el fortín de Melincué fué cariñosamente recibido por su distinguido jefe el comandante Berráutia, el mayor Ruiz y demás oficialidad, obligándole á pasar allí varios días en su compañía.

Llegado á Junín, visitó acompañado por el coronel Lagos, entonces jefe de aquella frontera, la tribu de indios del cacique Coliqueo.

Estos contínuos trabajos no le impedían cultivar la poesía y la literatura. Durante la epidemia de fiebre amarilla en Buenos Aires, en 1871, se organizó en Montevideo una velada li-

teraria con el objeto de reunir fondos para socorrer á las innumerables víctimas, é inspirado y conmovido Cominges ante aquella catástrofe sin ejemplo en estos países, escribió su oda «Armonías», una de sus poesías mas elegantes y profundas, que mereció el honor de ser elogiada como la mejor composición de aquella notable velada.

Á los pocos meses de haber llegado á Montevideo, ocurrió un suceso, cuyo simple recuerdo demostrará que nuestro biografiado era constante en sus genialidades. Unos cuantos jóvenes de aquella ciudad dieron muerte de dos balazos á un humilde obrero. Un hermano de la víctima en vano buscó algún abogado que tomára á su cargo la acusación formal de este delito. Al saberlo Cominges, se ofreció espontaneámente para hacer la acusación.

Las influencias, los ofrecimientos, las amenazas, el sentimiento de tener que disgustar á personajes á quienes debía amistad y gratitud, nada pudo hacerle desistir de su empeño; vanos fueron cuantos resortes se tocaron, cuantos arbitrios se pusieron en juego: Cominges se presentó en el *jurí* con entereza y pronunció ante el tribunal y ante numerosa barra un notable discurso de acusación. El público en general le era adverso: una atronadora silba interrumpió al principio su oración, y Cominges silencioso miró á la barra con digna arrogancia... Cuando cesó el ruido, el orador repitió sus últimas frases, marcándolas con viril entereza. Vuelta otra vez la silbatina y el infernal barullo, y vuelta otra vez Cominges á callar hasta que pasára la tormenta, y hasta que al fin su poderosa elocuencia pudo conmover á aquellos mismos que habían ido dispuestos á reprobarle á todo trance, y terminó su discurso calurosamente aplaudido.

Había la costumbre de enviar á los reos al servicio de las armas, y Cominges gritaba en el jurado dirigiéndose á los militares presèntes:

«No los recibais en vuestras filas; para defender la patria solo sirven soldados honrados y valientes, y los asesinos no son ni lo uno ni lo otro: no los admitais, por que de valientes ca-

pitanes de soldados, os convertiríais en capitanes de ladrones y asesinos.»

Dotado de raras condiciones de actividad, de inteligencia y ánimo emprendedor, aquí Cominges vinculó su nombre á muchas empresas en ambas márgenes del Plata. Durante veintidos años de residencia en América fué el apóstol de la agricultura, de la colonización, de la industria y de la subdivisión de la propiedad como únicas positivas fuentes de su riqueza. Consideró que la cría primitiva y rutinaria de ganado no es suficiente para formar un pueblo rico y culto, y que, por el contrario, excluyendo este sistema la población del suelo, impide el desarrollo de la producción agrícola é industrial.

Muchos sinsabores le valió á Cominges en esta República el ardor con que defendía estas doctrinas, hoy aceptadas por todos, de parte de los ganaderos que aún no se habían convencido de la necesidad y conveniencia de perfeccionar su primitivo sistema de cría, combinándolo con la agricultura.

Habiéndosele pedido en cierta ocasión que hiciese un estudio sobre el mejor modo de cercar los terrenos destinados á la agricultura, demostró en él Cominges que los cercos, por su mucho costo, eran la causa que impedía á la agricultura desarrollarse, y terminaba aconsejando que «*el mejor cerco es un buen código rural*: cuando un caballo ó una vaca, añadía, vengan á hacer daño á mis plantas, multa; cuando mis lechugas y mis cebollas vayan á hacer daño á la propiedad del vecino, multa también.»

*
* *

A fines de 1873 fué nombrado por el gobierno argentino Director de la Escuela Agronómica de Tucumán, cargo que se vió precisado á aceptar, á consecuencia de las dificultades que en la Banda Oriental puso el nuevo gobierno en la marcha de la Escuela. El Municipio de Tucumán le confió al

mismo tiempo el cargo de ingeniero municipal. Trabajó allí sin descanso, como lo hacía en todas partes; corrigió y amojonó el plano y el ejido de la ciudad, y practicó el estudio de un canal municipal de riego, mereciendo que por ambos trabajos le acordára por unanimidad un voto de gracias aquella corporación, presidida entonces por el ilustrado y querido presbítero, señor Zabaleta.

Desde la ciudad de Tucumán, situada en la falda de la cordillera de los Andes en una hermosa llanura cubierta de frondosos naranjos y de caña de azúcar, se divisan al Sudoeste las elevadas cumbres de la Sierra de Aconquija, cuyo pico mas elevado y que es uno de los mas altos y escabrosos de la cordillera de los Andes, se conoce allí con el nombre de *Cerro Bayo*, tal vez á causa de su color amarillento. Cominges supo que catorce expediciones de mineros que habían intentado trepar á su cumbre para descubrir unas minas de plata que por tradición se aseguraba que existían allí, habían todas fracasado antes de llegar, pereciéndo en algunas todos los expedicionarios sepultados en la nieve.

Cominges no pudo resistir al deseo de ascender hasta el pico más elevado de la cordillera, y decidió organizar una expedición para subir al *Cerro-Bayo*, la que llevó á cabo con éxito feliz, aunque á costa de dos meses de viaje y de toda clase de trabajos y penalidades. En esta expedición le acompañó el ingeniero de minas señor don Vicente Alcalde Espejo, que á la sazón era Rector del Colegio Nacional de Santiago del Estero.

En otra ocasión, en compañía del ingeniero y naturalista don Rafael Hernandez, hizo Cominges una excursión por las sierras Calchequíes y por los valles de Tafí (célebre por sus esquisitos quesos); visitó también las sierras donde en tiempo de la conquista se refugiaron los indios Quíchuas y allí desenterró y recogió preciosas curiosidades, entre ellas algunas mómias y esqueletos de indios, y un jarrón de barro cocido, barnizado y pintado con dibujos y colores admirables, objetos que

regaló al Comisario Argentino de la exposición de Filadelfia.

En Tucumán, escribió Cominges sobre agricultura é introdujo mejoras prácticas en el cultivo de la caña de azúcar y del tabaco; hizo en la Escuela de Agricultura grandes plantaciones de eucaliptus y repartió gratuitamente plantas por toda la provincia, haciendo conocer sus buenas propiedades para impedir el desarrollo de las fiebres palúdicas. Allí también Cominges criticó algunas añejas costumbres ó más bien dicho corruptelas, entre las cuales sobresalía la poca consideración que por lo general se tenía á los obreros, y la mala alimentación que se les daba, pués sólo se componía ésta de maíz, naranjas y caña de azúcar. Esta propaganda le costó también perder su buena amistad con algunas personas principales de aquella provincia, y es preciso decirlo en su biografía; pués Cominges era así; la cuerda mas sensible de su alma era su estremado amor á las clases humildes del pueblo, y su anhelo constante, el trabajar y procurar mejorar su suerte, sin detenerle jamás el temor de acarrearse enemigos ni el de perjudicar sus propios intereses.

A principios del año 1876 Cominges recibió comunicaciones del gobierno oriental participándole que se le reconocía un saldo á su favor de algunos miles de pesos, que de su peculio particular había invertido en la fundación de la Escuela de Palmira y cuyo pago estaba ordenado en Tesorería. Cominges se trasladó otra vez á Montevideo, donde el coronel Latorre, amigo particular suyo y que en aquellos dias se hizo cargo del gobierno provisional de la República, se empeñó en tenerle á su lado, encomendándole la redacción del diario *La Tribuna*. Por su carácter franco, justo y honrado mereció la mayor confianza del dictador, cuya enérgica administración debe á dos españoles, los señores Cominges y Ordoñana, las principales iniciativas en la organización de los servicios públicos urbanos y rurales. Redactó Cominges por algun tiempo *La Tribuna*, en cuyo diario, con imparcial criterio lo mismo elogiaba los actos honrosos del Dictador que

fustigaba los malos y censuraba á los consejeros que abusaban del poder discrecional del coronel Latorre, diciendo á éste siempre la verdad; pero bien pronto comprendió Cominges que no había nacido para político al uso; sus inclinaciones naturales le arrastraban á la agricultura. Fuéle permitido fundar en Montevideo una cátedra de agricultura, y al separarse de la política militante, escribió al coronel Latorre la siguiente carta:

«Señor: Refrenando á los caudillos turbulentos habeis asegurado la paz sobre un hermoso suelo arrasado por las luchas intestinas.

«Castigando el crimen, habeis hecho habitable la campaña.

«Confiando los puestos públicos á los hombres más meritorios de todos los partidos, habeis amortiguado los enconos políticos.

«En posesión de la paz, la confianza y la armonía, hoy despertais los dormidos gérmenes de la prosperidad nacional, creando instituciones que encaminen á la juventud por el noble sendero de la agricultura.

«Ya que vuesta *honradez* alcanzó el premio de la estimación pública; ya que no es preciso luchar á vuestro lado contra los demoledores como periodista, permitidme, señor, la honra de seguir prestándoos mi débil concurso, trabajando al lado vuestro como agrónomo».

«Montevideo, Julio 9 de 1877—*Juan de Cominges.*»

En aquella época escribió un «*Tratado Teórico-práctico de Agricultura General,*» por el cual esplicó sus lecciones. Al mismo tiempo efectuó una plantación de tabaco en grande escala en Villa Colón, pintoresco paraje situado cerca de Montevideo, introduciendo por primera véz en la República Oriental este importante cultivo: trajo y repartió las mejores semillas de tabaco habano; y publicó un tratado práctico del cultivo y beneficio del tabaco, escrito con elegante sencillez y dedicado á sus amigos los labradores.

En la misma época escribió infinidad de artículos y folletos sobre agricultura, colonización, inmigración, etc. y pronunció sus magníficas conferencias acerca de la necesidad de conservar y reglamentar la explotación de los bosques: entonces publicó su precioso y profundo estudio titulado «*La propiedad y el cultivo*», sus «*Cartas familiares*» á los labradores, sus «*Conferencias Agrícolas*» y otros muchos artículos que sería largo enumerar; siendo, sin duda éste, el período mas activo de su vida.

* * *

En 1878 hizo un viaje al Paraguay á donde llevó y repartió semillas de tabaco habano y enseñó allí practicamente á preparar y secar sus hojas á la sombra; á la vez, tomó parte en su prensa y en el renacimiento social y económico de aquel pueblo, en el que se recuerda, lo mismo en la Asunción que en Villa-Rica, los grandes servicios que prestó con sus enseñanzas, sus iniciativas y sus variados trabajos.

Comprendiendo el gran problema y las grandezas que contiene el Chaco, cuya riqueza no es bastante apreciada en el Río de la Plata, Cominges se asoció en 1879 á la gran empresa Bravo, que se proponía establecer comunicaciones entre Bolivia y el Paraguay, atravesando con un ferro-carril el Chaco del Norte, cuyo gran pensamiento mejoraría las condiciones mediterráneas de aquellas infortunadas repúblicas y daría al Río de la Plata el comercio y movimiento fluvial para todo el centro de Sud-América. El 29 de Julio de 1879 salió ¡Cominges de la Asunción del Paraguay abordo de la goeta «*Gibraltar*» y del patacho «*María*,» al frente de unos cuarenta expedicionarios, despedido por un pueblo numeroso y con un estrecho abrazo del empresario Bravo. Emprendió su primera exploración siguiendo las ya borradas huellas de Irála, expedicion atrevida que abona á su nombre,

aunque no tan molesta y peligrosa como la que posteriormente llevó á cabo en el mismo Chaco del Norte. Sus trabajos en este sentido han sido muy elogiados por la prensa y revelan en libros y en mapas el espíritu emprendedor y la valerosa actividad de ese español de pura raza, animado de todas las virtudes y libre de todos los defectos de los primitivos exploradores de estas tierras. Con escasa gente y débiles recursos, se engolfó en el vasto y desconocido territorio que se extiende entre la costa occidental del río Paraguay y la frontera oriental de Bolivia; sufrió con resignación y hasta con entusiasmo el hambre, la sed y los rigores de aquel clima abrasador, animando con el ejemplo á sus desgraciados compañeros; rebelde la naturaleza les cerró el paso con bosques y pantanos infranqueables, y, hambrientos, andrajosos, acosados por las fiebres palúdicas, llenos de heridas y picaduras, se vieron obligados á retroceder, viéndose luego Cominges abandonado por los que le acompañaban en la expedición; y, antes de desistir de su empeño, venció solo cuantas dificultades se presentaron, se confió en la colonia «*Apa*» á los mismos indígenas, que le acogieron con cariño y le prestaron un concurso inextimable en aquellas soledades, salvándole de una muerte segura. Así recorrió todo el Gran Chaco del Norte, estudió su suelo, su flora, sus maderas, las costumbres de sus numerosas tribus de indios, y formó un pequeño vocabulario del idioma de los *Guanás*, volviendo á su regreso á la Asunción, aclamado por millares de indios y en compañía de los caciques Keirá y Michí.

Acompañó después como naturalista la expedición científica y militar organizada por el general Victorica para ir al encuentro del comandante Solá en el Chaco Central.

En 1882 estableció una colonia en *La Herradura*, costa del río Paraguay, y en varias excursiones atrajo á las tribus de Pichón y Carayá, cuyos caciques le acompañaron á Buenos Aires y visitaron al presidente de la República.

Mas tarde fué nombrado Inspector de Bosques Nacionales en la República Argentina, y publicó varios folletos estudiando

los sistemas mas adelantados para la conservación y aprovechamiento de las maderas, en los que trata con lucidez de la importancia de los árboles y de su influencia en el clima y en las costumbres de los pueblos.

En 1889, en una expedición que hicimos con don Cárlos Casado, don José Segundo Decoud, don Antonio Quijarro señores Christophersen, Bogami, Monte y otros amigos al Chaco Boreal, abordo de los vapores « *Bolivia* » y « *Doña Ramona*, » fuimos testigos en el Alto Paraguay, lo mismo en Puerto-Casado que en Fuerte-Olimpo y Puerto-Ayolas, del cariño y veneración que los indios Mbayas, Sanapanás, Angaites, Chamacocos y Guanás tenían por Cominges, viniendo desde largas distancias á saludarle los principales caciques, como al cristiano querido de sus exploraciones de diez años antes. Como algunos administradores de los inmensos territorios de don Carlos Casado, aconsejasen á éste cierto rigor con los indios, Cominges defensor de éstos, buscó en su apoyo el concurso de las señoras y señoritas de abordo, que iban cosiendo trajes para regalar á los indígenas de las posesiones de Casado. Satisfecho de tan poderoso contingente—una mañana apareció abordo un improvisado estandarte con oportunas alegorías al nombre del vapor y de la señora de Casado y debajo el lema:

Aquí Santa Ramona
De los Indios, es Patrona.

El triunfo de Cominges fué completo, el señor Casado recomendó á todos sus administradores en el Chaco, el mejor trato y consideraciones con los indios.

*
* *

A principios de 1881 fué presentado Cominges al doctor Rocha, y se le encomendó practicar un estudio del puerto de la Ensenada y de los terrenos de Tolosa como uno de los lu-

gares mas adecuados para la fundación de la ciudad capital de la provincia de Buenos Aires. En algunos meses de trabajo, Cominges levantó el plano topográfico del terreno que hoy ocupa la ciudad de «La Plata», y practicó un detenido estudio hidrográfico del puerto de la Ensenada y del rio Santiago, acompañando al plano un informe en el que recomendaba y hacía resaltar las ventajas de aquel punto para la construcción de la capital y del mejor puerto del Rio de la Plata, trabajo que hizo Cominges con placer por lo mismo que era gratuito y solo con la satisfacción de servir á un país que quería y consideraba como suyo. Era uno de esos hombres de ciencia y corazón, que no comprenden jamás que sus conocimientos y su saber puedan ser aplicados á intereses propios, sino en beneficio de la humanidad, y que, sencillos y modestos por naturaleza, bástales para ser felices la honrada posición en que viven.

El carácter servicial de Cominges rayaba en el extremo de lo increíble; no había sacrificio que le detuviera si con él podía servir en algo á cualquier persona, aún sin conocerla, y sobre todo, si esta era pobre ó desgraciada.

Estando en Buenos Aires, ya bastante enfermo de resultas de sus expediciones por el desierto, los médicos le recomendaron el reposo y el método en la alimentación, como único remedio; pero jamás, debido á su genial carácter, pudo obedecer estas prescripciones facultativas. Tenía muy encargado siempre á su familia que no dejara de recibir á los que llegasen á su casa.

Acontecía, pués, que diariamente iban en busca de Cominges numerosas personas recomendadas, entre ellas muchos industriales y obreros recién llegados, y, aunque enfermo, se levantaba, salía con ellos á la calle, recorría con ellos los talleres y visitaba sus numerosas relaciones, no volviendo á su casa hasta haber conseguido colocarles. Llegaba, como debe comprenderse, rendido, sin haberse acordado de medicinarse ni aún de alimentarse en todo el día; y cada vez mas débil y mas enfermo: en vano su familia le reconvenía, pués él sonreía

muy satisfecho y contento ¡Era para él un placer tan grande haber podido ser útil á unos infelices obreros!

En 1883 escribió Cominges un importante trabajo que demostraba las buenas condiciones del Chaco para la industria azucarera, y para el cultivo del algodón, del tabaco y del maní, y también por entonces publicó la relación de todos sus viajes y dió varias conferencias sobre diferentes materias en el Congreso Económico, en el Club Industrial y en la Sociedad Geográfica Argentina. Sus numerosos escritos de esta época tratan la mayor parte sobre la colonización del Chaco, dando á conocer la fertilidad y riqueza de su inmenso territorio y las buenas cualidades de sus indígenas, así como la conveniencia y la facilidad de atraerlos á la vida del trabajo y de la civilización por medios pacíficos.

Ultimamente, dedicado siempre á su profesión de ingeniero, hizo dos viajes á Bélgica, donde contrató y dirigió la construcción del hermoso viaducto y muelle de hierro del puerto de la Concepción del Uruguay y la de varios puentes ejecutados por el gobierno argentino.

En 1886 fué miembro importante de la Comisión Directiva del Club Industrial Argentino, trabajando constantemente y sosteniendo con inteligencia la necesidad de proteger la agricultura y las industrias como única base del engrandecimiento de la República.

En 1888 fué vocal titular del Consejo de Administración de la Unión Industrial Argentina.

El 16 de Mayo de 1890 pronunció una conferencia industrial en el local de dicha importante asociación, la que fué impresa en folleto, siendo éste su último trabajo escrito en defensa de la industria nacional.

Ultimamente, en 1891, hallándose gravemente enfermo, los médicos le aconsejaron un viaje á Europa en busca de nuevo aire para sus gastados pulmones. Este recurso de la ciencia de nada le sirvió, regresando á Buenos Aires á fines de aquel mismo año en completo estado de extenuación, y falleciendo

rodeado de todos los suyos el dia 13 de Enero de 1892, víctima de una afección palúdica.

Dicen los que rodeaban su lecho en la hora suprema del tránsito, que la muerte le sorprendió en la plenitud de sus facultades, como si lo desconocido hubiese temido ofender á Dios apagando la luz de aquella inteligencia prodigiosa antes que el cuerpo úubiese extinguido su vigor. Sus postreras palabras en el último instante fueron estas: «No he hecho nunca mal á nadie y muero contento.»

Y después de una pausa añadió con sosiego y naturalidad: «Hijos mios: esto se vá.» Un segundo después no existía.

Trapense de esta inmensa Cartuja que forman las naciones, nunca se creyó con derecho al descanso, ni se reputó extranjero en ninguna, hablasen ó no su nativo idioma. No cavaba su propia tumba como los monjes legendarios; abría sobre la tierra extraña los surcos fecundizantes de la semilla que sin cesar sembraba.

*
* *

El ilustrado diario de Buenos Aires, «*El Correo Español*,» en un artículo biográfico que publicó, estampaba las sentidas frases siguientes:

«Entre estos españoles que todos hemos conocido y estimado, que llenan esas condiciones por las cuales serían tan culminantes, tan eminentes á haber permanecido en el seno de la patria, como lo han sido fuera de ella, porque su talento y su carácter los hubiera hecho triunfar allá como aquí triunfaron, entre esos españoles notables cuya mano amiga hemos estrechado todos con admiración y cariño, el primero que se despide de nosotros, después que concebimos este propósito, es nuestro inolvidable amigo, el sabio agrónomo é ingeniero industrial, el bravo explorador y esforzado publicista, el altivo caballero *chapado á la antigua*, como se dice vulgarmente, el soñador siempre niño

como muchos le decían, el corazón bien templado para la lucha con lo desconocido, el hombre de ciencia y hombre de sentimiento, el soldado y el poeta, en una palabra, *Juan de Cominges.*»

«Espíritu varonil y austero, enemigo irreconciliable de toda frivolidad y todo positivismo, de la nulidad encumbrada y del vicio y de la aventura triunfantes, era hombre que no se avenía con su siglo, y por sus pensamientos, por sus ideales como por sus empresas, mas parecía uno de los compañeros de Vasco de Gama ó de Magallanes que un hombre moderno.»

Dijo también otro diario que al entierro de Cominges, que ha honrado á su patria en una tierra para él querida, la de sus hijos, asistió numerosa y distinguida concurrencia. Algo es esto; pero no basta para ofrecer al mundo testimonio de que se sabe hacer justicia aunque tardiamente á los hombres superiores destinados por la naturaleza para servir de modelo de fé, honradez y constancia.

Montevideo, 22 de Junio de 1892.

MATÍAS ALONSO CRIADO

EXPLORACIONES

EXPLORACIONES

AL

CHACO DEL NORTE.

FRAGMENTOS DEL DIARIO DE LA PRIMERA EXPEDICIÓN (1)

ANTECEDENTES HISTÓRICOS.

Dudosa, aunque apoyada por autores extranjeros, existe en Portugal la tradición de que en 1526, cuatro valientes aventureros de aquella nación, mandados por un tal Alejos García, salieron por San Vicente de las posesiones portuguesas y cruzando el río Paraná hicieron la penosa travesía del Paraguay, para caer sobre el río de este nombre, muy poco más arriba del lugar que hoy ocupa la ciudad de la Asunción.

Bien recibidos por los guaranís, que todavía no tenían motivos de encono contra la raza europea, se prestaron á guiarlos y acompañarlos, en muy crecido número, hasta las cordilleras del Perú, por lo que juntos todos penetraron en el Chaco por el costado del río Paray, que debe ser el Confuso, y caminaron al Occidente, no sin guerrear con cuantas tribus trataron en vano de disputarles el paso, en defensa de su honor, su propiedad y su vida.

Alcanzado que hubieron las serranías entre Mirque y To-

(1) El Diario completo de la PRIMERA EXPEDICIÓN fué publicado por la casa editora del Sr. D. Juan A. Alsina, en el año 1882.

mina, saquearon sin piedad á los laboriosos é inofensivos súbditos del poderoso rey Inca y continuaron sus depredaciones hasta las cercanías de los pueblos de Presto y Tarabuco, donde los muchos charcas que les hicieron frente, les obligaron á retirarse retrocediendo al Paraguay, por mejor camino, y cargados de un rico botín, consistente en telas preciosas, vasos y coronas de plata y oro.

Una vez Alejos en territorio paraguayo y en posesión de tan rico tesoro, creyéndose seguro entre los guaranís, sus compañeros de exterminio, mandó a dos de sus compatriotas al Brasil con encargo de que dieran cuenta de su descubrimiento á las autoridades portuguesas, á fin de que, sin pérdida de tiempo, se le remitieran los elementos necesarios para realizar la conquista de tan vastos y ricos territorios, lo que el Brasil se apresuró á realizar, mandando incontinenti al capitán Sedeño con 60 soldados perfectamente pertrechados.

Mas es el caso que, como siempre el que siembra cosecha, Alejos, que había despertado los instintos feroces de los guaranís al enseñarles el camino del pillaje y del asesinato, fué á su vez víctima de la codicia de éstos y motivo, no sólo de que pereciera Sedeño con toda su gente, sino de que, excitada la codicia entre las diversas tribus, numerosas hordas de paraguayos penetraran de nuevo por toda la extensión del Chaco del Norte, dejando en pos de sí las huellas de la desolación y de la muerte.

En esta invasión simultánea, los guaranís, vecinos de las riberas del Paraná y del Tevicuarí, (1) hicieron su entrada por el río Araguay (2) y remontando al O. se establecieron en las inmediaciones de Tarija: los del Lambaré (3) penetraron por

(1) Nombre de un río, compuesto de las palabras TEVI, (ano), CUÁ (agujero) y la partícula Y, (agua).

(2) *Río del Entendimiento*, que es la boca de arriba del Pilcomayo.

(3) Nombre del cacique que resistió, cuando la conquista, contra las fuerzas de Ayolas.

el Monte Grande y los del Ipané (1) al Itatín (2) entraron por cerca del 18º de latitud, donde, según Azara, están las sierras de San Fernando y se establecieron á las orillas del Guapa, donde con el tiempo han tomado el nombre de chiriguanos (3).

No fueron solamente víctimas del furor de estas hordas desenfrenadas los pacíficos indios del Bajo Perú, sino que también sufrieron con ellos los españoles de Tarija, Paspaya, Mirque, Pilaya, Tomina, etc.

Dos razones hay que tienden á comprobar la tradición semi-histórica de la excursión del portugués Alejos. La primera y principal es: que habiendo ciertamente tenido lugar la grande invasión de los guaranís por todo el Chaco del Norte, y su establecimiento definitivo en la falda de la cordillera, bien puede esta correría haber tenido por causa el conocimiento que habían adquirido de la riqueza de los territorios peruanos y los temores que abrigarían de ser castigados por las armas portuguesas, á causa del atropello cometido con Alejos, Sedeño y demás compañeros mártires. Es la segunda: que no teniendo hoy ni habiendo tenido jamás el Paraguay minas de oro y plata, porque no lo permite su constitución geológica, ocultando su procedencia, los guaranís regalaron á Gaboto algunos objetos de estos ricos metales por el año 1530, cuando llegó por el rio Paraguay hasta la confluencia del Apa; regalos, que engañaron al gran náutico y á la España entera, que pensó que el Paraguay sería la patria del Dorado!!!

¿No pudieron proceder los preciosos objetos que recibió Gaboto de mano de los guaranís, de los sustraídos por ellos cuando el asesinato de Alejos?

Mas si las cosas sucedieron de esta manera, ¿cómo se explica que en medio de las amistosas relaciones que Gaboto

(1) *Río Desdichado*, porque no tiene pesca.
(2) Hoy río de Apa. Campo pedregoso.
(3) Frioleros.

mantuvo con los indios del Itatín, no pudiera imponerse de un acontecimiento tan reciente como trascendental?

¿Cómo se explica que ningún autor contemporáneo se ocupase de él?

¿Por qué no confiaron jamás su secreto á Ayolas, á Irala, á Mendoza, á Chaves, á Vergara, á los jesuitas ó á cualquiera de los grandes amigos que tuvieron entonces y que aún hoy conservan en el Paraguay?

Dudosa, pues, y muy dudosa es la tradición de Alejos.

Por el año 1530 llegó Gaboto al Río de la Plata y después de fundar el fuerte del Espíritu Santo, en el lugar donde el río Carcarañá (1) confluye con el Paraná, dejando en él una guarnición respetable en la mejor armonía con los indígenas, y de mandar por tierra á César con dos ó trés españoles más, para que descubriesen camino hasta el Pacífico, tomó río arriba hasta el Itatín, donde llegó después de algunas pequeñas escaramuzas.

Era entonces, y es en la actualidad, el río de las Corrientes ó Apa, el límite Norte de la región habitada por los guaranís. Este punto es muy célebre en los fastos paraguayos; pues en los tres siglos y medio que han transcurrido desde que allí fueron sacrificados los portugueses Alejos y Sedeño, hasta que en tiempo del dictador López cruzaron aquel río los feroces indios mbayás (2) para destruir las florecientes cuanto populosas colonias de San Salvador, no han cesado de ocurrir allí acontecimientos notables.

Fué en este lugar donde Gaboto entabló cordiales relaciones con los naturales y donde deslumbrado, en vista de los

---

(1) *Car-cara-ña.* (Carancho pintado). Alcotán.

(2) *Mbayás.* (Cañizo). Gente que vive entre los pajonales. Es cierto que desde el 22º al 18º de latitud, donde habitan los mbayás, son terrenos muy bañados por las aguas.

ricos presentes de plata y oro con que le obsequiaron, decidió regresar inmediatamente á España, para llevar la nueva del descubrimiento de una provincia que tantos tesoros encerraba.

Por desgracia, ó más bien dicho por fortuna para los indígenas y para España, los cerros del Paraguay no *sudaban oro* sino quebrachos, cedros, guayabos, lapachos, palo-santo y trébol, y aquellas alhajas debieron proceder de algún regalo ó de algún *malón* que se hubiese dado en años anteriores á los indios peruanos.

Ayolas fué sin duda el primer conquistador del Paraguay y el primer europeo que penetró por las misteriosas regiones del Chaco del Norte.

Después de la victoria que obtuvieron las armas españolas contra los caciques Lambaré y Yanduazubí y de la capitulación de los guaranís, en 15 de Agosto de 1536, fundó Ayolas el fuerte de la Asunción y dejándolo bien guarnecido, remontó el Paraguay, con objeto de buscar sobre la costa del Chaco un puerto para atracar sus buques y un camino que lo condujera al Perú, con cuyo virrey deseaba ponerse en comunicación.

Los indios payaguás (1) que le acompañaban, sirviéndole de baqueanos (2), le indicaron un lugar donde afluía una senda, que conducía á las tolderías del N. O., lugar elevado á donde atracó Ayolas cómodamente, por permitirlo la profundidad del río y la configuración de la costa, dando á aquel punto el nombre de Puerto de la Candelaria.

Muy disconformes están los poquísimos autores que dan noticias, así del punto geográfico que ocupó el puerto de la

---

(1) *Payaguás*, (los que viven colgados á los remos). Indios del Chaco fronterizos á la Asunción, hoy casi civilizados; pero se concluyen, porque matan casi todos sus hijos.

(2) Guías, prácticos, conductores.

Candelaria como de la fecha precisa en que tuvo lugar el desembarque.

Y no se crea que este error proceda de haber confundido lastimosamente esta Candelaria (puerto) con otra Candelaria (misión) establecida y trasladada á diversos parajes y finalmente á la costa del río Paraná en 1627, entre los 27° 26' 46" de latitud y los 58° 7' 34" de longitud, sino de que las tradiciones de los conquistadores han estado en desacuerdo y de que los indios han guardado reserva, por temor de que se conociera, si no la única, por lo menos una de las mejores entradas que tiene el Chaco del Norte, por donde podrían penetrar los europeos á castigarles de la muerte de Ayolas, que se les atribuye hasta nuestros dias.

Ha llegado hasta tal punto el extravío de los autores en esta matería, que algunos colocan el puerto de la Candelaria dentro de la laguna que hoy se llama Bahía Negra, situada sobre los 20° de latitud, y otros al pié de las sierras de San Fernando que están entre los 17° 57' y los 17° 50' de latitud.

No tiene disculpa el que siendo este puerto el de más importancia histórica que tiene el río Paraguay, hayan guardado muchos historiadores y geógrafos antiguos y modernos el más doloroso silencio con respecto á su situación; tanto, que apenas existirán media docena de mapas en que bien ó mal situado figure el puerto de la Candelaria.

En la carta de José María Cabrer, trazada en 1802 y publicada en París en 1853, figura el puerto de la Candelaria á los 20° 38'.

En la de Martín de Moussy aparece el mismo puerto en los 21° 25'.

Azara dice en sus descripciones que está á los 21° 5'. Y en la recopilación de Angelis se dice que la laguna de Ayolas está sobre los 18°.

Entre estos cuatro autores respetables hay tres, por lo menos, que han sido mal informados acerca del verdadero lugar en que desembarcó Ayolas, siendo, entre todos, Angelis, el que

más se aleja de la verdad; sin duda por haber pensado que Irala penetró en el Chaco por el mismo lugar que lo hizo Ayolas.

Reservando para después la más poderosa prueba de que tampoco desembarcó Ayolas por los 20° 38', como lo afirma Cabrer, debe suponerse que este autor no está en lo cierto por dos razones; es la primera porque desde el 20° al 21° de latitud, aunque efectivamente existen hoy sobre la costa algunas barrancas elevadas que pueden servir de puerto, sin que se cubran de agua cuando llega la época de las crecientes, es de todo punto imposible el que en el siglo XVI se pudiera pasar desde ellas al interior del Chaco y menos en Febrero y con centenares de hombres y caballos como lo hizo el intrépido conquistador.

Preciso es no saber leer en las elocuentes páginas que la naturaleza ha escrito sobre la extensa sábana del Chaco, para suponer que, á mediados del siglo XVI, no conocían los prácticos de aquellos lugares, mejor camino que el que comenzaba en los 20° 38' de latitud, para llegar hasta la cordillera de los Andes; pues esa palpitante lección de geología dice á voces que muchos siglos después de que la espina dorsal de ambas Américas surgiera del seno de las aguas, las llanuras dilatadas que hoy se extienden desde su falda oriental hasta el Río de la Plata, no eran otra cosa que el fondo de un profundo lago, salpicado de muy corto número de islas; lago que aún no ha desaparecido completamente ni desaparecerá del todo, hasta que, saliendo este territorio del período de la adolescencia, se formen canales, que hoy no existen, por los que se deslicen hacia los ríos principales las aguas excedentes.

El Chaco del Norte no tiene ríos sino lagos, y aunque la naturaleza previsora va rellenando sus profundidades con los aluviones, los restos de los mariscos y de la vegetación acuática, aún pasarán muchos siglos para que los pocos milímetros de sedimentos que en su fondo se depositan anualmente, basten para transformarlos en terrenos cultivables.

Cabrer, al fijar en su mapa el lugar del puerto por donde penetró Ayolas en el Chaco, ignoraba que, por regla general, las barrancas existentes en las costas occidentales del Río de la Plata, del Paraná y del Paraguay, son más altas que los terrenos interiores que suelen permanecer sumergidos, en una faja más ó menos ancha, durante la estación de las crecientes ó de las lluvias, y que precisamente donde con más puntualidad se observa este fenómeno, es entre el 20° y 21°, donde la faja paralela de curíches (1) no tiene menos de seis á ocho leguas de anchura, la que hoy mismo es casi imposible de atravesar, á pesar de que el suelo, ha de estar un metro más alto que en tiempo de la conquista, á causa de los sedimentos que en él depositan las crecientes y las lluvias torrenciales del verano.

Aunque esta enredada madeja de curíches está salpicada de algunas islas cubiertas de palmas caranday (2) que, enlazándose unas á otras, suelen por casualidad permitir el paso durante las sequías excepcionales, es lo cierto que en la estación de las lluvias, que empieza en Diciembre y acaba en Marzo, se cubren también de agua, cerrando completamente la entrada del desierto.

Está, pues, demostrado que el puerto de la Candelaria no fué bien situado por Cabrer, porque á estar en los 20° 38', Ayolas no hubiera podido penetrar en el Chaco con cargas y caballos, y menos en el siglo XVI, en que el suelo estaría menos elevado sobre el nivel ordinario del río Paraguay, y menos aún en el mes de Febrero, que es como quien dice, en plena estación de lluvias.

La segunda razón que puede aducirse para probar la imposibilidad de que el puerto de la Candelaria estuviese situado

(1) Bañados ó pantanos con vegetación, consistente en totoras, ninfeas, etc.

(2) Cocos. *Copernicia cerifera.*

entre los 20° y 21° de latitud, es que en una comunicación (1) del coronel don José Antonio Zabala, comandante del fuerte Borbón, hoy fuerte Olimpo, situado en la margen del río Paraguay, sobre el cerro más saliente de los que hay en el lugar llamado las Tres Hermanas á los 21° 1' 26''5 de latitud, se decía al gobernadór del Paraguay, que deseando contener las correrías de los indios chamacocos (2) no había tenido inconveniente en permitir que se organizaran al pie del fuerte, de su mando, unas cuantas tribus de huanás, *mbayás* y otros, para ir á pelear á los que están establecidos al occidente del Monte Grande, al pie de la cordillera. Que no pudiendo cortar rectos al Oeste ó N. N. O. por exceso de agua, al principio del camino, y por falta absoluta después, se vieron obligados los indios á caminar por la barranca que hay en la costa, entre el río y los curíches, hasta Bahía Negra, á donde llegaron en ocho dias, después de perder muchos caballos, por causa de las lagunas que atravesaron. Que desde ese punto tomaron al poniente caminando, hasta dar con los chamacocos, unas 80 leguas por terrenos estériles, sin agua y por un monte interminable, donde los caballos morían de sed y donde ellos apagaban la suya con la poca agua que guardan las acanaladas hojas del caraguatá (3) y finalmente, que después de hacer una regular carnicería con los enemigos, regresaron por el mismo camino al fuerte Borbón, para desde allí retirarse á sus respectivas tolderías de ambas costas.

---

(1) Esta comunicación y otros datos muy interesantes, me fueron regalados por un nieto del ilustre Zabala, que es el caballero Machain vecino de la Asunción del Paraguay. Hoy los posee don Francisco J. Brabo.

(2) *Saramacosis*, según algunos autores. Nombre quíchua compuesto de *cara*, (maíz) y *macuisi*, (ayudar á comer). Habitan al Oeste del Guapay, al pie de la cordillera y suelen llegar al río Paraguay, junto á Bahía Negra, sobre el 20°, donde está el puerto Vargas.

(3) *Bromelia-caraguatá* Planta que surte de agua en el desierto y de la cual sacan los indios las delicadas fibras con las que fabrican sus cuerdas, bolsas, hamacas, etc.

Ahora bien; si los indios vecinos de aquellos lugares tuvieron que caminar por los catetos, por no poderlo hacer por la hipotenusa, del gran triángulo que forman la Bahía Negra, fuerte Borbón y el pueblo de los chamacocos, ¿cómo es posible creer que Ayolas hiciera, más de dos siglos antes, lo que consideraban imposible los indígenas contemporáneos?

No hay que fatigarse El puerto de la Candelaria no está tampoco donde Cabrer lo representa en su carta.

Nunca se insistirá bastante en traer la luz sobre estas materias; pues que los errores de la Historia suelen acarrear consecuencias funestas para el progreso de las sociedades. ¡Cuánto tiempo! ¡Cuánto capital! ¡Cuánta fatiga y cuánto peligro se hubieran economizado las expediciones exploradoras mandadas por el empresario Brabo al Chaco del Norte, si no hubiesen existido tantas sombras sobre el punto geográfico que debía ocupar el puerto de la Candelaria!

Por respeto que inspire el nombre de Azara á los que conocen las prendas poco comunes con que fué favorecido por la Providencia, no puede desconocerse que también pudo errar al consignar que el puerto de la Candelaria estaba situado á los 21° 5' de latitud; esto es, á poco más de una legua, río abajo, del fuerte Olimpo y no muy lejos de un arroyo que desemboca en el río Paraguay.

Esto no puede ser tampoco; porque en la distancia de unas cinco leguas desde el fuerte Olimpo para abajo, toda la costa del Occidente ó es pantanosa ó es susceptible de inundarse con crecientes regulares, y no es creíble que un capitán de las condiciones de Ayolas, hiciera su desembarco en un pantano, cuando, á una legua más arriba, tenía una barranca espaciosa, á la que pueden atracar los buques de mayor calado; barranca libre de las más altas crecientes; con pastos exquisitos para los animales; con leña abundante y defendida por Norte y Oeste, con el grupo de cerros que se conocen con el nombre de las Tres Hermanas, atalayas naturales y posiciones estratégicas, que no debe perder de vista el que, al penetrar

guerreando en el Chaco, precisa una base de operaciones, ó por lo menos, un punto seguro donde organizarse para entrar en campaña.

Aunque ciertamente la senda del Perú, ó más bien alguna ramificación de ella, hubiera venido á parar al punto de la costa, que Azara indica como puerto de Ayolas, lo que acaso tenga algún fundamento; de todos modos, el conquistador no hubiera cometido la imprudencia de bajarse en él, sino que lo hubiera hecho en la explanada de las Tres Hermanas, y desde allí se habría ido por la costa abajo á tomar la senda que había de conducirle á la cordillera (1).

Decididamente, tampoco el puerto de la Candelaria debió estar situado sobre los 21° 5', y si algo Azara pudo aproximarse á la verdad, fué porque acaso el punto donde desembarcó Ayolas, sería al pie de las Tres Hermanas, donde después edificaron los españoles el fuerte Borbón.

Sin embargo de que esta sospecha no sea muy vehemente, lo que no ofrece duda es: que el puerto de la Candelaria está colocado entre los 21° y 22° de latitud; bien sea en la Angostura á los 21° 17', frente á cuyo punto hay un cerro pequeño en el Chaco y otro como dos leguas más al N. O., bien sea frente á Pan de Azúcar, á los 21° 22', donde hay una barranquita de alguna extensión; bien al lado de un arroyo muy salado, que Cabrer lo llama con razón de los Huanás, colocado en los 21° 56', ó bien sobre los 21° 25', donde, con no poco fundamento, lo coloca el geógrafo francés Martín de Moussy.

Con no poco fundamento, porque en nuestro viaje de exploración, hemos caminado por una senda, espaciosa y muy trillada por hombres y caballos, que viene como de Santa Cruz de la Sierra, recta de N. O. á S. E., la que al llegar como á tres ó cuatro leguas del río Paraguay, próximamente á los

(1) El P. Lozano afirma que Ayolas desembarcó al abrigo de las sierras de Cuneyeguá. ¿Serán estas sierras los cerros de las Tres Hermanas?

21° 23' de latitud, como se manifiesta en el mapa que acompaña á esta Memoria, cambia de rumbo al Sud, y casi paralela á un arroyo salado, que debe ser el arroyo de los Huanás, y viene á alcanzar la costa del río Paraguay, diez leguas más abajo, poco más ó menos, y en el lugar donde dicho arroyo confluye con el río.

Los huanás conservan la tradición de que por ese camino pasó el PRIMER CACIQUE BLANCO á la cordillera.

No hay duda de que esta senda debe ramificarse en otras dos más, en el punto donde cambia tan bruscamente de rumbo; una que siga, como continuación de la primera, su rumbo general de N. O. á S. E., saliendo, por lo tanto, próxima al paraje señalado por Moussy como puerto de la Candelaria, y otra que se dirija á N. E., buscando el fuerte Borbón, que es el camino, que según Zabala, llevaban los huanás antes de ser enemigos mortales de los mbayás.

Tanto la parte de la senda general, que debe continuar hasta el río Paraguay, como el ramal que en otro tiempo marchaba al fuerte Borbón, deben estar ya cerrados; no sólo por la vegetación del medio siglo que hace que no se transitan por los indígenas, y porque precisamente por allí empieza ya la faja de los grandes curíches de que se ha hecho mención, sino porque rotas ya las relaciones entre los huanás y mbayás que á principio de este siglo vivían en grande armonía, y declarada por los segundos una guerra de exterminio á los primeros, procuran éstos cerrar todas las entradas á sus enemigos, que precisamente residen y tienen sus formales aldeas desde el 22° al 18° próximamente.

Dados estos antecedentes, no será muy aventurado el asegurar que el puerto de la Candelaria estuvo en la costa Occidental del rio Paraguay sobre el 21° 25', como lo afirma el geógrafo moderno Martín de Moussy, que es sin duda el que formuló sus opiniones en vista de mejores datos.

Así como el más poderoso fundamento que tenemos para afirmar que el puerto de la Candelaria está en el 21° 25', repo-

sa en nuestra propia experiencia, del mismo modo el fuerte motivo que nos indujo á negar que dicho puerto estuviese entre el 20° y 21°, estribaba también en que hemos reconocido personalmente la imposibilidad que hay de abrirse paso desde allí al interior del Chaco, á través de los curíches.

Demostrado ya cuál es el puerto de la Candelaria, ó más bien dicho, cuál es el camino mejor y más natural de la cordillera, digamos algo acerca de la fecha en que Ayolas plantó en el Chaco el primer estandarte de la civilización.

Es un acontecimiento histórico perfectamente comprobado, que la victoria obtenida por el conquistador Ayolas sobre los caciques Lambaré y Yanduazubí, tuvo lugar el 15 de Agosto de 1536, y que sólo después de este brillante hecho de armas, fué cuando remontó el río Paraguay en busca de un camino que lo pusiera en relación con el Pacífico.

Es también un hecho indiscutible que por haber Ayolas desembarcado en el Chaco el 2 de Febrero, dió al lugar del desembarco el nombre de Puerto de la Candelaria, en conmemoración al día.

Siendo esto así, se equivocan tanto los diversos autores, que afirman que fué el 12 de Febrero el día del desembarco, como los que aseguran que éste tuvo lugar en 1536.

En 2 de Febrero de 1537, sobre la costa Occidental del río Paraguay, y en un lugar situado próximo á los 21° 25' de latitud, desembarcó Ayolas, dando á aquel sitio el nombre de Puerto de la Candelaria, en conmemoración al dia. Esta es la Historia.

Informado por los indios payaguás, que le acompañaban para servirle de guías, acerca de la docilidad de las tribus que tenían que recorrer, así como de las facilidades del tránsito, Ayolas que no tenía motivo para desconfiar de unos indios que tan gustosos le servían y mucho menos estando casado con la

hija de Tamatié, su principal cacique, creyó bastante una fuerza de doscientos españoles y trescientos payaguás y un plazo de seis meses para llevar á cabo su expedición; así es, que dejando á su segundo, Irala, en aquel puerto con la demás gente y las embarcaciones, y con órden de esperar su regreso durante seis meses; tomó la senda del N. O. que era entonces ya, y es ahora, digámoslo así, la carretera principal del Paraguay al Perú; la que pasa por innumerables poblaciones de indios, y de la que á cada paso salen otras sendas laterales, que forman la inmensa red, el estudiado sistema de caminos que cubren ese feraz y poblado territorio, tan mal llamado *el desierto*.

Vencido el plazo de los seis meses, impuesto por Ayolas para que se le esperase con los navíos en el puerto de la Candelaria, Irala recorrió la costa en todas direcciones, y no encontrando indicio de su regreso, volvió al Paraguay, donde se hacía necesaria su presencia.

Mucho tiempo después, un indio lenguaraz informó á Irala de que Ayolas había llegado con toda felicidad hasta la cordillera, donde después de recojer grandes riquezas, regresó con todos sus compañeros al punto de partida sin encontrar á nadie esperándole, ni aviso ni señal alguna, lo que le obligó á esperar largo tiempo entre los indios y tan confiado en su lealtad, que pagó su descuido con su vida y la de TODOS los españoles que le acompañaron.

Este informe bastó para que se tomara por cierta la noticia con todos sus detalles, sin que hasta hoy nadie se haya ocupado en contradecirla ni en ponerla en duda, sin embargo de que existen algunos datos contradictorios que, procediendo de muy diversos orígenes, dicen más que la palabra de un indio solo.

Si Ayolas llegó al puerto de la Candelaria, sano y bueno y con toda su gente, ¿por qué no mandó algunas canoas con payaguás para dar aviso de su llegada en el fuerte de la Asunción? Este era, río abajo, viaje de seis ó siete días. ¿Por qué no pasó á la costa Oriental con toda su gente y comiendo car-

pinchos y yacarés se fué por tierra á la Asunción? Y, si esto no le convenía por no abandonar sus enfermos ó por otra causa, ¿por qué no fabricó canoas para todos y para más que hubiera

Si las gentes de Ayolas se hubieran dejado ver sobre la costa de un río tan frecuentado en todo tiempo por las canoas ¿cómo era posible, que de toldo en toldo, no hubiera llegado la nueva á la Asunción?

Si los conquistadores estaban seguros de la verdad de los informes suministrados por el chaná, ¿por qué no modificaron sus opiniones cuando supieron por mil conductos diversos que existían ó habían existido, mucho después de la catástrofe y en toldos muy apartados entre sí, españoles, soldados de Ayolas en la mejor armonía con los indios?

Si los indios tenían voluntad y fuerza para matar á las gentes de Ayolas, ¿por qué aguardaron á realizar su intento al fin del viaje y precisamente al lado del río por donde de un momento á otro podrían llegar los españoles?

Si á Irala le señalaron el lugar preciso de la hecatombe, ¿por qué no cayó sobre aquellos toldos para vengar la muerte de su jefe? ¿Por qué no acudió á dar sepultura á sus restos? ¿Por qué no intentó siquiera cerciorarse por sí mismo de la verdad?

¿Cómo es posible creer, que Irala, que había sido víctima de la perfidia de sus inmediatos subalternos y del desenfreno brutal de la soldadesca, no pudiera explicar de un modo más racional el fracaso de la expedición de Ayolas?

¿Por qué cargar tan de ligero sobre los indios una odiosidad, que tantas víctimas ha costado después y que tanto ha diferido la verdadera civilización del Río de la Plata?

No ignoran los historiadores que entre los jefes que, en todo tiempo, exploraron regiones desconocidas, son pocos los que no han tenido que sofocar motines y sediciones; algunos, los que han perdido en ellas la libertad ó la vida, y muchos, los que sometiéndose vergonzosamente han preferido arrastrar el calificativo de cobardes, antes de pasar por déspotas, que es el epíteto con que las multitudes inconscientes suelen pagar al

que, á la conciencia de sus deberes, acompaña la energía de cumplirlos.

Irala, Nuflo de Chaves, Mendoza, Vergara, Alvar-Nuñez, todos aquellos génios inspirados, á quienes un sentimiento heróico guiaba á la conquista del desierto, todos ellos han tenido que pasar por el dolor de tener que remolcar, por la persuación ó por la violencia, á esos indispensables elementos de fuerza, á esos autómatas, á quienes solo guía la sórdida codicia ó el interés de un miserable salario !!!

Sólo ese sacrificio es el que merece la gloria; porque los verdaderos méritos del explorador, no consisten en triunfar sobre la rebelde naturaleza sino en saber apropiarse los medios con que cuenta, para aplicarlos unidos, con oportunidad.

Si los antecedentes de Ayolas no permiten la sospecha de que fuese uno de esos genios flexibles que se someten á las imposiciones de los sediciosos, no es muy aventurado deducir, que si no llegó al puerto de la Candelaria en el plazo estipulado, fué porque murió procurando arrancar á sus soldados de aquellos cerros que sudaban plata.

Y téngase presente que la plata era entonces, como es hoy todavía, un objeto despreciable para los indígenas del Chaco del Norte.

No culpemos, pues, á los indígenas de ese crimen: 1.º Porque ninguna utilidad les reportaba; 2.º Porque dada su timidez no querrían ejecutarlo por temor á la represalia; y 3.º Porque no tenían elementos para ello.

Por encima de todas estas lógicas deducciones, que se desprenden de la Historia, está la tradición que hemos tenido la fortuna de recoger de boca de los huanás en el mismo teatro de los sucesos:

TIBAG-EGNEM (1) ALUGUATÁ (2) TEMEMEK (3) MPIECEN (4) (KID-

(1) *Tibag-Egném*. Salida del Sol ó sea Oriente.
(2) *Aluguatá*. Rio Grande.
(3) *Tememék*. Cinco ó quinto.
(4) *Mpiecén*. Padre.

KIAD (1) EGNEM (2) EMANABIE (3) UBIATÚM (4) APMUPUIYÁ (5) ANCEGAMÁ (6) AMAIGAÁ (7) AMPIRABIE (8) CAMÁY (9) NESKILJÁ (10) ALUGUATA MTEALMÓ (11) IKTEMANETÈN (12) CRISTIANO JIMMEPEE (13) TUGUCUÁ (14) KIDKIÁD-EGNEM (15) ALMEATÓ (16) ETIEMÓK (17) CRISTIANO ENNORTENGUE (18) AERTEKE (19) EMAIAIJA (20) CABALLÚ (21) ANTALÁ (22) TAGSENÁ-EGNEM (23) ENEMOATEA (24) PAÁT (25) CAMÁY (26) HUANÁS LEKTESMA (27) APUINEJE (28) KIDKIÁD EGNEM (29) PAYAGUÁS, AMAIGÁS, ANGAITES, SANAPANAS, CHA-

---

(1) *Kidkiád.* Hijo.
(2) *Egném.* Sol, Dios, padre.
(3) *Emanabié.* Hombre.
(4) *Ubiatúm,* Pelo de barba.
(5) *Apmupuy-yá.* Blanco.
(6) *Ancegamá.* Marchar ó caminar.
(7) *Amaigaá.* Reunidos en grupo.
(8) *Ampirabié.* Recto.
(9) *Camáy.* Camino.
(10) *Neskiljá.* Noroeste.
(11) *Mtealmó.* Piedra, cerro, montaña.
(12) *Yktemanetén.* Arriba, cumbre.
(13) *Cristianos gimmepeén.* Cristianos lucharon.
(14) *Tugucuá.* Pegar, castigar, golpear.
(15) *Kidkiád-Egném.* Hijo del Sol, ó hijo de Dios.
(16) *Almeató.* Morir, murió.
(17) *Etiemók.* caer.
(18) *Cristianos ennortengué.* Cristianos arrebatar.
(19) *Aertéke.* Plomo, bala, mineral.
(20) *Emaiaijá.* Ponerse el morral.
(21) *Caballú.* Como el caballo fué importado por los españoles, lo nombran casi como nosotros.
(22) *Antalá.* Marcharse.
(23) *Tagsená-Egném.* Puesta del Sol, Occidente.
(24) *Enemoateá.* Enemigos malos.
(25) *Paát.* Toldo, vivienda, casa, rancho.
(26) *Camáy.* Camino, senda, vereda.
(27) *Huanás lektesmás.* Huanás amigos.
(28) *Apuinejé.* Llorar á gritos.
(29) *Kidkiád-Egném.* Hijo del Sol.

MACOCOS, MBAYAS, GUAICURUZES, GUARAÑOCAS (1) APUINEJE (2) KIDKIÁD-EGNEM (3) ALMEATÓ (4).

La traducción del huaná, tal como la hemos comprendido, es ésta:

«Por el río grande del Oriente, vió mi quinto abuelo aparecer al hijo del Sol; hombre de barba blanca y junto con él marchó camino recto del río del N. O. á la cumbre de las sierras.

«Lucharon entre sí los cristianos y golpeado el hijo del Sol, cayó muerto.

«Después de que los cristianos arrebataron los metales, colgaron las mochilas sobre los caballos y marcharon al Poniente por el camino de la morada de los enemigos.

«Sus amigos los huanás, lloraron al hijo del Sol.

«Payaguás, amaigás, angaités, sanapanás, chamacocos, mbayás, guaicuruces y guarañocas, lloraron la muerte del hijo del Sol».

---

(1) *Payaguás*. Indios vecinos de la Asunción, que antes residían en el Chaco frente al Paraguay.

Amaigás. Indios establecidos y casi confundidos con los huanás, residentes en el interior, sobre el 20° de latitud.

Angaités. Indios confundidos con los huanás y residentes frente á la Colonia Apa, á las márgenes del río Paraguay, entre el 22° 20' y el 23° de latitud.

Sanapanás. Indios confundidos con los huanás residentes entre los 21° y 22° de latitud, como á ocho leguas del río.

Chamacocos. Indios que aparecen con frecuencia en Bahía Negra y cuya residencia es muy al interior del Chaco.

Mbayás. Indios portugueses, fronterizos á los huanás que en otro tiempo habitaron algunos en el Chaco y fueron amigos, y que hoy se racen cruda guerra. Habitan desde el río Apa hasta el frente de Cuhumbá.

Guaicuruces. Indios de la margen del Paraguay del Pilcomayo y de las fronteras de Salta y Jujuy.

Cuarañocas. Indios residentes al Sud de las Salinas, de San José y Santiago de Chiquitos.

(2) *Apuinejé*. Llorar á gritos.

(3) *Kidkiád-Egném*. Hijo del Sol.

(4) *Almeató*. Morir, cadáver.

Esta sencilla tradición, que hasta hoy ha permanecido ignorada de todos los historiadores y de todos los hombres civilizados, no puede ser una fábula inventada por unos indios tan ingénuos, para disculparse de un crimen de sus antecesores.

Pero si aún quedase alguna duda sobre este error histórico, sépase que los huanás son más hospitalarios, más sinceros y más morales que la mayoría de los hombres que se llaman civilizados, y entonces se comprenderá que ni hoy mienten, ni ayer pudieron ser traidores.

Informado Carlos III por el virrey don Nicolás Arredondo de que los portugueses habían establecido *presidios* (1) sobre las costas españolas del río Paraguay, por real orden de 11 de Junio de 1799, se mandó formar guardias en ambas costas de este río, lo que el Intendente del Paraguay cumplió en el mismo año, siendo una de ellas el fuerte Borbón, situado como se ha dicho en la costa del Chaco, en el cerrito que está más al Norte del grupo llamado las Tres Hermanas, sobre el 21° 1' 26''5 de latitud.

El tacto exquisito que desplegaron los comandantes de esta fortaleza, para atraerse el respeto y hasta el cariño de los indígenas fué tal, que aún sin el socorro de víveres que les llegaba con frecuencia desde la Asunción, hubieran podido subsistir con los regalos que recibían de las infinitas tríbus que se establecieron en las inmediaciones de ambas costas.

Hasta tal extremo llegó á intimarse la relación de éstos con los españoles, que aún hoy, entre los mbayás y los amaigás, subsisten algunos indios que han heredado de sus padres el nombre de Zabala, que les fué dado por uno de los comandantes de esta guarnición así llamado. Nombre que deberían llevar con orgullo, porque recuerda á un gran patriota y gran político español.

Si después que el Paraguay se emancipó de la Metrópoli, se hubiera provisto esa plaza con hombres de las aptitudes de Za-

(1) Nova Coimbra y Alburquerque.

bala, nunca el Imperio del Brasil hubiera conseguido, como lo consiguió durante la última guerra, lanzar armados á los indios fronterizos sobre colonias tan florecientes como las del Salvador.

La política usada con los indios por los comandantes paraguayos fué diametralmente opuesta. El cañón del cubo del Oeste comenzó por vomitar metralla sobre todo grupo de indefensos indios que se divisaban en el Chaco y los cañones de los otros tres cubos, hacían lo mismo con cuantas canoas aparecían por el río; lo que no impidió que por dos veces fuera la guarnición pasada á cuchillo, víctima de las más justas represalias y que en una de éstas persistieran los indios en la posesión del fuerte durante mucho tiempo.

Es inútil decir que esta política fué no sólo el motivo por que se despoblaron las tríbus de la costa occidental, sino, y lo que es peor para los interéses paraguayos, la causa de que los mbayás fronterizos se hayan convertido todos en soldados, vestidos y armados por el vecino imperio. Indios que hablan portugués y que dicen con toda arrogancia que son súbditos brasileros.

Aquí termina la historia de las exploraciones de esta parte del Chaco; mejor dicho, aquí dá fin la narración histórica de las relaciones que los indios huanás han tenido directamente con el mundo civilizado; pues las conquistas de Manso, mandado por el Perú para defender á los charcas de las correrías de los guaycuruces y los chiriguanos, apenas pasaron algo de la falda de las cordilleras; y las verificadas por los conquistadores del Paraguay, fueron ó por el Pilcomayo, ó por las Sierras de San Fernando, situadas á los 19° 13' ó por la Gaiba que lo está á los 17° 50'. Los que penetraron por estos dos últimos punto, sólo caminaron al Occidente sin tratar más que con los dulcísimos guatos ó con las tríbus que poblaban lo que hoy es provincia de Chiquitos, donde fundaron Santa Cruz de la Sierra, en las inmediaciones del actual pueblo de San José.

Resumiendo en pocas palabras cuanto llevamos manifesta-

do acerca de los antecedentes históricos de los lugares que hemos explorado por órden de la empresa Brabo, para ver si era posible abrir una vía de comunicación que transformase á Bolivia en una nación del Plata, sólo diremos, que el día de nuestra entrada en el Chaco del Norte, siendo más desconocido que los más remotos confines del África, nada sabíamos acerca de las condiciones de su suelo ni de sus habitantes, ni nada sabían tampoco los historiadores.

Cábenos el honor, ya que no de haber penetrado los primeros porque Ayolas se adelantó á nosotros, por lo ménos, de haber sido los primeros que, después de recorrer el interior del Chaco del Norte, han regresado al seno de la sociedad civilizada.

CAUSAS QUE MOTIVARON LA EXPEDICIÓN

No hay más que recorrer un poco las páginas de la historia de la conquista del Río de la Plata y las de la historia de las Misiones, para persuadirse del grande empeño con que conquistadores y jesuitas, magistrados é intendentes, gobernadores y virreyes, buscaban el modo de romper las ligaduras geográficas, que oprimen á ese emporio de riquezas naturales que hoy se llama República de Bolivia.

El Perú, Chile, Buenos Aires y sobre todo el Paraguay, cooperaban á la empresa con toda la buena voluntad que puede emplear un enfermo para buscar los medios de curarse; porque el Perú, Chile, Buenos Aires, el Paraguay y Bolivia, no tenian como hoy, interéses opuestos; no eran países que tratasen de sacar provecho de las desventajas de sus vecinos; no eran en fin, naciones que se explotasen mútuamente, sino pueblos hermanos; hijos que vivían bajo la patria potestad de su madre

España y que por tanto al cooperar por los interéses de un miembro de la familia, cooperaban por los suyos propios. Pero desgraciadamente, aunque doloroso sea confesarlo, y aunque esto no sirve para empañar el lustro de las grandes virtudes que resplandecieron en la mayor parte de los conquistadores del Paraguay, es preciso decir, que teniendo más de valientes que de ilustrados, jamás supieron mantener con buena política, las brillantes conquistas que realizaron con la espada, pues no es á ellos á quien debe agradecer la humanidad el que la raza guaraní no hubiera preferido aniquilarse (1) á someterse y confundirse, como por fin lo hizo con la raza española.

Los verdaderos conquistadores del Paraguay y de las provincias de Corrientes, Moxos y Chiquitos fueron los Padres Jesuitas, y pluguiese al Cielo que ellos hubieran precedido á Ayolas nada más que tres siglos, para que hoy existiera sobre la tierra un solo pueblo que hiciese honor á la humanidad.

La índole dulcísima de los indígenas, unida al sistema seguido por los jesuitas para atraerlos á la vida de la actividad, del progreso y de la virtud, hubieran terminado el milagro; pero Dios no quiso que tan pronto existiera un pueblo, donde los buenos pudieran refugiarse contra las tormentas de la iniquidad.

Los que encadenan y los que explotan á la humanidad se apercibieron demasiado pronto de que en el seno de los misteriosos bosques de la virgen América, se estaba incubando el germen de la más grande de las revoluciones humanas, puesto que allí existía una sociedad, que al salir de la inocencia primitiva, había caido entre manos de la virtud que la enseñó á trabajar con inteligencia para vivir en la abundancia, á cultivar las bellas artes, para vivir en la alegría, y á amar á Dios como Padre y al prójimo como hermano, para no temer los peligros

(1) Los payaguás y la mayor parte de los indígenas que aun viven en el Paraguay, procuran el aborto, ó matan al nacer casi todos sus hijos, para librar á su raza de las miserias de la vida.

del porvenir. Estos pueblos que habían empezado por aprender á ser buenos y por aprender á pasarse sin verdugos, hubieran terminado por encariñarse con sus costumbres y por no consentir que ningún poder humano atentase contra su feliz independencia.

Los magnates y los demás encomenderos que, desatendiendo las instrucciones de la Metrópoli y obedeciendo sólo á las sugestiones de la codicia, la lujuria y la crueldad, esclavizaban á sus mujeres, y dejaban morir á sus hijos víctimas de la orfandad, (1) no pudiendo soportar el freno que ponía á sus pasiones la noble actitud de los misioneros que día á día representaban á los reyes lo difícil que les era mantener sus conquistas sobre unos indios tan constantemente hostilizados por el sensualismo de los españoles, organizaron desde todas las posesiones del Nuevo Mundo una formidable cruzada, que movió la poderosa palanca de la calumnia para despertar los celos del monarca, que decretó muy de ligero la expulsión de los jesuitas de todos los dominios españoles.

Y, ¿cuál fué la consecuencia inmediata de este decreto? Que sustituidos los Padres de la Compañía por un clero ignorante y corrompido, pero más transigente con los opresores, dieron los reducidos el salto atrás y se lanzaron de nuevo á la profundidad de las selvas, para gozar allí de una existencia más independiente, más moral y más feliz, que la que arrastraban uncidos al carro triunfal de lo que sólo por sarcasmo puede llamarse la civilización!!

Estamos en 1881 y todavía sobre la superficie de la América del Sud, ocupa la barbarie, mayor espacio que la civilización.

El monarca español prefirió ser el señor *in pártibus* de unos bosques poblados de fieras y de indios, á correr el riesgo de que algún día pudieran emanciparse parte de los súbditos de aquella corona, sobre la cual el Sol resplandecía siempre.

---

(1) Carta de D. Martín González al emperador Carlos V, en 25 de Junio de 1556.

No; no fueron las espadas de Irala ni de Nuflo de Chaves, las que, respondiendo á las necesidades más urgentes, abrieron el camino del Paraguay al Perú, fueron sí aquellos abnegados mártires, mil veces más valientes que los conquistadores, que impulsados por su fé en el porvenir de la humanidad, y por su esperanza en los destinos futuros, se lanzaban solos en medio de las fragosidades de las selvas, para llevar el pan de la caridad á los semejantes que aún yacían en las tinieblas de la ignorancia.

En 19 de Setiembre de 1773 decía Azara, refiriéndose al diario del P. Sanchez, *que desde el principio de la conquista hubo empeño en encontrar caminos á Moxos y Chiquitos*, y propone como bueno, el frecuentado por los indios, añadiendo, que al N. de los mbayás había un paso que daba á los huanás del Occidente. (1)

El mismo autor, lamentándose de que se hubiese perdido el camino del Perú, dice que no es tan difícil, como lo que cree el gobernador de la provincia de Chiquitos, el abrirle de nuevo, pues por él fueron recientemente quince portugueses pretextando ir en busca de unos esclavos fugitivos; por él entraron los mbayás en tiempo de las Misiones, para atacar á los chiquitos y cuando no pudieron estos indios internarse por allí á sus correrías, por causa *del presidio que se había establecido* (2) se vieron forzados á introducirse por el 20° de latitud *donde además de ser el terreno pantanoso, tenían que atravesar un monte muy grande que habitan los niquilás* (3); y concluye, por fin, asegurando *que en tiempo de los jesuitas, el camino entre Santiago de Chiquitos y el Sagrado Corazón era tan trajinado* como el de Getafe. (4)

---

(1) El paso del Consejo, lugar extrecho y poco profundo del Paraguay, situado á los 19° 41', frente á las sierras de San Fernando y algo más arriba de una isla.

(2) Nova Coimbra.

(3) Monte-Grande. Caá-Guazú.

(4) Pueblito próximo á Madrid.

De todo esto se deduce: 1.º Que los jesuitas mantuvieron transitable y transitado el camino del Perú. 2.º Que después de su expulsión, los españoles no adelantaron en la conquista, pues hasta dejaron cerrarse los caminos más interesantes. Y 3.º Que cuando la fuerza de las circunstancias hizo recordar las necesidades políticas, económicas y morales de esta vía, era ya tarde, porque los portugueses, más previsores, se habían apoderado de la única puerta de los caminos que hasta hoy se han creído posibles para poner en relaciones á Bolivia con el Río de la Plata.

A tal extremo llegó la incuria de las autoridades españolas del Paraguay, que habiéndose establecido Coimbra en 1775 sobre territorio legítimamente español, no sólo ignoraron por quince años este acontecimiento ocurrido en la propia casa, sino que no protestaron del atentado hasta 1795, en que lo hizo personalmente el capitan de fragata D. Martín Boneo.

Por feliz que se contemplase la nación Boliviana después de su emancipación, al encontrarse dueña absoluta del más rico retazo del Universo, no podía menos de inquietarse mucho acerca de su porvenir, si al dirigir una mirada en torno, se penetraba de los peligros con que la amenazaba para siempre aquella doble muralla que la Naturaleza y la política habían interpuesto entre ella y los pueblos civilizados de la Europa.

Al Norte, pantanos, desiertos pestilenciales, tribus feroces, cataratas y lo que es más infranqueable, las fronteras de una monarquía. Al Occidente, inaccesibles cordilleras, y, ó desierto ó medianería con un hermano emancipado. Al Sud, elevadas montañas y fronteras de Estados independientes; y al Oriente, bosques tan extensos como desconocidos, indios, terrenos pantanosos y disputados por un vecino; ríos cerrados á la navegación por la Naturaleza ó por la malicia, ó si no plazas fuertes enclavadas en propio territorio por un invasor tan poderoso como perspicaz.

Los pueblos que lo rodeában por el Sud, Oriente y Occidente ya no eran aquellos cariñosos hermanos de otro tiempo con

quienes había vivido en esa comunidad de intereses que se llama familia; eran naciones independientes, que, como todas, tenían el deber de procurar por sí ante todas las cosas, y que como todas obedecían á ese egoismo tan común, á ese precepto político consagrado por la costumbre, que manda sacar partido de las circunstancias, ó lo que es igual, que ordena convertir en provecho propio, las calamidades ajenas.

Bolivia no podía caer en esa ilusión rídicula, mil veces destruida por la experiencia desde el principio de las sociedades, de que siendo estas naciones tan semejantes á ella en instituciones, en usos, en idiomas y en origen, como ramas, en fin, del mismo tronco, podían hacer compatible el ejercicio de su autonomía dejando persistentes los lazos de la fraternidad. Sabido es que los pleitos son más ruinosos cuanto más próximos parientes son los litigantes. Bolivia, pues, no podía esperar ningún apoyo desinteresado de sus vecinos. Era independiente; pero estaba sola y separada del comercio humano por barreras insuperables que impedían la entrada de fuerzas, capitales y luces que explotasen sus productos naturales. Bolivia, en fin, vivía cual nuevo Tántalo, amarrada con cadenas de oro á la fuente de sus propias riquezas, sin que una sola gota viniera á mitigar la sed devoradora de sus labios. Cual opulenta y hermosa doncella, sobraban á Bolivia pretendientes que se disputasen su alianza, y aunque ésta bien conociese que todos ellos más aspiraban al dote que á la posesion de su belleza, veíase forzada á aceptar alguno, para salir de una vez del aislamiento en que yacía.

Tentadoras eran, en efecto, las utilidades que podría dejar el comercio de tránsito á la nación, que abriendo una vía férrea al través de los Andes, los desiertos, las cataratas ó los pantanos, brindase con un puerto sobre el Atlántico, sobre el Pacífico ó sobre el Plata, al vecino cuyo comercio de importación y exportación, ascendía á 20.000.000 de pesos fuertes y que ascendería, á no dudarlo, dada la baratura de los fletes, las facilidades de la producción, ó la afluencia de inmigrantes, á

sesenta ó cien millones de pesos, y tanto más, cuanto que á estas ventajas materiales, se agregaban otras de mayor entidad, entre las que figuraba en primera línea, no ya el monopolio, digámoslo así del comercio, sino también el monopolio de la política.

PELIGROS Y ESPERANZAS

No bien hubo zarpado del puerto de la Asunción el vapor «Gualeguay», que conducía para Bahía Negra la primera expedición exploradora al mando del ingeniero D. Juan B. Minchín, cuando el empresario Sr. Brabo me honró con el cargo de jefe de otra que pensaba mandar al Chaco tan pronto como estuviese organizada, para lo cual, y con objeto de acelerar juntos los trabajos preliminares y de tener el tiempo necesario para comunicarme sus ideas, dispuso que me trasladase á una habitación del Hotel del Tren-vía, donde él moraba, y donde durante dos meses nos ocupamos exclusivamente del asunto, sin conversar de otra materia ni aún durante la comida; pues es Brabo uno de esos hombres escasos, que discurren con acierto, expresan con prontitud y elegancia y determinan con claridad; son infatigables y perseverantes en sus propósitos; pero que no molestan nunca, porque tienen el dón de dar un gracioso colorido á las ideas más serias y de transmitir su entusiasmo á todo el que le escucha.

Mas no precisaba yo de atractivos tan poderosos para pertenecerle en cuerpo y alma; bastaban sólo mis inclinaciones para identificarme con la Empresa y como la Empresa; era él, con él me identifiqué, y dos en uno, juntos trabajamos como en cosa propia.

Aunque mis relaciones con Brabo, databan ya de 1874, época en que siendo yo Director del Departamento Agronómico de Tucumán, él fué á la capital aquella en comisión de la testamentaría del general Urquiza, puedo asegurar que no le conocí hasta que, á principios de Junio de 1879, me trasladé á vivir en su compañía en el Hotel del Tren-vía de la Asunción. En el mismo caso se encontraba Brabo respecto á mí; mas como por relación de nuestros mútuos amigos y de algunos diarios, estaba enterado del estudio de nivelación que en 1873 hice por medio de las Pampas Argentinas, sin más compañía que 6 hombres y 4 muchachos de edad de 14 años, y de la exploración, que por mera curiosidad, llevé á cabo, aprovechando las vacaciones de 1875, hasta la cumbre del cerro Bayo donde tuve la suerte de ser el primer hombre qne ha llegado después del fracaso de catorce expediciones, no vaciló en confiarme misión tan delicada; pero, hay que confesarlo, Brabo no me conocía del todo cuando en 18 de Diciembre de 1879 se embarcó para Europa, creyéndome victima de los indios del Chaco.

Conocer, pues, á Brabo es lo mismo que estimarle, y para mí era también reconocer mi pequeñez.

Brabo no pierde la lucidez de su inteligencia, aunque trabaje quince noches consecutivas; yo no puedo escribir una carta después de la media noche.

Brabo recibe la correspondencia y después de enterarse de que tai especulación le ha producido una pérdida considerable; de que tal socio ó tal gobierno le ha faltado con todo cinismo á sus contratos; de que su hijito sufre del sarampión; de que su banquero ha quebrado, y de que varios periodistas se han coaligado para empeñar su buen nombre, almuerza con buen apetito, gasta bromas con sus amigos de confianza, discute, contrata, redacta y duerme como de ordinario. Yo no necesito de tanto para sufrir una congestión cerebral.

Brabo, pues, debía conocer y deplorar éstas y otras desventajas mías; pero tuvo la conciencia de que los hombres de mi

temperamento cumplen lo que prometen, y más cuando se trata de llenar una misión honrosa y que está de acuerdo con sus costumbres é inclinaciones. Yo habría pagado á Brabo porque me hubiese consentido acompañar á la expedición como simple soldado, y me encontraba con que Brabo me retribuía espléndidamente y la ponía bajo mis órdenes. ¿Qué más podía desear? Sobre todo, la armadura indispensable para no sucumbir en el desierto, la tenía yo, y bien experimentada: esta es, la resistencia. Nada nuevo podría sorprenderme, porque ni el termómetro habría de descender á menos de 19° centígrado bajo cero como le he visto en la cumbre del cerro Bayo: ni pasar de 63° al sol, como lo ví durante quince días en Tucumán; ni las marchas alcanzarían á 24 leguas por día, como acostumbraba hacerlas en el Paraguay; ni las fiebres serían más peligrosas que las que he sufrido al Norte de la República Argentina; ni el trabajo físico habría de sobrepasar al que he soportado durante meses enteros en las rudas faenas de la agricultura; ni las vigilias serían más rigurosas que cuando he sido cabo de guardia, durante 44 noches consecutivas, en medio de las pampas y sin dejar por eso de nivelar durante el día; ni las abstinencias serían tan grandes que si faltaban ciervos ó avestruces, no hubiese para regalarse nutrias ó carpinchos, alcotanes ó ñacurutúes, cocodrilos ó iguanas, vizcachas ó aperiázes, monos ó cogollos de palma. Con esto y botas de dos suelas para salvarse de las serpientes de cascabel; rémington para defenderse de los tigres; buena intención y vigilancia para entenderse con los indios; justicia y disciplina para manejar á los expedicionarios, y poca ropa para secarse más pronto, después de la lluvia, cualquiera entra en el desierto, si le acompaña un poco de entusiasmo hácia esas empresas que llaman extraordinarias los afeminados hombres del siglo XIX.

Por otra parte, como después que Ayolas nadia había penetrado por el Chaco, era muy seductor el marchar sobre sus huellas. ¿Con qué se podría pagar el honor de haber acompañado á tan ilustre capitán? ¿Con qué pagaría yo el que

Brabo me proporcionaba, encargándome de sustituir al conquistador Ayolas en sus gloriosas tentativas?

Entre todas las personas de mi amistad, no hubo una sola que aprobase mi resolución de penetrar en el desierto; yo no sé por qué, parecía que todos se habían puesto de acuerdo para hacerme desistir de mi propósito y de mi compromiso. No hay duda que habrían de estar organizados de otro modo los amigos del Siglo XVI; pues á ser como los de hoy, seguramente que América no sería conocida, ni las páginas de la Historia de España se honrarían con los nombres ilustres de sus conquistadores. Empecé por la agradable sospecha de que me envidiaban y terminé por la dolorosa convicción de que me compadecían. Parecía que me hubiese ocurrido alguna gran desdicha; pues no veía más que semblantes macilentos, ni estrechaba más que manos temblorosas, y si la voz pública alguna vez se abría paso hasta mis oídos era para decirme: ERES UN LOCO, QUE NO TIENES LA CONCIENCIA DEL PELIGRO. Esta voz pública me acompañó al desierto; me persiguió durante la primera expedición; encerrada en cartas llegó hasta los oídos del empresario Brabo (1) con motivo de mi segunda entrada en el Chaco y estampada en las columnas de "La Reforma" de la Asunción del Paraguay, habrá llegado á las cinco partes del mundo.

¡Loco!

¿Habrémos degenerado los hombres? ¿Por qué hemos de contener con tan duro epíteto los nobles arranques de que nos consideramos incapaces?

¡Loco! ¿Y qué importa esa ofensa gratuita, propia de las almas sin jugo, de los envidiosos de honra ajena y de los cobardes? ¿Quién ignora que la sociedad actual, creyéndose muy positiva, suele calificar de locos á los mismos que en otro tiempo se honraba con el título de héroes?

---

(1) Carta del ingeniero director de la colonia Apa, D. Liberato de Amicis, Octubre de 1879, en la que me califica de loco, porque no quise ser cobarde.

¡Oh Ayolas! ¡Cuán á tiempo has perecido!! Pero no ha de valerte; pues si del mismo modo que descubrí tu huella á través de las selvas del Chaco, alcanzo algun día á descubrir tu sepultura, yo prometo, para satisfacción de la sociedad contemporánea poner sobre ella un epitafio que diga: AQUÍ YACE UN LOCO. Desgraciadamente para mí, llevaba entre los expedicionarios algunos que lo eran ó lo parecían, y cuyos nombres suprimiré en el transcurso de esta Memoria, porque temo marcarlos para siempre con el estigma de sus extravíos.

Las gestiones de mis amigos, para alejarme de mis propósitos, fueron rechazadas con dulzura y las sátiras de los bufones abandonadas al desprecio.

Yo deseaba entrar en el Chaco y mi solo temor era el de que Brabo aplazara la expedición.

Veamos ahora si yo tenía conciencia del peligro, ó si abrigaba las ilusiones de que iba á emprender un viaje de recreo.

Conocía la tradición, cierta ó fabulosa, por la que se presenta al portugués Alejos, en 1526, como maestro y primer instigador de crímenes y ambiciones entre la raza guaraní; sus sangrientas excursiones por el Chaco; sus robos entre los charcas y su muerte desastrosa á manos de sus discípulos, así como la del capitán Sedeño y de la gente que llegó en su compañía por llamado de Alejos.

Tenía noticia de la gran expedición guerrera, que poco después realizaron las numerosas tribus guaranís para invadir y arrasar el Chaco, por toda la extensión que media entre los 20° y 30° de latitud; usurpación que fué consumada sustituyéndose por tribus de la raza invasora (1) las tribus aborígenes, que no pudieron salvarse entre las fragosidades de las selvas.

Estaba enterado de la astucia y valor que desplegaron en 1530 los indios de ambas costas del Paraguay, para poner dificultades al paso de los buques de Gaboto.

Había leido el acta levantada por Irala en 1538, para com-

(1) Chiriguanos, guarayos, etc.

probar que Ayolas había sido traicionado vilmente y muerto por los indígenas del Chaco del Norte.

Tenía comprobado hasta la evidencia, por centenares de informaciones de testigos presenciales, entre los que figuran Ortiz de Vergara, en su carta á D. Juan Ovando, Presidente del Real Consejo de Indias, que los guaranís habían sido ANTROPÓFAGOS.

Sospechaba y sospecho que las diferentes tribus, procedentes de la raza tupí no han perdido por completo esta costumbre, tan poco agradable para los exploradores, y me apoyo en el misterio y el secreto de que les gusta rodearse en la actualidad cuando celebran grandes fiestas. (1)

Estaba enterado de la bien preparada astucia con que los indios sorprendieron á Irala, cuando esperaba en una isla del río Paraguay que le dieran noticias del malogrado Ayolas; astucia que dió por resultado la muerte de muchos centenares de indígenas, gracias á los heróicos esfuerzos de los españoles.

Conocía la resistencia que los caríes y otros indios de treinta leguas á la redonda, opusieron al mismo Irala, cuando en 1545, entrando por los Xarayes, pretendió vanamente abrirse paso hasta el Perú.

No ignoraba el inútil reconocimiento practicado en 1546 por Nuflo de Chaves, por las sierras de San Fernando, cuando yendo con el mismo objeto y acompañado de 50 españoles y de 3.000 indios amigos, se vió obligado Á DAR LA VUELTA antes de dos meses, á pesar de que no faltaba la comida.

Me eran conocidas las dificultades que de nuevo tuvo que vencer Irala, cuando en Noviembre de 1547, logró penetrar

(1) Véase lo que dice Castelnau «Viaje á los países centrales de la América del Sud», refiriéndose á los terenes, aldea colocada cerca de Miranda, provincia de Matto-Grosso. De esta verdad me he convencido después; porque me ha contado un mbayá el dolor que le costó tener que permitir que se sacrificase á este rito cruel un mocito chamacoco, que habiéndole tomado cautivo en una pelea con los de esta nación, lo crió entre sus hijos hasta la edad de la pubertad.

hasta los corocotoquis que estaban establecidos 52 leguas más adelante de los *samacocos*, los escandalosos ejemplos de inmoralidad, de codicia y de insubordinación que allí se dieron por sus gentes, y los atropellos que al regreso se cometieron contra los naturales, tanto por los insurrectos españoles como por sus indios auxiliares.

Sabía, por carta que el clérigo D. Antonio de Escalada dirigió desde la Asunción al emperador Carlos V, en 25 de Abril de 1556, que al regresar del Perú las gentes de Irala, traían, no más de mil prisioneros, sino más de mil esclavos.

Por el mismo conducto estaba enterado de la manera con que trataba aquella soldadesca codiciosa, á los jefes que, como Álvar-Núñez Cabeza de Vaca, procuraban mantener la disciplina, por humanidad hacia los indígenas, por seguridad propia y por honra de las armas españolas. Este jefe ilustre, á causa de una sedición provocada por sus propios oficiales, se vió obligado á retroceder al puerto de los Reyes, á los pocos dias de haberse internado en dirección al Perú.

Había leído la carta fechada en la Asunción en 25 de Junio de 1556, que D. Martín González dirigió al mismo emperador, dándole cuenta de la imposibilidad de ensanchar por aquellos lugares los dominios españoles, á causa de la corrupción de las autoridades; carta en que se dice que los indios reducidos por la persuación de los misioneros, se desbandaban *por temor á las correrías que hacían los cristianos*, los cuales saqueaban los pueblos, cautivaban á los hombres para tenerlos por esclavos y abandonaban á los niños de pecho á la orfandad y á la muerte, porque secuestraban las mujeres para tenerlas por concubinas. Que cuando la entrada de D. Francisco Mendoza en el Perú, los indios caries que acompañaban á los españoles, mataron toda la *chusma* (1) y sólo reservaron á los mozos para regalárselos á sus amos.

(1) Mujeres, niños y ancianos.

Que cuando uno de estos cautivos, á quien se obligaba á servir de guía, por sendas desconocidas, llegaba á perder el rumbo, se le *quemaba vivo*. Que se mandó á Nuflo de Chaves con gente para que pasase á cuchillo á todo un pueblo, menos unos cuantos mozos.

Que los indios acompañantes, robaban, mataban é incendiaban con permiso de los españoles.

Que los indígenas más confiados, que se acercaban expontáneamente para socorrer con víveres á los españoles, eran tomados á la fuerza para guias y atenazados si se extraviaban del sendero.

Tenía conocimiento de las intrigas de Nuflo de Chaves con Manso; de la traidora y desastrosa muerte de ambos caudillos y de la destrucción de la mayor parte de los pueblos fundados por éstos en la falda oriental de la cordillera.

Conocía el trágico fin de todas las expediciones que han tenido por objeto la exploración del río Pilcomayo.

Estaba enterado de la emboscada que en el camino del Perú prepararon los chiriguanos á las fuerzas mandadas por Vergara, cuando después de matar á un fraile de la Merced, que no quiso apearse de su acémila, y de saquear al obispo Acuña, llevaron su descaro y osadía hasta el punto de mofarse de los españoles revestidos con la casulla, el alba y la mitra del prelado.

Sabía cómo los chiriguanos habían destruido otro pueblo español, distante cuarenta leguas de Santa Cruz de la Sierra, en el que mataron al capitán Pedraza y á Antón Cabrera.

Me constaba que los feroces charrúas (1) del Uruguay eran una rama de los guaranís.

Estaba seguro de que estos indios, que según Alvear, bajo el dominio de los jesuitas, llevaban su docilidad hasta el extremo de agradecer el castigo (2) á que se hacían acreedores; al

(1) Indios cuyo nombre guaraní quiere decir: somos turbulentos.

(2) *Aguyebé, cherubá, Chemboará, guá á Téepé:* Dios te pague, padre, que me has dado entendimiento para conocer mis yerros.

retroceder á la barbarie, por el sensualismo de sus nuevos pastores, por los atropellos de las autoridades, y por los resabios, siempre subsistentes, de *mitas, encomiendas* y *malocas*, serían mil veces más perversos que en su origen, y sobre todo mil veces más enemigos de mi raza, por ser aquella que los ha pervertido.

Conocía lo mal que habían sido recibidos por los indígenas del Chaco, los misioneros que en 1608 mandó Felipe III para procurar su reducción.

Me constaban las opiniones del respetable Azara cuando con motivo de un informe sobre la posibilidad de abrir camino al Perú, por medio del Chaco, decía: «que eran peores sus pobladores que los guaranís, pues si los valientes conquistadores no pudieron hacer este camino, menos podríamos nosotros, ahora que los indios son más altaneros con sus victorias.»

Había leido la historia de cuantas colonias trataron de establecerse sobre las márgenes del Bermejo, colonias qne han arrastrado una vida tan corta y tan desdichada, como la de Santiago de Guadalcázar.

Yo sabía de memoria las «Noticias Secretas de América», obra escrita por Ulloa.

Había tenido en mis manos los documentos auténticos, en virtud de los cuales se ordenaba al comandante paraguayo, disparar los cañones del fuerte Olimpo, sobre cuantos indios se divisasen por los contornos.

Estaba enterado de que ese mismo fuerte Olimpo, hoy abandonado, había sido tomado dos veces por asalto y degollada su guarnición por los indios; y era por ese sitio por donde yo debía penetrar en el Chaco.

No me eran desconocidas ni las incursiones vandálicas realizadas por los mbayás, contra el Norte del Paraguay, donde destruyeron la floreciente colonia del Salvador, ni las llevadas á cabo por angaités, lenguas y guaicuruces del Chaco, contra San Pedro, Villa Concepción y la Emboscada; pueblos de la margen oriental del río Paraguay.

Había escuchado de boca de testigos presenciales, la narración de las atrocidades cometidas por el ejército del Paraguay con los indios del Chaco, no en defensa de la patria, sino en defensa de la ganadería de los dictadores, y asimismo la de los crímenes cometidos por estos indios contra los soldados paraguayos, para robar más á sus anchas los ganados.

No ignoraba que los robos y los frecuentes asesinatos que cometen los indios del Chaco, habían sido la causa de la rápida despoblación de la colonia Nueva Burdeos, que allí se estableció entre los ríos Verde y Confuso, por el gobierno del Paraguay.

Había visto que la audacia de los indios no disminuyó después que la República Argentina fundó la Villa Occidental, sobre las ruinas de Nueva-Burdeos; pues ni los caballos estaban seguros en los patios de las casas, y no eran pocas las víctimas humanas. (1).

No me había pasado desapercibida la mala costumbre que tienen algunos pasajeros y tripulantes de los barcos que recorren el río Paraguay, quienes por entretener sus ocios suelen distraerse soltando indistintamente balazos á los cocodrilos y á los indios de la costa.

En una palabra: conocía todos los peligros que podian amenazarme por parte de los indios; porque conociendo su historia, desde la pelea entre las mujeres de Guaraní y de Tupí, por causa del célebre papagayo, hasta el día en que me decidí á penetrar entre ellos; conocía todos los malos ejemplos que han recibido, todas las razones que creerán tener para conservar su independencia, y todos los motivos de represalia que nuestra conducta pasada y presente les ha dado.

Pero por si esto que acabo de exponer, no era bastante todavía para disuadirme de mi empeño, aún tenía presente un

(1) A fines de 1878, en este lugar y en presencia mia, se llevaron los indios 30 bueyes de la propiedad de un obrajero llamado D. Jerónimo, quien nunca pudo recobrarlos.

cúmulo de dificultades de otro orden, que eran de tanto peso por lo menos, como las mencionadas.

¿Por qué no siguió Irala la misma ruta que Ayolas?

¿Por qué no se excusó por lo menos de haber preferido otro camino para penetrar en el Occidente? ¿Sería por temor á los indios? Sus hechos valerosos disipan esta duda.

Si el intrépido Irala no siguió las huellas de su predecesor y jefe el desdichado Ayolas, sería por avisos confidenciales, de que, no los hombres, sino la Naturaleza pondría dificultades á su marcha. Tal vez extensos y profundos pantanos; acaso bosques impenetrables; quizás carencia absoluta de agua dulce; puede ser que fiebres palúdicas; quién sabe, en fin, si el temor de hallarse sin pastos y sin víveres en un desierto inhospitalario y repleto de bestias feroces, de vegetales y de reptiles ponzoñosos.

¿Podría yo ignorar el que ningún hombre civilizado había penetrado desde tres siglos y medio en aquellas misteriosas soledades?

¿Por qué sería esto, cuando ni aún los más remotos confines del Africa se ven hoy libres de la invasión de los apóstoles y de los mártires de la ciencia?

Bien sabía yo que el mismo Azara, en 19 de Setiembre de 1793 informaba al gobierno español de «que no había modo de que Chiquitos, se comunicase con Borbón, por causa de montes, de inundaciones y de falta de agua.»

También yo había visto en todas las historias y en todas las geografías de Bolivia, que su Oriente eran praderas inundadas durante muchos meses del año, bosques habitados por salvajes, etc., etc.

Cuantos mapas había consultado, representaban los lugares que iban á ser objeto de mi exploración como terrenos pantanosos.

A cuantos capitanes, patrones y viajeros, que hacen la carrera del Paraguay, había interrogado sobre sus observaciones al respecto, me habían respondido unánimes y contestes: que

esa parte del Chaco era intransitable por causa de los pantanos; que sólo en la costa había algunas barranquitas de poca elevación; que en ciertas épocas del año habían acortado las revueltas del río, navegando en línea recta por encima de las copas de los árboles.

En una excursión que en 1878 hice al Oeste de la Villa-Occidental, en compañía de un amable oficial del ejército argentino, me había convencido de las dificultades que opone al paso el suelo del Chaco; pues á pesar de no ser estacion de lluvia, debían cruzarse bañados enteramente intransitables.

Me habían informado oficiales y soldados paraguayos, que en otro tiempo formaron parte de la guarnición del fuerte Olimpo, que los palmares que hay al Occidente de aquella plaza, se suelen convertir en un lago sin horizonte durante ciertas estaciones del año, y, que aunque las aguas se retiran algunas veces, siempre quedan los terrenos pantanosos

Había leido la carta que Manuel de Flores dirigió en 1750 al marqués de Valdelirios, comisario general de S. M. C., para la ejecución del tratado de límites que se celebró en Madrid en 1750, y sabía por ella *que el terreno del Chaco era bajo hasta los 22° 6° de latitud en que se encuentran los cerros de Gálvan* y que los *salvajes* que por allí se encontraban eran huanás y mbayás, bárbaros y malos enemigos del Paraguay, que siempre estaban en guerra con los demás indios del Occidente.

Había tenido en mis manos un manuscrito del gobernador de Chiquitos, por el que en 1794 informaba que no consideraba difícil el abrir camino hasta la desembocadura del Otuquis (1); pero que era de *todo punto imposible el hacerlo hasta el 22° de latitud.*

Del mismo modo había leído otro interesante manuscrito, que me regaló el respetable anciano señor Machain, vecino de la Asunción del Paraguay, en el que su abuelo Zabala, coman-

(1)--Se creía que el Otuquis salía del Paraguay por Bahía Negra. Hoy se niega: acaso sin razón bastante.

dante del fuerte Borbón, dando cuenta de una entrada que hicieron los indios para pelear con los del interior, decía: que no pudieron entrar directamente por causa de los bosques, de los pantanos y de la falta de agua dulce, por lo que se vieron obligados á caminar por la costa hasta Bahía Negra, para tomar desde allí su rumbo al Occidente.

Sabía que no había remedio para la picadura de la víbora de cascabel; que los lagos están plagados de cocodrilos; que los mosquitos no dejan descansar ni de día ni de noche; que los incendios de praderas y palmares son espantosos y duran meses enteros; que de Octubre á Marzo llueve todos los días á torrentes; que donde la temperatura es tan elevada y hay humedad, se corrompen las sustancias orgánicas produciendo miasmas que ocasionan la muerte.

Sabía, en fín, y esto vale por todo, que cuando el Portugal no ocupó más territorio del Chaco que hasta el 20° de latitud, sería por estar muy seguro de que con eso le bastaba para mantener cerrados al Perú, hoy Bolivia, sus únicos puertos del Atlántico.

¿Era yo un loco que no tenía la conciencia del peligro?

Acepté con gusto el calificativo de loco, por ser honroso cuando le aplican los pusilánimes y los decrépitos, aunque sospechaba que pocos de los que me compadecían ó me insultaban, estarían tan penetrados como yo de las dificultades de todo género que tendría que arrostrar si había de cumplir mi cometido.

¿Qué era pues, lo que me lanzaba en medio de peligros tan inminentes? ¿El interés?

Nadie cambia su cabeza por un mendrugo.

¿La gloria?

Estábamos en el año 1879.

¿La sed de emociones?

Tengo familia.

Debo decirlo, aunque el disculparme me cueste también

arrostrar las burlas de tantos y tantos que blasonan de positivistas.

Quería cerciorarme por mí mismo de si era fundado el desdén que me inspiraba una sociedad que en el siglo XIX todavía emplea médios bárbaros para extender los dominios de la civilización.

Quería buscar en su origen un dato que ayudase á la humanidad á resolver el problema social presentado por Montesquieu, Raynal, Buffón, Poivre, Montaigne y J. J. Rousseau.

Quería saber si Chateaubriand había sido un profeta ó un visionario, y si Gustavo de Beaumont había sido un político ó un poeta.

Quería encontrar la analogía que hubiese entre los hijos de la naturaleza, que describe Tácito en sus «Costumbres Germánicas» y los hijos de la única selva virgen que acaso exista en la actualidad sobre la faz de la tierra.

Quería desembarazar el estudio de las ciencias morales de uno de los obstáculos que ha de encontrar, hasta tanto que se conozca positivamente la diferencia que existe entre el estado natural y el estado salvaje, y la diferencia que existe entre el estado salvaje y la civilización.

Quería persuadirme de una vez de si es cierta esa teoría de que, *las razas salvajes desaparecen ante la luz de la civilización como la nieve ante la luz del Sol,* ó si, más bien era la causa de su exterminio, el remington de los ejércitos acampados á las márgenes del río Negro y el aguardiente de los mercaderes poblados á las orillas del río Colorado.

Quería, en fin, asegurarme de si los grandes defectos de la sociedad contemporánea, nos han sido trasmitidos de generación en generación desde nuestros primeros padres, ó si son tan recientes como las necesidades que nos ha creado la civilización.

¿Qué valía, pues, lo que arriesgaba en mi empresa, si por fin podía consultar á la Naturaleza virgen, para obtener una res-

puesta categórica que satisfaciera mis dudas sobre los destinos de laespecie humana?

Ignén-an-ék (1), me respondió el oráculo, mostrándome los huanás.

Arrojen su linterna los discípulos de Diógenes, porque aquí hay hombres, dije yo, conmovido en presencia de los virtuosos hijos de la Naturaleza.

Fragmentos del diario de la expedición.

29 de Julio de 1879.

A las 4 p. m. se terminó la carga en esta forma: el patacho «María» lleva una parte del cargamento en la bodega de proa, 17 mulas y 5 caballos sobre cubierta y muy bien amarrados, porque son animales demasiado ariscos; los fardos de alfalfa y el maíz para pienso, y 5 peones de los mejores para atender al cuidado de estos animales.

En la goleta «Gibraltar» van todos los peones y el resto de los equipajes.

En el vapor remolcador «Anita», capitán don Manuel Copello, van los objetos de más valor, el escritorio y la plana mayor, compuesta del director, el médico, el administrador y el capitán.

Un pueblo numeroso, compuesto de parientes y amigos de los expedicionarios, y de curiosos, nos despide con señaladas muestras de sentimiento, porque desconfía de nuestra salvación.

Recibo un abrazo de Brabo y él una promesa mía.

---

(1)—Dios existe. Estas palabras son frecuentes en boca de los huanás.

Pasa lista el capitán Pagani y partimos en medio de las mayores aclamaciones.

Dos distinguidos comerciantes de la Asunción, nos acompañan hasta Villa-Hayes, para regresar por tierra al dia siguiente.

Viene también á bordo el propietario del obraje que se titula «Colonia Apa», dueño del vapor que nos conduce y con quien hemos contratado el flete.

A las 8 p. m. llegamos á Villa-Hayes, donde tengo que recoger á varios de los expedicionarios contratados por el capitán Pagani, y cargar los bueyes en la costa oriental.

Para el embarque de los empleados se presentaron algunas dificultades, porque en el Paraguay, aunque inconstitucionalmente, las autoridades prestan demasiado apoyo á los amos que reclaman deudas de los que fueron sus criados; pero todo se arregló con la buena intervención del coronel Mesa, jefe de la Villa, y con la facultad que me dieron los peones, para extender por cuenta de su servicio, algunos vales á plazo y á la orden de sus patrones.

La oscuridad de la noche no permitió el embarque de los bueyes, por más que esto me contraría, porque tengo ya un atraso de 9 días restado al plazo que se me ha dado para llegar al punto donde me espera Minchín, y porque, por más que se me diga otra cosa por Gómez, sospecho que los bueyes han pasado algunos días encerrados, esperando el vapor que debió llegar el día 21, como se le tenía prevenido, y por lo tanto necesitarán llegar pronto al pastoreo, donde se repongan antes de empezar la expedición.

Fondeamos á media noche atracados á la barranca oriental, en el punto denominado el Paso de la Guardia, y frente al corral donde están encerrados nuestros bueyes y otros, que también han de cargarse para el servicio de lo que en adelante llamaré Colonia Apa.

No hay comodidad para ninguno de los expedicionarios por las malas condiciones y la excesiva carga de los buques.

Dia 30 de Julio

Al despuntar el día, se dió principio á la pesada y dolorosa operación de cargar los bueyes, por cuanto que hubo precisión de martirizarlos izándolos atados por los cuernos. Esta operación, sin más intervalo que el de la comida, duró hasta las 3 y 30 m., p. m.

Habiendo notado que el bote comprado para la expedición y embarcado á última hora por el señor Ugarriza, sin que yo lo viera, era un cascajo viejo y tan inútil como peligroso, supliqué al señor Bello que se encargase de devolverlo en la Asunción.

Tanto dicho señor Bello como el señor Bochi, Calderini, Perruquín y Hércules, que nos habían acompañado todo el día, se despidieron á las 4 y 30, m. p. m., momento en que la expedición siguió camino aguas arriba.

. . . . . .

. . . . . .

Dia 2 de Agosto.

Á las 2 de la tarde han venido varias canoas de indios orejudos á visitarnos; son atléticos y bien formados, pero con boca grande y dientes enormes. Van desnudos y por todo adorno se pintan con color azul y se ponen vinchas en la frente con algunas plumas de avestruz.

Es curioso que estos desgraciados saludan masónicamente, haciendo como los monos acobardados la señal de misericordia.

Protestan de su mansedumbre; piden galleta y cigarros en cambio de los productos de su pesca, y tienen tal destreza para manejar la canoa, que se agarran á la proa del vapor que camina con más fuerza.

Á las 4 de la tarde el dueño del vapor, Mr. Grillé, ordenó

sigilosamente desamarrar la goleta y el patacho, sin prevenirme de una resolución que me alejaba de la vigilancia de mis intereses, la cual no me pareció muy bien, pues no me dió tiempo más que para prevenir que se cortase pasto fresco para los animales.

Este acto tuvo lugar con motivo de carecer absolutamente de combustible, por lo que se hacía preciso disminuir la tracción para aumentar la velocidad y regresar con nuevas provisiones de leña. Desgraciadamente la máquina estaba sucia y hubo que fondear á media noche para limpiar los tubos y continuar viaje con poco más de seis libras de vapor.

. . . . . .

Día 3 de Agosto.

Á las 2 de la mañana llegamos á la Colonia Apa, donde encontramos la población alborotada á causa de la escasez de víveres.

Todos se ofrecían á acompañarnos por cualquier precio con tal de salir de aquellas miserias. No acepté ninguno, y por el contrario procuré calmarlos, manifestándoles que su apuro tenía por origen no un descuido sino una larga baradura.

Bajé á tierra con el doctor, para saludar al Director de la Colonia don Carlos Roux, y saber de él el comportamiento de Tello.

Había cumplido bien con su deber. Los indios estaban dispuestos por intercesión de éste y del mismo Director á servirnos de guías, durante tres días, hasta tropezar con la toldería de los huanás. Nos estuvieron esperando con impaciencia hasta el día antes de nuestra llegada, en que cambiaron de opinión manifestando á Tello con franqueza, que sabían que nuestro propósito era tomarlos para venderlos como esclavos en el Brasil.

¡ Gran contratiempo !

¿De dónde ha podido salir una mentira tan contraria á nuestros intentos?

Esta noticia trascendental me contrariaba mucho; pero no perdiendo completamente las esperanzas, mandé á Tello, acompañado de otros dos hombres en la canoa, para que se acercase á las tolderías fronterizas y procurase, valiéndose de grandes promesas, traerme algunos indios para que hablasen comigo, entretanto regresaba el vapor con los buques remolcados.

No tardó Tello en dar la vuelta; pero con la triste noticia de que los indios se habían internado, probablemente para prevenir á los huanás de la llegada de los nuevos *negreros* de tierra firme.

Día 4 de Agosto.

Aguardando que el vapor «Anita» regrese, he subido al cerro del Apa en compañía del doctor y de un ingeniero de minas llamado D. Liberato de Amicis, que se encuentra en este punto haciendo algunos estudios hidrográficos, y mineralógicos, joven que parece práctico en expediciones, desde que es uno de los que acompañaron á Antenor en su viaje directo de Tunez á Zanzíbar. Es probable que nos acompañe hasta el fuerte Borbón con objeto de mostrarnos unos cerros que ha visto en el Chaco desde las cumbres del Apa y que le parecen el principio de una serranía, por cuya ladera acaso pudiera penetrarse en el desierto.

Interín trepamos al cerro donde se encuentra la cresta del Apa, el señor de Amicis, que se muestra extraordinariamente afligido por el contratiempo que nos ocasiona la retirada de los indios, me ha manifestado que él sabe de dónde procede el origen de la calumnia, pues que su mucho prestigio, entre los indios, hace que éstos no tengan secretos para él.

Dice que entre los peones escapados, por el hambre, de la Colonia Apa, salió un indio correntino, quien al pasar por Villa-

Concepción con su canoa, exparció esta noticia entre los guaicuruces. Añade también que en la misma Colonia Apa hay uno, cuyo nombre me da, que soliendo ocupar á los indios en algunos servicios particulares y temiendo verse privado de este provecho, si los llevamos con nosotros, les ha dado también malos consejos.

Creo cuanto me dice con la mejor buena fe y siento no tener jurisdicción en el territorio para hacer un ejemplar castigo con quien tanto perjudica los nobles propósitos de la empresa.

Desde la cumbre del cerro del Apa se ven en el Chaco las sierras de Galván, como á diez leguas al N. O.

En este cerro hay una gruta calcárea que es de las más bellas obras de la Naturaleza. Su descenso es muy difícil; pero una vez abajo vale la pena del sacrificio. No hay catedral más suntuosa ni formas arquitectónicas que no estén allí representadas. No hay efectos de luz que puedan conmover el alma como los de la gruta del Apa.

Por otra parte, aquello es una lección palpitante de geología, desde que allí se están formando á la vista y en la actualidad calcáreos modernos, con los despojos de los pájaros, reptiles y roedores que depositan las lechuzas y murciélagos, conglomerados con la cal diluida en las aguas que gotean por todos los intersticios de las rocas.

Al bajar del cerro del Apa he paseado con Mr. Grillé por una espaciosa y larga calle abierta en el bosque con objeto de extraer por ella las más colosales vigas.

No hay campos cultivados, ni puede haberlos tampoco en la proximidad de los cuatro miserables ranchos que constiteyen la población; porque la capa del suelo vejetal es de muy poco expesor y descansa inmediatamente sobre rocas calcáreas.

Para pastos y bosques el terreno es excelente; pero jamás en él podrá florecer una colonia agrícola.

Como el vapor no regresó, tuvo Mr. Grillé que darnos de almorzar, lo que hicimos en su casa en compañía de él, de su

señora, del ingeniero De Amicis y del director de la colonia, Mr. Roux.

Tello me hizo saber que había sido bien acogido por el señor Roux, quien se había portado á medida de nuestros deseos, aconsejando públicamente á los indios que acompañasen á nuestra expedición, porque éramos *buenos amigos*.

Roux no es tan cumplimentero ni tan expresivo como De Amicis; pero creo haber descubierto en sus modales y en sus pocas palabras un gran fondo de honradez y de sinceridad.

Se manifestó muy afectado por nuestra contrariedad y dejó ver que imaginaba á quién se debía el espanto de los indios; pero trató de tranquilizarme diciendo con intención, en presencia de todos los de la mesa, y sin que nadie le desmintiese, *que él era la única persona del Apa* en quien los indios tenían confianza y que en cuanto calmase el viento y el oleaje lo permitiera, iría en persona á la costa vecina con el fin de disuadir á los caciques de su inesperada resolución.

No me gustó el oir decir á todos los de la mesa: que el paso era difícil; que la canoa de la casa era demasiado pequeña y que la mía no podría llevarse porque se necesitaban cuatro remeros para manejarla.

Roux no aguardó á que el tiempo mejorase. Conocía mi situación apremiante y para salvarme de ella salió con la pequeña canoa en medio de las más furiosas marejadas.

Día 5 de Agosto.

Á la una de la mañaña llegó por fin el vapor con los buques remolcados.

El estado de los animales era lastimoso, por más que los encargados de cuidarlos habían hecho lo posible para atenderlos con esmero.

Tello me llamó aparte y me dijo que sabía que todos los operarios del Apa estaban resueltos á marcharse al regreso

del vapor «Anita» y que por tanto era posible que se hiciesen promesas seductoras á los que componían el personal de la expedición, como á él se las habían hecho, para que se quedase en la colonia.

Con esta noticia no dejé bajar á tierra sino á los que fueron necesarios para ayudar á cargar leña para el vapor, pues que los peones sublevados ninguno quería trabajar.

Apurado por la necesidad de llegar á tiempo á la cita con Minchín y por desembarcar pronto unos animales que tan horriblemente sufrían, pedí al señor Grillé que descargase los suyos para continuar mi viaje en la madrugada, á lo que no quiso acceder á pesar de la claridad de la luna, poniéndome por pretexto la falta de peones. No debía ser ésta la causa, porque habiéndole yo ofrecido los míos, para este servicio, me respondió que no era la operación de descargarse animales como para hacerse de noche.

El señor Roux regresó de su expedición á la toldería sin haber encontrado á los indios. Durmió dos horas y salió de nuevo en su busca en mi canoa y acompañado por Tello y dos peones de los míos, que también conocían á los indios. Estos peones son Tiburcio y Santiago.

Aunque los bueyes del Apa, se han concluído de desembarcar á las 8 de la mañana, no hemos podido seguir camino hasta las 4 de la tarde, por haber esperado el regreso del señor Roux, quien por fin vino sin encontrar á los indios.

Gran contratiempo es éste para la expedición y para la empresa. Hubiéramos podido tornar nuestro peligroso viaje en una marcha triunfal, recomendados de toldería en toldería por indios amigos y confiados; pero una infame calumnia, probablemente concebida por una persona decente, ha empezado ya á hacer sospechosos nuestros generosos intentos, ha alarmado á la crédula indiada y quién sabe si su retraimiento ó su hostilidad serán motivo de grandes desastres.

No perdonaré nunca al que tantos perjuicios ha producido á la causa de la civilización.

Saludados por las gentes de la colonia Apa y por el cañón de la «Gibraltar» y llevando el patacho amarrado á estribor, hemos continuado la marcha á las 4 de la tarde y con toda la gente muy contenta.

Nos acompañan el ingeniero De Amicis y el director del Apa, D. Carlos Roux.

No hay cómo agradecer á este último señor los buenos servicios que ha prestado á la empresa. Para esto era preciso haber visto el viaje que hizo ayer y el que ha hecho hoy, bajo un temporal muy fuerte, en una débil canoa, remando todo el día, con viento de proa, mojado hasta los huesos y sin comer, sólo por una complacencia desinteresada á la que le anima, sin duda, la secreta intuición del bien que vamos á hacer á los infelices indios.

Un solo rasgo completará el retrato moral de este caballero, á quien los indígenas llaman *cacique Carapé.*

Las vicisitudes por que ha pasado esta colonia han acabado por fin su inquebrantable paciencia, colmándose con ciertas cosas que ocurren en la actualidad y que, amenazando su inmediata ruina, le han decidido á dimitir el puesto que desempeña.

El día que tomó esta resolución se la comunicó á los caciques, quienes derramaron abundantes lágrimas.

Quédame aún una esperanza de deshacer el enredo; por más que la desaparición de los indios fronterizos del Apa, y las repetidas hogueras que hemos visto, durante la noche anterior, son señales evidentes de gran alarma entre ellos.

Esta esperanza consiste en que encontremos algunos indígenas sobre la costa del Chaco, que serán precisamente conocidos del señor Roux, en cuyo caso parará el vapor.

El señor Roux nos acompaña expresamente por el deseo de convencerlos á que nos acompañen, si llegasen á presentarse sobre la costa.

No puedo menos de sentir una nueva sospecha, que puede dar la clave que justifique el retraimiento de los indios.

¿Qué será de Minchín? Su gente no era muy útil para el manejo de las mulas, era poca y aún de ésta unos desertaron de su puesto, ótros enfermaron y ótros tuvo que mandarlos á Curumbá, por causa de los equipajes.

¿Qué será de Minchín?

¿No habrán hecho con él los chamacocos algo que les dé motivo para alarmarse con mi llegada? Allá veremos. De todos modos cumpliré con mi deber y estoy más tranquilo, porque los animales han mejorado y el espíritu de la gente parece bueno.

Á las 8 de la noche he divisado varios fogones sobre la ribera occidental frente á Confluencia; pero no hemos podido ponernos en comunicación con los indios por la mucha marejada y porque la oscuridad de la noche nos impidió reconocer quiénes y cuántos eran.

Pensamos parar en la estancia de Mayero para comprar bueyes ó vacas.

El señor De Amicis, que nos acompañaba con el principal objeto de mostrarnos desde lo alto de un cerro un rumbo para las Salinas, no ha podido prestarnos este servicio, porque habiendo tenido lugar demasiado tarde nuestra salida del Apa, nos sorprendió la noche antes de llegar al cerro deseado.

Á las diez de la noche hemos llegado á la estancia de Mayero, donde hay un señor brasilero llamado D. Juan Canavaro, que es el encargado y tiene cierta autoridad entre los indios mbayás que allí están establecidos.

Aunque el fuerte Olimpo dista poco de este punto, como no era hora para desembarcar los efectos, decidí fondear aquí, á fin de comprar algunos animales y algunos cueros, y sobre todo, con el objeto de ponerme en relación con los indios para ver si conseguía algunos que se decidieran á acompañarme por el Chaco.

Pocos momentos antes de llegar á esta toldería, entregué las armas y las municiones á todos los expedicionarios, encargándoles que no impidiesen á los indios el subir á bordo, si lo

pretendían, pero que estuviesen sobre aviso sin manifestarles desconfianza.

Apenas sonó el pito del vapor, nos asaltaron multitud de canoas, cargadas de hombres, mujeres y niños, que traían abanicos, pájaros, pesca, cueros, gallinas, cabezas de ciervo y otras chucherías para cambiar por caña, galleta, velas, platos ó yerba paraguaya.

Noto con cierta extrañeza que todos los indios saludan afectuosamente á uno de los soldados expedicionarios que se llama Albino, y hasta me apercibo de que uno de ellos le habla en buen portugués y le dice que su reloj y sus documentos los tiene muy bien guardados y á su disposición.

Extraño mucho que Albino, sabiendo el interés que yo tenía en relacionarme con los indios, no me hubiese dado cuenta de las estrechas relaciones que él mantenía con ellos.

Bajé á tierra, con el doctor, el ingeniero, el director y el peón Albino; pero, desgraciadamente, la multitud de canoas que nos rodeaban y la oscuridad de la noche dió lugar á que el doctor sufriese un golpe terrible en la mano derecha aplastándole completamente un dedo.

Es valiente y no quería regresar á bordo; pero cuando aproximé el farol y vimos la falanje despedazada, retrocedimos al vapor inmediatamente donde se le prestaron los auxilios necesarios.

Después de curar al doctor, volvimos á tierra acompañados del encargado de la estancia, D. Juan Canavaro, quien parece tener autoridad y prestigio entre los indios.

Compónese esta aldea de una plaza cuadrada, que tendrá la superficie de una hectárea. Tres de sus frentes son grandes cobertizos ó galpones de palma, divididos en tantos departamentos como familias hay en la toldería: advirtiendo que cada familia es por lo regular muy numerosa.

La casa de Canavaro, que vive con su esposa, una cuñada y una hija mocita, está inmediatamente sobre la barranca del río y cierra el cuarto lado del cuadrado que constituye el pueblo.

Entramos en su casa y tras de nosotros, una muchedumbre de indios de todos sexos y edades, trajes y tipos. Unos, desnudos completamente, pero muy bien pintados con figuras circulares y concéntricas; otros, con un pequeño trapo rodeado á la cintura; otros, con casacones desechados por los soldados brasileros; otros, vestidos con buenas bombachas, camisas genovesas y sombreros de paja.

Las mujeres demasiado desenvueltas y provocativas, con el beneplácito de sus maridos, se acercaban á nosotros con demasiada confianza, á excepción de algunas jóvenes paraguayas que, habiendo sido cautivadas por los indios, en tiempo de la guerra, vestían con más pudor y conservaban costumbres más honestas.

El encargado de la estancia, después de hacernos sentar, nos presentó á otro señor brasilero, encargado de otra estancia, que el mismo Mayero mantiene á cierta distancia de ésta, y también hizo la presentación del capitán Neuille, hombre grave é imperturbable, á quien los brasileros no quieren de modo alguno denominar cacique. De prevención llevaba yo un frasco de ginebra y una copa de cristal con la que se sirvió á todos hasta donde alcanzó, pudiendo notar que hubiera habido poco licor aunque hubiese llevado conmigo media pipa. Tal es la avidez de los indios por los espíritus. Del mismo modo, repartí un centenar de cigarros, dándose el caso de que hasta las mujeres me presentaban á sus niños de pechos, haciéndome señas de que también fumaban.

Después de contar á la concurrencia, con muchos detalles, el objeto que me proponía y de saber por el encargado la necesidad en que todos estaban por falta de comestibles, salimos á visitar la toldería, acompañados por Neuille, quien nos presentó en el departamento de cada una de las familias, que nos recibieron con el mayor agasajo, aunque muchas estaban ya durmiendo. Por fin, llegamos al departamento del capitán, que nos mostró á su numerosa familia y con especialidad á una niñita que dormía bajo un mosquitero de color de rosa. Á esta

criatura, que era verdaderamente hermosa, yo la coloqué un collar que me agradecieron mucho sus padres.

Poco después de media noche nos retiramos á bordo, quedando en volver á tierra á la madrugada.

Por más que yo advertí á todos los expedicionarios y particularmente al administrador, que no se tomaran ninguna libertad con las indias, tuve el disgusto de saber que no se había tenido mucho respeto á mi mandato, lo que censuré duramente, manifestando al administrador en particular que si no hacía propósito de corregirse en lo sucesivo, me vería en el caso de mandarle á la Asunción, antes de que nos comprometiese con sus desórdenes.

Día 6 de Agosto.

Á las seis de la mañana salté á tierra con el doctor, con el director y con Albino, encargando nuevamente al administrador que nadie saliera del buque para evitar escándalos, que irremisiblemente ocurrirían. Mi objeto era comprar vacas y procurarme guías. He comprado un buey; pero como tienen que ir lejos á buscarle y yo no puedo esperar, he dispuesto que se quede la lancha de á bordo y el peón Albino para que me lo lleven carneado al fuerte Olimpo. En cuanto á guías, nada puedo esperar, á causa de que si bien en otro tiempo existían grandes relaciones entre los indios de ambas costas, en la actualidad son enemigos mortales. Los mbayás no pasarán al Chaco nunca sino en grandes grupos y bien armados, para exterminar á sus vecinos, de quienes cuentan las mayores traiciones. El capitán Neuille me dice que habiendo sido invitados los suyos por los chamacocos, para asistir á una fiesta en la que se trataba de reanudar las relaciones, y habiendo aceptado sin malicia el convite, pasaron al lado opuesto, donde fueron sacrificados en gran número, quedándole allí dos hijos prisioneros.

Como yo le pregunto el nombre de estos hijos, con objeto de procurar rescatarlos, él me dice para interesarme más, que si tal logro me lo agradecerá eternamente y me regalará uno de ellos.

Los mbayás tienen cautivos muchos indios de las tríbus con quienes viven en guerra, pero suelen no tratarlos mal, aún cuando algunas veces sacrifiquen alguno.

No quiso, pues, el capitán Neuille concederme ninguno de los suyos para guiarme en el desierto, á pesar de que mis ofrecimientos debieron seducirle.

Notando que á la puerta de todas las casas había carretas y bueyes ensillados, pregunté al señor Canavaro qué significaba aquello, quien me dijo que los indios habían resuelto la noche anterior el internarse á los montes para ocuparse unos días en construir canoas.

Desde la guerra del Paraguay, el Brasil ha estrechado mucho sus relaciones con los indios mbayás, quienes atraídos por regalos que reciben de las autoridades del Imperio, hacen constantes viajes á las plazas de Corumbá, Coimbra y Alburqueque, donde cambalachan sus chucherías, por pólvora, telas, cuchillos y otras cosas, y donde se les engaña y se les atrae dándoles fusiles antiguos, uniformes de desecho y diplomas de oficiales del ejército imperial.

Interín estaba entregando al señor Canavaro, encargado de la estancia, ciertos comestibles, que absolutamente precisaba, algunos expedicionarios bajaron á tierra contraviniendo mis órdenes; y habiéndoles hecho regresar á bordo inmediatamente, donde les esperaba un castigo, se disculparon con que el doctor les había autorizado, lo que no quise aclarar por temor de que resultase verdad lo que me interesaba tomar por un pretexto.

El doctor, á pesar del mal estado de su salud, se había ocupado en visitar todos los enfermos de la aldea, que no eran pocos, en darles medicinas y en marcarles el plan curativo, con lo que quedaron verdaderamente agradecidos.

Á las 8 y 30 a. m., y después de una despedida cariñosa con todos los habitantes de la aldea, en la que les manifesté que hasta el día 11 estaría en el fuerte Olimpo, por si querían visitarme, zarpamos en esta dirección, donde llegamos al poco rato y atracamos á una barranca situada poco más de un kilómetro al Norte de la fortaleza, no haciéndolo directamente al pié de ésta, por la circunstancia de no haber puerto.

Acto contínuo saltamos en tierra todos los expedicionarios armados y con la bandera á la cabeza, y asimismo los señores que nos acompañaron y los capitanes y tripulantes del vapor y del patacho, quienes formando un círculo en torno de la bandera que acababa de plantar en tierra, presenciaron con el mayor respeto y compostura, el acto de toma de posesión, firmando después el acta, que es como sigue:

Copia del acta de la toma de posesión del fuerte Olimpo en nombre de la empresa Bravo.

Yo, Juan de Cominges y Prat, español, de profesión ingeniero agrónomo, jefe de la expedición exploradora al Oriente de Bolivia, y usando de los derechos que á esta empresa ha concedido el Gobierno y el Cuerpo Legislativo del Paraguay, tomo solemne posesión del fuerte Olimpo y de toda la extensión que media entre las fronteras Sud y Oeste del Paraguay y el paralelo que pasa 20 leguas más abajo de Bahía Negra y en presencia de los testigos que firman abajo, clavo en tierra la blanca insignia de la empresa, símbolo de la paz que representa la verdadera civilización, tal cual pueden concebirla los más fervorosos cristianos y los más puros demócratas del XIX siglo.

Que el Dios de las alturas ayude nuestros esfuerzos que, aunque débiles, tienden únicamente á favorecer los más altos intereses de la humanidad, sacando de la barbarie á las tríbus salvajes que pueblan este desierto, abriendo ancha puerta á

los hijos desheredados de todas las naciones de la tierra y rompiendo las únicas murallas que impedían la expansión natural de un pueblo grande, noble, rico y generoso.

Fuerte Olimpo, 6 de Agosto de 1879.

JUAN DE COMINGES. — *Manuel Copello*, capitán del vapor «Anita» - - *Liberato De Amicis*, ingeniero geólogo—*Silvio Andreuzzi*, médico—*José Nuñell*—*A. Roux*, director de la Colonia Apa—*Robert A. Ceily*, 1er. engeneer, S. S. Anita—*Julio Magallaaes*, patrón del patacho «María»—*Luigi Siri*, nostramo del «Anita»—*Aqui Giacinti*, marinero del «Anita»—*Enrique Pagani*—*José Zolesi*, mayordomo del «Anita»—*Agustín Estigarribia*—*Francisco Almeida*—*Isidoro Tello*—*Doroteo Medina*—*Jenaro Estigarribia*—*Salvador Martínez*—*Vicente Ruiz*—*José Cuevas*—*Trifón Gómez*—*Tiburcio Gómez*—*Santiago Gauna*—*Julián Barros*—*José Gómez*- -*Pedro Maidana*—*Estanislao Centurión*—*Eustaquio Saavedra*—*Pedro Cabral*—*José Piris*—*Joaquín Pedro*—*Juan Ferreira*—*Albino Viera*.

Día 12 de Agosto.

Á las 2 a. m. regresó Ferreira acompañado de los dos bolivianos, que se fueron inmediatamente.

Á las 8 a. m. salió la vanguardia al mando del administrador que lleva la brújula y el cargo de tirar y separar del camino, que es al rumbo de N. 66° 25' al O., las palmas que pueden estorbar para el paso del carro. Va muy advertido de las condiciones que debe tener el lugar que elija para campamento, la distancia que tiene que recorrer, si el camino y el tiempo lo permiten, y la conducta que debe observar con los indios que puedan presentarse.

Le hago salir temprano para que tengan tiempo suficiente de ir desembarazando el camino, mientras llegan las cargas.

Llevan dos caballos y una mula con víveres, utensilios de campamento, herramientas, etc.

Á las 9 a. m. sale el carro, con dos carreros y la sección del sargento Almeida.

Las mulas son muy ariscas, pues á pesar de que todos los días se han ensillado algunas y de que Pagani, las entiende bien y tiene paciencia con ellas, no quieren soportar la carga; así es que algunas se han roto los cascos y casi todas han arrojado por diferentes veces la carga, mordiendo, manoteando y tirando coces á cuantos se acercan. Han roto algunos efectos y principalmente los sillones de carga; pero como son 16, escogemos las mejores y así es que sólo á las 3 p. m. logro tener siete cargadas, y con el resto de la tropilla y suficientes muleros, los mando con el doctor por la huella.

Una de estas mulas, antes de haber caminado 400 metros arrojó su carga, despedazando todos los arreos; por lo que mula y mulero regresaron al fuerte, dejando abandonados los efectos por el camino, porque ya era noche.

Nos quedaba un resto de provisiones que tenían que llevarse con el carro en un segundo viaje, pero como éste, aunque caminara toda la noche, no podría regresar sino á la madrugada, fué necesario meter los víveres en el rancho para librarlos de la tormenta que amenazaba, pues ya no teníamos cueros ni carpas con que taparlos.

No quedaban conmigo, en el fuerte, más que Tello y Pagani y nos ocupamos en la anterior operación, en acabar de techar el rancho y en improvisar una puerta para defendernos en caso de algún ataque de los mbayás.

Afortunadamente, á las 8 p. m. y en medio de la oscuridad más completa, regresó el carro con los dos conductores. Dimos de comer á los bueyes abundantemente y nos acostamos en el rancho, manteniendo un centinela que se relevaba cada hora.

El doctor, el administrador y la demás gente, llegaron al pri-

mer campamento distante tres leguas, á cuyo lugar, por ser el primero, aunque no muy apropósito para acampar, le pusimos el nombre de campamento Brabo.

El camino ha sido fácil y sin agua que pasar, ni muchas palmas que tirar á tierra, y dicen los conductores del carro, que José Gómez, apenas se enteró del rumbo, por la dirección de la brújula, se fué adelante con más seguridad y exactitud que el mismo que llevaba el instrumento.

Los peones de la vanguardia siguen á los rumberos y además de tirar las plantas que impiden el paso, van marcando con los machetes las palmas que hay sobre ambos lados del camino, para que en todo tiempo quede señalada nuestra huella y puedan ir los que quieran, siguiendo el mismo camino.

. . . . . .

Día 15 de Agosto.

Á las 5 a. m. se toca diana y empieza la gente á tomar el mate y la galleta.

He preparado las secciones de vanguardia y para evitar que el carro tenga que hacer dobles viajes, he dispuesto que el carpintero Julián Barros construya rastras para conducir en ellas parte de los regalos que traigo para los indios; pues de otro modo preveo que tendré que dejarlos por el camino, porque son muy pesados.

He nombrado pastores permanentes que tengan la responsabilidad de los animales que se pierdan, y he destinado una mula para que acompañe á la vanguardia, cargada con algunos víveres y las herramientas necesarias.

Dejo en el «Paso Nuñél» la sección de Pagani y la de Estigarribia, ocupadas en secar los equipajes mojados, en charquear el animal que se mató ayer y estaquear su cuero, en construir rastras, en recoser bolsas, en engrasar arneses, en

componer el carro, y salgo con los demás abriendo camino por el rumbo. El doctor y el secretario quedan tambien en el campamento, encargando á este último que se ocupe en copiar mi Libro Diario, y al primero que al amanecer de mañana, se ponga en marcha, si antes no tiene contraorden.

Á las 8 a. m. empezamos nuestro trabajo por un palmar muy espeso, si bien con el piso limpio de malezas á causa del incendio del dia anterior. Desgraciadamente, todavía ardían las innumerables palmas que se encuentran siempre tendidas en tierra y esto nos envolvía en una nube de humo.

Á las 11 habíamos andado una legua y nos encontramos, con un extensísimo bañado, que por no tener plantas acuáticas en el centro, demostraba ser de mucha profundidad. Era tan ancho que no podía cruzarse en línea recta, ni prometía poderse costear por el S. E., porque se extendía en todas direcciones por ese lado; me resolví, pues, á caminar por su orilla en dirección Norte y al poco rato me apercibí que formaba como un arco de círculo casi completo, pues luego de haber caminado otra legua me encontré al lado opuesto sobre mi mismo rumbo.

Mucho gustaba á mis gentes el caminar á la orilla de las lagunas, porque en estos lugares hay siempre una faja de terreno libre de vegetación arbórea, por la que se camina sin más trabajo que el de separar las palmas secas que han caído hacia ese lado y que estorban para el camino de la carreta.

Caminando por este rumbo noté huellas humanas como de una mujer ó de un muchacho de mediana edad; pero Tello me hizo notar que los indios huanás que él había visto en la colonia Apa, aunque muy buenos mozos, todos tienen un pié muy diminuto.

Un poco más adelante vimos palmas cortadas con canchero, que es un hacha pequeñita, que siempre llevan consigo los indios. En este lugar las huellas eran infinitas, y el corte de las palmas muy reciente, sin que se pudiera precisar el tiempo que había trascurrido desde que los indios habían es-

tado allí, pues que el fuego había ennegrecido y cauterizado los cortes.

Los indios tienen la costumbre de derribar las palmas para comer la parte más tierna de su cogollo, que aunque poco nutritiva y algo indigesta, es una comida agradable, y que á falta de otra, puede sostener la vida durante algún tiempo.

Por regla general, los indios cortan las palmas á 70 centímetros del suelo, pero como encontramos dos muy juntas cuyo corte lo habían dado como á la altura de un hombre, comprendí que esto debía ser una señal, y lo era en efecto, porque allí mismo los camalotes de la orilla estaban arrancados á tirones. Era indudablemente el punto donde los indios atracan sus canoas cuando vienen á sus correrías.

Cuando volvimos á encontrarnos de nuevo sobre nuestra línea, calculé aproximadamente en media legua la longitud de la cuerda, cuyo arco acabábamos de recorrer.

En este lugar volvimos á comenzar á derribar palmas y á señalar, como siempre, casi todas las que quedan á ambos costados del camino, y después de caminar otra legua en esta forma, dimos otra vez con el mismo pantano, descubriendo al S. E. y al S. un horizonte sin límites todo cubierto de agua.

Igual que antes lo costeamos también en curva al N., y á los cinco cuartos de legua, volvimos á encontrarnos otra vez sobre nuestro rumbo, calculando igualmente en media legua la cuerda de este arco.

En este lugar forma el lago un ángulo muy agudo con el vértice al O., y aquí acampamos á la 1 p. m. en medio de una pradera circular muy deliciosa, donde por el desarrollo del pasto, calculé que haría 8 dias que los indios la habían dado fuego.

Á este lugar se le puso el nombre de «Constancia», en recuerdo de una interesante señorita, hija del empresario Brabo.

Aquí nos alcanzó el carro; cortamos algunas cabezas de palmas para dar de comer á los animales, pues no había otro

pasto, ni siquiera se habían salvado los camalotes, y descansamos y comimos en media hora.

El fuego, que, desde la colonia Apa, desde el río y desde el fuerte Olimpo, hemos visto constantemente en esta dirección, unido á las señales que en este momento tengo ante mis ojos, me corroboran en la idea de que hemos sido miserablemente vendidos por la gente del Apa, y que los indios nos cierran el paso quemando los pastizales ante nosotros.

No importaría esto mucho, si hubiese camalotes, pero en caso contrario, preveo que con hojas de palma no sostendremos las mulas ni los bueyes.

Á la 1 y 30 p. m. continuamos la marcha; pero á la media legua salimos á una abra verdaderamente pintoresca, pues á la derecha y á la izquierda de nuestra ruta, no se descubría otra cosa que un lago sin límites cubiertos de millones de aves acuáticas de infinitas clases y colores, por cuyas orillas se paseaban perezosos carpinchos en fraternal consorcio con lobos, sucurís y cocodrilos.

Á nuestro frente, como á una legua de distancia, se veía por primera vez un bosque de vegetales dicotiledóneos, que contrastaba por su belleza con la triste monotonía de los palmares.

Aquello era el paraíso y «Paraíso» se llamará siempre; pero ¿serían los expedicionarios dignos de penetrar en él?

Por su valor, su fuerza y su entusiasmo todos eran dignos; pero ¿quién vence los grandes obstáculos que opone á veces la Naturaleza?

Como yo montaba el mejor animal quise tantear el fondo del lago y á pocos pasos nadó mi caballo. Nadé yo también retrocediendo; pero pronto el caballo se enredó en la totora y con los esfuerzos que hizo para desprenderse se clavó en el cieno; lo mismo me sucedió á mí, pero gracias á unos cueros, unos lazos y unos puñados de totora, salimos sin lastimarnos.

No me detuve en secarme; tomé las armas que había dejado en la orilla y sin pensar en costear el lago en rumbo Sud,

porque se veía claramente que él era una parte del que veníamos dejando á la izquierda, desde que caminamos dos leguas, después de salir del fuerte Olimpo, me dirigí al Norte con la gente y á la media legua me pareció que había encontrado el paraje á propósito para entrar en el Paraíso, pues era la parte más estrecha y tenía la ventaja de que por nuestro lado el agua se había retirado, dejando al descubierto mil metros de terreno un poco pantanoso, pero que podía pasarse formando un piso de juncos y espadañas, y de que por la parte opuesta no había sino quinientos metros de laguna que atravesar, laguna, que por estar llena de plantas acuáticas, denunciaba su poca profundidad.

Como el piso era bastante pantanoso y se hundían los pies de los caballos, hasta el punto de no poder acercarse á las orillas del lago, dispuse que toda la gente se ocupase en cortar juncos y espadañas con lo que se formó una senda almohadillada, por encima de la cual pasamos á pie, llevando los animales del diestro.

En el momento de aproximarnos al agua, se desnudó la gente y empezó la penosa operación de formar vereda en el pantano, arrancando las plantas acuáticas para que no estorbasen el paso de los animales.

Cada uno de los obreros dejó á la orilla del agua su ropa y sus armas, y yo quedé con el anteojo subido en un arbol, observando la orilla opuesta por si sobre ella aparecían indios, hasta que al cabo de una hora de mucho trabajar dejaron abierta una trocha suficiente para las necesidades del momento y entonces penetré por ella á caballo, sin grandes dificultades, aunque el piso era muy blando; pero cuando llegaba como á cien metros de la orilla opuesta, espadañas del fondo trabaron las manos á mi caballo, que varias veces cayó de pecho y otras tantas pude levantarle, hasta que por fin, enredado, empantanado y fatigado de tanto esfuerzo, cayó sobre el costado derecho, tomándome el pie de este lado, sin que él ni yo pudiéramos hacer otra que sacar la cabeza á flor de agua.

Bastante tiempo permanecí en esta postura, porque los peones habían pasado en busca de sus armas y sus ropas, y aunque hicieron todo lo posible por acudir á mis voces con prontitud, se tarda mucho en recorrer cuatrocientos metros con el agua á los hombros y el suelo pantanoso. Ya me faltaban las fuerzas para continuar en la obligada posición en que tenía que mantenerme para no ahogarme, y me afligían mucho los ronquidos del pobre animal, que de vez en cuando sumergía en el agua parte de su cabeza. Por fin llegó el auxilio, y gracias á que en aquel lugar el bañado no era tan profundo, por su proximidad á la orilla, pudieron desenredar las manos del caballo, alzarle y sacarme de aquella posición desesperada.

Por fortuna no había fractura ni dislocación, sino una relajación propia del peso que había soportado y de los esfuerzos que yo había hecho para libertarme, y que fueron tan grandes, como grande era el riesgo de morir ahogado, estrangulado por alguna serpiente ó devorado por algún cocodrilo. También tenía una cortadura cerca del tobillo, producida por un estribo que había quedado interpuesto entre mi pierna y el caballo.

Me pasaron los peones, encendieron gran fuego, me desnudé para que secaran mis ropas, me lavé y vendé las heridas, hice pasar á la cabeza la carga de las mulas de vanguardia, ordené que Tello y Joaquín pasaran la noche al lado opuesto con grandes fogatas; para que los tigres, de los que había mucha huella, no devorasen nuestros animales; hice que se preparase la comida, que se levantasen las tiendas y que se hiciera con troncos de palma un pequeño fortín, que nos defendiera en caso de ser atacados durante la noche, dí un buen trago de caña á cada uno de los peones, y mandé acostar á todos, menos á los que hacían las centinelas, de los que era yo uno, á pesar de mis heridas, y la noche trascurrió sin otra novedad que los gritos que daba sin cesar el peon Facundo, en medio de una fiebre que le había producido tan furioso delirio, y los ahullidos frecuentes y cercanos de tigres, leones y yacarés.

Á pesar de las dificultades que nos había presentado la lagu-

na, de las que ofrecería al día siguiente para el paso de nuestra gente y nuestros animales, de la enfermedad de Facundo y de los grandes dolores de mis heridas, estaba muy satisfecho de encontrarme por fin en terreno elevado, fuera de palmares y de tacuruces, y rodeado de esa espléndida vegetación, de que no pueden formar una idea los que no han visto las selvas tropicales.

Estábamos á una legua del fuerte Olimpo, y probablemente el bañado que teníamos á la espalda sería el último obstáculo que teníamos que vencer. Tal vez en adelante podríamos caminar con más ligereza y acaso saliésemos á campos limpios, que, al menos, nos permitiesen ver las señales que nos hiciese Minchín, ya que no nos fuese dado llegar á las Salinas con la puntualidad apetecida.

Hice mi centinela sentado, porque no podía hacerlo de otro modo, dada la hinchazón del pie. Á mi espalda estaba un lago que ocupaba hacia el S. O. y hacia el Norte extensiones desconocidas, sobre cuyas limpias aguas flotaban, provistas de boyas dadas por la Naturaleza, las blancas, azules y rosadas flores de las nínfeas, contrastando con el pulimentado verde de sus abroqueladas hojas, entre las que sobresalen por su tamaño y brillo las de esa deidad de Kin-Garden hallada por Shomburgk en las templadas aguas del Berbice, á la que hoy distingue el mundo con el nombre de Victoria Regia.

Numerosas variedades de cisnes, canaós, gansos, zambullidores, mergos, patos, colimbos, flamencos, ánades, espátulas, mancos, caracoleros, gallinetas, ocas, faetones, fúlicas, javirús, camichús, ibis, cigüeñas, grullas, chajás, savacús, garzas y pelícanos, escondidos entre los tallos de juncos, tifas y ciperos, y abrigadas bajo las hojas de las nepenthes, cefalotus, pandanos y aróideas, aguardaban con silenciosa timidez, á la orilla del agua, que la aurora viniese á dar fin á las horas angustiosas del terror y del peligro, presintiendo, por misterioso instinto, las feroces represalias, que los poetas admiran como armonías de la Naturaleza y que los naturalistas desdeñan como metamórfosis de la materia.

Sí; estas aves de blancas, rosadas, negras, amarillas, pardas, doradas, azules y cenicientas plumas, al parecer tan tímidas é inocentes, son las mismas que pasan el día devorando peces, moluscos, testudos y hasta los más feroces y venenosos reptiles.

Pero llega la noche, y del fondo de este apacible lago, salen monstruosas focas y carpinchos, sucuríes de doce metros, y enormes cocodrilos, los que después de recorrer la ribera devorando huevos, aves, nútrias y aperiacios, se devoran entre sí y concluyen por ser devorados por el astuto tigre, que vive tranquilo y repleto entre los pajonales que bordean las lagunas.

Sorprende la boa á la lacerta iguana; lánzase la iguana sobre la nutria; pelea la foca con el carpincho; acomete el cocodrilo á éste y á la foca, y el tigre se regala con el cocodrilo.

No hay noches silenciosas á la orilla de los lagos del desierto. Carreras de la fiera que arrastra su presa entre los pajonales; gritos de las aves que se levantan espantadas; bufidos de los grandes anfibios que se arrojan al agua; peleas entre los reptiles y los roedores; ronquidos amorosos de los caimanes; cárabos, ñacurutús, mochuelos y lechuzas imponiendo silencio con su monótono chitón, y allá, en el fondo del bosque fronterizo, los dolorosos quejidos del urutaú, Jeremías de la Naturaleza, que parece lamentarse de una vida, que es á la vez la causa y el efecto de la muerte.

Una faja de tierra desprovista de vegetación arbórea, y de la anchura de sesenta metros, separa el límite de los pajonales que rodean el lago, del límite de la selva fronteriza, á cuya orilla arden multitud de hogueras, que alumbran la escena, ahuyentan las fieras é impiden que podamos ser víctimas de una sorpresa por parte de los indios.

Todos duermen, menos Ferreira que vigila el costado Norte del campamento y el infeliz Facundo, á quien la fiebre tiene trastornado hasta el punto de creer que está en el agua, escitando á sus camaradas en el trabajo de arrancar camalotes.

Á las 10 p. m. vino Albino á relevarme y después de

recomendarle que vigilase mucho por el Sud y por el Este, pues las fieras se acercaban más por esa parte, me fuí á descansar á mi carpa, lo que conseguí á duras penas, á causa de los dolores de mi pierna.

. . . . . .

Día 20 de Agosto.

Se pasó la noche sin novedad, aunque con guardia redoblada, porque hay un tigre siempre cerca de nosotros, que trae acobardadas á las mulas y á los perros.

Como no hay cafetera en que calentar agua para tomar mate, dispongo que en la olla de hacer el puchero hagan los peones café para todos, y después de tomarlo mando á Simeón con la mula más cansada, para que la cambie por otra, y traiga agua y víveres que preciso, sin olvidarse de la hamaca y la cafetera, y acto contínuo salimos á continuar la senda en la misma forma que el día anterior.

Nadie habla una sola palabra. El cabo Gómez y Doroteo van delante cortando á machete la multitud de lianas que enmarañan el camino é impiden el manejo de las hachas. Estas lianas ó trepadoras son innumerables y están entretejidas como una telaraña. Muchas son pasifloras, otras rosáceas, otras orquídeas, otras soláneas, otras clemátides, etc.; etc.; pero por lo general son unas aróideas semi-parásitas, que crian grandes tubérculos sobre las ramas de los más altos árboles, desprendiendo desde allí raíces aéreas, tan flexibles y tan resistentes, que podrían servir, y con efecto sirven, para cuerda. Á estos hilos los llaman *sipó* los guaranís y *sacha-huasca* (casi-soga) los peruanos. Dice Gutiérrez el boliviano, que esta planta es venenosa si se come cruda, pero que en su país, se le hace perder su astringencia, cociéndola.

Detrás de éstos van el cabo Cuevas y Santiago, cortando

las ramas que caen sobre el camino y que estorban por ocultar los troncos que han de cortarse con el hacha.

Vienen después dos hombres con grandes horquillas separando á derecha é izquierda de la trocha cuanto han derribado los que van por delante y las opuntías, mamilarias y cereus que alfombran el suelo y trepan por las ramas. Todos estamos heridos con las enconosas espinas de estas plantas, sobre todo yo, que he tenido que atar el caballo á la cola de la mula de vanguardia, por no poder conducirlo con la mano que me deja libre la brújula, á consecuencia de no haber podido sacarme una de estas espinas y tener la mano hinchada. Facundo también tiene los piés ensangrentados.

Detrás de los que manejan las horquillas voy yo, para que no se pierda el rumbo, á pesar de que es fácil con sólo mirar atrás.

Á continuación vienen nueve hombres con hachas cortando los árboles que pueden impedir el paso á una mula cargada, y llevan la precaución de dar el corte de modo que la caída sea sobre los costados y no sobre el camino.

Además de los cáctus que revisten el suelo, hay otra planta también espinosa de la familia de las bromelias, que se llama *caraguatá*, la que por formar en cierto modo un gran cáliz con sus hojas envainadoras por abajo, y rígidas y acanaladas, suele conservar el agua de la lluvia durante meses enteros. Hoy por desdicha no tienen ni una gota, porque hace mucho tiempo que no llueve, y sólo encierran en su interior los restos de multitud de abejas y otros insectos que allí murieron desalentados y sedientos.

Hay muchas especies de esta planta, casi todas parásitas, pero la más notable es la que produce un hilo, preferible al cáñamo para las jarcias y demás cuerdas que han de estar expuestas á la humedad.

Sobre la copa y el tronco de los árboles hay una variedad tan infinita de parásitos, que serían objeto de un largo estudio, si se les sorprendiese en el período de su florescencia; y baste

decir que aún prescindiendo de los datos que suministre la flor, he contado más de cien géneros diferentes de orquídeas sin exceptuar la vainilla. Musgos, líquenes, muérdagos de filamentos blancos que llegan al suelo; agáricos colosales y fosforescentes de varios colores y duros como la madera, bromelias, aróideas, cariofíleas, crasuláceas y tantas otras, cuya familia no he podido determinar á punto fijo, pueblan el espacio.

Hay una salsolácea semi-leñosa que invade todo, la cual tiene un tronco muy ramificado desde la base y, aunque grueso hasta de 15 centímetros, de muy poca consistencia; sus hojas verdes recuerdan por su color y su forma á los del evónimus y por su jugosidad á las del sempervivum arbóreum. He tenido la curiosidad de quemarlas y dan una potasa más abundante y más pura que el jume de Santiago del Estero. Esto puede ser objeto de un gran comercio para el Río de la Plata, donde se consume tanto jabón.

En cuanto á los árboles principales que forman estos bosques no hay mucha variedad; hay algarrobo blanco, presopi, acacia, aroma ó tusca; acacia procox ó garabato, molle espinoso ó molle negro, porlieria higrométrica ó guayacán, loxopteryngium lorentzii ó quebracho colorado; celtis ó tala, eriodendrón, samauama, ó sunchal, palo borracho ó samahú, tecoma guaraniensis ó lapacho, tamarindus guaraniensis ó ibáhay, psidieum ó guayabo. En cuanto al palo santo y el jacarandá tampoco faltan ejemplares, pero no abundan tanto.

El terreno del monte, aunque de base arcillosa, es bastante fértil por la cantidad de sales que suministra al suelo la frecuente quemazón de los pastos y de todos los restos vejetales; pero esta circunstancia ha de dar motivo á que las aguas que circulen próximas á la superficie sean salitrosas.

Como nuestra ansiedad por encontrar agua es tan grande, miramos con atención la dirección que llevan los pocos pájaros que se dejan ver, y luego sube el vijía á los árboles más altos, pero nada se descubre.

No hemos visto más que un hornero; un alonso-garcía, de ojos colorados; dos perdices martinetas, dos de las pequeñas y dos loros.

No hay hormigueros ni otra clase de insectos mas que algunas moscas y multitud de abejas de especies desconocidas, que no podemos comprender á donde beben. Apenas hay árbol grande que no tenga en su interior algunas arrobas de miel, muy blanca, muy líquida, muy agradable de tomar, pero que emborracha. Tengo prohibido ocuparse en sacar miel, porque no se pierda el tiempo ni se aumente la sed. Los guaranís reconocen la existencia de la colmena, aplicando la oreja a los troncos: el zumbido del enjambre lo denuncia.

El calor de este día es insoportable, así es que la gente necesita llenar de agua la cantimplora á cada instante. El trabajo y el calor en este clima produce el fenómeno de que cada hombre consume una arroba de agua al día. Hoy encontramos una gran tortuga viva. Hay también abundancia de unos caracoles de 8 centímetros, blancos y con la boquilla rosada.

Hemos recibido auxilios del campamento á las 12 del día y á las 4 p. m. lo que me tiene contento.

El último atalaya anuncia que se ve palmar, como á la media legua por N.

Al acabar el día habíamos adelantado legua y media.

No se puede pedir más, pues todos hacen lo que pueden por salir de esta picada, donde el calor nos abrasa, donde falta el aire á los pulmones, donde todos están lastimados con las espinas y donde hasta los perros nos han abandonado.

Hoy era el día de haber llegado á las Salinas á reunirse con la gente de Minchín.

Es posible que los genios burocráticos, que todo lo arreglan desde su retrete y que no pueden salir á la calle sin sombrilla, me pidan algún día cuenta de esta tardanza; á mí, que daría la mitad de la vida por coronar la empresa. Pero Brabo me conoce y me cree, y si duda, oiga el informe de cualquiera de los mártires que me acompañan.

Esta es la justicia humana. Aquí se califica de temerario y en otra parte, al no ver mis señales, tal vez se me califique de cobarde; pero el tiempo demostrará que no soy lo uno ni lo otro.

Este es el segundo campamento de la picada Grande.

. . . . . .

Día 3 de Setiembre.

Favorecido por la luna y como una hora antes del día, salí con la vanguardia haciendo camino; pero éste es muy difícil, pues como, para evitar tantas revueltas, suelo cortar por la cuerda las puntas de monte que lo permiten, tengo que tirar á tierra muchas plantas.

Siendo ya las doce del día y estando la vanguardia muy cansada por causa de los infinitos árboles que había cortado y separado del camino, á pesar de no haber caminado en linea recta al O. sino dos y media leguas, hice alto en un lugar donde desde la costa opuesta viene una cintura de palmas que llega hasta noventa metros de nosotros.

Tello, que había salido adelante explorando la costa de este bañado, dice que ha caminado tres leguas al O. y que como á esa altura ya tiene poca agua y estrecha mucho, sospecha que el monte que tenemos al lado opuesto es el mismo en cuya orilla nos encontramos. Yo pienso lo mismo, y como no me es agradable caminar cuatro ó cinco días para venir luego á encontrarme poco más ó menos en el mismo punto, falto á lo que en mi interior tenía resuelto de no cruzar arroyo ni abandonar la costa del monte, pero lo hago obligado por las circunstancias, pues tengo muchos enfermos; la estación de las lluvias se acerca; escasean las provisiones y los hombres y los animales están rendidos. Esto no es decir que yo desista de costear el Monte grande; pero el Monte grande es sin duda el

que tengo enfrente y voy á cruzar estos setenta metros de laguna que me separan de la lengua de tierra que puede conducirme al otro lado, donde con la economía de algunos días seguiré costeándole.

El lago es pantanoso y tiene más de dos metros de agua, por lo que no puede atravesarse sin puente.

Come, pues, la gente, y al llegar la noche, ya tengo concluído un puente de noventa metros de largo y tres de ancho, compuesto con nuevecientas palmas, y por el que podrían pasar los trenes de un ejército.

Para construir estos puentes semi-flotantes en el Chaco, se empieza por cortar y descabezar las palmas que se consideren necesarias. Hecho esto se colocan unas cuantas de estas cabezas sobre la linea dentro del agua y á la distancia de ocho metros para formar el primer pilar, y del mismo modo se colacan otras pocas en la parte fangosa de la orilla para que: sirvan de estribo. Entonces desde el estribo al pilar se tienden palmas, que suelen tener de diez á doce metros, y atravesados sobre éstas, trozos de palma cortados á la medida de la anchura que se quiera dar al puente. Una vez formado el primer tramo, se pasan sobre él tanto los cogollos que han de formar el segundo pilar como las palmas que se precisen para la construcción del segundo tramo, y así se continúa hasta alcanzar la orilla opuesta.

Concluído el puente, es preciso cubrir el piso de pajas ó camalotes, tanto para que los animales no se asusten, como para evitar que metan los pies entre los espacios que suelen resultar á causa de las tortuosidades ó curvas de los rollizos con que se forma el piso.

Tengo la satisfacción de haber hecho comer al doctor un poco de arroz con pato; pero esto no puedo conseguirlo de otro modo sino siendo yo mismo el cocinero.

Cuando Tello andaba esta tarde en exploración á pie, por la costa opuesta, le han acometido un centenar de jabalíes, teniendo que trepar á un arbol para salvarse. Cuando llegó al

campamento con esta noticia mandé tres hombres de los más cazadores, pero se volvieron manifestando que habían visto huella de un millar de jabalíes y la de un tigre que los perseguía, y también me trajeron la noticia de que no les gustaba nada el camino que habíamos de seguir al siguiente día, por cuanto que nos iba á llevar en rumbo diametralmente opuesto al de las Salinas.

Día 4 de Setiembre.

Encontrándome con bastante fiebre y no pudiendo por lo tanto salir en exploración, como lo hago siempre, he mandado á los dos cabos con Tello, Tiburcio y Eustaquio para que á caballo, y llevando siempre monte á la izquierda y lago á la derecha, caminen cuatro ó cinco leguas y estudien un lugar á propósito para acampar mañana. Además, como estos sitios van siendo habitables, van muy advertidos de que si encuentran indios deben tratarlos con la mayor dulzura.

Es excusado decir que nuestras mulas, como son tan falsas, no pueden pasar el puente sino descargadas, con los ojos vendados, llevadas del ramal por un hombre y arreadas por dos ó tres. Esto, y el pasar las cargas á brazo, fatiga mucho á la gente y ocupa largas horas.

Mando á cazar aves, que aquí abundan mucho, con lo cual economizo los bueyes y el tiempo que se pierde en charquear y aguardar á que se seque el charque. Al poco rato, después de un tiroteo que me alarma y de salir con refuerzo por el rumbo donde se dejan oir los disparos, me encuentro con una numerosa tropa de jabalíes que se oculta entre las pajas del bañado y que, por venir huyendo del lugar donde se encuentran los cazadores, me dan la explicación de los disparos. Con efecto, los cazadores traían cuatro jabalíes y no traían cuatrocientos porque no tenemos qué hacer con ellos, pues la piara era nu-

merosa, y como les hizo frente les daba tiempo para concluir con ella.

Esta clase de jabalíes son más pequeños que los europeos y viven en manadas más ó menos numerosas, que algunas veces alcanzan á dos mil individuos. Se alimentan con las raíces y las frutas de algunas plantas, y como les gusta bañarse, caminan siempre por la orilla de los bosques que están próximos á las lagunas ó más bien dicho, á los curiches revestidos de pajonales, donde puedan esconderse. Es su tamaño como el de los cerdos ordinarios ó quizá más chicos, y su color entre negro y ceniciento, aunque en los bosques de Tucumán los he visto blancos. Sus colmillos no salen al exterior de la boca. Pero en lo que más se distinguen de todos los animales de este género, es en una glándula llena de un humor fétido que tienen en medio del lomo, la que debe sacarse antes de desollar el animal para que no se comunique á su carne un olor que la haría insoportable, y la que una vez sacada, hace que sea más apetitosa que la de los mejores cerdos.

He notado que tienen poco tocino y poca grasa, sospecho que esto sea accidental á causa de las quemazones últimas que les han arrebatado los cocos del carandai, que son su principal alimento.

Estos animales no son muy feroces, pero persiguen y acometen al que los hostiga y tratan de amedrentarle con un castañeteo de dientes que se oye á larga distancia.

Como no pueden levantar mucho su cabeza es fácil sustraerse de sus ataques, por enfurecidos que se encuentren, con sólo subir á un arbol ó á un tacurú que tenga un metro de altura; pero infeliz del caballo que caiga por su cuenta, pues empieza por despedazarle las manos hasta que cae á tierra y concluyen por devorarle en pocos segundos.

Lo más curioso que he observado acerca de las costumbres de estos chanchos cimarrones, es que apenas alguno caía herido por nuestras balas, al escuchar sus gruñidos, acudían los otros sobre él y lo despedazaban á mordiscos, lo que nos daba

tiempo para herir á otros que sufrían á su vez la misma suerte, ó para huir si no queríamos más caza.

Las cigüeñas de todas clases, los canáos, gansos, patos, cisnes, aves acuáticas y de ribera, pueblan estos lugares; pero lo que más abunda es una especie de pavo pequeño de color de ceniza y de pescuezo largo, el cual se llama *jocó*, derivando su nombre de su grito peculiar. Esta ave es también de un gusto exquísito.

Mientras que estábamos fabricando el puente, hemos visto en el agua una serpiente cuya longitud no puedo asegurar, pero sí que la parte de cuerpo que dejó ver medía tanto diámetro como el cuerpo de un caballo. Era un *sucurí* que se come los carpinchos enteros y hasta los terneros que se descuidan. No es venenosa, pero su fuerza es tal, que varias veces durante la tarde anterior ha hecho oscilar el puente que estábamos construyendo.

Abundan también en estas lagunas unos peces llamados *piraña*, y cuyo nombre traducido de guaraní quiere decir *pez-diablo*, porque son tan carniceros y tan unidos para el asalto, que en viendo en el agua un cuerpo y sobre todo si está herido, lo concluyen á bocados en pocos minutos. Este carnicero ha sido clasificado bajo el nombre de *pygocentrus piraya*.

Hay también unas anguilas muy semejantes al *jimnoto* eléctrico, que sin tocarlas, suelen producir dentro del agua descargas eléctricas que extremecen á un tiempo á todos los hombres que se encuentran sumergidos en las inmediaciones.

El *basiliscus mitratus* es también muy común en los curiches, y si como los griegos creían, fuese cierto que matan con la vista, ninguno de nosotros hubiese salido del Chaco, pues hemos tenido en la mano muchos capuchinos.

El yacaré, *champsa sclerops*, es también tan abundante que las orillas están llenos de estos mónstruos que llegan algunas veces á medir cuatro metros de longitud y que no dejan dormir durante la noche con sus gritos estentóreos.

El *crótalus horridus*, ó víbora de cascabel, pulula siempre

entre los camalotes que alfombran la orilla de los lagos; pero como es un reptil que no muerde sino cuando se le pisa, y que no se deja pisar porque, como al enfurecerse en presencia de cualquier animal, hace resonar las membranas de la cola, avisa al que se acerca y se denuncia á sí propio para que lo maten.

En los bosques próximos á los lagos hay otras serpientes entre las que sobresalen una especie de boa que los brasileros llaman *surucucú* y que debe ser el *lachesis mutus*.

Con estos animalitos no es extraño que me repugne meterme en el agua y el que procure no se meta ninguno de los míos.

Hay ciertamente grandes precauciones para todo. No se procede á nada sin preveer antes las consecuencias, pero Dios debe estar de nuestra parte según vamos escapando sin que ocurran desgracias de mayor consideración.

Á las 3 p. m. vuelvo á sentir tiroteo hacia el camino que llevaron los exploradores, quienes al poco rato se presentan en el campamento con otros tres jabalíes, y no traen más por no cansar los caballos, pero dicen que puedo mandar el carro para traerse los que han dejado muertos por el camino.

Han hecho una nueva observación acerca de estos animales, y es la de que el tigre, que no se atreverá á acometerlos cuando están reunidos, camina constantemente á cierta distancia tras de la piara para devorar á los heridos ó rezagados.

Vienen muy contentos, porque han descubierto un arroyo profundo por donde corre el agua y á cuyas orillas hay camalotes. Han visto muchas huellas de indios, muchas palmas cortadas con canchero y muchos cacharros rotos.

La tarde se ha empleado en charquear la carne de jabalí y en dar fuego á las praderas y curiches que dejamos á la espalda. También los exploradores quemaron los matorrales que cercaban el camino que vamos á continuar mañana.

Con el fin de saber con entera seguridad la distancia que recorro, he puesto un contador en la rueda de la carreta, por más que temo que se rompa ó se pierda con los traqueteos.

La cena de esta noche ha sido la mejor de cuantas hemos hecho en el desierto. Justa reputación adquiriría el hotel que pudiera presentar á sus parroquianos, asados tan sabrosos de jabalí como los que hemos devorado esta noche.

Los peones están contentos. Con banquetes de palmas han improvisado un salón de baile. Con latas, baquetas de fusil, cucharas de palo y el acordeón, formaban una orquesta que sería la admiración de los indios si por aquí se acercaran. En cuanto á las luces no había más que pedir; las palmas son los más excelentes candelabros.

. . . . . .

Día 13 de Setiembre.

Al despuntar la aurora empezamos á tender sobre los camalotes y espadañas del curiche que teníamos al E., una faja de palmas secas para que flotasen, sobre las que pasamos todos, menos el boliviano Gutiérrez, á quien dejé al otro lado al cuidado del campamento y de la mula, y encargándole que cazara ó pescara para que, cuando regresáramos, nos tuviese preparado un guiso cualquiera.

Naturalmente, este puente provisional, no impidió que nos mojásemos, á causa que la densidad de las palmas era demasiada para soportar nuestro peso sin sumergirse.

Con la esperanza de encontrar el río muy pronto, pues el ruido de las ruedas del vapor indicaba su proximidad, no quisimos secarnos y caminamos al naciente exacto, teniendo la desgracia de encontrar á los seiscientos metros otro arroyo semejante al primero, al que nos arrojamos sin detenernos á construir puente, pasando con mucha dificultad por lo profundo, cenagoso y enmarañado, y continuamos nuestro rumbo por enmedio de unos palmares, donde notamos que un viento muy fresco y agradable que no debía proceder sino del río, soplaba hacia nosotros, por lo que algunos treparon á las copas de las

palmas con objeto de descubrirlo, sin que al bajar pudieran afirmar de positivo si era el río ó grandes bañados lo que habían descubierto.

Continuamos adelante, y como á la distancia de media legua de nuestro último campamento, se nos presentó otro arroyo cerrándonos la marcha, pero tan profundo y tan lleno de plantas acuáticas, que ninguno de nosotros pudo atravesar, por lo que completamente mojados le costeamos hacia al sur como media legua, teniendo la suerte de que á esa altura describiese una curva que le hacía revolver otra vez al N., lo que nos permitió continuar en nuestro rumbo. Otro arroyo más pequeño, paralelo á los anteriores y con anchos bañados á sus orillas, se nos presentó un cuarto de legua más adelante, el que pasamos sin tanta dificultad como los anteriores y casi sin hacer mención de haberlo visto.

Es indudable que en la estación de las lluvias deben estar inundados completamente todos los terrenos que hemos cruzado desde que caminamos al Naciente; es decir, desde que abandonamos la vereda de los indios que marcha por el límite del bosque; pues así lo hacen sospechar la profundidad del suelo, los extensos bañados, la clase de vegetación, las brozas enredadas en las copas de los arbustos, el color de la corteza, inferior de algunos troncos, las cantidades de hojas y de ramas secas amontonadas por la resaca contra los matorrales y la forma y tamaño de los tacuruces.

El arroyo último que hemos atravesado limita un gran bañado que forma herradura, como casi todas las ensenadas que hemos encontrado, y su diámetro mide poco más de media legua. Al E. el horizonte está completamente despejado; pero no se puede cruzar directamente á causa de impedirlo la espesa vegetación de esta ensenada, la que no puede incendiarse por ser muy tierna y jugosa.

El punto en que nos encontramos es precisamente el eje simétrico de esta figura, por lo que dado caso que el río corra del lado opuesto, me es indiferente para llegar á él tomar al

N., que tomar al Sur, y tanto más cuanto que, en ambas extremidades de este arco, se notan altas barrancas pobladas de palmeras. En esta alternativa mandé al cabo Gómez y al peon Maidana que costeasen al S., é hiciesen fuego en el caso de que por aquella parte descubrieran el río, y que en caso contrario se volvieran sobre nuestra huella. Y yo con los nueve hombres restantes tomé al N. E., hacia la opuesta extremidad del arco, que efectivamente terminaba en el brazo principal del río Paraguay, lo que infundió nuevo aliento.

Apenas avistamos el río, que ante nosotros corría en un solo canal de N. á S., pero que más abajo cambiaba rápidamente su rumbo al E., divisamos como á una legua aguas arriba ó sea al N., un puntito negro en medio del cauce que parecía una canoa con gente. En esta sospecha no permití que mi gente encendiera fuego para secarse, ni para hacer á Gómez la señal de haber encontrado el río, pues me parecía prudente sorprender á los indios antes de que nos apercibieran y pudieran emprender la fuga. Esperamos hasta que el punto negro, tomando forma poco á poco, nos dejó ver una gran canoa apiñada de cabezas humanas que bajaba tranquilamente hacia nosotros. Pero es el caso que la vista de los indios es tan penetrante, que á pesar de estar nosotros escondidos entre las ramas y los pastos, nos apercibieron perfectamente y se quedaron fijos en medio del río, haciendo señas hacia la costa de occidente á indios que en otras tres canoas tan grandes como la primera se les reunieron, dirigiéndose hacia la costa opuesta para desembarcar en un arenal limpio que en línea recta distaría quinientos metros de nosotros.

En vista de esto, dispuse que todos se quedaran inmóviles en el mismo lugar donde estaban desde que los habíamos apercibido y con las municiones prontas, aunque en actitud inofensiva, dejando las armas como estaban, unas á la espalda sujetas por el porta-fusil, otras en el suelo y otras apoyadas en los árboles inmediatos y que, sin hacer nada que pudiera revelar ajitación, esperásemos el desenlace. Sobre todo, les encar-

gué que no hablaran ni una sola palabra, ni dieran voces, si por casualidad se acercaban á nosotros, y que temieran más á los peligros que pudiesen venirnos por el río que los que pudieran llegarnos por retaguardia, pues era muy posible que si los indios venían con mala intención, hubieran combinado su plan atacándonos simultáneamente por tierra y por el río.

Nosotros éramos nueve hombres, bien armados y municionados y en una posición magnífica. Los indios nos parecieron como unos 50; nada había que temer y nadie temió si no es ellos, que, después de saltar á tierra, deliberaron largamente en voz tan alta que, aunque sin entender las palabras, llegaban hasta nuestros oídos, hasta que concluyeron por embarcarse y continuar su marcha aguas abajo y completamente pegados á la costa opuesta, lo que de nada les hubiera servido si yo hubiese tenido la mala intención de hostilizarlos.

Cuando llegaron al alcance de mi voz, les grité en portugués que viniesen hacia nosotros, porque éramos *mansos amigos*, *compadres y cristianos;* á lo que, después de deliberar unos instantes, contestó uno en buen portugués que no podían venir, porque el lugar donde nos encontrábamos era muy desierto; pero que Mayero venía muy cerca con un vapor de su propiedad y con él podríamos entendernos.

De pronto el secretario que, según mis órdenes, había guardado silencio no pudiendo reprimir un arranque de portuguesa elocuencia gritó: *fica lá!* muy convencido de que secundaba mis propósitos haciéndoles que se acercasen cuanto antes, sin apercibirse de que aquellas palabras encerraban una orden imperativa, completamente opuesta á mis deseos, que produjo su efecto; pues que los indios, al ver que le daban el alto, forzaron la marcha que antes habían contenido, sin dejarme tiempo más que para preguntarles si estaba cerca Bahía Negra, á lo que me respondieron que *moito pertinho* y desaparecieron aguas abajo en la revuelta que formaba el río.

Es excusado decir que reconvine al secretario ásperamente por su desobediencia y por las consecuencias dolorosas que

había producido, pues sin aquella impertinencia, dado caso que los indios no se hubiesen acercado, por lo menos nos hubieran dado informes más precisos.

Muy disgustado con este contratiempo y sin detenerme más en aquel lugar, corté la curva de la ensenada que me separaba de Maidana y del cabo Gómez, quienes habían encendido un grandísimo fuego, en señal de haber encontrado el río, y los que podían ser víctimas de un atentado por parte de los indios; idea vaga que pronto tomé por una realidad, cuando á lo lejos me apercibí de que Maidana, sin armas y sin sombrero, corría hacia nosotros haciéndonos señas desesperadas. Salimos á la carrera y cuando le alcanzamos nos dijo, que los indios habían desembarcado, que eran muy buenos y muy generosos y que venía á llamarnos de su parte para convidarnos, porque sabían por el cabo que estábamos sin almorzar y sin provisiones.

Cuando salí fuera de los pajonales de la ensenada, no pude por menos de sorprenderme muy agradablemente, en presencia del paisaje pintoresco que aquel lugar ofrecía.

Clavada en tierra una vara muy larga, á cuyo extremo estaba atado un pañuelo que había sido blanco; cuatro grandes canoas atracadas á la costa, dentro de las que quedaban algunas mujeres y niños y variedad de efectos como armas, baules, damajuanas, cestos, lios de ropa, y montones de huevos de aves acuáticas, y Gómez sentado en la pradera, con la carabina á la espalda, con una costilla de ciervo en la mano derecha y una botella de miel en la izquierda, y rodeado de una treintena de indígenas de diferentes sexos y edades, que se esforzaban en hacerle aceptar diversos comestibles y le obligaban á comer á dos carrillos.

Estos indios eran mbayás, que ellos se titulan cadubeus, y en todo semejantes á los de la aldea de Mayero, sin que notase en ellos otra nueva particularidad que la de tener los dientes aguzados á lima, como si fueran una sierra, y la de estar perfectamente vestidos, con buenos sombreros de paja, calzoncillos y camisas limpias y flamantes.

Interín descendía yo hasta el lugar á donde se encontraban, uno de ellos preguntó á Gómez, en portugués, si el viejo que venía primero era el comandante, y cuando éste respondió afirmativamente, un anciano robusto, buen mozo y de simpático aspecto, vino á abrazarme como si fuésemos antiguos conocidos y me dijo, por medio del único indio que hablaba portugués, que me conocía, pues le había dicho el capitán Neuille que yo era un comandante muy bueno, muy generoso, porque había regalado cigarros, y de muy buen corazón, porque había prometido rescatar unos muchachos de su familia, que tenían cautivos los chamacocos.

Este hombre y todos los demás nos obsequiaron con cuanto pudimos comer y cargar de lo que tenían en sus canoas, que era pan, huevos cocidos, fariña, miel de caña, pescado y carne de yacaré, de ciervo y de carpincho, á cuyos regalos correspondí yo dándoles 6,000 reis en billetes brasileros, que guardaba el secretario en una cartera de cuero, un cuchillo, todos los cigarros que llevábamos encima y lo que estimaron más, seis municiones de revólver.

En presencia de nuestro aspecto mútuo y de nuestra recíproca conducta, cualquiera hubiera imaginado que nosotros éramos los hijos de la naturaleza y ellos los hijos de la civilización. Nuestras caras estaban más sucias y más negras que las de ellos, nuestras ropas mojadas y llenas de barro se caían á pedazos, mientras que las suyas eran completamente nuevas, y nuestras armas brillaban menos que los lustrosos y pulimentados fusiles de pistón que, por un exceso de delicadeza ó por un alarde de confianza, habían dejado en las canoas.

El intérprete habló mucho conmigo, aunque con muchas contradiciones, que me dejaban en la duda de si sería verdad todo lo que me decía, aun cuando podría explicármelas por la falta que él tenía para expresarse en portugués y por mi torpeza para comprenderle.

Empezó por decirme que venían de Coimbra, en cuyo *presidio* les había regalado el comandante pólvora, ropas y comes-

tibles, y que todos los años hace lo mismo con ellos, por lo que ningún *cadubeu* deja pasar un año sin ir con toda la familia á visitarle. Que la caza y pesca que traían en sus canoas, así como los huevos de aves acuáticas, eran muy abundantes para los que viajan como ellos despacio y en canoa. Que los fusiles se los regala el comandante principal de Matto-Grosso para que maten la *onça*. Que el humo que notaron ayer tarde les alarmó, porque creyeron que estaban allí los chamacocos, que son tan malos que *yantan a gente*. Que nos apercibieron tan pronto como nos presentamos sobre la barranca del río, porque con motivo del miedo que tienen á los chamacocos iba siempre una lancha por el medio del canal en observación, mientras que las otras marchaban cazando cerca de la costa, y que cuando nos vieron se pasaron á la costa opuesta y deliberaron sobre si deberían seguir aguas abajo ó internarse por un arroyo, que afluye al río Paraguay en el mismo lugar donde saltaron á tierra. Que aunque muchos dudaban si éramos chamacocos ó cristianos, prevaleció esta idea, porque el gefe de la familia, que es el anciano que me ha abrazado, les dijo que le constaba que andaban por el desierto unos soldados cristianos en busca de camino para Bolivia. Que cuando yo les hablé, él quería acercarse hasta nosotros y que lo estaba proponiendo, cuando uno de nosotros les gritó que no se movieran de allí, por lo que salieron escapadas las dos primeras canoas y después las otras dos. Que en la revuelta del río se pusieron camisas y pantalones, con la intención de retroceder para visitarnos, pero que habiendo apercibido que los llamaban cristianos desde más abajo, haciéndoles señas con una bandera blanca, decidieron, sin miedo ninguno, atracar á donde los encontramos.

Dijo también que todos ellos no constituían más que una sola familia, que vivía á dos días de camino aguas abajo, entrando por un riacho que está frente al segundo *cerro* de la costa oriental y como á seis leguas de *Borbón*, á cuyo pueblo nos convidaban para el día de nuestro regreso, donde seríamos

obsequiados con una gran fiesta. Que él se llamaba Juan Joaquín y que era muy rico, porque tenía muchas vacas y muchas *notas;* y por último dijo que la Barranca de los chamacocos la podríamos alcanzar, siguiendo la costa del río, á los tres días de camino, sin tropezar con ninguna dificultad para el paso de nuestros animales ni aún del carro.

Preguntado si habría entre ellos alguno que, mediante una buena paga, se animase á servirnos de guía hasta las Salinas de Santiago ó hasta la Barranca de los chamacocos, me respondió Juan Joaquín que á las Salinas no sabían el camino ni tampoco irían aunque lo supieran, porque estos indios del poniente *se comen los centinelas*, y que á la Bahía Negra él se animaba á ir, siempre que le dieran 60,000 reis, y que fuera verdad que yo tenía cuarenta hombres, tan bien armados como los diez que me acompañaban.

Aunque me alegró mucho tener un guia práctico por tan poco precio, no quise aceptar inmediatamente la condición que me imponía para no darle á comprender lo mucho que le precisaba; pues entonces era posible que hiciera subir sus exigencias hasta un punto que me fuera imposible satisfacerlas. Así, pues, empecé por hacerle presente que con 30 patacones se puede comprar diez vacas en su tierra, y en la mia un fusil como el que tenía en la mano, cuyo proyectil mata á quinientos pasos y hace diez disparos en menos tiempo que el que él precisa para cargar su fusil; pero como él me arguyese que no precisaba de la plata y que más bien se había ofrecido á acompañarnos por complacencia, me dejé convencer y prometí pagarle lo que me pedía, aunque lo quisiese adelantado. Juan Joaquín entonces consultó en lengua mbayá á sus compañeros y después de una breve discusion me dió la mano, exigiéndome que le dijera lealmente si todos los que me acompañaban eran ciertamente cristianos ó si había entre nosotros algún indio del poniente, á lo que le respondí que él debía comprender que si tuviese conmigo algún indígena no le precisaría á él para *baqueano*.

Convencido de este irrefutable argumento, me dijo que sólo le faltaba para decidirse el consentimiento de su mujer, en busca del cual bajó hasta una de las canoas, en que estaba una india robusta, con un niño en brazos, quien al oirle se enfadó, gritó mostrándole la criatura, como si pretendiera por su intermedio disuadirle del propósito de acompañarnos. El pobre Juan Joaquín cedió á los ruegos de su esposa, y muy cabizbajo subió hasta el lugar donde me encontraba para decirme que no podía venir conmigo, porque su mujer no le dejaba. Que lo sentía mucho, por más que comprendía que no era necesario, pues, que como nos había dicho, no había dificultad para llegar á Bahía Negra caminando al N., sin abandonar la costa.

Viendo que no había medio de reducirle, porque entre los indios mbayás ejercen las mujeres tanto influjo como entre nosotros, escribí con lápiz una carta para el capitán del primer vapor que cruzara el río, en la que diciéndole quién era, á dónde iba y cuáles eran nuestras circunstancias, le suplicaba que hiciera saber esto á D. José María Bello, comerciante de la Asunción y representante en aquel punto de la Empresa Brabo, carta que puse en manos de Juan Joaquín para que él me hiciera el servicio de mandarla á bordo del primer buque que pasara.

Recibió Juan Joaquín la carta, y después de mirarla y remirarla treinta veces me la devolvió, diciendo que escribiese en ella que el capitán del buque le diera un puñado de cigarros, cuya postdata añadí con mucho gusto.

Por último, á las 12 en punto del día y después de habernos dado de cuanto tenían y todos los informes que les pedimos, se despidieron de nosotros con muestras de la mayor simpatía y continuaron aguas abajo su camino, siempre invitándonos á pasar unos días en su aldea.

El informe de los indios acerca de las facilidades que ofrecía el camino para llegar hasta la Barranca de chamacocos, no me inspiraba completa confianza, por lo que me era muy sensible construir tres grandes puentes para trasladar el campa-

mento general hasta el lugar donde me encontraba, cuando tal vez poco más arriba de la costa volvieran á presentarse dificultades iguales ó mayores, que nos dejasen más encerrados que nunca y más imposibilitados de retroceder; por más que la barranca en que estaba se elevaba 3.50 metros sobre el nivel del río, que es lo suficiente para no correr el riesgo de anegarse.

Deseaba cerciorarme por mis ojos de la verdad. Eran las 12 del día. El calor inaguantable, la gente sin abrigos ni provisiones y á más de cinco leguas del campamento general y de dos y media del lugar donde habíamos dejado la mula de vanguardia con los equipajes y la poca fariña.

¿Quién quiere atormentarse conmigo? pregunté, y Gómez respondió:—Estos cinco, que nos hemos puesto de acuerdo adivinando lo que Vd. pensaba. Estos eran Gómez, Cueva, Maidana, Santiago y Tiburcio, á quienes miré con agradecimiento, sintiendo que no estuviese en mi mano el recompensarlos en la medida de sus merecimientos.

Con objeto de escribir mi diario, pues me había dejado el libro en la mula de vanguardia, pedí al secretario una cartera que yo le había comprado para la contabilidad, la que se resistía á entregarme, hasta que le dije con franqueza que arrancase de ella todo lo que tuviera escrito en contra mía y se apresurase á dármela, lo que hizo con bastante turbación.

Al sargento Estigarribia le encomendé la gente que regresaba y le entregué una hoja de la cartera del secretario en la que estaban escritas estas palabras: «*Pagani:* Un cohete á las 8 y otro á las 12 de la noche. Hacia donde vean humo ú oigan disparos mande exploradores con ropa de abrigo y algo de comida. *Cominges.*»

Nos despedimos *hasta luégo* de los cinco hombres que iban á reunirse con Gutiérrez para regresar al campamento general, donde debían estar antes de las 12 de la noche, á fin de que no me faltase absolutamente la señal de los cohetes, interín permaneciera fuera del campamento, y nosotros nos quedamos á

la orilla de unas palmeras, que apenas daban sombra, donde nos desnudamos completamente y tendimos nuestras ropas que no tardaron en secarse merced á los candentes rayos de un Sol abrasador, y mientras tanto fajamos las heridas de los pies que todos tenemos, no sólo por los pinchazos, sino por las que se forman cuando se camina con las botas llenas de agua.

Á las dos p. m. nos pusimos en marcha por la costa, andando cuatro leguas en línea recta, pues abandonamos en lo posible las inmensas curvas que describe el río en sus infinitas ensenadas.

Estas ensenadas del brazo principal del río, así como las que se forman en sus canales secundarios, afectan siempre la forma de herradura y los arroyos que á ellas afluyen no las cortan por su eje simétrico sino que, como ya lo tengo dicho, se dirigen al río paralelos al contorno. Aunque el río se encuentra en su mayor bajante, algunas de estas ensenadas están cubiertas de agua; pero por regla general están secas y si no pueden cortarse diametralmente, no es por causa de los arroyos que las circundan, sino por la espesura de los pajonales que en ellas vejetan y más que todo por la poca firmeza de un piso compuesto de una capa espesísima de resíduos vejetales, que están semicarbonizados, por lo que no pueden solidificarse formando un lecho de *mantillo.*

Por otra parte, es verdaderamente peligroso el aventurarse entre las pajas de estas ensenadas que constituyen la guarida de las bestias más feroces, de los más ponzoñosos reptiles y de una nube de mosquitos de picadura enconosa, que se introducen por las narices, por los oídos y hasta por los ojos.

La costa del río se compone, ó de barrancas elevadas sobre su nivel ordinario, dos á cuatro metros, cubiertas siempre de palmeras, ó de grandes bañados de mayor extensión que las barrancas, que son los que, en forma de herradura, constituyen estas ensenadas.

El que se encuentra sobre una barranca de la costa se imagina que, al llegar á una de estas ensenadas, la barranca que

hasta entonces ha venido costeando el río dará la vuelta para costear estos extensos bañados y continuar de nuevo paralela al río; pero se engaña, porque, por regla general, los terrenos que se encuentran en el Chaco, á un cuarto de legua de la costa, son siempre más bajos que las barrancas de la costa. Así es que en la estación de las lluvias no hubiéramos podido dar un paso fuera de estas barrancas, porque al salir de una para costear la ensenada que de otras nos separaba, teníamos que caminar por terrenos sumamente bajos y que atravesar uno ó dos arroyos más ó menos secos, que con las ensenadas confluían.

Por esta causa, los que recorran estos parajes en estación adecuada, si quieren adelantar camino, deben marchar paralelos al río; pero no precisamente por la ribera, sino todo lo interiormente que los bañados lo consientan, con lo que se evita rodeos infinitos.

Esto no quiere decir que, desembarcando en cualquiera de estas barrancas, no pueda casi siempre contarse con un par de leguas cuadradas de terrenos inmejorables, que nunca se inundan; pero que quedan aislados por las aguas en la estación de las crecientes.

Á la orilla más interior de una de estas ensenadas y próximos á un arroyito, en el lugar denominado las Tres Palmas, hemos pasado la noche sin abrigo, sin leña y con muy poca agua. Por fortuna, Dios nos ha proporcionado un ciervo muy grande, que pudimos asar con mucha dificultad en unas varitas semi-herbáceas, con el que tuvimos para matar el hambre y para guardar que comer al siguiente día.

Con el fin de que los del campamento general que, según mis cálculos, deben estar legua y media de nosotros, hacia el O., puedan apercibirse de la posición en que nos encontramos y mandarnos mañana las ropas que tanto precisamos, durante la noche he prendido fuego á los pajonales de la ensenada que tenemos al costado, y arde de una manera tan espantosa, que no hay ruido de tormenta con que pueda *compararse*.

Á la media noche, miramos con todo empeño hacia el O., para ver si descubríamos las luces del cohete que debían elevar desde nuestro campamento, pero nada vimos, lo que nos afligió mucho, porque no eran los árboles ni la distancia lo que podía impedirlo, sino alguna otra causa que no me explicaba.

. . . . . .

Día 14 de Setiembre.

El frío de la noche era inaguantable, por más que la pasamos enterrados hasta el cuello en un montón de *totoras*.

Al romper la marcha en rumbo N., no podíamos caminar, á causa de los dolores reumáticos producidos, tanto por la humedad del día anterior, como por el entumecimiento ocasionado por el frío de la noche, y sobre todo, por las vejigas de los pies; pero era preciso reconocer el camino; y despacio al principio, y corriendo después, cuando entramos en calor, anduvimos tres leguas hasta las 9 a. m., en que ya el calor se dejaba sentir de una manera insoportable.

Hoy como ayer, no hemos caminado sobre la misma costa sino retirados de ella á cierta distancia, para evitar rodeos, por lo que no pocas veces he dudado si volvería á encerrarme en un nuevo laberinto de arroyos y pantanos, supuesto que la costa no se compone sólo de barrancas y ensenadas, sino que en muchas ocasiones penetran brazos del río más ó menos grandes, más ó menos limpios, y que á más ó menos distancia vuelven de nuevo sobre el canal principal. Uno de estos brazos es el que más ha excitado mi desconfianza, porque me hizo marchar una hora al N. N. O., por lo que me resolví también á seguir su orilla, cuando cambió al N. N. E., que á su vez era costeada por el límite de un bosque alto, frondoso y de preciosas maderas.

Por fin, el monte se abría en una calle recta y limpia de

200 metros de anchura, descubriendo al N. y á muy poco distancia el canal principal del Paraguay.

Era aquel lugar el más pintoresco de cuantos había visto, pues además de ser una esplanada, cuatro metros más elevada que el nivel del río, estaba poblada, por excepción, de robustos vegetales dicotiledóneos, y no de las monótonas palmeras que, por lo general, visten la costa; tenía por el N. N. O., un extenso bañado cubierto de aves acuáticas y al N. se descubría el río hasta perderse en el horizonte.

No es á mí sólo á quién debió parecer bien aquel paisaje, supuesto que en él existían tan recientes señales de indios, que llegué á pensar si estarían pescando al pie de la misma barranca, donde me encontraba en aquellos momentos.

Nos desayunamos, y convencidos de que Juan Joaquín no había mentido, volví pies atrás, con intención de caminar aquella tarde las siete leguas que me separaban de la Barranca del encuentro, si antes no encontraba por el camino algún enviado del campamento general con los efectos pedidos, pues no era posible soportar tres noches tan malas como la pasada últimamente.

He visto varias veces en Tucumán llegar el termómetro centígrado á 63°, sin que se asfixiasen las personas, temperatura que resistía perfectamente, sin que me pareciese muy extraordinaria; pero la de hoy temo que acabe con la vida de algunos de nosotros. Llevamos bajo el sombrero hojas de palmas, que refrescan mucho la cabeza é interceptan los rayos del sol.

Al medio día llegamos al campamento de las Tres Palmas, y como, por los rumbos y distancias recorridas, infiero que no podemos estar muy lejos del campamento general, del que, á seguir por el camino que ya conocemos, nos apartan doce leguas y tres lagunas importantes, me decido á correr el albur de perder un día de camino, ó ganar dos, marchando sobre él directamente, por lo que tomé recto al O., en la seguridad de que encontraría los pantanos y los arroyos que el día 12 cerraron el paso á los exploradores; pero que tal vez hoy nos

lo permitiesen á nosotros, no sólo porque íbamos á pie, sino también porque yendo yo, se harían para ello todos los esfuerzos posibles. Por otra parte, las dificultades del otro camino ya me eran conocidas, y precisaba saber si las de éste, que era la tercera parte más corto, serían también menores.

¡Pobres compañeros! Esta tarde, si que os he dado motivo para insubordinaros!

Á los pocos pasos de cambiar el rumbo, la misma bahía que por la cuerda habíamos pasado en seco y sin pasto la tarde anterior, al continuarla por la ságita, empezó á molestarnos con un pastizal tupido, que nos cerraba el paso, hasta el extremo de tener que relevarnos frecuentemente con el que marchaba á la cabeza haciendo huella, y poco á poco fué agravándose este inconveniente, pues se empezó á pisar sobre terreno blando, hasta entrar de lleno en un bañado con una cuarta de agua completamente corrompida.

El calor del sol, las dificultades que oponían el pasto, el agua y el piso cenagoso, eran como para hacernos regresar; mas como quiera que ya llevábamos andada media legua, y no muy lejos de nosotros divisamos un palmar limpio y elevado, comprendí que más fácil nos sería llegar hasta él, aunque fuese nadando, que retroceder aquella media legua, para lo cual á nadie quedaban fuerzas. Pero como estaba escrito que éste había de ser el día de la prueba, la cuarta de agua se trasformó en un metro con un cieno en el fondo y con unas espadañas tan enredosas y enmarañadas, cual no puede describirse.

Al detenerse la gente en presencia de aquella barrera insuperable, y al mirarme como quien aguarda una solución para aquel conflicto, reuní el poco aliento que me quedaba y les dije:—No puede ser muy ancho, hemos visto pocos arroyos de más de doscientos metros, ¿quién tiene fuerzas para volver atrás?

Penetramos, no prestándonos apoyo, no abriendo un callejon entre las totoras y los juncos para marchar unos tras otros, no agrupados para defendernos de la multitud de sucuríes, y de

yacarés, que cruzaban por debajo de nosotros, sino en ese desórden propio de la fatiga y el espanto, en que no resta más esperanza ni más idea generosa que la de salvar el individuo.

¿Cuál era la anchura de este curiche? No lo sé.

¿Cuánto tiempo empleamos en cruzarle? No lo sé tampoco.

Sólo sé que al ganar la opuesta orilla, cada uno de nosotros caía á tierra sin aliento y sin preocuparse mucho de si estaban vivos ó muertos sus compañeros de desdichas.

Bien conozco que si este diario llega á publicarse, al leerlo los que no hicieron en su vida otra cosa que pasearse con botas de charol por las aceras de las ciudades, tendrán por muy débiles á los expedicionarios, que se rendían de fatiga por haber pasado una laguna en que les llegaba el agua á la cintura. Créanlo, enhorabuena, pues que yo, que llevo en mi vida varias expediciones arriesgadas, también lo hubiera creido.

Poco á poco se reanimaron nuestras fuerzas, y no sin admiración nos miramos mutuamente, porque cada uno de nosotros creía haberse salvado, en virtud de un milagro que Dios había hecho exclusivamente en obsequio suyo.

Estábamos en el palmar; pero un palmar que, aunque limpio y elevado sobre el nivel del agua, era una faja que no medía cincuenta metros de anchura y que estaba separado de un frondoso bosque del O., por otro lago de menor anchura, aunque de profundidad desconocida.

Tiramos al N. y al S. para ver si descubríamos algun pasaje que nos llevase al bosque fronterizo, pero en vano; el lago que se extendía delante de nosotros se perdía en el horizonte por ambos rumbos.

Cuando nos convencimos de nuestra situación, acabó de desaparecer en nosotros todo lo que teníamos de entes morales, para dar con más fuerza paso á los instintos.

Nada ordené. Tiburcio, el más joven y el más robusto de los expedicionarios, desenvainó el machete y se arrojo al agua, yo dí un paso para hacer lo mismo y un enorme sucurí, apareciendo por debajo de Tiburcio, cruzó junto á mí y tuve la

suerte de ultimarle con tres balazos de revólver. Salté sobre él, y no ya nadando ni caminando sobre el piso cuya profundidad no me tomé la molestia de reconocer, sino tendido de pechos sobre aquella camada espesa de juncos y ninfeas; ya flotando, ya sumergido hasta el pescuezo, y siempre practicando esfuerzos de que me creía incapaz, gané la orilla opuesta anonadado; pero con la esperanza de que por entónces se habrían acabado los curiches.

—Ni un paso más, grité. Encender fuego, desnudarse, sequemos nuestras carnes y nuestras ropas. Pero no hay fosfóros; la caja que el cabo Gómez había reservado en el sombrero se había inutilizado en una de las muchas inmersiones.

Esto es lo peor. Es ya muy tarde, estamos temblando, no podemos secarnos ya con el calor del sol, no tenemos abrigo, no sabemos á punto fijo las distancia que nos separa del campamento; pero no ha de ser poca porque nuestra jornada de cuatro y media horas no ha alcanzado á los tres cuartos de legua; en fin, no tenemos cena.

Esta era nuestra situación, cuando de pronto el cabo Gómez, que se había retirado algunos pasos, gritó con estrepitosa alegría:—Dormiremos en el campamento. Aquí está mi huella del día 12 cuando vine á explorar con Simeón. Este es el pantano donde se perdía la huella de los indios. Dos leguas nos separan del campamento!!

—Pues un esfuerzo y adelante!

Con sol todavía hemos llegado al campamento, y se ha cenado perfectamente, porque el doctor y Pagani habían carneado un buey en esa misma mañana.

Desde el campamento general vieron muy bien nuestros fuegos y aunque sin orden ninguna, porque las gentes de la vanguardia que venían con el sargento Estigarribia por una desidia reprensible no habían llegado sino á las 12 de ese día, mandaron espontáneamente exploradores sobre el rumbo aquella misma mañana, los que nada pudieron hacer á causa de la barrera insuperable de los pantanos y á quienes ni siquiera se

les ocurrió hacer humo ni disparar sus armas, sino regresar cuanto antes al campamento á disfrutar de la carneada.

¡Cuán dulce es descansar en seguridad en medio de los compañeros, sobre un blando lecho de totoras y bajo una carpa! ¿Qué palacio suntuoso podrá compararse con esta blanca tienda tendida bajo las esbeltas palmas del desierto, donde el peligro estrecha nuestra amistad y donde todos trabajan para uno y uno para todos?

Hace dos horas que pensábamos morir, ó de fatiga ó despezados por los innumerables cocodrilos, que nos cruzaban en todas direcciones, ó asfixiados por el calor, ó envenenados por las serpientes ó estrangulados por el colosal curillú, á quien tuve la fortuna de quitar la vida. Ahora estamos abrigados y seguros.

¡Bendito sea Dios!

. . . . . .

Día 3 de Octubre.

Como hemos fondeado durante toda la noche por causa de la gran bajante, no llegamos á la colonia Apa sino á las 10 a. m.

Salto á tierra dejando al sarjento Almeida el cuidado de ir entregando á la lancha de á bordo los equipajes que yo recibo en tierra, operación que fué larga por el mucho material que tenemos y la falta de peones para ayudarnos en esta faena.

El doctor no baja á tierra, pero grita al Sr. Director de la Colonia, compatriota suyo, que vaya á bordo porque tiene que decirle cosas que le interesan, á lo que se presta el Sr. de Amicis, permaneciendo en conversación con él durante todo el tiempo que tardé en la descarga de mis efectos.

Una vez terminada, regreso á bordo; entrego al Sr. Morrel para el Sr. Brabo un paquete de cartas y una copia de mi Diario de Viaje hasta aquella fecha, y le encargo de decirle: *que en el*

temor de que pudiesen parecerle pequeños los esfuerzos que tengo hechos para secundar sus altos propósitos, me quedo en el Apa con la resolución irrevocable de penetrar yo solo en el desierto, cuyos misterios he de descubrir, aunque sea á costa del cautiverio, y que no le pido otra cosa sino que mire por mi mujer y por mis hijos.

Dicho esto, nos abrazamos con lágrimas en los ojos, y sin escuchar sus protestas, me desprendí de él y gané la canoa que me condujo á tierra.

D. JUAN DE COMINGES Y LOS CACIQUES PICHON Y CARAYÁ

EXPLORACIONES

AL

CHACO DEL NORTE.

DIARIO DE LA SEGUNDA EXPEDICIÓN

REALIZADA EN OCTUBRE Y NOVIEMBRE DEL AÑO 1879.

Día 6 de Octubre.

Es el cacique Michí, jefe de una pequeña toldería de indios Angaités, situada en la costa occidental del río Paraguay, á los 22°27' de latitud, frente á una extensa isla que en esa parte forma el río, cuyo canal principal es el del Oriente y frente también á un camino abierto en el bosque de la Colonia Apa, que desemboca sobre la costa, á media legua de la población.

Este cacique representa unos cuarenta años de edad, es pequeño de estatura, afectadamente dulce en el trato, colérico con los suyos; interesado, exigente, antojadizo, pedigüeño, borracho, embustero, taimado, desleal y ladrón; defectos, más que propios de su raza, hijos de las circunstancias en que le ha colocado la situación topográfica del lugar donde radica su toldería.

Su proximidad á la costa es la causa de todas sus desdichas y de todos sus vicios.

Jamás pudo ser agricultor ni ganadero, porque hubiera sido siempre la primera víctima en cada una de las antiguas y modernas incursiones de los Mbayás de la ribera opuesta.

Tuvo que conformarse con pesca y caza para sustentarse, y con alguna galleta lanzada, por misericordia ó por entretenimiento, por los pasajeros que, desde los vapores, gustan ver la agilidad que en la natación y en el manejo de la canoa despliegan estos humanos anfibios.

Sus relaciones con la gente civilizada, en vez de servir para modificar sus tendencias naturales, produjeron el efecto contrario, supuesto que vivió siendo víctima de los cristianos en todas sus transacciones comerciales, interín no aprendió á mezclar la cera con resina y á tramar los plumeros de avestruz con *Tamá* (1) gruesa. Y por si sus propios escarmientos no eran bastante para enseñarle á engañar á los cristianos, éstos se convirtieron más directamente en preceptores del crimen, pues seduciéndole con licores que le corrompían el alma y el cuerpo, tentáronle la vanidad y la codicia haciéndole comprender que podría explotar en su provecho las relaciones en que vivía con los indios del Interior, supuesto que sin él, no podrían cambalachar con la gente civilizada, por falta de intérprete y de canoas para pasar el río.

Por otra parte, poco podría aprender de moralidad con el ejemplo que le ofreciesen las gentes del Salvador, las del Apa, ni la de los barcos de vela, que faltos de viento hayan fondeado algunas veces cerca de su toldo.

La malicia de este hombre es tan extraordinaria, que no sólo ha hecho comprender á los indios del Interior que les es útil é indispensable por sus buenas relaciones con los cristianos, sino también por ser un gran filólogo, que puede entenderse indistintamente con todas las razas humanas en su infinita variedad de idiomas, siendo así que su repertorio en guaraní, no alcanza á cuatro docenas de palabras, y en castellano á una docena de desvergüenzas que, con habilidad extraordinaria, pronuncia siempre ante los cristianos, á fin de que, la hilaridad que sus dichos provocan, haga creer á los incautos indios, que

(1) Cuerda gruesa fabricada con una bromelia llamada *Caraguatá*.

trae engañados para que cambien una libra de pluma de avestruz por un anzuelo, que proviene de su mucha sabiduría y del cariño que le tienen.

En la actualidad, todas sus relaciones con los cristianos se limitan á las que puede tener en ese pequeño obraje que se llama Colonia Apa, donde los peones suelen cambiar de querida con más frecuencia que de camisa y calzoncillos, y donde además de explotarle cuanto pueden á él y á los que trae enganchados, cambiándoles por fruslerías los productos del desierto, les obligan á trabajar sin más retribución que un puñado de maíz, ya sea en la limpieza de las calles ó ya en el cargamento de los buques.

En una palabra, el cacique Michí es un hombre peligroso y repugnante, como lo son todos los indígenas cuya educación proviene del bajo comercio que los explota, los degrada y los corrompe.

Sin embargo, el cacique Michí no debe ser un hombre incorregible por cuanto que no ha llegado á corromperse hasta el punto de ser ingrato, supuesto que él y todos los de su tribu han sido bastante inteligentes para apreciar en su justo valor los quilates de virtud del único hombre ilustrado y justo que han conocido entre los de nuestra raza. Este es el caballero francés don Cárlos Rux, á quien tengo la suerte de conocer y á quien apreciaría sin conocerle, aunque no fuese más que por las simpatías que ha sabido conquistarse entre los indios, durante los pocos años que ha sido Director de la Colonia Apa.

La familia de este cacique es bastante numerosa, y entre sus hermanos hay cuatro caciques, dos en posesión de sus tribus, y dos *in pártibus*, los cuales le respetan como á Minerva, y le temen como á Júpiter, valiéndose de él como intermediario en todos sus cambalaches; circunstancia que hace que estos indios sean mejores que su hermano, siendo entre todos el cacique Tuyá un anciano de maneras simpáticas, de carácter sencillo y de recta conciencia.

En cuanto á sus otros hermanos, que no eran caciques, sus

hijos, sobrinos y demás gente de armas que le acompañaban, sólo puedo decir, por ahora, que eran buenos mozos, súcios, desarrapados, melancólicos y sumisos á los mandatos de su jefe.

Este era el hombre, por cuyo intermedio y después de haberle regalado una carabina rémington, víveres, ropas y otros utensilios, y de prometerle mucho más para mi regreso, había yo conseguido ponerme en relación con el cacique Queirá, poderoso jefe de los Guanás, que había de conducirme hasta las últimas tribus del desierto y volverme al Apa en el término de *dos lunas*, llevando también á Michí para que me sirviera de intérprete, que era para mí lo mismo que marchar solo, supuesto que yo, que conozco muy poco el idioma guaraní, tenía que valerme del cacique Michí que lo comprendía menos, para que éste, que sólo habla bien el dialecto Angaité, tuviera á su vez que traducir mis palabras á la lengua guaná; de modo que aunque no aseguro la claridad y precisión con que mis preguntas llegarían hasta los oídos del cacique Queirá, debo inferirlo por las desatinadas respuestas que recibía por medio de mi famoso intérprete, hasta el extremo que, habiéndole preguntado al Queirá si caminaríamos cuando saliese la luna, me respondió que eran de cuero de ciervo.

El cacique Queirá es un hombre suficientemente viejo para tener biznietos y lo bastante jóven para tener bisabuelo, lo que basta para hacer comprender que los guanás viven mucho y que tienen hijos más pronto que ninguna de las razas humanas conocidas, y sobre todo, que éste debería ser un hombre importante y poderoso entre los suyos, por cuanto que el poder de estas gentes estriba en tener una familia numerosa. Con efecto, he perdido la cuenta de los hermanos, hijos, yernos, tios y sobrinos que me ha presentado, resvestidos con el título de caciques de tribus más ó menos numerosas, caciques que le consideraban con el mayor respeto, y á quienes él trataba como inferiores, á pesar de que algunos eran muy ancianos.

Queirá es de formas atléticas, y aunque su nombre quiere decir gordo, no lo es tanto que aparezca desproporcionado. Su

aspecto es arrogante, y su fisonomía, que no revela nada de perspicacia, descubre un fondo de valor, de honradez, de satisfacción de sí mismo y de confianza en sus propias fuerzas. Sobre su rostro hundido aparece una nariz muy chica y remangada, encima de una boca pequeña y siempre abierta, pero que nunca ríe. Sus ojos son pardos y rasgados, y su mirada inmóvil é impenetrable. Como todos los de su raza, no tiene barbas, cejas ni pestañas. Una frente plana, una cabeza cuadrada y enorme, colocada directamente sobre los hombros, y una negra cabellera, que por su rigidez se levantaba para caer de nuevo sobre su desnuda espalda, completan el retrato físico de mi compañero de viaje.

Es inútil decir que su escolta de 18 Guanás, está compuesta en su totalidad de individuos de su familia, entre los que vienen dos hermanos, tres hijos, dos yernos y algunos sobrinos, cuyos retratos, procuraré trazar oportunamente, en el transcurso de este diaro.

No porque Michí me lo hubiese dicho, sino porque el cacique Queirá, contándose los dedos de las manos y de los pies y señalándome el curso del sol, me había manifestado el tiempo que sería preciso emplear para ir y volver hasta las Salinas, me previne yo de 40 salvavidas cargados de fariña, tasajo, *rapadura*, galleta, café, y algunas latas de conservas, con lo que reduciéndonos, como estaba convenido, á 20 personas y auxiliándonos con la caza, la pesca y los demás recursos del desierto, teníamos de sobra para comer hasta el regreso, y no cargué más, porque, como nuestra marcha debía ser á pie, era preciso economizar el peso para no fatigarnos en demasía. Sin embargo, en virtud de lo pactado y por mi propia seguridad, regalé seis carabinas rémington que se distribuyeron, quedándose Michí con una, como ya tengo dicho, Queirá con otra, y las cuatro restantes entre los parientes de éste que más confianza le inspiraban.

Además del peso de los salvavidas y de las armas y municiones con que cada individuo debía caminar cargado, comprometí

á dos para que cada uno llevara una de mis mantas de lana, y distribuí á todos camisas, pañuelos, cuchillos, agujas, anzuelos, collares, de los que el cacique Queirá llevaba dos docenas. Y no era éste sólo el peso que debían conducir los indios hasta sus tolderías, pues que cada uno de ellos llevaba algunas chucherías, cambiadas en el Apa por sus plumeros tejidos y cueros de tigre, y sobre todo dos ó tres azadones que pesaban lo menos otra media arroba.

Un hijo de Queirá, cacique también, y uno de los indios más cariñosos entre los que he tratado, se ofreció á llevar sobre su carga ordinaria, una bolsa con un acordeón, con el deseo de que yo divirtiese á los indios del desierto con esta música como les había divertido á ellos.

El morral que yo llevaba, además de dos mudas de ropa, compuestas de blusa, pantalón de dril, pañuelo, camisa y medias, contenía un estuche de comer; compuesto de cuchara, tenedor y cuchillo, todo en una pieza, otro cubierto de metal blanco, un plato de lata, seis vasos de lo mismo, cónicos y enchufados uno en otro, una brújula, un mapa, un libro en blanco, un lente, dos lapiceros, un frasquito con ácido fénico, un rollo de tira emplástica, un paquete de quinina, una venda, un pedazo de piel de gamuza, un frasquito de azogue, un peine, agujas é hilos; y sobre esto, 25 cartuchos de rémington, 25 de revólver, una moneda de oro de 10 patacones, 50 cajas de fósforos, 10 paquetes de cigarrillos y una pala, completaban lo pesado de mi mochila, que, con el apéndice del rémington y el revólver, bastaba para fatigar al hombre más robusto.

Todo lo tenía preparado y distribuido entre los Guanás y los Angaités, que debían acompañarme; pero como Michí me había engañado tantas veces, y como por otra parte me parecía tan inmensa mi felicidad de penetrar hasta el corazón del Chaco, donde jamás se ha impreso la huella de ningún hombre civilizado, con excepción del malogrado Ayolas, dudaba aún de que la fortuna, que tan adversa me había sido durante la primera expedición, me fuera propicia al empezar la segunda.

Por fin, despedido por las gentes del Apa como puede serlo por sus deudos el que sale de la capilla en dirección al suplicio, partí rumbo Sud, con mis 40 acompañantes indios, por una senda de media legua, abierta en el bosque y paralela al río, al fin de la cual y en un puentecito oculto entre las ramas, esperaban las tres canoas del cacique Michí, que en pocos viajes nos pasaron con nuestros efectos á una barranca de la costa occidental, que enfrenta con el límite de la isla del Apa.

Eran las cinco de la tarde, instante que nunca olvidaré por el cúmulo de fuertes emociones que agitaban mi espíritu.

Si algo tenía que temer de los indígenas, aquél era el momento de que se realizaran mis temores, pues estaba solo en su propio territorio y rodeado de 40 hombres que la sociedad llama salvajes, entre los que había muchos también armados como yo, y no pocos de feroz aspecto, cuyas siniestras figuras aparecían más horripilantes al dejar ver, entre sus cabellos desgreñados y los plumeros que ocultaban sus obtusas frentes, un rostro desfigurado por las pinturas más extravagantes que puede trazar la aberración humana.

Pero no eran temores sino esperanzas y esperanzas risueñas las que me hacían sentir y gozar entonces con toda la plenitud de mi existencia.

¿Llegaría yo hasta los toldos de los Guanás?

¿Sería mi mano la que descorriese el tupido velo que hasta hoy ha ocultado á los ojos de la civilización las misteriosas selvas del desierto?

¿Volvería alguna vez al seno de la sociedad y de la familia?

¿Recompensaría la Providencia todos los martirios de mi vida, permitiéndome la honra de ser útil á los infelices desgraciados hermanos que aún vejetan en las tinieblas de la ignorancia?

¿Comprendería la empresa á quien sirvo, el nuevo sacrificio que me imponía voluntariamente para realizar á toda costa sus atrevidos intentos?

¿Sería calificado nuevamente de loco temerario, que no tiene

la conciencia del peligro, por esa sociedad degenerada, que ya no mira sino á través del prisma de su concupiscencia?

Estoy tranquilo.

No temo el anatema de los hombres. No temo los obstáculos de la naturaleza. No temo la malicia de los hijos del desierto.

Una voz secreta, un presentimiento inexplicable me dice que, al fin, el éxito coronará mis sacrificios.

No hay duda que muy en lo posible estaba el que aquellos indios, que habían ayunado durante las 24 horas que pasaron en el Apa, al verse en territorio propio, excitados por el apetito y cargados cada uno con una alforja de provisiones, hubieran devorado á su antojo la parte de ellas que más les hubiese apetecido, sin consultar con sus caciques ni menos conmigo, que ninguna autoridad representaba, sino con sus instintos como bárbaros que son.

Así me lo esperaba, pero tuve la fortuna de engañarme; pues éstos depositaron ordenadamente sus cargas sobre la barranca y se tumbaron en tierra, aguardando sin duda las órdenes de sus caciques.

Comprendía mi posición. Aquellos indios no eran mis sirvientes, y yo debía agradecerles, no sólo el servicio que me prestaban acompañándome al interior del Chaco, sino el que no me cautivasen, teniéndome entre sus manos, y hasta el que respetasen mi vida; pero, sin embargo, quise probar fortuna, pues nada tenía que arriesgar desde que estaba en el Chaco, por lo que, con cierto aire de autoridad, como hija de la ilimitada confianza que en ellos tenía, dije al cacique Queirá que formase á toda su gente para que yo les distribuyese los víveres que habían de servirles de cena, en lo que consintió; aunque no sin cierta repugnancia por parte de los ancianos y de los caciques, quienes sentían rebajada su autoridad, al verse confundidos en un acto semi-oficial entre los soldados más ínfimos de la tribu; lo que me dejó admirado, pues nunca pude figurarme que, tratándose de comer y teniendo hambre, fuesen los indios tan puntillosos.

Tomé uno de mis vasos de lata y cada uno de los individuos que componían mi séquito, fué sucesivamente acercandose á recibir su ración de fariña, galleta, y rapadura, con excepción de dos ó tres aristócratas que, no queriendo acercarse, á pesar de las instancias del cacique Queirá, fueron servidos en su puesto por algunos mozos.

El cacique Michí, que tenía su familia á poca distancia de la costa, creyendo muy propicia la ocasión para obsequiarla de una manera espléndida, se acercó á mí, no presentando una punta del *enquilsique* (1) como todos hacían, sino poniéndome delante una calabaza totanera de más de media fanega de capacidad, para que en ella depositara su ración, la de su mujer, la de su madre, la de sus cuñadas, la de sus hijos, y yo creo que las de todos los individuos de su tribu.

Aunque yo me resistía á desprenderme, en obsequio de gentes que quedaban en su casa, de víveres que tan necesarios eran á los que íbamos á emprender un viaje, y aunque los Guanás no miraban con satisfacción la conducta de este glotón insaciable, tuve que darle, como quien lo toma á risa, aunque con todo dolor de mi corazón, una cantidad de comestibles igual ó mayor que la que acababa de distribuirse como cena de 40 hombres; siendo lo más curioso, que no satisfecho con el contenido de una bolsa, se apoderó del continente ó sea del salvavida vacío, con el pretesto de hacer un poncho para el Benjamín de su familia que, según él, andaba en cueros; con todo lo cual cargó uno de los suyos, saliendo en dirección de la toldería, donde no tardarían en regalarse, gracias á la poca vergüenza de su cacique. Como una de las condiciones que, según Michí, me había impuesto el Queirá para acompañarme al Chaco, era que les obsequiase con una damajuana de vino, llevé dos, para que no se quedase sin beber ninguno de mis acompañantes; pero por poco me arrepiento de mi condescen-

(1) Tejido de algodón teñido y con diferentes dibujos, que sirve á los indios de taparrabo.

dencia, pues mientras ellas contuvieron algo, fueron el sueño ó más bien el furioso delirio del cacique Michí, que es el prototipo de los borrachos.

Todos los indios gustan de los licores espirituosos; pero Michí hubiese querido tener las fuerzas de un Hércules para no dejar beber á nadie; pues no pudiendo soportar que yo lo repartiese á todos por iguales partes, me alegaba multitud de razones para convencerme de que los caciques tienen más derechos para embriagarse que los indios rasos, y me decía que Queirá estaba enojado de que yo diese á todos un vino que no era más que para nosotros tres; por más que en los ademanes del jefe Guaná, comprendía muy bien que le incomodaba la avaricia del Angaité y que le satisfacía que atendiese como á él mismo, a sus hermanos, sus hijos y sus sobrinos.

En estas cosas, acabé con una de las dos castañas, y haciéndome sordo á las indirectas, hice que Queirá mandase colocar la otra en una de las canoas, donde algunos indios habían empezado á acomodar parte de los salvavidas, mis mantas, mi morral, el acordeón y los efectos pertenecientes á los dos caciques principales.

Llegó la noche, y yo estaba mucho más satisfecho que por la tarde, viendo que los jóvenes se permitían algunas confianzas conmigo, cuales eran ponerse mis gafas para hacer reir á los otros y pedirme que les repitiera algunos de los juegos de manos que tanto les habían gustado en la mañana de aquel día; esto, unido al respeto que me habían manifestado al considerarme como dueño de los víveres y el sujetarse como doctrinos á la ración que tuve á bien de repartirles, me hacía esperar que no tardaría mucho en ascender á la categoría de cacique, y tanto más, cuanto que nadie encendía un *spó* (1) para fumar su *tená* (2) sin alargármela, tan pronto como estaba

(1) Pipa de palo santo, más ó menos labrada.

(2) Torta de tabaco amasado con sustancias arómaticas y prensado hasta quedar tan duro como la madera.

seguro de que ardía, si bien es cierto, que tampoco faltaba quien me la quitase apenas la llevaba á mis labios, para entregarla sucesivamente á otro, después de dar dos chupadas, dándose el caso de que una cantidad de tabaco, como la que pudiera entrar en cuatro cigarrillos de papel, bastase para dar de fumar una vez á todos los individuos de ambas tribus.

No hay para qué decir si yo, por repugnancia de fumar en una pipa que corría por todas las bocas, les haría ó no el desaire de no aceptarla, cuando tan generosamente me la ofrecían.

Si por descubrir el Chaco me había jugado el albur de la existencia, dicho se está de ahora en adelante, que sonriendo, acepté esa porquería; que sonriendo aguanté las impertinencias de Michí; que sonriendo, me dejaba sacar los anteojos que tanto precisaba; que sonriendo, les repetía cien veces mis insulsos juegos de manos; que sonriendo, les tocaba el acordeón hasta rendirme y que sonriendo, me hubiese dejado apalear; pues estos inconvenientes eran muy poca cosa, comparados con los que yo me había propuesto sufrir con tal de conseguir mi objeto. Temía que pudiese llegar á faltarme la fuerza; pero nunca se me ocurrió temer que pudiese llegar á faltarme la resignación.

Viendo que la noche llegaba; que mis ropas habían sido llevadas de propósito a la canoa; que todos estaban tendidos y silenciosos, y que no nos acercábamos á los toldos de Michí, á pesar de estar tan cerca que se oía gritar á los niños y ladrar á los perros, con mucho gusto hubiese preguntado, si partíamos ó si quedábamos; pero como mi plan era no sólo aparecer más amable y tolerante que los indios, sino tan estoico como ellos, no manifesté desear saber lo que no se me decía, y con la mayor indiferencia hacia todo lo que podía sobrevenir, me tendí también de pechos sobre la yerba como uno de tantos, sintiendo no tener allí algún amigo para decirle: ¿En qué vendrán á parar estas misas?

No esperé mucho rato en la incertidumbre; porque tan pronto como entró la noche, á una señal del cacique Queirá, Michí

con toda su gente y los salvavidas, y parte de los Guanás sin ellos, se pusieron en camino hácia el Occidente, mientras que Queirá, haciéndome señal de que al amanecer del siguiente día nos reuniríamos de nuevo con aquellos que marchaban, me arrastró hacia las canoas donde nos embarcamos en compañía de otros once Guanás, escogidos entre los más principales, lo que no les impidió el tener que remar como gaviotas, viento contrario y agua arriba por añadidura, hasta el amanecer del día siguiente.

Caminamos en las tres canoas al rumbo N., por el brazo del río que marcha por la parte O. y siempre recostados á la orilla del Chaco, aunque las ramas nos azotaban el rostro y los yacarés y los carpinchos, sorprendidos con nuestra llegada, se arrojaban al río salpicándonos y lanzando sus roncos bramidos.

Remaban los indios con doce paletas, y su destreza era tanta, que á pesar del viento y de la corriente, y también de la poca claridad de la noche, veía pasar volando los árboles de la ribera, cual si caminase en uno de los vapores más ligeros, y no sabía qué admirar más, si esa vista penetrante que, en medio de la oscuridad, divisaba de lejos y á tiempo para esquivarlos, la multitud de troncos prendidos todavía por algunas de sus raíces sobre la margen que se presentaban atravesados y á flor de agua como una sombra negra, ó el ágil movimiento de aquellos remos que, sin apoyarse en el borde de las canoas, entraban y salían en el agua tan de filo, que ni la fuerza empleada para moverlos se desperdiciaba en inútiles choques ni se producía otro ruido que un leve susurro fácil de confundir con el murmullo de la corriente.

Perseverante en mi estoicismo aparente, no puse dificultad en obedecer al cacique cuando contra todas las leyes de la física ciencia, que no debe ser muy conocida en el desierto, me mandó saltar sobre una canoa que por los tres hombres y la multitud de cachivaches que dentro tenía, apenas asomaba fuera de agua dos centímetros; pero, confieso que al penetrar,

lo hice íntimamente convencido de que íbamos á ponernos la canoa por montera.

Nadie reía, nadie cantaba, nadie desplegaba los labios, nadie cambiaba de postura.

Parecíamos un mónstruo marino con 12 antenas, que se deslizaba astutamente entre dos aguas para saltar sobre su presa; y no hay que decir si yo con mis movimientos alteraría la monotonía de aquel cuadro, pues no debía hàcer lo que los demás no hacían; y aunque mi posición, sentado sobre un plano horizontal durante tantas horas, era un suplicio, me mantenía vertical y sin estornudar siquiera, seguro de que, al menor movimiento, penetraría al interior el agua, que ya lamía los bordes de la canoa.

Con objeto de encender su *spó*, el cacique Queirá que delante de mí estaba sentado, me alargó su paleta sin decirme nada, por lo que, penetrando su intento que no debía ser otro sino el de que mis fuerzas sustituyesen á las suyas interin fumaba, me puse á remar; pero no siguiendo el sistema de mis compañeros de viaje que tan fatigoso me parecía, sino que haciendo alarde de mis conocimientos mecánicos y deseando lucirme, descansé el remo sobre la baranda para que á modo de tolete sirviera de punto de apoyo á la palanca con que empujaba las aguas hacia atrás para impulsar mi canoa hacia adelante; más como quiera que á la primer remada mi paleta sola, chocando con el borde de la canoa produjo más ruido que las 11 restantes, 11 cabezas de indios se volvieron hacia mí, y aunque por el pronto me pareció que esto sería para admirar mi destreza, como quiera que á cada ruido mío se repetían por parte de los indios la mismas manifestaciones, llegué á sospechar que aquellas gentes no estaban para música, y acabé de persuadirme de mi sospecha cuando el cacique Queirá tendió su mano bruscamente hacia atrás, y sin volver la cara, arrancó de un tirón el remo de las mias.

Muncho sentí el haberle disgustado, por más que no habiendo sido el trabajo mío inferior al de los otros, comprendía que

no debía proceder su enojo sino de un capricho; pues estaba claro, que no teniendo derecho para quejarse de mi actividad, de lo que se quejaba era del ruido que en aquel sitio y en aquellas circunstancias á cualquiera le hubiera parecido el más poético del mundo.

De pronto, las canoas que en aquellos momentos caminaban á cierta distancia de la costa, viraron hacia ella, redoblando el impulso de su marcha que tenía por objeto vararlas en un banquito de arena, que cerraba el paso, y en el cual saltamos; y después de tirar de nuestras embarciones, para dejarlas aseguradas en seco, los indios me rodearon; algunos me tocaron en el hombro cariñosamente, ótros acariciaban la damajuana, y yo me apercibí de que entre ellos no es incompatible el defecto de ser mudos con el vicio de ser borrachos.

—Vino, dijo el cacique Queirá, tocando la damajuana que apenas se veía, y esta fué la primera palabra que había pronunciado desde que nos embarcamos y probablemente éste fué el único pensamiento que, durante la primera parte del viaje, había preocupado la mente de los indios, y el que afortunadamente no habían podido realizar; porque estando todas las canoas tan cargadas como la mía, era imposible mover la damajuana sin que nos fuéramos á pique.

Tomó el cacique una de mis mantas y todos nos dirigimos, pisando sobre el banquito de arena que tendría encima tres ó cuatro centímetros de agua, hasta la costa occidental, que, aunque bastante pantanosa, estaba cubierta por una espesa capa de ninfeas sobre las que tendió mi manta, acostándose él encima y haciéndome una seña tan expresiva que parecía decirme:—Te consiento el alto honor de que te acuestes á mi lado.

Me acosté no sin pensar, porque la experiencia adquirida en la primera expedición al Chaco así me lo había demostrado, que los *camalotes* que nos servían de lecho, eran la madriguera donde se refugian las víboras de cascabel, que son los reptiles más peligrosos del desierto.

Creo, aunque no lo pregunto, que nuestra detención intem-

pestiva tiene por causa las dificultades que con la oscuridad de la noche opone el banco de arena al paso de las canoas, pero no me explico que nuestra parada se haga sobre unos camalotes bajo los cuales hay barro y puede haber reptiles; que estamos precisamente sobre la margen del río que es el pasaje obligado de los tigres que se alimentan con los yacarés y los carpinchos de la costa, y que no se les ocurra siquiera encender fuego para calentarnos, ya que no sea para ahuyentar los mosquitos, que nos devoran ó para contener los avances de las fieras. Pero no se hace esperar un hecho que no sólo despeja mis actuales dudas, sino que me aclara los motivos que los indios tenían para no hablar, reir, ni cantar durante el viaje, para no consentirme que produjese ruido al chocar mi paleta contra la canoa y para caminar entre los escollos y ramas de la costa.

Viendo yo que el cacique Queirá, acababa de llenar su pipa, como un rasgo de galantería con que le evitaba la engorrosa y larga operación de hacer fuego, por medio del eslabón, el pedernal y la yesca, encendí un fósforo muy bonitamente y se lo presenté delante, teniendo el digusto de ver que á su chasquido todos los que estaban tendidos se incorporaron y que Queirá dejo caer su pesada mano sobre la mía, apagando la vela y dejando quemado y dolorido al candelero.

No me pareció muy bien la recompensa que recibía en pago de mi atención hacia el cacique, y jurando interiormente el no volver á encender un fósforo hasta que saliese del desierto, volví á acostarme dejando que el Queirá encendiera su pipa como mejor le placiera.

Dos sofiones tan á mi parecer inmerecidos en el espacio de dos horas, tocaban cabalmente á razón de veinticuatro al día, cifra muy pequeña sin duda si había de ser la justa compensación de las satisfacciones, que el interesante estudio á que me dedicaba podía proporcionarme en el mismo intervalo.

Los hombres de pundonor, cuando viven en medio de las preocupaciones de la sociedad civilizada, no por un bofetón, sino por el más imperceptible desaire, no pueden vivir tranqui-

los, ni presentarse ante el mundo sino después de haber lavado la ofensa con la sangre de su adversario.

Yo que participo de todas la preocupaciones de la sociedad en que he nacido, comprendí, sin embargo, que era una ventaja la de estar separado de ella, supuesto que la ofensa que acababa de recibir no tenía necesidad de lavarla derramando la sangre de un cacique guaná, sino refregándome el dedo contra los frescos camalotes.

El cacique, que aunque seco y desabrido, abrigaba en su alma un fondo de justicia que jamás he descubierto en otro hombre, comprendiendo sin duda mi resignado resentimiento, y haciendo en obsequio mío un esfuerzo contrario á sus costumbres severas, y á sus hábitos endurecidos, me alargó su pipa, tocándome la espalda amigablemente, y llevándose el índice de su mano derecha sobre los lábios, y tendiendo la mano izquierda en dirección á la ribera opuesta, me dijo con acento misterioso esta dos palabras:—*cadubeus enemoateás* (1); después abriendo mucho los ojos se llevó la diestra sobre la garganta y agarrándose con la siniestra sus abundantes cabellos, hizo algunos movimientos alternativos como quien se degüella, y volviéndome las espaldas, descargada su conciencia con tan elocuentes explicaciones, se quedó dormido como los niños, aunque roncando como los yacarés de la vecina costa.

No se precisaba mucha perspicacia para comprender, ya que no en sus palabras, al menos en sus ademanes expresivos, que todas las precauciones tomadas tenían por objeto evadirse de los ataques de un terrible enemigo, que le acechaba desde la opuesta costa. Entonces recordé la guerra cruel, que, según los informes que me habían dado, se hacían mútuamente las tribus de ambas costas, y el odio mortal que existe entre unos y otros; con la diferencia de que el miedo de los Guanás debía ser

(1) *Cadubeus* son los indios Mbayás, y *enemoateá* quiere decir enemigo.

más grande, en razón de carecer de las armas de fuego y de las costumbres belicosas de sus contrarios.

Á pesar de todos estos pensamientos, no tardé mucho en seguir el ejemplo del cacique y me dormí profundamente.

Día 7 de Octubre.

Serían las tres de la madrugada cuando el cacique Queirá despertándome de mi sueño y mostrándome la brillante luna, me dijo:—*Pelstein*, (Luna) y uno de sus hermanos que tiene trazas de muy socarrón, mostrándome también el lucero que la acompañaba, imitó por lo bajo el ladrido del perro, y pronunció la palabra *chemején* (perro) y por si no había comprendido que el lucero del alba se llama perro entre los indios, el cacique Queirá dijo de nuevo:— *Yaguá*, que en guaraní también quiere decir perro, y que es una palabra de las muy pocas que sean comunes á ambos idiomas, sin que esto quiera decir que entre los Guanás la palabra chemején se aplique al lucero, ni que la palabra yaguá se aplique al perro.

Á la luz de la luna, que sin duda esperaban para salvar las dificultades de un bajío, por el que tuvimos que arrastrar nuestras canoas, partimos de nuevo río arriba y á fuerza de remo llegamos en tres horas y media, ó lo que es lo mismo, á las seis y media de la mañana á la barranca denominada por el cacique Michí, Caña de Ázúcar; quizá por corrupción del nombre de un morro elevado que se divisa al Oriente, y que se llama Pan de Azúcar, el cual está colocado á los 22° 22' de latitud.

No puedo calcular la distancia que hemos recorrido durante la noche, pero sí, sé que pasa de cinco leguas, porque la velocidad de nuestra marcha era mayor que la que corresponde á una legua por hora.

La isla ó islas que nos habían acompañado casi toda la noche por el E. y que son las que nos separaban del cauce prin-

cipal del río, por donde caminan los vapores, habían ya desaparecido, lo que quiere decir que la elevada barranca de Caña de Azúcar, es un puesto establecido en la costa del Chaco, sobre el cauce principal del río Paraguay, un poco más abajo del cerro denominado Pan de Azúcar, y junto á la confluencia de un arroyo, que con propiedad se llama en algún mapa de los menos conocidos, Arroyo de los Guanás.

Al divisar esta barranca, el cacique me ordenó hacer un disparo de rémington, á cuyo ruido gritaron niños, ladraron perros ahullaron hombres y mujeres, y la barranca, el talud y la ribera se cubrieron instantáneamente de todos estos séres, que se agitaban y confundían en la más inexplicable algarabía; pues no se sabía si aquellas manifestaciones de feroz regocijo eran hijas de la satisfacción de ver á un hombre de otra raza que les hacía el honor de visitarlos, ó si procedería del placer que debe causar en una hambrienta toldería el ver llegar á alguno con un ciervo á las espaldas. No podía pues felicitarme por completo de aquellas primeras manifestaciones de ruidoso recibimiento, porque bien pudiera ser yo el esperado ciervo.

Mucho antes de atracar al pie de la barranca, una voz estentórea, que se destacaba en medio de aquel guirigay, gritaba:—Vino! vino! vino! lo que me hizo comprender que mis acompañantes que marcharon por tierra se encontraban mezclados entre aquella inmensa muchedumbre; pues no podía ser otro que el borracho cacique Michí, quien olfateando la damajuana como el enjaulado tigre barrunta la ración aun antes de que el guardián la arroje entre sus garras, y creyendo que podría escaparse de entre las suyas, se arrojó de la barranca, se metió en el río, y con una mano sobre mi cabeza y otra sobre el cuello de la damajuana, que yo llevaba entre mis piernas, nos acompañó hasta la orilla, gritando sin cesar con toda la fuerza de sus pulmones: —Vino! vino! vino!

No parecía gustarle mucho al cacique Queirá, que es un verdadero tipo de dignidad, la degradante avaricia de su colega, por lo que, sin detenerse á saludar á nadie, hizo que sus gen-

tes sacaran los objetos que traían las canoas y que los acomodaran cuidadosamente al pie de un grande *tigi* (1) que había cuarenta pasos más adentro del borde de la barranca, retirándose allí con todos los suyos, interín yo recibía, ó más bien dicho, interín yo era víctima de las felicitaciones de aquel enjambre humano, que caía sobre mí y sobre mi vino como pudiera hacerlo sobre la miel cualquier enjambre de moscas.

—¿Quieres vino?—le dije al cacique Michí; pues forma toda tu gente que para ellos lo traigo.

—Este vino no es más que para los Angaités, me dijo á mí, pero con una entonación que parecía una amenaza.

—Para los Angaités, le respondí yo, sirviéndole un vaso, que apuró de un sorbo.

Después de esto, con la damajuana en una mano y el vaso en otra, dí la vuelta á aquel inmenso círculo, repartiendo lo que había entre todos, sin excluir ni aún á los niños que estaban en lactancia, pues que su madre les sacaba el pecho de la boca para que empinaran el vaso, lo que hacían con avidez, aunque muy asustados de mis barbas y de mis anteojos, miedo que se extendía no sólo á los adolescentes, sino también á algunas mocitas que recibían el vino temblando, y que, al hacerles yo la más inocente caricia, salían del corro dando gritos lastimeros y produciendo la hilaridad de todos.

Concluida esta operación y cansada ya la gente de mirarme, de tocarme, de reirse de mí, de ponerse alternativamente mi sombrero, y de tirarme de las barbas hasta quedarse con ellas en la mano, el cacique Michí me trajo el acordeón, y me ordenó que tocase, lo que hice yo, diciéndole en guaraní que iba á cantar y á tocar en honor de *Nandeyá* (2) por lo que, después de descubrirme y de llevar mi mano en dirección al cielo, comencé á entonar, acompañado por el instrumento, el Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal.

(1) Algarrobo.
(2) Dios, en guaraní.

Aquí fué Troya; pues al escuchar mi primer nota, acompañada de tan profundos bajos, aquello fué una espantada tan general y una de ladrar perros y llorar muchachos que yo mismo me espanté de mi propia obra; porque no sabía si había saltado un tigre entre nosotros, ó si resentidos los Guanás de que nos hubiésemos bebido todo el vino, nos habían acometido á *macanazos*. (1) No quedaron en torno mío más que el cacique Michí, que estaba en traje de confianza, y aquellos de sus soldados que, en la mañana y en la tarde del día anterior, habían escuchado las voces del instrumento, quienes reían á mandíbulas batientes y se agitaban en una especie de danza que parecía el baile de San Vito.

Mi piadosa plegaria, no sirvió más que para espantar á unos y para que otros la tomasen como un can-cán furioso.

Por fin, restableciéndose la confianza poco á poco, fueron acercándose muchos de los que se habían disparado, aunque no sin cierto recelo y sin vacilar ante las protestas que desde lejos les dirigían con sus lágrimas la multitud de muchachos, al ver como sus padres y sus hermanos volvían á llegarse cerca de aquello que les parecía tan espantoso peligro.

Desgraciadamente para mí, aquellos mismos que en el instante de sentir los primeros acordes, creyeron que se les venía el mundo encima, concluyeron por aficionarse á la música, de tal manera que sólo pude soltar el acordeón de entre mis manos, cuando me faltaron las fuerzas para vencer la resistencia de los fuelles.

Más de dos horas habían transcurrido desde mi desembarco, cuando el cacique Queirá vino á sacarme de aquel círculo de Angaités que me oprimía con sus brutalidades, diciéndome por señas, que ya era la hora de repartir las raciones.

Acudí, pues, seguido del cacique Michí y de todos los individuos de su tribu hasta el pie del algarrobo, bajo cuya som-

(1) Macana es un arma contundente como un bastón, fabricado con palo de hierro.

bra los Guanás habían establecido su campamento, y en cuyo punto estaban amontonados los 17 salva-vidas correspondientes á los 17 Guanás; pues que dos de éstos se habían consumido en la cena de la noche anterior, y supuse que los 21 que me faltaban los tendrían depositados los Angaités en su inmediata toldería.

Formaron los Guanás corro y recibieron sus raciones de galleta, azúcar y fariña como en la noche anterior; pero, ¡cual no fué mi asombro al ver que el cacique Michí, imaginándose que yo tenía el deber de mantener también aquella inmensa toldería, había formado su gente, que provista de grandes *mates* (1) estaba consentida en recibir una ración, en busca de la que probablemente habían caminado toda la noche desde su toldería del Apa!

No podía oponerme á sus deseos, porque me faltaba la fuerza para convencerle de las razones que me asistían para negarme á tan descomedidas exigencias; pero desde luégo me apercibí del hambre que me esperaba en el desierto.

Cedí sin resistencia, con la sonrisa en los labios y metiendo terroncitos de azúcar en la boca de los niños más ariscos, con lo que me captaba sus simpatías á la vez que la de sus padres.

Cinco salva-vidas se consumieron en este almuerzo, por lo que si pronto no nos poníamos en camino, no había comida ni para 48 horas, porque entre los indios, como entre muchos cristianos, no existe la economía; pues nadie pescaba, nadie cazaba, nadie tiraba una palma para comerse su cogollo, sino que Guanás y Angaités cumplían ávidamente con aquel proverbio español que dice: La del pobre; antes reventar que sóbre.

Pues revienten, dije yo, resignándome también á la nueva situación que me creaba la gula del gefe de los Angaités, tan estrictamente secundada hasta por los niñitos de pecho, que alargaban su matecito como cualquier adulto.

Retiróse el cacique Michí con todos los suyos, hacia el in-

(1) Calabazas secas que sirven de cazuela.

terior del bosque que por el Sur limitaba aquella pradera, mientras que el cacique Queirá comía conmigo y en el mismo plato, la rica sopa de esponjada fariña, hecha con agua hirviente y azucarada, la que parecía agradarle demasiado, según lo satisfecho que embaulaba.

Acabado nuestro desayuno, los Guanás se quedaron dormidos, después de acomodarse como pudieron bajo la copa del algarrobo, y yo me ocupé en el estudio de aquellos contornos.

Era la esplanada en que me encontraba un lugar verdaderamente pintoresco. Al naciente, el río, los cerros de Pan de Azúcar y los bañados territorios brasileros que habitan los indios Mbayás. Al S. E., cubierta por la extremidad de una isla, la confluencia del río de las Corrientes, hoy río Apa, los Cerros de Ita-Pucú-Mi (1) y el fin de las cordilleras del Paraguay, que terminan en la elevada cadena de los Cerros del Apa. Al Sur, la punta saliente de un espeso bosque que por el Este limitaba en el río, y por el Oeste, como á 200 pasos de la costa, dejaba ver una abertura por la cual se descubría un horizonte despejado, volviendo á cerrarse de nuevo hacia el poniente, como una extensa cortina que á mil pasos de mí se corría hasta el N. O., donde empezaban bañados de incalculable profundidad, que llegaban hasta la barra del pequeño y salitroso arroyo que he llamado de los Guanás.

Nada tiene de particular la vegetación arbórea de esta faja de bosque, que llega hasta mi campamento y está muy lejos de encerrar, al menos cerca de sus orillas, las preciosas especies de vegetales que he visto en mi primera expedición, durante la travesía de la inolvidable Picada del Monte Grande. Asimismo, las aves y las plantas acuáticas que pueblan el gran *curiche* que nos encierra por el N. y el N. O., no son tampoco tan variadas ni tan bellas como las que en la misma época pude observar en las lagunas del Paraíso y Santa Rosa.

Ya sabía que por tierra podrían caminarse al N. por lo me-

(1) Piedra larga, chata, en guaraní.

nos seis ó siete leguas, hasta la toldería principal del cacique Michí, que como tengo dicho, radica media legua al O. de la barranca fronteriza á la extremidad inferior de la isla del Apa, ó sea del puerto donde desembarcamos ayer para pasar la noche.

Sabía también que por el N. y el N. E. no podría pensarse en penetrar hacia el interior del Chaco, y por consiguiente, imaginando que sólo por el O. estaría nuestro camino, me dirigí en este rumbo hacia la cortina de bosque que por allí cerraba el horizonte, siguiendo una veredita á través de la pradera cuyos pastos eran tan excelentes como fértil la tierra que los producía.

Apenas habría caminado 50 pasos dentro del bosque del O., cuando asustado de mi presencia se dispersó por entre los matorrales un pequeño rebaño de 15 ó 20 ovejas robustas, aunque de lana muy ordinaria, contándose entre los dispersos el pastor que las cuidaba, que era un muchacho de 14 años, á quien yo no recordaba haber visto, pues me hubiese llamado la atención por su abundante y enmarañada cabellera. Sin duda aquel muchacho ignoraría quién yo era; y si he de consignar mis sospechas, como en Michí lo creo todo, creo también que aquel muchacho era un esclavo.

Siguiendo mis investigaciones por la senda adelante, quedé extraordinariamente sorprendido al encontrarme con recientes excrementos de caballo, y mucho más cuando, fijándome en el suelo, me apercibí de que por todas partes estaba estampada la reciente huella de numerosos caballos.

—¿Qué significa ésto? dije para mí. ¿De quién pueden ser estos caballos? ¿Miente también el cacique Queirá? ¿Por qué me han dicho que no tiene caballos? ¿Qué pensarán hacer conmigo estos embusteros?

Embebido estaba en estos pensamientos, cuando llegó hasta mí, y muy agitado por la velocidad de su carrera, el cacique Michí, que sin duda había sabido dónde me encontraba por el pastorcito que se había asustado con mi presencia.

La cara del cacique Michí tenía un no sé qué de más siniestro y repugnante que cuanto feo y horrible había yo visto, durante las pocas horas que llevaba entre los indios. Su boca despedía espuma, rayos parecían sus miradas, balbucientes eran sus palabras, y á los síntomas de sus feroces pasiones reveladas en los rasgos de su fisonomía y en la agitación de su voz, se unían unos ademanes, que no dejaban duda de sus intentos, pues hasta el rémington que yo le había regalado aún no hacía 24 horas, lo traía preparado como el que va en ojeo.

—Me va á matar este bárbaro, me dije interiormente, y sin apartar la sonrisa de mis labios, aunque la palidéz debía cubrir mi rostro, y pensando siempre en si tendría que recurrir á mi revólver, á dos kilómetros de la tribu donde no me quedaba otro recurso que el de sesgar al N. E., para cortar por el bosque hacia el bañado, cruzar éste, desnudarme, pasar el río á nado, y buscar un refugio entre los Mbayás, que era lo mismo casi que dejarme matar por el cacique, le mostré un puñado de flores cuando tan desentonadamente acabó de preguntarme:—¿Qué haces aquí?

—Las flores que nacen en estos terrenos de tu propiedad tienen virtudes medicinales que aprecian mucho los cristianos.

—Las ovejas no son mías, dijo el cacique Michí un poco desarmado de su cólera.

Se sentó como entregado á una lucha interior y á un cúmulo de vacilaciones, que le hacían gesticular y articular algunas palabras que no comprendía, y yo entretanto, aproximando mi lente como quien cuenta los estambres y pistilos de aquellas flores microscópicas, exclamaba de vez en cuando como entusiamado con mis investigaciones botánicas. ¡Iponaité!! (1).

Michí me contemplaba, yo creo que con lástima, viendo en mí un sér tan inofensivo y tan confiado.

(1) Hermosísimo, en idioma guaraní.

Ciertamente que hubiera pensado de otro modo, si hubiera podido contar los latidos de mi corazón, que mil veces pensé que me denunciaran.

De pronto y como quien toma una resolución intempestiva, y casi casi como quien quiere provocar una disputa, me salió con este exabrupto:

—Yo no quiero acompañarte hasta los toldos de los Guanás. Mañana te vuelvo al Apa. Toma tu fusil, que tampoco lo quiero.

Puedo asegurar que hasta aquel instante de mi vida no había sentido un dolor moral ni físico tan inmenso como el que produjeron las palabras de aquel bárbaro. Una espada de dos filos, penetrando en mi corazón, no me hubiera lastimado tanto. No deben matar las penas cuando yo pude sobrevivir después de congelarse mi sangre, al ver perdidas de un golpe las esperanzas más risueñas que acaricié en mi vida!!

Reconcentré todas mis fuerzas, y rebuscando en el recinto de la hipocresía una sonrisa que llevar á mis labios, le dije:—Como tú quieras, pero el fusil yo te lo he regalado para tu defensa, y cuando me traigan más de Buenos Aires, voy á regalar uno á cada uno de tus soldados, para que no se metan contigo los cadubeus del naciente.

—¿Y cuando te traerán los fusiles? me preguntó.

—Cuando les mande muchas flores como éstas, que curan todas las enfermedades, le respondí.

Hubo otro rato de silencio al cabo del cual, agarrándome del brazo, me llevó fuera del bosque, diciéndome por el camino incesantemente estas dos palabras:—Queirá *yapú*. Queirá *yapú*. (1)

¿Queirá traidor? ¡Dios mío! ¿Pues qué será entonces este miserable, que me falta á su palabra sin pretexto alguno?

Queirá no puede ser traidor, porque si lo fuera, sería el

(1) Traidor, en guaraní.

más sábio de los hombres por haber alcanzado hasta el mérito de disfrazar á su propia naturaleza para engañarme.

Como la vereda era estrecha, quise colocarme detrás del cacique como para darle la preferencia de marchar él primero, preferencia que tanto envanece á los indios, según las observaciones que yo había hecho en el Apa; pero, á decir verdad, esta galantería no tenía otro objeto que el no llevar tras de mí al miserable, que podría darme una puñalada ó un tiro por la espalda.

Cuando llegábamos cerca del campamento de los Guanás, quise yo dirigirme á él para procurar, aunque fuese valiéndome por señas, que el cacique Queirá disuadiese á Michí de aquella resolución que tanto contrariaba mis propósitos; mas este cacique, no queriéndome dejar sólo con el guaná después de lo ocurrido, me arrastró consigo hacia el bosque de la ribera donde acampaban los suyos, no sin protestas de mi parte que pretendía arrancarme de sus manos, manifestándole que iba á buscar una lata de conservas, para que nos la comiésemos juntos.

Algo debió comprender el cacique Queirá, al verme tan violentamente arrastrado hacia el bosque por el cacique Michí; pues que tomando el rémington al hombro, con paso lerdo y con aquel aspecto frio, indiferente é impenetrable, se acercó á nosotros, sin demostrar siquiera con un ademán que comprendía mis miradas suplicantes y sin aparentar que se apercibía de las feroces que Michí le lanzaba.

De esta manera, acompañado de estos dos caciques que sentimientos tan diversos me inspiraban, penetré en el campamento de los Angaités, que estaba situado en un claro del bosque, bajo cuya frondosa sombra y sobre pieles de ciervo ó andrajos asquerosos estaba sentada ó tendida, en pequeños grupos, aquella muchedumbre que, creyendo gozar de una vida ociosa, vegetaba allí entre las agonías de la miseria.

No sin que los niños y los perros manifestasen su descontento con lágrimas ó ladridos, me senté también sobre otro cuero,

que un simpático joven de la tribu tuvo la galantería de ofrecerme; y acto contínuo desenristré mi lente, máscara de mis turbaciones, y arrancando pétalos y desgarrando ovarios, continué con la farsa de mis investigaciones, admirando á todos con mis exclamaciones originales y con la insistencia de mi trabajo.

Interín yo continuaba al parecer absorto, otra escena, para mí de terribles consecuencias, tenía lugar entre los dos caciques.

Queirá se había sentado silencioso como siempre, sin soltar de sus manos la carabina, y Michí que acababa de ofrecerme los restos de un pescado que el otro no se dignó llevar á sus labios, silencioso también, se había sentado de frente, sin soltar la carabina de sus manos.

Débiles y apenas articuladas salieron de los labios del Queirá dos ó tres sílabas, que fueron como la chispa eléctrica que hace estallar la mina de dinamita con que hoy vuelan los escollos en los abismos de los mares. Verde, rojo, negro, blanco, amarillo, por todos los colores del arco iris pasó el feo y deprimido rostro del cacique Michí, en menos de dos segundos, quien, levantándose como un gato que pudiera lanzarse sobre el cuello de un gigante, juntó sus puños, los arrimó á los ojos del Queirá, y lanzó una serie de gritos agudos é inarticulados, que más que humanos parecían el ahullido de una hiena.

—¿Y cómo recibió Queirá aquellas ofensas?

Abierta su boca, como de ordinario, vaga su mirada como siempre, y como si la risa asomase por las ventanillas de su nariz remangada, frio é imperturbable, rechazaba aquella descarga de rayos y centellas, cual un muro de mármol rechaza la pelota, tanto más lejos cuanto con más violencia se la arrojan!

¡Y yo entretanto, pavo de la boda, contaba los pétalos de las sinantéreas y de las papaveráceas!!

Parecía inminente un cataclismo; Queirá no tenía más que 13 hombres. Michí tendría 30 útiles para tomar las armas; pero lo que los unos podían esperar merced al número, los otros deberían esperarlo de los cinco rémingtons.

Yo esperaba por instantes el desenlace, creyendo que no pudiese ser otro que el de que Michí atravesara de un balazo el pecho de Queirá ó el de que Queirá aplastase de un manotón la deforme cabeza de Michí.

Pero cualquiera que pudiera ser el desenlace de la tragedia, mi resolución estaba tomada, cual era ponerme en un salto del lado de los Guanás, arrojar la máscara hipócrita de mi aparente frialdad, imponerme á aquel puñado de indios, y no dejar vivo ni un solo Angaité, que resistiese el ser atado.

¿Y qué hacían los Angaités? ¿Qué hacían los hermanos, los sobrinos y yernos de Michí, al ver á su jefe y pariente tan irritado? ¿Cuál era la actitud de aquellos guerreros, al ver la tormenta que sobre sus cabezas se condensaba?

Las madres parecían reconcentrar sus cinco sentidos en lactar á sus pequeñuelos ó en mecerlos en las hamacas de *caraguatá*, que colgaban de los árboles; los ancianos dormitaban entre los sucios andrajos que les servían de lecho; las mozas ensartaban alegremente semillitas coloradas para formar collares; los jóvenes aguzaban flechas, tejían cuerdas ó cortaban leña, y los muchachos jugueteaban, en medio de esa alegría tan propia de su inocencia.

Volví mis ojos hacia ellos; y penetrando aquel cuadro que tanto resaltaba por los colores de la indiferencia, no tardé mucho en adquirir el convencimiento de que también los Angaités sabían contar los pétalos de las papaveráceas y de las sinantéreas.

Mucho rato permaneció Michí en aquel arrebato de delirium tremens, hasta que, tal vez agobiado por la fatiga ó por haber agotado el diccionario de las maldiciones y de los dicterios, volvió á sentarse de nuevo frente de Queirá, quien dejando escapar otro par de monosílabos, se levantó y salió del campamento con el mismo paso, la misma actitud y las propias maneras con que en él había entrado.

Quedóse el cacique un rato pensativo, al fin del cual se levantó poseído de otro nuevo vértigo; gritó, aulló, rugió,

dió vueltas en torno del campamento, hablando con unos y otros, cual si como un perro rabioso quisiera comunicar á todos el ataque de hidrofobia en que se revolvía en medio de furibundas contorsiones.

Por fin, como iluminado por una idea salvadora, salió del campamento sobre el rastro de Queirá, y entonces acabé de persuadirme que no era sino muy aparente la indiferencia de los Angaités; pues que desde la salida de su jefe, comenzaron á animarse sus conversaciones como quien discute asuntos serios.

No bien Michí hubo desaparecido, cuando el simpático joven que me había proporcionado el cuero que me sirvió de cama, habló algunas palabras con el cacique Tuyá, anciano venerable, hermano de Michí, cuyo semblante inofensivo ya dije que inspiraba confianza, y dirigiéndose á mí, me hizo levantar de mi asiento y me condujo á cierta distancia donde no podíamos ser vistos, en cuyo lugar me paró, tomó mi mano, la colocó sucesivamente sobre su corazón y sobre su frente, y me repitió muchas veces la palabra *lektesmá* (1) que yo la repetí á mi vez, sospechando que pudiese ser una manifestación de simpatía. Muchas otras palabras y muchos gestos y ademanes del joven Angaité escuché y ví, con el pesar de no poder interpretarlos.

Yo estaba enfermo hasta el punto de que mi vista se desvanecía. Quise beber, y á través del bosque, el mismo joven me condujo al río; mas apenas asomamos sobre la barranca, me hizo penetrar de nuevo en el bosque, temeroso de que conmigo le viera el cacique Michí, quien más al N. y próximo al puerto donde aquella mañana habíamos desembarcado, gesticulaba como un endemoniado con un melenudo viejo, hermano del cacique Queirá, indio muy prestigioso entre los suyos y que era uno de los aristócratas, que en la tarde anterior habían rehusado acercarse á recibir la cena de mis manos.

(1) Amigo, en lengua guaná.

Cuando volví al campamento de los Angaités, el cacique Tuyá estaba concluyendo de asar un *pacú* (1) el que me sirvió con la mayor limpieza que pudo, colocado sobre una hoja de pandanus, que contenía el derrame de la grasa y del que, á pesar de estar apetitoso, sólo tragué algunos bocados por no desairarle. Este era para mí otra especie de martirio; pues que siendo los momentos porque atravesaba de los más críticos en que puede verse un hombre que necesitaba de amigos que pudieran ser intercesores, y para no dejar que se escapasen los que como Tuyá se presentaban, tenía forzosamente que meter por la boca alimentos que rechazaba el estómago y de una manera la más irresistible; sin que casi pudiera ocultar y vencer con la voluntad las manifestaciones y los reclamos de un organismo inconsciente, que por salvarme de una enfermedad, comprometía una existencia.

Como en mi deseo de que me acompañasen por el Chaco, había protestado de mi robustez y hecho alarde de mi temperamento fuerte é infatigable, cuando los indios, para no llevarme, alegaban que mi constitución débil no podría soportar las fatigas que me aguardaban en el desierto, ridículo para mí y peligroso para el éxito hubiese sido el que yo alegase mi falta de salud, para no comer de los manjares que con tan buena fe me presentaban; porque si me creían, no querrían acompañar á un estafermo, y si no me creían, no querrían á su lado al que no comprendía su generosidad y despreciaba sus costumbres.

Tenía que hacerme el indiferente, cuando se decidía de mi vida. Tenía que estrechar la mano del que me traicionaba; tenía que reir, cuando el temor y la pérdida de mis ilusiones me carcomían las entrañas. Tenía que hacer alarde de fortaleza física, cuando me tambaleaba como un ebrio; y, lo que es peor, tenía que comer cien veces el mismo alimento, porque cien ve-

(1) Pescado del Rio de la Plata. Los hay de algunas arrobas de peso.

ces el estómago lo devolvía á la boca y otras tantas la boca lo devolvía á mi rebelde estómago.

Los Angaités entretanto me rodearon de nuevo y proporcionándome cuerdecitas, legumbres, cuchillos y otra multitud de objetos, me instaron para que ejecutase ante sus familias todo mi repertorio de prestidigitación.

¡Y era preciso complacerlos!

Mucho rieron con mis habilidades aquellos infelices, y mucho me manotearon con sus felicitaciones, por lo que comprendí, que no se necesita de la inspiración del arte para ser un Macallister del desierto.

Al terminar este ejercicio, tan penoso para quien tiene que hacer reir, cuando comprimiendo sus propias penas, sólo aguarda que revienten las válvulas de su corazón, me apercibí de que uno de los salvavidas estaba colgado de una rama. Entonces, poniendo mi mano sobre él, pregunté al Tuyá dónde se encontraban los otros, á lo que me respondió, mostrándome la senda del Sud, que Michí, la tarde anterior, los había dejado en la toldería.

No faltaba más que esto.

Michí no había procedido impremeditadamente ¡Su crimen estaba preparado desde la tarde anterior! Y ¿quién sabe si desde el Apa, por algún cristiano?

El afligido semblante con que el Tuyá me participó el robo de su hermano, debía contrastar horriblemente con lo alegre y satisfecho que yo me puse al enterarme de que estaba vendido, una vez más, por la malicia de los cristianos!!!

¿Sería el Tuyá tan hipócrita como yo?

No pude resistir más. Resuelto á todo, salí con dirección al campamento guaná para arrojarme á los piés de su cacique y pedirle que me matara, antes que hacerme regresar al Apa, donde me aguardaban las rechiflas de un mundo, que se engaña á sí propio creyéndose justo, porque compra las cosas por lo que valen, pero nunca paga lo que cuestan.

Por ser ya cerca del medio día, é imaginando que ya ten-

drían apetito, esperaba yo encontrar á los Guanás impacientes de mi tardanza y que sería por lo tanto recibido con aclamaciones; pero comprendí mi engaño, en presencia del cuadro que bien pronto se presentó ante mis ojos.

Cerca de aquel algarrobo, único testigo de las nuevas desdichas que me aguardaban y á cuyo pie estaba sentado con un semblante muy satisfecho el cacique Michí, formaban todos los guanás un estrecho círculo, como para impedir que se escapase ó que se golpease un indio que, sometido á un acceso general de epilepsia, se agitaba en las convulsiones más violentas, desgarrando las ropas que le cubrían, tronchando las flechas que antes había arrojado por el suelo y mesándose sus luengos aunque escasos cabellos.

Al acercarme al corro, los mismos indios que la tarde anterior habían jugueteado conmigo tan amistosamente, me dirigieron miradas amenazadoras, como fanáticos que sentían la presencia de un intruso, que los sorprendía en medio de las ceremonias de un culto tan ridículo y extravagante.

Volví la espalda al espectáculo de donde se me arrojaba con la vista, y ya me dirigía hacia el árbol, á cuya sombra estaba sentado el angaité, cuando antes de dar cuatro pasos, me siento agarrado del brazo por aquel lunático, que desnudo y ensangrentado por sus propias uñas, y en medio de un estertor que apenas le permitía articular algunas frases, y seguido por todos los de su tribu, con el más respetuoso silencio, me oprimió como una tenaza, magullando mi carne; me señaló al Norte, y entre aullidos y carcajadas me gritó junto á la oreja en tono interrogativo una multitud de voces, entre las que sólo pude entender distintamente la palabra Curumbá repetida más de treinta veces.

Cuando callaba, como quien espera una respuesta, si no me interrogaba con la palabra, lo hacía por medio de tirones que á mi brazo daba como si pretendiera descoyuntarle, y yo contemplándole impasible, como quien compadece á su verdugo, no sabía qué admirar de preferencia, si el ensañamiento con-

migo de aquel loco ó la fria indiferencia con que todos, incluso el cacique Queirá, contemplaban mi martirio, sin tenderme una mano compasiva.

Por fin, el Queirá se acercó al cacique Michí, le hizo que tradujera algunas palabras en las que me decía *que Dios les había dicho que yo era un traidor que quería aprender los caminos del Chaco, para volver con mucha gente con objeto de cautivar á los indios para venderlos en Curumbá!*

Tienen los cristianos la piadosa creencia de que al acercarse los últimos instantes de la vida, y cuando ya solo un hilo imperceptible les une á la existencia material, Dios les concede un rayo de su divina sabiduría, para que al desprenderse de la tierra, puedan despreciarla como merece, y vuelen felices, y contentos hacia el foco de la verdad eterna.

Muy cerca de ese trance debía encontrarme yo, porque las palabras del cacique Guaná habían llevado á mi espíritu ese rayo de luz que despejó las tinieblas que me rodeaban desde las primeras horas de la mañana.

No era Dios el que al calumniarme decretaba la sentencia de mi muerte. No lo era tampoco el desgraciado mago de la tribu. No lo era tampoco el corrompido Michí que había seducido al hechicero, no lo era en fin el crédulo jefe de los Guanás que tenía el deber de sacrificarme para la salvación de sus estados, y para el castigo más ejemplar de los traidores. Éralo sí, un cristiano que vivía bajo el amparo de una sociedad civilizada, cuyas leyes jamás castiga tan pequeñas faltas; nunca he sentido más conmiseración hacia los indios, que cuando se preparaban para martirizarme, y nunca he sentido menos el separarme de una vida que debe valer muy poco, por cuanto que la mía había sido vendida por un puñado de plumas de avestruz!

Yo levanté la cabeza, y con una dignidad y energía que les dejó admirados, le dije al Queirá, que eso era una mentira fraguada por las gentes del Apa, que explotan á los indios, y que desean mi muerte para impedir que les enseñe

el valor de sus productos, y temiendo que el degradado Michí no tradujera fielmente mis palabras agarré puñados de plumas, é hice como que los cambiaba por azadones, señalé cueros y manifesté que los trocaba por cuchillos, tendí mi mano hacia el Apa gritando: *enemoateá yapú*, y abrazando al Queirá que parecía absorto con mis palabras, le dije repetidas veces: *lektesmá! lektesmá!*

Habló éste algunas palabras con su hermano, que no era otro el desgraciado brujo, sino el mismo que una hora antes había visto gesticulando con Michí al pie de la barranca, y quien abriendo su formidable tenaza, me dejó entre las manos de su cacique, el que me condujo hasta el pie del árbol donde me hizo sentar de una manera tan brusca que era como si me arrojase á tierra.

Hecho esto, dió algunos pasos hasta los suyos, y tomando al cacique Michí por el brazo, del mismo modo que yo lo había sido por el brujo, aunque sin ademanes descompuestos, entabló con él un diálago que yo no podía entender; pero que debía ser interesante por cuanto que todos los indios, incluso el hechicero, lo escuchaban estupefactos. Por su parte Michí, por lo dulce y meloso de su palabra, no parecía el hidrófobo que una hora antes aproximaba los puños al rostro de un gigante á quien ahora contemplaba levantando la cabeza como quien mira al cielo.

¿Sabré algún día lo que allí se dijo? El tiempo lo dirá.

Concluido el diálogo, que á pesar de la sumisión de Michí y de la monotonía del Queirá parecía una reyerta, marchó el primero hacia su campo; mientras que el segundo, dirigió breves palabras á su gente y todos juntos se dirigieron al río donde se bañaron, y frotaron mucho el cuerpo del epiléptico, subiéndole después hasta el algarrobo, bajo cuya copa le acostaron en un estado de postración digno de lástima, y cuando todos estuvieron reunidos en el campamento, el cacique me hizo seña de que repartiese las raciones, lo que obedecí en el acto, haciendo todo bajo la misma forma que

en la mañana, incluso la sopa de fariña de la que el cacique no quiso probar bocado, lo que me demostró que no le había convencido.

Como yo tampoco comiese, se me acercó Queirá con su carabina y un cuchillo en la mano para que sirviéndome de él como destornillador, le enseñase cómo se armaba y desarmaba, lo que también hice convencido de que se trataba de aprovechar mis conocimientos durante las pocas horas que habíamos de estar juntos.

Como con el mayor deseo de servirle y enseñarle, me puse á hacer el ejercicio del arma con todos sus tiempos y posiciones, lo que gustó mucho á él y á todos cuantos le acompañaban, algunos de los cuales se me acercaron menos arrogantes é imitando mis movimientos con los cuatro fusiles que tenían, concluyeron por adiestrarse y manejar el rémington como buenos veteranos.

Algo alentado al ver el nuevo aspecto que presentaban las cosas, saqué del morral un puñado de cartuchos, y colocando en el algarrobo una hoja de mi libro, me separé cuarenta pasos é hice un disparo, que naturalmente después de dar en el blanco, penetró profundamente en la madera del algarrobo. Quiso el Queirá probar su arma é hizo fuego sobre el blanco, pero como no apoyase la culata del arma sobre el hombro, por más que yo se lo había prevenido, recibió un golpe tan fuerte, que lo atribuyó á defecto de su carabina, que en el acto cambió por la mía. Entonces yo recogí la suya é hice consecutivamente una docena de disparos en mucho menos de un minuto, que dieron todos en el blanco, lo que produjo repetidas aclamaciones, y lo que dió por resultado que la mayor parte de los Angaités se vinieran á presenciar el ejercicio, concluyendo porque todos los que tenían carabina hicieran repetidos disparos tan rápidos y certeros como los míos, con lo cual quedaron muy contentos.

El ruido de las descargas acabó por despertar al mago que nos miraba á todos con semblante estúpido sin saber lo que

ocurría en torno suyo: y como el que deseando salvarse se agarra á un yerro candente, corrí yo á mi cazuela de lata donde aún estaba intacta mi comida, y se la llevé á aquel energúmeno como quien no conserva la más ligera sombra de resentimiento, rasgo que me valió de mucho, tanto más cuanto que el enfermo acabó con ella con unos ademanes que demostraban que en su vida había probado nada más apetitoso.

Tan pronto como terminó, le recogí la cazuela y la cuchara, y le entregué un cigarro encendido que recibió sin mirarme, y repartí algunos otros entre los indios principales sin excluir al cacique Michí, que se permitía conmigo ciertas bromitas, como las que el gato suele gastar con el ratón antes de devorarlo.

Cuando más distraidos estaban los indios en el ejercicio de las armas y cuando yo estaba procurando por señas, las más expresivas, que el Queirá comprendiera mi deseo de hacer hasta las montañas del Oeste un camino carretero, para traerles fusiles y azadones á cambio de plumas, un mozo que estaba pescando vino gritando hacia nosotros *itén, itén.* (1)

Todos corrimos hacia donde confluye con el río el arroyo de los Guanás, y desde lo alto de la barranca vimos en rumbo N. E. y como á la distancia de tres leguas, dos columnas de humo, que por lo elevadas, cilíndricas y verticales, más parecían proceder de una grande chimenea que del incendio de una pradera.

No pareció muy agradable este espectáculo á los indios de ambas tolderías, y menos me lo pareció á mí, porque el cacique Michí, que deseaba mi ruina á toda costa, aprovechó aquella circunstancia para volver á privarme de las simpatías que iba recobrando, lo que consiguió, haciendo creer á todos, que aquel humo eran señas que se hacían de acuerdo conmigo, y que los disparos nuestros eran mi respuesta. Todo lo cual pude presumir por los antecedentes, por algunas de sus palabras y por las consecuencias.

(1) Humo, en guaná.

De nada sirvió lo grosero de la mentira; todos le creyeron como á un oráculo, sin pararse á considerar que los que acababan de prender aquel fuego, no podían oir las detonaciones de nuestras armas, á través de tres leguas de bosques.

En el acto unos indios echaron al agua las canoas que estaban á la orilla, y las llevaron á esconder al arroyo de los Guanás, cuya barra estaba casi en seco; se retiraron de la costa los que pescaban, y nosotros cargamos todos nuestros efectos para trasladar el campamento algo más al Sud y tras de la punta saliente del bosque inmediato al río, sin que en el resto de la tarde se permitiera hacer más disparos, ni que indio alguno se presentara á la vista de la barranca.

Como el cacique Queirá y su hermano el brujo se quedaron rezagados cerca del algarrobo, mientras que los demás caminaban apresurados para dejar sus bolsas al Oeste del bosque saliente, yo aproveché esta ocasión, y con el morral á la espalda y un salvavidas al hombro y la carabina en la mano, me acerqué y les hice comprender entre señas y palabras, que el cacique Michí era traidor; que había robado 21 salvavidas, y que yo era amigo de los Guanás. Ellos me miraron; cambiaron todavía algunas palabras y salieron conmigo hacia el nuevo campamento, desde donde á cien pasos más al Sud y entre los árboles del bosque, se veía á los Angaités apagando sus fogones.

Hízome sentar el cacique en el suelo cerca de mis mantas, sobre las cuales dejé morral y carabina, y como nadie me hablase y era mirado con desprecio por cuantos pasaban á mi lado, tomé el partido de hacer que me distraía, volviendo á examinar con el lente las florecitas de la pradera, lo que llamó mucho la atención, principalmente de los jóvenes, quienes emplearon el resto de la tarde en reirse de lo que les parecía el más necio de los entretenimientos.

Cuando llegó la noche, indiqué al cacique si quería que repartiese las raciones, á lo que dijo ásperamente que nó, sin duda porque los Angaités andaban cerca.

Poco después se acercó al sitio donde estaban las mantas y me dijo que las extendiera. Obedecí y entonces tomando una de mis manos, y como impulsado por un arranque de generosidad, y como para que me tranquilizase acerca de mi suerte, me hizo seña de que al salir la luna me llevaría por el camino del Apa para dejarme en ella, y después de esto, tapándome la boca como si no quisiera escuchar ninguna de mis protestas, me hizo acostar y se acostó á mi lado, cuyo ejemplo siguieron todos los indios, creo que sin dejar un solo centinela.

¡Me llevan al Apa!

¡Desconfían de mí!

¡Ya no quieren los indios acompañarme!

¡Y todavía piensa este cacique que me presta un servicio al conservar una vida que estimo menos que las ilusiones que tan piadosamente me arranca!!

¡Oh Providencia! Si es cierto que lees en el alma de los hombres; si sabes que solo el amor hacia tu obra más perfecta era el móvil que guiaba mis pasos al desierto; si sabes que este amor me infundía sobrada fortaleza para soportar todas las privaciones, todos los insultos, todos los azotes, y todos los peligros, con tal de resolver ese enigma que ocultas desde el sexto día de la creación para que lo descifre un valiente, ¿por qué me consideras indigno de aquella gloria que concediste al mártir Juan de Ayolas?

Razón tenía el epiléptico. Tú, tú, tú y nadie más que tú eres el que le hizo decir que yo no debía penetrar en el Chaco. No fueron, nó, las gentes del Apa, las que inventaron la calumnia que había de acabar con mi vida, ó con mis ilusiones; ellos no fueron sino los viles instrumentos de que te vales para cumplir tus designios misteriosos!!

¿Volveré de nuevo á esa sociedad que á estas mismas horas ya estará aplaudiendo, satisfecha con el escándalo, los insultos que me lancen por la espalda mis cobardes detractores?

No.

Volveré al Apa; pero será para comprar una canoa, lanzarme río abajo, y entregarme á los orejudos de San Salvador, á fin de que más piadosos que estos indios, tengan siquiera la generosidad de cautivarme; pero, ¡que yo vea el Chaco!!

Yo no sé si estos pensamientos serían súplicas ó quejas, preces ó maldiciones; pero es lo cierto que, como penetrado de la inmensa plenitud de mi desgracia ya nada tenía que temer, me quedé dormido, sin que los ruidos de la noche, que son en el Chaco mayores que los del día, sirvieran para impedir una necesidad tan reclamada por mi cuerpo y por mi espíritu.

Día 8 de Octubre.

Dormía, como pueden dormir los condenados, en la víspera del suplicio, cuando sentí que me tocaban la cara dulcemente. Era el cacique que arrodillado sobre una parte de la manta que le había servido de lecho, y perdida la gravedad que constituía su tipo, me hacía señas tan precipitadas como intraducibles, por más que imaginé que algo muy grave ocurriría cuando tanto se habían descompuesto los resortes de aquel autómata imperturbable; pues que sus miembros se dirigían sucesivamente al cielo, á la tierra, al Nordeste, al bosque, al río, á la pradera y á mi carabina; cuando el endurecido músculo que debía servirle de corazón se agitaba con tanta frecuencia y con tanto ruido como los mazos de un batán, y cuando marcaba el compás de tan estrepitosos latidos con una respiración que, más que de un cacique, parecía la de un perro fatigado.

Si su espesa cabellera y la oscuridad de una noche en que ni las estrellas se veían me lo hubiesen permitido, tal vez yo habría descifrado en la expresión de su semblante el enigma que parecía proponerme con su profunda emoción y con sus extrañas actitudes.

¿Dormía yo aún? ¿Sería tan sonámbulo el cacique como epiléptico su hermano?

Pero no puede ser esto, porque en torno mío, veo entre sombras agitarse, y en medio del mayor aturdimiento, multitud de fantasmas melenudos que se ciñen el *enkilsike* (1) se afirman el *ukaskabál* (2) se meten el *nortemá* (3) se cuelgan el *natjabá* (4) y se abren, y se bajan, y rebuscan á tientas, flechas cuyas cañas chocan entre sí y arcos que se golpean unos á otros; ruidos únicos que se perciben en medio de aquel espectáculo imponente cuanto silencioso.

No; yo no duermo.

No; Queirá no sueña, porque si él soñase, sería entonces el jefe de una tribu de sonámbulos.

¡El imponente, el severo, el grave, el circunspecto, el robusto, el imperturbable, el gigantesco indio, jefe de los Guanás, tiene miedo.....!

Grande pues, debe ser el peligro, cuando así arrastra por el suelo su representación, su dignidad, y los antecedentes belicosos de su raza.

El jefe está anonadado, los indios aturdidos y los veteranos de hace pocas horas tiemblan tanto, que no aciertan á meter un cartucho por la recámara del rémington y me presentan sus fusiles para que yo se los cargue.

Yo también me armo, pero no sé contra quién.

Acabo de despertarme; todos me rodean como si yo fuese un parapeto; miran hacia el bosque que nos separa de la ribera y á cuya orilla occidental estamos acampados, y el cacique Queirá, desesperado de que no le entiendo, repite sus movimientos y los acompaña con algunas palabras.

¡Oh, Providencia! ¡Has hecho el único milagro que podía salvarme!

---

(1) Tapa-rabo.
(2) Peine grande de madera.
(3) Poncho pequeño que les llega solo á la cintura.
(4) Bolsa de red.

Todo lo he comprendido. Los indios Mbayás están en el bosque que se extiende á nuestro lado!

Queirá me ha señalado al Nordeste, hacia donde ayer tarde vimos el humo que nos hizo mudar de campamento, y ha dicho *Mbayás; itén enemoateás;* luego ha corrido su mano poco á poco hasta el Oeste, como marcando el paso de los enemigos, é imitando después cual si remase por un arroyo, se ha llevado su dedo á la oreja, como si dijera: yo los he escuchado. Luego me ha señalado el bosque y ha juntado sus dos manos meneando muy de prisa todos sus dedos queriendo decir, que hay muchos. En seguida, ha señalado el lugar por donde sale la luna, y trazando en el aire un arco con el brazo por radio, ha dicho *pelstein*, dando á entender que seremos atacados al salir la luna, y por fin, tocando su carabina, señalando al bosque y repitiendo, *almamá, almamá*, (1) me ha querido decir, que nuestros enemigos tienen fusiles.

¿Y por qué me rodean estas gentes?

¿Y, por qué me cuenta el cacique sus temores?

Porque unos y otros tienen la secreta intuición de la inferioridad de su raza.

Porque todos han adivinado que si yo no los salvo están perdidos.

¿Y, cuáles son mis emociones y mis pensamientos en medio de esta nueva situación que me crean las circunstancias?

Si al despertar de mi sueño, la postura humillante del Queirá hubiera tenido por objeto decirme: «perdóname si ayer mal informado me resolví traicionarte, y prepárate, que ya nos vamos al interior del Ghaco»; esta confesión y esta promesa no me hubiera proporcionado nunca un placer tan grande como el que sentí al oirle decir: «de tí depende nuestra salvación».

Las emociones sufridas durante el día anterior, en que tres veces me ví remontado sobre el pináculo de mis deseos, y otras tantas me preparé resignado al sacrificio.... aquellos saltos

(1) Arma de fuego, fusil ó carabina.

bruscos del Capitolio, á la Roca Tarpeya y de la Roca Tarpeya al Capitolio, habían destruido por completo las fibras de mi sensibilidad. Cuando el cacique Queirá, haciéndome el servicio de no matarme, me dijo que al salir la luna me llevaría al Apa, concluyó también con mis deseos y esperanzas. Al dormirme yo, era un imbecil, que no solo suspendía los fenómenos de la vida de relación, sinó que saldaba sus cuentas con el mundo. Que me arrojasen al río; que me llevasen al Apa; que me aplastasen de un macanazo, que era lo más posible, en todo esto no encontraba diferencias tan notables que merecieran la pena de preocuparse en la elección.

Así pues, cuando al despertarme en medio del naufragio, se me presentó en la lucha una tabla que acaso podría conducirme gloriosamente al puerto de mis ilusiones ¿no había de prenderme á ella bendiciendo mi destino?

Yo estaba arrodillado sobre mi manta, y el cacique y sus indios me rodeaban, sentados también sobre sus talones como para no destacar sus negros bultos sobre la leve claridad de un horizonte tan oscuro como ellos mismos. Todos miraban alternativamente hacia el bosque y hacia mí, cual si de aquel lado esperasen el peligro y del mío la salvación. Todos parecían decirme: ¿Qué hacemos?

El interés y la necesidad me mandaban resolver, y resolví.

Tomé las manos del brujo y del cacique, é imitando las acciones y palabras del compasivo joven angaité, las oprimí contra mi corazón las apoyé sobre mi frente diciéndoles: Cristiano *lektesmá guaná;* á lo que ellos y algunos de los otros indios repitieron en voz muy baja y entonación muy satisfecha; *lektesmá!!*

Después tocando las cinco carabinas y fingiendo con la mía que hacía muchos disparos precipitadamente, con los que caían gentes á tierra, les hice comprender la importancia de nuestras armas, lo que parecía satisfacerles.

Acto continuo, nombrando al cacique Michí y señalando hacia su campo, dí á entender que deberían despertarlos para

aumentar nuestras huestes, lo que entendido por varios Guanás, les hizo prorrumpir en señas negativas acompañadas de la palabra *chemején* é imitaciones del ladrido del perro. Tenían razón. Era preferible ser menos, á producir la alarma en el campo de los Angaités, donde nadie hubiera podido acercarse sin que los ladridos de los perros hubieran hecho comprender á los Mbayás que les habíamos apercibido.

No quise continuar inmóvil en un lugar tan inmediato al bosque, donde un estornudo intempestivo hubiera hecho víctima de una descarga á nuestro apiñado grupo. Tomé mis mantas, mi morral y la bolsa de los salvavidas vacíos que me habían servido de cabecera; hice señas de que me siguieran con todos los efectos y me arrastré como una serpiente sin producir el más pequeño ruido, como á unos cien pasos en dirección al Oeste, donde con más desahogo y menos riesgo podía combinar y aún discutir mi plan de ataque, pues que nunca imaginé que fuese posible la defensa contra enemigos tan astutos.

No es posible describir los esfuerzos que pudo costarme el hacerme comprender por una gente que á más de hablar y de accionar de una manera tan diferente de los europeos, estaba poseida de un pánico que casi había suspendido las funciones de su inteligencia.

Hice comprender como pude al cacique Queirá, que debería mandar un espía por la orilla del río hasta la parte opuesta de la faja de monte donde los enemigos se ocultaban, con el fin de que por el número de las canoas atracadas pudiéramos inferir el número de los enemigos; pero toda la autoridad del cacique se estrellaba contra el miedo de los indios, y nada hubieran conseguido si yo, entregando mi carabina cargada á un joven de la tribu y empujándole en dirección á la ribera con ademán arrogante, no hubiese salvado la situación.

Nada hicimos en el largo cuarto de hora que tardaría en regresar el mozo, quien apereció de pronto entre nosotros como aparecen los fantasmas en el teatro.

Me entregó la carabina: me tocó en el pecho diciéndome

lektesmá, y mostrando su mano abierta al cacique, le dijo: *Temenin* (1). Éste entonces contó sus dedos hasta el número de 50, que por lo visto era el número ordinario de guerreros que podrían caber en las cinco canoas, número verdaderamente considerable, si como era de esperar, venían armados de fusiles, lo que me hacía perseverar en mi plan de no esperarlos, sino ganarles el tirón por un golpe de mano.

Fué necesaria toda la mímica que yo pude desarrollar, toda la elocuencia del cacique, y toda la autoridad del brujo, para que los indios se decidiesen á cooperar para la realización de mi plan, que era el siguiente: Yo con mi revólver y las municiones sueltas en el bolsillo de mi blusa, y el cacique con otros tres indios armados de rémington y con los cartuchos en el *natjabá* atado á la cintura, habíamos de deslizarnos por la pradera en rumbo N. E. hasta la confluencia del arroyo de los Guanás, para que desde allí y recostados al talud de la barranca, bajar por la orilla del río hasta dar vista á las canoas, en cuyo punto, y todo lo más escondidos que pudiésemos estar entre los grandes témpanos de tierra que se desprenden de la barranca, haríamos una seña convenida que se decidió fuese la imitación del bramido del yacaré.

Seis hombres armados al mando del brujo, que llevaba su carabina, y otros seis hombres al mando del hermano del cacique, se arrastrarían hasta la orilla del bosque, de modo que al escuchar la señal convenida de antemano, penetrasen los dos por distintos puntos y rumbo á la vez, convergiendo hacia el lugar donde según el espía se encontraban las canoas, lo que harían gritando, golpeando los árboles, y disparando sus flechas y la carabina horizontalmente, sin miedo de herirnos, pues estaríamos defendidos por la barranca, la que no deberían saltar sino querían morir por nuestros disparos.

(1) Cinco.

Requisito en el que insistí, hasta asegurarme absolutamente de que había sido comprendido.

Al discutir este plan por medio de la mímica y en circunstancias tan excepcionales, que casi no se apercibían nuestros movimientos, no hubo más reforma que la de el arma que el epiléptico no quiso manejar, pasase á las manos de otro indio, como la mía había pasado á las del joven que sirvió de espía, y que era el mismo que había de imitar el rugido del yacaré.

Aunque el trayecto que los míos tenían que recorrer era doble mayor que el de los otros dos grupos, no quise ponerme en marcha hasta que éstos salieran por el rumbo que yo les marcase, lo que hicieron desapareciendo de mi vista como por encanto, sin que sus pasos produjesen ruido perceptible.

Después de ellos salimos nosotros, y en una postura tan obligada para no dejarnos ver, que cuando á la orilla del arroyo de los Guanás quise enderezarme temí no poder hacerlo.

Sin detenernos, porque ya iba apareciendo esa débil claridad precursora del astro de la noche, bajamos ocultos por la barranca, ya tropezando con los grandes témpanos de ella desprendidos, ya sumergiéndonos en el barro de la orilla del agua, hasta que el espía que marchaba adelante se detuvo y me señaló un punto que todos vieron menos yo. Eran las canoas.

Nos parapetamos no tan separados como lo hubiera querido, porque los terrones no lo permitían, pero lo bastante para defendernos bien de todo ataque que nos viniese de frente ó de flanco, y bien preparados para disparar sobre los primeros que saltaran la barranca para ganar las canoas.

Un ronco bramido idéntico al que tantas noches había arrullado mi sueño durante la primera expedición partió de mi lado. Parecía increible que el humano pecho pudiera lanzar una nota tan grave y estentórea y tan verdaderamente idéntica á la que producen esos grandes reptiles; pero cuál no sería mi asombro cuando en vez de ser contestada por los disparos y alaridos de mis compañeros sólo fué respondida por el lejano éco de la orilla opuesta?

Confieso que por un momento, tuve la debilidad de pensar que deberíamos salvarnos en las canoas, porque sospechaba que el plan habría fracasado á causa de la cobardía de mis compañeros, mas un nuevo rugido lanzado poco después sin orden mía vino á disipar mis infundadas sospechas.

Sin duda el viento de que estábamos defendidos por la barranca había amortiguado el éco del primer rugido; pues no de otro modo hubiéramos podido nosotros oír tan distintamente, como si se produjese sobre nuestras cabezas, el ruido atronador, la infernal algarabía, que con su miedo producían aquellos que más que hombres parecían energúmenos, según bramaban, rugían y aullaban en todos los tonos y según golpeaban los troncos de los árboles y tronchaban las ramas, en su furiosa carrera, cual si en vez de catorce, se hubiesen multiplicado como las hordas de Atila.

Silvaron las balas, de tan frecuentes disparos que no parecían hechas por un recluta y muchas flechas volando sobre nuestras cabezas caían en el agua oblicuamente, produciendo un sonido como el de las mojarras que saltan á la orilla.

Sentía tan de cerca las voces y las carreras, que llegué á pensar que no hubiese enemigos en el bosque ó que tal vez obedecían á un plan mejor que el mío, mas de pronto las voces y las carreras hicieron temblar la barranca que se iluminó por un instante como por una centella, y una descarga cerrada hecha en retirada por los sorprendidos Mbayás me hizo comprender que los teníamos encima.

Fieles á mis órdenes, mis compañeros resistieron como yo la tentación de disparar sus armas hacia el grupo que gritaba, que se movía, y que golpeaba la tierra con las culatas de sus fusiles para cargar sin el auxilio de las baquetas.

Aislados fogonazos y detonaciones alternadas con otras muy próximas de nuestros compañeros, que ya se aproximaban, se oyeron de nuevo, y después, lanzándose en tropel por el talud de la barranca, como á quince pasos de nosotros oímos en medio del vocerío de los unos y de los otros, el ruido seco

de remos que chocan contra las canoas y el pisoteo de aquellos infelices resonando en el fondo de sus frágiles embarcaciones.

Fuego! grité yo entonces, disparando mi revólver defendido tras el témpano que me servía de parapeto, y cuatro detonaciones casi instantáneas acompañadas de unos gritos que no estaban en el programa, y seguidos de multitud de disparos vinieron á confundirse con las exclamaciones de alegría de nuestros ojeadores que ya iban coronando la barranca, y con los lamentos y las voces de mando de los fugitivos, y á iluminar el último cuadro de aquel drama en que un hombre que pocas horas antes se durmiera entre las amarguras de la impotencia y de la esclavitud, debía despertarse príncipe del desierto en medio de las aclamaciones de sus más poderosos caciques.

En vano me esforzaba para imponer á los de arriba y á los de abajo un silencio sin el cual me era imposible la persecución de los que, si alguna vez se denunciaron para que pudiésemos tirar nuevamente sobre ellos, fué porque en su retirada pretendieron hostilizarnos con algunos disparos, que sólo les sirvieron para aumentar su desdicha, pues que encaminaron de nuevo nuestra puntería con tanta fortuna, que desesperados gritos como si salieran del fondo del río se oyeron nuevamente á pocos pasos de la costa.

Adelanté cautelosamente algunos pasos, seguido de los míos y sin dejar de hacer fuego sobre el río y sobre el frente por si aún quedaban en tierra algunos enemigos, llegando al fin hasta un lugar en el que había baradas dos canoas, que inmediatamente mandé botar al agua para picarles la retirada, lo que no pude hacer por no encontrar los remos en medio de la oscuridad de la noche.

Rodeado de todos los míos, que me aclamaban con la palabra *Comandante Tuyá* (1), logré imponer silencio; pero mi

(1) Comandante viejo, en Guaraní.

autoridad no alcanzó á conseguir que también callasen los innumerables perros de los Angaités, que se lanzaban furiosamente sobre nosotros, hasta el punto de destrozar un brazo á un hijo de Queirá y de romper las ropas á muchos otros.

No creyendo todavía muy segura la victoria porque, aunque no hubiese más adelante otras canoas atracadas y otros indios en el bosque, bien podrían aún quedar á nuestra espalda los suficientes para confundirnos, supuesto que todos los que habían desembarcado no pudieron escaparse en tres canoas, dispuse que dos que allí teníamos se lanzaran río abajo; que el espía siguiese hacia el Sud un trecho largo y regresara á darme cuenta de sus descubrimientos; que ninguno se aproximase al campo de los Angaités hasta ser de día, lo que pretendían hacer para surtirse de flechas, sin pensar que podrían ser tomados por enemigos, y por último, que se viniesen conmigo río arriba hasta el campamento del Algarrobo, donde esperaríamos la llegada del día y donde el espía debería reunirse con nosotros.

Una vez en este sitio y á la leve claridad de una luna que se ocultaba entre las nubes, pasé revista y ví no sin sentimiento que faltaba el hijo de un hermano de Queirá, cuyo padre estaba muy acongojado; que otro sobrino del mismo estaba herido en un muslo, más que por una flecha, por una gran cortadura que él se había hecho con su propio cuchillo para sacársela, y que el hijo mayor del Queirá, que también era cacique, tenía como ya he dicho mordido el brazo por un perro de los Angaités, por lo que mandé en el acto en busca de mi morral, á fin de hacer de médico después de haber hecho de general en jefe; y entre tanto que llegaban las medicinas, procuré consolar al que tan afligido estaba por la pérdida de su hijo, estreché la mano de todos felicitándoles por su bravura y recibiendo sus felicitaciones envueltas en la palabra *lektesmá*, siendo el más expresivo en sus caricias el brujo que en el día anterior había pretendido exterminarme.

Cuando llegó mi morral y el cántaro con agua, lavé en mi plato y con mi pañuelo ambas heridas y empapando los venda-

jes en ácido fénico diluido en agua, quedó terminada la primera cura, y dispuse un nuevo ojeo por el bosque, que suspendí hasta la madrugada con motivo de que bajo los árboles y entre las malezas era tan profunda la oscuridad, que no hubiésemos conseguido nuestro objeto principal, cual era el de encontrar herido ó muerto el sobrino del cacique.

Cuando me volví al campamento del Algarrobo, donde había dejado los dos heridos, ya el espía había regresado, diciéndome que algunos Mbayás habían escapado hacia el Sud por la costa abajo, por cuanto que muy lejos y en esa dirección, sintió el ladrido de los perros que sin duda los perseguían.

Al aclarar el día penetramos de nuevo en el bosque, donde no encontramos al sobrino del cacique, imaginando todos, según se desprendía de su tranquila cuanto burlona sonrisa y de sus ademanes, que se habría salvado por la fuga, habilidad que entre los indios Guanás es tan aplaudida por lo menos como puede serlo la virtud del heroísmo.

En el bosque encontramos multitud de flechas de unos y de otros, la mayor parte clavadas en el suelo oblícuamente, en la parte inferior de los árboles, de las que los indios recogieron gran porción, teniendo cuidado de reconocer las de los Mbayás para no conservar de ellas sino las cañas; pues dicen que las puntas aguzadas, que propiamente constituyen la flecha, las envenenan los Mbayás para el combate, lo que no debe ser cierto. Por otra parte, ninguna de las puntas clavadas en los árboles más duros á mayor profundidad de la que en la tarde anterior habían penetrado los proyectiles de mi rémington, pudieron aprovecharse, pues puede decirse que formaban una misma pieza con el árbol, del que no podían desprenderse sin destruirse.

Entre los Mbayás que escaparon por el río debía ir uno por lo menos muy herido de bala, pues que por dentro del bosque y de Sudeste á Nordeste había un reguero de sangre muy marcado que se extendía hasta la misma ribera. El joven recluta que iba entre los ojeadores se había lucido.

Además de las anteriores observaciones hicimos otras del mayor interés, gracias al instinto que para rastrear tienen estos indígenas.

Habían desembarcado nada más que treinta ó treinta y cinco individuos, de los cuales sólo seis deberían traer fusiles, todo lo que vimos por haber estado agrupados después del desembarque al pie de la barranca donde quedaron marcadas sus huellas y las de las culatas de sus fusiles. Otros indios, en número de ocho, habían escapado, primero por la ribera, después por cncima de la barranca donde apenas se distinguía su huella, y últimamente por la orilla del agua hasta enfrentar la punta de una isla, donde debieron arrojarse á nado guiados por un cautivo ó por un traidor de los Angaités, lo que se infería porque la huella que marchaba adelante era muy pequeña, y no siendo posible que fuera la de un niño, había de ser la de un hombre, que como los de esta raza, tuviese un pie diminuto. Por último, entre las huellas de los que se salvaron á nado, se veían las de varios perros y algunas gotas de sangre que no pudimos aclarar del todo, si procederían de algún hombre ó de las heridas que indudablemente hicieron á los perros con el fin de alejarlos para no ser descubiertos en su retirada; lo que por otra parte debía inferirse, en atención á que vimos una caña de flecha destrozada, la que sin duda se arrancaría con los dientes.

Cuando dimos el último ojeo por el bosque, encontramos completamente abandonado el campo de los Angaités, en el que no habían dejado ni un solo cuero al salir en tan precipitada fuga.

Aún el sol no había salido, cuando ya estábamos descansando de las fatigas de la noche en medio de la pradera donde quedaron nuestros equipajes, que era el lugar último á donde yo me había retirado, á fin de organizar el plan de ataque, y ya entonces fueron llegándose hacia nosotros algunos Angaités que salían del bosque del Oeste, entre los que venía riéndose de su gracia el cobarde Guaná, que había dado la espalda á la pelea, y quien fué recibido por los suyos con tantas aclamacio-

nes y agasajos cual si viniera de coronarse con los lauros de la victoria; hecho que me hizo reflexionar, pues parecía un milagro el que, sin jefes europeos, y con indios tan cobardes, hubiese yo conseguido un triunfo tan completo, triunfo en el que los Angaités nunca creyeron.

Aprovechándome de mi nuevo influjo y sin pedir su parecer al cacique, me puse á distribuir las raciones, como en los días anteriores, sin que por esta vez el Queirá me hiciera la ofensa de no comer conmigo, como el día anterior, sino que, antes al contrario, aceptó con aire muy satisfecho mi comida, mi plato, mi cuchara y mi compañía, y el apéndice de una lata de conserva y un cigarro paraguayo de los de á doce reales el millar.

De pronto los indios volvieron sus rostros hacia el occidente en medio de voces y risotadas con que recibían á un hijo del Queirá, bajito, joven y tan rechoncho como su padre, quien venía montado sobre un potrillo que, aunque muy nuevo al parecer, era de una belleza y de una proporción extraordinaria, sin que tuviera otro defecto, que el no muy leve de que todo su espinazo era una matadura, razón sin duda por la que el jinete venía en pelo y montado en las ancas como los gitanos, lo que no le impidió el llegar á galope en medio de nosotros y el detenerse allí, sin más freno que el de una pequeña cuerda que le sujetaba la mandíbula inferior.

Al presentarse el sol en el horizonte, todos los indios se alzaron con religioso respeto y mostrándome el astro del día me dijeron: *Tibág igném* (1) y todos sucesivamente pasaron junto á mí, tocándome el pecho, mirándome y pronunciando la palabra *lektesmá*, que algunos parecían anteponerle una sílaba, pues sonaba *skelektesmá*. Esta especie de ceremonia semi-religiosa, semi-oficial, me fué muy agradable, pues que parecía una adopción en la que me juraban amistad eterna por el sol que es el único Dios á quien adoran, y acabó de llenarme de ale-

(1) Salida del Sol, ú Oriente en lengua guaná.

gría, cuando el cacique Queirá adelantándose hacia mí con el caballo del diestro, me hizo que lo recibiera de regalo en señal de agradecimiento, y diciéndome que no tenía más que ese, lo que significaba que hacía un sacrificio en honor á mi amistad.

Hecho esto me señaló al Nordeste y á unos cuantos de sus indios, y tocando mi caballo, dijo: *caballú* (1) é hizo como que caminaba á galope, como que se caía, como que se cansaba, como que nadaba, y otra multitud de señas tan complicadas, que aunque aisladas, las entendía, no pude encontrar la clave para entenderlas y sacar algo en limpio de aquella larga pantomima. Hubimos pues de recurrir al cacique Michí, quien me tradujo estas palabras: « Que te vuelvas al Apa, porque el cacique no tiene caballo para tí. »

No lo creí, y delante de todos y sonriendo, le hice señas de que no lo creía. Entonces el cacique Tuyá hermano de Michí, que tanto me había demostrado sus simpatías, me hizo señal de que su hermano me engañaba; por lo que tomé el partido de salir de aquella situación pesada y ridícula en que no nos entendíamos ninguno, y ciñéndome el morral y cargando mi carabina, tomé la mano del Queirá y lo arrastré en dirección al bosque del Oeste, como quien, sin preguntar más y convencido de su amistad con los indios, ya se ponía en camino del desierto.

Ninguna resistencia opuso el cacique á mis deseos, y ya toda su gente nos seguía, cargada con todos los efectos, cuando el Michí vino de nuevo hasta nosotros, y después de cambiar algunas frases con el primero, me dijo: « Dice que no tiene caballos para todos, y que si tú quieres acompañarle tienes que volver al Apa y comprar un buen caballo ».

No me pareció esta traducción tan falsa como la otra, por lo que me contenté con decir por señas al Queirá, si era cierto que tenían caballos, á lo que respondió que sí, y si tambien

(1) Corrupción de la palabra caballo.

lo era que me mandaba volver al Apa en busca de un caballo, á lo que también respondió afirmativamente.

Una de las razones que más me hizo comprender que debía ser exacta la última traducción que me había hecho el Michí de las palabras del Queirá, fué la de que el caballo que este cacique acababa de regalarme era un animal inútil por su poca edad y sus grandes mataduras.

Todos me hacían señas alegres de que iríamos al Apa y volveríamos juntos para penetrar al interior por el camino del Nordeste. Salí pues con dirección al Apa acompañado por todos los Guanás, menos los dos heridos que se retiraron por la senda del Oeste, haciéndome señas que cuando al dia siguiente el sol estuviera en el cenit volveríamos á encontrarnos, y diciéndome repetidas veces *Kateslegék* (1). También nos acompañaban algunos Angaités entre los cuales iban tres hermanos de Michí, que eran: el cacique Tuyá; el joven angaité, que tan cariñoso se había manifestado conmigo y cuyo nombre nunca ha sabido decirme, aunque respondía perfectamente al apodo de angaité Michí, con que yo le confirmé, y el cacique *Pucú*, hombre tan desgarbado como gigantesco, tan risueño como torpe y tan servicial como pedigüeño.

La chusma de los Angaités había salido para sus toldos por el mismo camino que llevamos al apuntar el día y la demás juventud había bajado por el río apiñada en las canoas.

Prescindo por ahora de la descripción del camino por tierra hasta la barranca del Apa, pues he de hacerla á mi regreso.

Serían las 2 de la tarde cuando cerca ya del puerto de Michí, sentí á mis espaldas el galope de un caballo, y cual no sería mi asombro cuando sobre aquel potrillo tan nuevo en mi opinión y en realidad tan matado, y con una velocidad que parecía el vuelo de las aves, ví cruzar ante mí, en medio de las aclamaciones generales, nada menos que el bárbaro cacique *Pucú* (2)

(1) Medio dia.
(2) Largo, en guaraní.

cuyo peso hubiera bastado para rendir al corcel más vigoroso.

Llegamos al puerto; Queirá dejó la mitad de su gente al cuidado de nuestros efectos, la otra mitad con él y en mi compañía pasaron en las canoas, y el cacique *Pucú* se lanzó al río á nado con el infeliz caballo, que sudaba una gota por cada pelo.

No me detuve en la colonia sino el tiempo preciso para visitar á la señora de M. R. Grillé, á quien regalé el caballo; para comprar algunos víveres, un uniforme del ejército italiano que tenía el señor Amici, y un caballo que este mismo señor me vendió, asegurándome bajo su palabra que era muy bueno y que el mismo *Pucú* fué á buscar al pastoreo para pasarle al Chaco; y para comer algo en compañía de los indios, con quienes volví de nuevo al puerto Michí, donde encontramos á los Guanás muy afligidos, porque habían sido víctimas de un nuevo robo del cacique Michí, quien con astucia los había separado del lugar donde teníamos los víveres para sustraerles cinco salvavidas.

Era ya bastante tarde, amenazaba lluvia, y deseábamos adelantar algún camino, por lo que decidió el Queirá aceptar el ofrecimiento de Michí de pasar la noche en su toldería, para la cual nos pusimos en camino.

La barranca que hay en el lugar que en adelante llamaré puerto Michí por su proximidad á la toldería de este cacique, se extiende al Sud como un kilómetro, en una faja más ó menos ancha; pero que en parte alguna medirá cien metros, tras de la cual se extienden *curiches* que corren de Norte á Sud, en todo lo que se alcanza con la vista, y de Este á Oeste una anchura como de media legua, al fin de la cual se cierra el occidente por una cortina de bosque, á cuya orilla están los toldos del cacique angaité.

Al Norte de este puerto baja la barranca con rapidez viniendo todo el terreno que se extiende por aquella parte á quedar tan bajo y pantanoso como los bañados con los que se confunde.

El puerto es de tanto fondo, que pueden atracar contra la costa los buques de mayor calado, aun cuando ninguno podrá navegar por falta de fondo en el brazo occidental del río que allí tiene su embocadura, lo que no importa, por cuanto que entre este puerto y el de Caña de Azúcar no hay sobre la costa del Chaco un solo punto que no sea bañado.

La raquítica vegetación arbórea que ofrece la faja de bosque situada al Sud sobre la barranca, no puede tener otro empleo que el de combustible ó cuando más, el de durmientes para ferro-carril, pues no faltan bignonias, y leguminosas que llenarían las condiciones de resistencia, duración y elasticidad que precisan las maderas para este servicio.

Aun cuando he llamado curiche al espacio de media legua que separa este puerto ó esta barranca, del bosque del Oeste á cuyo límite está la toldería de Michí, esto no obstante en la actualidad sólo dos cauces muy pequeños contenían un poco de agua estancada y casi corrompida, que era la única de que hacían uso los Angaités por la pereza de no caminar un poco más para tomarla del río; y según mi opinión, corroborada por los informes que he tomado algunas veces, estos lugares se convierten en una verdadera laguna con quince ó veinte centímetros de agua, no porque sean bajos con relación al rio, sino con relación á los terrenos de la costa, que por ser algo más elevados, contienen la natural salida de las aguas pluviales que aquí se juntan.

Todo lo que se precisaría para penetrar desde el puerto á los elevados terrenos del Oeste con un ferro-carril ó con una carretera, sería abrir una sangría á través de la barranca del Sud, removiendo menos de 500 metros cúbicos de tierra; construir un terraplén de dos kilómetros de largo, por cincuenta centímetros de altura, y dos puentecitos de diez metros de largo, para los cuales hay maderas preciosas é incorruptibles en el bosque del Oeste, con lo que se dejaría saneada una superficie de dos ó tres leguas cuadradas, que si algún defecto tuviese, sería el de su excesiva fertilidad, pues que son unos terrenos

en que las materias minerales apenas representan un treinta por ciento, por estar formados de restos de los vegetales acuáticos y semi-acuáticos que allí han vivido durante muchos siglos.

La proximidad al río, el clima, la extensión y la composición química de este suelo, harían de él, si pudiera ser explotado por la civilización, algo más bello y lucrativo que las bocas del Po y que las huertas de Valencia y Murcia.

Apoyada como ya he dicho por la selva del Oeste, se encuentra la toldería de los Angaités, que por lo súcia, incómoda y ruinosa, retrata perfectamente el detestable tipo de su cacique. Razón de sobra tendrían los que no viendo más que el repugnante aspecto que presentan estos toldos, compadeciera la existencia miserable que arrastran sus habitantes.

No hay para qué detenerse á contar cuántos toldos hay en esta tribu; sería lo mismo que contar, después de la lluvia, las gotas de agua que colgasen de las hojas de un árbol, cuando estos toldos, como estas gotas, desaparecen á cada soplo de viento y aparecen de nuevo á cada lluvia. Son el trabajo de una hora, pues los constituyen cuatro miserables horquetas de un metro de altura cuando más, sobre las que se sujetan y se cruzan algunas cañas que se recubren con typhas de los bañados y á veces con pastos de la pradera; pocilgas en las que no se puede penetrar sino doblando la cerviz, como demostración tangible de la bajeza que se comete, ó caminando *á gatas* como quien imita á los animales, que son los únicos que podrían encontrarse bien en donde se asfixia uno cuando hace sol, se hiela cuando hace frío y se moja cuando llueve.

En cada toldito de éstos, de los que el mayor no alcanzará á nueve metros cuadrados de superficie, se agrupan, cual si fueran los únicos séres capaces de vivir de una manera tan inmunda, todos los hombres, mujeres y niños, ya estén solteros ó casados, con tal de que sean miembros inmediatos de una familia; todos los pájaros, coatís, zorros, monos ó avestruces que domestican, y todos los perros, que son siempre, por lo menos, tantos, tan súcios y holgazanes como sus dueños; y si

á esto se junta el que de las cañas de lo que no puede llamarse techo, cuelgan bolsas de red, cargadas de comestibles putrefactos, cueros á medio curtir, perniles de carpincho, cuernos de ciervo, conchas de galápago, peces charqueados, lana y algodón para hilar, correas, sogas, peines de madera, anzuelos y colas de quirquincho; y que por el suelo sobre cueros de venado ó tigre, muerto en la víspera, andan rodando multitud de *mates* de todas formas y tamaños, y que se emplean indistintamente como cazuelas, como vasos, como neceseres, como costureros, como maletas, como palanganas, etc., etc., tendremos, que al abrirse y estrecharse para darme paso, aquellos animales tan felices que gozaban de todas las comodidades y prerrogativas de los hombres, y aquellos hombres tan desgraciados que vivían en la miseria y degradación de los animales, el favor que me hicieron, y que tuve que aceptar con la sonrisa en los lábios, fué el de asfixiarme de calor y de otras cosas, y el de atestar mis ropas y mis cabellos con la más completa colección de parásitos que jamás figuró en el museo de un entomólogo, la que, sin olvidar ni aún en mi sueño, conservé intacta hasta muchos días después de mi salida del desierto.

—Pero ¿el toldo destinado al jefe de la tribu no será tan pequeño, tan mezquino, tan débil y tan infecto como el de sus indios?

—No lo es tanto ciertamente, porque lo es mucho más que el peor de todos.

El cacique Michí que se distingue por ser el peor de su tribu, tiene que ser lógico en todas las acciones de su vida física y moral. Es el más pequeño de estatura y de sentimientos. Es el más feo de rostro y alma, y para dar la última pincelada sobre su detestable retrato, es el único indio que he conocido en el Chaco, casado con dos mujeres.

La familia de los Angaités no es hoy tan numerosa como lo era hace un siglo, pues parece ser que á causa de un robo que hicieron á los Guanás, éstos, unidos á los Mbayás, que entonces eran sus amigos, cayeron sobre los ladrones por agua

y por tierra con una prontitud, una reserva y una violencia tal que puede decirse que los aniquilaron.

Las pocas tribus que aún quedan, están establecidas desde el puerto Michí hasta una docena de leguas más al Sud y casi todas próximas á la costa, sin que esto quiera decir que no haya también algunas á quince y aún á veinte leguas al interior del Chaco.

Con excepción de la tribu de Michí que puede decírse que vive de la industria y del comercio, pues que por la situación que ocupa, que es tal vez la única puerta del Chaco en cien leguas de costa, sesenta por la parte del Sud y cuarenta por la del Norte, tiene el monopolio natural en todo porteo explotador, con lo que le basta para corromperse en la molicie, las demás tribus todas son agricultoras, sin que por eso dejen de cazar todo cuanto se les presente, ó pescar cuando escasean los frutos, y sin que tampoco precisen recurrir á ótras para fabricar sus armas, sus redes, sus bolsas, sus vasijas, sus adornos y sus vestidos, de todo lo cual la degenerada tribu de Michí tiene que surtirse ó poco menos, por medio del robo ó la limosna; pues no de otro modo pueden calificarse los crecidos tributos que exije á los desventurados que solicitan sus servicios, bien sea para pasar el río en sus canoas, bien sea para ponerse en relación con las gentes del Apa, ó bien, en fin, para cazar en sus campos ó cosechar algarrobos en sus bosques.

El cacique Tuyá, que se ha hecho muy amigo mío y que no me suelta de la mano, me dice que los toldos de los Angaités que están al S. E. del suyo, son muy grandes, muy fuertes, muy bien construidos, porque no se llueven y que hay tribus que tienen numerosas familias.

La lengua Angaité no tiene semejanza alguna con el Guaná, con el Mbayá, y menos con el Guaraní; sin embargo, por regla general, todos los indios del Chaco del Sud se comprenden perfectamente.

Parece ser, aunque no puedo asegurarlo, que existe una

toldería de Angaités, cuyo cacique tiene cierta autoridad sobre todos los caciques de su raza. Por lo menos, lo que sé de cierto es, que existe un ex-cacique que, aunque muy debilitado por las circunstancias, tiene alguna autoridad sobre la tribu de Michí.

Aunque los Angaités en general no son tan buenos, tan lindos, tan inteligentes y tan activos como los Guanás, esto no obstante viven en paz con ellos, así como también conservan las más cordiales relaciones con los Guaycurues de más al Sud, entre los que hay tribus que viven del pillaje.

En honor de la verdad debo decir, que aun cuando los Angaités de la tribu de Michí, instigados por su jefe, hayan infringido algunas veces el séptimo precepto del decálogo, hijo legítimo del séptimo pecado mortal, en medio del que viven constantemente, no por eso debe entenderse que llevasen su desenfreno hasta el punto de asaltar á mano armada á cualquier europeo que penetrase hasta ellos en actitud pacífica. Esto no obstante, siempre aconsejaré al naturalista ó cualquier viajero que conciba el atrevido pensamiento de internarse solo, que lleve más abnegación que víveres, pues que no sólo de lo primero consumirá más que de lo segundo, sino que pesa menos, se guarda mejor, é inspira menos tentaciones á unos indígenas que tienen más hambre que perversidad.

En cuanto á mí, si he de ser justo, sólo les debo agradecimiento por las afectuosas demostraciones que todos me han prodigado, y por la multitud y espontaneidad de los pequeños servicios que á porfía se disputaban el hacerme; pues si bien es cierto que entre ellos me he visto robado, traicionado y próximo á perecer, no culpo á su raza, á su tribu, ni á ninguno de los individuos subalternos que la componen, sino á un cacique que no hace más ni menos que traducir en su provecho las lecciones que día á día recibe de los cristianos con quien trata.

Por lo demás, estos indios son tan dulces, tan tímidos, tan cariñosos y tan inocentes como los niños, y aún cuando debiera esperarse de ellos una inmoralidad que estuviese en razón

directa de las facilidades con que les brinda el medio en que viven, no temo en asegurar que sean más honestos que los cristianos, desde que como la naturaleza les sustenta y no tienen que esperar á labrarse una fortuna para contraer matrimonio, ni un solo día tienen que hacerse la violencia de refrenar los naturales instintos de la reproducción; pues cumpliendo mejor que nosotros con las leyes de la naturaleza, se casan todos en la edad de la pubertad, con lo que, prescindiendo de las ventajas que alcanzan en el orden material, tienen sobre todo la de cumplir mejor que nosotros con los preceptos morales.

La selva que se extiende á espaldas de la toldería, corre de Norte á Sud y está compuesta casi en su totalidad de grandes vegetales dicotiledoneos, entre los que figuran los quebrachos, urundais, guayabos, lapachos, palo-santo y algarrobo blanco, del que los Angaités hacen la base de su alimentación. El desarrollo de estos árboles no puede decirse que sea gigantesco, pero es el suficiente para que sus maderas puedan aplicarse á los usos ordinarios de la vida civilizada.

Es inútil repetir aquí lo que ya dije al hacer la descripción de mi primer viaje, y quede sentado para en lo sucesivo que todo rodal de bosque supone siempre un terreno más elevado que los que le rodean, sin que esto quiera decir que las inmediatas praderas ó próximos palmares puedan verse nunca convertidos en lagunas, como sucede á los bañados que separan el puerto Michí de la toldería de este cacique.

Mucho sintió el Queirá la sustracción de su colega, á cuyas manifestaciones respondí yo con otras de conformidad é indiferencia; sin embargo, el cacique no quiso acampar en la misma toldería, sin duda por miedo de que acabaran los Angaités con todas nuestras provisiones, sino á unos cien pasos más arriba sobre la orilla del bosque, donde hizo encender multitud de fogatas marcando puntos de una circunferencia, en cuyo centro depositó nuestras ropas, víveres y utensilios.

Ya era de noche y encontrábame yo cumpliendo con la visita del último toldo que era el del cacique, cuando un hijo

del Queirá vino de parte de su padre á recordarme que ya era hora de repartir la cena, lo que comprendí más que por los gestos del muchacho, por la prisa que se dieron los circunstantes á proveerse de los mates con que habían de agotar el exhausto manantial de mis provisiones.

Al salir del Apa había cargado nuevamente algunos salvavidas, confiado en reunir uno para cada indio; mas como no contaba con el segundo robo del Michí, me encontré con que solo tenía quince, de los que cinco se despacharon en el acto, recibiendo muchos de los Angaités dobles y triples raciones, á causa de que la oscuridad me impedía reconocer á los trasgresores de la ley de la igualdad, los que, por si de algo puede servir este detalle y con perdón de la belleza plástica, diré que pertenecían al bello sexo. Entre los incidentes graciosos que siempre ocurrían durante el reparto de las provisiones, sólo diré que el cacique Pucú, provisto del mate colosal donde su hermano dos días antes había embaulado la cena de toda su tribu, me reclamó, no una ración como todos los demás, sino, una por Angaité, otra por cacique, otra por haberme pasado el caballo y otra, que excitó la risa de todos, por ser el más grande de los circunstantes.

Entre las mantillas del aparejo de mi caballo, traía una tienda de campaña que, con motivo de que empezaba á llover, armé en dos minutos, en medio de la admiración general, y después de tender en ella la *carona* que preservase de la humedad del suelo, el *recado,* el morral, la bolsa del uniforme, y algunos salvavidas que sirviesen de almohada, y mis blancas mantas en vez de colchón mullido, encendí una bugía y brindé al cacique Queirá á que tomase posesión de aquel nido de tórtola, lo que hizo no sin esforzarse en disimular el placer que le causaba el acostarse en el lecho más blando y más limpio que había visto en su vida. En cuanto á los indios, no parecían hartarse de mirarnos, pues hasta dormirme fuimos objeto de la curiosidad de todos los que podían contemplarnos por ambas entradas de la tienda.

Día 9 de Octubre.

Poco después de aparecer la luna nos aprontamos para el viaje, lo que era más fácil para los indios que para mí, pues tenía que aparejar el caballo, y acomodar en él todos mis efectos; operación que nunca aprendieron los indios, ni aún aprendiéndola la hubieran ejecutado; porque les parecía una crueldad meterle el freno en la boca y un crimen el apretarle las cinchas, hasta el punto, de que á cada tirón mío era una de gritos y una de llevarse las manos á la barriga, como si más que al caballo se hubiese creido que fuese á ellos á quienes yo cinchaba.

Despedidos sólo por el cacique Tuyá y el angaité Michí y por una jauría de perros que nos persiguió más de media legua, salimos por la costa del monte con rumbo N. N. O., por la misma veredita estrecha que habíamos traido aquella misma mañana.

El cuadro era digno del pincel de un buen artista, pues la brillante luna, ocultándose ó apareciendo sucesivamente ya entre las nubes ya entre las copas de las frondosas palmas, esparcía sombras y luces á través de aquellas claraboyas del firmamento, inmensas ogivas proporcionadas á la grandeza del suntuoso templo, cuya bóveda sostenían millones de esbeltas y atrevidas columnas de caprichosos capiteles, cuyo pavimento estaba revestido de una mullida alfombra de verde grama y cuyo incienso se exhalaba á la vez de aquellos vivientes pebeteros de perfume tan dulce como la miel de sus nectáreos. Templo que revelaba el poder sublime del Grande Arquitecto de la naturaleza. Templo en fin, que por primera vez abría sus puertas para recibir al pacífico misionero de la civilización, que sin ejércitos destructores, penetraba solo y confiado en el mismo Dios á quien también los hijos del desierto rendían allí el más natural y el más sencillo de los cultos.

Las sendas del Chaco, al parecer tan caprichosas, son cuando bien se las considera, no hijas de la casualidad, sino de un meditado estudio en el que obedecen á las múltiples exigencias de los indígenas y á las circunstancias topográficas del Chaco. No hay en ellas una curva que pudiera ser recta, ni una sola recta que debiera ser curva; lo que se debe más bien que á la meditación que precediera á su primer trazado, á las reformas aconsejadas por la experiencia de muchos siglos; sin que esto signifique que tales reformas sean muy frecuentes, desde que con datos irrecusables puedo asegurar que, con excepción de las vías Romanas, no existe en Europa carretera que cuente tantos siglos como la senda por la que entónces caminábamos, á la que llamaré única carretera general del Noroeste.

¿Y cuáles son esos datos irrecusables que testifican la antigüedad de estas sendas?

Son semillitas que en otro tiempo germinaron á pocos centímetros de la vía como muchos otros pequeños arbustos que crecen en la actualidad; plantitas tan despreciables al principio, que muchas tribus pasaron á su lado sin apercibirlas y muchas generaciones se rozaron con ellas sin temerlas, y que, favorecida su debilidad por la indiferencia, hoy son gigantescas pirámides que interrumpen la vía recta y que aún tienen, y cuentan con lozanía suficiente, para obligar á las generaciones venideras á que las miren con respeto, cuando al llegar al pie de ellas se acogen á su sombra protectora. Árboles que obligan al peregrino á separarse de su rumbo y trazar en su marcha un pequeño semicírculo, antiguo apéndice de una senda más antigua; desvío irremediable causado por una planta, que si no cinco mil, como el Baobab ó seis mil como el Apuchute, puede muy bien tener mil ó mil quinientos años de existencia.

El cacique Queirá me señaló el Noroeste como el rumbo que habíamos de seguír para llegar hasta los últimos toldos del desierto, y sin embargo, ahora marchamos en rumbo casi Norte y así hemos de seguir hasta llegar á Caña de Azúcar.

¿Qué quiere decir esto? ¿Por qué no salimos directamente

al Nordeste por la hipotenusa? Porque además de impedirlo el fragosísimo bosque del Oeste y una cadena de cerrillos escabrosos y dilatados *curiches* que tras él se ocultan, hay llanuras inmensas y desiertas por falta de lagos.

Á pesar de que estamos en medio de una sequía cual nunca los indios conocieron, las seis leguas que separan el puerto Michí con el puerto Caña de Azúcar cuentan con tres aguadas permanentes, distribuidas sobre la ruta, á proporcionadas distancias; lo que, unido á lo despejado del terreno que se cruza, pues son palmares muy claros, hace que el tránsito sea muy seguro y agradable, y que la construcción de una carretera no ofrecíese dificultad ninguna.

Esta vereda aunque se dirige poco más ó menos al Norte, no marcha paralela al río, porque éste se desvía mucho hacia el Oriente, formando un arco por cuya cuerda caminamos.

Los terrenos que dejamos al Este son casi todos bañados, alguno de los cuales lame la misma vereda, y los del Oeste son cada vez más elevados aunque insensiblemente hasta llegar al límite del bosque, en cuyo sitio ya se manifiesta la elevación de una manera más sensible.

Los que trazaron las veredas del desierto, no las hicieron para marchar en batalla por compañías ni por cuartas, sino para ir uno á uno, siendo ese uno un indio descalzo, pues que los europeos acostumbrados á caminar con los pies más abiertos y sin frotarse uno con otro los tobillos, no caben en estrecha caja profundizada un poco en el terreno con el trascurso de los años. Los indios, pues, caminan en hilera, ya sean diez, ya sean diez mil, siguiendo uno tras otro las ondulaciones, tan pronunciadas como los accidentes topográficos del terreno, cual si fueran una larga serpiente que avanza por la llanura.

Así marchaban mis indios, y yo á caballo tras de todos ellos, saboreando mi felicidad y riendo en mi interior del contraste que presentaba un europeo con antiparras, sombrero negro, blusa y pantalón de dril, alpargatas blancas, revólver y cuchillo á la cintura, con unos indios cabelludos cubiertos de plumas

hasta en los agujeros de las orejas, envueltos en sus tétricos *enkilsikes*, y en esa especie de dalmáticas llamadas por ellos *nortemá*, atestados de *natjabás*, como si su cuerpo fuese la percha de un cazador, y marchando airosamente con su manojo de flechas sobre el costado izquierdo, su arco sobre el hombro derecho, y con el chocante apéndice de una bolsa blanca, tan hija de la civilización como los víveres que contenía.

Cuando habríamos andado la mitad del camino, me adelanté á galope hasta llegar á la cabeza, que la formaba el cacique, á quien apeándome invité á que montara, lo que aceptó, ordenando continuar la marcha por un momento interrumpida, y como yo tratara de esperarme para volver á ocupar mi antiguo puesto al extremo de la cola, los indios que marchaban adelante y que eran todos caciques me invitaron á ocupar el distinguido puesto dejado por el Queirá, lo que hicieron con demostraciones del mayor respeto.

Así seguimos entre palmares y algunas fajas trasversales de bosque muy claro, hasta que, como á eso de las diez de la mañana, llegamos al lindero del bosque inmediato al río, donde se habían ocultado los *mbayás*, el que trayendo este recuerdo á la memoria de los indios, hizo que, sin detener la marcha, apuntaran hacia él con sus arcos y sus carabinas, prorrumpiendo en sonidos que imitaban las descargas de la noche del ataque.

Llegamos por fin al campamento del Algarrobo, donde sin detenernos más que un corto rato para tomar el almuerzo, continuamos nuestra marcha, doblando hacia el Oeste por la misma senda del bosque donde había recibido los primeros disgustos, á consecuencia de las provocaciones del cacique Michí. En este punto el cacique me hizo apear, dándome á entender que las ramas del bosque azotarían mi rostro, por lo que entregó el caballo á un joven para que me lo llevase, ó más bien dicho, para que lo llevase á él y á otros dos más, que sin oponerse el Queirá, se encaramaron como gatos, ocupándole desde el pescuezo hasta la cola, y cargándole, no sólo con el peso de

sus cuerpos, sino con el de sus cargas, que no bajarían de otras seis arrobas.

Habríamos caminado como media legua dentro del bosque, cuando el cacique Queirá, que marchaba á la cabeza, hizo un disparo con su carabina, el que fué contestado por algunos gritos humanos y muchos ladridos de perros. Dimos algunos pasos y revolviendo de pronto al Nordeste, nos encontramos á la márgen de una de esas frecuentes ensenadas del río Paraguay, que no era otra sino la misma que cerraba el campamento del Algarrobo por Norte y Nordeste y por la cual cruzaba el arroyo de los Guanás, á cuya orilla y á la sombra de unos grandes árboles, habría una centena de personas de distintos sexos, entre los cuales se encontraban los dos heridos de la víspera; gentes todas que me recibieron con los mayores agasajos, sacudiendo cuidadosamente unos cueros para que yo me sentase, y presentándome delante *mates* con maíz tostado y trozos de *yacaré* (1) cocido, de todo lo que comí en abundancia para dejarlos complacidos.

El brazo del hijo del cacique estaba muy endurecido, le inspiraba serios cuidados, y como mis conocimientos quirúrgicos no eran tan grandes como la herida, temí perder el prestigio que pensaba adquirir como cirujano, con méritos tan escasos como los que había puesto en juego para acreditarme de músico, de prestidigitador y de guerrero. Recurrí, pues, á lavar las heridas de nuevo con mayor cantidad de ácido fénico que en la víspera, y dividiendo un pañuelo entre los dos enfermos, lo empapé en el líquido, y lo apliqué como si fuesen hilas, sujeto con el vendaje. Operaciones eran éstas que todos observaban con religioso silencio, como si tuviesen la íntima seguridad de que por intermedio mío habrían de curarse irremisiblemente.

Aun no había terminado la cura de estos indios, cuando delante de nosotros se presentaron cinco de mis acompañantes montados en unos potrillos, tan proporcionados, tan lindos y

(1) Caimán.

tan matados por el lomo como el que me había regalado el cacique, circunstancia tan casual que quise explicarme y que sólo comprendí cuando después de examinar la boca de aquellos animales, ví que eran caballos hechos, alguno de los cuales pasaba de ocho años.

Este descubrimiento vino á sacarme de infinitas dudas. El animal raquítico que ayer me regaló el Queirá, era un caballo de más fuerzas que las que prometía por su aspecto, supuesto que no eran mejores los que los indios tenían para seguir viaje al interior del Chaco, y supuesto que había podido, sin reventarse, galopar un largo trecho, que Dios sabe cuál sería, llevando sobre sus espaldas y en pelo la pesada mole del cacique *Pucú.*

El cacique Queirá no me había mandado volver hasta el Apa para que comprase un caballo, como me lo había dicho el infame traductor, sino que por el controrio me había regalado el suyo propio, haciendo el sacrificio de volver á pie hasta la toldería, para evitarme este trabajo.

Mi viaje al Apa, había servido nada más que para fatigarnos, para perder un día, y para cambiar un caballo bueno por uno malo.

Desde mi llegada á este campamento, los indios que me acompañaban, á pesar de que supondrían que los que estaban allí habrían sido enterados, por los dos heridos, de la refriega habida en la anterior madrugada con los indios *mbayás,* no pudieron contenerse de hacer por sí propíos la narracion del suceso, de lo que yo me apercibía, porque imitaban los gritos, las carreras, los disparos de flecha y de fusil, y hasta mis voces de mando, y sobre todo, porque me tocaban amistosamente unos y otros llamándome *lektesmá.*

La dificultad inmensa que oponía á mis investigaciones la irremediable falta de un intérprete, no me permitió por el pronto averiguar si aquellos indios vivían allí mismo ó si estarían de pesca; pues era ésta tan abundante que no sólo bastaba meter el anzuelo para sacar una pieza, sino que hasta pescaban con

la mano, ocupación en que se divirtieron todos los míos, así como en destripar y abrir en dos mitades cuantos peces recogían para exponerlos al sol, donde al cabo de un rato perdían el jugo y quedaban en condiciones de un bacalao, que podía guardase en sus *natjabas*. Tampoco pude averiguar si aquel grupo donde sólo había mujeres, niños y algunos ancianos, sería una parte de la chusma de la tribu de Queirá, por más que la indiferencia y casi altanería con que éste les trató, me hizo sospechar que serían extraños ya que no enemigos.

En el deseo de comenzar á extender el círculo de mis relaciones entre los indígenas, me puse en sabrosa plática con una vieja desgreñada y barriguda que debía ser bruja, según el prestigio de que gozaba entre los suyos. Esta mujer era la que más se había distinguido en obsequio hacia mi persona, y la que mayores muestras de admiración había dado mientras los Guanás contaban los detalles de la pelea, llevando su entusiasmo hasta el punto de tocarme la cara con entrambas manos y de contemplarme con tal éxtasis que me puso en cuidado, pues deben ser las Susanas del Chaco tan peligrosas como las de la corte de los Faraones; sin embargo, como parecía que, cual nueva Calipso, deseaba conocer mis aventuras, empecé á describirla el objeto de mi viage que era: hacerme amigo de todos los indios, abrir un camino para carreta, cambiar sus tejidos, sus bolsas, sus hamacas, sus cueros y sus plumas, por telas blancas y coloradas, camisas, sombreros, agujas, tijeras, cuchillos, azadones, hachas y fusiles; todo lo que entendió perfectamente, gracias á mi repertorio guaná que alcanzaba nada menos que á cinco palabras; á que de todos los objetos que nombraba había ejemplares tangibles, y á que la mímica suplió el resto, y más que la mímica la mecánica; pues para llevar hasta su mente la idea de la carreta, tuve que fabricar una con una hoja de mi libro y figurar que la arrastraban dos caballos.

Muy entretenido y muy satisfecho en medio de aquel coloquio y de aquel auditorio de dueñas, que hasta la boca abrían para mejor entenderme, me encontraba yo como Telémaco

entre un corro de ninfas donde no había una sola Eucaris, cuando celoso el Mentor (entiéndase Queirá), tomándome de un brazo, como pudiera hacerse con un niño, me condujo á cierta distancia y me hizo acostar sobre mi manta sin darme explicación ninguna, y sin que yo se la pidiera por mi parte, pues no parecía su cara para dar satisfacciones. Sin embargo, como quiera que él se acostase á mi lado y que el lugar era fresco y sombrío, no tardé en perdonarle el exabrupto y en dormirme, pensando en que este hombre era verdaderamente celoso, pero celoso de mi dignidad, que sin duda creía rebajada viéndome tan alegre, tan juguetón y tan familiarizado con aquellos miembros tan subalternos de la familia indígena.

Cuando á las tres de la tarde empezó á poderse soportar el calor de aquella atmósfera que parecía un horno, el cacique me despertó, é indicándome mi aparejo y mi caballo, pareció decirme: ensilla y vamos. Así lo hice, mientras que mis compañeros de viaje también ensillaban, pero de una manera bien original por cierto, pues que todo lo que hicieron fué colocar unas espadañas del *curiche* sobre las maturas de sus caballos, poner encima dos ó tres salvavidas atravesados á la manera de alforjas, colocar sobre éstas los azadones que llevaban sujetos por el ojo con una cuerdecita, y de un salto subir uno sobre el pescuezo, otro sobre el lomo y otro sobre las ancas de cada caballo, no subiendo más, sin duda alguna, porque materialmente no cabían.

Mientras pensaba lo exagerado que parecería el día que describiese mis aventuras, la escena en que se presentan diez y seis ginetes con solo seis caballos, saltó un mocetón sobre las ancas del mío, y entonces prometí no volver á extrañarme de nada de cuanto pudiera sobrevenirme entre aquellas gentes. Sin embargo, falté á mi palabra, porque mi admiración y mi sorpresa subió de punto al ver que estábamos en marcha sin que otro indio hubiese subido sobre el pescuezo de mi caballo, rasgo de galantería hacia mi persona, pues debía ser tentador aquel espacio que quedaba vacante.

Al partir volví la cara atrás para despedirme de aquellas gentes, que tan bien me habían tratado, y que al verlas formadas en semicírculo gesticulando y dando voces, parecían el coro de brujas de una de las óperas de Verdi.

Nuestra marcha fué durante un largo rato sobre el arco que formaba la inmensa herradura de la gran ensenada que llevábamos al Este y sobre el suave talud que formaban con dicho bañado los terrenos elevados y montuosos que dejábamos al Oeste, y así seguimos hasta que, próximamente en el vértice de la curva, salimos entre palmas y bosque claro en rumbo Noroeste hasta la distancia de una legua, en que nos encontramos con un cauce ancho y poco profundo, que á ciertos intérvalos estaba lleno de pocitos de agua tan corrompida, que infectaba el ambiente.

Este arroyo corre de Noroeste á Sudeste sin dar muchas vueltas y debe estar apoyado contra algunos cerros que quedaron al Oeste ó al Sudoeste; pues aunque no los he visto, á causa de la espesura del gran bosque que allí empieza, los infiero, no sólo porque el terreno sube mucho en esa dirección sino porque en menos de una legua de trayecto hay que pasar siempre entre bosques y sobre el áspero talud del arroyo, cincuenta *quebradas* ó desaguaderos, tan inmediatos entre sí que apenas entre el cauce del uno y del otro hay más distancia que la de sus taludes respectivos. En este corto trayecto sería costosa la construcción de un camino á media ladera, que reclamaría cincuenta tajeas de madera de quebracho y de un metro de luz; pues no es posible el llevarla por la parte opuesta del arroyo, desde que todo el inmenso espacio qne le separa del río Paraguay son bañados con muy pequeñas manchas de palmares.

Después de caminar tres leguas siempre al Nordeste á la margen de este arroyo, se pasa otro arroyito pantanoso embarrancado y de siete metros de anchura, el que viniendo del Oeste afluye sobre el primero; arroyo que no debe ser correntoso, por cuanto que su cauce está cubierto de vegetación acuá-

tica, y sus barrancas no están desmoronadas sino cubiertas de verde césped, pero que tuvimos que pasarlo á pie, metidos en el barro hasta la horcajadura, y expuestos á dejar allí todos los caballos y principalmente el mío que, por carecer de la extraordinaria resistencia de los caballos indígenas, hubo de sacarse enlazado y arrastrado por todos los otros, lo que acabó con sus fuerzas. Este paso indispensable no puede hacerse sin un puente de madera de diez metros de luz y que se apoye en las barrancas.

Aunque muy extendido y debilitado, el arroyo principal todavía sigue al Noroeste como media legua, cubiertos los suaves taludes por una pequeña capa de salitre en el que aún estaban las huellas que estamparon mis compañeros á su venida para el Apa y la de multitud de animales de la selva, incluso el tigre que, según los indios, les había perseguido, y asimismo marcha acompañado de bañados por el Oriente, y por el Occidente de palmares.

En este trayecto que, como el de las dos leguas anteriores, habíamos hecho á media rienda, alcanzamos á dos de nuestros compañeros que habían tenido que adelantarse á causa de ser tan cortos los caballos indígenas, quienes desde lejos nos hicieron señas para que parásemos, y para que yo me adelantase á pie con la carabina, lo que hice corriendo, pues sospechaba lo que sería. Aquellos dos indios habían tenido la cachaza de ver un ciervo y no tirarle, que es sin duda lo que constituye su mayor delicia, por el gusto de proporcionarme esa satisfacción, que yo por mi parte les agradecí, dejándole muerto de dos balazos, lo que produjo salvajes aclamaciones, é hizo que, sin aprovechar el cuero, todos acudieran como buitres en busca de su presa, sobre la que funcionando á la vez diez y ocho cuchillos manejados por diestros profesores de anatomía, quedó reducida en pocos momentos á un charco de sangre y un monton de tripas.

Cuando el arroyo que marcha al Noroeste acaba por extinguirse, continúa la senda todavía un cuarto de legua sobre el

mismo rumbo, y á esa distancia cambia al Oeste para salvar un bañadito que viene como del Norte, y á la legua y cuarto se corta el camino por un arroyo, único en su clase entre todos los que he visto en el Chaco; descubrimiento tal vez de una importancia incalculable, pues que no era uno de tantos *curiches* cubiertos de vegetación acuática, sino un profundo desaguadero, con barrancas de cuatro metros de altnra y con un metro de agua á pesar de la extraordinaria seca; no había agua detenida sino que marchaba con una velocidad superior á la de treinta centímetros por segundo. Este arroyo apenas tendrá la anchura de seis metros, y sus vueltas y revueltas son tales que sería algo difícil la marcha de un vaporcito entre sus escarpadas y elevadas barrancas. Por otra parte, la multitud de palmas caídas sobre su cauce haría imposible hasta el navegarle con canoa, sin que antes precediera la entretenida y costosa operación de su limpieza.

Muchas veces y con mucha insistencia pregunté la procedencia del arroyo, y todo lo que pude sacar en limpio fué que venía de muy al Noroeste donde había *Yesik*; (1) que era muy tortuoso, que crecía mucho, y que desaguaba en el Paraguay sobre una latitud que según señalaban debería ser a los 21° 30', poco más ó menos. En cuanto á su nombre nada pude averiguar; pues cuando trataba de indagarlo todos recogían y lanzaban la saliva como demostrando que tenían asco, lo que me convencí tan pronto como probé el agua, que era más salada y amarga que la de los mares.

La blanca arcilla que constituye el subsuelo del desierto y la ausencia completa de todo cristal de sílice, hace que el fondo de este arroyo, así como el de todos los curiches y hasta el de las márgenes del río Paraguay, sea extraordinariamente pantanoso, por lo que los caballos se fatigaron mucho para poderlo pasar, si bien nosotros lo cruzamos algo mejor, merced á las

(1) Sal, soda, potasa ó salitre.

palmas que nos sirvieron de puente. Este arroyo fué bautizado por mí con el nombre de Arroyo Bravo.

Pasado el arroyo, entramos en rumbo Norte y como á los quinientos pasos acampamos sobre el linde de un bosque muy fragoso, que empieza sobre la márgen del Arroyo Bravo y continúa hacia el Norte.

Frente á nuestro campo, ó sea al naciente, se extendían terrenos pantanosos y lagunitas con agua dulce, en una de las cuales nos bañamos todos para quitarnos la molestia que producía en nuestro cuerpo el salitre que había quedado en él al pasar el arroyo, después de lo cual y mientras se asaba el ciervo, que había de servirnos de cena, tendí mi carpa como en la noche anterior aunque ayudado por el cacique.

Por ser aquél un lugar tan solitario creí que el cacique hubiese dejado una pequeña guardia que vigilase nuestro sueño, pero no sucedió así; los indios todos se durmieron entre sus hogueras, como se duerme el carpincho á la márgen de la laguna sin pensar en el tigre que lo acecha.

Después de curar á mis heridos, me retiré á la tienda á tomar algunos apuntes de mis impresiones del día, y tan cansado de una jornada de doce leguas como satisfecho de verme tan bien tratado por los indios, seguí el ejemplo de todos y me dormí profundamente.

Día 10 de Octubre.

Antes de la salida del sol, salimos en rumbo Norte, y después de caminar un cuarto de legua con monte al Oeste, doblamos hacia el naciente la punta del bosque y retrocedimos hacia el Sud por su parte opuesta, penetrando después dentro de una fragosa selva, cuyo sendero de tres leguas daba una vuelta, de tal modo, que al empezar en rumbo Sud se dirigía poco á poco al Sudoeste, después al Oeste, y por fin al Noroeste, donde terminaba el monte.

Esta gran curva tiene por objeto costear un cerro bastante

elevado, pedregoso y cubierto de vegetación arbórea de magnífico desarrollo; pero la vereda es estrecha hasta el punto de que los caballos no pueden pasar con carga, ni aun con el aparejo, por lo que al entrar en ella, me hizo apear el cacique, y cargándome el pesado morral y la carabina, me hizo pasar adelante, mientras él cargado con el aparejo y tirando de la brida cerraba la marcha.

Ya imaginaba yo que el trayecto sería difícil, por cuanto que el cacique y algunos otros ancianos se habían calzado albarcas desde la salida del campamento, pero nunca pude figurarme una senda tan larga y tan penosa. Las ramas espinosas azotaban el rostro, los raigones enredaban los piés, las aristas de las piedras basálticas destrozaban el calzado, y las aceradas puntas de los caraguatás de un metro de altura desollaban las piernas y hacían trizas los pantalones. Ya una liana del grueso de un hilo detenía la marcha con una resistencia poderosa; ya un árbol caído cerraba el paso, obligando á saltarle por encima de sus infinitos parásitos, ó á cruzarle por debajo arrastrándose como la serpiente sobre la punzante alfombra de mamilarias y echinocactus; ya, en fin, la reacción de una rama violentada por el que caminaba ante mí, me sacudía en el rostro una tremenda bofetada, que despedía mi sombrero á larga distancia; dificultades todas que había que salvar sin detenerse y casi á la carrera, pues que los indios no pueden soportar el tener que suspender su marcha tal vez sobre un montón de espinas, por cansa de la torpeza del que marcha adelante, y tanto más, cuanto que la detención de uno es la de todos los que le siguen. Así pues, como las dificultades con que yo tropezaba no eran mayores que las encontradas por el que me antecedía, sino en cuanto á mi falta de destreza, no queriendo descubrir esta inferioridad que hubiera dado por resultado la detención del cacique, y talvez el ser pisoteado por el caballo que tras él venía dando saltos y tropezones, hice de tripas corazón y me tragué las tres leguas de bosque, seguro de que á ser tres y media hubiera tenido que declararme en derrota.

El camino carretero á través de este bosque no ofrece otra dificultad que el derribo de muchos árboles seculares.

Grande fué mi alegría, cuando á las tres horas de marcha por esta infernal vereda, empezó á iluminarse el horizonte hasta entonces oscurecido por la frondosidad de aquellos árboles verdaderamente gigantescos. Á pocos pasos salimos á luz del día, y caminamos media legua por un palmar, dejando al Sudoeste ó sea á nuestra mano izquierda un extenso bañado, que llegaba desde el bosque hasta otra pequeña faja de monte que atravesamos á la media legua, cerca de cuya entrada me señalaron los indios una pequeña toldería de indios Anapanás muy semejante á la del cacique Michí, aunque de apariencia más decente, la que estaba situada cerca del bosque y del agua, como la de los angaités.

El calor era tan grande ó quizá más, que el que se dejó sentir el día antes, lo que tenía á los caballos un poco rendidos, con excepción del mío que lo estaba completamente, hasta el punto de que, reconociéndolo el tremendo gandul que venía á las ancas, echó pie á tierra y le sacudió tremendos palos que produjeron en él el mismo efecto que si hubiesen caido sobre las palmas inmediatas. Tuve pues que apearme, haciéndome cuenta que aquella vela se había apagado, por lo que prescindí de ella completamente, seguro de que el proceder de mi compañero no serviría para encandilarla.

Cuando nos acercamos á esta toldería que los indios dijeron llamarse Mitá-Paát (1) un centenar de personas en que, con excepción de mancebos, había de todos sexos y edades, y otro centenar de perros, salió á recibirnos ó más bien dicho á recibirme á mí, pues á mí se dirigieron las atenciones de los unos y las amenazas de los otros.

(1) Mitá es una de las pocas palabras comunes á la lengua guaraní y guaná, es un adjetivo calificativo más que un adverbio de cantidad que quiere decir que una cosa no es completa, y Paát quiere decir pueblo, casa ó toldo.

No hay duda de que los Anapanás debieron imaginarse que me sería familiar su lengua, supuesto que á la vez que me ofrecían los hombres sus pipas encendidas y las mujeres *chipá* (1) de *atá*, (2) *eiyaktík*, (3) cocidos, batatas dulces, y miel, me hablaban todos al mismo tiempo y en voz tan alta, como si me creyesen sordo; de modo que, aunque el dialecto *anapaná* hubiese sido el mío, y los gritos de los muchachos y ladridos de los perros que se asustaban de mi presencia me hubieran dejado escuchar ruidos inferiores, es evidente que aun en ese caso, nada hubiera comprendido de lo que me querían decir aquel enjambre de abejas.

Comí, bebí, reí, acaricié á los chicos que lo consintieron, distribuí entre chicos y grandes tres puñados de galletitas inglesas, regalé un collar á la mujer del cacique, un puñado de cigarros á los viejos, y dí un salvavidas vacío á una madre afligida, para que á su hijito enfermo pudiera hacerle una camisa, ó una mortaja, mientras que mis compañeros gritaban en diferentes corrillos, pin, plan, cataplún, recordando la pasada refriega, en la que deberían pintarme como un Escipión, según los tirones que estos indios daban á mi brazo, y las batatas que, ardiendo y sin mondar, me embuchaban como quien ceba á un pavo.

Pocos instantes, á Dios gracias, nos detuvimos en *Mitá-Paát*, pues á durar aquella situación hubiera concluido mi tolerancia por el principio de un cólico. Nos despedimos, pues, y lo único que pensé en aquel momento fué que para mi vuelta habría mejor comida, y serían más gente para atracarme.

La vereda, que siempre marcha rumbo Noroeste, al llegar al bosque tuerce muy bruscamente hacia el Oeste; mas ese nuevo

(1) Pan que en el Paraguay se hace con almidón de mandioca, grasa, huevo, etc.

(2) Palma Cavendai, cuyo cogollo rayado sirve como fécula para hacer un pan muy malo.

(3) Judías, ó Porotos, que ya eran conocidos y cultivados por los indígenas cuando la conquista del Paraguay y del Perú.

rumbo sigue sólo por unos doscientos pasos, que es poco más ó menos la distancia que hay hasta un nuevo palmar, claro y limpio como todos los que llevamos recorridos.

Apenas habiamos salido del bosque para seguir de nuevo nuestro rumbo ordinario, cuando un grito unánime salió de los labios de los quince guanás que montaban los cinco caballos. *¡Pilsapén!* (1) dijeron, y al galope tendido, tirando á tierra sus bolsas, salvavidas y azadones, salieron todos en ala, pero divergiendo y dejando en tierra diez de los ginetes que se distribuían á la carrera formando un semicírculo, mientras que sus cinco compañeros de á caballo, adelantándose por sus flancos, fueron cerrando aquella figura, y estrechándola más y más hasta dejar rendido y anonadado en su centro al desdichado avestruz que perseguían.

Parecía increible que aquellos animales tan pequeños, cargados con aquellos hombres tan grandes, pudieran correr entre los troncos de las palmas con tanta destreza y velocidad, y tanto más aumentaba mi admiración, cuanto que allí, como en todas partes, el suelo está sembrado de palmas caidas que se ocultan entre los pastos, las cuales eran un peligro, que si no los contenía debía ser, ó por que los indios fuesen demasiado bárbaros, ó por que los caballos fuesen demasiado buenos.

Interín los cazadores acorralaban la pieza, llegó mi socio con el caballo del diestro, el que ya no podía ni con la montura, y á quien el cacique hizo seguir adelante, que era en mi juicio penitencia proporcionada la de tirar de tan remolona bestia en castigo de haberla fatigado, si bien es cierto que él debió hacerlo ignorando que la resistencia de los caballos, como la de los hombres de la civilización, es menor que la de los hombres y caballos del desierto.

En Europa cuesta trabajo creer que, sin mudar de caballo, pueda un jinete de la América del Sud caminar cien leguas en

(1) Avestruz.

cuatro dias, y en la América del Sud dudarán que las jaquitas del Chaco puedan marchar siete ú ocho días con veinte y cuatro arrobas sobre el lomo y casi siempre á media rienda, y con el apéndice de tantas galopadas como avestruces se presenten. Pero como es mi deber retratar un país, que en breve será descrito por más bien cortadas plumas, cuento lo que veo sin quitarle al cuadro su verdadero colorido, aun cuando sepa que á muchos haya de parecerle exagerado.

Adornadas sus cabezas con los trofeos de la victoria, llegaron hasta nosotros los cazadores que ya habían recogido á su regreso los efectos que habían arrojado para alijerar su marcha, quienes en señal de respeto hacia su jefe, arrojaron ante él un gran avestruz casi desplumado, y una veintena de tremendos huevos del mismo animal; obsequio que aceptó el cacique, tocándole con el pie y mirándole complacido durante algunos momentos, después de los cuales, mandó cargar todo y seguimos adelante como una legua y tres cuartos, hasta llegar á la orilla de otro monte, á cuya entrada nos detuvimos una hora para dar tiempo á que respirasen los animales á la sombra, pues el día era en extremo sofocante.

Interín descansábamos, los indios se repartieron por el bosque, y bien pronto escuchamos el repique de los *cancheros* (1) con que agujereaban el tronco de los árboles para extraer la miel que depositan en su corazón innumerable variedad de abejas de todos los tamaños y colores. Poco después vino uno corriendo en busca de mi plato y de mi *pava* ó cafetera, que al poco rato regresó trayendo el primero cargado de una miel tan blanca que parecía al agua cristalina, y la otra llena de un agua tan turbia que asemejaba la amarilla cera. Este agua era de *caraguatá*, único manantial que había en el radio de una legua. La senda que llevamos por este bosque, aunque no da paso á los jinetes, deja caminar á los caballos con aparejo, pues no tiene de esos troncos suspendidos horizontalmente á poco más

(1) Hacha pequeñita.

de un metro de altura, bajo los cuales pasan con tanta destreza los caballos indígenas, como el mío con dificultades y destrozándose el lomo. La senda también es estrecha, sucia y tortuosa como la de la selva de la mañana, pero es en cambio tres veces más corta; fortuna grande para nosotros, porque son las doce y dentro del monte falta el oxígeno.

Apenas se sale del bosque, se presenta de nuevo trasversalmente el arroyo Bravo, idéntico en un todo en este punto á la parte reconocida ayer á última hora.

Le cruzamos, y sobre la barranca de la opuesta orilla afluían dos veredas, una en rumbo N. N. O., y otra en rumbo Oeste, enteramente iguales como todas las del desierto, donde ninguna se distingue de otra en su anchura. En vez de tomar la que parecía más directa para nuestro destino, penetramos por la del Oeste, donde supuse que debería haber agua cercana, por cuanto los indios descolgando la cafetera del aparejo de mi caballo, se dirigieron por ella gritando *quilmén* (1). Á los doscientos pasos que dimos sobre una pradera muy accidentada, llegué con el cacique á un barranco extenso y profundo que por tener sus orillas revestidas de vegetación acuática, y el piso hendido de innumerables grietas y abarquilladas cortezas de légamo arcilloso, demostraba haber sido una laguna, hoy enjuta á causa de la prolongada sequía, en torno de la cual los indios sedientos, como sus caballos, nos esperaban como para decirnos: nos llevamos chasco; lo que no dejó de admirarme, pues haciendo diez días que habían pasado por aquel mismo punto, parecía increible que en tan breve tiempo hubiesen podido tener motivo para haberse defraudado en sus esperanzas. No sirviendo para mitigar la sed de hombres y caballos la contemplación de un lugar donde hubo de haber habido agua, subimos el repecho de la hondonada á que habíamos descendido, y á los pocos pasos tuve la impresión de contemplar una

(1) Agua.

vivienda de indígenas, que no era una pocilga como la de los Angaités, y la de los Anapanás, sino un verdadero edificio digno de ser habitado por los hombres.

Tiene esta vivienda como unos cuarenta metros de largo por siete de ancho, y su construcción, aunque sencilla, es sólida y elegante, pues se compone de tres filas de columnas de palma *carandai*, que los indígenas llaman *atá*, distribuidas en línea recta y á intérvalos iguales sobre toda su longitud, siendo de cinco metros de altura la hilera del centro donde se forma el caballete, y de dos y medio las dos hileras laterales, sobre las que se apoyan los pares ó tijeras que aquí son de caña *tacuara* gruesa de quince centímetros, y por lo tanto de muy poco peso, y de una solidez más que suficiente para soportar la cubierta, que es de espadaña, como la de la mayor parte de las viviendas del Paraguay. Como las columnas del frente tienen la misma altura que las de la parte posterior, las dos aguas ó lo que es lo mismo, los dos planos inclinados que constituyen el techo, forman un ángulo idéntico con el horizonte, mas con la diferencia de que mientras el plano anterior sólo vuela como unos sesenta centímetros, formando alera fuera de la línea de las columnas, la parte posterior vuela tanto que llega hasta muy pocos centímetros del suelo, con lo que deja la vivienda cerrada por esa parte, mientras que por delante, en toda la extensión del frente queda abierta y de tal modo, que puede penetrar un hombre, aunque inclinando un poco la cabeza. Los dos costados de este cobertizo están cerrados por medias palmas clavadas en tierra, y tramadas con cañas y con juncos, dejando formada una pared, por donde el aire ni el agua pueden penetrar. Por último, este edificio está orientado de Norte á Sud, y colocado de manera que su parte anterior mira al naciente.

No dejó de llamarme extraordinariamente la atención el que no hubiese un sér viviente ni en las inmediaciones, ni dentro del *paát*, y tanto más cuando me apercibí de que no debía ser un edificio abandonado, por cuanto que su interior estaba lleno de todos los objetos que constituyen el *mobiliario* de los

indígenas. Tampoco era posible que estuviesen trabajando, de caza ó de paseo por aquellos contornos, pues siempre que esto acontece, queda la chusma al abrigo de la casa, como había podido ver en los toldos de los Anapanás. Interrogué á mis acompañantes cuanto pude para que me sacasen de esta duda, de la que al fin salí no sin que ellos y yo apurásemos los últimos recursos de la mímica.

Creo que sea éste el lugar más adecuado para decir que, á pesar del prestigio que yo había adquirido con todos los indios y de las pruebas de respeto y deferencia con que me honraban á cada paso, su rudeza natural y su carácter tan ingénuo para dejar traslucir todos sus sentimientos, me proporcionaban algunas dudas, muchos disgustos y no poco trabajo para entenderme con ellos; pues muy frecuentemente me acontecía que al dirigirme yo á cualquiera de aquellos jóvenes que un momento antes me había sacado una espina, me había ayudado á pasar el arroyo, ó había tomado mi carabina y mi morral para atenuar mi fatiga, sucedía que, en lugar de ser atento y esforzase por entender mis señas y responder á mis preguntas, solía hacerme una mueca, volverme las espaldas y pronunciar alguna frase, que muy picante debería ser, cuando tales carcajadas producía entre los suyos, sin que el cacique le reprendiese por su descortesía y sin que esto tampoco impidiese que el mismo muchacho viniese poco después á mí ofreciéndome su pipa, tendiendo su poncho para que me sentase, dándome algunas frutas silvestres, ó en una palabra, demostrándome unas atenciones que debía agradecerle mucho, á causa de que, no usándose entre ellos, se descubría que eran arranques espontáneos de su ternura. No es pues extraño que al dirigirme á varios de los que sedientos y rendidos por el calor y la fatiga de la marcha, estaban tendidos al abrigo del *paát* para que me informaran acerca de las causas que habrían motivado el abandono de la casa, me volvieran las espaldas unos, se callaran otros, y los más, viendo mis gestos, se rieran en mis barbas sin satisfacer mis dudas.

Confieso ingénuamente que no dejaba de sentir herido mi amor propio en presencia de aquellos desaires; tanto más, cuanto que, al no contestarme, me privaban de un dato precioso que tal vez me diera la clave que aclarase muchos otros, razón por la cual, no sólo me apliqué cuanto pude al estudio de la lengua Guaná, enriqueciendo á cada instante mi vocabulario con nuevas palabras, y ejercitándome en su pronunciación que producía hasta la sonrisa del cacique, que es cuanto puede decirse, sino que echando la vergüenza á un lado, y persuadido de que pobre importuno saca mendrugo, importuné con toda la insistencia del que tiene hambre de ensanchar sus conocimientos, y nunca me faltó el mendrugo de los datos.

El *paát* estaba desierto porque la falta de agua había hecho emigrar á sus habitantes, que eran Guanás de la tribu de *Tasemapán*, por lo que el edificio se llamaba Tasemapán-paát.

Veamos ahora en qué consistía el mueblaje del paát, y en qué forma estaba distribuido.

Hasta la hilera de columnas que corría por el centro dividiendo el edificio en dos mitades, la mitad anterior estaba completamente libre de todo mueble, y era un espacio destinado á reunirse los indios para jugar, comer, conversar y pasearse en tiempo de lluvia. Era poco más ó menos lo que puede ser un claustro con relación á las habitaciones inmediatas; pero no así la parte posterior, donde enfilados trasversalmente, paralelos unos á otros, y sólo separados por unos cuarenta centímetros, estaban los *camastros* de cada una de las familias más ó menos grandes, según el número de individuos de que se componen, pues en ellos se acuestan el padre, la madre, los hijos y las hijas que todavía no se han reunido á sus cónyuges, y los huéspedes ó agregados de los que siempre hay alguno en todas las familias. Estos lechos, tienen ordinariamente dos metros de largo, y su anchura varía de dos á tres; están elevados como unos cincuenta centímetros del suelo y constituidos por cuatro horquetas clavadas en tierra, las que sostienen dos travesaños que sirven de banquillos, sobre los cuales, á manera de

tablas, colocan quince ó veinte pedazos de palmas rajadas por el diámetro, encima de los que, á manera de colchón, se tienden cuantos cueros posee la familia.

El espacio que queda entre estos camastros y la parte posterior del paát, es el almacén, y á veces la despensa de cada grupo, pues allí amontonan sus mates, sus herramientas, sus vasijas, sus armas y á veces sus provisiones; aunque estas últimas, más bien suelen colgarlas del techo en grandes bolsas de red, para librarlas del alcance de unos perros tan glotones como mimados.

Indistintamente de todas las cañas del techo, tanto en la parte anterior como en la posterior, cuelgan multitud de calabazas, algunas de ellas perfectamente pintadas y labradas, dentro de las que guardan semillas, y algunas veces sus adornos de gala, y asímismo, es entre las cañas del techo donde cada indio guarda sus agujas, sus cancheros, sus flechas de repuesto, sus cuchillos, etc.

No dejó de sorprenderme el ver un montón grandísimo de caña de azúcar prensada que habían arrojado al frente de la casa, por lo que interrogué al cacique, quién, llevándome á una extremidad del paát, me mostró el trapiche más sencillo que puede imaginarse, pues consistía en dos palos de quebracho colocado en posición vertical, á la distancia de cincuenta centímetros, los que servían para sostener dos cilindros groseramente labrados, colocados en posición horizontal, paralelos entre sí y casi tangentes, de los cuales el superior salía veinte centímetros al exterior del palo que le soportaba, y á manera de rádios partían de él cuatro palanquitas, que servían para imprimirle el movimiento de rotación por medio del cual había de extraerse el zumo de las cañas.

Con el deseo de saber el destino que daban á aquel caldo, le mostré al cacique un poco del azúcar de mis provisiones que tanto le gustaba, haciéndole señas de que aquello procedía de la caña dulce, y que yo sabía fabricarlo, á lo que él me respondió mostrándome algunas gotas de miel que todavía quedaban

en mi plato y varias calabazas grandes donde hizo demostración de recibir el jugo del trapiche, dándome á entender que sólo fabricaban miel. Sin embargo á los mozos que formaban círculo, no para oir, sino para presenciar nuestra conversación en medio de frecuentes carcajadas, les dió entonces por completar mis conocimientos sobre la materia, por lo que metiendo sucesivamente un mate pequeño dentro de aquellos calabazones, empezaron á figurar que bebían con avidez, que se tambaleaban, que disputaban y que se dormían, con lo que comprendí que la caña de azúcar sólo sirve á los indios para embriagarse.

Interín que yo cansaba á todos mis compañeros de preguntas llevándolos de aquí para allá, á fin de que aclarasen mis dudas, dos ó tres de los más ancianos se ocuparon en convertir al avestruz en un prodigio del arte culinario, pues sacaron de él seis ó siete platos tan variados, que no parecían proceder del mismo animal, y que además de su gusto excitaban el apetito, por el arte con que nos fueron presentados.

Los hígados del avestruz, después de asarlos ligeramente, fueron picados y revueltos en un mate, con toda su sangre y parte de la grasa, cuya pasta introducida con gran presión dentro del exófago, formó una especie de larga morcilla bien atada por sus extremidades. Los huevos revueltos en el mismo mate, y batidos con el resto de la grasa y raspaduras de una especie de sal llamada *llesik* extraordinariamente sabrosa, rellenaron la vejiga, la que en compañía de la morcilla y envueltas ambas en frescas hojas de pámpanos, fueron enterradas entre la ceniza del hogar donde se asaba el resto.

Para que nada faltase á tan opíparo banquete, un joven llegó á caballo, cargado con una gran calabaza de agua que había extraido de los caraguatás, sabe Dios á qué distancia de la casa, que no sería muy poca, dada la fatigosa respiración del caballo que montaba.

La carne del avestruz muy bien asada y condimentada con el *llesik*, estaba verdaderamente apetitosa, por lo que hice de

mi parte los honores que justamente merecía; mas cuando salió de la ceniza aquel enorme huevo, que no otra cosa parecía la transparente vejiga, y cuando después de dividirlo en pedazos pude llevar á la boca el que me tocó en la partición, entónces pareció redoblarse mi apetito; pues á la verdad hubiera querido no estar en el Chaco para saber á punto fijo si era en las circunstancias en que me encontraba, ó era el valor real y verdadero de aquel plato, el que me hacía calificarle del más gustoso que había probado en toda mi vida; pero ésta no había de ser mi última sorpresa, pues que la morcilla era mejor que el huevo, y creo sin vacilación alguna que el día en que la Empresa Bravo corone sus deseos, el plato capital del gran banquete con que ha de inaugurarse la civilización del Chaco, ha de ser aderezado, preparado y servido por los hijos del desierto, y no ha de ser otro que la consabida morcilla.

Á las dos de la tarde, salimos á buscar la veredita que habíamos abandonado cuando nos dirigimos al paát, la que encontramos á muy poca distancia, y paralelos á una grande esplanada cubierta de eflorescencias salinas ocasionadas por derrames del arroyo Bravo, caminamos media legua hasta entrar en un bosque muy claro, donde no tuve que apearme del caballo á pesar de tener legua y media de anchura.

Al salir de este bosque, cruzamos una pradera que tendría una legua de largo, al fin de la cual había una laguna donde bebieron hombres y animales, punto donde el rumbo varió al Oeste, el que, ya entre praderitas, ya entre bosques nada espesos, seguimos durante tres leguas, las que hicimos al trote y al galope por permitirlo el camino.

El objeto de esta pequeña desviación de nuestro rumbo creí explicármelo, cuando ya al ponerse el sol descubrí un paát, donde pensé que el cacique tenía la idea de pernoctar.

Este paát, en el que no entramos, era un edificio mejor conservado y construido que *Tasemapán-paát* y doble más extenso. Á su frente había una plaza de cuarenta metros de anchura, donde no crecía una sola yerba, cuyo piso parecía

un pavimento pulimentado sobre el cual estaban apiñadas unas trescientas, personas bellas, robustas, bien vestidas, limpias como el paát y sus contornos, y sobre todo bien educadas; pues á pesar de la admiración que pudo causarles mi llegada, sus demostraciones de regocijo no fueron tan groseras como las de los Anapanás, pues se limitaron á estrecharme la mano con afabilidad y á ofrecerme algunas batatas dulces que no me obligaron á comer, sino á guardar en una bolsa de malla de caraguatá, teñida con varios dibujos que también me regalaron.

La fisonomía franca y dulce de aquellos indígenas me dejó prendado, y hubiese querido permanecer allí durante algunas horas para estudiarlos mejor, por más que puedo asegurar que, al tender mi vista desde el caballo para escudriñar aquella multitud de caras, no ví una siquiera que me inspirase la más remota desconfianza.

Yo no sé qué mosca le había picado al cacique Queirá para no querer apearse ni detenerse un momento, por lo que me apuraba para que siguiésemos camino y no me detuviese en repartir algunos puñados de cigarros entre los atentos indios que me obsequiaban; mas á pesar de sus indicaciones, cumplí con ellos, y cuando les saludaba para despedirme é hice caminar á mi caballo algunos pasos para seguir al Queirá que ya se ponía en movimiento, me encontré detenido de una manera que demostraba á las claras que estaban decididos á no dejarme pasar hasta que llegase su cacique, que también se llamaba Pucú, como el Angaité.

Queirá debió comprender mejor que yo lo que significase aquello, pues que mandando sus gentes adelante echó pie á tierra, y me ordenó apearme hasta la llegada del cacique Pucú, á quien sus gentes habían ido á buscar desde que nos divisaron, y el que muy pronto se llegó á nosotros, viniendo en compañía de varias mujeres por una sendita que salía de un bosque situado al Norte.

Es el cacique Pucú un hombre alto, flaco, de rostro enjuto y

argo, de mirada severa y de un conjunto de facciones que revelan si no la crueldad, por lo menos la dureza de su corazón y la ausencia de la alegría y de todo sentimiento de ternura.

Al pasar junto á su colega, apenas uno á otro se dirigieron una frase y una ligera ojeada; más que dos amigos parecían dos rivales que no rompían el débil hilo de sus relaciones, porque se temían mútuamente, por más que cada uno de ellos aparentase ante el otro una grandeza, una arrogancia y una superioridad que parecía soberbia, nada propia en los sencillos habitantes de las selvas.

No conociendo el ritual ceremonioso de los indios, me dirigí hacia el recién venido, llevando en mi mano izquierda un puñado de inofensivos cigarros, que debieron ser tomados por una bomba Orsini, por cuanto que uno de los indios que á él estaba próximo, me detuvo poniéndome su mano sobre el pecho y pronunciando algunas frases que querían decir: detente hasta que Su Alteza se digne permitirte que te acerques; lo que no se hizo esperar, pues el cacique que se había detenido, me hizo aproximar por medio de una seña, recibió mis cigarros y una caja de fósforos que repartió entre unos cuantos indios, examinó mi revólver y me hizo hacer un disparo, lo que le pareció muy bien; mas habiéndole dicho el Queirá algunas palabras acerca de las cualidades misteriosas que atribuían á un arma que les parecía inagotable, me mandó hacer otro disparo, luégo otro y luégo otro, lo que turbó por un momento el silencio respetuoso en que había quedado toda la tribu desde la llegada del cacique; pues no era para menos que para producir exclamaciones de entusiasmo, la exhibición de un arma, cuyas balas se clavaban á cincuenta pasos en el corazón de un algarrobo, y que podía lanzar tantas cuantas quisiera su dueño.

Después de mostrárle el revólver, quiso enterarse del mecanismo de mi carabina, é hice también otros cuatro disparos con la mayor velocidad posible, los que acabaron con la circunspección de los muchachos y de los perros que, aunque estos últimos no eran tantos como en las otras tolderías, eran

los suficientes para impedirme que oyera lo que me decían, caso de que lo hubiese comprendido.

Ninguna impresión quería revelar el casi impenetrable semblante del cacique Pucú, sin embargo, creí verle muy admirado del revólver y muy codicioso de la carabina; pero no quise ofrecerle el primero al que consideraba como mi Santa Bárbara, ni la segunda que reservaba para el cacique más importante de los Guanás, á quien también destinaba el uniforme. Contentéme, pues, con entregar á Pucú el cuchillo que llevaba al cinto, y uno de mis vasos á una muy linda mocita que le acompañaba, la que salió lanzando exclamaciones de alegría y se perdió en la senda del bosquecillo del Norte, tras del cual estaba, según después me lo explicó el Queirá, la morada independiente de aquel cacique Guaná.

Ya estaba de nuevo sobre mi caballo y despidiéndome sombrero en mano de la tribu, cuando el cacique Pucú tocando la funda de mi revólver, me mandó con ese imperio que revelaban todas sus indicaciones, que hiciera otro disparo, todavía como si dudase de las maravillosas virtudes de aquella arma, lo que hice para complacerle, llevando mi galantería hasta el extremo de consentirle que él hiciera por su mano el último que quedaba en el revólver, con lo que él, los suyos, y los míos quedaron convencidos de que yo era un Júpiter que llevaba los rayos en el bolsillo para distribuirlos á mi antojo.

La noche se había venido encima cuando salimos de esta toldería entre palmares, donde llegó á perderse la vereda por causa de la oscuridad, razón por la cual la mitad de los indios tuvo que echar pie á tierra, para ir ante nosotros alumbrando con hojas de palma, que ardían como una antorcha y que renovaron sin cesar durante tres horas, que es lo que tardamos en caminar en rumbo Nornoroeste, hasta llegar á la toldería de un pariente de Queirá donde tenía determinado pasar la noche.

Grande ha sido mi satisfacción al internarme en este día unas cuantas leguas en el desierto, por unos caminos que casi puede decirse que están hechos por la naturaleza; pues que con

excepción de los dos pasos del arroyo Bravo, que reclamaría cada uno un tramo de diez ó doce metros, todos los trabajos que exigiría la construcción de una carretera, se reducirían al derribo de algunos árboles y á la formación de algunas cunetas; pues no hemos cruzado un solo terreno pantanoso, aunque la última legua de nuestro trayecto ha sido hecha por el costado de un arroyo, que marcha muy derecho entre palmeras.

Sin duda, alguno de nuestros compañeros debió anticiparse á la llegada de los demás, por cuanto que á cierta distancia salieron á recibirnos multitud de mancebos que, levantando sus antorchas hasta la altura de mi rostro, me contemplaban asombrados aunque risueños, y me señalaban á lo lejos las hogueras del paát, diciéndome: *Entomá* paát (1) alguno de los cuales, como si ya estuviera enterado de nuestra escaramuza, me tentaba la carabina diciendo: Cadubeus pun, pun.

Á medida que nos íbamos acercando á aquella población, empecé á sentir ese ruido que producen de lejos las grandes ciudades, no porque ésta lo fuese ciertamente, sino porque, como los habitantes del paát estaban prevenidos de mi llegada, se agitaban de una manera extraordinaria haciendo los preparativos de mi recepción.

Por fin nos acercamos y el espectáculo no podía ser más agradable para los ojos de un curioso viajero; pues á la luz de un centenar de hogueras de esa madera de palo-santo que perfuma el ambiente, se descubrían centenares de rostros medio colorados por el reflejo de las llamas, que presentando todos los signos más expresivos de la admiración, convergían hacia mí los rayos de sus miradas. Las primeras filas de tan apiñada muchedumbre estaban sentadas sobre sus talones para no estorbar á las otras; las madres alzaban en alto á sus pequeñuelos, y los traviesos muchachos se encaramaban sobre las vasijas y sobre el techo del paát.

(1) *Entomá* significa comer, por lo que parecían decirme: Á comer á casa.

De pronto tres mujeres ancianas salieron de aquél, y dando pequeños saltitos y entonando una canción que parecía un lamento, y golpeándose la boca con la mano derecha, dieron algunas vueltas en torno del caballo en que iba yo montado y del que montaba el cacique, y tomando nuestras armas y nuestros equipajes, marcharon á depositar su carga á través de la multitud, sin dejar su canto, su baile y el golpeteo de su boca.

Ordenóme entonces el Queirá que desensillase, y mientras en esto me ocupaba, unas cuantas mujeres tendieron en el suelo esteras de junco muy fino y bien tramado con el hilo de caraguatá, sobre las que el cacique y dos ancianos y otro indio más joven, se sentaron también llamándome á su lado, donde me senté en medio de aquel circo inmenso formado por centenares de espectadores, que parecían esperar con impaciencia alguna representación extraordinaria.

Con efecto, como todas las representaciones comienzan por la sinfonía, á una seña del cacique Queirá, un hijo suyo trajo el morral del acordeón, y me lo entregó con el gesto que suele emplear el domador de fieras, ó de monos sabios, para que éstos comiencen á lucir sus gracias ante el auditorio. No había que dudarlo, Queirá deseaba lucirse á costa mía, como quien dice: Mirad qué cosa tan curiosa os traigo para divertiros; y esa cosa curiosa que había caminado una jornada de unas cuantas leguas en medio de un calor que todavía duraba, y que por lo tanto hubiera preferido la cama á la misma cena, tuvo que agarrar el acordeón por no defraudar las esperanzas de aquellos espectadores, que gozaban de antemano la dicha que les esperaba. Desgraciadamente mis conocimientos en música eran muy limitados, y mucho más tratándose de un acordeón que nunca había tenido entre las manos; pero como por fortuna él tenía fuelles y teclas y yo dedos, le hacía sonar con un compás cualquiera, que si los aplausos de la multitud se tomasen como medida de mi mérito, no creo que el mismo Apolo fuese osado á disputar mi competencia.

Apenas tendría dos metros de diámetro el círculo en que

estábamos colocados el cacique, los tres personajes desconocidos y yo; y como el calor era grande y aquella muralla viviente no sólo impedía la circulación del aire sino que lo hacía más necesario á causa de los olores que desprendía, traté de aumentar el radio, lo que conseguí repitiendo la misma escena que en Caña de Azúcar, lo que había producido el desbande de casi todos mis oyentes. Así pues, abrí los bajos con mi mano izquierda, y cuantas teclas pude abrazar con la derecha, y con toda la fuerza de entrambos brazos tiré dos ó tres veces de aquellos tremendos fuelles, como quien templa el instrumento, con lo que sentí frescura por los cuatro puntos cardinales, pues no sólo salieron huyendo casi todos los espectadores que me tenían acorralado, sino también aquellos tres indios que, por estar en el circo, parecía que se disponían á tomar parte en la representación, faltando poco para que el cacique Queirá no fuera de los fugitivos, pues mucho debió extremecerse cuando llevó sus manos á las orejas.

Alcé mi vista y estaba casi solo, por lo que suspendí la música, pues con el barullo que acababa de promoverse, no los de mi acordeón sino los bajos del órgano del palacio de cristál de Londres, hubiesen pasado desapercibidos. Risas, carreras, llantos, voces y ladridos, todo junto hizo que por un momento me arrepintiese de mi obra, y ya empezaba á temer sus consecuencias, cuando el cacique Queirá, tocándome con el pie y haciéndome señas afirmativas con la cabeza, me manifestó su agrado, por lo que continué aquel *allegro* que tantas lágrimas producía.

Por fin el orden pudo restablecerse, y á instancias del hijo mayor del Queirá que me decía: ¡Santo Dios! empecé á tocar y cantar lo que él deseaba, canto sensible y sublime, que á la media noche cuando los indios se retiraban á sus camastros iban repitiendo con una entonación admirable.

No duró mucho el concierto por fortuna mía, pues cuando más entusiasmado tenía á mi auditorio, en medio de unas alegres habaneras, una prosaica mujer vino á interrumpirme,

poniéndome delante un mate cargado de batata dulce, otro con una especie de besugo con pocas espinas y de carne muy sabrosa, al que los indígenas llaman *Naballé*, del que en aquellos lugares tienen hasta dejarlo de sobra, otro con cacahuetes tostados que se llaman maní, entre los guaranís, y *Mauá* (1) entre los indígenas, y que sólo conocí por su sabor, pues el tamaño era tan extraordinario, que algunas cápsulas con cinco semillas medían siete centímetros de longitud, y otro por fin con una fécula blanquecina y suave, tan delicada y sabrosa que ni aún podía compararla con el chuño, á la que llaman Araksarték. Platos fueron éstos que me hicieron perdonar la interrupción de una música mucho menos agradable que aquellas viandas, de las que comí con apetito, excitado por el de mis compañeros de viaje, que todos fueron atendidos en aquel hospitalario paát.

Concluida la cena, el cacique Queirá comenzó la narración de nuestras mútuas aventuras, aparentando que se dirigía sólo á los tres personajes que desde nuestra llegada nos hacían los honores de la casa; pero en realidad el cuento era para todos, pues aquella gente, que había escuchado respetuosamente la música y que me había estado mirando en medio del mayor silencio mientras comía, atendía con veneración las palabras del Queirá sin estornudar ni producir ningún otro de los ruidos que tan frecuentes son entre los indios.

Como quiera que desde sus primeras frases comprendí la materia de que se trataba, fijé mi atención, y auxiliado por la mímica desplegada por el cacique y por algunas palabras que ya me eran familiares, puedo asegurar que no se me escapó de aquel relato ni el más insignificante detalle y que en aquel momento acabé de convencerme de la estimación en que me tenía el jefe de los Guanás. Fué tan largo y minucioso aquel discurso que comenzó por nuestras relaciones en el Apa y acabó

(1) Arachis hipogea.

por los disparos hechos con mi revólver en Pucu-Paát, que se prolongó hasta más allá de la media noche, hora en que Queirá, que acababa de conquistarme centenares de amigos, me alargó el acordeón diciéndome ¡Santo Dios! que era lo que más había gustado á todos los indios; pues antes de empezar el canto siempre me quitaba el sombrero, y señalando al cielo, les decía que era la canción del gran cacique padre de todos los hombres, indios y cristianos.

Tomé el acordeón, y viendo que los más nerviosos de entre los circunstantes se disponían á la bulla, les hice seña de que estuviesen tranquilos, empezando pianísimo mi preludio, que fué seguido, no ya por sólo mi canto sino por un coro unísono y no muy desafinado de infinitas voces.

La hora, el sitio, y las circunstancias con que se levantaba hasta el trono de Dios aquel himno sencillo cuanto sublime, en que los hombres, reconociendo su pequeñez, confiesan la grandeza del Rey de los Reyes, daba al espectáculo algo de grande y conmovedor; tanto más, cuanto que aquellos inocentes hijos de la naturaleza parecían penetrados de lo que hacían por una secreta intuición.

Era ya tarde, y el cacique Queirá, ordenándome hacer la cama sobre las mismas esteras que nos habían servido de asiento, dió motivo para que los concurrentes fueran poco á poco desfilando, con excepción de algunos que, á manera de los lugareños que no quieren salir del teatro hasta que se apague la lucerna, no quisieron perderme de vista hasta asegurarse por sus propios ojos de que yo me acurrucaba, como cualquier otro bípedo, lo que al fin hicieron cantando, ó más bien dicho, tarareando el ¡Santo Fuerte, Santo Inmortal! cosa que me fué muy agradable, y que, asociada al natural cansancio, contribuyó á que me durmiese muy satisfecho de las conquistas que iba realizando en beneficio de la civilización y sin más armas que la paciencia.

Día 11 de Octubre.

Al apuntar el día, un joven de aquella tribu, que durmió á mi lado toda la noche sin querer soltar de entre las suyas una de mis manos, porque yo le había dicho *lektesmá,* como si esta fuera la palabra mágica con que se conquistan las simpatías, me tocó la cara con objeto de despertarme, lo que hizo á fin de recuperar el enquilsique, con que durante mi sueño me había cubierto, á pesar de que, sin más abrigo que el *Nortemá* ni más lecho que la estera, estaba tiritando con el frío de la madrugada.

Una vez incorporado, me condujo de la mano hacia el Sudeste en dirección del mismo arroyo que costeamos durante la última legua del camino que hicimos la noche anterior, y haciéndome desnudar, operación que á él no le fué necesaria, porque llevaba al hombro las dos piezas que constituyen el traje de los indios, me hizo penetrar con barro hasta las rodillas, en un charco pestífero y fangoso, dentro del cual se apiñaban innumerables pescados muertos y moribundos, y algunas culebritas nada tranquilizadoras, á las que debí mirar con repugnancia, por cuanto que mi compañero, sonriendo y haciéndome señas negativas, como quien dice: no hacen daño, tomó dos de ellas y se las enrolló al pescuezo, dejándolas después en libertad para que se arrojasen de nuevo al negro, denso y corrompido líquido, en que debía bañarme para obedecer los caprichos de mi reciente amigo. Metíme, pues, á lavarme el cuerpo en una sustancia que forzosamente había de dejarme más sucio que á la entrada, y lo mismo hizo mi cicerone, con la diferencia que éste se salió en el acto hasta la orilla donde se puso á cabar con las manos tan apresuradamente como el perro guaná cuando ensancha la madriguera del cuatí, mientras que yo buscaba sobre la superficie un poco de caldo menos

sucio con que enjuagar los miembros; lo que visto por el indio le produjo risa, y haciéndome señas de que me acercase hasta él, me mostró un agua menos sucia que había filtrado dentro del pocito recién construido, y con la cual me frotó bien por todo el cuerpo, hasta dejarme no tan limpio como estaba un rato antes, aunque no tan puerco como cuando salí de aquel inmundo baño.

Con el derecho que daban á este joven los servicios que me había prestado, se tomó libertades conmigo, que aunque sin ulteriores consecuencias, me hicieron sufrir por largo rato; pues que al regresar frente al Paát donde estaban amontonadas las gentes, viendo á mis compañeros hacer algunos disparos de rémington, este joven, que quería satisfacer su curiosidad y demostrar su prestigio, tomó mi morral, y vertiendo cuanto contenía sobre una estera, hizo reparto general de todos los objetos, sin que yo, por más que tendiera mi vista, pudiera descubrir al Queirá, único indio por cuyo influjo esperaba conseguir que valviesen á mi, brújula, moneda, anteojos, vasos, plato, cuchara, trapos, lente y tanta multitud de objetos indispensables, entre los que figuraba en primera línea el libro donde trazaba mis aventuras y los accidentes del camino.

Sin embargo, la fisonomía de este joven me inspiraba confianza. No era posible que aquellos rasgos tan dulces ocultasen á un ladrón, tuve confianza y sin resistencia me dejé conducir por él, que voluntariamente me daba en guaná los nombres de todos los objetos sensibles y me los pedía en la lengua mía, esforzándose por repetirlos con claridad y precisión, para lo que no tenía grandes dificultades.

Empezó nuestra excursión por el paát, que aunque grande y más curioso que Tasemapán-paát, no me pareció tan elegante tan limpio y tan ordenado como el del cacique Pucú. Por lo demás, el mueblaje y el orden de su colocación era exactamente el mismo, sin que en éste encontrase nada de nuevo, sino unos telares sumamente rústicos; pues no eran otra cosa que un gran bastidor de metro y medio de altura, por otro

tanto de ancho, que se componía de dos horquillas clavadas en tierra en posición vertical y de dos cabezales, sujeto el uno con cuerdas inmediato al suelo, y gravitando el otro sin atadura alguna sobre las dos horquillas verticales. En uno de éstos, una mujer joven que parecía una criatura, pero que, acabando de dar el pecho á un niño completamente desnudo, y colocándole en una bolsa de red, que á manera de hamaca pendía de las *tacuaras* del techo, á instancias de mi acompañante, se puso á dar principio á un *enquilsique*, lo que hizo comenzando á pasar un hilo grueso de algodón teñido de color de chocolate por aquellos travesaños horizontales, haciéndome notar que contase las vueltas que eran dieciocho, después de lo que, anudó otro hilo casi negro y siguió su trabajo hasta terminar una faja del mismo ancho que la primera, al fin de la cual anudó nuevamente otro hilo de color rojo como de sangre, que debía constituir el fondo de aquella pieza, cuyas fajas ó festones laterales acababa de terminar, en cuya operación tuve que dejarla para examinar otra multitud de cosas.

Cerca de aquel telar otra mujer anciana sacaba de una bolsa de red, llamada por los indios *natjabat*, grandes capullos de un algodón no muy largo, pero sí el más fino de cuantos se conocen en el comercio, que el joven aproximó á su *enquilsique* como para decirme que aquella pieza también era de algodón, y me dijo *eteivá*. El trabajo de esta mujer se divide en dos partes; la primera consistía simplemente en extraer las semillas y suciedades de aquellos capullos recogidos y almacenados sin previsión, y la segunda era más complicada é ingeniosa, pues tenía por objeto esponjar, digámoslo así, el algodón desenredando sus fibras, lo que conseguía enrollándolas en la cuerda bien templada de una pequeña ballesta, á la que imprimía movimientos vibratorios.

La mayor parte de los hombres del paát habían salido á la pesca del *nabaye*, á tres leguas de distancia, por lo que no volverían hasta la noche, y las mujeres se ocupaban en trabajos de campo, las unas y caseros las otras. Ésta traía leña, la

otra asaba batatas, aquélla machacaba maiz, la de más allá hilaba, tal vieja mecía en su hamaca al recién nacido aunque melenudo nietezuelo, tal otra amasaba plomizo barro, para la confección de la vajilla; en fin, en aquella colmena no había más zángano que yo y los cuatro ó cinco que parecían nombrados por Real decreto para mi escolta de honor y para servirme de intérpretes.

Ya salía del paát cuando llamó mi atención una calabaza de cuello que, muy pintada con rayas rojas, negras y amarillas que formaban un caprichoso mosáico, y muy adornada con borlitas de pluma, semillas coloradas, dientes de roedores y picos de pájaro, pendía de las tacuaras del techo. Pregunté el destino de aquel cachivache y todos los circunstantes pronunciaron con la mayor reverencia la palabra *Cagá* (1). Quise tocarla y todos se opusieron con una actitud tan decidida para impedir aquel acto de profanación, cual si se tratase de los sagrados vasos que no pueden ser tocados sinó por manos ungidas.

Resignéme, pues, á no tener más detalles sobre aquel objeto, y salí del paát algunos pasos hacia el Norte, donde una gran caña tacuara fuertemente clavada en tierra y coronada por un colosal plumero vino á llamar mi atención. Indagué su objeto sin preguntarlo, pues al acercarme á ella y pisar sobre un terreno donde había montoncitos de ceniza y restos de diferentes fogatas, me detuvieron, mostrándome un terreno recientemente removido, y haciéndome señas de que allí había un cadáver sentado, con la cabeza doblada hacia adelante y con los brazos sobre los muslos. Aquello era la necrópolis del paát, lugar de veneración, sobre el que no debían imprimir los vivos su profana huella, á excepción de la vestal encargada de mantener el fuego sagrado que ardía sobre aquellas tumbas; y el gran plumero era una insignia mística, con la que aquellos hombres sencillos, que sin duda creen en la inmortalidad del

(1) Sacerdote, médico, brujo, adivino, etc., etc.

alma, pensaban ahuyentar el mal espíritu, cuando pretendiese acercarse para turbar la paz de los difuntos.

Deseando ver sus campos de cultivo, mostré á mi amable compañero algunas batatas, imitando que las enterraba, seña que comprendida por él, produjo el resultado que me esperaba, pues me condujo por el espeso linde del bosque del Oeste, hasta una pequeña senda que en él se internaba, por la que llegamos á un claro que podría tener cinco hectáreas de superficie, en el que había diferentes mujeres arrancando batatas con palancas de palo de fierro muy afiladas y muy pulimentadas por el uso. Estas mujeres, á nuestra llegada intempestiva, estaban desnudas completamente; por lo que poseidas de un rubor semejante al de cualquier señora en igual caso, aunque con menos gritos y exageraciones, corrieron á buscar sus *enquilsiques*, sobre los cuales dormían algunas criaturas, y después de ceñirlos á su cintura, continuaron la tarea de extraer el *piyeá* (1) y de acomodarlo en grandes *natjabáts*, que cargaban sobre sus espaldas, sujetos á su frente por una cinta, sin que esto les impidiera caminar con un chiquillo al pecho y otro de la mano.

En toda aquella huerta no había en la actualidad otra fruta que batata dulce, y de ésta sólo una pequeña extensión; lo que me explicó mi amigo por la falta de lluvias, pues según él, no habían podido sembrar el maiz ni el *ciyactec* (2), cuando ya deberían ambas cosechas estar muy adelantadas en su vegetación.

Ya serían las diez de la mañana, cuando vinieron á buscarnos de parte del cacique Queirá, quien me esperaba con impaciencia para que nos pusiéramos en camino, y quien me presentó al jefe de aquel paát, que era el más joven de los tres personajes con quienes la noche anterior tanto había conversado el cacique Queirá.

---

(1) Convólvulus batata.
(2) Phaseolus.

El nuevo cacique se llama *Piapún* y los otros dos son dos tíos suyos, uno de los cuales es el *cagá* de la familia.

El cacique Queirá tiene alguna autoridad sobre esta tribu, con cuyos jefes está emparentado, y creo, aunque no puedo asegurarlo, que su mujer sea hermana de Piapún.

Ensillé mi caballo, y no sin asombro, ví sobre el montón de nuestros equipajes que mi morral estaba repleto y abrochado como antes de que fuese vaciado por los indios; pero dudando si me faltaría alguna de las cosas más indispensables, lo volqué sobre una de mis mantas, lo que hirió la susceptibilidad del cacique, quien se me acercó muy sério, y tomando los objetos que andaban esparcidos, comenzó á meterlos en el morral apresuradamente, revelando con sus muecas y con sus acciones el excesivo disgusto que le había producido mi desconfianza; en tanto que yo, penetrado de sus sentimientos y arrepentido de mi proceder, recurrí al pretesto de que buscaba mis vasos y mi libro, los primeros para darle uno al cacique, que recibió muy agradecido y desarmado, y el segundo para escribir su nombre, lo que hice pronunciando en voz alta repetidas veces, Piapún cacique lektesmá.

La mayor parte de los Guanás habían salido á las primeras horas de la mañana, no quedando para acompañarnos más que el cacique con sus dos hermanos y sus dos hijos y un solo caballo.

Salimos pues en rumbo Noroeste, y en la primera legua de camino atravesamos cuatro bosquecillos muy claros y muy limpios, y cuatro praderas con excelentes pastizales, en cuya última había una excelente aguada, *curiche* largo y estrecho por el que hay que pasar forzosamente, el que exigiría un terraplén y una tagea, caso de que se construyese alguna vez camino para carros.

Después de caminar esta primera legua marchamos otras tres en el mismo rumbo, entre palmares no muy espesos y entre praderas no muy grandes, camino excelente y provisto de agua, de legua en legua.

El calor era insufrible, por lo que mi caballo se rindió de tal manera que ni ramalear quería, llegando el caso de tener que cargar entre el cacique y yo con todo el equipaje y que llevarle á remolque, él tirando y yo arreando, para no dejarle abandonado y con el aparejo.

Paramos un rato en la última aguada, donde nos esperaban los compañeros, y allí comimos un poco de bacalao indígena y algunas batatas dulces de las que me había regalado la gente del cacique Pucú. Entretanto mi caballo, que nó había comido nada la noche anterior, por tener el vicio de no querer pastar estando maneado, comió un poco, interín se adelantaban á pie y á paso largo muchos de los que por la mañana habían salido á caballo de Piapún-paát.

Á las tres de la tarde, me hizo señas el cacique de que bebiese agua, porque hasta muy entrada la noche no la encontraríamos, por lo que debíamos apresurar la marcha, á fin de no acampar donde no hubiese abrevadero.

Por fortuna, mi caballo se había repuesto un poco, por lo que, aunque animado con varita, pudo caminar al trote largo hasta después de puesto el sol, á cuya hora tuve que apearme y hacerle remolcar hasta las once de la noche, hora en que llegamos á la primera aguada separada de la anterior ocho leguas mortales, que hicimos costeando montes pero sin cruzar ninguno.

Cuando llegamos al campamento, ya los indios que se nos habían adelantado desde el anochecer, habían encendido grandes fogatas, á pesar de que la noche no estaba fría, sino sofocante hasta el punto de que no bien armé mi carpa sobrevino una regular tormenta; pero los indios hacen fuego siempre que pueden para librarse del ataque de las fieras, y más que todo de la persecución de los mosquitos, á los que temen más que los hombres civilizados, porque no sólo presentan más superficie á su voracidad, sino porque el olor que desprenden excita su apetito, haciéndoles afluir sobre ellos de tal manera, en tal abundancia y con tal ensañamiento, que allí donde haya un

grupo de indios, más que su conversación se siente el perpetuo palmoteo con que los espantan.

Desde mi entrada al desierto me había llamado la atención la extraordinaria paciencia con que los indios soportan las impertinentes travesuras y hasta los atentados de sus innumerables y feroces perros, á quienes jamás castigan con un latigazo ni un puntapié, aun cuando les arrebaten de las manos su escasísima comida, limitando su mayor manifestación de desagrado á la articulación de un sonido semejante al que produce la lechuza, con el cual consiguen algunas veces alejarlos.

Como al poco rato de penetrar en mi carpa en compañía del cacique, escuchara yo con mucha frecuencia esa especie de interjección con que los indios ahuyentan á sus perros, creí de buena fe que se hubiese agregado á nosotros por el camino alguno de estos animales que, mal criado como todos y asustado por la tormenta, molestaría á los indios demasiado, por cuanto que durante una hora no pasaba un minuto sin que diez ó doce voces simultáneas produjesen el mismo sonido.

Sentéme, pues, á la puerta de mi tienda y no tardé en convencerme de que estaba equivocado, pues aquellos aspavientos no se producían para espantar los canes, sino otra cosa que en muchas aldeas civilizadas se espantan santiguándose, es decir, que los indios, en la creencia de que es el trueno el que desgaja los árboles, incendia las tolderías y asfixia tribus enteras, tienen la seguridad de que no ha de partirles un rayo si le ganan el tirón con ese conjuro.

Día 12 de Octubre.

Mucho antes de que fuese de día, empezaron los indios á secar sus ropas, aproximándolas á las hogueras, y apenas terminaron esta operación, se fueron poniendo en marcha todos con excepción del cacique, un hermano de éste llamado

Quilmá, que también es cacique, y un mocetón hijo de este último, para cuyos tres quedaba un caballo. Aparejé el mío, y salimos poco más de una hora antes que el sol, caminando al Noroeste por excelentes praderas, y costeando montes donde no se veía una sola palma, que según el cacique habían desaparecido para no volver á verlas hasta el regreso, pues la región de las palmas acaba apenas se llega á los terrenos verdaderamente elevados del interior del Chaco.

Á las diez de la mañana paramos á la sombra de un algarrobo blanco, y el hermano del cacique con su hijo, me hicieron señas de que partían con su caballo por una sendita que se dirigía al Noroeste, y al mismo tiempo me indicaron que deseaban llevar á las mujeres el contenido de un salvavidas que tenía charque, conservas, azúcar y fariña, lo que les concedí de buena gana, despidiéndome de ellos, que me manifestaban las mayores simpatías y el deseo de que á mi regreso pasase por Quilmápaát, para acompañarme hasta el *aluguatá* de *Tibay-Ignem* (1).

Viéndose á pie y cargado, el cacique Queirá se puso de un brinco sobre las ancas de mi caballo, mas éste, no pudiendo resistir á aquellas doce ó trece arrobas, cayó en tierra como herido de un rayo, sin que en largo rato consiguiéramos levantarlo, ni aún desensillado.

El cacique tenía más paciencia que yo; pues aunque le rogué que siguiésemos nuestro camino abandonando el caballo y la montura, no pude conseguirlo; pues él insistió hasta conseguir que el animal se levantara. Hecho lo cual me ordenó subir en él, mas á penas puse el pie en el estribo cayó de nuevo haciéndome dudar si tendría roto el espinazo.

Acostumbrado el cacique Queirá á la resistencia de los pequeños caballos del desierto, no podía convencerse de que el mío estuviese rendido de fatiga, razón por la cual no quería abandonarlo; así pues trabajamos otro rato hasta levantarlo,

(1) Rio de la salida del sol ó sea Oriente. Rio Paraguay.

trabajo que, aunque grande y engorroso, no lo fué tanto como el que nos dió durante tres horas para remolcarle por aquellas veredas estrechas y encajonadas, cargados con más de una arroba cada uno y en medio de uno de esos días calurosos que suelen verse dentro del 20° de latitud.

No se me pregunte cuáles fueron las bellezas que más llamaron la atención en esa parte de camino, que me hubiese parecido el mismo infierno aunque hubiera sido el paraíso terrenal; sólo diré que no había monte, porque el sol me pegaba de lleno en la cabeza; que no había agua, porque la sed abrasaba mi pecho; y que daba indicios de no pertenecer á ninguna sociedad protectora de animales; pues me veía forzado á secundar por la popa los esfuerzos inauditos del cacique aplicados á la proa de mi caballo.

Por fin á la una de la tarde llegamos á una pequeña toldería semejante á Tasemapán-Paát, la que estaba pertrechada de multitud de cachivaches pero sin persona alguna, donde desensillé, repartí raciones á todos los indios que allí nos esperaban con agua fresca y abundante, y rendido, enfermo y sin probar bocado, me tendí á su sombra, donde á pesar de hacer un calor insoportable, me dormí profundamente, hasta que muy entrada la tarde, desperté rodeado de una multitud de gentes desconocidas, que me había estado contemplando durante algunas horas.

Esta tribu, como casi todas, se compone de una sola familia no muy numerosa, emparentada y sometida en cierto modo al cacique Queirá, lo que supongo por la familiaridad con que dispone de cuanto hay en el paát y por el respeto y cariñosas atenciones con que todos le tratan.

El jefe de la tribu es un anciano pequeño y acartonado; pero de una fisonomía muy alegre, circunstancia poco común en los indios y menos cuando éstos son viejos ó caciques.

Á la hora que me despertaron, el Queirá habría ya contado mis servicios y méritos; pues sólo así podía explicarme el que todos á porfía se disputasen en tributarme homenajes y ren-

dirme servicios, que para ellos lo eran el hacerme comer de todos los frutos del desierto, incluso un buen pedazo de sabrosa anguila, llevando la ternura de sus sentimientos hasta el punto de acercar á mis ojos todos los objetos del paát, sobre los que dirigía la vista; objetos que me ofrecían y sobre los que me daban toda clase de explicaciones, sin que precediera gestión alguna por mi parte.

Á fin de consignar la multitud de datos interesantes que á porfía me suministraban aquellos indios, acudí en busca del libro; mas grande fué mi asombro al ver que éste así como todos los objetos que guardaba en el morral habían desaparecido.

Interrogué al Queirá con la mirada, lo que dió por resultado que se me devolviese todo lo que se me había sustraído; y era verdaderamente curioso el espectáculo que ofrecían aquellos inocentes al acudir cada uno provisto de uno de los objetos que constituían mi equipaje, llevado entre sus manos con tanto mimo, con tan exajerada precaución y con tanta ceremonia, como si llevasen una imágen en procesión.

Ya en posesión de mi libro, cuyo objeto les explicó Queirá, según él lo comprendía, volví á sentarme en mi cama y comencé á enriquecer mi vocabulario; mas como entre los objetos cuyo uso me explicaban se hallase una calabaza engalanada con idénticos lazos y pinturas que la que con tanto respeto conservaban en Piapún-Paát, fijé los ojos en ella, y bien pronto me apercibí de mi imprudencia, pues que todos guardaron el mayor silencio, como quien no se atreve á iniciar á tan desconocido neófito en los más importantes secretos de su dogma y en las más solemnes ceremonias de su culto. Sin embargo, como estos indios eran muy buenos y mucha la confianza que debía inspirarles, una vieja escuálida, desgreñada y andrajosa, descolgó el célebre *cagá* que debería tener en su interior algunas docenas de piedrecitas, por cuanto que al acercarse hasta mí cantando, saltando y golpeándose la boca con la mano izquierda, agitaba violentamente con la derecha el misterioso

zapallo, produciendo una horrible cencerrada, tanto más insoportable cuanto que, cual si me ahumase con el incensario, me desgarraba el tímpano al agitarlo junto á mis orejas.

Concluida esta ceremonia, presenciada por aquel auditorio con el mayor recojimiento, tuve la feliz idea de obsequiar á la anciana con seis varas de lienzo sacado de dos salvavidas, el que recibió la pobre maga en medio de las mayores manifestaciones de regocijo, y sobretodo, haciéndome invulnerable á los malos espíritus que producen las enfermedades y las pasiones por medio del *Cagá* sagrado, reliquia veneranda que restregó por toda la superficie de mi cuerpo con gran contento de los circunstantes. Insigne prueba del aprecio público que sólo se conquista por una vez en la vida, cuando sin ayuda de nadie y sin más armas que las flechas descubre el joven guaná sus condiciones guerreras, dejando exánime á sus plantas el feroz yaguareté. Yo no había matado ningún tigre; pero por lo visto, por tales deben tener estos indígenas á los Mbayás. De todos modos al pensar en la cobardía de mis soldados, creo que poco se despintará el *Cagá* con los refregones que pegue contra los héroes, y creo también que si fuesen ciertas las virtudes que se le atribuyen, sería más propio restregar á los tímidos para preservarlos de la pasión del miedo. Sin embargo, como procedo de una sociedad donde no faltan aberraciones, aquello no me llamó tanto mi atención como me lo ha llamado el persuadirme que tienen menos que nosotros.

¿Qué tiene de particular que los inocentes hijos de las selvas conjuren el rayo gratuitamente, si nosotros conjuramos la langosta por el dinero?

El cacique de este *paát* se llama Agut, y tiene accidentalmente consigo un hermano, con el que se confunde por su mucha semejanza, y el que también es cacique de otra tribu establecida más al Nornoroeste. Este hermano va acompañado de un hijo de unos veinte años, notable por su capacidad; pues repite todas mis palabras con perfección y las retiene tanto rato, que al pronunciarlas cuando menos lo espero, me

hace volver la cabeza para ver quién es el que habla castellano entre aquella gente. En media hora escasa, le he enseñado á conocer y pronunciar todas las letras del alfabeto y el infeliz me abraza y me suplica que le enseñe á escribir !!

Este muchacho no aprende sólo por su buena memoria, sino porque mis escasas atenciones le han prendado de mí tanto, que parece estar empeñado en imitarme en todo, en lo que encuentra una verdadera complacencia.

Después de haberme colmado con tantos agasajos y de haberme pretendido hacer aceptar hasta sus ropas y cacharros, lo que no admito por no tener elementos de trasporte, me pide que haga algunos disparos con mi rémington, lo que hago apuntando á un delgado palo santo, en cuyo corazón meto la bala, bala que el joven Agut corre á buscar provisto de su *canchero* y que guarda en su *natjabat* como una reliquia, por cuya acción le regalé el cartucho que la contuvo, al que en el acto lo llevó á la boca para usarlo como silbato.

El resto de la tarde se ha deslizado como un soplo para aquel público entusiasmado con mi ejercicio de prestidigitación, que aunque muy común entre nosotros, es sorprendente para los indios, juego que ejecuté de esta manera: senté á todos los circunstantes en corro, menos á dos mocitas que coloqué conmigo en el centro, y después de haber atado las muñecas de una de ellas con las extremidades de una cuerda que tenía una vara de largo, até á la otra también por una de sus muñecas, con un cordel del mismo tamaño, el que después de haberlo pasado por entre los ligados brazos de su compañera, vino á atar la opuesta mano, de modo que ambas quedaron enredadas. El problema á resolver consistía en separarse sin cortar la cuerda ni desatar las ligaduras. Muchas vueltas pudieron dar aquellas criaturas en su afan de deslizarse una de otra, pero es lo maravilloso que cuando yo me acerqué para explicar el desenlace, el joven Agut, que por respeto se había contenido hasta ese momento, se me adelantó, y con una perspicacia que no era de esperarse y con la limpieza de un Her-

mann, dió solución al juego en medio del aplauso del público.

He notado que estos indios están pasando por una crísis que debe atribuirse á circunstancias muy excepcionales.

El hambre.

En todo el territorio que llevo recorrido, he podido observar que la abundancia de caza y pesca está en razón inversa de la población. Días enteros se pasan viajando por estas praderas y por estos bosques, sin que se deje ver un ciervo ni un avestruz.

La abundancia de hombres, su destreza y su afición al ejercicio de la caza la han agotado de tal modo, que hasta los tigres y los lagartos escasean, por lo que los indígenas han tenido que recurrir á la agricultura para hacer de sus frutos la base de su alimentación. Pero desgraciadamente, según ellos, han trascurrido cinco lunas sin que estos suelos arcillosos reciban el beneficio de la lluvia, con excepción de tres ó cuatro ligeros chaparrones sobrevenidos en estos días, durante algunas tormentas pasajeras.

Estos indios no son económicos, y su despilfarro en los días de abundancia llega á tal extremo, que no se concibe que sean capaces ni aun de conservar aquellos frutos que precisan, como la simiente que ha de producir las cosechas sucesivas; la que se han acostumbrado á guardar aunque en pequeña proporción, á fuerza de las dolorosas lecciones de la experiencia. Así, pues, se comprende el gran sacrificio que harán al desprenderse, para obsequiar á sus huéspedes, de los pocos granos y de los pocos tubérculos que no han podido confiar á la tierra con motivo de la escasez de lluvias que, aunque les hubiese permitido labrar, no hubiera germinado por falta de agua. Á pesar de esto, son tan generosos conmigo, que por complacerme estoy viendo que echan la casa por la ventana, lo que no es muy difícil; pues á penas hay en sus almacenes para comer una semana, al paso que durante toda esta tarde lo hemos hecho.

Al llegar la noche, han sacado al frente del *paát*, multitud de cueros y de esterillas, para pasar la velada al fresco senta-

dos en ellas, teniendo la precaución de rodearse de pequeñas hogueras de palo santo muy seco, cuyo humo sin lastimar los ojos, ahuyenta el enjambre de mosquitos que de otro modo haría insoportable la existencia; lo mismo han hecho en el interior de la casa, en torno de todos los camastros.

El cacique Queirá aguardaba esta hora para dar principio al concierto, el que ha durado hasta muy tarde, pues tal es su afición por la música, que no pueden sufrir con paciencia el que se acabe. Cuando me acosté estaba rendido, pero tenía la satisfacción de que todos los indios de Agut-paát entonaban el ¡Santo Dios! con tanta afinación y con tanto sentimiento como pudiera hacerse en un templo cristiano.

Día 13 de Octubre.

El joven Agut ha dormido abrazado á mí, lo que le agradezco en el alma, á pesar de que ésto me ha impedido el cerrar los ojos. Tampoco creo que haya descansado mucho este amable joven, pues cada vez que me rebullía, acudía con tierna solicitud á taparme como lo hiciera una madre con un niñito enfermo.

El cacique Queirá, á penas amaneció me hizo que le acompañase con unos cuantos hasta un curiche próximo, donde nos dimos un baño en agua limpia; costumbre higiénica que no pierden los indios, ni en la estación más rigurosa del invierno.

Desde que estoy en el Chaco, vengo notando que los indios de ambos sexos llevan su honestidad á un punto que haría honor á los pueblos más civilizados; pues que ni una sola mujer acude á bañarse entre los hombres, ni aún éstos se ostentan desnudos sino con rubor y tomando mil precauciones que revelan su moralidad. Es notable la admiración que les produce la blancura de mi cutis. Apenas me desnudo empiezan las carcajadas y no acaban hasta que me visto de nuevo.

El baño entre los indios es muy corto cuando lo toman por placer, por lavarse ó por medida higiénica; pero cuando es por necesidad pueden pasar todo el día en el agua, sin quebrantar su salud, como lo hacen los Angaités, cuando cargan barcos de madera en la Colonia Apa.

Mi caballo y mi aparejo quedará en *Agut-Paát* hasta que disponga el cacique, y las demás prendas de mi equipaje se reparten entre cuatro caballos que nos quedan, sobre uno de los cuales tengo el disgusto de ver que ponen mis blancos cobertores directamente encima de las mataduras.

Prontos ya para continuar mi marcha, llego á notar que algunos de los compañeros de viaje se despedían de mí, dándome á comprender que pertenecen á la familia de *Agut;* pero su manera de despedirse era tan poco insinuante que no la hubiese comprendido, á no ser por haberme hecho seña de que deseaban un salvavidas cargado para regalárselo á su cacique, como realmente lo ejecutaron tan pronto como lo puse entre sus manos, y entonces éste me explicó que eran sobrinos de su mujer.

La despedida ha sido más que tierna conmovedora, y creo que no me hubieran dejado partir, á no dar su palabra el cacique Queirá de que al regreso pasaría por allí, para que todos vengan hasta el Apa en mi compañía, donde recibirán algunos regalos.

Todas las mujeres saltaban y se golpeaban la boca en medio de un lúgubre y monótono cántico, que debe significar el deseo de mi feliz viaje, y todos los hombres me tocaban el pecho y me apretaban hacia atrás, como quien muy suavemente dice: anda. Estas manifestaciones no alcanzaban ni al Queirá ni á ninguno de los que conmigo partían.

Ya tenía mi fusil al hombro, cuando el cacique Queirá tomándolo de mis manos me sostuvo el pie derecho para que, por la derecha como ellos, montase en el caballo, donde ya estaban mis mantas y un ginete casi sobre el pescuezo.

Monté tras él, sin silla y sin estribos, y tras mi montó el hijo

más joven del Queirá, que es tan gordinflón como su padre, y sin darme tiempo para nuevas despedidas, salimos al galope tendido por aquellas praderas, si no como alma que lleva el diablo, como cristiano que llevan los indios sobre las águilas del desierto. En esta forma, es decir tres en cada caballo y á todo escape, salimos cuando el sol, *los doce indios* que quedábamos de la comitiva; pues ya no debo yo contarme sino por uno de tantos, según los aprietos en que me veo; aprietos positivos que me tienen en prensa entre las espaldas del número *uno* y la gran barriga del número *tres*.

Durante cuatro horas hemos caminado por praderas y por el linde de los bosques, siempre al trote ó al galope y sin encontrar un solo *curiche*, hasta que á las diez y media, cambiando de pronto al N. E. por entre una arroyada seca de un bosque claro, salimos al corto rato á una pradera, donde había un pantano y un toldito de tan mala catadura como cualquiera de los de Michí, á cuyos alrededores andaban cinco personas de distintos sexos, de entre los cuales salió también una vieja dando saltitos, cantando y golpeándose la boca, que por lo visto es la manera más cortés de recibir á los huéspedes.

Apenas me apeo, un anciano me hace sentar á la sombra de un árbol inmediato y me trae agua en un mate muy grande, que al devolverle después de saciar mi sed, no lo quiere aceptar, porque desea que me moje la cabeza; me la mojo y quedamos tan amigos. Acto contínuo una vieja me trae una anguila asada que pesaría más de tres libras, la que con unos *manís* que nos sirvieron de postre, nos comimos entre el Queirá y yo, sin dejar más que la espina.

La pobreza de este Paát, su poca gente y la escasez de mobiliario, llamó mucho mi atención, hasta que ví venir muchos hombres por distintos caminos, los que acudían á este lugar, desde sus respectivos toldos, con objeto de pescar anguilas en el pantano inmediato. Entonces comprendí que las cinco personas que nos habían recibido no estaban allí sino accidentalmente, como los demás pescadores.

Cerca del *Paát* había, sobre cuatro horquillas de madera de setenta centímetros de altura, una parrilla compuesta de rollizos de palo-santo de seis á ocho centímetros de diámetro, bajo la que había un brasero sin llama pero capaz de asar un ternero en pocos instantes. Sobre esta parrilla estaban asándose muchas otras anguilas, tan grandes como la que nos acabamos de comer y de las que sin ceremonia tomaban todos los indios que iban llegando, entre los que no hubo uno solo que no se me presentase ofreciéndome parte de su comida.

Estos indios, á quienes el Queirá trataba como subalternos, se marchaban por grupos á la pesca, mientras que otros grupos llegaban sucesivamente al campamento cargados cada dos con unas sesenta anguilas, que conducían ensartadas con junco por las agallas y atravesadas en un palo. Conforme iban llegando tomaban también de aquellas parrillas de Moloch las anguilas que les acomodaba, y se retiraban á devorárselas á la sombra de los árboles, y entre tanto la vieja se cuidaba de reponerlas con otras recién traídas, para que nunca les faltase comida á los que fuesen regresando de la pesca, quienes, cuando engullían seis ú ocho libras de carne se quedaban adormitados como los buitres y los cóndores al terminar su festín, y sin ser capaces de hacer en tres ó cuatro horas otra cosa que no sea la digestión, después de la cual se levantaban pesadamente y cargando por parejas sus anguilas, marchaban á sus respectivos toldos.

Este lugar debe estar rodeado de muchas tolderías, porque poco después de mi llegada, empecé á recibir visitas de viejos y mujeres cargados con niños, quienes teniéndome sin duda por Esculapio, me presentaban sus heridas ó me pedían que les curase de fiebres intermitentes. Esto depende de que, como mis heridos de la madrugada del día 7, y otros que por el camino han recibido pinchazos y cortaduras han sanado perfectamente por intermedio del ácido fénico y de la tira emplástica, y como los que han recibido este beneficio están agradecidos y admirados, los que vieron el prodigio de mis medicamentos se hacen

lenguas por todos los *Paáts*, y de uno en otro corre la noticia como una chispa eléctrica, hasta el punto de que siento no haber traído un botiquín más completo, porque éste se acaba.

Cada vez que concluyo de lavar una herida con ácido fénico diluido, los indios se apoderan del resíduo, en el que todos á la vez meten el dedo para frotarse con algunas gotas sobre los arañones de su cuerpo, lo que da la medida de la confianza que les inspiro y me sugiere la idea consoladora de que van siendo ya muchos los lazos de amistad con que me voy uniendo á los indígenas, y que por lo tanto se van haciendo difíciles nuevos atentados contra mi vida ó independencia. Por el contrario, si algún temor puede inquietarme, es el de que me quieran demasiado, y el de que, por considerarme preciso, impidan ó retarden mi regreso.

He curado, pues, heridas recientes y atrasadas, he suministrado la quinina á los intermitentes que en la actualidad estaban sin calentura y he entregado á los que la tenían, paquetitos para que tomen su contenido cuando se les pase.

Tanto los pescadores, como los enfermos y los demás curiosos que han asistido á este lugar, al que confirmo con el nombre de El Hospital, se han marchado agradecidos y pidiendo al Queirá que venga á establecerme entre ellos, con mi mujer y mis hijos, donde nos pondremos muy gordos comiendo anguilas, maíz, batatas dulces y colas de lagarto. (1)

Uno de mis compañeros de viaje se ha marchado también, diciéndome que á mi regreso me acompañará al Apa con muchos de sus amigos, donde espera que le regale otro cuchillo para un hermano que tiene en su *Paát*, del cual es cacique y el cual será mi amigo.

Salimos á las tres de la tarde al trote y al galope, como lo hicimos esta mañana, sin que á pesar del paso tan acelerado y de la enorme carga, los caballos hayan dado un solo trope-

(1) Lacerta Iguana.

zón, y sin que siquiera hayan metido una mano en las madrigueras de un roedor semejante á la vizcacha, aunque más pequeño, que se cría sólo por los campos que hemos atravesado esta tarde.

El camino ha sido muy semejante al de la mañana; praderas con pastos elevados entre los que no se ve una leguminosa, y bosques cada vez más frondosos, pero que no se cruzan, sino que se ven de lejos ó se costean. Las palmas han desaparecido, y por lo tanto, el afán de los indios por sacarles su apetitoso cogollo; pero en cambio aparecen vegetales que me son desconocidos, entre los que he visto un palmito muy frondoso, pero que no crece; pues las hojas de todos, que nacen de un peciolo sin espinas, parecen radicales. Vamos á un paso que no es el más á propósito para herborizar, pero no he podido menos de detenerme admirado ante la belleza de dos plantas: un Amarillis cuyo perigonio escarlata con franjas amarillas tendría veinte centímetros de diámetro y un Cyclámen cuyo rizoma tuberoso mediría un diámetro de treinta. En cuanto á pájaros no abundan á estas horas, por más que hemos muerto un carpintero con pescuezo y cresta colorados, el que dió gritos verdaderamente escandalosos hasta que acabó de morir.

Á las cuatro leguas de camino hemos encontrado un curiche con agua muy limpia y sin plantas acuáticas, por lo que me veo tentado á honrarle con el título de arroyo por más que el agua no corre. Su anchura no pasará de diez metros ni aún en las mayores crecientes, por lo que no sería una obra de importancia la que se precisaría para pasar este arroyo, caso de que se construyese una carretera que hasta aquí no ofrece dificultad alguna.

El curiche corre de Sudoeste á Noroeste, y después de una legua se une con grandes lagunas pantanosas que corren de Oeste á Este en una extensión considerable.

Esta región debe ser muy poblada, según se hace sospechar por la multitud de sendas que cruzan en todas direcciones.

Nuestro rumbo, como siempre, ha sido Noroeste; pero al

anochecer, cuando tendríamos caminadas seis ó siete leguas, dejamos á la izquierda la senda del Noroeste, y tomamos más al Norte por la orilla occidental de un lindo bosque que á poco volvía al Oeste; entonces seguimos adelante por nuestro nuevo rumbo, cruzando al través de una faja de terreno algo pantanoso que podría tener trescientos metros de anchura, lo que exigiría un piso más firme para pasarse con carros.

Al llegar á este lugar y mientras que algunos de mis compañeros con muestras de gran alegría me señalaban al Norte gritando: *Anec-paát*, (1) siento á mis espaldas diferentes voces de tenor afinadas, y con un sentimiento propio de los que prorrumpen en gritos de regocijo cantaban: Eli, eli, eli, eli, con una muy lenta música.

Era la primera vez que llegaba á mis oídos una verdadera tonada indígena, tonada que antes de ser terminada por el primero que cantó, era empezada por un segundo y después por un tercero, volviendo de nuevo el que la concluía á dar principio á su canción antes de que los otros la terminasen, de lo que resultaba la más agradable armonía; tanto más, cuanto que por la circunstancia de llegar á su casa después de un largo viaje aquellos jóvenes que con tanta ansiedad eran esperados por sus parientes, no cabía duda de que aquel Eli ó Eloha, era el nombre semítico del Omnipotente con el cual según San Mateo (XXVII, 46) se quejaba Jesús durante su agonía, y á quien estos jóvenes rendían homenaje agradecidos de su feliz regreso.

Apenas cruzamos el terreno pantanoso hicimos algunos disparos con las tres carabinas que nos quedaban, los que fueron contestados desde dentro de un bosque que corría de Oriente á Occidente, cerrándonos el paso, por un griterío inmenso que cada vez se fué haciendo más perceptible, hasta que al llegar al lindero, con los últimos rayos del crepúsculo, vimos la muchedumbre que hácia nosotros se dirigía en medio de la más grande algazara.

(1) Hay pueblo.

Echamos pie á tierra, y las gentes que nos rodeaban y cumplimentaban á cada uno de nosotros, cargaron con todos nuestros equipajes, y dejando los caballos en libertad nos dirigimos por una senda del bosque, y como á la distancia de trescientos pasos, nos encontramos con un paát muy limpio y bien construído, aunque no tan grande como el del cacique Pucú, frente al cual ardían infinitas hogueras en torno de cueros y esterillas tendidas de antemano para pasar la velada. Aquí, como en todas partes, varias mujeres ancianas nos recibieron con esos saltos y esos gritos y esos golpeteos de boca con que se suele dar la bienvenida.

Apenas el cacique Queirá y yo nos hemos sentado, se han agolpado en torno nuestro más de cien personas todas en el mayor silencio sin que éste fuese interrumpido por el Queirá ni por mí; hemos permanecido como unos cinco minutos que me parecieron una hora, hasta que por fin lo rompió el cacique diciendo: *Yanguiés*.

No hay duda, de que todos, menos yo, sabían qué significaba aquella tregua, pues que á la palabra del Queirá, acudió una india como de veinte años, gruesa, arrogante y ricamente ataviada, pues traía un cintillo en forma de corona, con el que contenía su larga cabellera sobre sus espaldas de bronce; grandes anillos de finísima pluma en los agujeros de las orejas, que eran de un diámetro por el que cabía mi dedo índice; collares de semillas, picos de pájaros, dientes de animales y abalorios; natjabás no de trama de caraguatá, sino de tejido de algodón con franjas coloradas; pulseras y gargantillas en las muñecas y en los tobillos, y un *enquilsique* sujeto con un *alsataóc* (1). Si á su belleza física, á su traje, á la animación de su semblante, y á su majestuoso continente, no hubiera tenido esta muchacha el mal gusto de agregar algunos círculos, concéntricos marcados con negra tinta sobre sus mejillas, y algunas rayas verticales de las que dos le caían á manera de pati-

(1) Especie de cinta ancha y bordada.

llas desde la sien hasta la barba, y otra desde la frente bajaba por encima de la nariz dividiéndole el rostro en dos mitades, seguro es que hubiese parecido de una hermosura extraordinaria; pero desgraciadamente desfigura tanto la pintura que no es posible acostumbrarse á mirar con simpatía un rostro pintado, pues parece que con cada uno de sus gestos están haciendo escarnio de la persona á quien se dirigen.

Siempre me han repugnado las mujeres pintadas, pues me complace más que la conversación, el leer en la expresión de las facciones la mayor ó menor armonía que existe entre las palabras y los sentimientos. Es cierto que una careta negra, blanca ó colorada, no nos disgusta cuando es llevada graciosamente por una mujer de chispa y bien formada; pues como no penetramos á través de ella, esos imperceptibles movimientos del rostro que más que la palabra nos revelan el efecto que producimos, nos confiamos en el metal de voz que se disfraza con más facilidad que el rostro; pero una cara pintada no es una máscara, sino un semblante antipático donde no se descubre un sólo rasgo que no sea odioso y detestable; así la pobre *Yanguiés* se presentó al nuevo huésped, tal vez en la confianza de aparecer ante sus ojos como el tipo de la belleza circasiana, pero debió llevarse chasco, porque como á mí no me era permitido como á los soldados franceses, cuando conquistaron la Argelia, tomarla de un brazo y lavarla la cara en un arroyo, para saber con quien trataba, la debí poner una tan fea como la suya, por más que, acostumbrado á visiones, me esforcé con la acción y la palabra á manifestarla que era muy elegante, y sobre todo muy gorda, lo que agradó mucho á todos menos á ella, si es que algo se podía sacar en limpio de las emociones de aquel cuaderno de geometría.

Muy complacido el Queirá de mis manifestaciones de aprecio hácia aquella muchacha, la hizo sentar entre los dos, y tomándola una mano, me obligó á que yo la tomara la otra y se puso á conversar con los dos con más animación de la que ordinariamente acostumbraba, por lo que llegué á temer que

si, olvidado de que yo tenía mujer é hijos, querría sellar nuestras amistades, pagar mis servicios y asegurar perpétuamente nuestra alianza haciéndome delincuente de bigamia, y entregándome la amarilla mano de aquel impenetrable mascarón de proa. Por fortuna no debieron ser estos los pensamientos del cacique, quien le regaló unos lindos collares de los míos, un pañuelo, y un puñado de galletitas que había economizado por el camino. Yo le regalé un tarro de sardinas que le gustó mucho, no por el contenido, sino por la hoja-lata con que según ella podría fabricar pulseras de alto rango.

Es muy natural que yo desease saber quién era aquella princesa, tan mimada del cacique y tan respetada por todos los circunstantes: así es que le pregunté si era de su familia, á lo que me contestó mostrándome que era se hija, para cuya explicación se valió de una seña más expresiva que decente, pues colocó á su hijo junto á la muchacha haciendo como que estaban unidos por el ombligo con una misma cuerda, lo que me hizo más sinceramente redoblar mis atenciones y estrechar la mano de los tres, repitiendo á cada uno la palabra *lektesmá*.

No habría pasado media hora, cuando me trajeron el acordeón para que empezara el concierto, por lo que, escarmentado de lo que es estar cuatro horas sentado en el suelo y tira que tira de los fuelles, me levanté para buscar un leño donde sentarme más cómodamente; pero grande fué mi asombro al ver que, durante el corto rato trascurrido desde nuestra llegada, había triplicado la concurrencia, sin duda con gente de otros Paáts inmediatos, la que se empinaba como podía para presenciar el espectáculo. Por fin, con mis cobertores y con la tienda de campaña, improvisé un regular asiento, donde me acomodé para dar principio á la serenata con el himno de ordenanza que ya sabían de memoria todos mis acompañantes; mas como ya voy pronunciando algunas palabras Guanás, á los gestos con que ordinariamente les hago comprender que aquél es el canto de Dios, he añadido esta noche algunas frases en su len-

gua, que han servido para convencerme de que soy perfectamente comprendido por todos ellos.

La música conmueve á los indios de tal manera, que no dudo que si se tratase de reducirlos, haría menos Moltke con toda su táctica y con todos sus ejércitos, que cualquier napolitano sólo con su organillo. Así me lo esperaba, pues sabiendo que las armonías penetran en los corazones endurecidos y despiertan dulces emociones hasta en las almas más corrompidas de los que viven entre los vicios y en las necesidades de la sociedad, no podía dudar del mágico efecto que produciría entre los inocentes hijos del desierto, cuya alma virgen puede recibir las impresiones en toda su plenitud, porque no está agitada por el huracán de las pasiones; pero lo que yo nunca pude imaginar era que á estos acordes que halagaban los oidos, el corazón y la mente de aquellos indios, se juntase un sentimiento místico que produjese aquella abstracción de todo lo humano, aquel arrobamiento del espíritu, con que la música, el canto y la idea de la divinidad, sublimaban á los espacios imaginarios, seres tan rudos, á juzgar por sus apariencias exteriores.

Si alguna vez me detenía para respirar, los indios que no querían despertarse de su arrobamiento, porque sin duda les repugnaba descender hasta el abismo de su miseria después de haberse remontado hasta la cumbre de suprema felicidad, me pedían, ó más bien dicho, me ordenaban imperiosamente que no les sacase ni por un instante de aquel paraíso, donde volaban en alas de su fantasía y donde acaso habían vislumbrado por vez primera un rayo de las luces celestiales.

Aquellos hombres me hubieran entregado todos sus bienes porque prolongara su dicha algunos instantes. Aquellos indios me habrían asesinado si no les hubiese complacido.

Ya estaban conquistados. Eran los nuevos Aquiles cuyo talón vulnerable se descubría á los ojos de un Páris que les apuntaba con la flecha de la civilización!!

Como el cacique Queirá tenía grandes deseos de hacer á sus parientes el relato de nuestras aventuras, cesó el concierto por

orden suya á las diez de la noche, hora en que pensé que podía retirarme á descansar de las fatigas y calores de aquel día; pero es el caso que mi amigo no quiso consentirlo, sin duda para que tuviera la satisfacción de asistir á una conferencia donde tanto se elogiaba mis aptitudes como jinete, como peón, como mayordomo, como militar, como prestidigitador, como médico y como músico. En esta sesión, que duró hasta las altas horas de la noche, se habló de todo, según pude inferir por sus ademanes, por sus gritos, por sus aplausos y por muchas palabras que me son familiares; pero aunque quisiera engañarme, creo que los ancianos de esta toldería no están muy conformes en que el cacique Queirá cumpla la palabra que me tiene dada de llevarme al Paát del Príncipe del Desierto para quien llevo el uniforme y la espada, y esto lo sospecho porque discuten con mucho calor, señalando la espada y un rumbo hacia el Oeste. Sin embargo, no sospecho nada malo de estas gentes que tantas atenciones me dispensan.

Á la media noche empezaron á retirarse las visitas y á recojerse los del Paát. Casi todos mis compañeros de viaje dormían al exterior sobre cueros ó esterillas, y allí también el cacique Queirá dispuso que sobre una de ellas hiciera yo nuestra cama en la que nos acostamos, él envanecido de las felicitaciones que de todos recibía por haber traido hasta los toldos del desierto á un pariente de las divinidades, y yo más que él de ver cuán fácilmente alcanza el hombre sus aspiraciones, cuando Dios le ayuda.

Día 14 de Octubre.

La noche ha sido suficientemente fría, para pasarla tiritando, á pesar del buen cobertor, de la compañía del cacique y de la multitud de hogueras que arden en torno nuestro.

No hay duda de que estas gentes deben vivir muy en paz con sus vecinos, pues duermen á pierna suelta y lejos de sus

armas, como quien vive exento de temores, lo que no deja de serme satisfactorio, no sólo por mi seguridad personal sino también porque preveo que serán muy útiles á la Empresa las buenas relaciones que existen entre nuestros amigos los Guanás y todas las tribus del Chaco Boreal.

Desde que salí del Apa he procurado aparecer indiferente á todo lo que no sea el estudio de la naturaleza y de la lengua y costumbres de los indios. Firme en mi propósito mientras vea que conviene á mis planes, como hasta hoy ha sucedido, no pregunto jamás adonde vamos, qué haremos luégo, cuándo salimos, á qué hora se come, ni nada de lo que pueda hacerlos dudar de que estoy enteramente confiado de que las disposiciones del cacique han de ser siempre las más acertadas, por no decir infalibles; así es, que soy el primero en agasajarle y en obedecerle, y á la verdad que estas demostraciones de respeto le son muy agradables, porque realzan su prestigio ante los ojos de los demás caciques. Por lo demás, el hacerle la cama, el calentar el agua para las sopas de fariña y raspadura, el acercarle el morral, el peinarle ó cualquier otro de estos pequeños servicios que le dispenso, no rebajan mi dignidad ante sus colegas ó vasallos, sino que por el contrario me hace aparecer como un ser extraordinario que reune los méritos que en mí supone á una humildad y una ternura nunca imaginadas.

Al levantarme ignoraba si en este día seguiríamos camino y en qué rumbo, ó si quedaríamos algunos días en este Paát que me pareció la casa del cacique. Éste se hallaba ya acurrucado con otros muchos junto á una hoguera, donde me hicieron plaza como á uno de tantos, alargándome en seguida la pipa á la que dí como es costumbre un par de chupadas para aspirar aquel humo capaz de emborrachar á cualquiera en circunstancias normales, y mucho más cuando ese cualquiera esté en ayunas y no haya cenado la noche anterior.

No quise recurrir á mis provisiones para tomar algo por más que lo necesitaba, porque, ya que hasta hoy nunca he comido sino con todos, como todos, y cuando todos, me parecía que

tal vez podía comprometer mi prestigio comiendo solo, y porque si á todos hubiese invitado, allí darían fin á mis provisiones. Así pues, seducido por los gritos de algunas parejas de pavos de monte que, desde la senda inmediata, saludaban la llegada del astro del día, tomé el revólver y salí hacia la selva haciendo señas á todos de que iba de caza como para disculparme de mi ausencia; pero los indios, que no deseaban otra cosa que presenciar los milagros de aquel arma inagotable, se vinieron en montón tras de mí, lo que fué motivo para que la caza se espantase. Por lo demás no me arrepentí del paseo por el bosque, pues éste me proporcionó el conocimiento de un sinnúmero de plantas útiles, cuyas propiedades los indios tenían la complacencia de manifestarme, entre las cuales estaba el árbol que más aprecian, al que llaman Pitaguá, con el que hacen sus arcos y saetas y el cual es una especie de bignonia.

Como los indios no se apartan diez pasos del paát sin llevar consigo sus armas y una herramienta semejante á un hacha muy pequeña que se llama *canchero*, los que me acompañaban, después de haberme mostrado la bignonia en toda la plenitud de la vegetación, me llevaron á otro lugar, donde mostrándome un tronco seco muy despedazado y repitiéndome la palabra *pitaguá yaángué* (1) me hicieron comprender que aquella madera era igual á la del árbol verde que acababan de enseñarme, y no contentos con esto comenzaron á sacar astillas de seis pies de largo y á rajarlas con los *cancheros*, según las direcciones de sus fibras, hasta dejar cada trozo con un diámetro de cuatro ó cinco centímetros. Cuando regresamos al paát, después de la excursión, la mayor parte de los indios, incluso el cacique Queirá, se habían acostado de nuevo y las mujeres se ocupaban en diferentes faenas, no todas propias de su sexo, pues algunas arrastraban enormes ramas que dividían con aquellos *cancheros* que en vano trataban de afilar

(1) Flecha.

en un pedazo de basalto. Mis compañeros, entre los que había algunos niños de ocho á 10 años, se pusieron á construir arcos y saetas con las astillas de *pitaguá* que trajeron del bosque, operación sencilla para ellos á pesar de la dureza de este vegetal y de sus malas herramientas, la que consiste en desbastar la astilla dejando en el centro un grueso de cuatro ó cinco centímetros, el que va disminuyendo insensiblemente hacia las extremidades que termina en uno. Para esta operación emplean el canchero, y para suavizar el palo se valen, bien sea de una laja de basalto, bien de un pedazo de caña, ó bien de un cuchillo que emplean como raspador, y por último el pulimento se lo dan con un puñado de hojas de caña.

La práctica de muchos siglos ha hecho comprender á estos indígenas la facilidad con que se rompen los arcos cuya resistencia *y flexibilidad* es homogénea, cuando se ejerce la tensión para disparar la flecha; así que para evitar este inconveniente procuran que las rejas de madera que emplean en su construcción, lleven siempre una mitad ó por lo menos una tercera parte de albura ó sea de las capas más exteriores de la madera.

El arco de cuatro á seis pies de largo no forma un semicírculo ni mucho menos, pues en su estado normal, apenas su flecha ó sagita medirá dos centímetros, la que nunca pasa de treinta ni aún en su mayor tensión.

La cuerda es un cordón de *caraguatá* de cinco milímetros de diámetro, cuyas fibras han sido preparadas de antemano con una resina que las oscurece, las da mayor resistencia y las hace incorruptibles. Aunque esta cuerda está siempre sujeta á las extremidades del arco con una tensión regular, cuando quieren disparar sus flechas aumentan esta tensión, para lo cual fijan en tierra una de las extremidades del arco, ponen su mano izquierda sobre la extremidad superior procurando doblarla auxiliados por la rodilla, que introducen entre el arco y la cuerda, y con la mano derecha forman un lazo con la extremidad de la cuerda que introducen en el extremo superior del arco, con lo que aumenta la sagita uno ó dos centímetros, ope-

ración que aunque requiere fuerza y destreza ejecutan en dos ó tres segundos, de manera que no es más rápido preparar y disparar un rémington que preparar y despedir una flecha.

Con un arco de seis pies de longitud y un brazo robusto se puede, si el viento ayuda, arrojar una flecha por elevacion á 350 metros; pero tiro seguro y eficaz no se hace sino muy rara vez á los 60, aunque á los 30 ó 40 cualquier indio pega á un hombre y le introduce seis á ocho centímetros la saeta, que sale con una fuerza tal que á 20 metros penetra 3 centímetros en un quebracho.

Una de las habilidades de los indios es saber graduar la trayectoria para que por elevación caiga sobre un punto cuya distancia conozcan aunque no le vean, por lo cual para batirse con ellos hay que parapetarse con más precauciones que para hacerlo con enemigos que estén provistos de fusiles.

Las saetas se forman con una astilla de quince ó veinte centímetros de largo, cuya mitad posterior se va adelgazando desde el centro hasta terminar en punta y cuya mitad anterior se aplana, se aguza, y sólo por un lado se hacen dos ó tres dentelladuras, para que no puedan desprenderse cuando penetra en el cuerpo del animal. Es excusado decir que estos indios no envenenan sus dardos.

La extremidad inferior de la flecha es una caña de un centímetro de diámetro cuya parte anterior se fortifica con un junco delgadito bañado en cera, para que al introducir en ella la parte posterior de la saeta no pueda romperse, y al extremo opuesto, en el lugar donde adaptan con junco igualmente preparado las barbas de plumas que impiden los movimientos de rotación durante el trayecto, practican dos muesquecitas en el mismo plano de la saeta, las que sirven para que la flecha no resbale cuando se apoya sobre la cuerda, en el momento de lanzarla.

Como el cacique Queirá acaba de participarme que no salimos del Paát, he tratado de aprovechar el día adquiriendo datos, para lo cual me he colgado el morral que guarda mi libro

donde apunto todo, aquello que no es posible confiar á la memoria.

Yanguiés no es soltera como yo me había figurado, sino casada con un mozo de 17 años, poco más ó menos, llamado Maigá, el cual es hijo del cacique de la toldería donde nos encontramos; mozo muy mimado y muy consentido por sus padres y por sus vasallos, el que bien vestido y mal pintado, se ocupa en no hacer nada, mientras que su mujer teje un *natjdbat* ordinario con hilo de caraguatá de un milímetro de diámetro. Esta muchacha es la hija más querida y creo que la única del cacique Queirá.

Á ruego de los indios he disparado mi rémington sólo dos veces, pues trato de economizar las cápsulas, y es maravilloso el efecto que les produce al verme derribar un pedazo de madera colocado á doscientos pasos, y mucho más al ver hasta dónde se introduce el proyectil y cómo se aplasta contra la madera, siendo el más admirado el yerno de Queirá, quien me propone con la mayor candidez cambiar el arma, primero por un cuero de mono, después por un manojo de plumas de avestruz, y luego multitud de otros objetos cada vez más insignificantes; lo que prueba que desconocen completamente el valor relativo de los objetos, pues que estoy seguro que si entre las manos hubiese tenido una libra de polvo de oro me la habría ofrecido con la misma naturalidad. Yo le he dicho que no tengo más armas que aquella, pero que cuando yo venga otra vez al Chaco, acompañado con el gran cacique Brabo, le traeré un fusil para él y otro para cada uno de los que sean fieles amigos míos, con lo que se ha quedado satisfecho. Sin embargo, su mujer que ha estado presente durante estas proposiciones, me ha ofrecido la bolsa que ha concluido, por el pañuelo colorado que llevo al cuello, y yo la he dicho que sí, pero le he dado bolsa y pañuelo, lo que le ha producido una emoción tan grande que ha terminado por una descarga de carcajadas; pues no comprende mi conducta.

Tres de mis compañeros de viaje pertenecen á esta tribu,

donde tienen sus mujeres que, según ellos, no han cesado de llorar durante su ausencia, lo que yo creo sin duda, no sólo por lo *amarteladas* que veo á estas parejitas desde anoche, sino porque mucho deben quererse aquí los matrimonios, según ayer derramaban lágrimas de gozo al verse de nuevo después de un viaje de veinte días. Precisamente los que ayer cantaron aquella triste tonada son los que en este paát tenían sus mujeres; lo que me confirma en que aquel cántico era arrancado al grato recuerdo de que llegaban al lugar donde han nacido, donde doscientas personas de su familia, que viven en comunidad bajo el mismo techo, los esperan con los brazos abiertos, y donde hay una tierna y única compañera que desde el día de su partida cuenta los instantes de su regreso como si fuesen siglos, tiende sus ojos humedecidos por el llanto hacia el *ampirabié camai* (1) por donde marchó su amado, y duerme sola en su lecho, arrullada por los gritos del *caburei* (2) que es el espíritu que vela por la felicidad de los ausentes.

Ha ocurrido una escena que ha producido grandes carcajadas.

El hijo del cacique Queirá, á quien había mordido el perro, se me acercó muy atento y obsequioso como si nunca me hubiera visto, ofreciéndome un arco completamente nuevo que le acepté; pero como observase que no tenía la herida fajada, le reconvine dulcemente y le tomé el brazo para reconocer su estado, más cuál no sería mi asombro al observar que en 24 horas habían desaparecido hasta las cicatrices. Esto era imposible, y me confundía en conjeturas, cuando observé que todos se reían y que algunos que habían entrado en el paát, volvían trayéndome al verdadero herido, pues el que yo tenía delante no era sino su hermano mayor, cacique de otra tribu vecina; pero tan semejantes que aún juntos no los hubiera distinguido sino por la señal del brazo.

(1) Recto camino; ó sea camino recto.
(2) Ave nocturna.

Algo parecido me ha pasado con los tres compañeros de la tribu de *Maigá*, quienes habiendo sido pintados de nuevo por sus mujeres, están tan raros y tan desfigurados que no los reconoceré hasta que los vea con los mismos dibujos del día primero en que los conocí. Esto les divierte mucho, y no cesan de embromarme, pues parece que el principal objeto que se proponen al pintarse siempre de una manera variada es producir el efecto que tan plenamente han obtenido con respecto á mí; esto es, el de estrenar una cara cada ocho días, para no cansar á la tribu presentándose siempre con la misma.

Como son tan firmes en sus afecciones, les perdono esta inocente costumbre con la que no dañan á nadie y contribuyen á romper la triste monotonía de su existencia y tanto más, cuanto que, en la edad donde yo he nacido, si los hombres no cambian de cara cada ocho días, como los indios, cambian de amistades y de ideas políticas: amistades é ideas tan poco arraigadas que hacen sospechar que nunca fueron sino el resultado de un cálculo egoista.

Para pintarse emplean un fruto verde, semejante á una nuez con su cubierta exterior, el que humedecido con saliva, deja un leve trazo que va oscureciéndose sucesivamente hasta un negro muy oscuro. Este fruto, que tiñe lo mismo el cutis que la madera y el papel, deja un color muy persistente, por cuanto que mis compañeros de viaje que no se habían pintado desde su salida del paát, aún conservaban manchas en su rostro, apesar de sus baños cuotidianos. Yo mismo, por complacer á la mujer de un compañero que llevó su distinción hasta ofrecerse á pintarme, me he dejado hacer unas rayas extravagantes en un brazo.

Con la alegría de nuestra llegada, ninguno ha salido hoy de caza ó pesca, y es el caso que nadie come, y los niños lloran, y es sin duda de hambre. Muy pobres han de estar estas gentes para no haberme dado ni una batata siquiera desde mi llegada. Yo no lloro, pero siento demasiado apetito, y como no tengo escopeta para salir al pantano último que ayer cruza-

mos á matar cualquier cigüeña ó teru-teru, me veo en el caso de robarme á mí mismo una lata de sardinas que me meto en el bolsillo, con el propósito de irme al bosque y engullirla sin que nadie lo vea; pero tomaré mis precauciones, porque no quisiera ser sorprendido en una debilidad que me avergüenza, como si realmente fuese un robo. Mas la lata de sardinas quedó en el bolsillo, porque como estas gentes, acostumbradas á la vida común, no conciben que puede una persona desear quedarse sola, creyendo que me agasajan me acompañan á todas partes, sin apartarse de mí ni aún en circunstancias que por su conveniencia debieran hacerlo. Voy viendo que la vida común tiene muchos inconvenientes para los misántropos, para los ladrones y para los adúlteros.

Ya serían las doce cuando empezaron á llover visitas, pero de tal modo que aquello parecía una romería. Cada una de estas visitas que llegaba marchando en hilera sobre los distintos caminos que afluían al paát, no penetraba en él directamente sino que, á unos quince ó veinte pasos de distancia, se detenía respetuosamente aguardando sin decir una palabra á que el cacique Maigá ó cualquiera de los ancianos respetables de la tribu, se dignasen por medio de un gesto ó de una palabra, consentirlos aproximarse hasta nosotros, y sólo entonces empezaban á distribuirse, saludando cada cual á sus amigos más íntimos con quienes conversaban sobre el motivo de la visita, que no era otro sino el de ver y tocar al ser extraordinario introducido hasta ellos por el influjo poderoso del cacique Queira.

Por el pronto, ninguno se me arrimaba, y aunque su curiosidad era mucha, tenían que ser persuadidos por los de la casa de que yo era manso, lo que no creían al ver el brillo siniestro de mis anteojos y mis largas barbas.

Los niños desde luégo me volvían la espalda, y abrazados al cuello ó á las rodillas de sus madres, gritaban como energúmenos, sin que en ellos renaciera la confianza ni aún después de haberles metido por mi mano en la boca una galletita inglesa que comían aterrorizados. El más natural y el más in-

significante de mis movimientos, producía nuevos gritos en los muchachos, y algunas veces grandes espantadas en toda la familia, hasta que al fin persuadidos ó más bien remolcados por los que mejor me conocían, se acercaban y su familiaridad iba creciendo por grados, hasta el punto de hacerse inaguantable. Entonces me tentaban las gafas, me quitaban el sombrero que corría por todas las cabezas, me tiraban de las barbas, me desabrochaban la blusa y la camisa, para reconocer la blancura de mi pecho, comunicándose admirados sus observaciones, y concluían en fin por desocupar mi mochila y formar grandes corros donde examinaban detalladamente cada uno de los objetos que constituían mi equipaje.

Una de las cosas que más llamaron la atención, fueron las cajas de fósforos, y mucho más, cuando supieron por experiencia, que allí dentro se conservaba el fuego, así es que, habiendo encendido una pipa con uno de mis fósforos, todos me presentaron las suyas con el deseo de que repitiese tan admirable fenómeno, que cada vez que se reproducía, arrancaba la exclamación *¡tatá!* (1).

Con el fin de no gastar todos mis fósforos, encendí con el lente una de sus pipas, y entonces la admiración llegó á su colmo, y yo conseguí que nunca más tocasen aquel objeto con el que pensaban abrasarse.

Mucho gocé en este día con los obsequios y manifestaciones de cariño que me tributaban aquellas gentes, y mayor hubiese sido mi satisfacción si mi salud, muy quebrantada á causa de las fatigas, disgustos, temores y desarreglos de tres meses, no me hubiese tenido sin gusto para nada. Sin embargo, haciendo de tripas corazón ó más bien dicho, haciendo del corazón tripas, porque sentía ante todas las cosas una extrema debilidad, no quise desperdiciar la buena ocasión que se me presentaba para estudiar en lo posible el carácter y las costumbres de

(1) Fuego.

aquellos indígenas y adquirir un sinnúmero de datos preciosos que consolaron mis penas, porque llegué á convencerme de que no habían sido estériles los sacrificios hechos por la Empresa hasta entonces, supuesto que en adelante no serían precisos ejércitos para reducir á la civilización las hordas del desierto, sinó la palabra del Comandante Tudyá (1) Quidquiad-Ygnen (2) con cuyo nombre me reconocen todas las tribus del Chaco del Norte.

Uno de los caciques recién llegados, me ofreció su *natjabat* lleno de maiz tostado, del que tomé un poco que por lo duro no podía moler entre mis dientes, lo que visto por una mujer de la casa, dió por resultado que se acercase á mí con un mortero cilíndrico de palo santo, que por sus pequeñas dimensiones más bien parecía un vaso de á cuartillo, en el que machacó los granos que, cernidos á través de las mallas del *natjabat* y sazonados con una sal desconocida que parecía barro negro, y que probablemente será lo que dió motivo para que Azara se engañase creyendo que los Guanás comían barro salado, me proporcionaron un alimento agradable y nutritivo, por más que no pueda comerse sin beber mucha agua, porque la hygroscopicidad de tan reseca sustancia, arrebatando la humedad de la boca, impide la deglución.

Era natural que mi amigo el Queirá deseara sorprender á los concurrentes con mis habilidades, así es que tan pronto como concluí mi modesta comida, me metieron el acordeón entre las manos, y ofreciéndome un asiento formado con una de mis mantas colocada sobre una vasija de tierra cocida, me invitaron á dar principio al concierto.

Como nunca hasta entonces me había visto en medio de un auditorio tan numeroso, quise aprovecharme de las circunstancias por medio de un discurso tan expresivo como patético, el

(1) Comandante viejo.
(2) Hijo del Sol.

que empecé de este modo: me descubrí; dirigí mis manos al Sol, diciendo *Tatá* (1) *ignen* (2) *mepiécen* (3) *emanabié* (4); después señalando con mi brazo derecho los rumbos de los lugares donde habitan cada una de las naciones que iba á nombrar les dije: *Quidquiá* (5) Chiriguanos; *Quidquiá* Matacos; *Quidquiá* Guaycuruces; *Quidquiá* Paraguayos; *Quidquiá* Angaités; *Quidquiá* Lenguas; *Quidquiá* Sanapanas; *Quidquiá* Amaigás, *Quidquiá* Mbayás; *Quidquiá* Brasileros; *Quidquiá* Chamococos; *Quidquiá* Chiquitanos; *Quidquiá* Niquiquilás; *Quidquiá* Cruceños y *Quidquiá* Guanás, y cristianos, cuyas dos últimas palabras las pronuncié estrechando contra mi pecho al cacique Queirá y repitiendo *lektesmá, lektesmá.*

Este sermón que es el primero que la civilización ha predicado en estas selvas, y en el que no se trataba de aumentar el fanatismo de aquel inocente auditorio, fué perfectamente comprendido por todos y aplaudido por la mayoría con excepción de un jigante de cerca de siete pies de altura, quien abriéndose paso á través de la multitud se acercó á mí y sacudiéndome el brazo, me dijo, en tono amenazador: Cadubeus-enemoateá (6).

Este ataque imprevisto que jamás ocurre á los predicadores, aunque algunas veces suelen merecerlo, no me desconcertó, sino que por el contrario sacando mi revólver se lo mostré diciendo: cristiano *lektesmá* Guaná *almeató* Cadubeus (7).

El Cacique Queirá con su calma imperturbable se dirigió á mi interlocutor, y con una multitud de frases y de acciones de las que comprendí la mayor parte, le puso al corriente de los servicios que les había prestado, y lo dejó tan manso que antes de que el Queirá concluyese sus explicaciones ya él me había

(1) Fuego.
(2) Sol ó Dios.
(3) Padre.
(4) Hombre.
(5) Hijo.
(6) Mbayas enemigos.
(7) El cristiano amigo de los Guanás mató Mbayás.

mirado con expresiva sonrisa y me había alargado su pipa. Este incidente me sirvió de regla de conducta; pues una vez que los Guanás no creen que los Cadubeus sean hijos de Dios preciso es no ser intransigentes y no exponerse á perderlo todo por una intransigencia extempóranea, pues no ignoraba que si en la China se perdieron las conquistas de la civilización cristiana hechas por los Jesuitas, fué por causa de que los intransigentes Franciscanos, que en Europa no se oponen á que encendamos velitas y adornemos con cintajos, flores, y medallas las tumbas de nuestros padres, no quisieron, comó lo hicieron sus sabios antecesores, transigir con la inocente práctica del culto de los antepasados, por parecerles opuesta á la seriedad de nuestra santa religión.

Poco más de una hora duraría el concierto, al cabo del cual y figurándose que eran mayores los conocimientos que yo tenía del idioma guaná, se me acercaron muchos jefes de familia á decirme que fuese á visitarlos á sus tribus, donde tenían para mí judías y batatas; á lo que el Queirá les respondió que así lo haría acompañado por él.

Uno de aquellos jóvenes vino á mí, mostrándome una flauta de caña, la que tendría como treinta centímetros de largo, por dos de diámetro, y siete agujeros, de los cuales uno servía para introducir el aire, y los otros seis restantes para variar los sonidos.

Este instrumento que producía muy débiles y monótonas melodías, estaba perfectamente pulimentado, y lleno de interesantes dibujos. Á su vista se me ocurrió la idea de fabricarles un clarinete, lo que hice en pocos minutos con una caña tacuara, del que se arrancaron notas muy agudas parecidas á las que produce la dulzaina; lo que alegró tanto á la concurrencia que hasta los viejos me metían cañas por los ojos para que les hiciese gaitas, en cuya operación me pasé el resto de la tarde y parte de la noche.

Por fin á esta hora, el cacique Queirá vino hasta mi asiento con mi plato lleno de porotos y maiz á medio cocer y con bas-

tante caldo; ó mejor dicho, con bastante agua caliente, lo que me tomé en medio de aquella concurrencia que se admiraba hasta de verme comer.

Después de una nueva sesión de música y canto, y de curar algunos pinchazos y cortaduras, se retiraron las visitas á sus toldos, y yo á la cama, junto con mi compañero.

Mucho me hubiera felicitado en estos dias de haber tenido un amigo con quien comunicar mis agradables impresiones, pero me consolaba de mi soledad al recordar que si este amigo no estaba dotado de las condiciones que se requieren para conseguir las simpatías de los indios, la más pequeña de las imprudencias que en nuestra sociedad suelen pasar desapercibidas, ó cuando más consideradas como una gracia de buen tono, hubiera podido costarme la existencia.

No: no entraré nunca en el desierto sino bajo las órdenes de jefes muy severos, muy morales, y muy circunspectos, ó al frente de gentes que tenga muy probadas y que se hallen muy resueltas á someterse á mis duras imposiciones. Nunca mejor que para entrar en el desierto se debe aplicar aquel adagio de que más vale solo que mal acompañado.

Día 15 de Octubre.

Durante la noche, han traído mi caballo y mi montura, así es que al amanecer y sin comer nada, nos hemos preparado nueve personas, que son: el Queirá, su hijo, su hermano, el brujo, su yerno, el hijo mayor que también es cacique, un valiente mozo que se llama Inmepén, que desde los últimos dias me repite sin cesar que es mi amigo, otro joven de mirada muy dulce, y á quien le faltan algunos dientes de un porrazo, que es el que más ha contribuido con su paciencia á enriquecer mi vocabulario, y á quien llamaré el Mellado, hasta que sepa preguntarle cómo se llama, y un indio de poco menos edad que el

cacique, pero que era tan afectuoso conmigo como los otros. Esta gente contaba con tres caballos, ó lo que es lo mismo, había asiento para todos y sobraba una luneta.

Yo contaba con el mío *para mí solo*, lo cual me parecía una ganga; pero me llevé chasco, porque aunque no tuve ningún socio, cargaron sobre las ancas de mi pobre animal una multitud de bolsas y azadones que pesarían tanto como cualquier jinete.

Después de una despedida que debió ser muy afectuosa á juzgar por el guirigay que armaron, tomamos rumbo Norte 10° al Este, y ya por entre unas fajitas muy estrechas de pradera, ya entre montes de los más frondosos que he visto en el Chaco, caminamos cuatro leguas sin encontrar más aguas que las del caraguatá, y teniendo que apearnos en casi todas las travesías del monte.

Este monte no necesito describirle, pues en él, aunque con mayor desarrollo, existen casi todos los vegetales que crecen en el Monte Grande que describí durante la primera expedición.

Hay en él, sin embargo, gran cantidad de cáctus péndulus, cuyos tallos que nacen sobre las copas de los árboles más altos, entre otras parásitas como el arura latillandia, y el caladium, llegan hasta el suelo ó cuelgan enredados entre los sipós, las vainillas y las pasifloras, como las más caprichosas bambolinas. La bugainvilia brasiliensis, la pitanga ó eugenia pedunculosa, la heliconia de color de fuego, y el palo borracho de diferentes variedades, con especialidad el bombix ventricosus, sunchal de los tucumanos y quesero de los brasileros, son los vegetales que más han llamado mi atención en este trayecto.

En cuanto á pájaros, aunque en el interior de los bosques hay siempre menos que en la proximidad de las lagunas y de las habitaciones, además de los pavos de monte, he visto el milano blanco de dos colas, falco furcatus, el carpintero amarillo, picus favescens, y el guacamayo arará, psittacus macáo. No deben ser muy abundantes los tigres por estas alturas, por

cuanto que hay pocos cueros de ellos en las tolderías, y sobre todo porque una huella que hoy hemos descubierto ha llamado mucho la atención de mis acompañantes, que se apearon con el objeto de olerla como sabuesos. También hemos visto las madrigueras de una liebre que según los indios es muy apetitosa, aun cuando esto no debe servirme de regla, porque esta gente come cuanto pertenece al reino animal, incluso las mariposas, y lo que es peor sus larvas, que sacan cuidadosamente con la punta de la flecha de entre la corteza de los árboles.

No ha sido nuestro camino tan recto como de ordinario y creo que hubiésemos economizado una, en las cuatro leguas primeras que hemos caminado, si no lo hubiesen impedido las contínuas revueltas á que nos obligaban las fajas de monte que se interponían á nuestra marcha.

Por fin salimos á un descampado inmenso, lo que es muy consolador después de haber pasado algunas horas en la oscuridad del bosque. Sin embargo, esta llanura tan dilatada que al menos por el Norte no tenía límites, aunque los tuviese muy lejanos por Oriente y Occidente, no ofrecía atractivo alguno, sino que por el contrario, entristecía el alma como el aspecto de una ciudad donde todos sus habitantes hubiesen perecido de una epidemia, por cuanto que en ella se conservaban en pie, desafiando los siglos, muchos miles de troncos de palo santo con sus ramas principales que revelaban que aquello había sido en otro tiempo un bosque frondoso y poblado de otras familias vegetales, que por menos resistentes á las fuerzas destructoras de la naturaleza, habían desaparecido sin dejar rastro alguno, sino un recuerdo denunciado por aquellos gigantes invulnerables, contra cuya textura resinosa no pueden nada los agentes químicos y mecánicos que atacan, descomponen, pulverizan y anonadan hasta las rocas cristalinas.

¿Cuál habrá sido la causa de este cataclismo? Un incendio? No puede ser, porque precisamente el resinoso palo santo arde hasta consumirse aun cuando no produzca llama.—¿Una inun-

dación? Tampoco es posible, porque si el terreno hubiese sido profundo no hubieran en él crecido tales plantas, y á ser elevado no hubiesen quedado subsistentes los bosques de los contornos. Los indígenas no recuerdan ni por tradición las causas de aquella hecatombe de vegetales, pero al hacerse cargo el observador de la multitud de lagos que allí se presentan y de la profundidad actual de aquella superficie, concluye con que el fenómeno extraño que se ofrece á su discurso ha debido tener por causa un hundimiento del terreno.

Al salir del bosque, seguimos por tres leguas su lindero en rumbo Este, el que formando un arco inmenso vuelve de nuevo al Norte, pero que no puede cortarse por la cuerda á causa de que apenas el viajero se aparta de la orilla del bosque, penetra en una especie de cenicero tan blando y pantanoso que se introducían en él los arcos de los indios por medio de un leve esfuerzo. Á pesar de esto, la pradera, aunque no por toda su extensión, está cubierta de plantas semi-acuáticas sobre las que un hombre á pie puede caminar sin el peligro de hundirse. Hacia el interior de la llanura donde existen los *curiches* se oye cantar multitud de aves acuáticas y desde las ramas secas de aquellas mómias del reino vegetal, espían su presa las cigüeñas y los chimangos.

El bosque que llevamos á la derecha ó sea al Oriente, se parece tanto al Monte Grande, que visité durante mi primera expedición, que estoy por creer que sea el mismo, y me afirmo en esta idea al ver una salicaria ó salsola, llamada jume por los tucumanos y santiagueños, la que sólo he visto aquí y en aquel monte, para mí de tan amargos recuerdos.

Eran las doce del día cuando el cacique nos mandó hacer alto y penetrar á pie hasta una lagunilla, donde entre culebras, tortugas y grandes ranas, nos dimos un baño en medio de un sol que en pocos minutos destruyó el cutis de mis espaldas, hasta el punto de quedar como ordinariamente se dice, en carne viva, lo que excitó la compasión de todos. Volvimos á la sombra y como yo tratase de aflojar la cincha de mi caballo, para que

comiese un poco como los otros, el cacique me lo impidió haciéndome señas de que el Paát á donde nos dirigíamos estaba inmediato. Sin embargo, esa afirmación no estaba muy de acuerdo con la orden que recibí de racionar á todos de fariña y rapadura, alimento que bien necesitaban aquellos infelices.

Concluido el almuerzo y no bien habíamos montado para continuar la marcha, empezó el mismo cántico con que dos días antes saludaban mis compañeros la proximidad de su morada, lo que unido á las indicaciones del cacique, me aseguró de que no estaríamos lejos de alguna casa. Efectivamente, apenas habríamos caminado un cuarto de legua, cuando apoyado sobre el bosque de Occidente y dando frente al gran terreno bañado, descubrí, no un paát como el de Pucú, ni aún como el de Maigá, sino unos seis ú ocho tolditos de la altura de un hombre, casi tan pobres y tan miserables como los de los Angaités, de dónde salieron algunos ancianos, niños y mujeres, y sobre todo algunas viejas brincando y cantando en torno nuestro, con los gestos de costumbre. En este Paát, de donde era jefe, se quedó el hermano del Queirá, haciéndome una seña que parecía decir: véte sin dolor, que pronto nos veremos. Y á la verdad que el pobre epiléptico debería comprender mi pesadumbre, pues que, apesar de que sus instigaciones estuvieron á punto de hacerme perder la vida, como sus muchas atenciones durante nuestro viaje me dieron á conocer su arrepentimiento, no sólo le había perdonado, sino que le había cobrado tal cariño que no sin pena me hubiese separado de él, á no llevar conmigo la esperanza de que muy pronto nos veríamos de nuevo.

Las gentes de su Paát eran muy limpias, y puede decirse muy hermosas, sobre todo una hija que estaba criando el único niño que he visto bastante valiente para venir á mis brazos, niño á quien regalé un collar, un salvavida vacío, y una lata de conserva que su madre y su abuelo me agradecieron en el alma. Esta tribu no tiene más que unos 60 individuos, los que

en la actualidad están bastante pobres, con motivo de la seca que les aflige.

No dejó de admirarme que la casa de un hermano del grande, del poderoso, del respetado Queirá, fuese la más raquítica de cuantas había visitado desde que salí de la costa; pero esto lo atribuí á un misterio que pronto despejaría si continuaba con los indios el tiempo necesario para ponerme al corriente de su lengua.

Media legua más al norte del Paát del Hechicero, y siempre caminando por la orilla del bosque, cuyo fin no he visto, se presentó á mis ojos una nueva toldería, compuesta de tres cuerpos de edificio, los que no muy notables por su construcción, aunque mejores que los del brujo, estaban dispuestos sobre la misma línea á muy poca distancia unos de otros, y medirían entre los tres, cien metros escasos de longitud. El canto de los compañeros y las señas que el cacique me hacía muy agitado y conmovido para hacerme saber que allí tenía un niño de un metro de altura, me trajeron el doloroso convencimiento de que aquella era la morada de mi protector, cuando yo esperaba encontrarme con un Paát que estuviese en armonía con el poderío de su dueño.

Cuando llegábamos á cien pasos de la casa ví tres mujeres ancianas que con sus acostumbradas ceremonias se acercaban hacia nosotros, dejando oir aquella tonada que nunca me pareció más conmovedora, las que sin suspender su bailoteo y sus golpes dados en los labios con la palma de la mano izquierda mientras rezaban cantando y derramando lágrimas, dieron vueltas en torno nuestro, nos tomaron las armas y alguno de nuestros equipajes, y penetraron con ellos al Paát del centro, de donde salieron de nuevo en busca de lo poco que aun quedaba sobre nuestros caballos.

Entretenido con el espectáculo que se ofrecía á mi vista, y preocupado en descolgar de las ancas del caballo los objetos que iba entregando á los ancianos que no dejaban aquel cántico tan parecido á un lamento, pasé algunos instantes sin repa-

rar en mis compañeros; pero cuando después de desensillar me reuní con ellos ¡cuál no sería mi asombro al encontrarme con que aquellos seres tan calumniados de salvajes feroces y antropófagos por esa sociedad donde se roban ideas, dinero, vida y honra, estaban derramando torrentes de lágrimas, hijas del íntimo placer que sentían al encontrarse entre los seres queridos que constituyen el encanto de su mísera existencia!!!

Tal mozo oprimía contra su corazón la arrugada frente de desgreñada vieja; cuál estampaba un beso en la mejilla de su esposa; aquél saltaba con dos ó tres niños que reían á carcajadas con inocente alegría. Cada uno de los viajeros rodeado de un corro de sus más allegados, recibía la bienvenida que le daban, con los ojos humedecidos por el llanto; llanto enjugado por la lengua del perro que saltaba hasta su rostro para acariciar á los recién llegados, á quienes desde lejos, y apoyados en los postes del *paát*, saludaban también algunos decrépitos ancianos con una sonrisa parecida á la de los niños por lo espontánea y por salir de entre unos labios, tras los que sólo se dejaba ver el rojo carmin de las encías, en vez del brillante marfil de la dentadura.

La escena conmovedora que acaba de ofrecerse á mis ojos me ha impresionado de tal manera, que en mi vida serviré á ninguna empresa que tenga por objeto el exterminio de los indios. El espectáculo que he presenciado me da la idea del luto y la desolación que caería sobre cualquiera de estas tribus, si durante la ausencia hubiese perecido el más insignificante de sus miembros. En nuestras sociedades, la muerte de un hombre se llora por los parientes más próximos; entre los salvajes, la tribu entera toma parte en el dolor de los padres, de los hijos ó de los esposos que experimentan esta pérdida, y es porque en la vída común en que todos se prestan mutuos auxilios, no hay intereses encontrados; la pérdida de un indio despierta los recuerdos cariñosos de las mujeres que mecieron su hamaca miéntras la madre estaba enferma, ó se ocupaba de servicios domésticos; de los hombres que lo llevaron sobre

sus hombros para cruzar los lagos, ó que le fabricaron hondas, arcos y flechas para adiestrarle en el ejercicio de la caza ó de la guerra, y el de los mozos que pierden para siempre el confidente de sus travesuras. La tribu entera se resiente por la pérdida de uno de los seres que contribuía á su sustento por medio de la agricultura, de la pesca y de la caza; de uno de los guerreros que la hacían respetable ante los ojos de sus enemigos. Y sin embargo, entre los Guanás, á la palabra huérfanos no acompaña como entre nosotros la palabra desvalidos. La tribu entera cuida de los pequeñuelos hasta que llegan á la edad de poder retribuirla este servicio. Podrá ser egoísta la caridad de los indios, pero bendito sea un egoísmo que no deprime, y que estorba el que los huérfanos se mueran de hambre.

El camastro del centro del Paát central es á la vez el banco, la mesa, la cama y el trono del cacique Queirá, de su mujer, y de un hijo de seis años, que merece el nombre de infante ya que no de príncipe, según los mimos y consideraciones que todos le dispensan; y en este trono cubierto de barnizados cueros, mil veces sacudidos y refregados, he tomado asiento en compañía de las tres personas de la familia, para recibir las felicitaciones de la tribu, cuyos individuos adultos han desfilado uno por uno ante nosotros, interín el jefe y yo nos ocupábamos en engullir unas batatas. La primera persona que me ha cumplimentado, era una mujer alta, vieja y muy arrugada, aunque de cabellera negra y abundante, la cual, para darme á entender que era la madre del cacique, señalaba á éste estrujándose los pezones como si estuviese ordeñando, mientras que otras mujeres la ayudaban en sus explicaciones para que no me quedase duda con respecto á su categoría. Esta mujer era una de las que se habían anticipado á recibirnos con las ceremonias de ordenanza, y parecía muy satisfecha de su importancia.

Al acabar el besamanos, el cacique Queirá, en presencia de toda la tribu, extendió sobre el cuero de su trono, como si fuese

la tienda de un quinquillero ambulante todos los objetos que había cambalachado en la Colonia Apa, y todos los que le habían sido regalados por mí, los que eran contemplados con la mayór avidez por los circunstantes, quienes se encaramaban sobre los camastros más próximos para gozar con su vista, y después de meditar un rato sin duda sobre la elección de las personas á quien debería distribuirlos, comenzó por regalar una camisa á un hombre extraordinariamente viejo, que casi sin conciencia de cuanto le rodeaba, se la puso riyendo como los niños que estrenan un vestido nuevo. Este anciano, según el cacique, era el padre del padre de su padre *Aganátsemá* (1) *mepiecem* (2). El pelo de este anciano, que ya era mozo cuando la fundación del fuerte Olimpo y que recordaba todavía con cariño el nombre de Zabala, todavía no era completamente blanco. Siguió después repartiendo *cancheros*, cuchillos y anzuelos á los hombres; pañuelos, agujas y collares á las mujeres y para no desairar ni aún á los niños, les repartió una lata de galletitas inglesas y todas las cápsulas vacías de nuestros cartuchos rémington. Concluída la repartición, dió un suspiro como quien se descarga de un grave peso, y encogiéndose de hombros y sacudiéndose las manos como quien dice, no hay más, desfilaron la mayoría de los circunstantes, con excepción de dos mujeres, que se quedaron clavando unos grandes horcones en tierra en la parte anterior del Paát y junto al camastro del cacique, donde colgaron una magnífica hamaca de tejido de algodón con franjas coloradas, en la que á pesar de no ser más que las tres de la tarde me hicieron acostar, sin duda penetrados de que mi salud no era muy buena. Cerca de mi cabecera, y sujeto horizontalmente al camastro del Queirá y á uno de los postes de donde pendía mi hamaca, colocaron un palo sobre el que se colgaron todos los efectos que constituían mi equipaje, incluso dos salvavidas intactos, que todavía me que-

(1) Tres.
(2) Padre.

daban. Como estas disposiciones parecían tener el carácter de permanentes, comprendí que el cacique querría tenerme consigo mucho tiempo y que debería despedirme por entónces de nuevas peregrinaciones, lo que en cierto modo me afligía, pues que mi deseo era llegar hasta la toldería del jefe principal del Chaco del Norte, ó al menos hasta la falda de la cordillera; pero me consolaba al ver que aquel descanso podría servirme para recobrar una salud que iba perdiendo, á pesar de las satisfacciones que gozaba y de los esfuerzos que hacía para sobreponerme á las miserias que me rodeaban.

Por vez primera, después de tres meses, pensé en mí mismo, comprendí que aunque la voluntad puede mucho, no es omnipotente. Mi cuerpo estaba escuálido, mi barba había encanecido; el estómago no podía soportar aquellos asquerosos y detestables alimentos; mis manos y mi frente ardían en medio de una contínua calentura; las piernas no querían sostenerme, y la vista se desvanecía á cualquier movimiento brusco de mi cabeza. Así, con el cuerpo destruído por las penalidades, pero con el corazón lleno de alegría y de esperanzas, me acosté por primera vez en el Paát de mi mejor amigo del desierto con la misma tranquilidad que si estuviera en el seno de la familia.

Al anochecer, sentí que me despertaban para ofrecerme un porongo cargado de maiz cocido con agua y sal, de cuyo comistrajo tomé un poco, así como de un pedazo de anguila asada que me ofreció mi vieja protectora, la madre del cacique.

Al bajar de mi hamaca, pude observar que los contornos de la toldería estaban ocupados por innumerables grupos de indios de todos sexos y edades, los que habían acudido allí desde los toldos inmediatos, con objeto de darnos la bienvenida y por la curiosidad de conocerme, entre los cuales estaba con toda su familia el cacique brujo hermano del Queirá, vestido de nuevo, sin pintar y con un sable de infantería en la mano, arma que sin duda traía para tener la satisfacción de que yo la viese, y cuyo orígen, así como el de otras armas que tienen los indios era el siguiente, según sus explicaciones.

Cuando la guerra del Paraguay, el Brasil armó de fusiles de pistón á todas las tribus de los Mbayás, que viven al Occidente del río, entre los 12° y 22° de latitud, para que penetrasen por el Rio Apa y hostilizasen á los pueblos y á los ejércitos del dictador. Estos indios regresaron cargados con un rico botín, compuesto en su mayor parte de ropas, armas y fornituras tomadas á sus enemigos, entre las que figuraban gran cantidad de sables que en la actualidad todavía llevan constantemente colgados á la cintura, por medio de un cinturón con chapa que revela su procedencia.

Los indios Mbayás, que se vieron armados y organizados, con sus jefes indígenas á la cabeza, casi casi como las tropas regulares del Imperío, se hicieron muy arrogantes con sus antiguos amigos y parientes que vivían en la costa Occidental del río, á los que, aprovechando sus ventajas, hostilizaron con objeto de procurarse esclavos, lo que consiguieron en un principio á poca costa, pues que les eran muy fáciles las sorpresas' en razón á que Amaigás, Sanapanás, Chamacocos, Guanás y Angaités, hacían frecuentes excursiones á la costa del río para surtirse de bacalao, y sobre todo, porque no sospechando semejante peligro, había tolderías establecidas en todos los puntos inmediatos á la costa y principalmente en Bahía Negra, en Fuerte Olimpo, *Aganátsemá Mtealmó*, (1) Ita- pucú guazú (2). Sin embargo, aunque la timidez propia de su debilidad hiciera internarse á todas las tribus Occidentales que vivían sobre la margen del río, aunque acabaron para siempre las excursiones de pesca, pues no quedó una sola familia que no perdiera alguno de sus miembros en las peleas que sostuvieron con los Mbayás, esto no quiere decir que cuando los indios brasileros han intentado sorprenderlos en sus toldos actuales, no les haya costado cara su empresa, supuesto que, ágiles, sombríos, astutos y conocedores de los pasos de sus lagunas

(1) Tres piedras, ó sean las Tres Hermanas.
(2) Piedra, larga y chata.

y de las veredas de sus bosques, los Guanás les han cortado la retirada, esperándoles en fragosas sendas desde donde los diezmaban á su antojo. Así es que las tribus de Occidente tienen hoy en su poder, aunque no en grande abundancia, carabinas de chispa y de pistón sumamente limpias y bien conservadas, sables, cinturones y cuchillos, en cuya hoja está grabado el nombre Corumbá.

El hermano del cacique Queirá, propietario del aquel sable arrancado á un cadubeu á quien mató de un flechazo, cuenta la historia de su arma predilecta con lágrimas en los ojos, porque la adquirió al precio de la vida de sus dos hijos mayores. No es pues de extrañar en este desventurado padre el odio que me cobró cuando, sugerido por el malvado cacique Michí, concibió sospechar que yo fuese un espía de sus naturales enemigos.

La guerra sin cuartel que Cadubeus y Guanás se tienen declarada, no sólo no tiene inconvenientes para los fines de la Empresa Brabo, sino que más bien los favorece por dos causas principales. La primera, porque necesitan acogerse bajo el amparo de un poder que los auxilíe y los proteja contra las agresiones de unos enemigos poderosos. La segunda, porque el riesgo del peligro común ha estrechado con fuertes vínculos las relaciones entre todas las tribus de Occidente; por lo que, obtenida la amistad de los Guanás, está hecha la conquista pacífica del desierto.

Apenas el sol desapareció á la parte opuesta de la extensa laguna que tenemos frente al Paát, cuando las mujeres sacaron al exterior los cueros de sus camastros, para que sentados en ellos pasásemos la velada, única hora del día en que se respira con placer, siempre que se tenga la precaución de ahuyentar á los mosquistos por medio de las hogueras de palo santo, que es el solo combustible que se emplea en todas las tolderías que llevo visitadas.

Después de sentarse el cacique Queirá conmigo en uno de estos cueros, y de verse rodeado de las innumerables familias

que aguardaban con impaciencia el oir de su boca el relato de todas las circunstancias del viaje, que bajo tan buenos auspicios acababa de realizar, éste con aire magistral, y cada vez más soberbio de poderse llamar mi propietario, les repitió la misma historia, que, por haberla oído tantas veces cuantas tribus habíamos recorrido, ya me iba cansando por más que debiese halagarme, supuesto que en ella se me prodigaban más elogios que á la Virgen en la letanía; elogios que arrancaban como siempre manifestaciones de simpatía por parte de aquel auditorio, que atendía con el más respetuoso silencio.

La pipa corría de boca en boca, pasando siempre por la mía, cuyo obsequio debía agradecer y no podía rehusar por más que el estómago la rehusase, á causa de mi enfermedad.

Concluída la peroración del cacique, éste como de ordinario, quiso obsequiar á la concurrencia con un ratito de música, la que yo empecé con mi sermón acostumbrado, aunque guardándome muy bien de proferir la blasfemia de que los Mbayas eran hijos de Dios como todos los hombres. La música, que duró menos que otras veces, fué interrumpida por causa de mi atolondrado amigo Jimmepén, quien á ruego de algunos jóvenes vino á pedirme que hiciera una suerte de prestidigitación, que era la que más á él le agradaba y que consistía en hacerme atar fuertemente los dos pulgares por medio de una cinta, cubrir mis manos con el sombrero y de pronto sacar una de ellas en libertad sacudiendo cachetes á los más cercanos y volviéndola á meter bajo el sombrero, donde aparecía de nuevo atada tan perfectamente como al principio. Esta prueba agradaba mucho á todos menos á mí, á causa de que como los circunstantes creían que si yo podía desatarme era debido á estar poco sujeta la ligadura, me apretaban á romperme las falanges, hasta convencerse de que no podría separar mis manos, lo que por no conseguirlo les llamaba soberanamente la atención, y les ocasionaba las más grandes explosiones de risa.

Viendo su buena disposición para estos juegos y sin imagi-

nar hasta donde podrían alcanzar sus consecuencias, resolví divertirlos con una sorpresa, para lo cual me envolví en uno de mis cobertores que tenía por asiento, y valiéndome de una caja de cerillas humedecidas, me unté muy bien con el fósforo el rostro y ambas manos y arrojando al suelo la manta me puse de pie repentinamente en medio de aquella multitud que, creyendo que salía fuego de todo mi cuerpo, se desbandó aterrada como si una bomba hubiese caído entre nosotros, llevando su pánico hasta el extremo de atropellarse, caerse y gritar, y producirse una confusión inexplicable, sin que me valiese correr tras ellos para explicarles la causa del fenómeno, pues hasta el mismo cacique Queirá huía de mi presencia, como pudiera hacerlo de un endemoniado. Por fin Jimmepén oyó mi súplica, y se prestó á continuar la farsa por su cuenta, metiéndose por el Paát donde se habían acogido muchos de los fugitivos, los que, al verle echando fuego por los brazos, por el rostro y por las espaldas, huían en todas direcciones dando gritos desaforados y atropellando cuanto se les presentaba por delante.

Así concluyó la primera velada que he pasado en el toldo de este cacique, si bien tuve el gusto de que á última hora perdieran el miedo hasta los muchachos, quienes me pedían que les pintase con fósforos para asustarse mútuamente, á lo que yo me prestaba con toda complacencia.

No puedo calcular á punto fijo el número de personas que se han reunido esta noche en la tertulia del Queirá, porque por una parte el humo que nos rodea y por ótra el resplandor de las hogueras, que deslumbra, me lo ha impedido, pero no dudo que la concurrencia pasaría de quinientas personas.

Apenas se disolvió la tertulia, cuando los cueros volvieron á los camastros, en torno de los cuales ardían diferentes fogoncitos mantenidos durante toda la noche.

El cacique Queirá, á quien yo había regalado uno de mis cobertores cuando recibí el presente de su hamaca, tendió éste sobre los cueros del camastro, y quitándose el *nortemá* y

enquílsique, únicas prendas que constituyen el traje Guaná, se acostó sin almohada ninguna, abrigándose con las mismas ropas que acababa de quitarse. Su yerno procedió del mismo modo, acostándose á su lado y la mujer y el niño se acostaron vestidos en el mismo camastro y sin abrigo alguno. Los demás indios del departamento donde yo me encontraba, procedieron de la misma manera; en cada camastro se acomodó un matrimonio con sus hijos adolescentes y los huéspedes de su más íntima relación.

Día 16 de Octubre.

He pasado la noche muy cómodamente, aunque á pesar de la estación y de la latitud, el frío se ha dejado sentir de una manera extraordinaria, lo que unido á la ausencia de palma carandai, me hace sospechar que estos lugares van estando á una regular elevación sobre el nivel del mar. El llanto de los niños que sentían frío á la madrugada es el que me ha despertado, y á esta hora ya no hay en el Paát más hombres que el cacique, que duerme á pierna suelta, y algunos viejos que hablan solos y se calientan en grandes hogueras que han encendido al exterior, á una de las cuales arrimo mi cafetera con agua y rapadura, á fin de hacerla hervir para mojar un poco de fariña, que es el único alimento que me parece agradable. Un vaso de esta fécula, hervida en un litro de agua azucarada, ha sido la cena y el almuerzo que estoy haciendo con el cacique Queirá, desde que he pisado el Chaco, con excepción de los días que hemos sido obsequiados por las tribus amigas. Una arroba de fariña, media de azúcar y una cafetera de hierro, cuyo peso puede cargarse cómodamente, es el recurso que puede encontrar el que se aventura en estas arriesgadas expediciones y con el que puede mantenerse bien durante veinte ó treínta dias.

Como esta sopa era también muy del agrado del cacique, le desperté para que me acompañase en el desayuno, lo que hizo con muy buen apetito en mi compañía, y teniendo como siempre el cuidado de no introducir la cuchara sino tantas veces cuantas yo lo hacía, aguardando el momento de que llevase la mía á la boca, en cuyo movimiento alternativo siguió hasta que un poco antes de que agotásemos el contenido del plato, limpió su cuchara con una punta del *enquilsique*, por lo que, imaginándome yo que desearía conservar algo de nuestro desayuno para su niño, limpié también la mía con el faldón de la blusa, y abandoné el plato del que se apoderó muy contento, despertando al infante para que se lo comiese; después de cuya operación el padre y el hijo volvieron á dormirse y yo marché por el bosque del Oriente, á cuya margen estaba edificado el Paát, llevando en mi compañía cuatro niños de nueve ó diez años que tropezaban en todas partes, porque no tenían ojos más que para mirarme al rostro. Uno de estos niños, muy travieso y muy adicto á mi persona, se llama *Naijamak*, el cual se esfuerza por enseñarme diferentes nidos que le pertenecen, entre los que hay algunos muy curiosos, porque están formando una bolsa suspendida de las lianas, cuyo tegido en pelo es muy semejante al de los cabellos humanos; ótros son de barro mezclado con pajas y amasado perfectamente y ótros, en fin, colgados por tres cadenillas como un incensario, están hechos con una trama de tallos secos y guarnecidos interiormente por un mullido lecho de algodón en rama.

Estos muchachos han hendido los troncos de diferentes árboles para mostrarme sus jugos resinosos, algunos de los cuales, que eran tan blancos como la leche del higuerón, lo sorbían con avidez. En su afán de iniciarme en todos los secretos de la selva, me han llevado á donde había árboles que producen unas acerolas del tamaño de majuelas, á las que llaman *noasá*, y ótros que son también de la familia de las rosáceas, cuyo fruto, como una manzanita muy pequeña agridulce, se llama *Injanemá*. El fruto de estos dos últimos árboles

estaba ya muy agotado por la persecución de los muchachos, de los loros, de los monos y de los pavos de monte, pero del *noasá* lo había con abundancia, de modo que hicimos un buen montón para cargarlo al regreso. Más adelante encontramos una senda muy trillada que se dirigía derecho hacia el naciente, por la que no quisieron penetrar en mi compañia, sin duda por no separarse mucho de sus padres.

Como había visto en otras partes los procedimientos tan rústicos y tan fatigosos que emplean los indios para remover la tierra, se me ocurrió hacerles un arado, y como por casualidad entre las ramas del bosque había una, bifurcada, que me recordó los horcates Valencianos, pedí el *canchero* ó Natjabák, y la corté á fuerza de mucho trabajo; porque en estos parajes, casi puede decirse que, con excepción del bombix, todos los demás árboles deberían llamarse quiebra hachas, por la dureza de sus maderas. Por otra parte las hachas favorecen poco, pues apenas tienen cuatro centímetros de boca, pesan muy poco y no cortan nada, porque faltan los asperones.

NOTA DEL EDITOR.—*La parte que antecede del Diario de la 2.ª Expedicion, la hemos trascrito de la «Revista de la Sociedad Geográfica Argentina» que la publicó en 1887. El final no nos ha sido posible publicarlo por falta de los manuscritos originales. los cuales en uno de sus viajes á Europa los regaló Cominges á la Sociedad Geográfica de Madrid.—Creemos conveniente sinembargo trascribir algunos párrafos de una carta que dirigió Cominges al empresario Bravo al salir del Chaco y que se refieren al final de su expedicion.*

. . . . . .

«Paso hambres é indigestiones; sufro las más grandes porquerías; aguanto el calor y el frío; camino á caballo hasta veinte y cuatro leguas por día, con agua podrida; soy el amigo, pero el asistente del cacique Queirá, cuyo morral cargo; cuyo caballo enfreno; cuya cama hago y cuyas sobras como; pero Dios, Dios me da fuerzas

que nunca he tenido y paciencia y salud y entusiasmo para completar mis investigaciones.

Adquiero relaciones; conquisto simpatías; estudio la topografía, los productos y las costumbres; levanto planos y aprendo lo indispensable de la lengua Guaná.

No queda tribu y familia que no me mande misiones y regalos. Yo como, bebo, fumo, juego y duermo abrazado con ellos y termino por decir que son los únicos hombres virtuosos y leales de la tierra y que el único peligro para el éxito de la Empresa, será ponerlos en contacto con la pervertida humanidad.

Hago un arado; siembro maíz y soy, no ya un hombre á quien se escucha, sino un Dios. Yo les enseño á cantar el Santo Dios y les digo que *Ignem* (Sol, á quien adoran) es *Mpiezén* (Padre) de todos los hombres, de todos los países, y el único que tiene derecho de castigar á los *enemoatedás* (enemigos) y el que hace que todos los muertos que fueron buenos, se junten en el cielo.

Quieren venir conmigo á Buenos Aires donde creen que está Dios.

Los caciques vecinos me llaman á comer con ellos. Hago excursiones grandes. Descubro riquezas y enseño industrias desconocidas.

Salen itinerarios anunciando mi regreso.

Salgo con mucha gente. Por todo el camino se agregan multitudes y llego al octavo día al Río Paraguay, con dos mil setecientos Indios, que ó regresan, ó se quedan pescando, ó pasan el río conmigo, pero todos lloran al despedirse.

Yo no soy á sus ojos, mas que un mercader, que quiere que ellos le hagan un camino, para llevarles objetos de su gusto, en cambio de sus plumas, algodones y demás productos indígenas.

Pasan el río ciento veinte indios con sus caciques; comen y beben durante dos días; reciben todos los regalos con regocijo y regresan á sus toldos á más de cien leguas. Estrecho mis amistades con otro cacique poderoso (Pucú) y rival de Queirá y cambiamos regalos. Me acompañan hasta la Asunción los caciques Queirá y Michí.

Salude á su respetable familia, y no olvide que si de derecho era Vd. el dueño de un número de salvages desconocidos, hoy es el dueño de hecho y el salvador de cien mil honrados y vigorosos amigos. S. S.

JUAN DE COMINGES.

VOCABULARIO

DE ALGUNAS PALABRAS EN IDIOMA GUANÁ

Escrito por Cominges durante su permanencia entre los indios Guanás.

A.

Abalorios	Lemôun
Abrir el morral	Lescamajá
Abrir navaja	Empesijá
Acerola	Noasá
Adorno (plumas)	Vilsapér Abotorlá
Agua	Kilmén
Agujero	Yaktaipé
Agujero	Abmitá
Algodon	Eteivá
Albarca	Diambehék
Algarrobo	Tigués
Amigo	Esquelektekmá
Amigo	Lektesmá
Amagar	Insumijá
Amarillo	Viktemá
Anguila	Andedok, Aldolok
Aperiaceo	Hipá
Arrebatar	Enortengué
Arado	Nabalspéik
Arbol	Tehét-Puthém
Atar	Endedemá
Avestruz	Pilsapén
Azul	Lêmô

B.

Batata	Pirá
Batata	Mpicém
Bava	Diamét
Barba	Aniaton
Bala	Aerteke
Barba	Cone-catú
Besar	Bessé
Beber	Anniascabé
Blanco	Almupuyá
Blanco	Kidkick
Borla	Eoóck
Bolsa de lienzo	Emetehak
Bosque	Teño-Ketucke
Bolsa	Natjabák
Boca	Mbook
Bola de barro	Ñalspá
Boton	Speigemá
Boton chico	Manin
Bota	Endedé Emenék
Brazo	Eantú

C.

Cabra	Atanékp-kesek
Caer	Lakmok
Campo	Eñajalsemá
Cambiado	Ñalmasejá
Caminar	Encegamá-amaigaá
Cambiar	Malmasebok
Camalote	Camó
Camino	Camái
Camino	Ñelsegamá
Canóa	Calé
Caña	Navat
Caracol	Adpunk
Carta	Engaguateé
Caraguatá	Temamuá (hilo)
Carbon	Mestmá
Carreta	Caretá
Cazuela de 3 tetas	Apjaáh
Cazuela	Paák
Calabaza	Pûcô
Cera	Paupá
Cerrar libro	Napijá
Cerro	Temmâ
Cerrar navaja	Ñedkesijá
Charquear	Nelleinligeá
Ciervo	Tanan biéjo
Cinta	Alsataók
Círculo	Vengueau
Clavo	Hartaók
Clavar	Ecuninkés
Colgar	Etserejá
Collar	Lemum
Codo	Embengaték
Comer	Entoma
Cordones	Atum
Cogollo de palma	Paán Paán
Colorado	Eteigmá
Costura	Nelio Enderregamok
Costura	Timnamamok
Colorado	Ismelsemá
Cubrirse	Evikenijá
Cuchillo	Peletán
Cuchara	Callé
Cuerda	Tamá
Cuero	Kambeik

D.

Dame	Tajá
Dame la pipa	Enguaspucó-ó
Dame	Amóco-ó
Dame	Anguancó
Desclavar	Elék
Dedo	Yanamé peék
Dedo, mano	Jetsiná peek
Dibujo	Alskamá
Dormir	Tienjiarjaque Endealmá
Dormir	Ndaemá Teén
Dos	Aganet
Doblar	Svatabijá
Dolor	Aeskijé
Dulce	Liígk

E.

Echarse	Tijet
Entra	Ninconi
En medio	Itemanegrá
Epidermis	Empijíke
Espinilla	Akayaáñ-Eljebok
Estornudar	Eatemá
Esteron	Enguillabusleke
Este	Tivag-ignem
Escalera	Nelstealláo
Escarcha	Apiát
Estrujar	Emelegenkié cuyá
Estera	Kitá
Espina	Teta-boók
Extender	Etdjan
Extender	Epayeés

F.

Filete	Nicauak	Freno	Nabateabatón
Flauta	Amvát	Frente	Paijané abak
Flecha	Yaángué, Yarangtiá	Frutos	Yujanemá
Frio	Etehop kê	Fruto	Manén
Frio	Penepemok	Fusil	Maôá

G.

Gallina	Tapié	Grande	Yetsek!!!
Garganta	Yainyespók	Grande	Yaujuó bóke
Gato	Emagmivá	Gran casa	Taujaó-Paat
Golpe	Yentiamyá	Gran hombre	Nenginió
Golpear la boca	Dipebeaton	Gran mujer	Guaneau-engilbaná
Goma	Yetainye	Guardar	Nalsegansija
Goma blanca	Maómalik yetinyé		

H.

Hacha	Taguá	Hacer camino	Elkay-debóke
Hachear	Enyarteamá	¿Hay agua?	Kilmen-anek

J.

Judias	Aktaí	Juego (agarrados)	Etapenjén
Juego	Gigá-Sigá	Juego pata coja	Taban-to-emenék
Junco	Botchejé	Juego animales	Ana-émb

L.

Lana	Eteivá	Loro	Pilspó
Lengua	Henaskolk	Luz	Tatá-endú
Lesna	Lektoreahaque		

P.

Puede que sea Yeét

Q.

Que corra Erijavá

T.

Tigre (cuero) Kimhavá

V.

Vaca	Bùcá	Viento sud	Eskadmó
Vamos?	Antaijá?	Viento norte	Seadmô
Vapor, remar	Totekié	Víbora grande	Alabagton
Vena	Ajaké, jilmek		

CONFERENCIAS

LA PROPIEDAD Y EL CULTIVO

El golpe del hacha al derribar el arbol cae de rechazo sóbre la cabeza de la humanidad.

J. de C.

I.

Sagrados é inviolables deben ser los derechos de la propiedad particular, mientras que su ejercicio no ataque á los intereses públicos.

Ínterin el hombre no llegue al supremo grado de perfección moral, será la propiedad indispensable para la existencia de la sociedad; pero si alucinados por deslumbradoras teorías de libertad no impusiéramos á sus derechos algunas restricciones, el uso impremeditado de la propiedad, que quiere llamarse explotacion, cuando suele ser un verdadero pillaje, llegaría á borrar del planeta la huella de la humanidad.

El Génesis, hoy en armonía con las más recientes investigaciones geológicas, nos demuestra que el hombre no apareció á la escena de la vida en los primeros días de la creación; sino cuando en virtud de una série de transformaciones, la Tierra se colocó en condiciones para recibirle.

Esta misma ley ha presidido para la aparición de cada uno de los séres que componen la gran cadena de la familia orgánica; fieles servidores que durante largos años aguardaban al señor para servirle en sus necesidades y caprichos.

Siendo, pues, necesarias para la conservación de nuestra especie, las condiciones que ofrece la naturaleza durante el pe-

ríodo actual, debemos considerar como reo de lesa humanidad, al individuo ó al pueblo que, por la mala aplicación de sus fuerzas, ocasione desperfectos que puedan turbar el admirable equilibrio de la naturaleza.

Nadie duda que ese viento exterminador de la Provenza, conocido con el nombre de Mistral, es un azote de creación humana, puesto que depende de haber talado los bosques que hubo en otro tiempo en las montañas inmediatas á Cevennes.

Hemos visto retroceder en épocas diferentes á varios pueblos de las Landas de Burdeos, ante las invasoras huestes de arena que vomita sin cesar el Golfo de Gascuña.

Vemos hoy como en ciertos puntos de Suecia, llega la primavera quince días más tarde que en el siglo pasado.

Vemos desaparecer, poco á poco, bajo ese estéril manto de cristales que lanza el Pampero, la fértil capa vegetal de las pintorescas costas uruguayas.

¿Dónde está la fertilidad de aquellos campos cultivados un día con tanto esmero por los Etruscos y los Siculos?

¿Dónde las manzanas de oro del jardin de las Hespérides?

¿Dónde la leche y miel que chorreaban los decantados bosques de la Arabia, la Persia y el Asia Menor?

¿Por qué se han extinguido tantas civilizaciones?

¿Por qué abandonan su patria fenicios y cartagineses?

¿Por qné teutones y latinos acuden en tropel sobre las playas americanas?

¡Ah! Preciso es decirlo. ¡Por la violencia con que el hombre de todas las edades ha tratado á su nodriza la tierra! ¡Por la explotación brutal con que ha saqueado el suelo, como el salvaje nómade de paso para sus toldos! ¡Porque esquilmado por él el jugo de la tierra, ya no puede ésta alimentarle y la abandona! ¡Porque el hombre, en fin, preocupándose poco de la suerte de las generaciones venideras, no se cuidó jamás de dejar mejorada ó al menos intacta, la herencia que recibió al nacer, viniendo á pagar el parricidio y despilfarro, con la orfandad y miseria de la expatriación.

Se considera á la madre patria como una querida á quien se abandona, cuando nuestros excesos cubren su frente de arrugas, y volamos á otras regiones en busca de pueblos vírgenes, selvas vírgenes y prados vírgenes.

También la virgen América, sufriendo las consecuencias de nuestra intemperancia, presenta hoy en algunos puntos de Colombia, el Brasil, la Carolina y Alabama, el espectáculo doloroso de la esterilidad, de la decrepitud y de la muerte eterna de la civilizacion.

Aquellos campos, aquellas selvas que hace medio siglo el hacha y el arado consideraban inagotables, hoy sólo son el patrimonio de béstias feroces.

Funesta como la del caballo de Atila, la huella humana, saltando de nación en nación y de continente en continente, camina desde el prncipio de las sociedades, cual si tuviera por misión esterilizar el fecundo seno de la tierra.

¿Qué hará el hombre cuando su aliento impuro haya concluido de marchitar los encantos de la América y de la Oceanía?

En vano cual hijo pródigo, regresará melancólico y arrepentido al regazo de la patria primitiva, si en ella no ha de encontrar ni las caricias de una madre, ni las comodidades de un hogar.

La naturaleza es la única madre que no puede perdonar los extravíos de sus hijos.

Todavía resuena en los oidos de la humanidad, el eco de aquella terrible sentencia que la condenó á regar el pan con el sudor de su frente, y por eso busca por erradas sendas un medio de poder eludir la ley indefectible del trabajo.

Una parte embrutecida, narcotizada, perezosa y entregada en brazos del fatalismo, suprime todos los goces de la existencia á trueque de suprimir un esfuerzo. Racionales zoófitos, paréntesis de su propia especie, prescinden desdeñosos de las facultades y atributos que los elevan sobre todos los séres, y se dejan arrastrar impávidos hasta el sepulcro, sin reclamar ninguno de sus derechos y sin cumplir con ninguno de sus deberes.

Otros, con más vehementes aspiraciones, abusan de su fuerza ó de su destreza para emancipar á su raza de la esclavitud del trabajo, y luchan, no contra las fuerzas de la naturaleza, sino contra otras razas más débiles á quienes no consideran como hermanas, sino como auxiliares mecánicos, sin pensar que ilotas, párias, esclavos, siervos y pecheros, envenenan la tierra que riegan con sus lágrimas amargas.

El suelo, según Reclus, es un espejo donde se refleja el grado de civilización de sus habitantes; y la tierra cultivada por servidumbre ignorante, gasta sus fuerzas en producir abrojos.

Hay, en fin, otra parte de la humanidad, que se cree la más perfecta, porque despreciando todos los impulsos generosos del alma, sin veneración al pasado, sin respeto al porvenir y esquivando con audacia todos los preceptos sociales, corre febriciente, desenfrenada, vertiginosa, allí donde puede saciar la sed devoradora de sus falaces ambiciones!

Por un puñado de oro cazará á sus semejantes en África, para venderlos en América.

Por un puñado de oro esquilmará el jugo de la tierra y despoblará las selvas.

Por un puñado de oro, en fin, exterminará al hombre y á la patria del hombre.

No. Mientras el hombre no conozca prufundamente los misterios del planeta en que reside; mientras ignore las verdaderas necesidades de su raza, concederle sin límite alguno el usufructo de la propiedad, sería querer precipitar el fin del período cuaternario.

Los títulos de propiedad que las leyes de todos los pueblos civilizados conceden á los que han poblado y explotado un pedazo de tierra durante algunos años, se extienden todos los días, sin que la sociedad vea en este acto un ataque contra la libertad del propietario primitivo.

Á ser este, señor absoluto de su finca, hubiera permanecido siempre en tranquila posesión de ella, sin que ningún intruso pudiera disputarle su dominio, so pretexto de abandono.

Venimos, pues, en consecuencia, de que no es tan amplio ese derecho de propiedad que la sociedad concede al individuo, sino que más bien es un contrato que puede caducar, cuando se falte á cualquiera de sus estipulaciones.

Convencidos los hombres de que la propiedad sin cultivo perjudica á la sociedad, aceptan sin resistencia la ley que los despoja de ella, haciéndola pasar á otras manos con la precisa condición de explotarla. ¿Por qué han de alarmarse si se amplía esta ley, señalando un método racional de explotación?

¿No son, por ventura, más funestas al bien de la humanidad las consecuencias de una brutal explotación, que las que puedan resultar del abandono completo de la propiedad?

Es obligatorio el cultivar la tierra, para que se aumente el activo de la humanidad.

La explotación mal entendida concluye con la renta y con el capital.

No se llena, pues, el fin que se propusieron los sabios legisladores, cultivando la tierra, sino cultivándola bien.

Hemos ofendido á la naturaleza; le debemos una solemne reparación. Sea ésta restituirle el primitivo esplendor de que nos hablan los sagrados textos, y entonces se levantará para nosotros el merecido anatema del Paraíso.

Estamos á tiempo de volver sobre nuestros pasos.

Cada día que trascurra será más difícil la obra de la reconstrucción.

Las poderosas palancas de que puede disponer el hombre del siglo XIX facilitarán la empresa.

Entre, pues, la generación presente por tan noble camino, si no quiere ser digna de la maldicion de las generaciones venideras.

Mas, ¿estará dentro de las facultades del hombre, el poder aumentar la belleza y lozanía del planeta en que reside? ¿Cómo podrá suavizar el rigor de los climas? ¿Cómo multiplicar la producción disminuyendo el esfuerzo? ¿Cómo devolver la fertilidad al estéril seno de la caduca tierra?

El día en que inspirados los legisladores en el amor hacia la raza, prescindan de cobardes contemplaciones hacia el individuo, dictarán leyes en que impidan la destrucción de los bosques, no consentirán cercar la propiedad sino por medio de árboles y ordenarán la rotación de las cosechas.

II

La gran cadena de la familia orgánica, desde el imperceptible utrículo esférico que constituye una criptógama, hasta el bípedo racional que se llama hombre, está formada de una serie de eslabones, cuya vida se manifiesta con mayor ó menor actividad; pero tan indispensable cada uno de ellos á la existencia de todos los demás, que con la desaparición del más insignificante miembro de esta familia, con la ruptura del más humilde eslabón, vendría tal vez el exterminio de cuanto vive, crece y siente sobre la faz de la tierra.

Antes de que el carbono, hidrógeno, oxígeno y ázoe puedan transformarse en materia orgánica; antes que esta materia orgánica pueda servir á la nutrición de los animales y vegetales más perfectos, necesita pasar por una serie de combinaciones, cuyos misterios empiezan á cumplirse dentro de los más simples organismos de los zoósporos é infusorios.

En este primer ensayo de la vida, está compendiada toda la omnipotencia del poder creador; pues tanto el gigantesco cedro en el orden vegetal, como el hombre en el orden animal, no parecen sino las consecuencias fatales del primer impulso.

Precursores de razas más y más perfeccionadas, estos microscópicos seres, que nada podían recibir de las rocas sobre que descansaban, crecieron y se multiplicaron sólo á expensas de la atmósfera, depositando en el fondo de mares y lagos grandes acumulaciones de restos orgánicos, que más tarde habían

de ser el alimento de otros individuos de organismo más complicado.

No sólo sirvieron á los fines de la naturaleza, siendo el origen de la vida, sino tornando al ambiente respirable, al asimilarse los mortíferos gases, que por su medio se transforman en principios nutritivos.

Hijos de la misma madre, confundidos en el origen y compañerós en la cuna, animales y vegetales vivieron desde el principio como buenos hermanos, prestándose mútuo apoyo, poblando y embelleciendo la tierra.

Las plantas pedían prestados á la atmósfera y al suelo algunos gases y algunas sustancias orgánicas diluídas, que devolvían á los animales bajo la forma de sabrosos frutos, y los animales pagaban este beneficio enriqueciendo el suelo con las deyecciones durante la vida y con su propio cuerpo en el día de su muerte.

Obedeciendo á estas leyes de exaltación y abatimiento; girando sin cesar en ese eterno círculo de la vida; ora convertida en infectos miasmas, ora en delicados perfumes; ya formando la brillante corola de las flores, ya el asqueroso gusano; tan pronto animada y resplandeciente, por todos los encantos de la vida, como abatida y repugnante, por todos los extragos de la muerte; pero purificándose siempre más y más al pasar por el crisol de sus infinitas transformaciones, vino la materia á ser digna de constituir el complicado organismo donde se guarece el alma racional.

Hallóse el hombre solo, abandonado y lleno de necesidades en medio de una naturaleza desconocida.

Débil para resistir las fuerzas del elefante, torpe para seguir al ciervo en su carrera, y delicado para sufrir desnudo los rigores de la temperatura, envidió las greñas del leon, la vista del lince, el olfato del perro, las alas del ave, y hasta las armas del tigre y la tortuga.

Al tender su mirada sobre el armonioso conjunto de tantos séres que cumplían estrictamente los misteriosos deberes de

la existencia, creyóse el animal más imperfecto de la creación.

Adormecidos todavía los gérmenes de su inteligencia, se vió extranjero en la patria donde había de reinar el día en que despertaran todas sus facultades.

Este día no ha llegado.

Cobarde y egoísta, porque su ignorancia no le deja presentir toda la extensión de su período, y desconfiado del porvenir, sólo se ocupa de acumular todo aquello que pueda satisfacer sus necesidades y caprichos del presente, aunque para ello tenga que exterminar á la naturaleza, y acabar con los últimos vestigios de su raza.

No administra ni mejora su propiedad, como rey y señor de ella; la saquea y despilfarra, como bárbaro invasor.

Presuntuoso y soberbio cuando logra arrancar algun secreto á la naturaleza, se cree una divinidad y cae en el abismo de su ignorancia, como el ángel rebelde de las escrituras y el titán de la mitología.

La honda, el arco, el rémington, la palanca, el vapor, la electricidad; unos cuantos pasos dados por el camino del progreso, para los que ha necesitado millares de siglos, han llegado á hacerle proclamar que estamos en el siglo de las luces.

¡Que respondan esás feraces regiones, habitadas todavia por indómitos salvajes!

¡Que contesten los infelices africanos, cuyas carnes se flagelan diariamente, con el látigo de la esclavitud!

¡Que hablen esos hijos desheredados de todas las naciones de la tierra, sobre quienes pesan todos los deberes, sin ser merecedores de ninguno de sus derechos!

¡Que lo afirmen esos honrados y laboriosos artesanos, esclavos blancos que vemos morir de hambre cada día, sobre el barnizado pavimento de las opulentas ciudades de la culta Europa!

¡Que digan, en fin, si estamos en el siglo de las luces, esos paraísos contemporáneos, tornados en verdaderos infiernos por la ignorancia y la desidia humana!

Extranjero será el hombre en la patria cuyo imperio le está destinado, ínterin se haga sordo á las protestas de la naturaleza.

La humanidad no ha pasado todavía del período de la adolescencia, supuesto que como niña, no sabe aprovechar los escarmientos de su raza.

Para ser aclamada reina de la naturaleza, pará entrar en completa posesion de sus derechos, y para arraigar su dinastía, necesita tener muy estudiado el inventario de sus dominios; y en vez de contrariar, favorecer las buenas tendencias de su pueblo.

Esta naturaleza que con el solícito esmero de una madre previsora, pasó siglos y siglos en preparar cuanto podía servir á las necesidades y placeres del hijo que esperaba, ha recibido en pago de su ternura la más cruel de todas las ingratitudes; pues ve por él desgarradas sus brillantes galas, marchitos sus encantos, turbada su armonía y á punto de agotarse sus fuerzas productoras.

Con razon el hombre ha sido condenado á ganar el pan con el sudor de su frente.

Ha llegado el momento en que ni este sacrificio le basta para satisfacer las más precisas necesidades de la vida.

III

Entre los estragos causados á la naturaleza por la mano destructora del hombre, descuella en primera línea el descuaje de sus montes y bosques.

Esas escarpadas cadenas de montañas que se levantan como espina dorsal de los continentes, cuando están adornadas con la espléndida cabellera de la vejetacion, son la divinidad protectora de los pueblos que viven á sus plantas.

Miles de siglos han necesitado para poblarse, desde el día en que las marejadas de la masa incandescente las arrojaron al exterior. Inauditos esfuerzos han realizado las plantas, para taladrar con sus delicadas raíces estas moles cristalinas de cuarzo, pórfido y granito.

Si los estrechos límites de un artículo nos permitieran seguir paso á paso cada uno de los fenómenos que han tenido que realizarse para hacer agradable la morada humana, seguiríamos con los ojos del pensamiento la huella de las infinitas especies que se han sucedido y veríamos como cada una de ellas despues de allanar el camino, ha hecho el sacrificio de su existencia, para entregar su cuerpo á la voracidad de las especies sucesivas.

Veríamos como el diminuto esporo de un liquen se fija sobre la más pulimentada roca de la montaña, creciendo y multiplicándose en ella, y formando rápidamente en su contorno una inmensa sociedad de la misma especie; foco de donde parten embarcadas en una ráfaga de viento, numerosas emigraciones de nuevos esporos, que á su vez pueblan los más remotos confines.

Veríamos como sus células aglomeradas forman asperezas, que son verdaderos recipientes esponjosos, donde al condensarse los vapores de la atmósfera penetra el agua, que poco á poco se introduce por los intersticios de las moléculas minerales, y que al congelarse, se transforma en la poderosa palanca que va levantando molécula á molécula, la prodigiosa cantidad de cristales que constituyen al fin lo que llamamos tierra.

Veríamos cambiar la forma y disminuir el volumen de los continentes con este lento trabajo de la naturaleza, que tiene por objeto inmediato el ensanchar los dominios del hombre, rellenando los mares y lagunas, y formando en su lugar los más fértiles y pintorescos valles.

Veríamos, en fin, aparecer sucesivamente algas, líquenes, setas, musgos, epáticas, colas de caballo, licopodios, helechos, marsileas, etc., seres cada vez más perfeccionados, que empe-

zaron acaso con la invisible vexícula del Protococcus y terminaron con esos enormes helechos arbóreos, sigiliarias y calamitas que hoy se han descubierto en las entrañas de la tierra, mostrándose como las economías de una madre cariñosa, en prevision del despilfarro de sus hijos.

Pulverizados y combinados en justas proporciones los elementos de las diferentes rocas, y mezclados con ellos los restos de tan numerosos criptógamos, nada faltaba para la aparicion de los vegetales más perfectos; por eso se poblaron de camalotes los rios, de juncos los pantanos, de cereales las llanuras y de gigantes árboles las laderas de las montañas, donde quiera engalanando el suelo con el verde tapiz de la vegetación.

La misma hora que señaló la aparición del hombre, sonó también para la destrucción del reino vegetal.

Sigamos el rastro desolador que presenta la destrucción de los bosques, y habremos encontrado el camino andado por la humanidad en sus infinitas peregrinaciones.

Del mismo modo que al llegar los primeros albores de la primavera, salen del hueco tronco los nuevos enjambres, así también de aquellas sociedades primitivas, verdaderas colmenas humanas, fueron saliendo tribus en busca de más dilatados horizontes, donde cumplir los deberes de su existencia.

Sigamos á cualquiera de ellas, y veremos cómo después de atravesar los más áridos lugares, llega por fin á establecer sus toldos en un pintoresco valle, por donde juguetea un manso arroyo que desciende de una colina poblada de frondosos árboles.

Tributa la muchedumbre adoracion al bosque, porque sus ancianos han escuchado el melodioso acento de purísimas ninfas inmortales, que sustraídas á la vista humana, viven en el tronco de las encinas, desde dónde han prometido á la colonia todo género de prosperidades, siempre que el hacha destructora no profane su castísima morada. Por eso, sumisos, se amparan bajo la protectora tutela de sus nuevas divinidades, de quienes todo lo esperan.

Sagrado templo será en adelante la selva que guarda sus dioses tutelares.

Hay en los contornos lugares malditos donde reina la desolacion y la muerte; donde pestilentes miasmas envenenan el ambiente; donde terribles huracanes remueven furiosas marejadas de arena; donde pululan dragones que matan con la mirada. Allí se descubren todavia los vestigios de alguna tribu, que desobediente é ingrata provocó las iras de sus númenes, al destruir el sagrado recinto de los bosques.

Las grandes mercedes que reciben á cada paso, avivan la fé y el entusiasmo religioso de los nuevos pobladores.

Cuando falta alimento á sus ganados, porque los rayos de un sol canicular han marchitado los pastos de la verde pradera y agotado los frescos manantiales, los espíritus protectores penetran en el organismo de las plantas para convertirlas en bombas aspirantes, en sifones que perforan y atraen el agua de las arterias de la tierra, en incansables alquitaras que saturan el aire con los vapores de su aliento, que, aunque invisible en el espacio templado de la llanura, se denuncia como blanca nube entre las elevadas masas de vegetacion que coronan la montaña, y se condensan por fin á su frío contacto, viniendo á caer como rocío fecundante sobre la sedienta llanura.[1]

Esos mismos vendavales que llevan el exterminio á la región maldita, impregnados de la humedad que recogieron pasando por dilatados mares, al chocar furiosos contra la selva, se elevan á las regiones frías del espacio, para que desde allí se precipiten sus vapores, transformados en blanquísimos copos de nieve.

El frío de las alturas, de acuerdo con los graciosos parasoles de los árboles, conserva estos perpétuos ventisqueros, que fundiéndose poco á poco y resbalando por entre las grietas de las rocas, originan la cascada que mueve sus simples artefactos, el arroyo que riega sus vegas, el río que les ofrece su abundante pesca y la fuente donde la náyade permite satisfacer los sedientos labios.

El espeso follaje del sagrado recinto no deja penetrar el frío de los polos ni los vientos abrasadores de la zona tórrida. Atenuado por él el rigor de las estaciones, disfruta esta comarca la dulce temperatura de una primavera eterna.

Los restos vegetales que allí se acumulan con el transcurso de los siglos, arrastrados por los torrentes y esparcidos sobre la superficie de los valles, devuelven á la tierra fatigada el vigor perdido en los esfuerzos de la producción.

Lanzas y flechas para defenderse de las fieras y cazar las aves; juncos y verde musgo para fabricar su mullido lecho; incienso y flores para perfumar la tumba de sus héroes; vestido, albergue y fuego para resistir al clima; delicados caldos, nutritivas pastas y sabrosos frutos, con que regalarse en sus festines; medicinas que curen sus dolencias; piraguas para deslizarse sobre los ríos, todo cuanto puede satisfacer las necesidades y embellecer la existencia de la tribu, está previsto por la divinidad tutelar que reina en el bosque; todo, desde la cuna donde duerme el primer sueño de la inocencia, hasta el féretro donde descansa con el sueño de la eternidad.

No es merecedor de elegir compañera entre las vírgenes de la tribu, el mancebo que no haya plantado por su mano algunos centenares de árboles; por eso los montes se extienden al par que los colonos se multiplican.

Pero pasa la infancia de aquella primitiva sociedad. Despiértase en ella el sentimiento de su independencia; pierden su autoridad los ancianos de la tribu y su culto los genios de la selva; rómpense las viejas tradiciones, erígense divinidades más sensuales, fabrícanse templos donde levanten su voz los oráculos, edifícanse ciudades opulentas como Palmira, Tebas, Jericó y Gomorra: levántanse, por fin, torres de Babilonia, baluartes con que la ignorancia y la soberbia humana quieren desafiar el poder de los cielos.

Más, ay! Aquellos majestuosos bosques, bajo cuya sombra tranquila trascurrieron felices las horas de la inocencia; aquellos templos perfumados, donde se rendía culto sencillo á los espi-

rituales genios de la naturaleza, ya no existen; con sus despojos se han alzado templos y alcázares, donde se tributa pueril idolatría á mónstruos de bronce y de granito; y lo que es peor, á mónstruos humanos.

Los sabrosos pastos del pintoresco valle se han marchitado para no reverdecer jamás; pero en cambio la civilizacion les ha concedido caprichosos mosáicos y mullidas alfombras de Persia.

Desnudas las montañas, sólo presentan su tétrico esqueleto de granito; no hay, pues, el temor de una emboscada por parte de sus astutos enemigos.

Las secas corrientes de la atmósfera, las blancas rocas y la calcinada tierra, apenas consienten el desarrollo de algun cáctus solitario, que se levanta en la llanura como fúnebre candelabro ante los despojos de la muerte. No importa; sobre las azoteas de los palacios se ostentan fantásticos jardines, de donde surgen fuentes perfumadas.

Las conquistas del arte han dominado á la naturaleza; y como las leyes de la guerra conceden al vencedor la vida del vencido, la naturaleza sufre resignada las consecuencias de su derrota.

La impetuosidad de los torrentes producidos por el primer rayo de sol que funde la nieve de las alturas, dejó profundas huellas en el valle ya cubierto de enormes bloques, de menudos guijarros y de voladoras arenas. Los rios, arroyos y cascadas; los perfumes, los gorgeos, las esbeltas cabañas; las doradas mieses, los blancos rebaños: todo ha desaparecido. El genio de los bosques se ha vengado de los ultrajes de la soberbia tribu. Los límites del campo maldito se han dilatado. El hombre ha emigrado en busca de un nuevo edén donde sembrar el germen del exterminio.

¡Arbol! ¡Compañero inseparable de la existencia humana, desde la aurora de la vida, hasta el crepúsculo de la muerte! ¡Solícito protector de nuestra debilidad! ¡Manantial incansable de ternura! ¡Eterno y fiel amigo, que sólo te alimentas del

corrompido aliento que exhalamos, tornándonos en cambio brisas perfumadas! ¡Tú, que humilde y resignado te ofreces en perpétuo sacrificio en honor del ser más egoista de la creación! ¡tú, que le brindas espontáneamente tus frutos, sin reclamar siquiera la retribución de las labores ¿qué hiciste para merecer en pago de tus bondades la persecución y la muerte? ¿Por ventura has excitado las iras de un hermano envidioso, con el ejemplo de tus virtudes? Detén, mano destructora, el golpe criminal del hacha con que amenazas al árbol, si no quieres que irritada la naturaleza te pregunte de nuevo; Cain, ¿qué has hecho de tu hermano?

IV

Poderoso es el conjunto de los esfuerzos humanos, cuando combate contra los esfuerzos de la naturaleza.

Humilde y resignada esta madre cariñosa, recibe los golpes que le asesta el hijo ingrato, á quien sigue prodigando sus caricias mientras conserva un resto de existencia. Su amor intenso la suministra maravillosos recursos, con que prolongar una vida que desea para no dejar huérfana á la humanidad.

Lágrimas de savia vierte la selva al sentirse herida por el hacha del leñador, que, cual cobarde buitre, satisface sus instintos feroces en la víctima indefensa.

Entre los antiguos romanos, los padres tenían el derecho de matar á sus hijos. Los hijos del siglo XIX tienen el derecho de matar á su madre.

¿Quién salvará los bosques de la América del Sud de las manos de unos cuantos propietarios, cuyos legales títulos les conceden hasta el derecho de exterminarlos?

¿Seremos eternamente sordos á las protestas de la naturaleza?

¿No han de aprovecharnos las severas lecciones sufridas, á causa de la barbarie de nuestros antepasados?

¿Hemos de desdeñar como absurdas teorías, las más patentes demostraciones de la ciencia?

¿Querremos tener más dominio sobre el terreno de que estamos en posesion, que el que las leyes nos conceden sobre nuestra propia existencia?

¿Han de alcanzar los derechos de propiedad hasta concedernos la facultad de extinguir á la naturaleza?

¿Por qué hemos de estar autorizados para destruir á nuestra raza, cuando no lo estamos siquiera para destruirnos á nosotros mismos?

¿No está, por ventura, probado hasta la evidencia, que el golpe del hacha al derribar el árbol, cae de rechazo sobre la cabeza de la hamanidad?

La extinción de los árboles traería consigo la extinción de la sociedad. Prescindiendo de los méritos morales, la ciencia económica fija el valor material de cada hombre, de cada uno de los animales más perfectos de la creación, en un precio, que no alcanza á las dos terceras partes de lo que vale en los mercados, cualquiera de los individuos más perfectos del reino vegetal.

Mil libras esterlinas se han pagado en Lóndres, al distinguido español don Pastor Pérez de Lasala, por el cedro que figuró en la Exposición de Córdoba; y aquel árbol no alcanzaba á la mitad del desarrollo de otros de la misma especie, que hemos tenido la dicha de contemplar en las majestuosas selvas tucumanas.

Si está prohibido por las leyes asesinar al hombre directamente, ¿por qué ha de ser lícito asesinar á la humanidad por carambola?

Está probada la deficiencia de estas leyes, desde que el hombre ha encontrado el modo de eludirlas, con perjuicio de su propia raza.

La reforma de los códigos es, pues, indispensable.

¿Será urgente?

La necesidad del combustible, las construcciones urbanas, las artes mecánicas, la marina, las industrias en general, extraen de los bosques aquella primera materia que llena las necesidades de los pueblos cultos, al transformarse en fuego, muebles, edificios, utensillos, engranajes, aparatos, barcos, traviesas de ferro-carril, tejidos, colores y hasta calor para alimentar á las locomotoras.

La naturaleza, que concedería gustosa la satisfacción legítima de nuestros deseos, no puede sobrevivir á las consecuencias de nuestro despilfarro..

Si el propietario de un rebaño matara una res cada vez que deseara un pellón para su montura, ó un cuajo para sus quesos, ó una lengua para satisfacer su apetito; en una palabra, si hiriese á diestra y siniestra sin reparar en clase, sexo, ni estado físico, ¿cuánto tardaría en quedarse sin ovejas?

El dueño de un monte, corta los árboles enteros cuando necesita leña, sin cuidarse de averiguar si cortado en épocas ó estaciones diferentes, darían más pingües resultados, y quedarían las raíces en aptitud de brotar de nuevo tallos cada vez más vigorosos.

Cuando desea taninos para la industria de curtidos, derriba por el pie al gigante sevil, saca con toda comodidad su corteza, y abandona los restos á la naturaleza, quien acaso ofendida los destina á producir el incendio.

Si es madera solamente lo que necesita, separa la troza más aprovechable para el inmediato objeto, y la arrastra hasta su morada, dejando entre la espesura del matorral, las ramas, las astillas y la corteza.

No vacila, en fin, en derribar el más robusto habitante de sus bosques, cuando quiere alcanzar alguna fruta silvestre, alguna linda parásita, alguna flor, algun ave ó alimaña herida.

Este dueño se ama á sí mismo lo bastante para no limitar sus necesidades y caprichos, y ama también, si los tiene, á sus hijos y á sus nietos, para quienes considera que han de alcan-

zar, á pesar del despilfarro, leñas, curtientes, maderas y frutas. En cuanto á la suerte de las demás generaciones, permanece indiferente; porque sabe que no han de lastimarle los oídos con las lamentaciones de su segura miseria.

No siempre sucumben los bosques víctimas de una irrefle xiva explotación, que los arrastre gradualmente al aniquilamiento. Algunas veces basta el corto período de un año, para ver transformados en campos cultivados, los más extensos é impenetrables bosques.

Hay un daño todavía de consecuencias más fatales que la tala, el incendio y el descuaje. Este daño es el que resulta de la invasión perpétua de los ganados.

El reino vegetal tiende á su conservación.

Por desatinado que sea el plan de aprovechamiento, nunca es tan completo el extrago que no se sustraigan de él algunas semillas, ramas ó raíces, con las que, en pocos años, se repoblarían los montes más destruídos, siempre que, cesando la persecución, se les abandonase á las fuerzas de la naturaleza.

Mas esto no sucede; porque los tiernos individuos que desprecia el hacha exterminadora, no escapan á la huella y diente de los animales invasores.

El tierno y jugoso vástago que procede del retoño de una raíz, de un acodo natural, de un esqueje ó de la germinación de un grano, es hollado ó comido cuantas veces intenta asomar sus verdes hojas á la superficie de la tierra.

Cuando cruza el naturalista por los extensos palmares de Cerro-Largo, en la República Oriental, donde sólo aparecen individuos adultos; al ver el cuadro desolador de aquella sociedad, que cual todas camina á la muerte, pero sin el consuelo de la reproducción, al interrogar la naturaleza, responden los anillos de los estipites: «hace siglo y medio que las charqueadas de Olimar y Cebollatí viven á expensas de la sangre de nuestros hijos».

Los bosques de la República Argentina, donde ha penetrado ya ese preludio de civilización que se llama ganadería, se encuentran en el mismo caso.

Restemos cuatro ó cinco años de la edad del individuo más joven, y tendremos la fecha de la población de aquellas estancias.

Inmensos tesoros de vegetación pueblan las faldas de San Javier y de Aconquija; pero no ha alcanzado ni alcanzará jamás el poder de Sarmiento, á reunir algunos ejemplares jóvenes de tipás y cedros tucumanos, para embellecer su querido parque de Palermo.

Es urgente el remedio.

Un siglo más de indiferencia por parte de los legisladores, y sonarán para el continente Sud-Americano los ecos aterradores de las trompetas de Jericó.

PROTECCIÓN A LA INDUSTRIA

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN EL LOCAL
DE LA «UNIÓN INDUSTRIAL ARGENTINA,» EL 16 DE MAYO DE 1890.

Señores:

Cumpliendo los estatutos de la Unión Industrial, su Comisión Directiva acaba de inaugurar una serie de conferencias, que tiendan á remover los obstáculos que se oponen á la marcha progresiva de nuestras nacientes industrias, y á mí, el más indigno de los miembros de esta asociación, me ha cabido la honra de ser uno de los designados para tomar en ellas parte activa, lo que atribuyo, ya que no puedo á mis aptitudes, á la buena voluntad, que todos me reconocen, cuando se trata de servir á un país, que aunque no fuese la patria de mis hijos y mis nietos, debería amarle por ser tan espléndido en su naturaleza como en sus instituciones y porque es la tabla salvadora de todos los náufragos del viejo mundo.

El momento elegido por los representantes de la industria para iniciar estas conferencias, parece, á primera vista, el más oportuno, no tan sólo porque es aquel en que los industriales se sienten más necesitados de la protección del país, sino porque también es aquel en que el país, por una muy dolorosa experiencia, ha venido á penetrarse de la necesidad de fomentar sus industrias para ser verdaderamente rico y verdadera-

mente independiente y para poder afrontar con ánimo sereno las funestas veleidades de esa deidad coqueta que se llama oro, á cuyos caprichos despóticos tienen que someterse sin protesta los pueblos que no saben defenderse con las armas de la industria.

Pero, Señores:

No nos hemos reunido en este recinto los industriales, para condolernos mutuamente de los males que nos aquejan, pues eso ya lo hacemos cada día y cada hora en nuestros tristes hogares, ni para calificarlos, pues los más sabios doctores están contestes en el diagnóstico; ni tampoco para discutir su mejor antídoto, que harto le conocemos, sino para procurar el remedio que hubiera de darnos la salud apetecida. Y ¿habrá alguno entre nosotros que confíe sinceramente en que éste sea el momento oportuno para obtener este remedio de los farmacéuticos que tienen el deber de suministrarle?

No. Todos sabemos que las farmacias donde debería encontrarse el antídoto que hiciera robustecer á la débil adolescente industria nacional, para que el día no lejano levantase á la patria sobre sus potentes hombros, se han transformado en confiterías, donde se sirve, no á los enfermos que buscan la salud, sino á los golosos que van á perderla.

Aunque haya que disgustar á ese uno por mil de los habitantes de la República, que por ser mozos, ó socios, ó clientes favorecidos de esas confiterías, no se conformen con la verdad que debe resplandecer en esta tribuna, desde donde sin la pasión del partidario y con el desinterés más noble, se busca el bien del país, hay que dejarse de metáforas, y decir en buen castellano, para que entendiéndolo todos, traten de conjurar el mal que nos debilita: La industria argentina necesita la protección de los Bancos oficiales. Los Bancos oficiales niegan hoy su protección á los que no pueden ostentar más que el modesto título del gremio de trabajadores á que pertenezcan. Para ser protegidos no basta ser neutrales en política, como lo somos, por regla general los que vivimos de la industria, sin

más aspiraciones que la de que nos dejen trabajar en paz. Para ser protegidos no basta el ser industriales competentes y honrados. En una palabra: la protección de los Bancos oficiales no alcanza á los hombres de responsabilidad y de honor que, ocupándose de las artes y de las manufacturas, son los que pueden conjurar las grandes crisis, sino á los partidarios que son los que las provocan.

¿Cuál no sería el esplendor de la Confederación Argentina si la plata que se ha dado á los partidarios para palcos en la Opera á 8.000 pesos; para muebles, carruajes y troncos extranjeros; para jugadas en los clubs, en la Bolsa, en los hipódromos y en las canchas de pelota, y en fin, para absurdas especulaciones que despues de arruinar al país han concluido por arruinarlos á ellos mismos, se hubiese destinado, con seguridad y con prudencia, al fomento de todas las industrias adaptables, sin excluir la agrícola y pecuaria?

Señores: no fundemos nada sobre falaces ilusiones. La industria nacional no ha de ser protegida por ahora y como nuestra capacidad productora no ha de aumentar, porque no sólo no hay protección, sino que aumentan las patentes; y como los despilfarros no han de contenerse para que no se desbanden los parciales; y como la pesada deuda que gravita sobre nuestros hombros no ha de extinguirse sino acrecentarse, á pesar de que pagamos anualmente al extranjero más de 34,000,000 $, oro! sólo bajo el concepto de intereses y como nuestra reputación en Europa, está por el suelo, hasta el punto de que la corriente fertilizadora de la inmigración se ha contenido; y como los vicios adquiridos por los que han dispuesto, sin criterio, del tesoro público, no han de olvidarse en cuatro dias; y como no han de conformarse con el trabajo honesto, los que se han cebado ya con los negocios de lucro inmediato; y como de todas estas razones juntas y otras que suprimo, para no hacer este cuadro demasiado obscuro, se desprende que la crisis que nos agobia no es una calamidad pasajera, sino que durará todo lo que resta del periodo pre-

sidencial y algunos años más, aun cuando subiese al poder un Wáshington, lo mejor que puede aconsejarse á los que se ocupan de la industria es que no confíen más que en sus propias fuerzas; más claro, que el que tenga que liquidar que liquide.

No creo posible sacar deducciones más lisonjeras de datos tan precisos como los que nos vienen saltando á la vista, desde hace algunos años,

Nadie, con fundamento, podrá tacharme de pesimista, y ojalá que acontecimientos fortuitos se encarguen de desmentirme.

Dos causas he tenido presentes para expedirme con esta franca rudeza. La primera es que no debe adormecerse á los industriales con el narcótico de falaces esperanzas para no esponerlos á un despertar en que peligre su fortuna y su honra. La segunda es que el que ocupe hoy esta tribuna para tratar sobre intereses industriales, que dependan de la proteccion oficial, tiene que aparecer muy cándido en las altas regiones, si no comienza su discurso declarando que la experiencia no permite confiar en la benignidad de las brisas que soplen de ese lado.

Hecha esta salvedad, ya se puede, sin riesgos, verter algunas opiniones, acerca de lo que correspondiera hacer en su día, en defensa de las industrias nacionales, á los que vengan á regir los destinos de la patria.

Durante la administracion del General Roca, en cuya época no se veía la industria argentina tan postrada como hoy, cuando un socio del Club Industrial solicitaba de su Comision Directiva una carta de recomendación para obtener un pequeño auxilio de los bancos oficiales, esta se la otorgaba, previos informes minuciosos, y hay que declarar lealmente, que jamás fueron desairadas nuestras recomendaciones, no sólo por el respeto que merecía aquella institución, sino por que, digámoslo con orgullo, ninguno, entiéndase bien, ninguno de los modestos industriales, recomendados por nosotros á la benevolencia de los bancos, dejó de satisfacer con toda puntualidad los vencimientos. Yo quisiera preguntar si se han con-

ducido con igual honradez comercial los personajes presentados á los bancos por altos magnates, durante estos últimos años, y á quienes, aunque insolventes y acaso sin profesión, se les entregaban fabulosas sumas.

Y hay que añadir, señores, que á tal punto se mantenía el decoro de aquel centro, que nosotros, los miembros informantes, que día á día favorecíamos, con nuestra recomendación á los peticionarios, jamás usamos de nuestro influjo, en servicio de nuestros intereses particulares, conducta honesta que debía servir de ejemplo á los directores de los bancos actuales.

Pues bien, señores: ya que no por los honrosos antecedentes que tiene la patriótica institución de que formamos parte; ya que no por lo retributivos que son para el engrandecimiento del país los anticipos que se hagan á su industria hasta que salga del período de la adolescencia; ya que no por gratitud y patriotismo, al menos por el interés inmediato que obtendría, sin riesgo, el capital de los bancos, deberían esas instituciones otorgar el crédito más ilimitado á toda petición de industrial, radicado ó á radicarse en el país, siempre que viniera recomendada por la Unión Industrial Argentina.

La Unión Industrial Argentina, por su conducta actual, por el fin patriótico que persigue, por la clase social que la constituye, por los hombres que la rigen, por su competencia en las artes, oficios y manufacturas y por sus honrosísimos antecedentes, tiene conquistado derecho de ser atendida con preferencia y sin vacilaciones, informes, ni consultas, cada vez que facilite á un industrial una carta de introducción para los bancos oficiales; y si los bancos oficiales consultasen mejor sus verdaderos intereses deberían felicitarse de tener clientes tan perfectamente seguros como los que puede recomendarle una institución tan honrada, tan competente, tan iniciada en la inteligencia y moralidad de sus asociados y tan celosa de mantener su decoro.

El directorio de los Bancos concede ó niega el crédito en

virtud de un criterio que no puede ser siempre perfectamente equitativo, ya sea por apoyarse en informes calumniosos ó demasiados benevolentes, ya por tener que doblegarse ante imposiciones incontrastables; de lo que resulta, no sólo que con harta frecuencia se dé plata para vicios ó para especulaciones descabelladas, sinó, y lo que es de mas fatales consecuencias para el país, que muchos grandes progresos dejan de cumplirse por no conceder á sus iniciadores el crédito indispensable.

Esto es: los Bancos sufren descalabros; la sociedad se escandaliza; los hombres de iniciativa se desalientan y la nación no progresa en las proporciones que debiera hacerlo, á dirigirse con mejor criterio la corriente del crédito.

La Comisión Directiva de la Unión industrial no se encuentra en el caso del directorio de los Bancos, supuesto que conoce personalmente á todos los industriales; sabe cuál es su laboriosidad; cuál es el estado de sus negocios; cuál su capacidad para manejarlos, y en una palabra, cuáles son sus necesidades y cuáles son los límites del crédito que puede concedérseles.

Por otra parte, siendo la que representa á la única asociación competente en los distintos ramos de la industria, debe suponerse que no se hará ilusiones acerca de industrias inadaptables hoy en la República, y por tanto, que no puede haber, ni remotamente, el temor de que, siendo sorprendida, dé recomendaciones á visionarios ni á caballeros de industria.

No teman los Bancos; la Unión Industrial no dará nunca cartas de introducción á los industriales que se propongan fabricar patines en el Chaco, ni hielo artificial en el Puente del Inca, y todavia menos á los que en dias de labor acuden á las canchas de pelota.

Dén los Bancos con entera confianza, lo que puedan dar á los recomendados por la Unión Industrial Argentina, y estén seguros de que ganarán mucha plata y que dentro de muy pocos años habremos dejado de pasar por la vergüenza de re-

cibir de Europa artículos elaborados con nuestras materias primas.

Pero, vamos á cuentas. La protección que la industria precisa, ¿se limita exclusivamente á la que puedan prestarle los bancos oficiales, por medio de algunos pesos?

De ningún modo; ésta no es protección, ni como protección puede pedirse, desde que los bancos no son más que una especie de registros que venden sus mercaderías á plazo, por un precio convencional y que no abren crédito al que no les inspire confianza. Los registros no son instituciones filantrópicas. Son casas de comercio que hacen negocios con la esperanza del lucro.

Para que este servicio recíproco, pudiera calificarse de protección, era preciso (y estaría muy puesto en razón) que los bancos oficiales, por ser bancos oficiales, acordasen su capital á largos plazos y con un interés más reducido que el interés corriente de plaza á los que se propusieran emplearlo en el fomento de las industrias nacionales. Éste, sí, sería un servicio que los industriales y más que los industriales el país entero, tendría que agradecer á los poderes públicos que tales disposiciones decretasen.

Sin embargo, si las nacientes industrias nacionales no hubiesen de contar, para alcanzar su desarrollo y su independencia con más protección que la de alguna plata, prestada en condiciones más ó menos liberales, desde ahora podríamos asegurar que pocas, muy pocas de entre ellas, conseguirían salir del período de la adolescencia.

Sin ciertas reformas en las tarifas aduaneras, dictadas con prudencia en servicio de la industria nacional, el dinero de los bancos, aún obtenido en condiciones holgadas, podría volverse contra los intereses del mismo que los recibió y de rechazo contra los intereses del banco que presta.

Pongamos un ejemplo: un fundidor, que acaba de celebrar un contrato por algunas toneladas de columnas, en la seguridad de que puede suministrarlas tan buenas, á igual precio y

en más corto plazo que si fuesen encargadas á Europa, solicita y obtiene de uno de los bancos oficiales y en condiciones convenientes, un préstamo con el que le sobra para salir de apuros. Mas hé aquí que de la noche á la mañana se encuentra con que se han declarado libres de derechos de importación todos los artículos de fierro fundido y se han elevado los de los lingotes y los del combustible.

Las tarifas aduaneras habrán arruinado al fundidor, á pesar del desahogo con que operaba, y además habrán hecho sufrir al banco demoras y quebrantos.

Habiendo tratado de demostrar la necesidad de hacer anticipos á los industriales, pero que éstos deben apoyarse, para que sean eficaces, en la protección aduanera, hay que decir algunas palabras para calmar la susceptibilidad de los librecambistas que no quieren convencerse de la imposibilidad que hay, de que crezca la industria, cuando no se la favorece al dar sus primeros pasos.

En un país como el nuestro no hay que discutir lo que debe hacerse para que las industrias florezcan y den opimos frutos, sino seguir paso á paso, el proceder seguido por los que, con su talento práctico, han llegado á formar un grupo de setenta millones de hombres para constituir la primer nación agrícola y la primer nación manufacturera del mundo. No hay que decir que me refiero á la gran Confederación Norte-americana, que tantos puntos de contacto tiene con nosotros y á la que seguimos tan de cerca.

Mucho admiró á los economistas europeos el ver que se declaraba decididamente partidario de la escuela proteccionista, el pueblo que había sabido constituirse bajo unas leyes dictadas por el sentimiento más puro de la democracia.

El proteccionismo de los Norte-americanos aparecía como la única nota desafinada en el armoniosísimo concierto de la libertad. ¿Cómo podía explicarse que la augusta matrona que recibía cariñosa en su fértil regazo á todos los hijos desheredados del viejo mundo, y que sin inquietarse de razas, costum-

bres, aptitudes y creencias, los asimilaba á la familia, como sus propios hijos.... cómo podía explicarse, repito, que fuese al propio tiempo la misma que, ahogando por frío cálculo egoísta el sentimiento de fraternidad de la familia humana, retardase la marcha del mundo hacia el bello ideal del intercambio libre, restringiendo la entrada de las mercaderías extranjeras por medio de esa vieja muralla, que se llama derecho de importación?

.....

Si hemos de dar crédito á nuestros sentidos, la infabilidad no es solamente un atributo del Sumo Pontífice; lo es también, y muy tangible, del pueblo Norte-americano. Sus legisladores, que bien pudieran llamarse sus profetas, dictaron códigos tan admirablemente sabios, que no sólo se adaptaban al clima, al suelo y al carácter etnográfico de los primitivos pobladores, sino que, presintiendo el anhelo presente y futuro de todas las razas civilizadas, edificaron un monumento imperecedero, bello ideal de la humanidad hacia el que habían de converger todos los hombres de aspiraciones elevadas que quisieran trocar el degradante nombre de súbditos por el honroso título de ciudadanos.

Pero aunque el pueblo acababa de emanciparse para siempre, por el poder de las armas, de la presión avasalladora de la metrópoli, no por ese primer acto de soberanía creyeron sus sabios legisladores haber asegurado la completa independencia de la gran República. Ellos comprendían que no es posible sacudir el yugo de la esclavitud al liberto que no se basta á sí mismo, y que la verdadera emancipación de los individuos ó de los pueblos, no consiste en tener las manos desatadas, sino en saber servirse de ellas.

Los vencedores de la víspera en el campo de batalla, hubieran á su vez sido dominados en la batalla de la industria, mil veces más funesta para el vencido, porque no muere con el entusiasmo de los héroes, sino en medio de las prolongadas agonías de los anémicos. Pero aquellos patriarcas previsores

que habían escandalizado á los pueblos decrépitos de la tierra, al consagrar todas las libertades, no se dejaron deslumbrar por la brillante teoría del libre cambio, único escollo en que hubiera podido estrellarse el porvenir de su hermosa patria, y única libertad que hubiera sido aplaudida y bién aprovechada por las naciones industriales de la Europa.

Colectividad nueva, que acababa de aparecer á la vida independiente, la Confederación Norte-americana, no podía, sin exponerse á la derrota, ó más bien al suicidio, presentarse inerme á la lucha por la vida contra veteranos de la industria que contaban á retaguardia con repletos arsenales.

Para asegurar la independencia conquistada á costa de tan heróicos esfuerzos y para favorecer el desarrollo del cuerpo social, era indispensable explotar todos los manantiales, despertar todos los gérmenes de la riqueza nacional y estimular, por medio de la protección oficial, la actividad y la inteligencia de los ciudadanos. El libre cambio hubiera cegado los primeros, dejado latentes los segundos y enervado el laborioso instinto de los últimos.

. . . . . .

Consagrando el libre cambio se completaba, ciertamente, el conjunto armonioso de todas las libertades proclamadas; pero se daba un golpe mortal á la existencia del nuevo Estado.

Los próceres Norte-americanos, descendiendo de los seductores espacios de lo ideal al prosáico terreno de la vida práctica y apoyándose en que la salvación del Estado es la suprema ley, se decidieron por defender las suyas propias contra la invasión de las industrias extranjeras.

Que nieguen la infabilidad de aquellos hombres los que hoy ven á la gran Confederación del Norte á la cabeza del mundo en riqueza y en poder; riqueza y poder que sirve para bastarse á sí mismos y para remediar con carne, pan y algodón barato, el hambre y la desnudéz de muchos millones de europeos!!

Queda, pués, demostrado con hechos irrefutables que aquella sola nota que nos parecía desafinada en el armoniosísimo con-

cierto de sus libertades, es precisamente la que más ha contribuido á afianzar su independencia y á hacer á ese pueblo indispensable para la conservación de otros pueblos situados allende los mares.

Los más recalcitrantes libre-cambistas, no pueden dar lecciones de democracia al pueblo más demócrata del planeta. Él sabe muy bién que el interés del Estado debe estar muy por encima de los encontrados intereses de los individuos. La protección que los curtidores argentinos pudiesen recibir del Estado, si éste aumentase los derechos de importación de cordobanes, charoles, becerros, tafiletes, etc., no gravitaría absolutamente nada sobre las industrias que tienen estos artículos como materia prima; gravitaría levemente sobre todos los habitantes del país, sin excluir á los mismos curtidores y sólo durante el corto período de incubación de la industria. ¿Qué ciudadano de medianas luces no soportaría gustoso ese peso tan leve y tan efímero, con tal de ver (como lo veríamos en pocos años) no sólo abaratarse el artículo con la natural é imprescindible competencia entre los curtidores, sino abastecer al país y exportar elaborados los millones de cueros que hoy mandamos como materia prima? Pues qué: ¿No es humillante para la dignidad de un pueblo que ha llegado á la altura de civilización en que felizmente nos hallamos, el tener que mandar á Europa, quizá en el mismo barco, el cuero y el tanino á fin de que con esas dos materias primas nos hagan unas suelas para nuestros zapatos y hasta los zapatos mismos?

Para hacer florecer aquí ésa y otros centenares de latentes industrias, no nos falta *nada;* absolutamente nada, más que una pequeña cosa. Que sean nuestros mandatarios tan hombres de Estado como lo es el ultimo concejal de Norte América.

El capital es cobarde y en ese defecto estriba toda su inteligencia. El capitál es ciego, y no se fía más que del sentido del tacto.

Cuando el capital ve que hay ya establecida una industria

provechosa, no vacila en reproducirla; pero no es capaz de crearla si alguien no le da, bajo cualquier forma, una garantía que le asegure el interés que se propone.

Ese alguien no puede ser otro que el representante de una sociedad que piense en su porvenir.

Los grupos humanos que surgen á la escena de la vida no traen consigo otras industrias que la caza, la pesca, el pastoreo ó cuando más una agricultura rudimentaria; las demás no llegan á florecer si, al constituirse en naciones estas pequeñas colectividades, no se las inspira confianza por medio de una protección de cualquier género.

Eso es lo que han comprendido los sabios legisladores norte americanos, y es por eso porque, los que se rigen por las leyes más liberales de la tierra, han aceptado el proteccionismo para su casa, pasando por alto la vocinglería de los imprevisores, y es por eso por lo que, en tan pocos años de existencia, se han puesto, en industrias, á la cabeza de las naciones y se han enriquecido hasta el punto de que los que han resuelto los más arduos problemas, no pueden hoy resolver el de lo que han de hacer con su dinero, ni el de lo que han de hacer con sus manufacturas.

¿Por qué nosotros, nación nueva, situada en el mismo continente, que paso á paso hemos caminado en todo sobre sus huellas, no hemos de resolvernos á imitarla en el hecho más trascendental de su próspera existencia?

No pidamos protección al Gobierno, para esas industrias que sólo pueden aclimatarse en el país á la sombra de la protección, á menos que pertenezcan á las que servirían, en caso de bloqueo, para la defensa del Estado.

Y ¿cuáles son las industrias que no se aclimatarían sin la protección oficial, indefinida, ó lo que es lo mismo, sin el sacrificio permanente de todos los habitantes de la República?

Eso lo sabríamos dentro de diez años, que es el límite más largo á que esta proteccion debe extenderse; porque las industrias que para entonces no pudieran caminar sin andadores,

ya podíamos abandonarlas á su mala suerte, sin miedo de pasar por antipatriotas; pero desde luégo puede asegurarse que no sería ninguna de las que emplean productos indígenas como materia prima.

Ya no vienen sino por excepción, de Irlanda canastos de papas, ni cajones de fideos de Italia, ni sacos de porotos de Chile, ni barricas de maíz, medio calcinado de los Estados Unidos, á pesar de que los retrógrados de hace 20 años se mofaban de los que confiábamos en esta bendita hora. Para ellos el bello ideal del progreso argentino consistía en una ganadería semi-salvaje. Los hijos de aquéllos celebran hoy un concurso en el que no se desdeñan de admitir nuestros ricos productos agrícolas, algunas de nuestras materias primas y no pocos artículos de manufactura nacional.

Los tiempos han cambiado, pero cada tiempo tiene sus retrógrados, más ó menos disfrazados, pues si no los hubiese, imposible sería que todavía en 1890 entrasen por nuestras aduanas: muebles, vinos, licores, tejidos, cerámica, cueros curtidos, arneses, bujías, calzado, papel, aceites, vidrios, carruajes, confecciones, pasas, encurtidos, conservas, jamones, cristales y tantos otros artículos que, elaborados aquí, enriquecerían al Estado, ocuparían millones de brazos, impulsarían el comercio y la navegación y formarían la fortuna de cientos de empresas y de particulares.

Aun hay en la República Argentina, gentes con reputación y hasta posición de hombres de Estado, que tuercen el gesto cuando se les habla de favorecer el desarrollo de ciertas industrias, lógicamente adaptables, como si se les hablase de establecer un ascensor hasta la luna. Son los discípulos de los que hubieran dejado al país eternamente convertido en un inmenso saladero, porque no creían entonces en el milagro de la agricultura, como hoy no creen en los milagros de la industria.

Las rémoras de hoy no son los descreídos ni los imbéciles; son los que no quieren sacrificar nada al porvenir de la patria si no les produce algo en el presente; son los que, engolfados

sólo en la recolección, se mofan de los que siembran; son en fin, los que para ganar tiempo, no nos dan más que promesas, que, á confiar en ellas, serían para los abatidos industriales, lo que las inyecciones hipodérmicas para los dolientes, que empiezan calmando y terminan envenenando.

Señores: por las ricas y abundantes materias primas con que la Providencia ha dotado á este país; por la laboriosidad indiscutible de sus habitantes, nacionales y extranjeros, y por la existencia de algunas industrias surgidas espontáneamente entre nosotros, ya nadie duda de que esta nación, que germinó con la ganadería y se desarrolló con la agricultura, puede florecer cuando brille en su horizonte el sol vivificador de las industrias.

Nadie duda de que la industria es una planta que no puede florecer, si en los primeros días de su desarrollo no se la revive con el riego de la protección.

Nadie duda tampoco de que el capital que los Bancos oficiales facilitasen á la industria, no correría riesgos y alumbraría inmensos manantiales de riqueza.

Y por fin, creo que los economistas de la joven República Argentina no tropezarían en el camino de la proteccion aduanera que con tan asombrosos resultados han recorrido sus hermanos mayores, los economistas norte-americanos.

Venga, señores, venga pronto, aunque sea mañana, el día en que nuestros mandatarios, inspirándose en el santo amor de la patria, impulsen, con la protección que pedimos, el desenvolvimiento de las industrias nacionales, y entonces, en presencia de cien mil hombres congregados en la plaza de la Victoria para manifestar su reconocimiento, comprenderán que el instinto de las muchedumbres es igualmente justo cuando aplaude, que cuando protesta.

He dicho.

EL CHACO Y SUS INDIOS

CONFERENCIA PRONUNCIADA

EN LA «SOCIEDAD GEOGRÁFICA ARGENTINA,» EL 17 DE JUNIO 1881

Señores:

Acaba de realizarse la conquista de la Pampa y todos esperamos que no pasarán muchos días sin que se inicie la del Chaco. Ha llegado, pues, el momento de que, los que trabajan por la causa de la humanidad, emitan sus ideas ante el pueblo argentino á fin de que se discutan y sirvan para ilustrar la marcha del gobierno, á quién la Providencia ha concedido la dicha de acometer una empresa que puede ser gloriosa.

El que tiene el honor de dirigiros la palabra, desde el seno de una institución meritoria, por los altos fines que se propone, y respetable por los ilustres hombres que la iniciaron, debe empezar por confesaros, paladinamente, que por sus presentimientos de la infancia, por los estudios de su juventud y por la experiencia adquirida en su edad madura, no cree en la tan decantada ferocidad de los salvajes. Más aún, cree que si por ferocidad tomamos esa saña, esa crueldad de ánimo, para vengarse de las ofensas recibidas, nunca alcanzará la de los sencillos hijos de la Naturaleza, á la que millares de ejemplos nos presenta la historia de todas las épocas entre los hombres nacidos en medio de las sociedades más cultas.

He dicho para vengarse de las ofensas recibidas, porque no otra cosa vienen recibiendo de los conquistadores, los indígenas americanos desde hace cuatro siglos, y porque no de otra cosa dependen las tan funestas como frecuentes represalias de que somos víctimas.

No me apartaré de los fines de esta Conferencia, ni fatigaré vuestro ánimo, con la interminable enumeración de las iniquidades que en todo tiempo han cometido los que se llaman mensajeros de la civilización con los hijos del desierto, sólo sí, deberé recordaros, que en la funesta querella que mantenemos con ellos, nos hemos atribuido también el poder de Jueces, sin que la sociedad proteste, y si nos creemos en nuestro derecho, cuando los exterminamos y nos apoderamos de sus tierras, con más razón, nos creemos autorizados para calificarlos de feroces.

No pretendo tampoco, señores, contribuir con un átomo de opinión, á los aplausos ó censuras, con que en su día recordará la Historia, el nombre de los que han iniciado y concluido la conquista de la Pampa; pero á fuer de imparcial y sin intentar por mi parte, llevarlos al Capitolio ni á la Roca Tarpeya, diré que se ha obedecido á una dolorosa necesidad, porque, la saña de los indios, había llegado á su colmo; su táctica, se perfeccionaba día á día; sus elementos bélicos, se acrecentaban, y la ciega corriente de inmigración, empujaba las fronteras hacia los hielos de la Patagonia y hacia las crestas de los Andes.

Echemos por hoy un velo sobre el pasado, y si hemos cometido involuntarios errores, que sirvan de escarmiento para inaugurar un porvenir verdaderamente glorioso.

La conquista del Chaco, va á emprenderse, ¿pensará el Gobierno Argentino, llevarla á cabo por medios idénticos á los empleados en la Pampa?

Esto es lo que tratamos de prevenir, más que por la compasión que nos inspiran las desventuradas tribus que habitan entre sus bosques, por el amor que sentimos hacia un país cuyo

suelo, clima é instituciones le hacen el más apto para que á él acudan los desheredados del Viejo Mundo.

Para que los medicamentos sean eficaces, no sólo ha de tenerse en cuenta la enfermedad, sino también las circunstancias del doliente. A los indios de la Pampa se les ha supuesto en el último período de la hidrofobia. Era necesario preservarse de su contacto, por medio de una sangría suelta; pero los indios del Chaco, que no padecen de otra enfermedad, que la del hambre, la de las persecuciones y la de su propia ignorancia, para curarse hasta el punto de poder servir á los intereses de la sociedad civilizada, no necesitan tan radical medicina, sino maestros, aparatos, herramientas, semillas, ganados, lealtad en las relaciones que con ellos se establezcan, y alejamiento completo de sables, lanzas, fusiles y cañones, que no queriendo permanecer ociosos, han servido muchas veces para destruir en un instante el trabajo civilizador de los comerciantes, de los exploradores y de los misioneros.

Muy atrevidas y muy aventuradas os parecerían estas afirmaciones, si ellas no procediesen de un hombre que absolutamente solo, y sin otras armas para defenderse, que el dominio sobre sus propias pasiones, y el amor hacia esas calumniadas razas indígenas, ha penetrado en el Chaco del Norte, donde jamás estampó su huella ningún hombre civilizado, y ha vivido largo tiempo, recibiendo innumerables beneficios de sus inocentes pobladores, admirando sus virtudes, estudiando sus deseos y compadeciendo sus necesidades. Muy atrevidas y muy aventuradas, si el que se lanzó á resolver prácticamente, el arriesgado problema que le proponía tal vez su fé, tal vez un presentimiento, tal vez una creencia razonada, no os dijera hoy, en posesión de la incógnita que apetecía: trabajo para volver solo entre los indios y volveré cuando me sea dado poder servir con ello á la causa de la civilización y la justicia.

Lo que es el Chaco y lo que son las tribus que le pueblan, nos lo han dicho los navegantes que vieron los raquíticos palmares de sus inundadas costas, que recibieron las saetas, lan-

zadas traidoramente por una mano invisible. Nos lo han dicho los soldados que vivieron en sus fronteras y que pelearon repetidas veces con séres humanos que parecen fieras. Nos lo han dicho los innumerables mártires que pretendieron adelantarse algunos pasos ante las guerrillas de los conquistadores. Nos lo han dicho los exploradores del Pilcomayo y el Bermejo, como Patiño y Castro Boedo. Nos lo han dicho los vecinos de Orán y de Tarija, cuyas haciendas pastorean sobre los Llanos de Manso. Nos lo han dicho los sabios como D'Orbigny y Azara, que sin pasar las fronteras, hicieron relación con algunos cautivos. Nos lo han dicho los obrajeros, que con peones indios, explotan maderas á pocos kilómetros de la costa. Nos lo han dicho los comerciantes próximos á la frontera que dan á los indios un anzuelo en pago de una libra de plumas de avestruz ó de un cuero de tigre. Y por fin, nos lo han dicho los hacendados de Salta y Jujuy, en cuyos ingenios de azucar trabajan los resignados matacos por un plato de locro y algunas varas de lienzo.

Pero, señores, los informes que hasta hoy se nos han suministrado, erróneos únos, falsos ótros, apasionados los más, y todos incompletos, no pueden ciertamente llevar á los altos poderes del Estado, el caudal de antecedentes que necesitan adquirir, para emprender con prudencia y realizar con acierto, la grandiosa empresa de la civilización del Chaco. Créome, pués, moralmente obligado, antes de la publicación de mi Diario de Viaje, á dar cuenta de lo que me parece más interesante entre todo lo que he visto en el Chaco, lo que haré, con el pesar de no ser ni muy ameno ni muy extenso, por lo limitado de mis conocimientos y del tiempo que puedo emplear en la presente Conferencia.

Públicos son los esfuerzos que realizaron los conquistadores del Rio de la Plata, para buscar, por medio de sus caudalosos afluentes, el modo de ponerse en contacto con los conquistadores del Perú, siendo el malogrado Ayolas, el primero y el único, que, guiado por sus amigos y parientes los indios paya-

guás, halló sobre la margen occidental del río Paraguay, un puerto donde atracar sus buques y una trillada senda, que, dirigiéndose al Noroeste, le condujo hasta la falda de las cordilleras donde moraban los laboriosos charcas; pero también es cierto, que esta expedición, la más atrevida de cuantas han realizado los hombres, no produjo resultados favorables para la civilización del Chaco, pues que con la misteriosa muerte de su jefe y la desaparición de todos los españoles que la componían, quedó perdido para la Historia, el lugar preciso del puerto, al que había denominado Puerto de la Candelaria, y cuya latitud no se había consignado ni por Ayolas ni por su teniente Irala; quedó perdida la senda, ó más bien dicho, la carretera imperial que unía las márgenes del río Paraguay con el alto Perú y lo que fué más fatal para la conquista, quedó sobre los indios de aquella parte del Chaco, la reputación de alevosos y traidores asesinos, porque asi convino consignarlo aparentando que se daba crédito á las falsedades de un corrompido lenguaráz.

Público es, que desde aquel aciago día, no volvieron á intentarse nuevas expediciones ni por aquella parte del Chaco, ni por las inmediatas. Mirábanse aquellas costas como lugares malditos, donde sus extensos lagos, sus enmarañados pajonales, sus corrompidas emanaciones, sus ponzoñosos reptiles y sus feroces indios, no podían proporcionar otra gloria á los valientes aventureros, que la gloria del martirio. Y esa reputación, señores, persiste todavía; porque, preciso es decirlo, los sagaces portugueses, en cuyo interés estaba el impedir el engrandecimiento de los territorios españoles, después de haberse apoderado de todos los puntos elevados que hay sobre la margen occidental del río Paraguay, hasta el grado 20 de latitud, fundando en ellos las fortalezas de Curumbá, Coimbra, y Alburquerque; puntos que parecían los indicados por la naturaleza, para poner en relación al Plata con el Pacífico, y por los cuales, habían paseado sus armas victoriosas Irala, Nuflo de Chaves y tantos otros; cuidaron muy bien de describir en

sus informes y de figurar en sus mapas, como lugares inhabitables, por lo pantanosos é insalubres, los que ellos voluntariamente abandonaban al Sud de Bahía Negra, ó lo que es lo mismo, el Chaco del Norte. Y por si esto no era bastante todavía, Azara, el sabio Azara, mal informado por los españoles, por los portugueses y sobre todo por los maliciosos indios, aseguró con razones, que parecían incontestables, «que no había medio de comunicarse con las provincias de Mojos y Chiquitos, á menos de que esto se hiciese pasando por territorios de que ya estaban en posesión los portugueses.»

Era preciso que llegase el día de una necesidad suprema, para que los hombres se aventurasen á poner en duda lo que hasta entonces se venía considerando como una verdad incontestable, y ese día llegó, porque Bolivia, que vió cerradas sus puertas del Pacífico, volvió sus ojos al Atlántico, de uno de cuyos grandes afluentes se veía separada por un desierto de ciento veinte leguas.

Saber si ese desierto era transitable; ésa fué la misión que me condujo al Chaco y ésa fué la que me hizo recorrer los extensos territorios que existen entre el 20° y 22° 10' de latitud y la que me puso en relación, no sólo con sus pobladores sino también con los jefes de las tribus que habitan desde el Bermejo al Otuquis, y desde el Peripetí al Paraguay.

Voy, pues, á deciros algo de lo que conservo en la memoria acerca de esas misteriosas regiones, porque sé que ésta es la hora en que con ello puedo servir á los más palpitantes intereses de la República Argentina.

Con buques que calen seis piés, aún en tiempo de las mayores bajantes, se puede sin riesgo remontar el rio Paraguay, y atracar contra sus barrancas occidentales: en el grado 22° 10' de latitud, frente de la isla del Apa á un kilómetro de la toldería de los indios angaités; en el grado 21° 40' á la vista del cerro denominado Pan de Azucar, lugar llamado Caña de Azucar donde desemboca el arroyo de los huanás; en el grado 21° 27' donde he encontrado el puerto de la Candelaria; en

el grado 21° 1' donde existen los cerros de las Tres Hermanas y la fortaleza que se fundó por los españoles con el nombre de fuerte Borbón y al que los paraguayos, después de la emancipación, confirmaron con el nombre de fuerte Olimpo; en el grado 20° y 15' y en el grado 20° donde se encuentra la Barranca de los chamacocos. De este último punto al Norte, son territorios brasileros y aumentan las dificultades de la navegación para los buques de dicho calado, principalmente en el lugar denominado Paso del Consejo.

No creo que existan en esta zona más puertos, cuyos terrenos inmediatos estén fuera del alcance de las grandes inundaciones; pues que el resto de las costas lo constituyen, ó grandes islotes anegadizos, ó bajas planicies que, aunque susceptibles de anegarse y separadas del interior del Chaco, por enredadas madejas de *curiches*, están cubiertas de magníficos pastos y de algunos palmares carandaí; ó de antiguos senos del mismo río, de algunas leguas de diámetro, donde afluyen las arroyadas que se forman en el interior, durante la estación de las lluvias, que es la del verano; feraces vegas del porvenir cubiertas de pajonales, que rara vez pueden atravesarse á pié enjuto.

El suelo del Chaco, con muy pocas excepciones, es una superficie horizontal que se compone, ó de lagos permanentes, ó de pajonales pantanosos, ó de praderas inundadizas, ó de palmares que rara vez se inundan ó de espléndidos bosques, que hace pocos siglos serían las extensas islas de aquel pintoresco lago, cuyo paisaje aún nos es dado contemplar en los Jarayes y las Gaibas.

Los mayores lagos permanentes se encuentran siempre próximos á la costa del río Paraguay, hasta diez leguas al Oeste; su mayor profundidad nunca pasa de tres metros, su anchura rara vez alcanza á dos kilómetros; pero en cuanto á su longitud, los hay que ocupan extensiones por mí desconocidas.

Como es tan poca la profundidad de estas lagunas, como

mucha la fertilidad de su lecho. y elevada la temperatura, sobre la superficie de sus aguas trasparentes, y provistas de boyas dadas por la naturaleza, flotan las blancas, las azules y las rosadas flores de las ninféas, contrastando con el verde pulimentado de sus abroqueladas hojas, sobresaliendo entre todas, por su tamaño y brillo, las de esa deidad, de Kin-Garden, descubierta por Schomburgk en las templadas aguas del Berbice, á la que hoy distingue el mundo con el nombre de Victoria Regia.

Entre esta espléndida vegetación acuática, pululan durante el día, numerosas bandadas de cisnes, canaos, gansos, zambullidores, mergeos, patos, colimbos, flamencos, ánades y espátulas, contemplados desde la orilla por los mancos, caracoleos, gallinetas, ocas, faetones, fúlicas, jabirús, camichís, íbis, cigüeñas, grullas, chajás, sabacús, garzas y pelícanos; aves que, al llegar la noche tenebrosa, se esconden entre los tallos de los juncos, tifas, ó bajo las hojas de las nepenthes, cefalotus, pandanos y aroideas y aguardan con silenciosa timidez á que la aurora llegue á dar fin á las horas angustiosas del temor y del peligro, presintiendo por misterioso instinto, las feroces represalias, que los poetas admiran como armonías de la naturaleza, y que los naturalistas contemplan friamente como metamórfosis de la materia.

Si; estas aves de blancos, rosados, negros, amarillos, pardos, dorados, azules y cenicientos plumajes, al parecer tan tímidas é inocentes, son las mismas que pasan el dia devorando anguilas, peces, moluscos, testudos y hasta los más feroces y venenosos reptiles. Pero llega la noche, y del fondo de este apacible lago, salen monstruosas nutrias y carpinchos, sucurís de doce metros y enormes cocodrilos, los que después de recorrer la ribera devorando plantas, huevos, aves, y aperiacios se devoran entre sí y concluyen por ser devorados por el astuto tigre, que vive tranquilo y repleto entre los pajonales que rodean las lagunas.

Sorprende la boa á la lacerta-iguana; lánzase la iguana sobre

la nutria y ésta pelea con el carpincho; acomete el yacaré á éste y á la nutria, y el tigre se regala con el cocodrilo.

No hay noche silenciosa á la orilla de los lagos del desierto. Carreras de las fieras que arrastran su presa entre los pajonales, lamentos desgarradores de las víctimas, gritos de las aves que se levantan espantadas; bufidos de los grandes anfibios que se arrojan al agua para salvarse del peligro; peleas entre los reptiles y los roedores; acompasados chirridos de los insectos; ronquidos amorosos de los caimanes; cárabos, ñacurutúes, mochuelos y lechuzas imponiendo silencio con su monótono chitón, y allá en la márgen del bosque fronterizo el doloroso quejido del urutaú, ó del caburey, que parece lamentarse de una vida que es á la vez la causa y efecto de la muerte.

Separadas estas lagunas de los canales que pudieran comunicarlas con los grandes ríos, estableciendo corrientes que arrastrasen los sedimentos que continuamente se depositan en su fondo, é invadidas incesantemente por los vegetales avanzados de sus orillas, no pasarán muchos siglos sin que se trasformen en pajonales semejantes en todo á los que hoy existen, abundantes sobre la costa, hasta ocho leguas al Oeste, y no escasos en el interior del Chaco.

Estos pajonales ó *curiches* como los llaman los indios, no son otra cosa que antiguas lagunas ó ensenadas del rio Paraguay sobre cuyo fondo, con el trascurso de los siglos, se han ido acumulando los restos de los vegetales acuáticos y las moléculas arcillosas que penetraron arrastradas ó diluidas por las aguas caidas en los terrenos inmediatos; hasta el punto de llenarse con estos materiales fertilísimos, sobre los que vegetan numerosas familias de tifeas y ciperáceas, leguminosas, rosáceas y gramíneas, que en medio de las sequías del invierno ó de los grandes incendios ofrecen un asilo seguro y pastos abundantes á los animales de la selva.

Cuando estos pajonales llegan á levantarse lo suficiente sobre el nivel de las lagunas inmediatas, desaparece por com-

pleto la vegetación acuática y semi-acuática que antes los invadía y se transforman en magníficas praderas cubiertas de pastos azucarados, con los que se nutren toros salvajes, de una robustéz extraordinaria, y, aunque pocos y de corta talla, algunos caballos que llevan ventaja á los nuestros en hermosura, resistencia y sobre todo en la velocidad de su carrera. Mas como quiera que suele ser perfecta la horizontalidad de estos lugares, acontece que durante las lluvias torrenciales del verano, permanezcan algunos días ó quizá semanas, inundados con cuatro ó cinco centímetros de agua, procedente más que de la que vierten las nubes sobre ellos mismos, de la que escurren los bosques y palmares del contorno, que siempre ocupan terrenos más elevados.

Cuando este sucesivo acumulamiento de restos minerales y orgánicos, que sirvió para transformar los lagos en *curiches* y los *curiches* en pradera, llega á levantar estas últimas algunos centímetros sobre el nivel común de las inundaciones, basta el corto período de un año, para que, no pudriéndose ya las semillas de los grandes vegetales arbóreos, logren germinar y trasformar en palmares y después en bosques, la pradera.

Así como son escasos, hasta muchas leguas de las costas, los bosques de grandes vegetales dicotiledones, así también abundan los palmares del coco llamado vulgarmente *carandai*, esbelta palma de tallo cilíndrico, de nueve á diez metros de altura, que por su dureza y elasticidad sirve para todas las construcciones del Chaco, del Paraguay y Matto-Groso y serviría también en el Río de la Plata, para tirantes y postes telegráficos: así como con su abundante fruto podrían cebarse muchos animales y extraerse cantidades de aceite. Esta palma, de la que hay incalculables millones en el Chaco, sirve también como el mejor de todos los combustibles vegetales, para calentar las calderas de los vapores que navegan el río Paraguay.

Por regla general, el suelo de estos palmares está limpio de

toda clase de arbustos y cubierto de grandes pastizales, por que la espesura con que crecen las palmas (una próximamente por cada ocho metros cuadrados) no impide el desarrollo de las gramíneas. Las hojas de las palmas, son cuando verdes, un excelente alimento para los caballos, y cuando secas, que entonces literalmente suelen cubrir el suelo, son los blandones de que se valen para alumbrarse las indiadas que se ven forzadas á caminar en noche oscura contra su costumbre. Así mismo en el cogollo de la palma hallan los indios la base de su alimento, cuando absolutamente carecen de otro.

Varias palmas que aparezcan cortadas en el desierto, indican siempre el paso de indios; el número de éllos; la época aproximada en que ha ocurrido; el rumbo que llevaban; la velocidad de su marcha, y su escasez de provisiones.

Como los palmares sólo pueden existir en aquellos terrenos que rara vez se inundan, resulta que algunas veces están invadidos por los *tacuruces*. Esto mismo acontece en algunas praderas. Llámase tacurúz, á un montón de tierra duro y perfectamente bien amasado, que tiene la forma de un cono, cuya base mide de uno á dos metros de diámetro y cuya altura rara vez alcanza á la de un hombre. Está hecho por unas hormigas grandes y negras que se refugian dentro y hacia la parte superior, cuando el agua invade los terrenos.

No solo los tacuruces indican que pueden ser inundables los terrenos donde se encuentran establecidos, sino que también dan la medida de la mayor altura á que pueden alcanzar las aguas, supuesto que las puertas del hormiguero no pueden estar establecidas más abajo de este límite. Así es que dichas entradas están más altas ó más bajas, según los tacuruces estén colocados en un lugar más profundo ó más elevado; pudiendo concluir con que todas las puertas de los tacuruces que se encuentren en una zona determinada están en el mismo plano horizontal.

Una vez que llegan los terrenos á verse libres completamente de la invasión de las aguas entre estos mismos palma-

res, empiezan á desarrollarse los gérmenes de una infinita variedad de vegetales de toda especie, que disputan á las palmas el dominio del suelo, hasta que, vencedores en la contienda, los de mayor desarrollo y duración, eliminan á los de especies inferiores, llegando á constituir aquellas majestuosas selvas, que no pueden contemplarse sin veneración; porque las elevadas bóvedas, formadas con las frondosas copas sostenidas por millares de columnas, representan á nuestra imaginacion el templo más suntuoso donde pueda rendirse culto al Autor de tanta maravilla.

Pero antes que el lento trabajo de la Naturaleza llegue á producir esta grandeza de la Creación: estas basílicas por las que se camina sobre un limpio pavimento, sin que los rayos del Sol puedan penetrar á través de sus tupidas naves, pasan los bosques por una larga serie de trasformaciones.

Unas veces empieza por que el suelo de los palmares se cubre de nuevas plantas de la misma especie, tan bajas y tan espesas, que cierran el paso y que impiden hasta abrir camino, defendiéndose con los encorvados aguijones de sus peciolos, que destrozan las ropas y las carnes de los obreros, y resabian á los caballos. Otras veces son las mimosas las que se encargan de impedir el tránsito; pero por regla general, la poca edad, relativamente hablando, de todos los bosques del Chaco, hace que todavía vivan en ellos, en buena sociedad, una infinita variedad de plantas herbáceas, semileñosas, de arbustos y de árboles cubiertos de parásitos y de enredaderas.

El suelo de casi todos los bosques suele estar revestido de espinosos cactus, algunos de los cuales trepan hasta las copas de los árboles, de donde mezclados con las clemátides, las vainillas y las pasionarias, penden como graciosas bambalinas.

Alternando con los cactus y muchas veces sola y cubriendo estensas superficies, se encuentra también una planta de la familia de las bromelias, que se llama *caraguatá;* divinidad tutelar de los indígenas, durante sus excursiones por los luga-

res desprovistos de lagos; pues que, por formar esta planta un gran caliz con sus hojas acanaladas, rígidas y envainadoras, conserva el agua de las lluvias durante muchos meses. Una variedad de esta misma planta, puede ser la base de una industria beneficiosa é inagotable; pues que produce una fibra resistente, que puede emplearse en tejidos, cuerdas ó en la fabricación de papel.

Sobre la copa y el tronco de los árboles, hay una variedad tan infinita de parásitas, que serían objeto de un largo estudio. He contado más de cien clases diferentes de orquídeas, sin exceptuar tres clases de vainilla, musgos, líquenes, muérdagos de filamentos blancos que llegan al suelo; agáricos colosales y fosforescentes y duros como la misma madera; aroideas, bromélias, cariofíleas, crasuláceas, y muchas completamente desconocidas.

Hay variedad de algarrobos, de guayabos, de tamarindos, que cubren el suelo con su abundante fruta; hay variados algodones de filamentos finísimos, con los que los indios fabrican sus trajes y sus hamacas. Hay árboles que destilan bálsamos, esencias, azúcares, gomas y resinas, siendo entre éstas la más valiosa, una enteramente semejante al ámbar amarillo y con la que los indios lenguas fabrican las agujas con que se atraviesan el labio inferior. Hay cebiles y curupaís como para surtir de tatino á todas las curtiembres del Río de la Plata. Hay plantas que proveen á los indios de variadas sustancias colorantes, de jabones como el de quillay y de timbó; de potasa para sazonar sus alimentos, como la salicaria, y por último hay acacias, cedros, nogales, tipas, palo de rosa, palo de trébol, palo santo, palo de hierro y jacarandá constituyendo estos vegetales en compañía de los lapachos, quebrachos y yuchanes la inmensa mayoría de los que pueblan aquellas selvas majestuosas.

Terminaré la somera descripción de la naturaleza del Chaco, diciendo, que con excepción de aquellos lugares próximos á las lagunas, con dificultad se encuentra caza ni otro sér viviente

que abejas, monos, coatís, avestruces, ciervos, antas, tigres y leones, todos estos animales en muy pequeña cantidad, á causa de la persecución que sufren por parte del crecido número de indios que pueblan el Chaco y por la falta de agua en el interior de los bosques, sobre todo durante la estación de invierno.

Aún cuando al navegar por el Río Paraguay, suelen verse próximos á la costa occidental, y á la desembocadura de los arroyos, algunas canoas, con indios orejudos, lenguas y angaités, no quiere decir esto que sus tolderías estén tan próximas á la orilla del río, como comunmente se imagina; pues que con excepción de una sola perteneciente á los angaités, de que ya nos hemos ocupado, todas las otras están retiradas, cuando menos, 8 leguas de la costa, lo que depende de dos causas importantes: primera, la dificultad de residir en aquellos terrenos pantanosos, donde no hay campos susceptibles de cultivo, ni existen los principales frutos de la Naturaleza con que cubren sus escasas necesidades; y segunda, el miedo que les inspiran las tradicionales agresiones de los hombres de nuestra raza, y principalmente, las de los indios mbayás que al Oriente del río habitan en territorio brasilero; formidables enemigos de los del Occidente, siempre vencedores, por disponer de las armas de fuego con que les dotó el Brasil, cuando necesitó su auxilio, durante la guerra del Paraguay, para que penetrando por el Norte, destruyesen las florecientes colonias de San Salvador.

Los indios del Chaco no son nómades. Aman entrañablemente el pedazo de tierra en que nacieron, y no podrían soportar por muchos dias, el verse separados de sus bosques, de sus prados y de sus lagunas, con que viven identificados. Los que suelen verse navegando en canoas, sobre el rio Paraguay, ó son aquellos, que más familiarizados con los cristianos, vienen á proponerles algunos *cambalaches*, ó son los que, viendo á su tribu sufrir los rigores del hambre, durante las grandes sequías, se arriesgan hasta las márgenes del gran *Rio del Oriente*, para proveerse del pescado, que una vez seco, ha de servir para la salvación de su familia, á cuyo seno vuelven

entonando cánticos de regocijo, y donde son recibidos con ceremonias religiosas que á la vez que demuestran la expansion del júbilo, revelan tambien el respetuoso agradecimiento que sienten hácia la Providencia.

Los indios angaités, que como ya hemos dicho, tienen establecida una de sus más insignificantes tolderías, en el grado 20° 10' á un kilómetro de la margen occidental del río Paraguay, son los verdaderos centinelas avanzados, ó más bien dicho, los porteros del Chaco del Norte; porque sin su consentimiento sería dificil ó imposible el penetrar al Occidente, aunque se dispusiese de grandes elementos; y digo imposible, porque siendo los angaités, los propietarios de canoas, los intérpretes y los agentes intermediarios de las relaciones comerciales, que con los paraguayos, mantienen las otras tribus del interior, son considerados y respetados como los oráculos de la sabiduría, por más que no sean ni tan inteligentes, ni tan laboriosos, ni tan morales, ni tan limpios, ni tan leales como los ótros, pues les llevan la ventaja de no haber tenido ningún contacto con los cristianos que desgraciadamente parecen complacerse en enseñarles, no las virtudes, sino los vicios más repugnantes que acompañan a la civilización: la codicia, la hipocresía, la embriaguez y la blasfemia.

El físico de estos indios no lleva grandes ventajas á su parte moral, pudiendo asegurarse, que si por excepción hay algunos bien desarrollados, nunca pertenecen éstos á las categorías, sino á los últimos individuos de la tribu, para quienes no puede haber ociosidad, esclavos, ni botellas de caña.

Cebados con las ventajas que de tarde en tarde les suele proporcionar la relación que mantienen con los cristianos, temerosos siempre, por su proximidad á la costa, de los ataques que pueden recibir por parte de los mbayás, y acaso también escasos de tierra cultivable, yacen estos indios en la mayor miseria, atenidos á la pesca y á los puñados de maiz que por vía de retribución les suelen dar los propietarios de la colonia Apa, cuando los han tenido días enteros y con el agua hasta los hombros cargando buques de madera.

No hay para que detenerse á contar cuántos toldos hay en esta tribu; sería lo mismo que contar después de la lluvia, las gotas de agua que colgasen de un arbol, cuando estos toldos, como estas gotas, desaparecen á cada soplo de viento y aparecen de nuevo á cada lluvia. Son el trabajo de una hora, pues lo constituyen cuatro miserables horquetas, de un metro de altura, cuando más, sobre las que se sujetan y se cruzan algunas cañas, que después se recubren con espadañas de los bañados ó con pasto de la pradera. Pocilgas en las que no se puede penetrar sino doblando la cerviz, como demostración tangible de la bajeza que se comete, ó caminando á gatas, como quien imita á los animales, que son los únicos que podrían soportar una morada donde se asfixia uno cuando hace sol, se hiela cuando hace frio, y se moja cuando llueve.

En cada toldito de estos, de los que el mayor no alcanzará á nueve metros cuadrados de superficie, se agrupan cual si fueran los únicos séres capaces de vivir de una manera tan inmunda, todos los hombres, mujeres y niños con tal que sean miembros inmediatos de una familia; todos los pájaros, coatís, zorros, monos y avestruces que domestican y todos los perros, que son siempre por lo menos tantos, tan sucios y tan perezosos como sus dueños; y si á esto se junta el que desde las cañas de lo que no puede llamarse techo, cuelgan bolsas de redes de caraguatá, cargadas de comestibles putrefactos, cueros á medio curtir, perniles de carpincho, cuernos de ciervos, conchas de galápagos, peces charqueados, correas, capullos de algodón, sogas, anzuelos, peines de madera y colas de quirquincho, y que por el suelo sobre cueros de venados, muertos en la víspera, andan rodando multitud de mates de todas formas y tamaños, que se emplean indistintamente, como cazuelas, como vasos, como neceseres, como costureros, como maletas, como palanganas, etc., etc.,tendremos que, al abrirse y estrecharse para darme paso, aquellos animales tan felices, que gozaban de todas las comodidades y prerrogativas de los

hombres, y aquellos hombres tan desgraciados, que vivian en la miseria y degradación de los animales, el favor que me hicieron y que tuve que aceptar con la sonrisa en los labios, fué el de asfixiarme de calor y de otras cosas y de atestar mis ropas y mis cabellos, con la más completa colección de parásitos que jamás figuró en el museo de un entomólogo, la que sin olvidar aún en el sueño, conservé intacta hasta muchos días después de mi salida del desierto.

El toldo del jefe llamado cacique Michi, no es mejor que los demás. Este hombre que se distingue por ser el peor de su tribu, tiene que ser lógico en todas las acciones de su vida física y moral. Es el más pequeño de estatura y de sentimientos, y para dar la última pincelada sobre su retrato es el único indio que he conocido en el Chaco casado con dos mujeres.

Los más ardientes deseos de esta tribu, son: el hacerse con fusiles y municiones, para defenderse de los ataques de los indios brasileros, y el resto de sus aspiraciones se limita á vestirse como los cristianos que ellos conocen, y á poseer herramientas y ganados, que les permitan sustentarse y alojarse como las gentes del Apa.

Las tribus que habitan el interior del Chaco entre los grados 20° y 22° 10' de latitud, cuya extensión he recorrido, son los chamacocos y niquiquilás, que hablan un dialecto semejante al de los chiquitos; los chiriguanos, que hablan el verdadero guaraní, ó sea el tupí, y viven recostados á la falda de los Andes; los amaigás, los anapanás, los angaités, los lenguas y los huanás, que hablan un idioma gutural, que no se parece en nada á ninguno de los idiomas conocidos, y de los que no existe otro vocabulario que el muy deficiente que yo he podido formar durante mi permanencia en estas tribus.

Todos estos indios viven en las más estrechas relaciones de amistad y parentesco, no sólo entre ellos, sino aún con los que habitan al Sud, entre los ríos Bermejo y Pilcomayo, siendo muy común, el que se asocien para defenderse de los inva-

sores mbayás, cuando vienen al Occidente en busca de esclavos de ambos sexos, que venden después en Matto-Grosso á cambio de vestuarios, reses, armas y municiones.

Por lo numeroso de sus tribus, por lo robustos, por lo laboriosos, por lo morales, por lo inteligentes y por lo arrogantes, estos indios son los más influyentes y los más poderosos del desierto.

El inmenso territorio que ocupan está dividido en porciones proporcionadas á las necesidades de cada tribu, sólo dentro de las cuales les es dado cosechar los frutos silvestres, cortar maderas, pescar, cazar, criar ganados y cultivar la tierra.

La vida es común entre todos los individuos de una misma tribu, que es siempre una sola familia, aunque más ó menos numerosa, según su riqueza, su actividad ó la extensión y fertilidad de los territorios que ocupa.

La autoridad patriarcal y absolutamente independiente de cada tribu, se ejerce sin ostentación, sin discordias intestinas y de una manera tan suave, que podría servir de ejemplo á la de muchos padres de familia de los que viven en el seno de las sociedades cultas. Sea por costumbre, sea por instinto, ó sea por la buena índole de los indios, es lo cierto que cumplen con todos sus deberes como las abejas y las hormigas, sin que, ni por excepción, se vea el Patriarca en la necesidad de recordarlos.

La palabra cacique, que entre nosotros representa el despotismo más brutal, podría mejor aplicarse á un alcalde de aldea, que á las paternales y cariñosas autoridades de las tribus del desierto.

Los hijos y los hermanos del cacique, aunque trabajan como el último de los individuos de la tribu, son considerados por todos con el mayor respeto, y llegan á ejercer la primera autoridad, no sólo por herencia, sino, cuando por haberse multiplicado mucho la familia, salen á la cabeza de un grupo, que siempre se compone de los parientes más inmediatos, como nuevo enjambre de aquella colmena humana que va á radicarse

á la orilla de algún lago que les ofrezca su abundante pesca.

Con excepción de los grandes bosques cuyo interior está deshabitado, por la falta de agua, difícil es caminar un día por el Chaco, sin encontrar cuatro ó cinco tolderías, cada una de ellas habitada por un número de indios que varía entre treinta y quinientos, que se albergan en una sola casa que se llama paat, y que para distinguirla de los demás paats, se antepone á esta palabra el nombre del patriarca que allí domina, como por ejemplo, Queirá-paat.

El paat no es otra cosa que un cobertizo ó galpón de figura rectangular, ancho por lo regular de seis metros y de toda la longitud que se necesita para contener á las familias que debe albergar. No tiene division ninguna; está abierto por todo su frente y las paredes laterales, el techo y los tres órdenes de alineadas columnas, que lo sostienen, son casi siempre, de palma carandaí. En la parte posterior de este edificio están alineados los camastros, que sirven de lecho á cada familia, en los que no hay soltero ningún individuo adulto; pues que se casan antes de la pubertad.

He residido mucho tiempo en diferentes paats, como el que acabo de describir, tratando siempre de descubrir hasta los más ínfimos detalles de la vida íntima de aquellas familias, y he adquirido el convencimiento más profundo de que no hay seres más inocentes y más virtuosos. Ni una voz de mando, ni una reyerta, ni una palabra descomedida ni desentonada, ni un ademán escandaloso, ni una evasiva para esquivar el trabajo de la comunidad. Durante el día, los hombres se ocupan, fuera del paat, en las faenas agrícolas, en la recolección de los frutos espontáneos, en la corta de leña, en la caza y en la pesca, cuando el tiempo lo permite, y cuando no, en fabricar sus armas, en curtir los cueros de los animales que han cazado, en enristrar ordenadamente las plumas de avestruz, en extraer las fibras del caraguatá con las que fabrican cuerdas, sus bolsas y hamacas, en zurcir y remendar sus ropas, en hacerse abarcas, y cuando sus deberes están cumplidos, ó cuan-

do llega la noche, en divertirse los ancianos contando sus aventuras y los mozos en juegos variados y entretenidos, que siempre tienen por objeto el provocar su desarrollo muscular.

Por su parte, las mujeres, aunque no sometidas á la esclavitud y á la degradación, como generalmente se imagina, trabajan más que los hombres, en beneficio de la colectividad. Crían sus hijos con la ternura de las mejores madres, acarrean el agua y la leña, hilan y tiñen los algodones, tejen con ellos los elegantes trajes con que todos se visten, mantienen el aseo en el paat, muelen el maíz, guisan los alimentos y fabrican toda clase de vasijas de barro.

Debido á la dulzura de su carácter, á su perpetua actividad, á los ejercicios á que se dedican, á su frugalidad, y á las favorables circunstancias del saludable clima del Chaco, los indios son robustos, se mantienen sanos, y alcanzan, sin perder los dientes ni el cabello, á una edad, á que pocas veces llegan los hombres de nuestra raza. Son de elevada estatura, de pecho prominente, de pescuezo corto, de cabeza grande y erguida, de ojo pequeño y casi siempre pardo, de color ligeramente bronceado, de negra, cerdosa y tupida cabellera, y cuidan escrupulosamente de arrancarse con pinzas, no sólo las pocas barbas que les brotan sino también las pestañas y las cejas, siendo muy pocos, y sólo entre los jóvenes de ambos sexos, los que tengan la costumbre de pintarse el rostro.

El traje de guerra de un indio se compone de una manta de algodón, de fondo oscuro, con franjas de colores hacia su parte inferior, sujeta á la cintura por medio de una finísima hamaca de caraguatá; de un ponchito corto y estrecho, de la misma clase; de varias bolsas pendientes de sus hombros hacia el costado derecho, donde llevan sus provisiones, líneas, anzuelos, tabaco, pipa de palo santo y los utensillos de madera con que producen el fuego; de un puñado de flechas sujetas al lado izquierdo por medio de la cuerda ó hamaca que les sirve de cinturón; de un arco colgado de su hombro izquierdo; de unas cuñitas cónicas agujereadas que á manera de zarcillos,

se meten por las orejas; de collares compuestos de dientes de animales, picos de pájaros, conchillas de nacar y semillas de colores; y por último, de una vincha, que les sujeta el pelo, casi siempre trenzado, á la que están adheridas las más hermosas plumas de colores.

Los indios huanás, adoran en el Sol, y en la Luna, á la Providencia; creen en la inmortalidad y en la transmigración de las almas; rinden culto respetuoso, á los lugares en que están enterrados sus parientes, donde clavan una elevada caña tacuara, coronada de un plumero, para espantar al espíritu maligno y mantienen en cada tribu un sacerdote que hace á la vez, el oficio de brujo, de médico y de sereno; porque suele pasarse las noches gritando en torno de la toldería, y espantando al diablo con el ruido que produce una gran calabaza llena de piedras, que es el único instrumento de su culto y al que todos miran con respeto.

Una de las causas, que más contribuye á mantenerlos en el estado de primitiva inocencia, es el que desconocen el arte de fabricar las bebidas alcohólicas, con la algarroba y con el maiz; si bien es cierto, que suelen fermentar algunas veces la miel para hacer un brebaje que nunca prueban las mujeres, los niños y los mozos, sino los mas ancianos y prestigiosos de la tribu.

Para terminar con las costumbres de los indios, diré que son afables, generosos y hospitalarios, que respetan mucho la propiedad agena; que no les gusta que atenten contra la suya ni aún los niños de sus huéspedes, ó de las tribus transeuntes, á quienes suministran cuanto buenamente pueden.

Tanto estos indios, como los del Chaco Central, cuyas cariñosas visitas he recibido, me han confesado, que quisieran conocer al Dios que vive en el gran paat de Buenos Aires, para pedirle su protección: pero que temen á los cristianos del Sur, del Naciente y del Poniente; que quisieran herramientas, semillas y ganados para trabajar á medias conmigo, siempre que pudiera darles armas para defenderse de las agresiones exte-

riores ó asegurarles por medio de mi influencia, que creen muy poderosa, una paz inalterable.

Después de haber bosquejado ligeramente lo que es la Naturaleza del Chaco, y lo que son allí, sus pobladores, dejo á la consideracion de los que han tenido la paciencia de escucharme, si será justo ni prudente el tratar de conquistar el Chaco, por medios idénticos á los empleados en la Pampa. Téngase presente, pues, si tal idea ha podido abrigarse un solo momento, no ya la iniquidad que se cometería; no ya los aclimatados brazos que iban á destruirse á peso de oro, por un país que se engrandece por la inmigración; no ya las buenas disposiciones en que se encuentran los indios, para reducirse por medios pacíficos y poco dispendiosos, sino las dificultades de la empresa. Piénsese en los pantanos y lagunas infranqueables; piénsese en los campos cubiertos de tacuruces; piénsese en los incendios de las praderas y principalmente de los palmares, verdadera lluvia de fuego; piénsese en los bosques impenetrables; piénsese en los diluvios del verano y en las sequías del invierno y por último, piénsese en lo mucho que habría que sacrificar para llegar á destruir los cincuenta mil guerreros, que pelearían en defensa de su propiedad y de su vida tras de los inexpugnables baluartes que la Naturaleza les ha dado, cuando estos mismos hombres, aún considerados con la frialdad del estadista, representan para la República Argentina una riqueza de más de veinticinco millones de pesos fuertes.

APROVECHAMIENTO DE BOSQUES

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL CONGRESO ECONÓMICO
EL 13 DE OCTUBRE DE 1882.

Señor Presidente.
Señores:

En la primera parte de esta conferencia sobre bosques, se hizo presente al Congreso Económico la importante misión que desempeñan los árboles en la naturaleza, relacionados tan íntimamente con los seres animados, como lo está la materia con el espíritu; los peligros que se presentan para la República, en el horizonte del porvenir, á causa de su exterminio, y la necesidad de despertar á los legisladores del profundo sueño de la indiferencia, para que, á ejemplo de esa misma naturaleza, é imitando sus actos previsores, dicten leyes que guíen el hacha, que hoy, al derribar el árbol, cae de rechazo sobre la cabeza de la humanidad, y que dirigida, no en persecución, sino en auxilio de las fuerzas espontáneas, se tornaría en el talismán que mejorando las condiciones del planeta, haría menos penosa nuestra peregrinación por el sendero de la existencia, porque satisfaría nuestras presentes necesidades y disiparía las inquietudes que con fundamento, nos acosan, acerca del porvenir de nuestra raza.

Tócanos hoy poner en relieve la indisculpable apatía de esos legisladores, que, indiferentes á la suerte de las generaciones

venideras, permanecen impasibles espectadores de ese crimen de lesa humanidad, que se llama tala ó descuaje, cuando están palpando sus funestas consecuencias y cuando centenares de ejemplos contemporáneos saltan á sus ojos, para que se aperciban de que hay remedio todavía y de que es sólo del seno de la Legislatura de donde puede surgir la medicina salvadora. Tócanos asímismo el describir á grandes rasgos lo que son las variadas selvas argentinas, para que, evocando lo que el amor, el estudio y la experiencia nos traiga á la memoria, podamos allanar el camino, bosquejando lo que puede y debe hacerse, para dejar de ser cómplices en el inícuo atentado que la especie más perfecta de la creación comete contra su propia existencia y contra la existencia de todas las especies inferiores.

Señores: se comprende, se explica y es disculpable, el que al sentir los efectos de un frío intenso, y careciendo de otro combustible, demos fuego á nuestro pobre rancho, por cuanto que, para salvar la existencia, era forzoso el provocar la circulación por medio del calórico, que sólo podíamos procurarnos, con la combustión de nuestra casa; pero lo que no se comprendería, ni explicaría, ni disculparía, es el que la incendiáramos con perjuicio para todos y sin provecho para nadie, y esto cabalmente es lo que han hecho los mandatarios de la República Argentina al desprenderse de los bosques del Estado, bajo la forma de donación, venta ó arrendamiento.

La República Argentina ha podido procurarse recursos y favorecer la población de su vasto territorio, enajenando la superficie que fuese adecuada para las industrias, agrícola y pecuaria, de las que aún conserva el dominio sobre millares de leguas cuadradas, pero ¿qué le ha producido, ni qué le produce en la actualidad más que escándalo y ruina la enajenación de sus bosques? Vengan; véngan las cifras que representan las cantidades ingresadas en el tesoro público por mano de los obrajeros y nos convenceremos de que otra vez, por treinta dineros, se ha entregado al martirio y á la muerte al ser providencial que vino á la tierra para salvarnos, sin que nos quede

siquiera la esperanza de sustraernos del arrepentimiento como Judas, porque bien pronto no ha de quedar ni un arbol para ahorcarnos.

¿Sabéis cuánta plata ha ganado la nación con la madera que se ha cortado en el Chaco Central en los únicos meses que se supone que debe cortarse, que son del 15 de Marzo al 15 de Agosto? Sabéis la compensación que recibe el Estado por la ruina que le ocasiona el ejército de leñateros que destruye continuamente esos bosques?

339 Pesos Fuertes y 95 Centavos

Sesenta y ocho patacones todos los meses!!!

No hagamos comentarios . . . . . .

La exígua cantidad que por cada pieza que extrae, se impone al obrajero, acrecienta los caudales públicos, como una gota acrecentaría las aguas de los mares, ¿y es por esta gota, que se evápora antes de tocar al suelo, por lo que los mandatarios sacrifican el porvenir de esta parte del continente americano?

Cierto es, señores, que si por el número de vigas pagadas al Estado, fuésemos á deducir el número de árboles extraidos, no valía la pena de alarmarse, pues todo ello sería cuestión de una legua, más ó menos, de bosque destruido entre las veinte mil que tiene de superficie el Chaco. Pero es el caso que entre el Carcarañá y el Pilcomayo, hay, paralela á los ríos Paraná y Paraguay, una anchísima faja de bosques, que, por los millares de tocones que aún ostenta, indican que fueron majestuosos en otro tiempo; pero que en la actualidad, va siendo difícil el encontrar en ellos ni aún los horcones para fabricar un rancho. Los obrajeros han sembrado la devastación en la margen de todos los ríos y arroyos, y se han internado en el desierto hasta distancias prodigiosas, en busca de algunos palos dignos de explotarse.

Los arrendatarios de los bosques del Chaco, ejercen una industria que se encuentra en medio de las mejores condiciones que pueden apetecerse para defraudar los intereses del fisco.

Profundas soledades; proximidad á un pueblo extranjero que cuenta con idénticas producciones; falta de leyes y de agentes facultativos que vigilen por su cumplimiento; autoridades tan incompetentes como tolerantes. . . . ¡Harto habría que agradecerles si declarasen uno por cada ciento que extraen y por cada quinientos que aniquilan!

Esas deficientísimas disposiciones económicas, promulgadas como «Ley sobre el aprovechamiento de bosques», en 9 de Octubre de 1880, así como todos los decretos adicionales, no encerrando ninguna disposición facultativa, (que por falta de personal técnico, no pasarían de cláusulas ilusorias) parecen tender única y exclusivamente, á convertir en plata todas las maderas que se criaron en los bosques argentinos, sin reservar siquiera en el Museo, algunos ejemplares de plantas leñosas para que nuestros descendientes las exhiban á la admiración de los que nunca vieron un arbol vivo, del mismo modo que nosotros exhibimos el gliptodón clavipiés.

Desgraciadamente para los intereses del fisco, se cumplen del mismo modo las disposiciones económicas que existen, que las disposiciones facultativas que se quedaron en el burocrático tintero.

Apartemos la mirada del interior de los bosques nacionales, no ya sólo porque allí, desde hace muchos años, se ocupa la ignorancia en fraguar un complot contra la existencia de la sociedad, sino porque en aquellas risueñas soledades, donde debiera reinar la pureza y la sencillez de las costumbres primitivas, hay más lágrimas, hay más explotaciones, hay más iniquidades, hay más injusticias, hay más cohechos, en una palabra, hay más inmoralidades que en el seno de las más corrompidas poblaciones.

Dejemos á un lado todo lo que no afecta directamente al objeto de esta conferencia, y digamos sólo, resumiendo, que los bosques se destruyen sin utilidad pecuniaria para el Estado, porque no se cumple ninguno de los artículos de la Ley que tienden á conservarlos y á impedir el fraude.

La República Argentina quema su casa sin calentarse en ella.

Pero aún suponiendo que la devastación de los bosques nacionales produjese cuantiosas rentas al Estado, todavía no disculparíamos á los mandatarios imprevisores, cuyas doctrinas económicas les conducen á comerse la gallina que pone los huevos de oro, pensando que con cataplasmas de plata pueden curarse los golpes mortales que se asestan al corazón de las naciones.

Comprenderíamos que en un país poblado como la Huerta de Murcia, á razón de 400 habitantes por kilómetro cuadrado, se considerase como Ley suprema de la necesidad, el descuajar los bosques para destinar la escasa y repleta superficie de la tierra al cultivo de plantas alimenticias; pero no tiene disculpa que se perpetre este atentado donde la densidad de la población no alcanza á un habitante por cada dos kilómetros cuadrados; esto es, á ochocientas veces menos.

Disculparemos á los legisladores paraguayos que conociendo su clima, la desproporción entre sus bosques y sus praderas y las impropias condiciones de la mayoría de éstas para el cultivo, toleren que los escasos, aunque laboriosos habitantes, establezcan sus *capuéras* en el corazón de sus majestuosas selvas; pero no es tolerable el que los mandatarios argentinos permanezcan indiferentes ante el aniquilamiento de las suyas, cuando no hay este pretexto, y cuando habiendo todavía entre nosotros, sin roturar más de veinte mil leguas cuadradas de la más feráz tierra del planeta, no hay tampoco la única causa justificada que arrastra á los pueblos fatalmente al mal inevitable del descuaje.

El Estado ha cedido, ha enajenado ó ha concedido en arrendamiento á la codicia devoradora, al egoísmo, á la imprevisión de individuos particulares, sin condiciones que restringieran el abuso de sus derechos y dándoles por el contrario, aquellas mismas bárbaras facultades que las antiguas leyes romanas concedían á los padres de familia sobre la existencia de sus hijos, lo que no podía regalar, vender, ni arrendar, sino,

cuando mas, conceder en patronato. El Estado ha enajenado lo que no le pertenecía; porque los bosques, como el aire, como la luz, como el oxígeno, no pertenecen completamente á la nación, ni á la provincia, ni al pueblo, ni al individuo, sino á la raza humana que los precisa para la conservación de su existencia.

Me diréis, señores, que ¿por qué guardo silencio sobre la enajenacion de la tierra, cuando ella se encuentra en idénticas condiciones que los bosques? y yo os respondo que me resigno en esta conferencia á callar todo lo que pudiera decir sobre la materia: 1.º por no pareceros un furibundo demagogo; 2º. porque puedo eludir este delicado asunto, por cuanto no es objeto de la base séptima propuesta á discusion por el Congreso que me escucha; 3.º porque ya en la primera conferencia os propuse incidentalmente, que la ley debería señalar un método racional de explotación del suelo; del mismo modo, que todos los contratos de arrendamiento entre los particulares de los países que saben lo que les conviene, estipulan la cantidad y forma de labores, la rotación, los abonos, las enmiendas, los drenajes, las plantaciones, el mantenimiento de cercos, etc., etc., 4.º porque el miedo de afrontar las árduas cuestiones, por parte de los legisladores, está atenuado en esta materia por la prescripción, y 5.º porque el peligro, aunque seguro y evidente y ya tangible en Santa-Fe, en Entre-Ríos, en el Chubut y en otras partes, es de consecuencias menos funestas, por lo mismo que es más conocido.

Por lo demás, señores, la devastación de los bosques, entre la incalculable serie de plagas que la acompañan, trae también aparejada el aniquilamiento de las fuerzas reproductoras de la tierra, tras lo que viene irremisible, la ruina y la emigración de los pueblos.

Que este grito que se levanta del seno del Congreso Económico no sea escuchado por los poderes públicos, y nuestros nietos, conocerán el sabor que tiene el pan de la inmigración, que si no es dulce, ni aún en la República Argentina, país cosmopolita y modelo de los países hospitalarios, lo podría ser

mucho menos en otros que, á ejemplo de los romanos, tratasen de bárbaros á los extranjeros.

Aquí no se califica de bárbaros á los inmigrantes; pero tememos que el día en que se considere á fondo la causa primordial de las emigraciones, que es la brutal violencia con que hemos tratado al suelo de nuestra patria, bien mereceríamos el duro calificativo de parricidas.

*
* *

Los 27° de latitud que separan al Rio Pilcomayo del Estrecho de Magallanes; la elevada cadena de los Andes, cerrando el paso á las corrientes atmosféricas del Oeste; el Paraguay, el Uruguay, el Estuario de la Plata y el mar Atlántico bañando las costas orientales; la variada constitución geológica del suelo y sus diversos relieves, alternando con dilatadísimas llanuras; la escasez, la abundancia y la calidad de las aguas; las diferencias de altitud y hasta la mayor ó menor edad de la tierra, son causas de la desemejanza que se nota, aún refiriéndonos á la misma latitud, en desarrollo, en densidad, en lozanía y en especies, en los bosques de la gran Confederación Argentina. Entre nosotros, no hay dos bosques que sean idénticos, ni que remotamente se asemejen.

Coloquémonos sobre la cresta de los Andes entre el 27° y 28° de latitud y bajando por un paralelo en dirección á la confluencia del Paraguay, cada paso que demos nos convencerá del poderoso influjo que sobre la vegetación arbórea ejercen las innumerables causas que hemos apuntado. Primero caminaremos largo trecho, por entre peñascos que pocos días del año logran asomar su desnuda cabeza por entre las nieves seculares; después se adelantarán á recibirnos algunas achaparradas jaretas y algunas adesmias espinosas, atrevidos exploradores del reino vegetal, vanguardia de esa guerrilla de quínuas que casi en todas partes allana el camino á la impo-

nente división de pinos y de alisos, etc., más tarde habremos descendido las tierras del Cajón y el Nevado de los Quilmes, para encontrarnos con el profundo Valle de Santa María, abismo donde no pueden penetrar las corrientes atmosféricas que del Atlántico ó del Pacífico vengan saturadas de vapores acuosos y donde, por lo tanto, sólo se dejan ver esos candelabros tétricos, que pregonan la muerte de la naturaleza, llamados cactus, algunos excepcionales ejemplares de brea y tal cual algarrobo, que más que á la naturaleza, acaso deberá su existencia á los prolijos cuidados de las laboriosas, inteligentes y heroicas razas indígenas, Kilmes y Amaichas, que por largos años defendieron su independencia y su vida entre aquellos inexpugnables baluartes. Trepemos después por entre las pedregosas cuanto áridas laderas del Cerro Bayo, del Infiernillo ó de las Arquetas, y apenas hayamos alcanzado las empinadas cumbres de las Sierras contra las que se estrellan las nubes procedentes del Atlántico, que riegan ese dilatadísimo jardín que se llama Provincia de Tucumán, saldrán á nuestro encuentro algunas coníferas, para llevarnos de la mano á ese bosque suntuoso, único en la tierra, donde aparecen con todo su vigor y lozanía la esbelta tipa, el corpulento nogal, el frondoso timbó y el jigantesco cedro. Dejemos, con pesar, á la espalda, ese delicioso paraíso que se apoya en las faldas de San Javier y Aconquija, y después de atravesar la fértil llanura cultivada, por donde se desliza ese río, que aunque llamado Salí, transforma en azúcar cuanto riega, penetraremos en una nueva región que alejada del benéfico influjo de las cimas de las Cordilleras, que condensan las brumas del Océano Atlántico, no puede sostener, por falta de lluvias, de lagos y de ríos, la majestad de las selvas subtropicales, y ostenta sólo espesos matorrales de raquíticas plantas espinosas, entre las que descuellan algunos ejemplares de ñandubay, espinillo, tala, algarrobo blanco, quebracho flojo, chañar, cebil y muchos otros árboles y arbustos de orden secundario, cuyo desarrollo aumenta sobre las riberas del Juramento, y sigue en

progresión ascendente hasta el corazón del Chaco, donde se encuentra de nuevo una vegetación poco menos espléndida que la tucumana, aunque representada por individuos más útiles para la industria; cual lo son: el guayacán, el quebracho blanco y colorado, el molle, el curupay, el mistol, el algarrobo, el lapacho, el urundaí, el tatané, el palo mataco, el palo santo, el jacarandá, etc., etc. Plantas que van, no sin excepciones, disminuyendo en desarrollo y en cantidad, á medida que nos aproximamos á la confluencia del Río Paraguay, á causa de la poca edad de la mayor parte de estos terrenos de la costa, que, por haber surgido recientemente del seno de las aguas, apenas en ellos dominan más que las palmas y los sauces.

Y si tan variadas son las especies arbóreas que en esta República constituyen los bosques situados en el mismo paralelo, ¿cuál no será, señores, la diferencia que existe entre los vegetales que viven en distintos meridianos y separados por 27° de latitud?

La que hay entre el roble de Magallanes y el palo de rosa de las riberas del Pilcomayo. La que hay entre la chirimoya de Campo Santo y las manzanas de los Valles Araucanos. La que hay en fin, entre la flora de los trópicos y la flora de las regiones antárticas.

*
* *

El artículo 2° de la ley que aprueba el decreto sobre «Aprovechamiento de bosques» dice así: «Autorízase al Poder Eje-« cutivo para invertir de las rentas generales, hasta la cantidad « de cuatro mil pesos fuertes en los estudios necesarios, para « preparar una Ordenanza Forestal de la República.» Es decir, que en Octubre de 1880, se dió por los poderes públicos el primer grito de alarma. Se habían apercibido de que los bosques estaban enfermos; esto no era poco. Se habían vo-

tado los recursos para remunerar los servicios del facultativo; esto ya era mucho. Había que esperar el diagnóstico de un médico para aplicar el remedio conveniente. Era preciso un ingeniero de montes y se buscó otra cosa.

El tiempo ha trascurrido, el diagnóstico no ha podido venir y los bosques caminan á la muerte á pasos agigantados.

Pido al Congreso permita una pequeña digresión que defina nuestra posición, pues pudiera ser ridícula ante la conciencia de los maliciosos, que lean mas tarde esta conferencia.

No somos ingenieros de montes, y opinamos que sólo un ingeniero de montes puede salvarlos de la ruina. La analogía de la carrera que profesamos, aunque nos autorice para emitir oficiosamente nuestra opinión ante el Congreso Económico y ante el país entero, acerca del estado del doliente, no nos permitiría, sin menoscabo de la honra, el aceptar, ahora ni nunca, el puesto remunerado, para el que carecemos de aptitudes.

No queremos ser curanderos, y nos inspiran compasión los que los llaman y pagan sus consultas.

Pero supongamos que el Ministerio que pensó salir del paso con la opinión de un particular, hubiese entregado los cuatro mil pesos al mejor ingeniero de montes de la tierra, para que redactase desde Berlín ó desde Buenos Aires un Reglamento para la explotación de los bosques argentinos, ¿qué hubiera contestado el ingeniero? Que, antes que todo, le pusiesen en posesión de los infinitos antecedentes que son indispensables, para poder indicar con acierto el plan que deba seguirse en la explotación de cada especie de bosque.

¿Y dónde están estos antecedentes? Por nuestra parte no los conocemos, á pesar de haber estudiado con interés, lo que en el país se ha escrito acerca de las especies forestales. Sabemos el nombre castellano, quichua ó guaraní de las plantas que hasta hoy se han considerado entre nosotros como más útiles; conocemos también, desde hace pocos años, la familia á que pertenecen y hasta su nombre genérico y específico; sabemos que son vegetales duros ó blandos, grandes ó pequeños, ama-

rillos, negros ó colorados y . . . francamente, no sabemos más.

Un ingeniero de montes no puede comprometerse á redactar un plan de aprovechamiento, con tan vagos y tan escasos antecedentes.

Dos años han trascurrido; nada se ha hecho, y es evidente, que nada útil se hará, si continuamos por la errada senda de conceder por favor al amigo lo que corresponde á la ciencia por derecho.

El verdadero, el alto patriotismo, representado por los iniciadores de esta benemérita institución, ante quien nos cabe el honor de disertar, procura hoy llenar este vacío, de un modo más conveniente y más barato. ¿Quién podrá negarse á prestarle su concurso?

¿Desea el Congreso Económico encontrar en esta conferencia un verdadero plan de aprovechamiento que pueda aplicarse á los bosques argentinos? Pues desea un imposible; porque ni los abogados, ni los agrónomos, ni los ingenieros de montes que tengan conciencia, podrán decidir así, tan de improviso, sobre la suerte de unos seres completamente desconocidos.

Para establecer leyes higiénicas, se necesita haber estudiado profundamente al hombre y á la naturaleza que lo rodea. Las leyes forestales son como la higiene de los bosques. Para redactarlas hay que estudiar previamente el suelo y el clima de cada zona, y, desde la germinación hasta la muerte, todos los fenómenos fisiológicos que se cumplen en el misterioso organismo de los árboles.

Ya sea que prescindiendo de las demás consideraciones, se pretenda saber, hasta dónde puede alcanzar la cantidad de madera que podrá obtenerse en un tiempo determinado, de una selva de la República Argentina; ya que se intente averiguar el mayor producto en plata, que en determinado tiempo, pueda rendir dicho bosque, lo primero que corresponde es reconocer la ley del crecimiento progresivo de los árboles y la de su decadencia, y esto no se aprende sólo con el estudio de

la anatomía y fisiología vegetal, sino con la observación constante de los fenómenos biológicos de cada una de las esencias forestales, apoyada, como es natural, en los principios generales de la ciencia.

Señores: el que os habla es agricultor; lleva treinta y cinco años ocupado con entusiasmo, cada vez más creciente, en materias agrícolas; ha sembrado y cultivado millones de árboles; ha recorrido con detención las principales selvas de Europa, del Brasil y de las Repúblicas Sud Americanas, con especialidad las Argentinas; pero si le preguntaseis cuál será el diámetro, la escuadra, la altura, el peso, el cubo, la tenacidad, la resistencia á la flexión, el valor en venta, etc., etc., de un Jacarandá de nueve años, os diría, con franqueza, que no sabía nada de eso. Lo mismo respondería si le consultarais sobre el grado de temperatura que provoca ó detiene la circulación de sus jugos nutritivos, sobre las sustancias que asimila y los vapores que exhala; sobre sus condiciones químicas, sobre la predisposición de las yemas adventivas de su nudo vital para reproducirse después de cortado, etc., etc.

Más todavía: si bien conoce, de vista, á muchos de los árboles indígenas, no sabe absolutamente nada acerca de los minuciosos detalles de su existencia, que es preciso, de todo punto, que sean conocidos del que haya de preparar la Ordenanza forestal de la República.

Este código, pues, no puede redactarse sino por el ingeniero de montes, que haya estudiado todos y cada uno de los fenómenos de la vida vegetal en todos y en cada uno de nuestros bosques, en todas y en cada una de nuestras especies forestales, y ese no es ciertamente el que en este momento ocupa vuestra atención, ni puedo deciros tampoco dónde se encontrará, porque ni nuestros árboles se han estudiado lo bastante, ni el único ingeniero de montes que hay en el país, aunque aventajado discípulo de la mejor escuela de Alemania, será capaz de resolver un problema para el que faltan absolutamente todos los datos.

Sentimos defraudar las esperanzas del Congreso. No podemos someter á su elevada deliberación un proyecto de Reglamento forestal; pero en su defecto, si se resigna á escucharnos por algunos minutos, todavía le daremos modestamente nuestra opinión, acerca de los únicos medios que quedan para salvar nuestros bosques de la ruina que los amenaza.

Resumamos, previamente, lo dicho hasta aquí:

1.° Está demostrado por la experiencia de muchos siglos y por la ciencia contemporánea, el riesgo que corren de desaparecer las sociedades humanas cuando la intemperancia hace desaparecer las selvas bajo cuyo amparo se establecieron y se multiplicaron:

2.° Está probado que la joven República Argentina, palpa ya los efectos de esta intemperancia y se apercibe de los signos de una decrepitud prematura, ocasionada por la explotación inconciente de sus majestuosas selvas:

3.° Está probado que sólo la mucha densidad de la población, la escasez de superficie cultivable, la necesidad de procurarse rentas, pueden en algunos casos excepcionales, servir de causa que atenúe este atentado que se perpetra contra los intereses permanentes de la sociedad:

4.° Está probado que siendo la República Argentina, un país que apenas cuenta un habitante por cada kilómetro cuadrado de suelo cultivable, y no beneficiando rentas forestales, no debe consentir la destrucción de los bosques.

5.° Está probado que las perturbaciones que se introducen en la naturaleza, cuando se consuma la devastación de los montes, hacen imposible que vuelvan á reproducirse, sino en virtud de una serie de etapas que reclaman cientos de siglos para que el imperceptible esporo se convierta en el árbol gigantesco:

6.° Está probado que no habiendo llegado todavía los bosques argentinos al último período de la devastación, pueden los legisladores salvarlos de la ruína, en pocos años, siempre que penetrados de la elevada misión que les corresponde, y

afrontando con valor la oposición de los que están interesados en sacrificar el porvenir por su provecho personal presente, dicten la única ley que puede protegerlos.

Esta ley debe abarcar los puntos siguientes:

Primero: Convertir en Ley de la Nación la proposición presentada al Poder Ejecutivo, con fecha 19 de Agosto, por el Departamento Nacional de Agricultura:

Segundo: Disponer que en virtud de lo acordado en el art. 14 del Formulario de los contratos que se celebraron con los obrajeros, para el aprovechamiento de los bosques, y considerando que del Paraguay y del Brasil, puede la República Argentina abastecerse, sin mayores gastos, de las maderas preciosas que necesita para las artes é industrias, se suspenda la corta de leña y madera, así como la extracción de la casca y fabricación de carbón y la Yerba misionera y pastoreo de animales, en todos los montes y bosques pertenecientes al Estado, hasta tanto que se promulgue la Ordenanza Forestal de la República:

Tercero: Ordenar que los bosques que se encuentren dentro del área de tierra que, en virtud de la Ley de Colonización, puede conceder el Poder Legislativo á las empresas colonizadoras, sean excluidos de la donación, venta ó arrendamiento, quedando siempre bajo la protección del Estado.

Cuarto: Crear, en la Capital del Chaco ó de Misiones, una Escuela teórico-práctica de Comisarios de Montes Nacionales.

Quinto: Levantar un empréstito de un millón y medio de pesos fuertes, garantizado con todos los bosques nacionales, para sufragar los gastos que ocasione la presente Ley de Montes:

Sexto: Destinar el producto de la explotación de los bosques: 1.° Á sostener el personal técnico que designe la ordenanza. 2.° Á pagar el interés y la amortización del empréstito. 3.° Á fomentar la educación forestal. 4.° Á adquirir por expropiación todos los bosques espontáneos que estén en manos de

particulares ó corporaciones. 5.º Á la plantación de bosques artificiales, y 6.º Á la creación de viveros y criaderos de árboles en todas las Provincias y Municipios.

He dicho.

ARTÍCULOS DIVERSOS

IMPRESIONES DE UN EXTRANJERO

Casa Blanca, Noviembre 22 de 1870.

Señor Don Lucio Rodriguez.

Distinguido amigo: Cumplo con un deber de gratitud al manifestarle mis primeras impresiones ante el sublime panorama de esta naturaleza virgen, cuyos encantos nunca fueron empañados con el aliento de los hombres.

Magníficos espectáculos se han ofrecido ante mis ojos durante la carrera de mi vida. Cuadros brillantes, capaces de despertar alguna fibra sensible en el alma encallecida de los ateos.

Yo he visto, desde el mar ondulante de doradas mieses que presentan las fértiles llanuras de Castilla, hasta las estériles arenas de las playas Africanas.

Desde las abundantes vegas de Toro y de Granada, hasta los parques inmensos donde los hijos de Albión olvidan por un momento su eterna melancolía.

Desde las abrasadas florestas del Brasil, con sus orquideas, sus plátanos y sus gigantes palmas, hasta las heladas crestas de los Alpes, con sus brezos, azaleas, rododendros y con sus pintadas vacas siempre acariciadas por la mano de la rubia doncella.

Desde los alegres bosques de Charentón y de Versailles, salpicados de grutas, fuentes y cascadas, hasta los severos jardines de Viena con su poema de coníferas y sus palacios

de hierro y cristal, donde viven aprisionadas toda clase de plantas ecuatoriales.

Mas todas, todas estas maravillas se oscurecen en mi memoria, ante el conjunto de gracias que presentan los pintorescos contornos de Casa Blanca, porque solo aquí se mitiga la fiebre qne me arrastró lejos de mi patria. Porque solo aquí toco el complemento de mis aspiraciones. Porque solo aquí, en presencia del paraiso que me forjé en los primeros sueños de mi juventud, puedo exclamar con entusiasmo verdadero:

¡Oh Grande Arquitecto del Universo! Coronada está tu obra!. . . . . .

La pintoresca estancia de Casa Blanca, que pertenece al Señor D. Domingo Ordoñana, mide una superficie de seis mil hectáreas, está colocada en la confluencia del Paraná con el Uruguay y dista escasamente diez kilómetros de la linda playa de Nueva Palmira.

Por la situación geográfica que ocupa, por las ondulaciones naturales de su superficie, por su exposición al Oeste, por los frondosos bosques que la pueblan y por las dulces emanaciones del río y arroyo que la circundan, goza esta encantadora posesión de un clima suavísimo, que poco sensible á los bruscos tránsitos de temperatura, favorece admirablemente el desarrollo de cuantos seres residen en la inmensa superficie del globo, desde la Manzanilla y el Cisne que habitan las heladas regiones, hasta el tigre y la mimosa sensitiva que viven en el Ecuador.

La capa superficial de tierra vegetal que cubre esta inmensa extensión, es de uno á tres metros de espesor y se compone de un légamo arcilloso, más ó menos mezclado con arena silícea, tan rico en humus, ó sea sustancias orgánicas en estado de descomposición, que podrían obtenerse, seguramente, quinientas cosechas seguidas, sin que fuera necesario el beneficio de los abonos.

Esta espesísima capa de tierra, descansa en general sobre un inmenso banco de conchas marinas, dispuestas en capas

horizontales, que deben su origen, lo mismo que toda la superficie, á grandes arrastres del Uruguay, en épocas no muy remotas.

Con una exposición que impide la maléfica influencia de los vientos del Sud, con una temperatura, donde jamás el termómetro desciende á cero, ni llega más allá de los 35 grados; con una capa vegetal, cuya composición no puede ser más ventajosa, ya se considere física ó químicamente; con un subsuelo que libra circulación á la humedad superabundante, impidiendo el desprendimiento de los ácidos tan nocivos á la vida vegetal; con una atmósfera, por último, que siempre impregnada de las frescas emanaciones del Uruguay, cubre la tierra de suave rocío, ¿qué gérmenes de vida podrán colocarse en este medio feliz sin que se desarrollen espléndidos y vivan con todas las galas de una existencia lujuriosa?

Pero la naturaleza, siempre insistente en sus manifestaciones, no solo posee un lenguaje mudo y elocuente para hablar á la inteligencia de los espíritus observadores, sino que se revela en sus infinitas y variadas creaciones para herir nuestros sentidos.

En medio de las felices condiciones de existencia que llevo descriptas, puede muy bien la ignorancia humana dudar de la inflexible lógica, encanto, concordancia, equilibrio y economía del mundo; mas en presencia de tantos individuos de la gran familia vegetal, ante sus tallos gigantescos, sus verdes hojas y sus matizadas flores, la duda insulta á una Providencia que con cariñosa solicitud atiende á nuestra necesidades, satisface nuestros caprichos y realiza nuestras ilusiones.

Plaza; ancha plaza guarda las verdes praderas de Casa-Blanca, para cuantos eslabones componen la gran cadena de la vida orgánica.

Allí vegeta la higuera con la misma lozanía que en Egipto, la Argelia y la costa española.

La trepadora madreselva como en la Tartaria. La mimosa sophanta ó aromo, con sus mil racimos de oro, como en el Senegal.

La ortiga con sus delicados filamentos y sus jugos alcalinos, como en el Asia meridional.

El serval de cazadores ó nopal azucarado, como en el centro de Africa.

La caya astringente, como en los lagos de Etiopia.

El gigantesco y endurecido bambú, como en el Archipiélago Filipino.

La centaura, cuaja-leche, como en las mesetas de Europa.

La eritrina, cresta de gallo, como en los Trópicos.

La avena, como entre las Estepas del Norte.

El naranjo, como en la China.

El trébol aromático, como en las praderas de la Suiza.

El phicus elástica ó cauchout, como en Anam, Java, el Brasil y la Guayana francesa.

El fénix datilífero ó palmera, como en Berbería ó en Elche.

La pimienta ó mollen como en la Oceanía.

¿Para qué cansar con la descripción de las infinitas plantas que viven espontáneamente en esta feracísima costa?

Basta y sobra con lo dicho, para demostrar, que allí donde nacen, crecen y multiplican tantos individuos de tan diversas procedencias; allí donde tan variadas producciones cumplen con los misterios de su existencia, elevando hasta el trono de Dios un himno que se traduce en perfumes y gorjeos, allí está el campo señalado por el dedo de la Providencia, para trasplantar con profusión esa planta cosmopolita que se llama hombre; planta que en el Asia languidece narcotizada y perezosa; planta que se aniquila en el Asia bajo el yugo del despotismo; planta, en fin, que gastada y sin aromas, hoy muere aplastada entre los escombros de la Europa que se derrumba.

Vengan aquí, pues, los hijos desheredados de todas las naciones de la tierra.

Vengan los que confiados en sus merecimientos, esperan en vano la hora de la justicia.

Vengan aquí, pues, cuantos no puedan respirar en la corrompida atmósfera del viejo mundo.

Vengan aquí, y bendecirán como yo, el día en que por vez primera pisé las playas del rico continente americano.

Venid; que ya señala el gran reloj de los siglos, la hora del engrandecimiento de esta República.

Venid á formar parte de la gran nación, donde los hombres son felices y ricos por el clima, nobles y generosos por la libertad.

¡Libertad! Mágica palabra! En busca tuya miles de bajeles cruzan incesantemente las enfurecidas ondas del Océano, para arrojar después, sobre las fértiles playas orientales, los valientes de todas las naciones.

Aquí viven la agricultura, el comercio, la industria; artes y ciencias que desdeñan las caricias del Sibarita, desconfiando de las promesas del tirano y huyen del estrépito de las armas.

En tu seno están, República Oriental del Uruguay, todos los gérmenes de tu futura grandeza. Cumple las misteriosas leyes del destino, dándoles el soplo de la vida que reclaman, y serás en breve plazo la nación más feliz, más noble, más rica y más poderosa de la tierra.

Estos son, distinguido amigo, los sentimientos de que me hallo poseido ante el cuadro majestuoso de esta naturaleza; sentimientos que le comunico lleno de placer, porque lo hago á un obrero que trabaja con insistencia, constancia y tenacidad, para proporcionar á su patria días felices.

Sin fatigarle más por esta vez, se repite de Vd. con la mayor consideración su affmo. amigo y servidor.

Q. B. S. M.

JUAN DE COMINGES.

DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA INAUGURACIÓN DE LA ASOCIACIÓN RURAL DEL URUGUAY, OCTUBRE 3 DE 1871 (MONTEVIDEO).

Respetables Sres.: En el momento que acaban de pronunciarse frases tan elocuentes y sentidas, pálidas serán las que broten de mis labios, por más que arranquen de un corazón entusiasta por la agricultura.

Yo debiera sofocar sus impulsos; mantener el dominio de la fría razón; pero, señores, el espectáculo que se está dando, me conmueve, me fascina, me atrae y lanzándome fuera de mi órbita me hace seguir tras la estela de astros luminosos, para quizá precipitarme en los abismos.

Si las distinguidas personas que aquí se encuentran reunidas, constituyen, como tan oportunamente lo acaba de decir el ilustre y constante Sr. Ordoñana, el árbol cuyos robustos brazos guarecerán y darán nueva vida á los intereses de la campaña, no se me niegue, señores, la alta honra de ser la última de sus raíces capilares. ¿Qué secretos resortes ha movido la naturaleza? Qué leyes misteriosas de afinidad se han puesto en juego, para hacer converger á este punto tantos individuos, distintos en profesiones, en aspiraciones políticas y en nacionalidad? Vamos por ventura á poner nuestra firma bajo el primer capítulo del pacto federal universal? ¿Vamos á conjurar algún peligro? Acaso sea lo uno y lo otro. Pero no nos dejemos arrebatar por el placer, ni el sentimiento, puesto que ni somos

tan meritorios ante Dios, que podamos ya realizar por completo las predicciones de su Evangelio, ni tan indignos que merezcamos su cólera.

Estamos reunidos aquí, esperando la señal para dar la batalla contra el más terrible de cuantos enemigos han perseguido á la humanidad.

Contra ese genio del mal, que sembrando la zizaña en nuestros campos y el desaliento en nuestros pechos, ha sido siempre la rémora de las sociedades, que deben continuar su marcha magestuosa hasta llegar á la felicidad suprema. Venimos á mancomunar nuestros esfuerzos para combatir el error, orígen de todas las miserias humanas, y para difundir la luz, manifestación sensible de la divinidad.

En una palabra, venimos á formar un ejército indestructible, ante cuyas armas, que son gajos de oliva, huyen los tigres como tímidas ovejas.

Señores, al ver á los hombres unidos aquí por un sentimiento tan espotáneo, tan noble y generoso; al verlos sobreponerse á todas las miserias que hoy nos rodean; al verlos remontar su espíritu hasta la esfera del bien general, desnudándose de sus pasiones particulares, no vacilo en calificar este paso como el mayor que un pueblo puede dar en el camino de su prosperidad y de su gloria.

Es la primera vez de mi vida que presencio un espectáculo semejante; por eso estoy conmovido, tan profundamente conmovido, que temo no poder continuar. Desdichado el enfermo que no conoce sus dolencias. El sepulcro le aguarda.

Desdichado el pueblo que no se apercibe de sus necesidades! Las cadenas y el hambre lo aniquilan.

Felices mil veces los orientales, que previendo las suyas tan á tiempo, no dejarán jamás que se agote la prodigiosa fertilidad de su privilegiado suelo! Y dichosos también los extranjeros, que como los Celtas, Fenicios y Cartagineses, venimos, convidados por tan risueña naturaleza, á sentarnos al banquete que nos ofrece este nuevo jardín de las Hespérides!

Tan lejos estoy de conceptuar este acto, como un acto vulgar de esos en que solo se trata de intereses materiales; tan identificado estoy con su fin moral; tan profundo respeto y veneración me inspira, que solo veo una congregación de hombres de fe que han acudido al templo para ofrecer á su Dios el santo sacrificio del trabajo!

Dejadme también á mí levantar hasta su trono divino una súplica que reasume las más justas inspiraciones del alma!

Señor: iluminad nuestro espíritu para que sepamos hacer de cada ser aislado que sucumbe estérilmente en los campos de batalla, sin dejar otra herencia que su huella ensangrentada, una familia laboriosa, feliz y rica en conocimientos y virtudes.

Dadnos fuerzas para levantar á nuestro hermano el hombre. Haced que no le veamos más doblegado bajo el peso de su ignorancia, envilecido, hambriento, fatigado, maldiciente y degradado á la categoría de la bestia, arrastrarse penosamente tras de su imperfecto arado.

Haced que su abatida frente se levante para daros gracias, por haber firmado la carta de redención!

Por bastantes siglos castigaste la ignorancia del hombre haciéndole regar la tierra con el sudor de su frente. Redimidle Señor, de su esclavitud, dándole ciencia para que sea sustituido en sus penosas faenas por el vapor, la electricidad y las demás fuerzas inanimadas de la naturaleza.

He dicho.

LA INMIGRACION EN AMÉRICA

« Vengan los hijos desheredados de todas las naciones de
« la tierra. Vengan y bendecirán, como yo, el día en que por
« vez primera pisen las playas del rico continente Ameri-
« cano. »

Hace un año que el autor de este artículo escribió las anteriores líneas, en una carta dirigida al Sr. D. Lucio Rodriguez, Gerente de la oficina de Inmigración, carta que mereció la honra de ver la luz pública en este país y en Inglaterra, Italia, Francia y España.

Un año más de observaciones, de estudios y de ensayos prácticos, le han confirmado en sus primeras opiniones despertando en su alma un sentimiento que necesita realizar, supuesto que tiende á restablecer el equilibrio entre dos sociedades que sufren en sentido inverso.

La Europa y la América en general.

La España y la República Oriental en particular.

Las revoluciones verificadas por nuestro planeta desde el principio de los siglos, lo mismo que las realizadas por las ideas desde los tiempos más remotos, en vez de turbar el orden majestuoso de la naturaleza, han servido para embellecer al mundo y para enaltecer á la humanidad.

Los grandes cataclismos de las edades primitivas eran dirigidos por una naturaleza previsora que formaba con el hierro, el oro y la hulla, veneros de riqueza para las futuras edades.

Las Águilas Romanas, que pasearon victoriosas desde el Tajo al Eufrates y desde los Alpes hasta el Atlas, prepararon

con la unidad de idiomas y de costumbres, el vasto campo, donde muy pronto habían de germinar las purísimas doctrinas del Evangelio.

De un puñado de criminales que robaron hasta las mujeres, nació aquella deidad coronada de almenas que se llamó la Diosa Roma, del mismo modo que otro puñado de puritanos acaba de dar origen á la nación más culta y más poderosa de la tierra.

Hace cuatro siglos, que sólo tribus salvajes y bestias feroces estaban en posesión de los bosques pintorescos que nos rodean; pero las hojas de sus árboles al desprenderse, formaban poco á poco la inmensa capa de tierra vegetal que en lo futuro había de nutrir á generaciones libres é ilustradas.

Hace también cuatro siglos, que las márgenes del Genil estaban habitadas por un pueblo, que era el único depositario en el mundo, de las letras, de las artes y de la agricultura, pero el fanatismo de otros pueblos unido á la crueldad, la intolerancia, la injusticia y la barbarie, acabó con aquella civilización, dando origen á la España de Carlos segundo y de Isabel de Borbón.

La ardiente lágrima con que Boadil regó la tierra al despedirse de la hermosa Sultana, esterilizó para muchos siglos su fecundo seno, y la estrella que guió al piloto Colón en su milagrosa travesía, y que alumbró en la primer aurora de América, fué la misma que brilló en el último crepúsculo de España. España, ¿Dónde estás?

Aletargada con el oro de Potosí; embrutecida con las hogueras de la inquisición; agobiada con los foros, feudos, diezmos y alcabalas, y diezmada con las persecuciones políticas; en vano tus más ilustrados hijos se ofrecen en sacrificio al luchar contra los tiranos, que tienen bastante oro para recompensar á un ejército mercenario, destinado á sofocar las más nobles aspiraciones de la humanidad.

« Venid aquí hijos desheredados de todas las naciones de
« la tierra, venid y bendiciréis como yo, el día en que por pri-

« mera vez piséis las playas del rico continente Americano! »

Ya no producen manzanas de oro las pintorescas costas de la Bética.

Inmensas superficies cubiertas de brezo, zarza, romero y lentisco, señalan la hora de tu decadencia, y empiezan á formar con sus hojas nueva capa de tierra vegetal que ha de nutrir, en días lejanos, á razas ocultas entre las sombras del porvenir.

Los soberbios palacios flotantes donde navegaron los cartagineses del siglo XIX, ya no dirigen sus proas hacia la Europa meridional.

La América, madre hospitalaria y generosa, los llama y los espera para acariciarlos contra su seno, donde se enjugan las lágrimas de sus hijos y se curan las heridas de su alma.

Pueblos de España que sufrís las amarguras de la miseria y del despotismo, escuchad:

Hay un país donde se llega con comodidad, seguridad y economía, en el corto espacio de 15 días.

Allí se habla vuestro propio idioma.

Su temperatura es tan suave, que crece por todas partes el naranjo, la palma y la caña dulce.

La tierra es tan fecunda, que puede sembrarse algunos siglos sin reclamar el beneficio de los abonos.

Los alimentos son tan baratos, que una arroba de carne fresca cuesta menos que dos libras, en nuestra patria.

La existencia es tan fácil, que nadie vive de la caridad, todos los hombres, mujeres y niños, encuentran colocación lucrativa antes de los ocho días de su llegada, y muchas veces ven solicitados sus servicios antes de salir del barco que los trajo.

Una oficina del gobierno, se encarga de protejer al recién llegado, y no lo abandona hasta que realiza sus deseos.

El clima es tan sano, que muchas enfermedades europeas son desconocidas.

El más corto jornal, de los peones ínfimos del campo, es cinco pesetas, cuando abundan brazos.

Las familias labradoras, encuentran en el acto, ricos señores, que les dan, mediante ciertos contratos, alimentos por uno ó más años, semillas, herramientas, ganados de labor y tierras abundantes que cultivar, y que al cabo de algún tiempo llegan á ser de su exclusiva propiedad.

Los artistas, industriales, y comerciantes, son la verdadera aristocracia de ese país, donde hacen rápida fortuna si saben ser honrados.

Los grandes emprendedores y los hombres de la ciencia, encuentran la patria que soñaron en los primeros delirios de la niñez.

La libertad que se goza, es la más completa á que pueden aspirar los hombres; los que gobiernan respetan á todos, cualquiera que sean sus opiniones políticas, nacionalidad, su industria y su religión.

Los hijos de esa tierra feliz son tan generosos, y tan noblemente ejercen su hospitalidad, que se puede cruzar la República de un extremo á otro, sin recurrir á la bolsa para pagar la mesa, la cena, ni el caballo.

No se conocen en esa tierra ni la soberbia ni la humillación. El pecho se dilata en esa atmósfera de paz, de igualdad y de alegría, y los semblantes de todos se tornan expansivos y francos, como lo son los de hombres libres de todos los países.

Los gobernantes de España, que se afanan en tener gran número de soldados que den su sangre, y gran número de esclavos que den su sudor, ocultan á la vista de sus súbditos la risueña perspectiva de ese país que se llama Montevideo, ó sea la República Oriental del Uruguay; pero los que han sufrido grandes amarguras en Europa, y al pisar estas hospitalarias playas han visto recompensados sus esfuerzos, y han podido renacer á la vida y á la esperanza, llenos de fe, de fuerza y de juventud, han contraido el deber de tender una mano fraternal á los desgraciados, mostrándoles abierto y expedito el camino de la felicidad que les espera en pago de su tribulación.

La firme convicción de que es cierto lo que acabo de manifes-

tar; el amor hacia los compatriotas que sufren al otro lado de los mares, y la gratitud que se debe al pueblo bondadoso que acoje y proteje á cuantos le piden hospitalidad, fueron y son los móviles que impulsan al que escribe estas líneas, á decir al principio de ellas y á repetir al final:

« Vengan aquí, los hijos desheredados de todas las nacio-
« nes de la tierra, vengan y bendecirán, como yo, el día que
« por vez primera pisen las playas del rico continente Ameri-
« cano.»

Nueva Palmira, 25 de Febrero de 1872.

LAS DUNAS

EN LAS COSTAS DEL ATLÁNTICO, DEL PLATA Y EL URUGUAY

Esta palabra con que los Celtas y Latinos designaban las cuchillas ó montañas escarpadas, palabra que todavía se encuentra mezclada al nombre de infinitos pueblos, como Ver-dún. Isson-dun, Lon-dun, sirve en nuestros días para designar los montículos de arena que aparecen paralelos á las costas de los mares y de los ríos, así como también los que por los vientos se forman en algunas pampas y en los desiertos de Arabia y de la Libia.

El testimonio de los más antiguos geógrafos acredita, que nadie en aquellas épocas remotas había parado la atención en este fenómeno, hoy tan desastroso.

Ni Plinio ni Strabón se ocupan de las Dunas, por más que estos sábios naturalistas, no hubieran dejado en el silencio y el abandono, tan importantes revelaciones.

Por otra parte, los troncos de castaño y pino encontrados en el interior de las Dunas del Golfo de Gascuña, revelan que en otros tiempos, éstas no existían, supuesto que la vegetación invadía hasta la misma orilla de las aguas.

El incendio, la imprevisión, la guerra y la barbarie, acabando con estas frondosas selvas que revestían el litoral de los mares, dieron origen á las Dunas que hoy existen, y á las que aparecerán de día en día, si no se acude con eficaz remedio.

La ignorancia del hombre ha modificado la forma y condiciones climatológicas del planeta en que reside, con gran perjuicio para su existencia y en su proceder ha sido castigado,

como todo el que se empeña en contrariar las leyes admirables de la naturaleza.

El hombre que ha dado origen á las Dunas, y á los infinitos desastres, de que ellas son las consecuencias, siendo como es responsable de sus actos, está obligado á la reparación.

El mar, con el perpetuo movimiento del flujo y reflujo, y con la furiosa agitación de las olas, arroja, sin cesar sobre sus orillas, inmensa cantidad de arenas; como si tratara de restituir á los continentes las que le fueron arrebatadas por la impetuosidad de los torrentes.

Inútiles son sus esfuerzos cuando rocas elevadas ó fajas de vegetación se interponen como para fijar el límite de ambos dominios: más cuando las primeras no existen ó las segundas han desaparecido, el poderoso auxiliar de los vientos hace que estas moléculas imperceptibles invadan el interior de la tierra, muchas veces hasta la enorme distancia de cien kilómetros.

Pueblos enteros han desaparecido bajo estos cristales infecundos; ríos caudalosos han cambiado su dirección; profundos lagos han desaparecido allí donde diques improvisados han llegado á detener el curso de los ríos, fértiles vegas se han trasformado en yermos arenales, y hasta los mismos mares han llegado á colmarse con estas partículas invasoras.

Preguntad á los vecinos de las aldeas colocadas al Occidente de la Gascuña, y os señalarán con espanto los sitios donde sucesivamente han ido estableciendo su morada, huyendo de un enemigo formidable que siempre avanza y jamás abandona sus conquistas.

La iglesia de Lege, construida en 1480, tuvo que abandonarse con este motivo, para ser reconstruida en 1650, tres kilómetros más al interior de la tierra.

¡Tres kilómetros caminados por la arena en el corto espacio de 170 años, ó sea algo más de 17 metros al año, de terreno perdido para la agricultura!

Estraña coincidencia! Las arenas del Golfo de Gascuña caminaban 17 metros al año, arrastradas por el impulso del

sud-oeste, y esa misma distancia caminan en algunas exposiciones de la Banda Oriental del Plata y Uruguay, las arenas que impulsa el mismo viento.

En Palmira hay seis hectáreas de arenales, bajo cuya movible y árida superficie se encuentra una excelente capa de tierra vegetal.

Son la prueba evidente de que aquí, como en el Golfo de Gascuña, son idénticos los efectos de un viento que obra en la misma dirección é intensidad.

Desde la laguna de la Manguera, hasta los límites de la Uruguayana, tiene la República Oriental una serie de Dunas, cuya superficie no será aventurado calcular en sesenta mil hectáreas, hoy inútiles para la ganadería y el cultivo:

Y si á esta enorme suma añadimos los bañados á que las Dunas dan origen al cerrar la barra de infinitos arroyos, bañados pestilenciales, tan improductivos por lo menos, como las Dunas, tendremos, por lo corto, doscientas cincuenta mil hectáreas arrebatadas á nuestras necesidades, productoras de infinitos desastres y preconizadoras de nuestra apatía.

Mas, no es esto solo; el mal aumenta á cada soplo de brisa, y puede decirse que cada minuto que trascurre, pierde esta hermosa patria, diez varas cuadradas de su territorio. ¡Hectárea y media cada día, más de quinientas hectáreas al año!

Dice el sabio Reclús, que por los infinitos datos que las Dunas suministran, pueden ser consideradas como verdaderos cronómetros geológicos.

Es cierto. Hace años que jamás salían las aguas del Bañado, donde hoy están establecidos los cultivos de papas, tabaco, maiz, eucaliptus, alfalfa, timbos, etc.

El sud-oste por un lado impeliendo las arenas, y los aluviones por otro, arrastrando el detritus de las cuchillas, completaron la obra de relleno, trasformando un golfo en una laguna, la que canalizada en el año pasado, se ha trocado en una feracísima vega que está elevada dos y medio metros sobre el nivel ordinario del Uruguay.

En el año que lleva de cultivo este terreno, se ha levantado doble que en los años ordinarios.

En corroboración de las opiniones de Reclús y de las observaciones de todos los geólogos contemporáneos, manifestaremos un hecho que se repite en diferentes puntos de la margen del Uruguay, principalmente en la estancia de Casa-Blanca, poco más arriba del arroyo Gutierrez.

Un espeso monte de ceibos, higuerones, curupís y otras maderas de poca aplicación hasta el día, se ha preservado, por esa causa, del hacha destructora, cubriendo una faja ancha de cuatro ó cinco hectáreas y tangente al río.

Antes y después de esta faja, la costa, con escasa ó ninguna vegetación, presenta el repugnante cuadro de las Dunas, elevadas algunas hasta la altura de quince metros; pero en el oasis á que nos referimos, el viento ha luchado en vano contra la impenetrable muralla, vida de las plantas y verde alfombra de florido césped que se extiende allí en lugar de los abrasadores y estériles arenales que, de todas partes, van avanzando hacia el interior de los continentes.

La tierra afeada y empobrecida por la ignorancia de los hombres, clama en el ilustrado siglo XIX por restituirse á su primitivo estado. Estamos al presente, tocando ya las funestas consecuencias de nuestra torpeza; pero mayores males aún, nos amenazan para el futuro, si no buscamos eficaz remedio que corrija los perjuicios causados á nuestra fecunda madre.

La señal de alarma ha sido dada por Mr. Ruhat, á principios del siglo XVIII, quien probó con sus siembras de pino, que podían éstas ser las guerrillas que contuvieran al ejército de Dunas que marchaba al asalto de los pueblos.

Mucho después de esto, propusieron al Gobierno de la Francia, sujetar con iguales ó semejantes procedimientos, la inmensa zona de las Landas, antes de que el célebre Bremontier, pusiera en ejecución admirable plan de cultivos, por medio del cual, se demostró prácticamente, que con la plantación de

árboles y arbustos de gran aparato foliáceo, como pinos, castaños, viñas, etc. se conseguía este resultado, sin más gasto que miserables doscientos francos por hectárea.

Estos trabajos están terminados y las amenazadoras Dunas de las Landas hoy se han convertido en un emporio de riqueza. Los bosques recientemente plantados, según el plan de Bremontier, están estimados en 25 millones de francos, lo que da un valor de 600 francos á cada hectárea.

No decimos más.

El día en que grandes sociedades, protegidas por nuestro Gobierno, exploten las doscientas cincuenta mil hectáreas que hoy son causa de serios y justos sobresaltos, la República tendrá sobre sus costas quinientos millones de pinos, para hacer frente á los 25 millones de piés de pino, que se consumen anualmente en el Río de la Plata, y la riqueza territorial habrá aumentado la fabulosa suma de cinco mil millones de pesos fuertes.

Nueva Palmira, 10 de Marzo de 1872.

UNA VISITA AL PARQUE DE PALERMO

—¿Ha sentido la Nación Argentina la necesidad de poseer un Parque?

—Sí; y este sentimiento, por sí sólo, basta para medir su grado de cultura.

—¿Podía soportar el gasto?

—Sin duda, por cuanto que empezó, sabiendo que en todas las creaciones del arte, con la economía, sólo se alcanza lo ridículo, y que son especialmente las grandes creaciones horticulturales, las que menos la soportan.

—¿Sería posible que sucumbiese anémico el Parque de Palermo?

—Siendo cada año hombres diversos los que otorguen la ración anual, no está en lo imposible el que algún día quedase á media dieta.

—No todos los hombres patriotas y populares están dotados de esos delicados sentimientos que les hacen comprender la incomprensible necesidad de los jardines públicos.

Estas reflexiones son la causa de que tratemos de describir en breves rasgos, lo que es esa grandeza nacional, según las impresiones que nos ha producido en la última visita, y el poderoso influjo que está llamada á ejercer en la higiene, en la ilustración y en la moral de los habitantes de Buenos Aires, siempre que se termine y se conserve.

Hay muchos pueblos que, á pesar de no estar completamente sumidos en la barbarie, no se aperciben de la necesidad de los jardines, mientras que hay otros que, estando en los pre-

ludios de la civilización, se sentirían asfixiados si no respirasen el aroma de las flores.

No precisamos buscar ejemplos en otras épocas ó en otros continentes. Bien cerca de nosotros hay una riquísima provincia extranjera, donde las hijas de los estancieros que marcan anualmente veinte mil vacas, no cultivan ni una triste planta de geranio y vegetan en medio de aquellas tristes soledades, lánguidas y aburridas, pero al menos ociosas, que es el único placer de la ignorancia y la rudeza.

Vecino está otro pueblo, (1) que aun no ha perdido del todo ni la lengua ni las costumbres primitivas, ni los rasgos físicos de su raza indígena; pueblo que se agita en la indigencia, sobre los escombros humeantes de su reciente devastación, y sin embargo, las mujeres de ese pueblo, que solo con mujeres cuenta, porque sus hombres murieron como héroes, son un elocuente contraste con sus vecinas: cantan, rien, danzan, discurren, y, sobre todo, trabajan sin violencia y como por costumbre, sin que falte á ninguna de ellas momentos que dedicar á los jazmines que adornan los contornos de su pobre rancho. La delicadeza de sus sentimientos las hace más felices en el hogar y más útiles para la familia y para la patria, que á esas opulentas vecinas que duermen sobre un sucio jergón, bajo el cual hay inertes algunas arcas repletas de oro.

No falta en la República Argentina esa delicadeza, esa ternura esquisita que arrastra el alma hacia el culto de lo bello; mirad uno por uno todos los zaguanes de las viviendas de Buenos Aires, y del soberbio palacio al humilde rancho no hallaréis uno solo que carezca de esas amables compañeras de la humanidad, que se alimentan con los gases que podrían dañarnos, devolviéndonos en cambio los suaves perfumes que embalsaman el ambiente que respiramos.

La familia argentina ama la compañía de las plantas; y el

(1) El Paraguay.

límite de las ambiciones de cada padre, sólo llega hasta adquirir la posesión de una quinta, donde su compañera forme ramilletes, en tanto que sus hijos jugueteen. En Buenos Aires y sus contórnos, hay, probablemente, más casas de recreo que lo que consentir puede, sin violencia, la fortuna de los particulares. No son pocos aquí, los que se han arruinado por su excesiva pasión por los jardines.

No pueden, pues, tacharse de toscos los sentimientos de los hijos del Plata, antes pudiera decirse, sin menoscabo de su honra, que va haciéndose endémica entre nosotros una pasión análoga á aquella de que los holandeses suelen ser víctimas y que llámase *tulipanomanía.*

Pero no á todos es dado satisfacer el laudable deseo de hacerse dueños de un jardín donde pasear sobre el florido césped y correr en los días de fiesta con sus deudos y amigos bajo los floridos árboles. Hay, desgraciadamente, muchos centenares de padres de familia, que, condenados á la estrechez ó á la miseria, ven con profundo pesar tornarse poco á poco pálidas las rosadas mejillas de sus hijos, relegados entre las cuatro paredes de una vivienda insana, donde falta el espacio, la luz y el oxígeno, y por tanto la salud y la alegría.

No basta, para satisfacer esa necesidad moral y física de las familias pobres, el contemplar desde el exterior de una verja de fierro como se solazan, en sus jardines particulares, las familias opulentas.

El pueblo necesita de jardines públicos, más grandes y más suntuosos que los particulares; sabe que puede construirlos y conservarlos con su dinero, y no considera nunca mal invertida la plata que sus mandatarios destinen á satisfacer lo que, si no fuese una necesidad tan legítima, sería por lo menos una de las aspiraciones más laudables.

Y no se crea que es solo al pueblo á quien aprovechan exclusivamente los grandes parques públicos. ¿Cuál otro podría ser el punto de cita de las gentes del gran mundo? ¿Dónde mejor podría diariamente exponerse á la admiración pública, la exu-

berancia de la riqueza y la civilización? ¿Dónde como en ellos puede abarcar el extranjero, de un solo golpe de vista, el conjunto de objetos más interesantes que dan la medida de la importancia de un pueblo? ¿Dónde podría excitarse con más éxito esa provechosa emulación cuya consecuencia inmediata es el refinamiento y el progreso de las artes?

¿Cómo la culta capital de la República Argentina ha podido darse por satisfecha hasta Junio de 1874, con sus clubs, su Colón, y su calle de Florida? ¿Por ventura bastaba tan estrecha órbita para que en ella pudieran girar, con la majestad de que son dignos, esos astros deslumbradores de lujo, de hermosura, de elegancia, de gracia y cortesía que hoy embellecen y vivifican al Parque de Palermo?

¿Dónde iban á ostentar su apuesta gallardía y las gracias de su corcel brioso, los ricos mancebos de la alta sociedad porteña?

¿Dónde, las opulentas matronas lucían sus troncos, sus carruajes, sus libreas, sus joyas, sus galas y su noble gentileza?

¿Dónde, en los días de expansión, acudía el pobre jornalero á solazar su espíritu, paseando entre flores y comiendo con su familia un modesto asado á la sombra de las plantas?

¿Dónde, en fin, acudía los domingos esa briosa juventud que pasa la semana entera sumergida en la cátedra, en la tienda, en el taller ó en la oficina?

Buenos Aires, Setiembre 7 de 1882.

LA COLONIZACIÓN DEL CHACO

Hace pocos días que, desde las columnas de un diario, se desprendió una centella que acaso hubiese exterminado á los indígenas del Chaco.

La prensa porteña no tuvo una palabra de censura para el que en la aurora del siglo XX proponía un acto de lesa humanidad, ni una de aliento para el digno órgano que con tanta prontitud, acierto y energía, rechazaba una ofensa que lastimaba los sentimientos delicados y el alto criterio de la sociedad argentina.

La reputación, que es la vida de los países que, como éste, progresan principalmente por la inmigración, estaba herida de muerte, y los que amamos esta reputación, ó, lo que es lo mismo, los que trabajamos por el progreso de un pueblo, en el que encuentran cariñosa acogida los que no quieren envejecerse en el viejo mundo, absortos ante tan increible indiferencia, íbamos á prorrumpir como el Pablo del «Tanto por ciento».

¿Por qué no sale una voz
De esas entrañas de roble?
Cualquier mentira es más noble
Que ese silencio feroz.

Pero el editorial titulado «El Chaco y la Colonización», publicado en el número 3429 de *La Nación*, que, sin aludir á los anteriores, decide indirectamente la cuestión, en apoyo de las nobles ideas que sustentó otro órgano de publicidad, hace

innecesaria nuestra queja, y reclama nuestro profundo agradecimiento.

Tanto cuanto conocemos el territorio del Chaco y los indios que lo pueblan, nos son desconocidas las marañas de la política, cuyo terreno nos inspira un miedo que jamás hemos sentido en medio de las profundas soledades de las selvas vírgenes. Quizá dañemos á la causa que intentamos defender al ocuparnos de ella desde las columnas de un diario que llaman de oposición; pero aún cuando en varias publicaciones adictas al Gobierno tenemos amigos que aceptarían gustosos cuanto les remitiésemos acerca de tan importante materia, preferimos hacerlo en aquel que se halla más en armonía con nuestros principios económicos, y que, en la contienda actual, se ha pronunciado por la buena causa, sin pueriles temores y sin contemplaciones degradantes.

La antigua y reputada publicación que dirige un ex-Presidente, historiador, y sobre todo general de la República, acaba de decir en el momento más oportuno:

«Que los territorios del Ohio y del Kentucky fueron conquistados al salvaje por los colonos.

«Que los verdaderos y temibles conquistadores de las tierras ocupadas por los bárbaros, han sido los colonos.

«Que todo el rico valle del Missisipí, que hoy contiene como 18 millones de habitantes, fué conquistado á los salvajes por la SOLA colonización.

«Que á los colonos, y no á la fuerza militar establecida en la frontera norte de la Provincia de Santa-Fé, se debe la ocupación del desierto.

«Que la Colonia California se estableció fuera de la línea de fronteras.»

Estas ciertísimas afirmaciones tienen tanta importancia, que, si el criterio público no está pervertido, acabarán para siempre con las malas tendencias que antes hemos señalado.

Pero lo que no ha dicho *La Nación*, es que delante de las fronteras de Salta y de Jujuy, hay riquísimas haciendas perte-

necientes á hombres civilizados, las que se apacentan en territorios salvajes, cuidadas por *salvajes* que muchas veces tienen que defenderlas de la rapacidad de los cristianos.

Pero lo que no ha dicho *La Nación*, es que todos los obrajeros que se están enriqueciendo con la brutal explotación de las maderas del Chaco, viven en las costas ó en el corazón del desierto, auxiliados por los *salvajes* y en la mejor armonía con ellos, sin echar de menos la protección de las fronteras que tan cara suele salir al protegido.

Pero lo que no ha dicho *La Nación*, es que Taboada, Fontana y Solá se han paseado por el Chaco, sólo acompañados de 20 ó de 30 guardias nacionales, y que otros lo han hecho absolutamente solos.

Pero lo que no ha dicho la *La Nación* es que los soldados de las fronteras del Chaco que desertan hacia el interior de este territorio, son tomados inmediatamente, no por comisiones, que sería imposible destacar en su persecución, sino por los mismos indios, quienes los devuelven á sus jefes.

Pero lo que no ha dicho *La Nación* es que el verdadero servicio de la frontera de Formosa, que nunca fué atacada, ni lo será mientras haya justicia en el trato con los indios, lo hacen los súbditos del cacique Pichón, quien, sólo por su buena índole, manda descubiertas por todos los contornos, para ver si se descubren rastrilladas de Pilagás; Pilagás que aparecen como feroces ante la imaginación de los Tobas, por la misma causa que ante la nuestra lo aparecen todos ellos, que es la de no conocerlos; en lo que nos parecemos á los Romanos del tiempo pasado, que llamaban bárbaros á los extranjeros, y á los perros de todos los tiempos que muerden al que desconocen.

El editorial de *La Nación*, que con tanta franqueza ha confesado lo poco que valen las fronteras del Chaco, no debe irritar á los militares honrados; lo que sí debió ofender á todos, y desgraciadamente no se ha dejado conocer, fué que un diario pensara honrarles dándoles la indigna y cobarde misión de exterminar á unos cuantos argentinos, agricultores pacíficos,

inofensivos, serviciales, útiles, y más dueños que nosotros del territorio que ocupan.

Pero aún concediendo á estos indios un grado de ferocidad que aún no han podido adquirir como los pampas, por su menor contacto con nosotros; si Fontana, Solá y Taboada han ido con cuarenta hombres á buscarlos hasta sus más remotas tolderías, ¿qué se proponen los que hoy pretenden que se ponga un ejército en campaña para la conquista de un territorio que se pasea con cuatro gatos? Si la expedición llevara un objeto científico ó económico; es decir, si se tratase de conocer el Chaco para hacer públicas sus riquezas naturales y despertar el espíritu de colonización, ó de medir su superficie, para hacerla pasar á manos más inteligentes y laboriosas, los indios no se opondrían; pues su sola esperanza de hoy se cifra en encontrar quién les ofrezca un mendrugo en cambio de su trabajo, para morir sin sobresaltos bajo la copa de los árboles de sus bosques, á los que aman tanto como á su existencia. Nadie defenderá un territorio si no lo atacan.

Tenemos mucho que decir sobre la colonización del Chaco y lo diremos si se nos franquean para ello las columnas de *La Nación*; por hoy sólo nos limitamos á felicitarla por su noble actitud y por decir al país que podemos demostrar que con los dineros invertidos inútilmente en las fronteras del Chaco, durante estos diez últimos años, hubiera habido más que suficiente para REDUCIR Á LA VIDA DEL TRABAJO NOBLE È INDEPENDIENTE, no á la esclavitud de los ingenios de azúcar de las provincias del Norte, á esos cincuenta mil ciudadanos aclimatados, á quienes hoy nos pintan con los más negros colores; con quienes intentan meternos miedo, para realizar, bajo ese pretexto, las más indignas explotaciones.

*
* *

No hace todavía un año, que desde el seno de la Sociedad Geográfica, y ante un público tan escogido como numeroso,

tuvimos el honor de manifestar que no sería justo, económico ni humanitario, el emplear para la reducción de los indios del Chaco medios idénticos á los desplegados en la conquista de la pampa. Entonces nos esplayamos hasta demostrar con qué pequeño sacrificio podríamos conseguir que esos cincuenta mil indios que lo pueblan, sin salir del territorio en que nacieron, que es precisamente el que más necesita de ellos, se convirtiesen en ciudadanos tanto ó más útiles que los mejores inmigrantes europeos, que con tanta dificultad se aclimatan y que tan difícilmente se acostumbran á la explotación de los productos tropicales.

Pocos fueron los diarios de Buenos Aires que en aquella conferencia pública no tuviesen presente algún representante, pero como si el asunto que en ella se trató fuese muy vidrioso, muy peliagudo ó muy trivial, salvo algunos aplausos del momento y algunas palabras corteses en las crónicas del siguiente día, no tuvimos el honor de ser apoyados calurosamente, ni la satisfacción de ser refutados, lo que hubiese dado motivo á la más oportuna y trascendental de las discusiones. El Chaco y sus indios quedaron como estaban y como estarán hasta tanto que de un debate razonado no brote la opinión que ha de prevalecer definitivamente acerca de su suerte. ¿Cuál será ella?

Pero no es poco, sin embargo, lo que vamos ganando para la buena causa, con que un diario de la talla de *La Nación*, después de confesar espontáneamente *que los verdaderos conquistadores son los colonos*, califique de «problema trascendental», la poblacion del desierto; hable, no de debelar sino de «convertir al salvaje á la vida del trabajo»; de «incorporar y confundir las razas aborígenes á las civilizadas» y, sobre todo, de «leyes equitativas y justas que tengan por base el reconocimiento (á los salvajes), de la propiedad del territorio que ocupen, en la extensión que se considere necesaria.»

¿Cómo no aplaudir tan alentadoras frases, cuando ellas nos hacen vislumbrar, en medio de este horizonte oscurecido por intereses y pasiones encontradas, la esperanza de que no se

cometa una iniquidad que mataría el prestigio de la nación que hemos adoptado por patria y cuyas instituciones siempre hemos defendido, á despecho de aquellos con quiénes nos ligan los más estrechos vínculos de compañerismo, de amistad y de parentesco?

¿Cómo no regocijarnos cuando la voz autorizada de uno de los más importantes órganos de la opinión pública, nos dice que nuestras palabras de ayer, tan friamente escuchadas, no expresaban una utopía?

¿Cómo no sentirnos conmovidos ante la esperanza de que pueda ser esta nación la primera de la tierra que aprovechándose de los adelantos modernos en todos los ramos del saber humano, y favorecida por las circunstancias más felices, logre resolver el problema de reducir á la civilización á los hijos de la naturaleza, sin extinguirlos ni degradarlos?

¿Cómo, no cobrar nuevos alientos para emprender con más fuerza que nunca nuestra propaganda, cuando hay quien emplea su autoridad para decir al público, desde una tribuna más elevada que la de una Sociedad Geográfica:—Id á colonizar el Chaco; no temáis á los indios; despreciad á los que hasta hoy os retraían espantándoos con su mentida ferocidad?

¿Cómo, en fin, no declararnos satisfechos y agradecidos cuando encaramados sobre el monton de materiales acumulados por *La Nación* para el edificio de la prosperidad del Chaco, podemos, seguros de que nos oigan, decir lo que hasta hoy habíamos callado por creernos solos en el más espantoso de los desiertos, que es el desierto de la indiferencia pública?

Para trasformar la Pampa en una Provincia floreciente, se necesitan capitales y brazos; para hacer esto mismo con el Chaco no se precisan más que capitales.

Ya lo hemos dicho.

Prescíndase enhorabuena de todas las consideraciones de orden moral, si tan injusta se encuentra nuestra conciencia de hombre; pero si el suelo y las producciones espontáneas del

Chaco tienen algún valor en el mercado público, ¿no han de tenerlo también los hombres que lo pueblen?

¿Cuánto ha costado á la República Argentina cada uno de los inmigrantes *útiles* que ha radicado en tan extremas latitudes?

Haga sus cuentas, que nosotros las tenemos hechas, y nos espanta el pensar que haya un solo periodista capaz de haber tolerado impunemente la injuria que se hizo á la moral y á la ciencia económica, al proponer el absurdo medio de valorizar una cosa destruyendo precisamente aquello que más la valoriza.

La tierra del Chaco, aunque es por lo general la mejor y la más bien situada del planeta, no vale nada.. Su valor intrínseco no puede despertar nunca la codicia de los gobernantes, ni lo que ella pudiera algún día producir en venta, alcanzará jamás á cubrir la vigésima parte de los gastos que ocasionaría el desalojo de sus naturales poseedores. Lo que ha de acrecentar la honra, la riqueza y el progreso de la República Argentina, es su bien entendida explotación, y como para explotarla bien se necesitan capitales y brazos que puedan soportar, sin esfuerzos que reclamen exagerados estipendios, las condiciones especiales de su suelo y clima, resulta no desalojando á éstos, sobre economizar los gastos de tan inícua empresa, la que tomase á su cargo la colonización del Chaco, podría empezar sus libros abonando al capital activo estas dos partidas.

Por 15,000 leguas cuadradas á 100 pesos. . 1.500.000
Por 50,000 indios á 400 pesos. 20.000.000

....

Queda siempre de pié la creencia que nos han querido imbuir de que esos cincuenta mil indios son peor que cincuenta mil tigres de Bengala; pero nosotros, que conocemos á esos infelices mejor y con más motivo y con menos intereses personales que defender que sus calumniadores, decimos que no

es cierta, y vaya para final de este artículo una prueba irrefutable.

Sin proponernos suicidarnos; sin pretender hacer penitencia, imponiéndonos voluntariamente peligros y privaciones; sin querer hacer méritos para ganar la vida eterna, derramando la caridad hasta el sacrificio de la existencia; en la plenitud de nuestras facultades intelectuales; conocedores como ningún otro de lo bueno y lo malo que tiene el Chaco, y, sobre todo, deseando sacar la mayor ventaja material ó sea la mayor cantidad de plata, de nuestros conocimientos y de nuestra experiencia, hace 15 días que acompañados por varios jefes de tribus, amigos nuestros y dispuestos á someterse al trabajo, recorríamos las más recónditas soledades del más retirado de los Chacos Argentinos para elegir un punto donde establecernos con el fin de cultivar, casi exclusivamente con indios Tobas, la caña y el tabaco.

Este punto lo hemos encontrado y reune para nosotros las dos más importantes condiciones: 1º Está muy lejos de la protección de las fronteras; 2º Está poblado por muchos indios.....

*
* *

Con la misma sinceridad que *La Nación* ha hecho justicia á sus adversarios políticos, confesando que el Gobierno de hoy ha procedido bien al volver sobre los desatinados pasos que dieron gobiernos anteriores, los que pretendían conquistar mayor territorio del que podían poblar y defender, del mismo modo concederemos nosotros al gobierno actual, con quien no nos liga otro lazo que el respeto que la autoridad merece, que no tiene todavía el propósito que algunos órganos de la publicidad le han supuesto, y que es el de llevar á sangre y fuego la civilización al Chaco, para limpiarlo de indios y entregarlo en manos de los especuladores y agiotistas, como ha sucedido con la Pampa. Creemos más bien que si el Presidente de la

República pensase que tan rico territorio pudiese llegar al apogeo del progreso, por medios más legales, más pacíficos, menos aventurados y más económicos, los aceptaría con gusto. Pero lo que sí debemos confesar con franqueza, es que difícilmente se habrá olvidado que es General el primer magistrado de la República, y que, por su amor al gremio, por su costumbre de pelear con indios que no se parecen á los del Chaco, y por su íntima y perpetua relación con los antiguos colegas, ha de verse rodeado de tal atmósfera de fuerza, que con dificultad podrá darse cuenta de que haya algo en el mundo que pueda hacerse bien sin el auxilio de la espada. No envidiamos la suerte de los indios, si el Presidente General ha de recibir sus inspiraciones de los jefes de las fronteras, pues hay alguno que opina y repite públicamente «que no hay manea como la de cuero de indio». Fué, pues, por este temor, entonces muy remoto, por lo que tratamos de prevenir el golpe en nuestra primer conferencia dada en la Sociedad Geográfica, y es por el más fundado que hoy nos asalta, por lo que haremos un esfuerzo para acrecentar la opinión en favor de la conquista pacífica, para la que no se solicita del gobierno otra cosa que libertad y fiel y exacto cumplimiento de las leyes establecidas.

Dice *La Nación* que si la inmigración acude á otros países con preferencia al nuestro, á pesar de estar más distantes, y de no reunir tan buenas condiciones, es porque aquí se prescinde de poner de manifiesto, ante las miradas de los europeos, todas las informaciones que pudieran servir de atractivo para llamarla.

Estamos completamente de acuerdo con *La Nación*. Si la Europa de hoy, en medio de los conflictos por que pasa, con las persecuciones á los fenianos, nihilistas y judíos, conociesen lo que valen el suelo, el clima y las libres instituciones de esta gran Confederación, en masa se trasportarían á nuestro suelo todos los perseguidos, como los puritanos de ayer, trayendo sus fuerzas, sus capitales y sus bien cultivadas inteligencias.

Pero éste es un sueño dorado y Dios no quiere que se realice, para castigar á los pueblos que aspiran á engrandecerse, como éste lo hace, sólo por su divina misericordia; olvidando aquella santa máxima, aquel axioma político que dice: ayúdate y te ayudaré.

Antes que la Pampa, que, como todos sabemos, no podrá en muchos años desarrollar otra industria que la pecuaria, que tan exigua población reclama, hubiera debido medirse el Chaco, del que, cuando sea conocido, no quedará un palmo de tierra sin someterse al cultivo de los valiosísimos productos tropicales, que ocupan y enriquecen á millones de labradores, artesanos y comerciantes.

Pero ¿cómo pretende *La Nación* que el gobierno ordene que se haga el estudio científico del Chaco, cuando tal vez él es el primero que participa de la vulgar creencia de que esto no es posible, mientras no se limpie de indios como tuvo que hacerse con la Pampa?

Tienda, tienda *La Nación* á borrar del ánimo del pueblo y del gobierno tan arraigada como absurda idea, que si esto consigue, el Chaco será conocido, y, lo que es igual, poblado por la iniciativa particular, mucho antes, mucho más y mucho mejor que si se acometiese esta difícil empresa con elementos oficiales.

Sin tener por profesión la valentía, sin ser invulnerable á las flechas, como Aquiles, y sólo porque felices circunstancias nos habían hecho conocer la calumnia que pesa sobre estos indios, desde el primer día de la conquista, nos hemos lanzado solos entre ellos, y, con su auxilio y cooperación, hemos podido estudiar más de mil leguas de su territorio y más de quinientas de las dos mil que tiene de canales navegables.

Aún no hace una semana que hemos regresado de nuestra cuarta expedición al Chaco; aún no hemos publicado un solo dato de cuantos poseemos sobre sus riquezas naturales, pues eso será materia de un libro que estamos escribiendo desde hace mucho tiempo; aún no hemos puesto en limpio los mapas

que vamos á ofrecer á la Sociedad Geográfica, y, sin embargo, ya, á la hora que escribimos estas línas, sin otra propaganda que la que un pobre enfermo puede hacer desde su lecho, al que se acerca un escaso número de amigos, ya, repetimos, se han presentado al gobierno cinco solicitudes para obtener en distintos puntos del Chaco Central setenta y seis leguas de tierras que serán colonizadas indefectiblemente por sus respectivos solicitantes.

Ahora bien, si nuestra pobre cooperación, apenas iniciada en el círculo de las relaciones más íntimas, ha podido hacer que firmas respetables, acogidas á la ley de colonización, que en nuestra opinión es excelente, se resuelvan á encaminar sus capitales hacia un territorio hasta hoy tan olvidado cuanto desconocido, ¿qué no vendrá de progreso sobre esos fertilísimos lugares cuando *La Nación* y toda la prensa argentina se propongan despertar de su letargo al espíritu público, para que no mire con asco ni con pavor esta tierra de promisión que puede sustentar con su vigor increible doce millones de habitantes?

Indague la prensa hasta qué punto sean ciertas nuestras afirmaciones; salgan á la palestra los que pretendan refutar lo que hemos dicho, que desde ahora les prometemos convencerlos ó dejar nuestra reputación en sus manos.

Pero, nos dirán, si tal es la feracidad de los terrenos del Chaco; si tan favorable es su clima; si tan ricas y abundantes son sus maderas; si con tanta facilidad se desarrollan en su suelo todos los frutos tropicales; si tan dóciles y serviciales son los indígenas que lo habitan; si tanta economía presentan para el trasporte sus numerosas vías navegables ¿por qué no han prosperado sus colonias?

¡Ah! ¡sus colonias! preguntadnos por qué no han desaparecido, y entónces sí que podemos responderos como los hijos de Agar: Porque Dios es grande, ó mejor dicho, porque el Dios del Chaco es infinitamente más misericordioso que el Dios de cualquiera otra parte.

CONFERENCIAS AGRÍCOLAS

I.

En ese eterno círculo de exaltación y abatimiento, en que gira la materia, una vez convertida en infectos y ponzoñosos miasmas, otra vez delicados y saludables perfumes; ya gigantesco cedro, ya repugnante cadáver, tan pronto ejército numeroso, como depósito de guano: en esa serie de trasformaciones porque atraviesan sucesivamente los seres que pueblan el espacio, están demostradas con toda la elocuencia del poder creador de la naturaleza, las leyes que sustentan la armonía y la fraternidad de la familia orgánica.

Cuando enlazados en íntimo consorcio la ignorancia y la ambición humana, logran á fuerza de una brutal explotación del suelo, acabar con sus fuerzas productoras, comienza la lucha del arte con la naturaleza; lucha terrible que puede prolongarse algunos siglos, pero que siempre termina con la derrota humana.

Aquellas muchedumbres que no conociendo otro sistema de cultivo, sino el saqueo de los jugos de la tierra, la esquilmaron hasta sólo dejar de ella los elementos minerales, que nada podían prestar á la vegetación, hoy se ven castigados en su propio crimen, supuesto que para obtener las más raquíticas cosechas, consumen esfuerzos y economías en reintegrar, por medio de abundantes abonos, la feracidad que arrebataron al suelo, con su impremeditación ó su avaricia.

Cuando á fuerza de repetidos escarmientos llega el suelo á desconfiar del crédito humano, le considera como á deudor moroso á quien no anticipa frutos sin el previo pago de algunos restos orgánicos, que restablezcan una parte de su vigor perdido y le consientan nuevas producciones; entonces empiezan á sentirse las consecuencias del duro anatema del paraiso.

Ríos de sudor riegan los campos. Ignorancia y hambre reinan en las cabañas. Superstición y servilismo dominan en los corazones. Las deyecciones de los animales se disputan, cuchillo en mano, antes de llegar á la tierra. El hombre emigra. La naturaleza se hace justicia.

Los numerosos grupos de inmigrantes que llegan á nuestros puertos, son los que agobiados en la lucha contra la naturaleza rebelde del antiguo continente, vienen al rumor de la feracidad de nuestro suelo.

Codiciado tesoro esconden ciertamente las entrañas de la virgen República Oriental. Mina inagotable, si se explota con más previsión que aquella de las manzanas de oro.

No. Que nunca los hijos de tan hermosa madre manchen sus manos con el crimen de parricidio. Que nunca les obligue el destino á verter en extrañas tierras las amargas lágrimas de la expatriación!

Que los desaciertos del antiguo mundo sirvan de enseñanza á estas nuevas sociedades.

No permitamos, pues, que entre nosotros se incube el germen de las prácticas viciosas y rutinarias que llevaron la desolación y la muerte á aquellos campos de la Persia, la Arabia y el Asia menor, por donde en más felices días surcaban arroyos de *leche y miel.*

Y ya que la antorcha de la ciencia moderna ilumina nuestro camino, para dejarnos ver las leyes fatales de la materia, por las que la vida de las futuras generaciones de seres depende de la composición de las generaciones que hoy existen, restituyamos, día á día, á la madre tierra, todos los despojos de la muerte, en la seguridad de que serán devueltos á nuestra raza

bajo la forma de sabrosos frutos, y de que con ello saldaremos nuestras cuentas con las generaciones pasadas.

La capa superficial de tierra vegetal que se extiende por todos los ámbitos de la República, no es otra cosa que la aglomeración de despojos animales y vegetales, que restituidos al seno de donde brotaron esperan solo un germen para trasformarse en seres nuevos, adornados, por un día, con todos los encantos de la vida. Esta capa, este inmenso fondo de reserva, que la naturaleza guarda para purificarlo más y más, en el crisol de las fermentaciones, es de un espesor tan considerable, que podría rendir, por término medio, doscientas cosechas sin agotarse; sin exigir la restitución de los abonos; es decir, sin consumir los elementos orgánicos, que son los que se trasforman en frutos.

El gasto anual de los abonos, que los centros agrícolas europeos emplean para fortificar la debilidad y cansancio de la tierra, es el de veinte pesos por hectárea.

Si el suelo que miramos con desdén en esta República, se viera colocado al Norte del Mediterráneo, no incluyendo el valor de las cosechas, daría al labrador, por espacio de dos siglos, una economía anual de *trescientos sesenta millones* de pesos fuertes.

Entre los muchos que decantan la fertilidad del suelo Oriental, pocos serán los que estén íntima y profundamente convencidos de toda la extensión de su grandeza.

Si supieran que solo las moléculas orgánicas arrojadas en la tierra, valen para el labrador inteligente la fabulosa suma de *setenta y dos mil* millones de pesos, no se morirían de hambre sobre un montón de trigo; no despreciarían los dones de una providencia demasiado generosa, no yacerían en estúpido letargo, entregados á la vida indolente y semi-salvaje del pastoreo, origen de todas las guerras y de todos los males porque viene atravesando esta desdichada patria desde que pisaron en ella los primeros conquistadores. Serían en fin, apóstoles incansables de las doctrinas agrícolas, hasta que

fueran sacrificados á las iras de la preocupación y la ignorancia, sobre los idólatras altares del becerro y el vellocino.

El Gobierno del coronel Latorre ha comprendido que ni era posible dejar improductivo tan enorme capital, ni tolerar tampoco que con prácticas absurdas, se llegue al despilfarro de tanta riqueza. Por eso acaba de reanimar dormidos gérmenes de futuro esplendor, profetizados por *El Siglo* el 17 de Mayo de 1871.

Gérmenes que no pueden despertarse al destemplado grito de charlatanes ni saludadores, sino al contacto de la vara mágica de la ciencia.

Se ha creado una Dirección General Agronómica.

Al patriotismo de la Asociación Rural del Uruguay, corresponde el convocar pronto á ejercicios teórico-prácticos de oposición, para que cuanto antes tengan el hombre competente, que les ayude con sus conocimientos facultativos á la organización de tan importante oficina. A nosotros sólo nos cumple la satisfacción de consignar como una fecha gloriosa, el 15 de Marzo de 1876.

II.

Cuando el noble sentimiento de la independencia, secundado por el fanatismo religioso, borró de la península española los últimos rastros de la civilización agarena:

Cuando las abrasadas lágrimas de Boadil, secaron el jugo de las fértiles vegas de Granada:

Cuando los caballerescos Árabes se vieron empujados hasta las playas Africanas:

Cuando los sábios Hebreos sucumbieron en las hogueras de la inquisición.

Cuando las naves de Colón trasladaron al nuevo continente los más ilustres vástagos de la hidalguía castellana:

Cuando para entretener los ocios de vagos, aventureros y segundones, se llevó la destructora guerra á los *laboriosos* hijos de los Países Bajos:

Cuando se vieron perdidos los hábitos de trabajo á causa de una lucha de ocho siglos, ¿dónde estaban los hijos de Culumela y Avicena?

Los héroes que se asfixiaban en el pequeño recinto, limitado por las Columnas de Hércules, se lanzaban sobre frágiles carabelas á los abismos del Atlántico, en busca de más dilatados horizontes.

Los que no poseían otra fortuna que su espada, ni conocían otra vida que la vida de los campamentos, se alistaban bajo la bandera de los tercios de Nápoles ó de Flandes.

Los que amaban la vida sedentaria, ingresaban en las órdenes monásticas.

Los magnates, dueños del territorio, se divertían en el ejercicio de la caza, y hacían pastorear por sus pedreros, algunos millares de merinos.

Y los que, cobardes para correr el riesgo de mares y batallas é independientes para vivir en vasallaje ó tras las rejas del cláustro, se dedicaban á la vida de salteadores, ancha plaza les ofrecía la Sierra Morena y las jaras de los montes de Toledo.

La agricultura no existía, porque no es existir el cultivar algunas legumbres y hortalizas en las reducidas huertas de Valencia y Murcia.

La agricultura que bajo el dominio de los árabes había llegado á ser la admiración de todas las naciones conocidas; esa agricultura, que sin disponer de los auxiliares mecánicos con que cuenta el labrador del siglo diez y nueve, llegó á sustentar, en los reinos de Andalucía, un número de habitantes á que jamás ha llegado nación alguna; esa agricultura no era necesaria para los nuevos conquistadores. La agricultura sólo es precisa para aquellas sociedades que sienten la necesidad de la civilización. Los condes y marqueses, se conforma-

ban con tener á su mesa una buena pierna de cecina, con montar un caballo cordobés y con abrigarse con el paño segoviano.

Cuando, pasando el tiempo, el comercio con las demás naciones, los hizo mirarse en el espejo de su ignorancia, no les fué necesario salvarse de la vergüenza, por el camino de la agricultura, porque los barcos de la *India* descargaban en el puerto de Santa María ricos cargamentos de oro, que salían por Irún para tornar convertidos en productos de la laboriosa Europa.

Por otra parte la agricultura nacional era imposible.

Los pobres no tenían propiedad; y los grandes no dividían la suya ni para sus hijos.

El terreno pertenecía á unos cuantos ganaderos que se consideraban muy felices con tener una docena de vasallos por legua cuadrada. Ignorantes para conocer las ventajas que trae la multiplicación de los hombres; egoístas para sacrificarlo todo á la multiplicación de los animales, y fuertes y poderosos, como fieles auxiliares del despotismo y la intolerancia, llegaron á constituir una liga para combatir franca y desembozadamente, las tendencias de la agricultura, que son el preludio de la libertad.

Esta terrible asociación, origen de todas las miserias de la desdichada España, se dió á sí misma el título de «Honrado Concejo de la Mesta»; obtuvo de los monarcas toda clase de privilegios, y hasta llegó á manchar las páginas de la historia con una ley que impedía al propietario labrar, cercar ni plantar viñas.

Cerca de tres siglos se han necesitado, para destruir una á una las leyes fatales de La Mesta. Éstas desaparecieron el día en que los Reyes dejaron de serlo no solo por la gracia de Dios, sino por la de Dios y de la Constitución; es decir, cuando apareció la aurora del progreso.

Cuando la ganadería no es más que la explotación de los animales, que nacen y crecen y se multiplican, sin otro auxilio

que el de la naturaleza, entonces es incompatible con la agricultura; más aún, es su enemiga irreconciliable, es su verdugo. Entonces los intereses rurales son antípodas.

El progreso de un país no puede alcanzarse sino el día en que una población abundante y laboriosa pone en juego sus fuerzas é inteligencia para despertar los dormidos gérmenes de riqueza, ocultos hasta entonces á la vista de los ignorantes.

El progreso que viene con la población, es imposible, donde el dominio de la ganadería excluye á la agricultura, por que con excepción de los centros industriales, la falta de ella excluye la población.

Cuando llega para un pueblo el feliz momento en que la agricultura y la ganadería viven en íntima fraternidad, apoyándose y protegiéndose mútuamente, es porque el perfeccionamiento de ambas, ha trasformado á la una en industria agrícola, y á la otra en industria pecuaria.

Cuando los intereses materiales del individuo se oponen á los intereses morales y materiales de la raza, no bastan las fuerzas de la razón para arrastrar el carro del progreso; se necesita la fuerza material de las revoluciones.

La de 1834 que acabó con los odiosos privilegios de los ganaderos españoles, marcó el principio de la verdadera prosperidad de aquel país.

La República Oriental no explota más riqueza que la escasa que puede proporcionarle una ganadería que no es digna de los honores de industria pecuaria.

Esta ganadería no es otra cosa que la trasplantación de la ganadería española, con todos sus vicios y preocupaciones.

El comercio de los orientales con las demás naciones, les ha traído todas las necesidades de la civilización, las que fatalmente satisfacen y tienen que satisfacer.

Á Montevideo no llegan de la *India* los cargamentos de plata, conque los españoles suplían su indolencia y llenaban sus aspiraciones aristocráticas.

Está visto que las *plantas de cuatro patas*, que acaso hu-

bieran bastado para una existencia oscura, y vergonzosamente, no bastan para barrer las calles con raso y terciopelo; para diamantes, banquetes, palacios, jardines, carretelas, y menos aun, para mantenerse en equilibrio y presentarse con decoro, como nación, ante las naciones cultas.

Todos los planes financieros; todas las economías del presupuesto, no pueden salvar el país que viene desde hace muchos años sosteniéndose del crédito; porque se ha despertado para el consumo y se ha dormido para la producción.

Es preciso cultivar la tierra.

Esas naciones que nos avergüenzan, mandándonos sus productos agrícolas, no están como la nuestra, favorecidas por la naturaleza.

La espesa capa de tierra vegetal que cubre nuestro suelo, sólo aguarda que caiga un germen en sus fecundas entrañas, para trasformarle en el más delicado fruto.

¿Qué esperaremos?

Montevideo, Marzo de 1876.

DESDE EL CHACO PARAGUAYO

EN PLENA NATURALEZA PRIMITIVA

Mi querido hermano Antonio: Mi espíritu inquieto y mi genio amante de las aventuras me tienen otra vez en este escenario sin espectadores, donde se representan lindos sainetes y algunas tragedias menos divertidas, pero que hacen sentir la vida mucho más que en medio del letargo y del afeminamiento de las grandes ciudades.

Bosques impenetrables de cuyos árboles descienden flexibles lianas más resistentes que el alambre, y de cuyos troncos y copas penden aros, bromelias, clemátides, orquídeas y miles de flores parásitas desconocidas.

Frutas silvestres, tan abundantes como sabrosas, con las que se regalan carpinteros de dorada cresta; palomas del tamaño de gorriones; guacamayos, loros, cotorras y numerosas tribus de inocentes y divertidos monos. Palmares que asemejan á extensas catedrales con sus elevados estípites y con sus copas formando bóveda bajo la del cielo, que impide á trechos el paso de la luz, y por tanto el desarrollo de las praderas. Praderas limitadas por azulados montes, por las que atraviesan leones, osos hormigueros, antas, avestruces, ciervos, mulitas, quirquinchos, tigres, multitud de roedores y reptiles como el crótalus, músico ambulante en nada parecido á Orfeo, pues que sus melodías espantan, no sólo á los hombres, sino á todos los seres vivientes; concierto de cascabeles al que

no puede acudir el hombre civilizado, sino provisto del permanganato de potasa y del inyector correspondiente. Bañados sin límites, cubiertos por altísimos juncos y espadañas, por verdes y floridos camalotes que flotan provistos de boyas naturales, ó, por lotas, nepentes, ninfeas y Victoria Regia. Verdaderos oasis del Chaco, donde el fatigado explorador puede satisfacer su sed con agua fresquísima, y su apetito cazando los mergeos, canaos, patos y flamencos que lo surcan, los carpinchos y chanchos cimarrones que lo rodean, ó en caso de poca fortuna, los cocodrilos que duermen tranquilos y repletos sobre la orilla, y cuya cola es, dejando aparte las preocupaciones, alimento más regalado y nutritivo que el mejor de las clases proletarias.

Este es el boceto del país donde he vuelto por mi gusto, después de diez años de forzada ausencia; en el que estoy contento, que no es poco decir, y en el que dejaré los huesos con toda tranquilidad. Si algo me aflige, es no tener á mi lado á todos los seres que amo, para que compartiesen mi alegría. Esto es un paraiso y os compadezco, como á desterrados, á todos los que vivís respirando la viciada atmósfera de las ciudades, y soportando, hasta el fin de la existencia, el pesado yugo de las imposiciones sociales.

Yo sé bien que mis sobrinas no aceptarían mi brazo para pasearlas por el Prado, Recoletos ó los Jardines del Buen Retiro, si me presentase entre ellas con mi blusa azul, mis botas granaderas, mi sombrero de calcuta, mi camisa genovesa y un revólver á la cintura, como estoy ataviado en este momento, y que tú mismo, hermano cariñoso, que me has servido de padre, te pondrías colorado como un tomate si con tu uniforme de gentil-hombre, y yo con esta facha, te diese por sorpresa un abrazo ante tu reina, en los salones del palacio; pero vive tranquilo, que no son mis ideas las de abrazar á nadie en el palacio de Madrid.

Sin embargo, debo pedirte como un acto de justicia, que, dejando aparte esas leyes pesadas de la sociedad, á las que

nunca he podido someterme, digas á tus hijos, con lealtad, que no hay conciertos como los que la naturaleza nos da aquí todas las madrugadas y todas las noches, con los millones de seres que cantan sus amores y pulsan dulcísimos instrumentos; y que bajo la bóveda celeste no hay jardines que hagan sentir las bellezas que Dios ha creado, como los que se encuentran entre el Pilcomayo y el Otuquis. El espléndido jardín zoológico de Londres, con aquellos seres prisioneros en jaula dorada, lejos de la patria y condenados á un clima artificial, ¿qué es sino una tristísima y ridícula parodia de la naturaleza de los países tropicales?

Diles que me acuerdo de ellos, cuando, en mi canoa y acompañado de mi hijo Juanito y seis indios de remo, salgo en exploración por estos arroyos y lagunas cubiertas de flores perfumadas y pobladas de aves, anfibios y abundante pesca. Nada es más encantador que estos parajes en los que jamás el espíritu se siente fatigado, y donde el cazador más empecinado regala sus armas, porque no quiere ultimar traidoramente á seres inofensivos que se le someten y le acompañan confiados.

¿Qué hago aquí? Vas á saberlo:

Hace veinte años que el Chaco del Norte no era más que un antro amenazador, en cuyas costas aparecían con frecuencia indios, tigres y cocodrilos sobre los cuales disparaban las armas los tripulantes de los escasos buques de vela que se arriesgaban hasta la provincia de Matto Grosso.

Las peripecias de la guerra del Paraguay, las relaciones que empezaron á establecer con los indios algunos atrevidos madereros; los buenos resultados obtenidos por un marsellés que vivió 22 años frente á la Asunción; el establecimiento de la colonia «Nueva Burdeos», más tarde «Villa Occidental» y hoy «Villa Hayes»; mis exploraciones de 1878 y 1879, las del señor Thouar, y las de los bolivianos que se establecieron en Bahía Negra, hoy Puerto Pacheco, hicieron comprender que aquel antro encerraba riquezas inagotables, y que el Paraguay poseía un tesoro con el que hacer frente á su deuda, recobrar

su crédito y dar un nuevo impulso á su progreso algo amortiguado.

El territorio del Chaco fué subdividido en lotes y puesto en venta, y no faltaron ávidos especuladores que se apoderaron de estas seis mil leguas cuadradas que hoy empiezan á explotarse bajo el aspecto pecuario, agrícola y sobre todo forestal. Ya no hay soledades en la ribera del Paraguay. Desde el 25° al 20 de latitud Sud, ó lo que es igual todo el Chaco Paraguayo, en manos inteligentes y laboriosas, no es hoy una amenaza para nadie, sino un porvenir seguro para los que lo explotan; un honor para los que con una ley pronunciaron el *fiat* que lo sacó de la nada, y una tabla de salvación para los cuarenta millones de europeos que están llamados á contribuir á su engrandecimiento con la inteligencia, el capital y el trabajo.

Las vacas mugen; el arado surca el feracísimo suelo; el golpe del hacha y del martillo se dejan oir por toda la costa; el tigre huye espantado á las profundidades del desierto; el cocodrilo se deja matar impunemente, sin haber jamás cometido un atentado contra la especie humana, pues que hasta los niños se bañan en su amable compañía, y el indio feroz, aquel indio de color de bronce, peludo y emplumado; el caníbal tan perfectamente descrito al amor de la chimenea por los exploradores de café cantante, con sus horribles macanas y sus envenenadas flechas; aquellos que danzan en torno de la víctima humana, que se preparan á devorar en medio de estridentes gritos...esos indios tan calumniados por los cobardes y por los ignorantes, ó por los que buscan laureles por haber surcado las aguas del Paraguay escribiendo novelas que suelen pasar por informes geográficos; esos hermanos nuestros en el estado de la inocencia primitiva, esos hijos de la naturaleza no son una rémora para el progreso de este territorio, sino por el contrario, dóciles á las disposiciones del *hombre culto*, parcos, fuertes, serviciales, aclimatados y conocedores del terreno, son auxiliares tan imprescindibles como económicos para echar los cimientos de la civilización.

Un ciento de estos salvajes que me secundan en los trabajos que tengo emprendidos, duermen en este momento entre las hogueras del perfumado palosanto, á la puerta de mi ranchito. No sé si habrán cenado lo suficiente, pero estoy bien seguro de que no seré en todo caso el complemento de la cena, como de que se regocijan con las bromas de mi hijo Juanito, que les está haciendo cosquillas con una ramita en sus desnudas espaldas.

El clima es preferible al mejor de nuestra patria. Estamos en el corazón de Sud-América, y aunque en esta latitud, en el mar el calor de verano es demasiado, aquí estamos ya á grande altura sobre el nivel del mar, y por lo tanto la temperatura es agradable, salvo hoy que el frío (aunque no hiela) se deja sentir en demasía.

No hay planta que aquí no se desarrolle con esplendidez, en poco tiempo. Las patatas, los nabos, los tomates, los pimientos, la sandía y la escarola me han germinado en tres días, y están ya fuera de tierra.—Para el maíz y batata es siempre estación. El tabaco es espontáneo y el cultivado es excelente. La caña de azúcar dura veinte años.—El ramio crece dos metros; en fin, la humedad de un suelo plano, surcado por mil arroyos y lagunas, y la temperatura que jamás desciende de 15° centígrados, unida á un suelo formado con aluviones modernos, y con la descomposición de restos orgánicos abundantísimos, hacen de esta tierra la tierra de promisión para los cultivadores y ganaderos. En cuanto á los obrajeros, no hay más que decir sino que el río Paraguay está surcado por bastantes docenas de chatas y remolcadores que conducen á Montevideo y Buenos Aires millones de palmas, vigas y durmientes, así como de rodillos de QUEBRACHO que se exportan á Europa para la fabricación del extracto que hoy se emplea de preferencia, como materia curtiente, pues esta planta, cuya duración en obra no es conocida por falta de tiempo, desde la conquista, contiene un 18 por ciento de tanino.

¿Pero en qué me ocupo en el Chaco? preguntarás de nuevo;

pues en hacer extracto de quebracho, negocio regular aquí donde abundan los desperdicios de esta madera, donde con el mismo material y gasto de fabricación que en Europa, se economizan los altos fletes de la parte inerte del quebracho.

Al fracasar la empresa Bravo, que tantos sacrificios costó á su digno iniciador y á mí que le secundé con toda mi alma, no fracasaron mis esperanzas de tornar al Chaco. Esperé, y diez años más tarde, poniéndome en relación con un español que ha unido su nombre al progreso argentino y que posee en el Chaco la friolera de TRES MIL leguas cuadradas (don Cárlos Casado), le propuse interponer mi amistad con todas las tribus y contribuir con mi conocimiento del territorio, á construir el ferrocarril desde el grado 22 á Santa Cruz de la Sierra, en Bolivia.

Este señor me aceptó á su lado, asociándome por el momento á esta industria y encargándome el estudio y preparación de obras más grandes.

Aquí estoy, pues, y no me tengas lástima.

Tuyo.

JUAN DE COMINGES.

Puerto Casado, Agosto 13 de 1889.

CUIDADO CON LOS PRIVILEGIOS

«Don Carmine Duce se ha presentado al gobierno, á nombre y en representación de una sociedad, pidiendo privilegio por el término de 20 años, á contar desde la fecha de su aceptación, para establecer una fábrica de aceite de oliva y un destilatorio para la elaboración de aguardiente.

El solicitante ofrece en cambio plantar 20,000 olivos en campos fiscales, donde el gobierno designe.

Dos años después de aceptada esta propuesta, la fábrica y el destilatorio estarán funcionando.

El señor Duce pide se exonere de pago de derechos á las máquinas y útiles que sea necesario introducir, lo mismo que de impuestos y contribuciones al edificio, librándose, asímismo, del servicio de las armas á los empleados del establecimiento.»

Esto dice en su última hora el *Ferro-Carril* de ayer, y sobre ello vamos nosotros á ocuparnos hoy, á fin de que el gobierno, sorprendido ó mal aconsejado, no caiga en el escollo de decretar favorablemente lo solicitado por D. Carmine Duce.

Cuenta Aristóteles que antes de que el cultivo del olivo se conociera entre los celtíberos, los fenicios los surtían de aceite en cambio de abundantes barras de plata.

España, Francia é Italia son hoy para nosotros lo que los fenicios fueron para los inocentes y primitivos españoles. Como ellos, habitamos un jardín que puede producir *manzanas de oro*. Como ellos, ocupamos una parte del planeta que está situada precisamente en el centro de la región

del olivo; pues es sabido que esta planta providencial, que surgió á la vida al llamado de Minerva, nace, vive, crece, fructifica, se reproduce y muere en ambos hemisferios sobre esa inmensa zona que se extiende desde los trópicos hasta el grado 45 de latitud.

Nosotros, pues, podríamos con ventaja mandar aceite á los fenicios del siglo XIX, del mismo modo que hoy lo hacen con sus antiguos mercaderes, algunos pueblos de la Europa meridional.

Ama el olivo la proximidad de los mares, los ríos y los lagos, porque teme los bruscos cambios de temperatura y necesita un ambiente saturado de humedad. Nosotros podemos disponer de cuatro mil leguas de superficie en las condiciones que son exigidas para el cultivo del olivo.

Necesita en nuestra región exposiciones al Sud, para que no adelantándose la florescencia, no haya riesgo de perder el fruto con las heladas tardías, pues las ondulaciones de nuestro suelo son las más aparentes para facilitar al cultivo toda clase de exposiciones.

Puede vivir, como en Méjico, hasta á una altura de 2274 metros sobre el nivel del mar, y nosotros no tenemos en nuestro territorio alturas tan considerables.

Nada falta para que los orientales puedan cosechar más y mejor aceite que todo el que recibimos de Niza, Marsella y Andalucía.

¿Por qué pues no se ha extendido entre nosotros el cultivo de una planta que puede aumentar nuestros recursos en más de quinientos millones de pesos fuertes anuales?

¿Qué ciencia infusa se necesita para cultivar una planta tan desinteresada que, aun que agradece el cultivo y lo recompensa con usura, suele en algunos parajes ofrecer generosamente sus frutos sin exigir la retribución de las labores?

¿Por qué entonces no se ha cultivado en grande escala esa planta entre nosotros?

Vamos á decirlo.

Porque España no concedía á sus colonias, sino como gracia especial, y con ciertas limitaciones, el permiso para cultivar una planta, que entonces constituía el ramo más importante de la riqueza de la Metrópoli. Porque desde la emancipación de la República hasta nuestros días, las contínuas guerras no han dejado tiempo para pensar en las mejoras materiales, y porque la importante clase de los ganaderos, única industria importada por los españoles, se ha opuesto cuando ha podido, y aun se opone cuando no puede, á dejar paso libre al noble ejercicio de la Agricultura.

Para patentizar ante los ojos del pueblo y del gobierno, cuán interesante no será para nosotros el establecer el cultivo del olivo, sin limitación alguna, basta saber, que una de las razones políticas de más importancia que pesaron en el ánimo de los monarcas españoles, para proscribir en las colonias el cultivo de tan interesante planta, fué el temor de que con tan extraordinarias riquezas, como podrían alcanzar con el comercio del aceite, les sería más fácil el apresurar los días de la emancipación....

Los monarcas españoles sabían que cualquier olivo de buena edad puede producir durante nueve cientos años dos arrobas de aceite anuales, y que los olivares suministran toda la leña indispensable para el consumo de las poblaciones.

Sabían que, vendiendo el aceite á dos pesos la arroba, se pueden labrar los olivos con *azadones de plata*, sin gastar en el cultivo ni el cincuenta por ciento de los productos.

Sabían que, plantando solo cien olivos por cuadra, en territorios tan pequeños como el Estado Oriental, podrían beneficiar al año cuatro mil millones de pesos con el sólo trabajo de cien días.

Y esto que sabían los monarcas españoles en el siglo XVI, no lo saben en nuestros tiempos los que aún sostienen que no hay porvenir para la agricultura entre nosotros, y que debemos cambiar nuestras barras de plata pagando á seis pesos la arroba del aceite adulterado que nos mandan hoy, para vergüenza nuestra, los fenicios del siglo XIX !!!

El olivo es, pues, posible en nuestro suelo y clima; se adapta perfectamente á nuestro modo de ser y á nuestra falta de práctica, por cuanto no exige su cultivo ni cálculos ni esfuerzos.

Esta planta, de la que vemos algunos robustos ejemplares en la preciosa quinta de doña Clemencia Estévez, en la de don Luis Latorre y en algunas otras, está llamada á extenderse rápidamente entre nosotros, desde el día en que se puedan plantar á campo libre sin temer la invasión de la ganadería semisalvaje que todo lo destruye.

Cuando llegue el día en que un gobierno fuerte se decida á favorecer la justicia *haciendo que cerquen su propiedad, nó los que están expuestos á sufrir perjuicios, sino los que por su clase de industria los producen*, entonces ¿quién será el propietario que vacile en plantar sus campos de viñas y olivos? ¿Cuál no llegará á ser entonces el esplendor de la República?

¿Quiere el gobierno honrado del coronel Latorre escuchar la palabra desinteresada de la ciencia? pues no conceda el privilegio al señor Duce; que por ese privilegio sólo daría 20,000 olivos, al país que está llamado á cultivar por lo menos quinientos millones, para abastecer al consumo de la zona tórrida, donde no puede producirse para explotarse como caldo.

Conceda al señor Duce, y á todos los que soliciten, las tierras fiscales que pidan para hacer en ellas plantaciones de olivos y viñas, moreras y otras plantas industriales; concédales con la condición de entrar de nuevo bajo el dominio del Fisco, si pasan diez años sin explotarse en el ramo para que fueron cedidas, pero no consienta en que quede al arbitrio de ningún particular el detener un progreso que vendrá por sí solo, cuando la palabra de la ciencia sea escuchada por los gobernantes, para que leyes de justicia amparen, mejor que hoy, á los que con cultivos tan importantes como el de la viña y del olivo, están llamados á levantar de su postración á la desafortunada cuanto fértil República Oriental.

Montevideo, Octubre 12 de 1876. — *(La Tribuna).*

¡¡ 627 REFRANES EN VENTA !!

Á riesgo de que me descubran la punta de la oreja y de que me lleven al Hotel del Gallo por meterme en la renta del excusado, aunque muchos digan que bien está San Pedro en Roma, que al buen callar llaman Sancho y que hago mal en meterme en camisa de once varas, porque nadie me ha dado vela para este entierro; yo, que estoy mal con mis costillas porque se me pudren las palabras en el cuerpo hasta el punto de que si soy mudo reviento, no puedo menos de decir esta boca es mía y dejar que salga el sol por Antequera.

Bien sé que no me quieren mis comadres porque digo las verdades, pero como no se me oculta tampoco aquello de cobra buena fama y échate á dormir, vive Dios! que han de saber hasta las piedras que no tengo pelos en la lengua para cantar al *sursum cordam* las verdades del barquero, en la seguridad de que nadie ha de llegarme al pelo de la ropa, ni siquiera ha de mirarme con malos ojos, y de que dormiré á pierna suelta, porque el que se traga un hueso satisfacción tiene en su pescuezo; y si alguno resuella por la herida le diré que satisfacción sin tiempo malicia arguye; que el que se pica, ajos come, y sobre todo, que al que le duela que se arranque la muela.

Un amigo oficioso, de aquellos que tienen más conchas que un galápago porque sabe nadar y guardar la ropa, creyendo sin duda que yo me mamo el dedo y que no sé donde me aprieta el zapato, vino á verme esta mañana, como lobo con

piel de oveja, con intención, sin duda, de tirar la piedra y esconder la mano.

Después de darme el abrazo de Judas y de contemplarme por un rato, como el que hace que mira al plato y mira las tajadas, escupió por el colmillo y más serio que bragueta de provisor, me salió por los cerros de Úbeda con estas palabras:

—¿Es posible que permanezcas con los brazos cruzados y con tanta cachaza como el que mira llover, cuando cuatro mocosos que tienen todavía la leche en los labios y el cascarón en otra parte, te están poniendo desde las columnas de su periódico lo mismo que hoja de peregil?

—Trago saliva, le respondí, porque esos polluelos hablan por boca de ganso; si discuto, ellos se apean por las orejas y saco yo lo que el que lava la cabeza al burro, que pierde jabón y tiempo, y el público saca lo que el negro del sermón los pies fríos y la cabeza caliente; si los demando, la razón se da á un borracho; la justicia está en el cielo. Ellos están en su casa, y bueno es tener amigos aunque sea en el infierno. Por otra parte, soy más pobre que Job y como á ninguno le amarga un dulce. . . . .en fin, yo sé lo que me pesco; no es la primera zorra que he visto desollar, por lo cual el gato escaldado del agua fría huye y loco sería si no dijere para el cuello de mi camisa: San Blas, una y no más. En fin, no quiero lavar con sangre tanta inmundicia, no sólo porque eso sería igual á los que bostezan en la iglesia y escupen en el altar mayor, sino porque todos saben que la mancha cae en el mejor paño; mas como el hombre prevenido vale por dos y más vale un *por si acaso* que un *quien pensara*, bueno será que no vengan tras de cuernos palos; que los valientes y el buen vino se acaban pronto.

—¡Bueno es vivir para ver! ¡Esa ya me la tenía tragada! replicó mi amigo ¿Con que es decir, que aunque la procesión ande por dentro, no piensas sacar fuerzas de flaqueza, para meter el resuello en el cuerpo á esos parlanchines que no

merecen besar la tierra que pisas? Mira, yo conozco á los cojos en el modo de andar; á donde fueres haz lo que vieres; aquí el que dá primero dá dos veces y, como el que calla otorga, no debes extrañarte, si dejas de poner el grito en el cielo que hasta tus mejores amigos te vuelvan la espalda y digan entre dientes que cuando el río suena agua lleva.

—Y yo les diré á mi vez: que piensa el ladrón que todos son de su condición; que la amistad prendida con alfileres es como la carabina de Ambrosio; que arrieros somos y en el camino andamos; que cada uno tiene su modo de matar pulgas; que quien mal anda mal acaba; que el que la hace la teme y que tantas hace la zorra en un año como paga en un día.

—Calla, hombre, que eres más necio que Carra-cuca y no conoces de la misa la media. Tú no sabes con qué bueyes aras, y con tu modo de pensar no vas á tener más remedio que largarte con la música á otra parte. Oye, si quieres medrar en esta tierra:

El mejor amigo es un peso, y al buen callar llaman Sancho, porque si la envidia fuera tiña, muchos tiñosos habría.

No seas generoso con tu plata, porque la caridad empieza por sí mismo y al prójimo. . . . contra un esquina.

Mucha finura con todos, sin olvidar que hasta se besa al hombre que se quisiera ver quemado.

Ten presente que en la feria de Valverde el que más pone más pierde; que el que no llora no mama; que el que no sirve al común no sirve á ningún; que la cabra tira al monte; que el que se mete á redentor le crucifican; que quién da pan á perro ajeno, pierde pan y pierde perro; y que como siempre la soga se rompe por lo más delgado viene á resultar que el último mono es el que se ahoga.

Mira que en la tierra de los ciegos el que tiene un ojo es rey; que vale más ser bruto que alcalde no más que un año. Júntate con los pastores, que ésta es la Arcadia donde el que tiene majadas es majadero y el que no lo es se come los codos de hambre.

Ojo al Cristo que es de plata, y aunque estemos en puro paganismo adorando al becerro de oro, no temas que se te caigan los anillos ni que se te arruguen los pergaminos con quemar incienso ante becerros de carne y hueso, como aquel que empezó á topetadas con el que está en el escudo de la República, sin más razón que por aquello de ¿quién es tu enemigo? el de tu oficio, y por el odio que tiene á sus semejantes.

Mírame á mí, más fresco que una lechuga y más alegre que unas castañuelas, siempre con cara de pascua y con más oro que peso, cómo me las compongo por esos mundos de Dios, sin que me pique ni me corra por un quítame allá esas pajas, pues que el que no tiene vergüenza todo el mundo es suyo y el que tiene vergüenza ni come ni almuerza.

Jamás he metido la culebra en el pecho ni he criado cuervos para que me saquen los ojos, que á mí no me... fastidia ningún chato.

Haz lo que yo; puchero que no has de comer déjalo cocer, que lo mejor es cada uno en su casa y Dios en la de todos. Jamás te apures por lo que otro deba, que el que quiera peces se moje los tobillos.

Ya has visto, cómo á muchos, aunque no les gusta que les hagan sombra, saben vestirse con plumas ajenas y lucirse con palabras y discursos que no se han cocido en su olla, para luégo andar royéndote los zancajos, sacándote el cuero, en la seguridad de que el fin justifica los medios y de que siempre sale cierto aquello, de la calumnia algo queda.

Míralos hoy más tranquilos que una balsa de aceite y más satisfechos que Pigmaleón adorando su obra, cómo al verte mordido por la víbora te dejan en la estacada como quien dice: á muertos y á idos ya no hay amigos; con tu pan te lo comas, y si te ví no me acuerdo.

En país de cojos, pierna de palo.

Si te diriges á un ingeniero, pidiéndole algo no te lo concederá si no metes, entre col y col, las palabras sacramentales de la ingeniería, *Munido* y *Control*.

Si solicitas el apoyo de un periodista dile que *desde ya comprendes el rol* que hace y que *por eso es que* le buscas.

Y si quieres pertenecer al gremio de la Sociedad Rural díle al Presidente que sabes esquilar ñanduces y conjurar maleficios; y si añades que tienes majadas, negocio concluido, pronto serás tan majadero como el mismo Presidente.

Lo dicho dicho y la jaca á la puerta; no hay más cera que la que arde; para muestra basta un botón y al buen entendedor, pocas palabras le bastan.

Así dijo mi amigo y volviéndome las espaldas, me dejó con la palabra en la boca y con la cabeza como una olla de grillos.

Como vuelva otra vez, yo le diré cuántas son cinco.

Montevideo, 1872.

CARTA A DON ESTEBAN MORENO

Distinguido amigo:

Sois uno de los hombres que, por su ilustración, honran al país donde nacieron. Amáis con delirio á vuestra hermosa patria; teméis la vuelta del funesto huesped que la ha detenido en su rápida carrera de progreso, y deseáis conocer mi opinión sobre este asunto. Voy pues á complaceros, con la condición de que disculpéis mi atrevimiento, ante los que no conocen mis buenos deseos.

La falta de 30,000 personas, arrebatadas por la fiebre, ha sido causa bastante para detener la marcha civilizadora, para ahuyentar cuantiosos capitales, para contener la inmigración, para sumir en la miseria y desconsuelo á miles de seres, y en una palabra para cambiar el aspecto moral y material de la ciudad de Buenos Aires.

El muy fundado temor de la reproducción del contagio mantiene la inquietud en todos los ánimos y esta perpetua alarma, que cunde hasta en los espíritus más fuertes, se revela en los espectáculos, en los paseos, en el movimiento mercantil y hasta en los semblantes.

La trompeta de Jericó parece haber resonado sobre los muros, anunciando la cólera del cielo; pero los pueblos modernos no se someten resignados, sino que luchan con los elementos hasta penetrar las causas naturales que la provocan para contenerla en su origen.

De aquí han nacido las infinitas apreciaciones que, como los

radios de un círculo, parten de un centro común, pero en opuestas direcciones.

Con efecto, todos concuerdan en que el origen de la plaga que ha diezmado á la capital de la Confederación Argentina, debe encontrarse en los gases mefíticos que proceden de la espiración, de la combustión y de la fermentación, y sobre todo, de alguna sustancia de orígen orgánico que suspendida en el aire, es aspirada por los pulmones; pero en lo que se observa una lamentable divergencia es en los medios que se proponen para evitar su reaparición.

Los unos, confiados hasta la imprudencia, la han juzgado un accidente pasajero, y se han dormido tranquilos sobre el cráter, para despertar acaso como Pompeya. Los otros, aterrados con el cuadro desolador que se ha ofrecido ante sus ojos, han emigrado con sus capitales, y aconsejan el abandono de la preciosa ciudad que está destinada á marchar á la vanguardia del progreso en el continente Américo-Latino, como en 1810 marchó á la vanguardia de la emancipación republicana.

Así cada cual deja deslizar sus ideas entre una multitud que se aturde en ese mar de dudas, temores y esperanzas.

Han hablado los profesores de la ciencia de curar.

Han hablado los jurisconsultos.*

Han hablado los artistas.

¿Qué extraño que se mezcle en esta babel, la voz del botánico?

Ánimo, pues, y contribuya con su grano de arena por más que sea una molécula impalpable.

Cuando el carpintero se hiere con el formón ó la garlopa, recurre al polvo de lápiz como remedio eficaz.

Cuando se corta el gañán con los útiles de labor, restaña sus heridas con la tierra.

Y cuando el escribiente se corta un dedo por cortar los puntos de su pluma, encuentra en la tinta su mejor específico. Por esta razón el agrónomo que, por su mano ó bajo su dirección ha plantado más de quince millones de árboles; el que jamás

ha visto un semblante descolorido bajo sus verdes hojas; el que los considera más necesarios á la existencia humana que el fuego, el vestido y el albergue, buscará siempre su amorosa compañía como el preservativo de la mayor parte de las fiebres y algunas otras dolencias.

Veamos sobre qué bases pueden fundarse estas opiniones y sirvan al menos como boceto que aguarda los toques de pinceles más inspirados.

Si el hombre suspende la respiración, la muerte sobreviene con rapidez, y si aquel acto lo verifica en una atmósfera descompuesta por la putrefacción, combustión ó respiración, también puede perecer, falto de los principios que nutren y vivifican la sangre, ó por el contacto con aquellos que obran en el organismo á la manera del tóxico.

No siendo posible la existencia humana sin aspirar en cada instante una cantidad de aire en el estado ordinario de la atmósfera, siendo tantas las causas que contribuyen á su alteración y tan funestos los resultados de ella, es preciso analizarlo antes y después de alterado por la sangre del pulmón ó por otras causas.

Cien partes de aire atmosférico contienen en volumen 79,1 de ázoe y 20,9 de oxígeno, con más una corta cantidad de agua en vapor y otra de ácido carbónico que está representada por cuatro diez milésimas partes. En este estado lo aspiramos gustosos, y una vez que bajo su influjo se ha convertido la sangre venosa en arterial, lo devolvemos á la atmósfera alterado, más que en la cantidad en la proporción de sus elementos constitutivos.

Con efecto, de los repetidos ensayos verificados para demostrarlo, se ha visto que el aire después de ser espirado contiene un cinco por ciento menos de oxígeno y casi cinco por ciento más de ácido carbónico, con lo que se manifiesta que el organismo animal es un aparato destinado por la naturaleza para verificar esta transformación.

Y como quiera que el hombre descompone en cada aspira-

ción un volumen de aire igual á medio litro, y que éstas se reproducen 18 veces por minuto, resulta que los 200,000 habitantes de Buenos Aires, corrompen diariamente, sólo con el fenómeno de la respiración, 2.600,000 metros cúbicos de aire atmosférico, arrebatando á las necesidades de nuestra economia 136000 metros cúbicos de oxígeno.

La respiración y traspiración de los animales, altera también el aire en proporciones mucho más considerables que los seres humanos, por lo que no será aventurado suponer que en la ciudad que nos ocupa, se produce cada día, bajo este concepto, una cantidad de gas ácido carbónico igual á la que resulta de la respiración del vecindario. Hé aquí pues 5.200,000 metros cúbicos de aire mefítico, producto diario de la respiración animal.

Si agregamos á esta cantidad la producida por la combustión, en una capital, donde hay perpetuamente 20.000 fogones encendidos, trasformando cada uno de ellos doscientos metros cúbicos de aire por día, tendremos 4.000,000, que agregados á las anteriores cifras, componen 9.200,000 metros cúbicos de aire envenenado.

Casi todos los que se vienen ocupando en denunciar las causas que pudieron motivar la fiebre, han prescindido de los datos anteriores, parando sólo su atención, en la más poderosa, que es la exhalación que origina la fermentación de las sustancias orgánicas, que perpetuamente están descomponiéndose en una extensión de más de 30.000,000 de metros superficiales.

Teniendo en cuenta la situación de la localidad, la estrechura de las calles, la altura de los edificios, la escasez de plazas, la exposición, el clima, la humedad atmosférica, la falta de aguas corrientes, la carencia de alcantarillado, la poca pendiente de sus rasantes, la corta profundidad y corriente de sus ríos y arroyos, etc., no se puede dudar, que se viciará diariamente más de un metro cúbico de aire por metro superficial, ó sean 30.000,000 de metros cúbicos, que con los anteriores sumados,

forman aproximadamente la fabulosa cantidad de 40.000,000 de metros cúbicos de aire, imposible á la vida, exterminador de la existencia! Cantidad aterradora, si se considera lo que podía acontecer á la humanidad que vive sumergida en una capa atmosférica, de más espesor que la altura del hombre, si los vientos saludables que la renuevan se detuviesen sólo durante veinticuatro horas!

El aire, así descompuesto no sólo ocasiona funestos accidentes, porque el ácido carbónico y el óxido de carbono obran como un veneno en nuestro organismo, sino por la desproporción en que se encuentra el oxígeno. Por otra parte, tanto del aliento de los animales, como de la superficie de los pantanos, se exhalan otras sustancias orgánicas, que manifestándose mezcladas con el agua en vapor llevan el nombre de miasmas, y son con frecuencia el orígen de fiebres perniciosas.

La presencia de estos cuerpos se demuestra fácilmente, pues aplicando el aliento, durante algunos instantes, á una disolución concentrada de nitrato de plata, toma ésta el color de rosa.

¿Quién sabe si estos cuerpos (animales ó vegetales) suspendidos en el aire que se respira, serán el medio de trasmisión de las enfermedades contagiosas?

Todos hemos sufrido ó presenciado alguna vez los funestos accidentes de la asfixia.

¿Quién no ha sentido un olor fétido y repugnante en los hospitales, espectáculos, cárceles, establos, cuarteles, templos, campamentos, en una palabra, donde en espacio proporcionalmente reducido se concentran hombres ó animales?

Y si este malestar se deja sentir de una manera tan marcada en atmósferas como éstas, donde apenas se puede encontrar el uno por ciento de ácido carbónico, deduzcamos cuáles pueden ser los efectos de aspirar en otra que esté exclusivamente formada con el residuo de la combustión, putrefacción y respiración, es decir, donde el ácido carbónico está representado en un cuatro por ciento y algo más.

El hombre no puede vivir en estado de salud, sin tener á su disposición 240 metros cúbicos de aire puro, y á los habitantes de Buenos Aires no les corresponde tanto, sino merced á las eventuales corrientes atmosféricas.

Víctimas de estas emanaciones, sucumbieron, en los subterráneos de las Tullerías, los prisioneros de las dolorosas jornadas de 1848.

Descompuesta la atmósfera por todas las causas ya manifestadas, es evidente que la ciudad de Buenos Aires está expuesta á sufrir de nuevo lo que con tanta insistencia se repite en Río de Janeiro y en todo el Golfo de Méjico, esto es, fiebres, ó más bien, envenenamientos verificados por el órgano de la respiración.

Esto supuesto, no debe levantarse mano hasta conocer el antídoto de esta calamidad, cuya faz aterradora se presenta en el horizonte del porvenir.

Y se encontrará; porque la naturaleza previsora, que con sus eternas compensaciones ha colocado el sacharum al lado de la rutha y la urtica junto á el oxalis, esa madre cariñosa que tan solícita atiende á nuestras necesidades, ha diseminado por todas partes un ser, que más que compañero de la humanidad, debe considerarse como su divinidad protectora.

Ese ser se llama *Árbol.*

Con su ligera corteza y los suaves filamentos de sus flores, fabricaron nuestros padres la mullida cuna donde dormimos el primer sueño de la vida.

El fresco pabellón de sus hojas nos libra de los rayos de un sol canicular.

El tejido de sus delicadas fibras cubren la desnudez de nuestro cuerpo.

Su conjunto detiene la impetuosidad de las corrientes atmosféricas, atrae las lluvias fecundantes, ocasiona los rocíos, levanta los continentes y suaviza la temperatura.

Encontramos sanos alimentos en sus nutritivas pastas, sabrosos frutos y delicados caldos.

Con sus endurecidos tallos fabricamos nuestra morada, y el bajel que nos trasporta á lejanos continentes.

Sus jugos curan nuestras dolencias y estimulan el apetito debilitado.

Los gases contenidos en sus tejidos, nos facilitan la luz y el fuego que reanima nuestros miembros entumecidos por el frío.

Sus hojas coronan nuestras sienes cuando nos ofrecemos en sacrificio á la humanidad.

Y por último, sus tablas guardan nuestros restos cuando descansamos en el sueño de la eternidad.

Árbol! Compañero inseparable de nuestra vida, desde la cuna al sepulcro! Tú, ofreciendo generosamente tus frutos, sin esperar siquiera la retribución de las labores, tú eres una divinidad digna de culto!!

El hombre ingrato te destierra y te olvida; pero la naturaleza te hace justicia, castigando al ignorante en su propio delito!!

¿Qué hace contra nosotros ese bondadoso ser para que así se le proscriba? Hay por ventura que compartir con él el fruto de nuestro trabajo?

No! ese ser proscripto de las calles, plazas, patios y contornos de Buenos Aires, vive sólo de aquellos gases mefíticos, de aquellas sustancias corrompidas que ahuyentan y extinguen la existencia de los animales, devolviendo á la atmósfera, en cambio de este mortífero veneno, los frescos rocíos y suavísimos aromas que la purifican! ¿Qué son esas gotas observadas por las mañanas, sobre la superficie verde de las plantas, sino el producto de la traspiración vegetal condensada por el frío de la noche?

Digámoslo de una vez. En el encanto y concordancia de los mundos, junto al aparato de corrupción atmosférica que se llama hombre, está el de purificación que se llama arbol.

Las infinitas especies de reptiles encontradas en las mismas capas de cicadeas y coníferas; que dieron orígen á la hulla, la especie foraminífera llamada *Eozoon Canadense*, el trilobito

conocido por *Paradoxides Harlani*, descubiertos en el primer estrato donde aparece la vida orgánica, hacen sospechar saltando sobre la opinión de los antiguos geólogos, que los animales y los vegetales fueron á un mismo tiempo llamados á la escena de la vida.

Y si todavía no lo demuestran bastante estos seres hallados en el mismo gneiss, recordemos que la vida vegetal no puede existir sin ocasionar la fermentación y que ésta da siempre origen á innumerables especies animales.

Los animales y los vegetales, aunque seres distintos, no son tan independientes que puedan llenar los fenómenos de su existencia sin auxiliarse mutuamente. Aprenda, pues, el ser más noble de la naturaleza que no se rompen impunemente los eslabones que constituyen la gran cadena de la vida.

Y ya que por su causa se ha trastornado el equilibrio de la atmósfera, con gran perjuicio para la salud, llame de nuevo á su lado al noble proscripto y sepa, al rodearlo de los más exquisitos cuidados, que ese ser agradecido le ha de satisfacer un día todas sus necesidades y caprichos.

Sembremos de plantas el sendero de la vida y será menos penosa la existencia. Cubramos de flores el sepulcro y será menos repugnante la muerte.

¿Qué pensamiento ha presidido hasta en el pueblo azteca al plantar árboles en sus *teocalís*, donde descansaban los restos de sus heroes, y que hoy imitan los modernos en sus templos y cementerios?

¿Ha sido un homenaje? Ha sido un capricho? No, ha sido una medida higiénica nacida con la experiencia de los siglos, ó acaso sea el último rastro de una civilización que ya no existe!

Hoy, sin embargo, hemos demostrado con infinitos experimentos que la cantidad de carbono que los vegetales fijan, para solidificar sus tejidos, es en un arbol regular, superior á cuanto pueden producir diez personas. Esto supuesto, si se plantasen dos millones de árboles, ocupando las calles, las

plazas, los patios, las cuadras despobladas, las márgenes de ríos, arroyos, carreteras, canales, paseos, ferro-carriles, los terrenos abandonados por pantanosos, y el gran camino de circunvalación, que más ó menos pronto, ha de abrirse en la ciudad, resultaría, que no sólo se crearía una renta fabulosa en beneficio de la municipalidad ó de la sociedad plantadora, sin perjudicar en lo más mínimo al servicio público, sino que, hermoseando la localidad, se restablecería diariamente el equilibrio en las distintas trasformaciones de la atmósfera.

Populosa es la villa de Paris; y de seis y siete pisos la altura de sus edificios; pero pocas fiebres se padecen, merced á la plantación de sus *boulevards*, á los árboles de sus infinitos *Squares* y á los jardines de Montmartre, de Boulogne y de la Plaine de Charenton.

Inmensa es la ciudad de Londres, estrechas y tortuosas son sus calles, repugnantes las emanaciones del Támesis y el humo de un millón de chimeneas; pero las plantaciones de los extensos jardines, parques de Kénsington, del Regente, de Hyde, de Victoria, etc. etc., sirven de inmenso purificador á la humana multitud que allí vegeta.

Abramos la historia y veremos, que desde las azoteas de los palacios de Semíramis, convertidas en jardines, hasta los poemas de coníferas, que constituyen los suntuosos parques alemanes, la civilización de todos los pueblos se ha revelado en sus plantaciones.

De los infinitos ejemplos prácticos que pueden citarse para demostrar el favorable influjo que las plantas ejercen en nuestra economía, puede hacerse mención de dos de los más recientes en España.

Á ocho leguas de Madrid y en la confluencia del Tajo y del Jarama, existía colocado entre unos terrenos pantanosos un lugarcito llamado Aranjuez, donde las fiebres intermitentes eran tan comunes, que cuando los vecinos de los pueblos inmediatos veían un rostro amarillo y macilento decían *esa cara es de Aranjuez.*

El arzobispo Lorenzana, que conocía á fondo la fisiología vegetal, y que había verificado en Méjico repetidas observaciones, aconsejó á los reyes de España la creación de un Sitio Real en aquel punto, en la seguridad de que nada se tenía que temer de las calenturas, siempre que se plantasen árboles de gran aparato foliáceo.

El Real Sitio se creó. Los plátanos de occidente se plantaron, trasportados de Méjico, y hoy cuenta España con uno de los más sanos y más bellos vergeles del mundo, donde las familias distinguidas van á pasar felices y tranquilas las temporadas ociosas de la primavera.

Cuando se puso en explotación el ramal de ferro-carril, que desde Chinchilla sale para Murcia y Cartagena, llegó el caso de no encontrarse empleados para cubrir el servicio de la línea, pues todos morían ó se enfermaban, por las emanaciones de las lagunas y arrozales del Segura.

El ilustre D. Pascual Asensio, padre de todos los agrónomos españoles, aconsejó como único medio de atajar el mal, la plantación de árboles de gran desarrollo, y el eucalypthus glóbulus dió rápido fin á las intermitentes, que no han vuelto á presentarse.

No se puede pasar en silencio, que aunque en los pueblos inmediatos donde no alcanza el influjo de esta preciosa planta, se suelen presentar algunos casos de fiebre, nadie la teme ya porque la infusión de sus hojas, siempre cargadas de cierto aceite esencial son el específico reconocido por mejor febrífugo que la misma quina.

Distinguido amigo, perdonadme si he dejado correr la pluma fatigando vuestro espíritu. Concluyo, pues, suplicando que empleeis vuestra influencia en aconsejar al gobierno, á la municipalidad, á las juntas de higiene, á los propietarios y á cuantos con los lazos del deber, del amor y del interés estén ligados á la ciudad de Buenos Aires, que planten el eucalypthus glóbulus, porque esta planta tiene sobre las demás cinco cualidades que la hacen apreciable, á saber:

Que vegeta en todos los terrenos de Buenos Aires.

Que se forma pronto.

Que es un febrífugo.

Que crece mucho.

Y que como de hoja persistente, puede remediar el mal, cualquiera que sea la estación en que aparezca.

Ánimo, pues. Los pueblos ilustrados y libres que han sabido arrancar las cadenas al esclavo para ponerlas al rayo, sabrán también apaciguar *la cólera divina* con la antorcha de las ciencias naturales.

Soy con toda consideración su amigo y S. S.

JUAN DE COMINGES.

Montevideo, Agosto 21 de 1871.

ARTÍCULOS POLITÍCOS

EL EVANGELIO DE LOS POBRES

IMPROVISACIÓN PRONUNCIADA EN UNA MANIFESTACIÓN REPUBLICANA

I.

Dios es la verdad.

La verdad es la justicia.

La justicia es la igualdad entre todos los hombres, como hijos de un mismo padre. Es la libertad que viene de la razón.

Los que esclavizan al hombre son los enemigos de la verdad, de la justicia, de la igualdad y de la libertad. Son los enemigos del mismo Dios.

Esos son los tiranos.

Los tiranos son los enemigos de Dios.

Los tiranos son los enemigos de los hombres.

Son los enemigos de Dios, porque atropellan la verdad y la justicia.

Son los enemigos de los hombres, porque los esclavizan, encadenando su cuerpo y oscureciendo su razón.

Los tiranos no son sólo los reyes. Son todos los que atropellando la verdad y la justicia, arrebatan el pan á sus hermanos y los despojan de su libertad.

Y todo el que prive de pan y libertad á sus hermanos, aún cuando sea un poderoso, un sacerdote ó un rey, ese será el tirano; ese será el enemigo de Dios y de los hombres.

Los tiranos son pocos.

Los esclavos son muchos.

Los pocos son poderosos porque están unidos con los lazos del egoismo.

Los muchos son débiles por que están separados por la ignorancia en que les han sumergido los tiranos.

Por eso unos pocos tiranos egoistas se han repartido la tierra y la luz.

Por eso muchos esclavos ignorantes riegan la tierra con el sudor de su frente y viven en las tinieblas.

Los lazos egoistas que hacen poderosos á unos pocos tiranos, son las mismas cadenas con que sujetan el cuello de tantos millares de esclavos.

II

Para que un tirano cubra su cuerpo con ricas púrpuras, se alimente con abundantes y esquisitos manjares, duerma entre plumas, holandas y encajes, se albergue en palacios de mármol y oro, tenga aherrojada la verdad, es necesario que muchos miles de esclavos vistan andrajos, coman pan negro, duerman sobre el estiércol, se alberguen en chozas cubiertas de paja, y no cultiven jamás su razón.

Para que unos pocos disfruten de lo superfluo, muchos han de carecer de lo indispensable, por que unos y otros ignoran la ley de Dios.

Dios, no dá lo superfluo, ni quita lo indispensable.

Dios es la justicia, y la justicia es la balanza puesta en el fiel.

La balanza desnivelada no representa la justicia, sino la iniquidad.

Los que creen ver la voluntad de Dios en este nuevo desnivel de la balanza, son los calumniadores de la suprema sabiduría.

Esos son los enemigos de la verdad.

Esos son los enemigos de los hombres.

Esos son los que conducen á los esclavos como viles rebaños.

Esos son los hipócritas.

Esos son los tiranos modernos.

Si un padre tiene dos hijos y quiere repartirles cuatro panes, no dará tres al uno y uno al otro; dará dos á cada uno, porque los padres reparten por igual el cariño entre sus hijos.

Asi Dios, padre de los hombres, no reparte púrpuras á unos y andrajos á otros. Lana y pieles fueron creados por él para cubrir la desnudez de todos.

III.

Dios, que es padre de todos los hombres, cuida de satisfacer sus necesidades, dándoles el aire qne respiran, el agua que beben, la tierra que cultivan y la razón que los ilumina.

Muchos cultivan tierra de otros, porque fueron despojados de su parte de tierra, algunos para regar sus campos pagan tributos por las aguas que corren libremente.

Los más viven en la oscuridad del error.

Sólo el aire es de todos; porque todavía los tiranos no han sabido apropiárselo como se apropiaron el agua, la tierra y la ciencia.

Así como el aire es de todos, y el agua es de muchos, la tierra y el saber se repartirá entre los hombres, cuando los hombres amen la verdad y justicia, que es amar á Dios.

Cuando el reino de Dios se establezca sobre la tierra no habrá déspotas ni esclavos, porque los primeros conocerán sus deberes para con sus hermanos, y los segundos sus derechos como hijos de un mismo padre.

Ese día se disiparán las sombras dél despotismo.

Ese día brillará el sol de la LIBERTAD.

IV

La Libertad es la emancipación de los esclavos. Es la redención de los cautivos.

La sangre más preciosa vertida en defensa de la libertad fué la sangre divina que regó la cumbre del calvario.

Los tiranos sacrificaron á Jesús, porque su santa doctrina de libertad, alentando á los esclavos, los levantaba á nivel de los hombres.

Los tiranos no quieren la libertad, sino la esclavitud.

Con la libertad serían hombres, y con la esclavitud son señores.

Su ambición no se satisface con llamarse hombres como los demás.

Ellos no quieren que los esclavos sean hermanos suyos, porque Jesús dijo que todos éramos hermanos; por eso crucificaron á Jesús.

La sangre divina fertilizó la tierra para que la semilla de su santa doctrina pudiera germinar por todas partes.

Los nuevos retoños de la doctrina de Jesús fueron los infinitos mártires sacrificados por los tiranos de todos los tiempos y de todos los países.

Su sangre inocente corrió á confundirse con la sangre del Divino Maestro, y sus almas puras volaron al seno de la verdad y la justicia.

Así como al pié de la cruz germinaron infinitos mártires, en torno de cada sacrificio aparecían nuevos héroes que predicaban la libertad del género humano á despecho de los sanguinarios amigos del despotismo.

Terrible fué la lucha de la soberbia contra la humildad.

La hija de la serpiente hubiera sucumbido ahogada con la sangre de sus víctimas y el reino de Dios se hubiera estable-

cido sobre la tierra; pero la soberbia mandó en auxilio suyo á otra de sus hijas que fué la hipocresía.

Fingieron los tiranos convertirse á la doctrina de Jesu-Cristo para no dejar de ser tiranos.

Los Escribas y los Fariseos que habian derramado la sangre del Redentor y de sus discípulos, se hicieron cristianos sin dejar de ser Escribas y Fariseos.

Los soberbios se hicieron humildes sin dejar de ser soberbios.

Los ricos se hicieron pobres sin abandonar sus riquezas.

Los tiranos, los Escribas, los Fariseos los soberbios y los ricos fueron hipócritas.

Los soberbios se creyeron humildes con su soberbia, y los esclavos se creyeron libres con sus cadenas.

Desnivelada la balanza de la justicia, torcida la vara de la verdad, nubladas las inteligencias por la ignorancia, debilitados los cuerpos por el hambre; cuando un destello de la suprema sabiduría quiere abrirse paso entre nosotros, la duda y la desconfianza se apoderan de él, dejando en su lugar la horrible indiferencia, que es el crímen inmenso de las sociedades modernas.

La duda trae el abatimiento, el abatimiento trae la indiferencia y con ella vienen: el olvido de sí mismo, el olvido del prójimo y el olvido de Dios.

Duda, abatimiento é indiferencia, son tres crímenes, porque conducen al olvido de Dios.

Los hipócritas sembraron esta zizaña en el campo de los esclavos, para que perdieran el sentimiento de su propia dignidad.

Cuando los esclavos conocían á sus verdugos sabian morir con heroismo, porque luchaban contra los enemigos desenmascarados de su Dios.

Los esclavos de hoy no conocen á los suyos, porque están escondidos tras la mascara de la hipocresía.

V.

Desde que sale el sol por el Oriente hasta que se oculta en el ocaso, corre el sudor por la frente del esclavo; su recompensa es un poco de pan negro y un lecho de paja.

Cultiva la tierra, siega y trilla sus mieses; pero sus paneras están vacías y sus hijos tienen hambre.

Apacenta los ganados, hila y teje sus lanas, pero está desnudo.

Siempre hambriento, siempre desnudo, siempre trabajando para que los tiranos puedan comer, vestir y descansar.

En medio de tantas tribulaciones, duda el esclavo de la bondad y de la justicia de Dios, porque desconoce la verdad.

Abatido, indiferente y aletargado, se arroja quizá en brazos de los vicios, buscando en ellos el adormecimiento de sus fatigas y el consuelo que sólo su valor ha de proporcionarle el día que despierte de su letargo.

¡Ah de los tiranos el día en que sean conocidos!

Todo su poder, toda su grandeza, toda su hipocresía desaparecerá, como desaparecen las tinieblas de la noche al presentarse la luz del día.

La luz de la divina verdad disipará las tinieblas de la mentira.

Los grandes, los poderosos y los reyes dirán: Quemad incienso en nuestros altares. Ofreceos á nosotros en sacrificio; y los esclavos responderán, con Jesús: los últimos serán los primeros y los primeros serán los últimos.

Los avarientos dirán: hemos adquirido lejitimamente; esto nos pertenece, y los esclavos dirán: vuestra recompensa es dar, nuestro castigo recibir.

Los ricos dirán: vamos con vosotros, y los esclavos responderán con el Evangelio: Abandonad antes vuestras riquezas y veníos después.

Los hipócritas dirán: yo daba públicas limosnas y oraba en público, y los esclavos responderan, con su maestro:

En verdad os digo que ya habeis recibido vuestra recompensa.

Los Escribas y los Fariseos dirán: vuestra doctrina no es la verdadera, y los esclavos responderán: id, malditos de Dios, vosotros los que crucificásteis al que vino á redimir al hombre.

Cercano está el día en que los esclavos despierten de su letargo.

Ese día se regocijarán los ángeles en el cielo, porque el hombre quebrantará la cabeza á la serpiente del despotismo.

Madrid, 17 de Marzo 1869.

SUMMUM JUS SUMMA INJURIA

La justicia en su rigor extremo es
una extrema injusticia.
Cicerón.

Érase que se era; el bien que viniere para todos sea y el mal para quien lo fuere á buscar.

Érase un pueblo, no de Turcos ni Mormones, en cuyo capítulo 9999 de su Constitución se leían estas palabras: «Ningún ciudadano podrá ser á la vez marido de dos mujeres sin pagar con la vida este ataque á la moral y á las buenas costumbres.»

Una solterona mogigata, escandalizada de que su vecino faltase con todo desenfado á estas leyes fundamentales, le denunció ante los magistrados de la patria.

—Estais acusado del delito de bigamia, le dijo el presidente del tribunal, ya sabeis lo que os espera, ¿qué teneis que alegar en vuestra defensa?

—Señor, respondió el acusado, sé muy bien que nuestro código castiga con la muerte al que tiene dos mujeres, pero es el caso que yo tengo tres.

—Retiraos tranquilo, repuso el tribunal, este caso no estaba previsto por la ley; sois inocente.

Esta sentencia fué unánimemente aplaudida en aquel ilustre colegio de doctores; porque si bien la moral y la vindicta pública no quedaron satisfechas, al menos la majestad de la ley no se había empañado con una sombra de arbitrariedad.

Á doctores de esta calaña fué á quienes el sublime legislador calificó de *sepulcros blanqueados*; pero como quiera que aquel

legislador no descendía de la tribu de Levi, lo que equivale á decir en estos tiempos que no era bachiller ni licenciado, es lo cierto que fué inmolado con toda legalidad por los doctores, por el crimen de meterse á legislar, sin diplomas, ó lo que es lo mismo, por usurpar atribuciones ajenas.

Parapetados los Derviches tras el baluarte del Corán no hay quien les apee de que: «no hay más Dios que Dios y Mahoma su Profeta.»

Atrincherados los Bracmanes tras la invulnerable fortaleza de sus Vedas, de que son, por casta, los únicos depositarios, no hay quien les saque de que: «toda la verdad existe en Brama.»

Los doctores de siempre, encastillados entre sus leyes; sin ver más que leyes; sin oír hablar más que de leyes; sin aspirar más ambiente que el de las leyes; sin saborear más manjares espirituales que las leyes, y sin tocar con sus manos más que leyes, llegan á transformarse en autómatas ejecutores de las leyes. Sin frescura en la mente, sin jugo en el alma; inflexibles como el péndulo, no pueden comprender más que el monótono tik, tak, y acaban por constituirse, á fuerza de atenerse á las leyes y solo á las leyes, en los más formidables enemigos del sentido común.

Nos creen, á los pobres ciudadanos, desprovistos de inteligencia porque á cada paso nos ven acudir á sus estudios en consulta de nuestras querellas; pero debieran conocer que si esto hacemos, no es porque nos falte, las más de las veces, la razón natural para gobernarnos, sino por aquello de *similia, similibus curantur*, lo que en buen castellano quiere decir, que acudimos á un mal para que nos libre de otro.

La Democracia, salpimentada siempre con las argucias y sutilezas doctrinales, resume su largo editorial del domingo calificando á los que militamos en las filas de los pacíficos, nada menos que de *apóstoles de la rebelión*, y sin embargo, ese mismo diario califica de juicioso á otro, por un artículo que entre otras cosas dice, hablando de los dictadores en general, que

por grandes que sean son hombres al fin, y encuentran en lo mejor de su carrera, el *puñal de Bruto* ó *la tumba de Santa Elena.*

Después de esto, nada nos pueden preocupar los calificativos injustos de nuestra colega.

No podemos poner en duda que *La Democracia* aunque al parecer invulnerable dentro de la fortaleza de lo legal, no lo es tanto en el campo de las conveniencias generales y no lo es nada en el de las ciencias naturales, como se manifiesta al decirnos que los *astros hacen su giro circular y que también sufren las impertinencias legales.*

No diremos que *esto es mentira*, como ha dicho la culta *Democracia*, pero sí, con su permiso, nos atreveremos á decir que no es cierto que los cuerpos celestes hagan su revolución en un círculo, ni que sufran, tan absolutamente, las impertinencias de las formas legales de la inmutabilidad, supuesto que unos giran sobre sí propios resbalando sin cesar hacia desconocidos abismos; otros caminan por elípticos senderos, ya apartándose, ya acercándose al centro de atracción, á pesar de las *leyes* de la razón directa de sus masas y de la inversa del cuadrado de las distancias; otros, en fin, están condenados á errar eternamente perdidos en el espacio, sin entrar segunda vez en el surco de sus primeras huellas.

Sentimos decir á *La Democracia*, que no son armas leales las que maneja al sostener, ante sus lectores, que nosotros tomamos el nombre del coronel Latorre para pedir el aplazamiento de las elecciones, ni mucho menos la prorrogación de la dictadura.

Los lectores de *La Tribuna* saben muy bien que esto no es cierto.

El nombre que nosotros invocamos está muy por encima del nombre del coronel Latorre, y de todas las instituciones humanas.

Hablen, pues, enhorabuena los doctores, en nombre de la ley escrita, que nosotros, que no hemos recibido esa ley del

Dios de Sion, hablaremos siempre en nombre del pueblo soberano, que puede en los momentos del peligro, suspender esas leyes que él mismo se ha dictado, si conoce con su razón natural, que de su ejercicio puede venir la ruina de la sociedad.

Pregunte la *Democracia* á los teólogos más ortodoxos, si se puede en ciertos casos infringir la octava ley, impuesta por Dios en el Decálogo, y tenga por seguro que le responderán, sin vacilaciones ni consultas de librotes viejos, que la mentira es lícita si con ella se puede evitar mayor daño de nuestro prójimo.

¿Es posible que la razón natural encuentre medio de salvar los escrúpulos religiosos del creyente que se vió obligado á faltar á las leyes de Dios, y que los inflexibles sacerdotes de la política, quieran hacernos comulgar con ruedas de molino, negándonos el derecho de eludir un cataclismo, porque no se resienta una ley humana, dictada para gobernarse en épocas normales?

La Democracia no encuentra palabras bastante duras para calificar la revolución pacífica, que en estos momentos trata de realizar el pueblo. Diríase que el pueblo intenta derribar el firmamento y hacer estallar el planeta como una granada, según los aspavientos de la meticulosa *Democracia*.

El pueblo oriental pudo salir del coloniaje con la revolución de 1810, y tuvo razón. No tuvo razón por que la sellase con su sangre; la misma le hubiera asistido á haber entrado en posesión de su independencia por medio de una pacífica y amistosa transacción con sus monarcas.

Esto no era posible porque los inflexibles oráculos de la ley monárquica no podían aconsejar á su rey lo más equitativo, lo más fácil y lo más barato, ó mejor dicho, lo más conveniente, si no lo más legal. El pueblo, pues, se armó de un trabuco y obtuvo por la violencia una razón que los doctores no disputan, ni nadie puede disputar.

Si el noble pueblo oriental en lugar de manifestar sus aspi-

raciones pacíficamente, se lanzara hoy á la rebelión armada; suspendiera las elecciones; nombrase un verdadero dictador ó convocase una convención nacional para reformar la constitucion, ¿no serían sus actos sancionados por todos los doctores del mundo?

Ahora bien, ¿qué podemos deducir después de lo dicho? que los que apoyados en la ley se oponen á nuestra propaganda, prefieren las rebeliones armadas á las revoluciones pacíficas, y que, desconociendo el justo medio que la prudencia y el buen sentido aconsejan, han prescindido de aquella máxima sublime del ilustre orador romano que dice: « que la justicia en su rigor extremo es una extrema injusticia. »

Summum jus summa injuria.

Montevideo 6 de Junio de 1876. — (*La Tribuna*).

RUDA FRANQUEZA

En el segundo período del preámbulo con que se encabeza el decreto sobre prórroga de inscripción, el gobierno ha declarado reconocer que los ciudadanos se han *retraído* de acudir á estampar su nombre en el Registro Cívico.

Después de esta declaración franca y genuina del mandatario, que viene á dar en tierra con los mil y un artículos de bombo y platillos con que los aduladores sin criterio desgarraron el tímpano de gobernante y gobernados; después de caída la careta del entusiasmo con que los farsantes políticos pretendieron disfrazar el rostro y el corazón de la dolorida patria, en presencia ya del triste contraste que ofrece un pueblo libre y valiente que desdeña usar del más sagrado derecho conquistado por la humanidad, en los mismos instantes en que las más esclavizadas naciones del viejo mundo se lanzan á derramar su sangre generosa por la remota esperanza de dejar á sus hijos en herencia un átomo de libertad; ante el espectáculo que hoy presentan los hijos de los **33,** cual si fueran á alistarse para servir de voluntarios en las filas de la esclavitud, atadas sus manos por las cadenas del fanatismo de la corrupción ó el miedo . . . . . ¿Qué podremos decir los hombres de conciencia?

Mucho y bueno, si no estamos corrompidos ni somos cobardes.

Mucho y bueno, si apreciando en lo que valen las cualidades del gobernante y queriéndole más de veras que los que pre-

tenden asfixiarle con el zahumerio de la adulación, hacemos el sacrificio de expresarnos con la ruda franqueza de los amigos verdaderos.

Coronel Latorre: en 1876 sanaste la fiebre de tu patria con el remedio heróico de la dictadura.

Coronel Latorre: el remedio heróico de la dictadura no sirve ya para curar la anemia què tu patria sufre en 1878.

Las razones que hicieron necesaria y plausible la dictadura, ya han desaparecido.

Ya no hay caudillos turbulentos que refrenar.

Ya no hay que purgar á la campaña de su tradicional enjambre de ladrones y asesinos.

Ya no hay que llamar al orden á empleados ineptos y prevaricadores, que antes eran los verdaderos usufructuarios vitalicios de la hacienda pública.

Ya, por fin, no hay que acostumbrar á los que nacieron entre las algazaras de este vasto campamento, á saborear gustosos y agradecidos las inefables dichas de una vida de paz y de trabajo.

Lo que el torrente de la moral y de la civilización no hubiera conseguido tal vez en varios siglos, tú solo lo has logrado en pocos días sin más ayuda que la rectitud de tu conciencia y el poderoso esfuerzo de tu brazo.

Tu santa misión ha terminado.

Abre, pues, el honroso camino de la legalidad á este pueblo que te bendice y te aplaude.

Tú, que ayer supiste conocer y curar las heridas de tu patria, también hoy conoces sus justas aspiraciones y te apresuras á satifascerlas, y al ver que el pueblo no acude á tu llamado te lamentas de su RETRAIMIENTO y vuelves con insistencia infatigable á señalarle la senda de sus deberes cívicos.

Pero el pueblo se retrae; porque han sembrado la desconfianza en su corazón no sólo los enemigos que intentan desprestigiarte sino, y esto es más doloroso, algunos de los amigos que pretenden servirte.

Los que por respeto á las leyes de la Patria y por leal adhesión á la persona del mandatario, corremos hoy el riesgo de valizar el más escabroso de cuantos escollos hay en el derrotero de la dictadura, no vacilamos, en decirte, á fuer de buenos y francos marinos, que hay más peligro para tu nave al cruzar por las aguas mansas de la adulación que al hendir las embravecidas marejadas de la envidia y la calumnia.

¿Qué pueden importar al coronel Latorre las sugestiones ó alharacas de algunos petardistas escabullidos; de algunos busca-vidas callejeros, de algunos cuatreros escamados; de algunos compadritos aventureros, ó de algunos pretendientes desairados?

Nada. Todas sus declamaciones se pierden inútilmente en el vacío, porque el país, que los conoce, se felicita de su ausencia desde que poco esplendor pueden dar á situación alguna al concurrir con sus negros antecedentes.

Los amigos oficiosos, aquellos que más realistas que el rey, y más católicos que el Papa, aparentan recibir la secreta consigna de boca del Mandatario, para extender por todos los ámbitos de la República, la duda y la desconfianza que engendren el retraimiento,—esos, esos sí que son los que comprometen inícuamente la reputación del mandatario, y los que colocan á la Patria al borde del más peligroso de los abismos.

Sépanlo los que aún dudan; sépanlo los que creen servir al coronel Latorre, dejando indefinidamente sobre sus hombros el peso de la dictadura: el coronel Latorre hará entrar al país en el régimen constitucional con los electores que haya inscriptos al terminar el plazo prefijado.

Las tenebrosas maquinaciones de sus enemigos y de sus falsos amigos se estrellarán ante su voluntad inflexible; pero los que hemos levantado el leal estandarte de la ruda franqueza, pediríamos al dictador el último sacrificio, en honor de las instituciones democráticas. Ó un franco programa desmintiendo cuanto al abrigo de su nombre se haya propalado por aparentes amigos, ó la remoción de cualquier funcionario que,

habiendo sido partidario acérrimo de la prorrogación de la dictadura, hoy sea el origen principal de la desconfianza, el arma terrible de los que aprovechan las eventualidades y la piedra donde se estrellan los buenos deseos de los más acrisolados patriotas que no se atreven á salir de su actitud espectante.

Montevideo, 30 de Julio de 1878. — (*La Tribuna*).

POESÍAS

HIJO!

¡Hijo del corazón! duerme tranquilo
En tu dorada cuna,
Sin que turbe tu sueño venturoso
Ni de la guerra el estridente grito,
Ni del pesar el grito lastimoso.

En tu serena frente
Brilla la paz del hombre apetecida,
La paz que te sonríe dulcemente
Desde el instante que empezó tu vida.

Jamás tu pie desnudo
Pisó la tierra fría;
Jamás tu labio hambriento
Pidió llorando el pan de cada día,
Y tu sueño de niño
Velado fué con paternal cariño.

No pueden ver tus inocentes ojos
El veneno de abeja ponzoñosa,
Ni encontrarán en la pintada rosa
Los punzantes abrojos;
Que, abiertos de improviso,
Á la luz de la vida,
Juzgaste á la tierra un paraíso,
Porque tan sólo viste
La dicha del hogar donde naciste.

Ven, hijo mío, ven, que poco á poco
Ese velo inocente
Arrebatarte quiero,
Y cogido á mi mano dulcemente,
Marcharás por tan áspero sendero,
Cual por senda de flores,
Gozando del amor de los amores.

Mas al llegar la hora
En que caiga la venda de tus ojos
Y resistas la luz deslumbradora
Sin que te cause enojos,
Tú serás hombre,
Yo... seré un anciano
Inútil en la tierra.

. . . . . .

Ah! no sueltes mi mano;
Acompáñame entonces, hijo mío,
Hasta la puerta del sepulcro frío.

Real Sitio de San Ildefonso, 1860.

ODA

Á CAMILO FLAMMARION

POR SU OBRA «LA PLURALIDAD DE MUNDOS HABITADOS».

¿Perdonarás, Camilo, la osadía
Y el orgullo de un hombre
Que, falto de poesía,
Por ensalzar tu nombre en este día
Quizá manche tu nombre?

Mas si es la gratitud peso que abruma,
Y el darte gracias me consuela y calma,
Deja que brote de mi pobre pluma
La esencia de mi alma;
Que no muera en secreto
Mi justa gratitud, ni mi respeto.

Mi gratitud; pues cuando vi perdida
En el triste vacío
La esperanza querida,
Y cuando lleno el corazón de hastío
Á oscuras por la senda de la vida
Caminaba sin rumbo y entre abrojos,
Que regaba con llanto de mis ojos.....
Cual faro que ilumina
De los inmensos mares el desierto
Y al abatido náufrago encamina

Hácia seguro puerto.....
Así los resplandores
De tu genio divino
Para siempre curaron mis dolores,
Mostrándome un camino
Tapizado de flores
Por donde voy feliz á mi destino.

Llena tu mente de celeste lumbre,
Lleno tu pecho de entusiasmo ardiente,
Trepaste hasta la cumbre
Donde la ciencia brilla refulgente.

Allí sediento de verdad tu labio
Y sin oscuras nubes en la mente
Que ocultáran los ámbitos del monte,
Con el compás del sabio,
Que penetra al través del horizonte,
Te lanzaste valiente
A medir la grandeza omnipotente.

Lleno de fe, luchaste años prolijos
Sin vil superstición y sin flaqueza;
Siempre tus ojos en el cielo fijos,
Y á tus pies se rindió naturaleza;
Que no se ofende Dios porque los hijos
Admiren de su padre la grandeza.

Débil el cuerpo humano,
La muerte y el dolor es su destino;
Pero también ufano
Siente por alma un átomo divino,
Que si del cuerpó en el recinto oscuro
Gime sobre la tierra,
Puede á un esfuerzo separarse puro
De la oscura prisión donde se encierra,

Alzar su raudo vuelo
Y registrar los ámbitos del cielo.

Genio del mal, si tu funesto yugo
La pobre humanidad sufrió cobarde;
Si del genio del bien fuiste verdugo,
Hoy que la antorcha arde
De la razón humana,
Genio del mal, tu muerte está cercana.

Ya no derramarás, reptil inmundo,
Del fanatismo el infernal veneno;
Ya podrá el hombre con placer profundo,
Hecho pedazos, contemplar el freno
Que lo alejaba del autor del mundo.

Podrá doquiera levantar altares,
Que Dios se manifiesta por doquiera:
En los astros que brillan á millares,
En la gentil palmera,
En el profundo abismo de los mares.

Ya sin trabas la humana inteligencia
No encerrará en un mísero palacio
De Dios la omnipotencia,
Cuyo palacio y templo es el espacio;
Que allí donde la vida está sembrada,
Allí de Dios existe la morada.

Del espíritu humano
La justa aspiración no es osadía;
No es crimen admirar al soberano,
Que sostiene del mundo la armonía,
Porque de Dios la mano bienhechora
Cuanto más se conoce más se adora.

Con su razón en guerra

Y en el mar de su orgullo sumergida,
Pensó la humanidad que era la tierra
El asiento exclusivo de la vida.
¡Soberbia humana! ¡Error de los errores!
¡Insulto á la divina providencia!
Negar la vida en astros superiores
Y al nuestro dar la humana residencia,
Cual si aquéllos cumplieran su existencia
Con mandar á la tierra resplandores.

Mas hoy el hombre de verdad sediento,
Por la ciencia sus pasos ilumina,
Y surcando las ráfagas del viento
La razón á los astros encamina:
Sube con el bajel del pensamiento,
Del misterio descorre la cortina,
Y en aquellos planetas más lejanos,
Ve los hijos de Dios, ve sus hermanos.

ARMONÍAS

POESÍA ESCRITA CON MOTIVO DE LA VELADA LITERARIA QUE SE ORGANIZÓ EN MONTEVIDEO PARA SOCORRER Á LAS VÍCTIMAS DE LA FIEBRE AMARILLA DEL AÑO 1871, EN BUENOS AIRES.

¡Oh sabias leyes, que regís al mundo,
Dejad que el alma mía
Absorta en el respeto más profundo
Admire vuestro encanto y armonía!

Esferas que giráis en el espacio
Sin tregua ni reposo,
Y que vertiendo luces de topacio
Cumplís vuestro destino misterioso;

Dulces miriadas de brillante aspecto,
Páginas elocuentes del poema
Que del sabio Arquitecto
Cantando están la perfección suprema;

Dulces apariciones
Que otra existencia publicáis á grito,
Mágicos escalones
Por donde sube el alma al infinito;

¡¡Oid! Oid! Del último planeta
Á vosotras un eco se levanta:

Es la voz del poeta
Que aquí también las armonías canta:

Es el poeta que á su Dios admira,
Que la grandeza de su ser proclama;
Y pulsando las cuerdas de su lira
Lleno de amor y de entusiasmo exclama:

¡Oh sabias leyes, que regís al mundo,
Dejad que el alma mía
Absorta en el respeto más profundo
Admire vuestro encanto y armonía!

Si alguna vez el disco refulgente
Entre vapores lóbregos se encierra,
Si alguna vez el rayo incandescente
Desciende con furor sobre la tierra;

Si alguna vez al retumbar el trueno
El terrible pampero se desata,
Si de la nube desgarrado el seno
Se transforma en horrible catarata;

No es que de Dios la cólera iracunda
Con los estragos su poder indica,
Es que la tierra estéril se fecunda
Y el aire corruptor se purifica.

Si tierno niño en su dorada cuna
Venturoso se mece,
Si en sus primeros años la fortuna
Todo su halago seductor le ofrece;

Si dichoso camina entre las flores
Sin obstáculo hallar á sus placeres,
Conquistando del hombre los honores
Y comprando el amor de las mujeres;

No envidiadle, infeliz, náufrago errante
Que navega sin rumbo en el vacío,
Y que lleva marcado su semblante
Con las profundas huellas del hastío.

Si mísero, indigente,
Siempre juguete del destino fiero,
Con el sudor de su tostada frente
Riega su pan el pobre jornalero,

También con inocentes regocijos
Desliza su existencia venturosa,
Entre el dulce cariño de los hijos
Y el santo amor de su querida esposa.

Hombres sin fe, dejadme que confíe
En la divina mano bienhechora,
Que modera los goces del que ríe
Y templa los pesares del que llora.

¡Oh sabias leyes que regis al mundo;
Dejad que el alma mía
Absorta en el respeto más profundo
Admire vuestro encanto y armonía!

. . . . . .
. . . . . .

¿Mas qué rumor las ráfagas del viento
Traen hasta mis oídos
Cual fúnebre lamento
Que se arranca de pechos doloridos?

Ese clamor lejano,
Que parte de las márgenes del Plata,
Eco desgarrador de un pueblo hermano
Á quien la peste mata,

Es el grito del padre
Que el objeto perdió de su cariño;
Es el llanto del niño
Que vela junto al lecho de la madre.

Oh! Parca vil, á quien el mal alienta,
Y marchas del palacio á la cabaña
De lágrimas sedienta
Hiriendo sin piedad con tu guadaña;

¿Por qué de tanto mal haces ludibrio?
¿Por qué sólo el estrago es tu proeza?
¿Por qué rompes el plácido equilibrio
Que ostenta por doquier naturaleza?

¡Leyes fatales, que regís al mundo,
Dejad que el alma mía
Transida de dolor el más profundo
Dude de vuestro encanto y armonía!

. . . . . .
. . . . . .

¡Mas qué dijo mi labio maldiciente
Al prorrumpir en doloroso grito!
¡Supremo Ser, perdona mi delito
Y la fría razón vuelve á mi mente!

Al pie del mismo tronco carcomido
Cuya existencia material se agota,
Nuevo tallo florido
Lleno de gracia y de perfumes brota.

Cuando los hombres míseros perecen,
Cuando los pueblos pasan á la historia,
Sus crímenes, cual humo desparecen,
Sólo queda su gloria.

Babilonia que sueña y que delira
Con la soberbia del poder humano,
Menfis, Pompeya, Jericó, Palmira,
Tebas, Gomorra, Itálica, Herculano,

Dolmenes, mausoleos y ataudes
Cubriendo están los crímenes de entonces;
Mas quedan sus virtudes
Traducidas en mármoles y en bronces.

¿Qué importa á la Justicia Soberana
De un pueblo la ruina,
Si así la especie humana
Á la suprema perfección camina?

Derramando la sangre de su pecho,
El divino emisario,
El árbol del derecho
Plantó sobre la cumbre del Calvario.

La misma ley que al mísero argentino
Hoy estremece con su duro azote,
Hace también que en nuestro pecho brote
De santa caridad fuego divino.

¡Oye, pueblo Oriental! no te importune,
La súplica del vate:
El lazo del amor que aquí te une
Que nunca se desate.

¡Oh sabias leyes, que regís al mundo,
Dejad que el alma mía
Absorta en el respeto más profundo
Admire vuestro encanto y armonía.

Montevideo, 13 de Abril de 1871.

EN EL

CEMENTERIO DEL PADRE LACHAISSE

Entre ricos panteones
Que alzó la humana soberbia,
Para llevar sus locuras
Más allá de la existencia,
Monumentos adornados
De coronas y macetas,
Admiración de la turba
Que á visitarlos se llega,
Está la tumba de un niño
Abandonada y desierta,
Sin coronas y sin flores;
Sólo una cruz de madera
Nos dice que allí reposa
Un querubín de la tierra.
En la cruz hay cuatro versos
Cuya traducción es ésta:
«Volaste al cielo, hijo mío,
«Como tu padre en Magenta!
«¡Señor! los lazos se han roto
«Que me ataban á la tierra!»
Niño, tu cruz tiene polvo
Y tu sepultura, yerba;

Tu madre no está en el mundo,
Dichoso tú, feliz ella,
Que habéis trocado este valle
De lágrimas y miserias,
Por el santo paraíso
Donde la dicha es eterna!
Monte-Luis, yo te abandono;
Padre Lachaisse, ahí te quedas
Con tu mármol de Carrara,
Con tus tapices de Persia,
Con tus perfumes de Arabia,
Con tus lunas de Venecia,
Con tus cirios y medallas,
Tus coronas y macetas,
Con todos los atributos
De tu pagana grandeza.
Quinientos millones vale
Cuanto tus muros encierra!
Pero si fueras más rico
Menos para mí valieras.
He mirado con desprecio
Pirámides gigantescas,
Sepulcros en donde brilla
De las artes la grandeza.
Vanidad de vanidades,
Que en el alma del poeta
Si no inspiran amargura
Inspiran indiferencia;
Pero al ver abandonada
Entre la marchita yerba,
De aquel ángel inocente
La sepultura modesta;
Al mirar aquella fosa
Abandonada y desierta;
Del corazón á los ojos

Subió una lágrima tierna;
Se doblaron mis rodillas,
Tocó mi labio la tierra,
Y exclamé: Si aquí hay dolores,
En el cielo hay recompensa!

París, 2 de Noviembre de 1864.

IMPROVISACIÓN

Á LAS VÍCTIMAS DE SANTANDER EN LA MANIFESTACIÓN CELEBRADA EL 2° ANIVERSARIO DE LA REVOLUCIÓN

Héroes de Santander! el pueblo entero
Triste homenaje á tributaros va,
Miradle bien en su dolor sincero
Cuán afligido y silencioso está.

Héroes de Santander! ya que la muerte
Supisteis arrostrar, del bien en pos,
Disfrutad como mártires la suerte
De ocupar un lugar cerca de Dios.

Héroes de Santander! nadie se asombre,
Los que hayan muerto difundiendo luz
Mártires son lo mismo que el Dios hombre
Que derramó su sangre en una cruz.

Héroes de Santander! con noble encono
Vuestra sangre supisteis derramar
Y sucumbisteis derribando un trono
Para nunca volverlo á levantar.

Hijos de Santander! con heroísmo
Vuestra sangre la tierra fecundó
Y en el campo del negro despotismo
La flor de la República broto.

Héroes de Santander! plan tenebroso
Á vuestra patria reyes mandará,
Mas el pueblo que os mira silencioso,
Sus cetros y coronas pisará

Santander, Setiembre de 1870.

¡MADRE!

Dormido aparecí, germen humano,
De una mujer fecunda desprendido,
Y en recordar me afano
Aquellos años que viví dormido.

La que animó mi vida con su aliento
Yo no sé quién sería,
Ni el angel tutelar que de alimento
El néctar de sus pechos me daría.

La que por mí con amoroso empeño
Sacrificó su calma y su fortuna,
La que veló solícita mi sueño,
La que meció mi cuna,

No la vi: mi existencia adormecida
Esperó la razón por largo plazo,
Y sólo sé que desperté á la vida
De una santa mujer en el regazo.

Raudal de amor brotaba de sus ojos
Azules como el cielo,
Y al mirarlos, postrándome de hinojos,
Madre, grité con doloroso anhelo,

En tí veo el encanto y armonía
Que el universo encierra;

Tú serás, madre mía,
Mi sola religión sobre la tierra.

Mas ella, entonces, con piedad ferviente
Dijo, al cruzar los dedos de mi mano:
Adora solamente
La santa cruz, enseña del cristiano.

Á mi razón, su acento melodioso
Llevó la luz primera,
Y al cumplir su mandato religioso,
Cristiano fuí, porque cristiana era.

Amor y gratitud, consuelo y calma,
Sabe la madre al inocente niño
Esculpir en el alma
Con el tierno cincel de su cariño.

Mas gratitud y amor, calma y consuelo
El hombre pierde en sus primeros años,
Cuando remonta el vuelo
Para buscar amargos desengaños.

Madrid, 1856.

EL SABOYANO

CUENTO

—Papá, cuéntanos un cuento.
—No me gustan las mentiras.
—Pues cuéntanos, si te place,
Una escena de tu vida.
—Lo haré si me dais palabra....
—De qué?
—De no interrumpirla.
—Por mi parte, lo prometo.
—Y yo también por la mía.
—Vamos pues, venid, sentaos
Aquí sobre mis rodillas
Y estad atentos: París
Es una opulenta villa....
—¿Tan grande como Madrid?
— Déjale contar, Luisa.
—Es siete veces mayor;
Como que se necesita,
Si quieren darle la vuelta,
Á buen paso, más de un día.
—Y hay soldados en París?
— Antonio, deja que siga.
—Como en España los hay
Y bravos por vida mía.
—Mejor son los españoles
Y más guapos.

—Calla, niña.
¿Quién te ha dicho á tí?...
—Papa!
Tiene razón mi hermanita.
¿Te acuerdas de aquella caja
Que me regaló la tía
Con soldados de París?
Pues tenían una tripa!
—Queréis callar, hijos míos.
—Si es Antonio.
—Si es la Luisa.
—Sois los dos.
—Pues ya callamos.
—Pues señor, como decía,
En ese pueblo tan grande....
—Pues no has dicho que era villa?
—Lo mismo da. Todos hablan
En una lengua distinta
Á la nuestra, hablan francés.
—¿Y los niños y las niñas
Hablan francés?
—Como tú
El español, hija mía.
—¡Hablan francés tan pequeños?
Caramba, cómo se aplican!
—Cuando llega Noche Buena
Es costumbre muy antigua
Poner en los Boulevares,
Que empiezan en la Bastilla
Y van á la Magdalena,
Un millón de tiendecitas,
Donde se venden á grito
Juguetes y golosinas.
—Papá, se relame Antonio,
—Yo no me relamo, chica.

—El año sesenta y cuatro
Apretó por esos días
Tanto frío, que la gente
Un sorbete parecía.
Pues bien, hijos, una tarde
Iba una elegante niña
Por aquellos Boulevares,
Buscando en las tiendecitas
Cómo malgastar un duro
Que entre las manos tenía.
—¿Porqué no compró un caballo
Con estribos y con brida?
—Mejor era una muñeca
Bien peinada y bien vestida.
—Mejor gastó su dinero,
Pues al llegar á la esquina
Del barrio de San Denís,
La preciosa señorita
Reparó en un saboyano,
Que diez años no tendría,
El que, aterido de frío,
Sin zapatos ni camisa,
Con el arpa entre las manos,
Una limosna pedía.
—Y qué hizo la niña entonces?
—Y qué hizo entonces la niña?
—Al escuchar de aquel arpa
Las fúnebres armonías
Y el acento de aquel ángel
Que cantaba sus desdichas,
Apartando su mirada
De juegos y golosinas,
Acercose al saboyano,
Generosa y compasiva,
Y gastó su duro, haciendo

Una limosna bendita.
—Y qué dijo el saboyano?
—Dió las gracias á la niña
Con una lágrima tierna
Que rodó por su megilla.
—Y yo escuchando la historia
Siento que corren las mías!
—Hijos, el alma que llora
Es angelical y digna
De que el mundo la respete
Y de que Dios la bendiga.

San Ildefonso, 1865.

CUENTO

Los cariñosos abuelos
De la preciosa Enriqueta
La dieron una peseta
Para comprar caramelos.

Cuando iba á comprarlos ya
Se encontró una pobrecita
Pidiendo «una limosnita
Que Dios se lo pagará».

Entonces con tierno afán,
La cariñosa Enriqueta,
Dió á la pobre la peseta
Para que comprara pan.

Al saberlo los abuelos,
La compraron un perrito,
Un vestido muy bonito
Y un cesto de caramelos.

San Ildefonso, 1862.

(1) Este cuento, como los dos siguientes, fueron escritos para hacerlos recitar de memoria á sus pequeños hijos de tres años, cuando aun no sabían hablar bien.

CUENTO

¿Qué tienes, hijo del alma?
¿Por qué lloras hijo mío?
Porque mamá no me deja
Las tenazas y el martillo.

Y dime ¿para qué quieres
Esas herramientas, hijo?
Es, que me voy á la misa
Donde está clavado Cristo,

Para ponerle los brazos
Como tengo yo los míos,
Para que pueda comer
Y jugar á *pinto-pinto*.

San Ildefonso, 1862.

EL GOLOSO

CUENTO

En la despensa guardó
La mamá de Federico
Un ramillete muy rico,
Y Federico lo vió.

El goloso bribonazo
Despacito, y con un pié,
Á la despensa se fué
Y se comió un gran pedazo.

Cuando pasó su mamá,
Y vió que faltaba un cacho
Le dijo: ¡Pero, muchacho!
¡Ya lo verás con papá!

Y se puso tan furioso
El papá de Federico,
Que le pegó en el hocico
Un puñetazo muy rico
Porque no fuera goloso.

San Ildefonso, 1862.

ACTIVIDAD Y PEREZA

FÁBULA.

En las fértiles playas cisplatinas,
Del Uruguay y el Negro caudaloso
Mecido por las hondas cristalinas,
Hay un jardín frondoso
Que se llama Rincón de las Gallinas.
Mas no penséis que abunden á millones
Los pollos ni los gallos
Del gallinal Rincón en los rincones,
Pues que vacas, ovejas y caballos
No más contempla el hombre
En aquellos lugares, cuyo nombre
Quizá sólo recuerda los reveses
Que sufrieron allí los portugueses.
Pero basta de exordio, que mi intento
No es contar una historia sino un cuento.
Fué de los dos Yaguaretés la junta
El principio de un monte,
Que llegaba vistiendo el horizonte
Á donde el Pantanoso se despunta.
Era el monte de un vasco muy anciano,
Que al sentirse morir de puro viejo
Tomando á sus dos hijos por la mano
Dióles este brevísimo consejo:
«No disputen hermano con hermano

«Tan sólo un monte os dejo;
«Partidlo en dos mitades
«Y aguce cada cual sus facultades.»
Esto el cántabro dijo
Dando el postrer adiós á cada hijo.
Los huérfanos, tal vez por obediencia
Ó por hacer de su capote un sayo,
Más ligeros que el rayo
Partiéronse la herencia,
En la más fraternal inteligencia.
Mas del oro la sed devoradora
Hizo fundar explotación tan mala
Al huérfano mayor, que sin demora
El ñandubay, el espinillo, el tala
Cayeron bajo el hacha destructora,
Para servir de leña
Con que templar la atmósfera porteña,
Y dejando en dos años al montero
Sin árboles, sin leña y sin dinero.
El hermano menor, hombre prudente,
Mucho más laborioso y activo
Con mano inteligente,
Dió á cada planta su especial cultivo.
Del yatay que poblaba la cuchilla
Sacó rico aguardiente,
En el tunal sembró la cochinilla,
Destiló de las flores el aroma,
Del flexible ivirá la fibra extrajo,
Del higuerón aprovechó la goma;
Y á fuerza de constancia y de trabajo
Actividad y acierto,
Ya labrando las plantas por abajo,
Ya usando de la poda y del ingerto,
Tornó aquel bosque en cultivado huerto.
Ayudando en aquellos vegetales

El arte á los esfuerzos naturales,
Ya daba el ceibo colosal artesa;
Ya el acer daba almibarado jugo;
Ya el algarrobo, la encorbada quilla;
El sauce daba el yugo,
La picana, la horquilla,
Barales ó timones,
En fin, pinas, manceras, rodrigones,
De todo daba el bosque al heredero,
Que al fin quedó con finca y con dinero.

En dos mitades se partió la herencia
En calidad y en extension iguales,
En una trabajó la inteligencia
En otra los esfuerzos naturales.
Aquélla dió por fruto la opulencia,
Ésta produjo males,
¡Ay de aquellas naciones
Que llegan á olvidar estas lecciones!

Montevideo, Diciembre 12 de 1876.

INÉDITO [1]

Del anchuroso río la frágil navecilla
Cortando la corriente camina con afán,
Que allá en el horizonte, sobre la opuesta orilla,
Si llega victoriosa un premio la darán.

Hacia un mar borrascoso la lleva la corriente;
Hacia las cataratas la empuja el aquilón,
Las encontradas fuerzas del viento y el torrente
¿Podrán contrarrestarlas la vela y el timón?

Furiosa marejada por estribor azota;
Enfurecidas olas azotan por babor;
El mástil toca el agua, y la tendida escota
Vibra y el viento lanza su lúgubre clamor.

La vela en mil retazos, cual fusta, da chasquidos,
Entre las jarcias silba furioso el vendabal;
La quilla y las cuadernas, cual cisne en sus gemidos,
Parece que entonasen su cántico final.

Las furias coaligadas del viento y la marea
Cual rémora maldita la tiran hacia atrás:
En vano vira y orza, deriva y bordejea;
La playa apetecida se aparta más y más.

(1) Borrador encontrado entre los papeles del autor.

Ya se levanta rápida sobre espumosa cresta;
Ya en el profundo abismo parece que se hundió
Mas siempre fijo el rumbo sobre la orilla opuesta,
Surge anegada y rota, pero rendida nó.

Para luchar impávido contra viento y marea
De la barquilla el temple concédeme, Señor;
Si no llego á la playa, que muera en la pelea.
Mas no me llame el mundo cobarde desertor.

16 de Noviembre de 1888.

UN DESTERRADO

Ya no soy joven; las quimeras vanas
Huyeron ya de mi fogosa mente.
Ya no soy joven; pues me brotan canas
Y huellas de dolor cruzan mi frente.

Dentro del alma germinó el hastío
Y hasta el mismo placer me causa enojos,
Ya no ríe feliz el labio mío
Ya se oscurece el brillo de mis ojos.

Aquella noble agitación del alma,
Aquel activo é incesante anhelo,
Dejó lugar á la marchita calma,
Que siente ya mi corazón de hielo.

Se apagó de mi mente el fuego santo
Que inspira y engrandece el pensamiento,
Se cerraron mis ojos para el llanto,
Se cerró el corazón al sentimiento.

Todo se concluyó; mi triste suerte
No puede contener el trance amargo,
Aunque prefiero con placer la muerte
Á vivir en estúpido letargo.

Cuando el sepulcro helado ya no aterra
Ni halagan las bellezas de la vida,

Cuando se tiene la ilusión perdida
¿Qué nos resta que hacer sobre la tierra?

Vivir sin alentar con entusiasmo
Sin penas, alegrías ni dolores,
Sin fe, sin esperanza y sin amores
Es una ofensa á Dios, es un sarcasmo.

Recuerdos dolorosos y halagüeños;
Vagorosos fantasmas de mi vida;
Pasad, pasad, cual vaporosos sueños
Sin conmover un alma encallecida.

No perturbéis la paz del desterrado,
Que marchito vejeta en tierra extraña,
Y en cuyos secos ojos no ha quedado
Ni una lágrima tierna para España!

IMPROVISACIÓN

EN LA TUMBA DE JOSÈ HERNÁNDEZ, CONOCIDO CON EL SEUDÓNIMO DE MARTÍN FIERRO.

Á un pueblo se imponía feroz el caudillaje;
Sus lágrimas de fuego un vate recogió,
Y noble y generoso para vengar su ultraje
Con inspirado aliento la cítara pulsó.

El gaucho Martín Fierro sencillo é inocente,
Vertiendo por sus ojos el llanto nacional,
Ahogando del caudillo el ánimo creciente,
Cortó de la discordia la cólera infernal.

Ya no derramas llanto, República Argentina,
El día de tus glorias, Hernández sucumbió,
Ya no domina el gaucho, la ley es quien domina.
Hernández, si tú has muerto, tu Martín Fierro nó.

Buenos Aires.

REDENCIÓN

Hay un misterioso acento
Que dentro del alma grita,
Un vago presentimiento
Que á la humanidad agita;

Una risueña esperanza
Que marca nuestro camino,
Como el faro que al marino
Aparece en lontananza;

Una aspiración vehemente
Hacia el porvenir oscuro,
Que apetece lo futuro
Despreciando lo presente;

Una agitación sin nombre,
Un insaciable deseo,
Que busca más digno empleo
Á la existencia del hombre;

Una perpetua impaciencia
Mezcla de flores y abrojos,
Que hace fijar nuestros ojos
Al reloj de la existencia,

Para que el hombre suicida
Desde el instante que nace,

Viva ansiando el desenlace
De las horas de la vida;

Luz que en el alma se vierte
Y otra existencia refleja;
Luz que tal vez no se aleja
Ni en el umbral de la muerte;

Luz de brillante fulgor,
Que nuestro paso ilumina
Y acaso nos encamina
Hacia otra patria mejor.

¡Hermosa luz! si has dejado
Ver un porvenir risueño,
Donde realizar el sueño
Del mísero desterrado,

Haz que de la ciencia en pos
Logre del héroe la palma,
Y apaga la sed del alma
Con la presencia de Dios!

Mas calla, lengua altanera,
Tu delirio no prosiga
Que la sociedad castiga
Con la cruz y con la hoguera,

Al que con santa altivez
Y de su origen ufano,
Quiere alzar al ser humano
De su inmensa pequeñez.

Cesen tus nobles deseos,
Que en tu mal te precipitas.
¿No ves que existen levitas
Escribas y fariséos,

Que del pueblo embaucadores
Doquiera, á Dios calumniando,
Viven del pueblo explotando
La ignorancia y los dolores?

Sabios, que el saber maldicen
En su absurda intolerancia,
Y que aumentan la ignorancia
Cuando al ignorante dicen:

« Perdió tu felicidad
« El crimen del paraíso
« Resígnate, Dios lo quiso,
« Miserable humanidad.

« Enfermo, triste, indigente,
« La corta existencia pasa,
« Y tu negro pan amasa
« Con el sudor de tu frente. »

Así es cómo el hombre ignora
Á lo que al mundo ha venido,
Pues, siempre fija en su oído
Esa voz aterradora,

Se somete con terror
Al Dios cruel é iracundo,
Que sólo le trajo al mundo
Por gozar con su dolor.

Y así en la ignorancia gime
Sin ver su cadena rota,
Pues donde quiera que brota
Un pensamiento sublime,

Allí están los fariséos
Con su terrible cuchilla

Para estirpar en semilla
Sócrates y Galileos.

Siga el infernal delirio
Que á los débiles ofusca;
¡Mas temblad, aún hay quién busca
La corona del martirio!

Quien, sin esperanza alguna,
Contra la farsa conspira,
Quien por vosotros suspira
Sin hijos, patria y fortuna.

Quien, á impulso de fe ardiente,
Su frente osada levanta
Y estrujando con su planta
La cabeza á la serpiente,

Dirá con el digno acento
De la convicción cristiana,
Aunque le aguarden mañana
La cicuta y el tormento:

¡Atrás, víboras, atrás!
No insultéis la Providencia,
Que quien nos vedó la ciencia
No fué Dios, fué Satanás.

Fué quien cifró su victoria
En deslumbrar nuestros ojos;
El que nos sembró de abrojos
El camino de la gloria.

El que fundó su delicia
En matarnos la esperanza,
El que torció la balanza
De la verdad y justicia.

Quien forjó del fanatismo
Los inmundos eslabones,
Quien incitó las pasiones
Que nos lanzan al abismo.

Á quien adoráis en coro,
Haciendo de Dios insulto,
Á quien rendís negro culto
Porque da placer y oro.

Atrás! que ya vuestro imperio
Con el Evangelio acaba,
Pues cuando el pueblo clamaba
Por salir del cautiverio,

Al mirar el crucifijo,
Que nos dió la libertad,
Á su Dios la humanidad
En tierna plegaria dijo:

« Para que en tu gloria viva
Y honra mayor te tribute,
Haz que mi brazo ejecute
Cuanto mi mente conciba. »

Dios escuchó sus lamentos,
La ciencia le ha redimido,
Y el poder ha conseguido
De domar los elementos.

Y pues su brazo ejecuta
Cuanto su mente concibe,
Hará de la fuerza bruta
El esclavo á quien cautive.

Por eso feliz y ufana,
Al son del martillo entona,

Himno santo, que pregona
La Emancipación Humana.

Satanás! en vano acosas
Á los libres artesanos,
Que viven forjando esposas
Para encadenar tus manos.

Tiembla Satán! y no esperes
Con tu maligna destreza,
Amedrentar al que reza
Trabajando en los talleres;

Los que al luchar sin desmayo
Hoy logran en un momento,
Trasmitir su pensamiento
Sobre las alas del rayo;

Los que de los Alpes grandes
Perforaron el abismo,
Y harán mañana lo mismo
Con el Atlas y los Andes;

Los que tuvieron aliento
Para surcar el espacio
En esférico palacio
Sobre las alas del viento;

Aquellos que con arrojo
Firmes supieron luchar,
É hicieron un solo mar
Del Mediterraneo y Rojo,

Hoy se mofan de las penas
Con que turbaste su calma,
Pues tienen fuerza en el alma
Para romper tus cadenas.

Hombre, si en tu mente brilla
La luz que brotó en la cruz,
Sigue la celeste luz
Y desprecia á quien te humilla.

Sigue de la ciencia en pos,
Reconquista tu derecho,
Levántate! que estás hecho
Á la imágen de tu Dios.

Modelo de gloria seas
En las futuras edades,
Y si éstas son vanidades
Vanidad, bendita seas!

Á LA JUVENTUD ORIENTAL

EN EL BANQUETE DEL 13 DE ABRIL DE 1872

Salud, juventud florida,
Que entre placeres te meces,
Hoy que feliz apareces
Á nueva y honrosa vida.

Salud, noble juventud,
Á quien convoca el destino
Para emprender el camino
De la gloria y la virtud.

Mientras palpiten sin pena
Juveniles corazones,
Cual mágicos eslabones
De la eléctrica cadena;

Mientras arroja el guerrero
Los atributos de Marte,
Escuchad el ¡ay! que parte
Del alma del extranjero.

Marchito por los pesares
De la esclavitud maldita
Hay un pueblo que se agita
Allende los anchos mares.

Gastó su florida edad
Formando á su seno yermo
Y hoy se arrastra viejo, enfermo,
Sin pan y sin libertad.

Y al verse del mal en pos
En su caduca agonía
Hasta el triste desconfía
De la justicia de Dios.

Por eso tiranas leyes
Enfrenando su fiereza,
Le hacen doblar la cabeza
Bajo el yugo de los reyes.

Yugo pesado y fatal
Que nunca podrá romper,
Si vacila en emprender
La revolución social.

Y por eso en esa tierra,
Llena de males prolijos,
Esclavos serán sus hijos
Si no se lanzan en guerra.

Pero ese genio del mal
Que ofrece su amarga copa
Á las regiones de Europa,
No espanta al pueblo Oriental.

El pueblo que congregado,
Paz al porvenir promete
Deponiendo en un banquete
Los rencores del pasado;

El pueblo que ha conseguido
La mayor de las venturas

Cubriendo sus amarguras
Con el manto del olvido;

El que en su temprana edad
Luchó impávido y sereno
Lleno de glorias, y lleno
De grandeza y libertad;

El mejor suelo del mundo
Que por nada se aniquila,
Que ni el caballo de Atila
Consigue hacer infecundo;

Tan privilegiada tierra
Donde se aclimata ufano
El gérmen republicano....
No debe vivir en guerra.

Por eso al mirar la liga
De paz, talento y virtud
Que hoy forma la juventud,
Os dice una voz amiga:

Una furia se desata
Que alienta á blancos y rojos
Y que no aparta sus ojos
De las márgenes del Plata.

Y de ese suelo feraz
Donde están sus ojos fijos
Esclavos serán los hijos
Sin la fuerza de la Paz.

Montevideo, 13 de Abril 1872.

POESÍAS JOCOSAS

CONGRESO BORRICAL

SÁTIRA CON MOTIVO DE UNA ORDENANZA MUNICIPAL QUE PROHIBÍA CERCAR LOS CAMPOS CON ZANJAS.

Suena un rebuzno que retumba el viento;
Comienza la sesión, dice un jumento,
Y al que venga con gritos y con voces,
Vive Dios! que le suelto un par de coces.

Nobles señores: caballeros finos,
Asnos, jumentos, burros y pollinos,
De vuestra exactitud no tengo quejas,
Pues veo, al contemplar tantas orejas,
Que estamos en inmensa mayoría,
Y podremos tratar en este día
De asunto tan ameno como vasto,
Que es nada menos la cuestión de *pasto*.
—Bravo! Muy bien, gritaron los oyentes
Alzando rabos y mostrando dientes.
—Al aplaudir, amigos, mis razones,
Os portáis como nobles garañones;
Nadie ignora, señores, que en invierno
Nadie pasto hallará duro ni tierno . . . . .
—Eso es mentira, pues si no, no esplico
Cómo hay en Tucumán tanto borrico.
—El Presidente inspira confianza

Porque se va derecho á la pitanza,
Más al interruptor nadie le escuche . . . .
—Yo soy un ciudadano.
—Sois un buche,
Y la palabra aquí sólo se guarda,
Para gente formal, gente de albarda.
—Decíamos, si mal yo no discurro,
Que falta pasto para tanto burro,
Por lo que vemos campos y caminos
Cubiertos de esqueletos de pollinos;
Gente formal, honrada y de talento,
Que se muere por falta de alimento.
Pero ¿Quién alborota en esa esquina?
—Es que se ha desmayado una pollina.
—Pues dos á las orejas y uno al rabo
La podrán levantar al fin y al cabo.
Pero señores, lo que yo más siento
Al mirar sucumbir tanto jumento,
Lo que á cualquiera sacará de quicio,
Es que sufran de Tántalo el suplicio,
Muriendo ¡miserable desventura!
Entre quintas cubiertas de verdura.
—¡Qué infamia!
—¡Qué baldón!
—¡Qué villanía!
—¡Qué escarnio!
—¡Qué vergüenza!
—¡Qué osadía!
—Si siguen adelante con sus fines
Acabarán con todos lo rocines.
—Muera el alambre!
—Muera el seto vivo!
—Muera la propiedad
—Muera el cultivo!
—Está bien, pues que sois de pelo en pecho,

Hagamos respetar nuestro derecho
Sancionando en el acto esta ordenanza
Que salvará la crisis de pitanza:
« Los abajo firmados,
« Todos ellos borricos consumados,
« Faltos de qué llevar á los hocicos
« Porque nadie se cura de borricos;
« Provistos del poder ilimitado
« Que otros mucho más burros nos han dado,
« Decretamos: Proscríbense las zanjas
« Que nos impiden el comer naranjas.
« Por el pueblo pollino
« Lo firman Garañón, Rucio y Mohino. »
—Ordenanza tan digna y elocuente
Merece dar un hurra al presidente.
—Una proposición dice una burra;
Pongamos *arre* en lugar de hurra.
—Aprobado; está bien; que nadie marre:
Á la una, á las dos, á las tres. ¡Arreeee!

Tucumán, Octubre de 1874.

CARTA Á DON FRANCISCO FONTANA

Mi muy estimado Queco;
Presente: querido amigo,
Pongo al cielo por testigo
Que por melindres no peco.

Pero tu persona sola
Faltó ayer entre la gente
Para saludar ferviente
La República Española.

Y no te daré perdón
Que reanime tu conciencia,
Sin mandarte en penitencia
Un acto de contrición.

Mas con franqueza te digo
Que si á la fiesta has faltado,
El justo cielo te ha dado
En tu culpa tu castigo.

Con todo, te escribo ésta,
Dando á tu amistad tributo,
Ya que pretextas un luto
Para faltar á la fiesta.

Buena estuvo la función,
Mas hubo lances muy feos

Por exceso del burdeos
Y por sobra del carlón.

Si dudas de lo que digo
Al ver licores tan buenos,
Para que lo dudes menos
Puedo poner por testigo:

Al hijo del chacarero
Del señor de Zimmermánn,
Al carrero de don Juan
Y de Santiago el herrero.

Como infernal desconcierto
Que á influjo de la metralla
Deja el campo de batalla
De cadáveres cubierto:

Como con pasos inciertos
Los ambulantes unidos,
Marchan enterrando heridos
Y confesando á los muertos.

Asi yo con mis criados
Y mis zapatos por coche
He pasado media noche
Recogiendo los *mamados*. (1)

Y solamente llevaba
En mi ambulancia sencilla
Un garrote, una camilla
Agua, farol y una *paba*. (2)

Al que armaba guirigay
Ó tiraba alguna coz,

(1) Borrachos.
(2) Cafetera.

Yo le aclaraba la voz
Con polvos de *Ñandubay*. (1)

Al que torcía la boca
Yo le remojaba un poco,
Y al que le colgaba el moco
Le daba café de Moca.

Después, con calma serena,
Me los acosté al sereno,
Sobre una parva de heno
Donde hallaron cama y cena.

Y pasé á mi habitación
Donde, recordando á España,
He aguardado la mañana
Para echarles un sermón.

Pero cuál mi asombro ha sido
Cuando en la paja he buscado
Y tan sólo me he encontrado
De los pájaros el nido;

Y algunos otros despojos
De diferentes matices
Que hablaban á las narices
Un poco más que á los ojos.

En decirlo no me inmuto
Aunque parezca imprudente,
Si hubo un César solamente
Hay en cambio mucho bruto.

Nueva Palmira, Marzo de 1873.

(1) Árbol de madera muy dura.

SEÑOR DON FRANCISCO FONTANA

Nueva Palmira, Abril 6 de 1873.

Respetable Sr. Queco:
Hemos visto dias pasados
Que nos tratan de mamados
En un número del «Eco»

Y encontramos muy extraño
Lo que afirma ese poeta,
Pues no hemos visto una teta
Hace lo menos un año.

Pero ya que fué capaz
De mentir infamemente
Veremos si es tan valiente
Delante del Juez de Paz....

Veremos si ese bribón
Con sus coplas embusteras,
Nos habla de borracheras
En presencia de Gordón.

Es muy cierto que en el día
Cuatro, cinco, seis ó siete,
Asistimos á un banquete
Donde dos pipas había.

Y también cierto ha de ser
Que cada cual, á su modo,
Procuró empinar el codo
Como Dios le dió á entender.

Pero también con franqueza,
Señor Queco, le juramos,
Que maldito si tocamos
Á diez cuartas por cabeza.

Y el hombre que no lo escupe
Debe decir arrogante
Que ese no es vino bastante
Para que nadie se chupe.

Mas, si con la bataola,
Comistrajos, canto y juego,
Y aquel olor á gallego,
Hemos perdido la chola,

Si hemos bailado el can-can
Al compás que lo tocaban,
Y al mirar cómo bailaban
Los árboles de Don Juan,

Y si al fin, por conclusión,
Por el suelo hemos caído
Y por él hemos perdido
Botas, sombrero y facón; (1)

Que le condenen espero
Á indemnización cumplida
Por el hedor, la caída,
Botas, facón y sombrero.

(1) Cuchillo grande.

Es justicia, amigo Queco,
Que precisa el del garrote,
Pariente de Don Quijote
Según lo largo y lo seco;
Y que no se ponga hueco
Ni á la parra se me suba
Ni hable de zumo de uva,
Porque le responderán
Bebevino, Mostagán,
Cepa, Caña, Baco y Cuba.

JUICIO CÉLEBRE

Señor Alcalde Ordinario
Del pueblo de Paysandú,
Estoy dado á Belcebú
Por un verso estrafalario

Que sin respeto ninguno
Un poeta zascandil
Publica en *El Mercantil*
Número sesenta y uno.

Como literaria afrenta
Tal composición acuso,
Por ser un infame abuso
De la libertad de imprenta.

Tóxica composición,
Parto de loco furioso
Que turba el santo reposo
De Vega y de Calderón.

Elucubración que encierra
Por disparatada y mala
El cólera para Ayala
Y la fiebre para Serra.

Por lo tanto y para norma
De tan gran desaguisado,

Téngame por presentado
En el tiempo y en la forma;

Y apartándose del odio
Que excitan tantas sandeces,
Sírvase nombrar los jueces
Que han de sojuzgar á Harmodio

Para el eterno descanso
De las personas discretas,
Y castigo de poetas
Que enristran plumas de ganso.

Paysandú, 1876.

EN EL BAILE DEL DOMINGO

Es justo que en este cielo
Acordes lance mi lira
Por las rosas de Palmira
Y azucenas del Carmelo.

Justo que alegre y ufano
El dulce placer me abrume
Borracho con el perfume
Del pensil americano.

Justo que en verso y en prosa
Sin que me sujeten barras
Camoatí (1) con antiparras
Camine de rosa en rosa.

Justo que llene el destino
De dicha al insecto alado
Brindando en caliz dorado
De amor el néctar divino.

Y que sus alas ufanas
Bata en amorosa lidia,
Aunque se mueran de envidia
Abejas y lechiguanas.

(1) Abeja silvestre.

Que con amor por divisa
Cruce el perfumado ambiente
Que se mece dulcemente
Al impulso de la brisa.

Que con su trompa golosa
Absorba la dulce miel,
En el cáliz del clavel
Y pétalos de la rosa.

Que le dirijan miradas
Que le hagan perder la calma
Que le trastornen el alma
Sus corolas matizadas.

Mas ¡ay, Camoatí, tu vuelo
Para siempre se ha parado!
¡Muerto de amor has quedado
Sobre una flor del Carmelo!

Hermosa flor de las flores
Que sabes matar de amor
Dí ¿cómo te llamas, flor,
Que así me causas «*Dolores*»?

PERICO DERRETIDO.

A UNA NIÑA DEL CARMELO

(Francisca Carasal)

Por ti de amor siento el fuego
Y en declararme no dudo,
Porque no quiero ser mudo
Ya que de amor estoy ciego.

Y este amor extraordinario
Contenido por respeto
Deje de ser un secreto,
Tulipán carmelitario.

Yo te juro, hermosa Paca,
Que en amor no soy muy ducho,
Mas si tú me gustas mucho
Yo te prometo... casaca.

Por ese amor, dulce cielo,
Por quien el alma suspira
Abandonara á Palmira
Y viviera en el Carmelo.

Y digna será mi obra
De la nobleza más alta,

Porque sé que te hace falta
El amor que á mí me sobra.

Sabe, niña angelical,
Que no es mi amor un capricho,
Porque muchos te habrán dicho
Que tiene tu *Cara-sal.*

DÉCIMA [1]

Esa flor que brinda amor,
Que llena de dicha el alma,
Que nuestros pesares calma
Con su aroma embriagador,
Esa delicada flor,
Cuyo cáliz virginal
Nácar, ébano y coral
Ha robado á la natura;
Esa esbelta criatura
Esa es Dolores Cabral.

DÉCIMA

Seducen con sus colores
Y sus amorosas quejas,
Las maliciosas abejas
Á las inocentes flores;
Mas son falsos sus amores
Y mentida su pasión:
Sólo es cierto el aguijón
Con que la abeja importuna
Va secando una por una
Las flores del corazón.

Carmelo, Junio 16 de 1872.

(1) Décimas incluidas en la crónica de un baile.

DÉCIMA

INCLUIDA EN UN ARTÍCULO DE POLÈMICA

Saca el poncho, fanfarrón,
Compadrito matasiete,
Veremos si mi florete
Vale más que tu facón.
No teme mi corazón
Esta lucha desigual,
Que adversario desleal
Á quien bato con espada
No ha de darme una estocada
Aunque me clave un puñal.

EPÍGRAMA

Cierto defensor un día
Con elocuentes razones
Probó las deposiciones
Del reo á quien defendía,
Y el furibundo fiscal
Que aquel crímen denunció
El proceso se tragó
Aunque le oliese muy mal.

POLÍTICA JABONERA [1]

¿Quién será tan avestruz
Tan pollino, tan zamarro,
Que no recuerde á Navarro
El jabonero andaluz?

¿Quién tan falto de memoria
Ó ingrato, que haya olvidado
Los servicios que ha prestado
El jabón de la Victoria?

Más. ¿Quién olvidar pudiera
Al héroe más estupendo
Que pasó la vida haciendo
Política jabonera?

Nadie; el bachicha, el gabacho,
El cuerdo, el chisgarabís,
Saben que el bien del país
Ha salido de mi tacho.

Y por si alguno se queja
De los últimos amaños

(1) Estos versos y los que siguen á continuación, fueron improvisados en diferentes ocasiones en broma y de sobremesa, en casa de Don Antonio Navarro, antiguo fabricante de jabón en Montevideo y grande amigo del autor.—Los incluimos como un recuerdo de su festivo carácter, á pesar del poco mérito literario que puedan tener.

Sepa que pasé seis años
Más tronado que arpa vieja.

Época fué bochornosa
Para esta patria tan bella,
Mas no pude hacer por ella
Maldita de Dios la cosa.

Pero cerremos la historia;
Que Santos y Carralón
No volverán, que hay jabón,
Y jabón de la Victoria.

Jabón tengo y no soy manco;
Ya estoy de jabón provisto;
Ya mando, gracias á Cristo;
Es decir, gracias al Banco.

Y al que venga con ambajes
Y alborote este cotarro
Le haré ver quién es Navarro
Para secundar á Tajes.

Baje humilde la cabeza
Quien tenga sucio el faldón,
Que yo fabrico jabón
Para imponer la limpieza.

Aunque vengan con argucias,
Sepan que no tengo empacho
Para arrojarles al tacho
Si tienen las manos sucias.

Ojo alerta, que soy terco,
Y si alguien se sobrepasa
En vez de jabón de grasa
He de hacer jabón de puerco.

Pues yo á la gente ladina
Que es para robar astuta
Sé mandarla á la gran . . . . China
Como potencia absoluta.

Ya dió fin el gatuperio
De aquella ambiciosa grey;
Que para salvar la ley,
Estoy yo, y el ministerio.

¡Qué guapo armará contienda,
Si meto á todos jabón! (1)
¡Quién matará la instrucción
Cuando mis velas encienda!

¿Quién da al tesoro acechanza
Estando aquí el andaluz
Que da á Márquez tanta luz
Para alumbrar las finanzas?

¿Qué inglés armará una treta
Para sacarnos los miles
Por unos ferro-carriles
Más malos que una carreta,

Mientras existan Navarros
Que fabrican en su casa
Mil toneladas de grasa
Para que vuelen los carros?

Se afirmó la situación;
Dieron fin todos los males;
Ya tenemos, orientales,
Grasa, velas y jabón.

(1) Modismo americano, que quiere decir meter miedo.

Grasa para untar el carro:
Luz para alumbrar al nulo
Y jabón que limpia . . . . . todo.

He dicho.

Antonio Navarro.

Posdata: de todo hay,
Si lo buscan con ahinco
En el ciento ochenta y cinco
En la calle de Uruguay.

AVISO

¿Habrá alguno tan zamarro
Que no compre en el instante
El jabón desinfectante
Fabricado por Navarro?

Mata su olor la polilla,
Chinches, pulgas y otro estorbo,
Ahuyenta el cólera morbo
Como la fiebre amarilla.

Libra de infinitos males
Que atacan á humanas pieles
En colegios, en cuarteles,
En cárceles y hospitales.

¿Quién no aprovecha los bienes
Que nuestro anuncio promete
Cuando se compra un paquete
Por veinte y cinco vintenes?

Jabón como éste no hay
Y el gran depósito es
En el ciento veinte y tres
De la calle del Queguay.

ATENCIÓN QUE HABLA NAVARRO

Chito, silencio, atención
No toser, no resollar
Que va *Navarro* á anunciar
Su fábrica de jabón.

Y á gritar con todo ahinco
La *gloria* que vendo allí
En la calle de Ibicuí
Doscientos cincuenta y cinco.

Y digo que vendo *gloria*,
Porque no hay jabón igual
Al Elixir celestial
Fabricado en «La Victoria».

Jabón que deja sin mancha
Al que llegue penitente
A tres cuadras solamente
De la plaza de Cagancha.

Jabón hijo de la ciencia
Que todas las manchas quita,
Estén en nuestra conciencia
Ó estén en nuestra levita.

El que descarga su pena
Á las plantas del vicario

Sale del confesionario
Más limpio que una patena.

Pero á nadie se le escapa
Que aquellos santos varones,
Suelen tener los faldones
Con más dibujos que un mapa.

Y ninguna criatura
Está limpia por entero
Si no acude al jabonero
Al mismo tiempo que al cura.

Oh ! público del corazón,
Pues me conoces de antaño
No ha de parecerte extraño
Que yo, con noble ambición,

Corro, sudo, y me achicharro,
Porque figure en la historia,
El jabón de « La Victoria »
Fabricado por *Navarro.*

EL JABONERO NAVARRO

Ya no habrá chisgarabís
Que alborete este cotarro
Mientras Latorre y Navarro
Gobernemos al país.

Se harán bien las elecciones,
Sin engaños ni cautelas,
Porque luz darán mis velas
Y limpieza mis jabones.

Y si alguno se resbala
Y otras épocas recuerda,
Dame, Latorre, una cuerda
Que yo la untaré de grasa.

Cuando Varela y Tezanos,
Sufrí muchas desazones,
Pues con todos mis jabones
Tuvieron puercas las manos.

Cuando á Ellauri gente lista
Le pusieron á mandar,
Yo me puse á fabricar
Un jabón muy principista;

Mas, con todo corazón
Os diré sin disimulo,

Que no sirve ese jabón
Ni para limpiarse el....pelo.

Para que todo se borre.
Hoy fabrico jabón tierno
Como el honrado gobierno
De don Lorenzo Latorre

Á fe de Navarro Antonio
Os digo de corazón
Que, como venda jabón,
Aunque nos mande el demonio

Á BORDO DEL «ANTONIO LÓPEZ»

EN VIAJE DE BUENOS AIRES Á CÁDIZ, INVITANDO Á UNA RIFA EN FAVOR DE LOS MARINEROS Y FOGONEROS. (1)

Mis queridos pasajeros:
Ojo al Cristo que es de plata,
Pues mi musa se desata
Para dejaros en cueros.

Sin publicano ni escriba
Que vuestra bolsa confisque,
Se pedirá á cada quisque
Que se rasque pelo arriba.

Dará tajos y reveses
Para evitar un rechazo;
Es decir, dará un sablazo,
Y soltaréis los parneses.

La vereis con cara fosca
Porque plata solicita.
¿Quién pone cara bonita
Cuando hay que aflojar la mosca?

(1) Versos encontrados en el Libro Diario de su último viaje á Europa, pocos meses antes de su fallecimiento.

Cada cuál al ruego ceda,
Pues de caras no se asusta;
Porque á ella solo le gusta
La cara de la moneda.

No con pretensiones grandes
Pretende salir de apuros;
Como junte treinta duros
Ha puesto una pica en Flandes.

Mi musa en pedir se empeña;
Y tanto en pedir se afana
Que ya no es musa pagana
Sino musa pedigüeña.

Mas atended su pedido;
Porque mi musa es tan bella
Que no pide para ella
Sino para el desvalido.

Pide aliviar los pesares
Y moderar los dolores,
Del que en borrascosos mares
Perdió padres protectores.

Del condenado de veras,
Que ni el Dante nos le pinta,
Que habita allá en las calderas
Sudando gotas de tinta.

Del que se juega la vida
Sobre frágil calabrote,
Mientras que en el camarote
Se duerme á pierna tendida.

Con que amigos, no hay excusa;
Salga la plata al instante

Y entregadla al Comandante
Mayordomo de mi musa.

Posdata: mi musa ha obrado
Cual noble Diosa discreta;
Mas yo no, que soy poeta
Algo más interesado.

Así, no llevéis á mal
Que echando á un lado el rubor,
Pida á todos un favor
Que viene á ser mi jornal.

Si me corresponde un gaje,
Que nadie entonces se asombre
De que le pide su nombre
Grato recuerdo de viaje.

Julio, 17 de 1891.

En el libro diario siguen las firmas de todos los pasajeros.

INVITANDO

Á UN GUANTE PARA JOSÉ EL CAMARERO DEL «SALÓN DE FUMAR»

Vecinos del fumadero:
Escuchad un solo instante,
Se trata de echar un guante
Para José el Camarero.

Siempre el infeliz trabaja
Pues todo el mundo le grita,
José, dame una copita;
José, trae una baraja.

José, llámame temprano;
José, cierra que entra el sol;
José, espabila el farol;
José, llama á don fulano.

Siempre subiendo y bajando
Las malditas escaleras,
Á fuerza de dar carreras
Su salud se fué acabando.

Ya no será hombre de guerra;
Que un enfermo no trabaja:
Mañana queda de baja
El pobre José en su tierra.

Así, por mi vida os juro,
Que no será jugador
Borracho ni fumador,
Quien no le dé medio duro.

No hay que sacarme de quicio,
Pues mi musa sólo trata
Que nadie esconda su plata
En este salón del vicio.

Á bordo del «Antonio López», Julio 23 de 1891.

ÍNDICE

PÁG.

Dos palabras V
D. Juan de Cominges VII

EXPLORACIONES AL CHACO DEL NORTE.

Antecedentes históricos 3
Causas que motivaron la expedición 23
Peligros y esperanzas 29
Fragmentos del Diario de la primera expedición 43
Retratos de los indios.
Diario de la segunda expedición, realizada en Octubre y Noviembre del año 1879 97
Vocabulario de algunas palabras del idioma guaná 247

CONFERENCIAS.

La propiedad y el cultivo 253
Protección á la industria 272
El Chaco y sus indios 286
Aprovechamientos de bosques 308

ARTÍCULOS DIVERSOS.

PÁG.

Impresiones de un extranjero..... 325
Discurso pronunciado en la inauguración de la Asociación Rural del Uruguay..... 330
La inmigración en América..... 333
Las dunas en las costas del Atlántico, del Plata y del Uruguay..... 338
Una visita al parque de Palermo..... 343
La colonización del Chaco..... 347
Conferencias agrícolas..... 358
Desde el Chaco paraguayo..... 366
Cuidado con los privilegios..... 372
¡¡627 refranes en venta!!..... 376
Carta á D. Esteban Moreno..... 379

ARTÍCULOS POLÍTICOS.

El evangelio de los pobres..... 395
Summum jus, summa injuria..... 402
Ruda franqueza..... 407

POESÍAS.

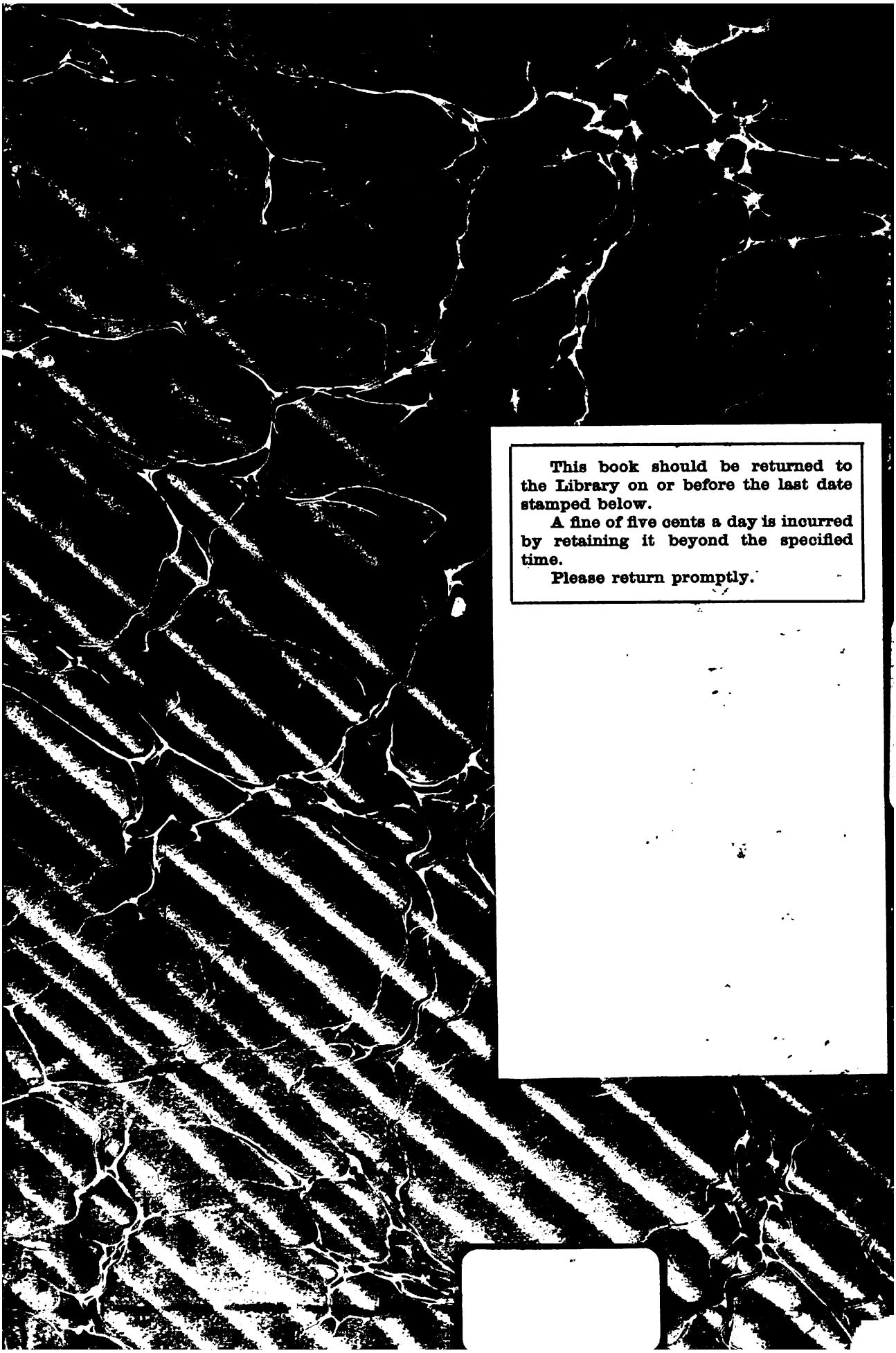
Hijo!..... 413
Oda á Camilo Flammarión..... 415
Armonías..... 419
En el Cementerio del padre Lachaisse..... 424
Improvisación á las víctimas de Santander, en la manifestación celebrada el segundo aniversario de la Revolución..... 427
¡Madre!..... 429
El Saboyano (cuento)..... 431
Cuento..... 435
Cuento..... 436

PÁG.

El Goloso 437
Actividad y Pereza (fábula)..... 438
Inédito..... 441
Un desterrado 443
Improvisación, en la tumba de José Hernández, conocido con el seudónimo de *Martin Fierro*..... 445
Redención 446
Á la juventud oriental, en el banquete del 13 de Abril de 1872 453

POESÍAS JOCOSAS.

Congreso borrical.—Sátira con motivo de una ordenanza municipal que prohibía cercar los campos con zanjas. 458
Carta á D. Francisco Fontana 461
Señor D. Francisco Fontana 464
Juicio célebre..... 467
En el baile del domingo..... 469
Á una niña del Carmelo 471
Décimas..... 472
Décima. (incluida en un artículo de polémica)..... 473
Epigrama 474
Política jabonera..... 475
Aviso..... 478
Atención, que habla Navarro..... 479
El jabonero Navarro..... 481
Á bordo del « Antonio López »..... 483
Invitando á un *guante* para José el camarero del « Salón de fumar » 486



This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.